







MIS MEMORIAS ÍNTIMAS

MIS
MEMORIAS ÍNTIMAS

POR EL TENIENTE GENERAL

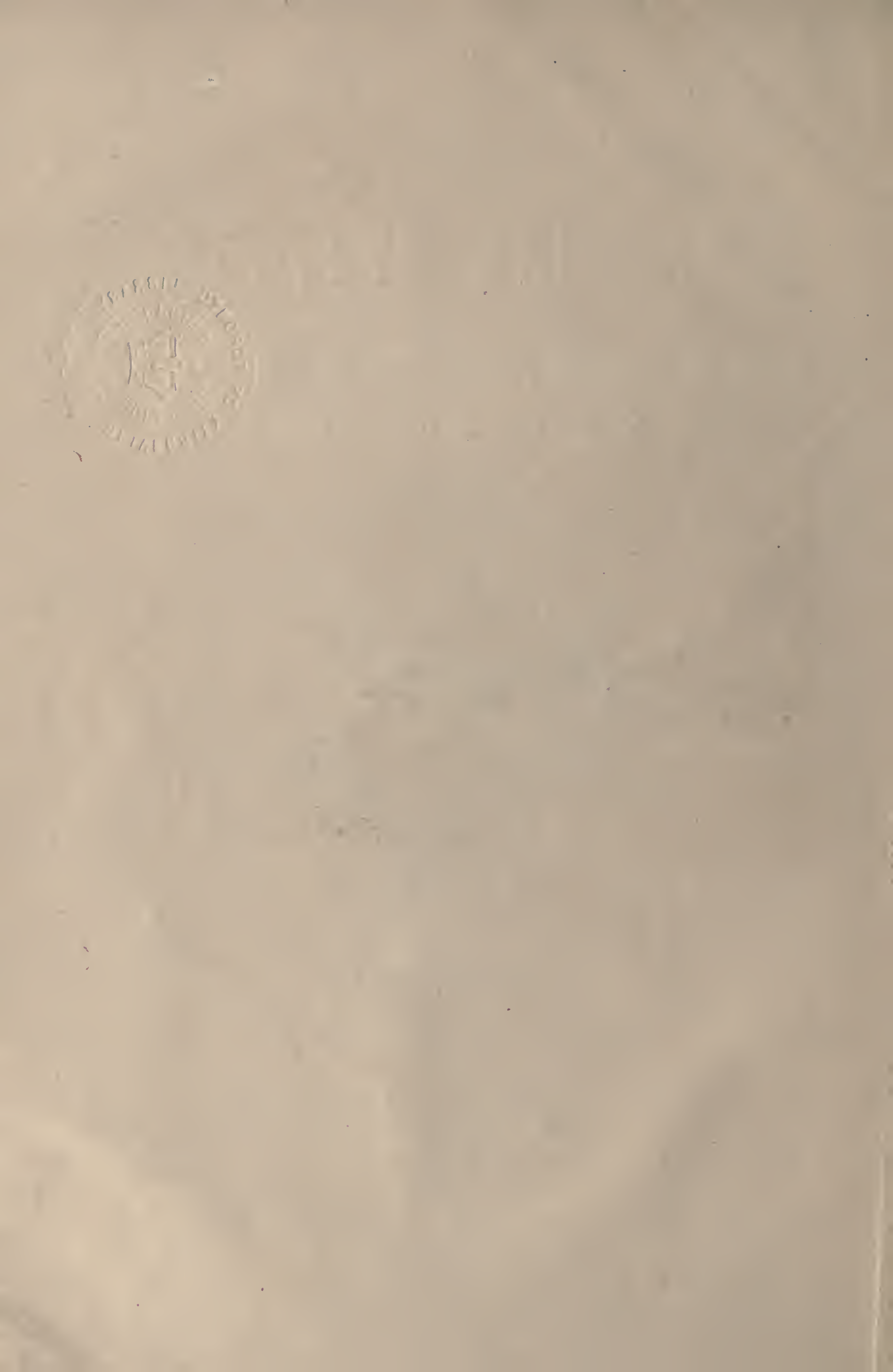
DON FERNANDO FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA


MARQUÉS DE MENDIGORRÍA



TOMO III

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20
1889





CAPITULO I.

En Lisboa.—Las primeras impresiones de la emigración.—Mr. Sandarst, Das-Antas, Saldanha y Terceira.—Una carta de D. Manuel de la Concha. —La conspiración de Costa-Cabral.—El movimiento de Oporto.—Sobre el ejército portugués.—De Lisboa á Southampton y Londres.—En casa de Villiers y de Palmerston.—Los soldados ingleses.—Mi viaje á París.—D. Luis Hurtado de Zaldívar.—Instálome en su casa.—La acogida y los sentimientos de Narváez.—En el *Restaurant des Trois Frères Provençaux* y en la *Maison Dorée*.—La emigración moderada.—Militares y hombres civiles.—La primera sociedad secreta.—Mi reconciliación con D.ª María Cristina

en la *Mal-Maison.*—La nueva sociedad militar.—Organízase la conspiración en el ejército.—Mi misión cerca del general O'Donnell.—Sartorius y Zaragoza en París.—El Consejo de los Cinco, el de los Tres y el más pequeño de Narváez.—Mi vida en París y las modas de la época.—Las casas de juego.—Una antigua anécdota de D. Luis de Córdova.—Los cafés de *Very*, *Foy* y *Tortoni.*—En la *Grande Ópera* y en el *Théatre Italien.*—Nourrit y Levasseur.—Las bailarinas y sus contratos.—Cómo intervenía en ellos Mr. Thiers.—Mi visita á este hombre de Estado.—*La Juive*, *Guillaume Tell* y el tenor Duprez.—Óperas y cantantes nuevos.—Mlle. Rachel.—Las *parisiennes.*—Donde relato un nuevo y extraordinario lance de Narváez.

Por lo más selecto de la sociedad portuguesa, fuí recibido en Lisboa con demostraciones de cariñosa simpatía. Elegí mi habitación en un hotel de la plaza Sodré, donde ya había estado poco antes cuando fuí á encargarme de los restos mortales de mi hermano, y permanecí algunos días encerrado, pues sin otro traje que el de contrabandista, no podía presentarme en parte alguna. Sufrí en aquella época las primeras y desconsoladoras impresiones de la emigración, considerándome solo, ante un porvenir incierto, empujado por los vendavales de la política fuera de la patria, sin carrera, ni otros recursos que el legado de mi hermano, que ascendia á la cantidad de doce mil duros. A pesar de estos desalientos, era firme mi resolución de combatir al Regente, sin descanso ni tregua, hasta lograr arrancarle una autoridad de que, á juicio mío, se había apoderado ilegalmente imponiéndose al país. Los sucesos de Octubre constituyeron para el ejército una gran humillación; sus mejores generales fueron fusilados ó deportados, y los que lograron escapar perdieron sus empleos. Se dieron órdenes terribles contra los sospechosos, separando de los cuerpos á centenares de oficiales sin más razón que la de considerarlos «*desafectos á la persona del Regente*», y estampándoles literalmente esta nota en sus hojas de servicios. Pero todo hacía esperar que el ejército tomaría pronto su revancha.

Desde los primeros días de mi llegada vi mucho á Mr. Sandarst, secretario de la Legación inglesa en Lisboa. Mi hermano había muerto en sus brazos, nombrándole su principal testamentario. Quiso Sandarst desde el primer día llevarme á su casa introduciéndome en el seno de su familia, mas sólo acepté un puesto á la hora de comer en su mesa, y en esta concesión hallé un gran lenitivo á mis pesares, porque jamás encontré en parte alguna hospitalidad más cariñosa, ni amistad más sincera y noble. La casa de Mr. Sandarst estaba en la ciudad baja á orillas mismas del Tajo, en una situación muy pintoresca desde la cual se descubría la famosa Torre de Behelem. Por privilegio especial co-

municaba directamente con el río, y muchos oficiales de la escuadra inglesa llegaban todas las noches deseosos de conocer y ser presentados al *Coronel contrabandista*, como me llamaban. Con ellos empecé á frecuentar las primeras casas de la sociedad lisbonense, donde mi historia y mis aventuras parecían una especie de novela, y el héroe de ella, la verdadera imagen y el representante vivo de la tradicional leyenda española. Visité al entonces Presidente del Consejo de Ministros, señor Costa-Cabral; al Conde Das-Antas, ya ascendido á teniente general, que me obsequió con una gran comida, y fuí por él presentado luego al mariscal Saldanha y al Duque de la Terceira, los cuales, como se recordará, fueron siempre íntimos amigos del general D. Luis de Córdova.

En aquellos días primeros llegó también fugitivo á Portugal D. Manuel de la Concha, y desde Oporto se embarcó inmediatamente para Londres. No logré verle, pero me escribió desde aquella ciudad con fecha 10 de Enero de 1842 la siguiente curiosa carta, que da alguna idea de los peligros inminentes que también corrió durante su fuga: «Querido Fernando—me decía:—pensaba continuar mi viaje á ésa, pero la impaciencia de reunirme cuanto antes á Juan y de recibir noticias de Pepe, que no sé si continúa aún en Vitoria, me obliga á marchar por el vapor que pasa mañana para Londres, de donde, sin detenerme, seguiré á París. Pararé en el hotel Michaudier bajo el nombre de *Pierre Taman*. En mi peregrinación sufrí mucho y corrí varios peligros largos de referir, siendo uno de ellos el haber sido reconocido en una posada por dos licenciados; es verdad que estaba resuelto á vender cara mi vida y que al efecto venía bien armado. Traje tu escopeta, que dejo en poder del Cónsul francés en ésta. Siento que tus asuntos te detengan ahí, porque si no hubiéramos hecho juntos la travesía. Mis recuerdos á tu familia, y en todas partes cuenta con la antigua amistad de—*Manuel.*»

La situación política de Portugal por aquel entonces era también gravísima. Hacía pocos meses que el partido progresista había vencido al conservador, y Costa-Cabral, que se encontraba á la cabeza del Gobierno, conspiraba con el ejército desde tan alto puesto, contra su propio partido. Formóse bajo su dirección una sociedad militar, dividida en logias, perteneciendo á cada una los oficiales de los cuerpos. Para que la disciplina no padeciera, el jefe del cuerpo era el jefe de la logia y cada dos cuerpos formaban un mando superior militar, con un Consejo de cinco á siete hombres políticos de importancia. Los *clubs* de esta Sociedad eran los propios gobiernos de provincia. Como no podía menos de suceder con semejantes procedimientos, dióse pronto en Oporto el grito favorable á la *Carta*, reuniéndose seis regi-

mientos de infantería, dos de caballería y algunos cañones. El mismo Costa-Cabral, que había acudido á ponerse á la cabeza de estas fuerzas, marchó con ellas sobre la capital. De acuerdo con él, sucedía lo mismo en Lisboa, de manera que haciéndose todo con unánime aquiescencia, ningún trastorno se produjo en el país. Menos importante pareció aquello y menos excitación causó allí que un simple cambio de Gabinete en España. Pero el Ministro no tardó, sin embargo, en ser víctima de su propia política, y cayó del Gobierno, siendo nombrado



La Abadía de Chamblas.

Embajador en Madrid, cargo que no pudo desempeñar dejándolo poco después. Yo presencié aquel movimiento militar en la plaza del Bocio, como si fuera una simple revista, y vencedores y vencidos me dieron á conocer sus secretos. No había razón que justificara el hecho llevado á cabo, porque ni el Gobierno cometía ilegalidades, ni la Reina Doña María de la Gloria consentía camarillas, ni privados, ni se separaba de sus deberes constitucionales. Por eso sin duda los resultados fueron contrarios y fatales para el principal autor de la revolución. Pero ya veremos cómo me sirvió después el conocimiento de la organización militar adoptada por los revolucionarios portugueses.

Llevado por mis aficiones constantes, estudié entonces la composición del ejército; sus soldados me parecieron en general vigorosos, instruídos y entusiastas; los de caballería cuidaban con esmero al ganado:

la artillería, con una organización igual á la inglesa y con material construído en esta nación, era muy superior á la de otros ejércitos de Europa, y su precisión en el tiro, que pude observar en las escuelas prácticas muchos días, causóme verdadera sorpresa. Sólo la infantería me pareció inferior á la nuestra. Pude también advertir que este pequeño ejército formaba un número de generales de primer orden, muy superior á lo que podía esperarse de su reducido personal. Citaré entre otros al Marqués de Fronteira, pariente inmediato del Duque de la Terceira y cumplido caballero, que fué una de las columnas más firmes de D.ª María de la Gloria, á Mascaregnes y á Barreiros, ambos de reputación militar distinguida. El último, muy conocido en el ejército español, desempeñó después en su país con aplauso el cargo de Ministro de Obras Públicas, y su nombre va unido á muchas construcciones portuguesas que son otros tantos monumentos.

En la ciudad de Evora, donde residía algunos meses del año, habitando una fonda ó posada muy inmediata á la histórica Abadía de Chamblas—que es por cierto una espléndida construcción de la Edad Media del más puro estilo y admirablemente conservada—recibí en Marzo de 1842 una carta de D. Ramón Narváez llamándome á París, donde mi presencia, según decía, era ya necesaria. Dispuse mi viaje en los primeros días de Abril, y me embarqué en un vapor inglés llamado *Britania*, cuyo capitán me era conocido, arribando á Southampton felizmente y sin sufrir las crueles molestias del mareo, á las que no soy asequible, sin duda para no desmentir mi raza, toda de marinos. Por primera vez de mi vida viajé en camino de hierro desde aquella ciudad á Londres, y asombrado de la rapidez de mi marcha llegué á la gran ciudad y me instalé en el *París-Hotel*, Regent Street. En esta casa se hablaba francés y español; era un punto frecuentado por españoles y emigrados, y pude entenderme desde luego; cuestión grave é importantísima en Londres para quien, como yo, ignore absolutamente aquel idioma.

Londres me produjo una gran sensación de asombro y de tristeza. Ante su inmensidad, me contristó profundamente la idea de mi aislamiento; sentí como nunca las amarguras de mi situación, y el recuerdo de la patria, de los amigos ausentes, de mi madre y de tantos bienes perdidos, vibró en mi alma con fuerza nueva y dolorosa. Por fortuna para mí, supe por uno de los diarios de París que había llegado á Londres D. José de Salamanca, comisionado por el Gobierno español para hacer la conversión del 3 por 100 y pagar en títulos de esta Deuda los intereses en descubierto. Ya lo he dicho en otro lugar de este libro: Salamanca simpatizaba con todos los infortunios; era uno de los mejores y más queridos amigos que yo tenía, y durante los días que perma-

necí en Londres, no nos separamos. Con él y con el secretario de la Legación, D. Carlos Perales, que una temprana muerte arrebató al cariño de su ilustre madre la Marquesa de Perales, recorrí la ciudad y visité con admiración los principales monumentos. Supe también que residía allí á la sazón Villiers, ya en posesión de su título de Lord Clarendon, y fuíle á visitar en su palacio, donde me presentó á Lady Clarendon, invitándome varias veces á comer. En sus salones conocí á Lord Palmerston, insigne estadista, que había mantenido largas relaciones políticas y diplomáticas con mi hermano, y en casa de este personaje asistí á una de las grandes comidas con que cada año obsequiaba á la más ilustre sociedad del Reino Unido.

Como en Portugal, tuve ocasión de fijarme en el ejército. Pasaba en aquellos días la Reina Victoria, muy joven y bellísima entonces, una revista á las tropas, y concurrí anheloso de conocerlas y de estudiarlas sobre el campo. Se reunieron 6.000 hombres de infantería, 2.000 caballos y 40 piezas. Tenía yo la idea preconcebida de que la infantería inglesa era de superiores condiciones, y en efecto, después de haberla visto maniobrar y manejar su arma, la juzgué de una solidez indisputable, sobre todo en terreno abierto. La presencia de la caballería me dejó admirado, lo mismo que la artillería con su magnífico material. El ejército inglés, sin embargo, carece de resistencia á prueba de fatigas y privaciones; no hay otro tan amenazado en una campaña prolongada, si el general que lo dirige no economiza sus fuerzas con esmero y atiende á sus muchas necesidades. Este fué el arte de Lord Wellington; sin esta previsión, todas las excelentes condiciones del soldado británico desaparecen pronto.

Á principios de Mayo continué mi viaje á París, tomando uno de los magníficos coches que hacían el servicio de Londres á Dover. Por los muchos y diversos carruajes que encontraba en el camino y por las mil casas y palacios que se divisaban por una y otra parte sobre campiñas fértiles y cultivadas como jardines, pude apreciar lo que significa la vida del campo en Inglaterra. De Dover á Calais tuve un tiempo magnífico, un día primaveral sobre una mar serena, y allí se ofreció á mi vista por vez primera el espectáculo de multitud de buques de todos portes y pabellones, navegando con diferentes rumbos. También divisamos una escuadra inglesa numerosa que iba en demanda de las costas de su patria. En Calais tomé por la tarde una de las famosas diligencias Laffite, y al día siguiente llegaba á París muy de mañana.

Esperábame en la casa-Administración mi inolvidable y llorado amigo el entonces capitán de caballería D. Luis Hurtado de Zaldívar, después Marqués de Villavieja, emigrado también por los sucesos de Octubre. Jamás conocí alma más noble ni carácter más generoso. Caballero de

gran raza, aristócrata de antigua estirpe, no siguió Zaldívar en la vida más norma que la del deber, ni conoció otros estímulos que los del



DON LUIS HURTADO DE ZALDÍVAR,
MARQUÉS DE VILLAVIEJA.
(Copia de un retrato de familia).

honor. A la manera de Diego León, había ostentado ya su valor ardiente sobre los campos de batalla, y como Osuna, San Carlos y el Marqués de Santiago, brillaba en los salones de Madrid y Paris, donde, sin

exagerar nada, diré que las damas de más rango se disputaban sus preferencias. Educado en París, tenía franca la entrada del Faubourg Saint-Germain, y era allí reconocido como uno de los primeros *liones* de la época por su elegancia suprema, sus duelos y aventuras. Habíame dispuesto habitación en un entresuelo de la rue de Provence, donde él vivía, y allí nos acomodamos perfectamente á precios soportables para nuestros bolsillos de emigrados, determinando que comeríamos diariamente en un restaurant del *Palais Royal*, que sin ser, ni mucho menos, de estudiantes, era modesto en sus precios. Como gran conocedor de París, sabía bien Zaldívar que la vida material allí era imposible para nosotros si no nos conteníamos dentro de justos límites. Á todo me avine de buen grado, reconociendo su prudencia; pero en cuanto al restaurant y á la comida, inicié pronto, y por culpa de Narváez, un verdadero *pronunciamiento*.

El mismo día de mi llegada fuí á ver al General, á quien no encontré en su casa. Lo hallamos por la tarde paseando sobre el asfalto del *boulevard des Italiens*, y fué tal su alegría al divisarme, que me abrazó con los ojos arrasados de lágrimas. Ya sabemos cuáles eran su corazón y su carácter y cuál la vehemencia de sus sentimientos; díjome que toda la suma de sus recuerdos y de sus afecciones por mi hermano debía concentrarlas en mí, favoreciéndome en todo sin reserva; que había debido á mi hermano la parte más importante de su carrera militar y política, y que se consideraba en el deber de devolverme la misma protección. Quiso llevarme á su casa para que viviéramos juntos; mas como le dijera que ya estaba instalado con Zaldívar, renunció á esto, pero no al empeño de que precisamente nos viéramos cada día. No me dejó, en suma, en toda aquella noche, queriendo hablarme de todo é instándome á comer en su restaurant, que era el famoso de los *Trois Frères Provençaux*. Nunca lo hubiera hecho. Recuerdo aquella deliciosa comida como el principio de una nueva época y el punto de partida de otras costumbres y necesidades; los platos más refinados y los vinos más exquisitos se sucedieron ante nosotros, constituyendo para mi como una especie de revelación. Cuando por la noche me reuní á Zaldívar, le notifiqué mi firme propósito de no volver á otro café.

—Pues iremos donde tú quieras—me dijo;—pero mañana te llevaré á la *Maison Dorée*, que ha de gustarte más que el restaurant donde te ha seducido el General.

Desde entonces hasta el fin de la emigración comimos siempre en aquel famoso establecimiento, que he frecuentado tantas veces después con marcada predilección, en otras y más prósperas situaciones de mi vida. Allí se trasladaba casi diariamente Narváez con el Conde de la Cimera. El brigadier Oribe venía también siempre que sus recursos

se lo permitían, y nos acompañaba algunas veces á comer; pero jamás faltaba á la hora del café, animándonos á todos con su regocijado carácter y con las revelaciones de sus conquistas y amoríos, en lo que empleaba la mayor parte del día, seduciendo *grisetas* por señas y gestos, pues jamás pudo entender ni pronunciar una sola palabra en francés. La *Maison d' Orée* fué á poco el centro y punto de cita de los jefes de la emigración. Con Narváez especialmente intimé mucho. Él no tuvo en este tiempo secreto alguno para mí, ni siquiera aquellos relacionados con su vida privada.

La emigración española estaba dividida en dos grandes grupos ó elementos: el militar y el civil. D. Leopoldo O'Donnell, algo ofendido porque no se le oía quizá con toda la predilección que merecían sus consejos, vivía con su familia en Orleans, bastante retraído, á pesar de tener mayor graduación que todos y más importancia, pues era ya teniente general y gozaba de gran crédito en el ejército. En París vivían el Conde de Cleonard, el de Yumury, el general Llauder, los brigadieres D. Juan de la Pezuela y D. Manuel Pavía con sus respectivas familias, y D. José de Oribe. Estaban además el Duque de San Carlos con la Duquesa, el coronel Marquesi y los capitanes Zaldívar y Ortega. Don Manuel de la Concha y sus hermanos D. José y D. Juan se habían establecido en Florencia, pero estaban bastante alejados del movimiento activo de la emigración, sin duda por el antagonismo que ya existía entre D. Fernando Muñoz y D. Manuel de la Concha, que fué luego constante entre ambos personajes. En Burdeos, Bayona, Oleron, Perpignan, Marsella y Lyon existían depósitos de jefes y oficiales emigrados, y en Burdeos estaban el general Piquero y el benemérito brigadier La Rocha. En los demás puntos vivían La Torre, Nouvilas, Lersundi y otros muchos comprometidos en diferentes provincias de España; también había no pocos jefes y oficiales que, procedentes del Convenio de Vergara, tomaron parte con el general Urbiztondo en el movimiento de Pamplona. Reuníase, además de la emigración liberal favorable á la Reina Cristina, otra numerosa de carlistas que tenían con nosotros relaciones y simpatías, y nos daban fundados motivos para creer que concluirían por unírsenos, aceptando nuestra bandera. La parte civil estaba representada en la emigración por un número de hombres reducido, pero de mucha importancia. Figuraban en primera línea D. Francisco Martínez de la Rosa, el Conde de Toreno, Zea Bermúdez, Alcalá Galiano, D. Antonio Benavides, D. Alejandro Llorente, D. Andrés Borrego y Carriquiri.

La Reina Cristina, que tenía á su lado como secretario al insigne Donoso Cortés, procuraba mantener entre unos y otros relaciones de amistad, no dando preponderancia á ninguno de los dos elementos. Mas

este empeño no lo conseguía sino en parte, porque entre el elemento militar y el civil existía una división latente, atribuyéndose el uno al otro



DON FERNANDO MUÑOZ,
DUQUE DE RIÁNSARES.
(Copia de una miniatura de la época).

la responsabilidad del fracaso. Hasta entonces los trabajos realizados eran insignificantes. La Reina consultaba con Martínez de la Rosa y con el Conde de Toreno acerca de los mejores medios que conviniese

emplear para destruir la regencia de Espartero, y estos dos ilustres personajes, á más de realizar importantes trabajos influyendo en la prensa del partido y en las provincias, donde contaban con elementos políticos, pensaron también en establecer una sociedad secreta cuyo centro radicase en París y á cuyas resoluciones deberían someterse todos los afiliados en España. Esta sociedad presidíala S. M., pero dejando la dirección efectiva á D. Fernando Muñoz, su legítimo marido, pues debo decir que ya había autorizado el matrimonio el cura de Tarancón Sr. González, aun cuando no hubiese recibido todavía una confirmación ostensible. A mi llegada acababa de organizarse la sociedad secreta. Narváez, que era en realidad el alma de la conspiración, acogió bien en un principio el pensamiento: él era *masón* desde que fué separado del ejército como *impurificado* en tiempo de Fernando VII, y por un momento esperó de estas logias tenebrosas, con sus misterios, sus pruebas de valor y sus secretos, buenos resultados. Quiso *iniciarme* inmediatamente después de mi llegada, y *catequizado* sin grandes dificultades, entré en el seno de la flamante sociedad con todas las solemnes formalidades de manto, casco y espuelas. Apadrináronme el propio Narváez y D. Antonio Benavides, y recibí por nombre secreto el de *Comendador Lara*. Debo decir que Benavides estaba lejos de reconocer á estas ceremonias la importancia que les daban muchos, entre los que se distinguía por su fe y su entusiasmo mi bravo amigo el brigadier Oribe. No olvidaré, por cierto, su actitud fiera la noche en que, vestido con el manto rojo y cubierto por reluciente armadura, recibió de Pezuela el noble *espaldarazo*, ni tampoco la expresión radiante de sus ojos cuando, terminada la ceremonia y admitido á deliberar, exclamaba con acento indefinible al sentarse á mi lado:

—¡Me siento otro!....

Ya he explicado en el curso de esta obra cuál fué mi actitud para con la Reina Cristina y cuáles mis privados sentimientos desde las circunstancias que siguieron á los acontecimientos de Sevilla. Resuelto á defender hasta el último extremo la causa que ella representaba, decidí no obstante permanecer particularmente alejado de todo trato y relación personal con S. M., y de este propósito no pudo hacerme desistir Narváez, á pesar de los muchos esfuerzos que empleó para convencerme de lo oportuna y bien recibida que sería en el palacio de la *Rue de Courcelles* una manifestación de mi parte. Cierto día, y cuando menos lo esperaba, recibí una carta autógrafa de S. M. invitándome para comer en familia. Dudé algunos momentos, pero creí que, después de esto, mi negativa habría ya constituído una descortesía impropia. Resolví, pues, ir, y llegué á la hora marcada á la Mal-Maison, donde S. M. residía en aquella estación del año. Era una calurosa tarde de verano, y la

Reina estaba en el parque bajo los árboles. A mi llegada hízome adelantar en seguida, y después de darme á besar su mano, me invitó á que la acompañara en su paseo. Entonces, por entre las hermosas y seculares alamedas de la Mal-Maison, que hicieron tan célebres Napoleón I y la emperatriz Josefina, dirigióme S. M., sin testigos, frases que no olvidaré jamás y de las cuales ya he dado alguna idea en otras páginas de este libro. Hízome muchas revelaciones políticas relativas á los últimos tiempos de su Regencia, que no creo necesario repetir ahora, encaminadas todas á demostrar la imposibilidad en que estuvo de contener la conducta de su Gobierno respecto de mi hermano y de Narváez, añadiendo que de aquella política ella sufría las más duras y más amargas consecuencias.



—Ya ves—me dijo—yo también estoy lejos de la patria y he dejado en ella, en medio de terribles peligros, á mis dos hijas; ¡dos pedazos de mi corazón!

La hora, el sitio, el encanto mágico de aquella Reina, que producía siempre una fascinación irresistible; sus dolorosas frases pronunciadas con honda sinceridad, y su persona misma, que despertaba en mí tantos recuerdos, conmoviéronme más profundamente de lo que yo pensaba. Impulsado por estos sentimientos y súbitamente desvanecidos mis agravios, díjela que desde aquel momento no quedaba ya en mi alma memoria alguna de pasadas amarguras; que sus palabras acababan de hacérmelas olvidar para siempre, y que, como en los tiempos en que peleábamos en Navarra por defender su Corona, podía disponer de mí y de mi vida. A la hora de comer dióme el puesto de preferencia á su derecha, aunque no me correspondía por encontrarse allí personas más caracterizadas; insistió luego para que la acompañara en su coche al *Bois de Boulogne* y después á su palco de la Gran Opera, y al reti-

rarse me despidió, asegurándome la satisfacción que tendría viéndome con frecuencia en su palacio. A los pocos momentos estaba ya con Narváez en Tortoni, el cual me exigió le relatara hasta en sus menores detalles mi entrevista, demostrándome muchas veces su alegría por ver restablecidas mis relaciones de respetuosa adhesión con la Reina, relaciones que, por cierto, no volvieron jamás á interrumpirse.

Yo había empezado desde el primer día á trabajar con ahinco y buena voluntad en pro de la causa, procurando principalmente poner en relación á los jefes emigrados con los elementos y personas que más podían favorecernos en España. Pero advertí bien pronto que los resultados eran ineficaces, pues, como en la emigración, y á pesar de la sociedad secreta los elementos de España estaban divididos en grupos aislados é impotentes. Se advertía además en las provincias una extraña mezcla y confusión entre los militares partidarios de la Reina y los hombres civiles que también conspiraban á su favor, resultando de esto, tanto en la Península como en París, desacuerdos de todo género que producían á su vez recelos y desconfianzas. Narváez se movía mucho, no descansaba, pero se agitaba en vano. La Reina por su parte obedecía á la influencia y dirección de su tío el rey Luis Felipe, más que á otra alguna, sin advertir que aquel monarca, como buen político, lo que realmente buscaba era manejar la emigración española á modo de un arma contra el Duque de la Victoria, llevando los sucesos por los derroteros que más convinieran á los intereses de Francia y á los suyos personales y dinásticos. Donoso Cortés, Benavides, Toreno y el mismo Zea Bermúdez, aparentando tener mucho influjo sobre la masa general del partido, influjo que de todos modos no podían hacer efectivo, llevaban entre tanto los asuntos por otras direcciones, y en realidad nadie se entendía. Carecíase además de todo, hasta de los fondos más indispensables para pagar los gastos de correo y los de viaje de un agente cualquiera. La Reina había entregado para la revolución de Octubre hasta ocho millones de reales, pero se negó á continuar dando dinero, quizá descontenta de la inversión de estos fondos, pues hasta creo que entabló reclamaciones; pero no tenía derecho á hacerlas, porque en Madrid fué el depositario D. Javier Istúriz, y cuando éste se vió obligado á escapar á Lisboa vestido de correo, entrególos al Marqués de Viluma, quien los empleó en auxiliar á muchos jefes y oficiales comprometidos que tuvieron que buscar su salvación en el extranjero, rindiendo después las cuentas más exactas y escrupulosas. No participé yo de estos fondos. Los gastos que hice fueron á mi costa, aunque en realidad debieron ser pagados por la sociedad revolucionaria, porque el Estado satisfizo más tarde todas estas cuentas. Ni Narváez, ni O'Donnell, ni los Conchas, ni ningún otro de los jefes principales del ejército usaron de las cantida-

des de S. M. personalmente, dándose el caso de que Narváez, que había recibido hasta la suma de cuarenta mil duros, para promover el levantamiento de Andalucía, los devolviera íntegros á la Reina á su llegada á París. A fines, pues, del verano de 1842, estrellándose el partido ante estos obstáculos, se cayó en la inacción y comenzó á cundir el desaliento.

Meditando yo acerca de esto, y con el recuerdo reciente de la organización *revolucionaria* que acababa de dar Costa-Cabral al ejército portugués, cuyos pormenores conocía hasta en los últimos detalles, pensé, durante una noche de insomnio, que también nosotros podríamos imitar á aquel hombre público copiando exactamente su sistema y preparando con rapidez en el país el triunfo de nuestra causa. Muy de mañana estaba al siguiente día, con este pensamiento en casa de Narváez; gustóle desde un principio; me citó para la noche en un *restaurant* aislado donde pudiéramos comer sin testigos, y cuando acudí á la cita le encontré ya entusiasmado y radiante. Lo único que le atormentaba era lo que habría de hacerse con los hombres civiles:

—*¿ Dónde meteremoz á eztoz zeñorez ?*—preguntaba.

Allí pensamos que los políticos podrían constituir una especie de Consejo cerca de la Reina, para utilizar sus grandes elementos y sus recursos cuando fuesen precisos, contribuyendo quizás esto á que todos ellos se pusieran previamente de acuerdo acerca de lo que debería hacerse cuando llegáramos á Madrid después del triunfo. A los dos días el pensamiento era en todas sus partes aceptado por la Reina, y comenzaron los trabajos.

Ante Pezuela y Escosura, y en el hotel Richelieu por cierto, expusimos por primera vez Narváez y yo todo nuestro plan, y como hubiera entrado muy al acaso D. Antonio Benavides en la sala en que estábamos reunidos, invitósele á tomar parte en la deliberación. Nuestro pensamiento era sencillo. Se limitaba á organizar la conspiración por regimientos. Para esto, el comité de París no debería entenderse más que con un solo jefe por cuerpo, siendo preferido el primero, si era esto posible; el jefe iniciado se entendería á su vez con los dos que por antigüedad ó por jerarquía de empleo le siguieran, y cada uno de éstos, respectivamente, con los dos inmediatamente inferiores, y así hasta llegar al oficial de menos graduación y más moderno. De esta suerte el jefe del cuerpo sería también el jefe de la conjuración, siguiendo la autoridad progresivamente hasta la última clase de los oficiales, y sin que cada uno de los afiliados conociera á más de tres personas, que serían su superior inmediato y los dos inferiores por él iniciados. Era el sistema *triangular*, muchas veces utilizado después en el ejército con variada fortuna, pero entonces de implantación

nueva. Declaro sinceramente que no considero como un título la parte eficaz y casi directiva que tomé en su aplicación, y que no rehuyo la responsabilidad que por ello pudiera caberme en la historia de nuestras revueltas; pero de todos modos el sistema tuvo la ventaja de no romper ni confundir los sucesivos eslabones jerárquicos del ejército, que constituyen en todos casos la disciplina. Queríamos realizar un gran movimiento nacional, encargando de su ejecución al brazo armado del país, pero éste conservaría, al derrocar una legalidad nacida en el motín de la plaza pública, todas las bases, todas las leyes y todos los respetos que constituyen la esencia de su organismo. Otra de las bases fué la de que no se contaría para la conspiración con las clases de tropa. Los individuos de ella que después figuraron en el pronunciamiento, obedecieron sólo á las instigaciones y trabajos del partido progresista.

Narváez, que para presidir una reunión tenía singulares condiciones —y así lo demostró más tarde presidiendo gobiernos—no quería que una vez conformes se perdiera el tiempo, y propuso que desde luego y allí mismo nos constituyéramos en *Sociedad secreta*, sin más explicaciones. Y así fué hecho: los cinco allí reunidos formamos el Consejo de París y adoptamos el nombre de *Sociedad militar*. Acto seguido se nombró presidente á D Leopoldo O'Donnell, como el de más categoría, y á propuesta de Pezuela se designó á Narváez para vicepresidente. Por unanimidad recayó el cargo de secretario en Escosura, acordándose también que éste y Benavides redactaran inmediatamente el reglamento. Yo fuí nombrado para llevar á O'Donnell todas estas noticias y para pedirle, en nombre del Consejo, que viniera á París. Con objeto de organizar la prensa que debía representarnos en España, y el comité ó centro que desde Madrid formaría la *Sociedad* en cada una de las capitanías generales, se convino en llamar á París á D. Luis Sartorius y á D. José de Zaragoza. Benavides propuso que no nos sirviéramos del correo para nuestra correspondencia, sino de las estafetas inglesa y francesa, y á este efecto él mismo se encargó de organizar este servicio por conducto y con la ayuda de su pariente D. Francisco de Zea Bermúdez. Así nos separamos después de cuatro horas de reunión, animados por la esperanza y ansiosos de dedicarnos cada uno al desempeño de nuestro encargo. Narváez fué al palacio de Courcelles y dió cuenta de los acuerdos tomados, y yo aquella misma tarde salía camino de Orleans, con una carta suya para D. Leopoldo O'Donnell.

Fuí recibido en casa del General, apenas anunciado, é invitado á almorzar, dile cuenta detallada de mi misión. O'Donnell me oyó tranquilo y aceptó sin dificultad el puesto que se le ofrecía, dándome para

Narváez la contestación á su carta. La noble Condesa de Lucena —para quien no fué un misterio el objeto de mi visita— me aseguró al despedirme que sin pérdida de tiempo haría sus preparativos de viaje, y no teniendo otra cosa que hacer en Orleans, aquella misma tarde volví en la diligencia, para estar al amanecer en la capital de Francia.

Escosura, entretanto, había redactado con una facilidad prodigiosa el reglamento de la Sociedad; estudiólo luego la Junta bajo la presidencia de O'Donnell, que llegó á los pocos días, y mediante algunas pequeñas modificaciones brevemente discutidas, quedó ultimado. Fué aquel un notabilísimo y curioso documento, cuya copia siento haber extraviado. Por él se rigieron los cuerpos para prepararse al movimiento, y se obedeció con tal exactitud en todas partes, y fueron tan eficaces sus preceptos, que la revolución de 1843 se hizo sin que se produjera en los cuerpos el menor desorden ni el más insignificante acto de indisciplina. Para dar ocupación y hacer efectivas las fuerzas de emigrados que teníamos diseminados en los pueblos de Francia, organizáronse Juntas *de tres*, regidas por igual sistema; en París mismo se formaron algunas, entrando en ellas Oribe, Marquesi, La Cimera, Zaldívar, Ortega y muchos otros, sin que nadie conociera la existencia del Consejo central del hotel Richelieu; y en el palacio de la Reina se formó la Junta civil, presidida por Martínez de la Rosa, en la que también figuraba con voz y voto, por un derecho que le fué reconocido, el presidente supremo de la *Sociedad militar*, don Leopoldo O'Donnell.

No tardaron en llegar á París Sartorius y Zaragoza. Dióseles en seguida conocimiento de todo, participándoles que el designado para presidir en Madrid el primer Consejo ó *triángulo*, era el general Azpiroz y que no se tomaría ninguna iniciativa hasta el momento en que la Sociedad se organizara en toda España y cuando fuera tan consistente que asegurase el triunfo del movimiento. Presentados á S. M.; provistos de fondos para organizar dos periódicos, uno de la mañana y otro de la tarde, y completamente penetrados de su misión, volvieron á España sin que la policía que en París sostenía el Regente, llegase á sospechar siquiera el objeto de su viaje, ni las relaciones que con nosotros sostuvieron. Amigos míos muy antiguos, tuve con ellos muy particulares y muy íntimas relaciones durante su permanencia en París. Era yo siempre para el futuro Conde de San Luis el padrino de sus desafíos y el compañero de colaboración en los periódicos donde juntos combatimos á Espartero; y en cuanto á D. José de Zaragoza, diré que sólo la muerte puso término á la amistad profunda que me inspiraron siempre sus altas prendas de carácter, su honradez inmacu-

lada y el cariño constante que me consagró á través de nuestras largas vicisitudes políticas.

Sin previo acuerdo habíase establecido en el seno de nuestro Consejo otro *chiquito*, como le llamaba Narváez, compuesto de él, de Benavides y del autor de estas *Memorias*. Siendo cinco los miembros que componían la Junta, sin contar al presidente, resultaban siempre aprobados por mayoría nuestros dictámenes, cuya unanimidad se fundaba en nuestra amistad perfecta y en una unidad de miras casi absoluta. Verdaderamente, Narváez, sin sentirlo y sin quererlo, y quizá sin apercibirse de ello, había formado *in pectore* otro Consejo *más chiquito* todavía, compuesto de él solo, á cuyas determinaciones debía doblegarse todo. Pero esto era en él instintivo, porque ya sabemos que Narváez no fué ambicioso en la primera parte de su carrera, y que nunca presintió el lugar que le reservaba el porvenir. Su instancia en 1835 pidiendo á mi hermano la administración de correos de Bilbao, y su actitud en 1839 después de los sucesos de Sevilla, cuando sólo anhelaba retirarse del ejército y de la política para vivir con su familia en Loja, lo demuestran suficientemente; por esto creo yo que, más que sus anhelos y que sus proyectos lentamente preconcebidos y vigorosamente realizados, le encumbraron sólo sus condiciones de carácter, de aquel carácter que, dibujado ya en la guerra y en los primeros acontecimientos que siguieron, iba á alcanzar en París en 1842 su definitivo desarrollo. Osado, valeroso y temerario siempre; dominante, exclusivo, suspicaz y desconfiado hasta un límite extremo; de pasión inmensa por las causas que abrazaba, y con arrebatos que hasta le ponían enfermo, debía Narváez en aquella atmósfera ardiente de la conspiración y de la lucha alcanzar desde entonces el primer puesto. O'Donnell, único que podía disputárselo, se mostraba, por el contrario, indiferente y frío, y había manifestado desde un principio que sus aspiraciones se limitaban á ejercer el gobierno superior de Cuba, reservándose sólo el mando de Navarra y de las Provincias Vascongadas para el día del triunfo. Con esto dejaba á Narváez campo abierto en Madrid, y éste lo recorrió todo después; pero no pensó nunca, en aquel tiempo al menos, en constituir un gobierno. Esto puedo yo certificarlo.

A pesar de tan grandes y absorbentes preocupaciones y de lo mucho que llenaban mi vida, debo confesar que fué esta época una de las mejores de mi juventud. Contaba yo apenas treinta y tres años entonces, y París, la gran ciudad centro de los placeres, ofrecíame todos sus atractivos, ocultando los numerosos peligros que encierra entre brillantes y fascinadores ropajes. Para todo hallé facilidades, suponiendo, con inexperiencia profunda, que los doce mil duros que cons-

tituían toda mi fortuna eran un tesoro que no podía agotarse nunca. Con Zaldívar hallé franca la entrada de muchos salones, donde pude conocer y tratar á las mujeres más bellas y elegantes de París. Él me inició en los refinamientos y secretos del vestir, sujetándome por su ejemplo á los caprichos tiránicos de la moda, y ésta nos obligaba entonces á usar pantalones tan estrechos y ajustados al pie por la trabilla, que más bien parecían mallas de bailarinas; nuestras levitas, de casa del célebre sastre Regnaudt, eran largas, muy entalladas, con extraordinario vuelo en los faldones, con mangas que dibujaban el brazo por lo angostas, y con solapas escotadas para dejar paso á los amplios pliegues de grandes y carísimas corbatas, de raso ó terciopelo, que se prendían con alfileres costosos y enriquecidos con piedras de valor. Por las noches usábamos á diario el frac abrochado de botón dorado, y en este traje recorríamos los teatros y las casas de juego, establecidas en París por el Gobierno mismo. Estas eran centro de la sociedad más elegante. Recuerdo sobre todo el *Cercle des Etrangers*, situado en la *Rue de la Grange Batelière*, que había sustituído al antiguo *Frascatti*. El *Cercle* y otras cuatro ó seis casas de juego establecidas en el Palais Royal, constituían una especie de institución, cuyo director ó *fermier des jeux* era nombrado por el Gobierno, obteniendo el Tesoro una cantidad anual enorme, que el Ministro del Interior administraba empleándola en subvencionar teatros—especialmente el de la Gran Opera—en socorrer á emigrados políticos extranjeros, y en gastos de beneficencia. Todo estaba allí reglamentado y organizado. Cada una de las casas tenía un fondo de 400.000 francos á fin de reponer las bancas, que se mantenían siempre en el tipo de 80 á 100.000. El juego más usual era el *treinta y cuarenta*, y las mesas estaban regidas por empleados de diferentes categorías y funciones. Uno de estos individuos, anciano ya y muy correcto, que supo me llamaba Mr. de Córdova, se me acercó una noche y me preguntó si era hermano del difunto general del mismo nombre, y como le contestara afirmativamente, díjome que desempeñando el mismo cargo de *Chef de partie* en Frascatti, había conocido mucho al General, primer secretario de la Embajada española, bajo el reinado de Carlos X.

—Una noche—me dijo—estaba su hermano de V. hablando con unas damas en el salón de juego, retirado de la mesa, y había confiado á uno de sus amigos un billete de 500 francos para que lo dejara en el *encarnado* á la dobla. Prodújose en el instante mismo una serie de 5, y los 500 francos se convirtieron en 16.000. Fueron entonces á darle conocimiento del suceso, y Mr. de Córdova, sin querer interrumpir siquiera su conversación con las señoras, encargó á su amigo que los dejara todos en el encarnado. La suerte le inspiraba aquella noche;

diéronse tres encarnados más; la banca saltó, y el amigo fué á interrumpir de nuevo su diálogo presentándole 100.000 francos en billetes, que el General guardó en el bolsillo de su frac, sin alterarse lo más mínimo. Su hermano de V.,—añadió el viejo suspirando—me regaló 250 luises aquella noche; es la mayor gratificación que he recibido en mi vida, y llevo veinte años en el juego!

Ya he hablado de los primeros cafés y restaurants que conocí á mi llegada. En los *Trois Frères Provençaux* comía frecuentemente, pues á pesar de haberse trasladado Narváez á la *Maison Dorée* para unirse á nosotros, era aquél siempre el de su preferencia. Los *Trois Frères Provençaux* estaba abierto desde fines del siglo pasado, y en él comió muchas veces el general Bonaparte, antes de partir para sus primeras campañas de Italia. Los cafés *Very* y *Foy* (éste era el más antiguo y también de gran fama) se hallaban asimismo establecidos en el Palais Royal. *Tortoni* compartía con la *Maison Dorée* los favores de la moda en aquella época, y era el obligado punto de cita de todos los elegantes antes de comer y después de los teatros. Fué también el centro de los primeros jugadores de billar del mundo, y en sus habitaciones del piso bajo, con vistas al boulevard y á la rue Taitbout, vivió el archimillonario ruso Demidoff, íntimo amigo del Duque de Villahermosa. En la *Maison Dorée* existía aún en aquellos tiempos la famosa chimenea de mármol en cuyo fuego Mr. Hardi, su fundador, asaba personalmente, á la vista del público, los platos de carne que se elegían, empleando sólo, para sus grandes operaciones culinarias, trinchantes, parrillas y cuchillos de plata maciza. Es de advertir que la *Maison Dorée* se llamó primero *Café Hardi*, el cual sostuvo durante muchos años una competencia en precios caros, con otro café vecino del boulevard, llamado *Café Riche*, antagonismo que dió ocasión para que en París se dijera, con razón muy fundada, que «*il fallait être riche pour dîner chez Hardi, et qu'il fallait être hardi pour dîner chez Riche.*»

Los teatros constituían otra de mis grandes seducciones en París. Yo los frecuentaba casi diariamente. Al de la Gran Ópera iba, cuando

menos, dos veces por semana; pero me gustaba más el Italiano, en el que se cantaban óperas de esta escuela, ya conocidas para mí y más de mi agrado, pues he de confesar sinceramente que no he podido nunca ni dominar ni apreciar la música alemana ni francesa. En la Gran Ópera se cantaba casi sin interrupción el *Robert-le Diable*, de Meyer-



MLLE. TAGLIONI.
(Reprodución de una litografía de la época.)

beer, estrenada en París hacía ya diez años, y admirablemente interpretada por el tenor Nourrit y el bajo Levasseur, que crearon los papeles de *Roberto* y de *Bertram*. Esta ópera produjo enormes rendimientos al teatro y al autor, pues su éxito fué grande; pero en cambio no se enriquecían los cantantes, como sucede ahora, porque ajustados al año y á sueldo fijo, Nourrit, que era el más caro, no cobraba arriba de 30.000 francos anuales, es decir, bastante menos que las primeras bailarinas

Mlle. Tagioni y la Fanny Essler, que se disputaban en sucesivas temporadas los aplausos frenéticos de un público más entusiasta entonces de sus piruetas que de la música. La Taglioni se contrataba por 40.000 francos, y por un precio superior consintió en presentarse en París su rival la vienesa Essler. Mr. Thiers, que fué varias veces ministro bajo Luis Felipe, se ocupaba mucho del teatro de la Gran Ópera, donde se le veía con frecuencia. Él designaba los empresarios ó *directeurs;* estudiaba las condiciones de los arriendos, é imponía en ellos cláusulas especiales relativas al cuerpo de baile, á los artistas que debían ajustarse, á los *ballets* que era preciso poner en escena, etc. Allí me contaron que á la iniciativa de Mr. Thiers se debían las contratas de la Fanny Essler, para lo cual fué preciso que uno de los empresarios hiciera un viaje á Londres, donde residía la bailarina, invitándola á una gran comida, y que á los postres la sirviera, como aperitivo para la futura contrata exigida por el Ministro, una bandeja llena de joyas, de las cuales sólo escogió la Essler una sortija de 6.000 francos. Mi hermano fué un gran entusiasta de *Robert-le-Diable*, á cuyo estreno asistió en París el año de 1832, en el palco de Rothschild, donde se reunieron para aquella solemnidad Mr. Thiers y Rossini. Muchas veces le oí contar que en uno de los ensayos de esta ópera, y cuando se probaron sus decoraciones y accesorios, Meyerbeer que dirigía la orquesta, interrumpió la famosa *evocación* del bajo, al ver que surgían los muertos de los sepulcros y que los fantasmas del monasterio salían por escotillón.

—¡Poca confianza tendrá V. en esta música—exclamó dirigiéndose al empresario—cuando busca V. aquí efectos de escena!

Y ya que hablo de Mr. Thiers, debo decir que á mi llegada á París me creí en el deber de visitarlo para corresponder de algún modo al profundo sentimiento que manifestó por la muerte de mi hermano. Mr. Thiers me recibió un día en la magnífica biblioteca de su hotel de la Place Saint Georges, colmándome de atenciones. El célebre hombre de Estado, que debía ocupar más tarde un lugar tan glorioso en la historia de su país, produjome una impresión muy diferente de la que yo esperaba. Creí hallar un hombre grave, adusto, pensativo, y encontré en su lugar un *bourgeois* bonachón y alegre, de volubilidad extrema, pero con frecuentes rasgos de ese ingenio agudísimo que llaman *esprit* nuestros vecinos. A primera vista parecía extremadamente superficial, pero bastaba observar con alguna atención la profundidad de su mirada y escucharle por algún tiempo, para convencerse de que bajo sus apariencias ligeras se encerraba una gran capacidad intelectual.

Volviendo á los teatros, diré que en 1842 asistí repetidas veces en la Gran Ópera, á la *Juive* de Halévy, hermosa obra sin duda, que procuraba grandes entradas, pero que por mi parte nunca pude resis-

tir. Mucho más me gustaba *Guillaume Tell*, de Rossini, que compartía con *Robert-le-Diable* las verdaderas preferencias del público parisiense. El famoso tenor Duprez cantaba esta ópera de una manera



Mr. Thiers.

(Tomado de un grabado de la época).

inimitable. Pero mi teatro favorito era la Ópera Italiana, donde además del antiguo repertorio, compuesto de *Il Barbieri di Seviglia* y el *Otello*, las óperas de mi juventud y de mis mejores recuerdos; de *Ana Bolena*, *Marino Falliero*, *Norma* y *Puritanos*, acababan de ponerse

en escena hacía pocos años, *Elixire d'amore* y la *Lucrezia Borgia*, de Donizetti, estrenándose en mi tiempo *Linda de Chamounix* y *Don Pasquale.* En aquel año se presentó por primera vez en las tablas de París el tenor *Mario*, hijo de una gran familia italiana, de elegancia suprema y de arrogantísima figura, pero inexperto aún, á pesar de que los inteligentes le profetizaban ya el preeminente lugar en el arte lírico que por fin alcanzó más tarde. El gran Rubini fué también contratado en este tiempo, para algunas representaciones en los Italianos. Pero ni Nourrit, ni Duprez, los ídolos de París, ni Mario, ni ningún otro, podían aproximársele. No falté yo á ninguna de estas funciones, y le recuerdo principalmente en *Los Puritanos*, con cuya música hacía llorar de gozo y de emoción. El célebre barítono Ronconi, que después aplaudimos tanto en Madrid, presentóse á la sazón en la capital de Francia y organizó algunos conciertos, que resultaron magníficos por el concurso que les prestó Rubini.

No olvidaré otra de las grandes celebridades de esta época en París. Mlle. Rachel la incomparable trágica, se hallaba en el apogeo de su talento y representaba en el Teatro Francés las obras clásicas del repertorio. Corneille no tuvo jamás mejor intérprete. Era la actriz muy delgada, de facciones regulares nada más, porque distaba bastante de la hermosura. Pero en el teatro se transfiguraba; muy sobria en los ademanes, sin gritos ni chillidos, sin prodigar sollozos ni lágrimas, su fisonomía expresaba asombrosamente todas las pasiones humanas, y el amor, el odio, los celos, la alegría, pasaban alternativamente por aquella máscara movible, como las tempestades por el mar, acompañadas por actitudes sobrias y magníficas, que parecían arrancadas de los mármoles griegos. Joven todavía, mantenía abierto un salón, que pisaron todas las eminencias de su país y los extranjeros más ilustres. El Duque de Sotomayor, embajador nuestro, fué durante su residencia en París uno de los más asiduos tertulianos en casa de Mlle. Rachel.

¿Qué diré de las *parisiennes*, el más acabado y perfecto tipo de la coquetería, de la gracia, de la elegancia femeninas? Hay muchas *parisiennes* feas, pero ni una sola que no posea algún encanto, algún atractivo supremo. Sus modas y prendidos, que han logrado conquistar una soberanía absoluta en el mundo; su ingenio sin igual; su conversación y su acento; la inteligente y graciosa astucia que emplean para envolver entre sus redes lo mismo á los incautos que á los hombres de más mundo, todo hace de ellas seres verdaderamente encantadores é irresistibles, pero peligrosísimos.

—Haz aquí cuanto gustes—me decía con frecuencia el experimentado Zaldívar—y de nada te prives; pero guárdate de las mujeres. ¡Son

verdaderas sirenas, y sus apariencias encubren abismos insondables!

Yo seguí puntualmente sus consejos, á Dios gracias; pero ellas fueron mi estudio principal, y por ellas pretendí conocer aquel gran pueblo. Los franceses, principalmente en París, han dado á las mujeres una inmensa intervención en todas las manifestaciones de la vida, y ellas



MLLE. RACHEL.
(Copia de un retrato auténtico.)

centuplican allí todas las tentaciones. ¿Quién ignora que las modestas *demoiselles de magasin* hacen adquirir siempre al comprador mayor número de objetos de los que realmente necesita y desea? ¿Cómo encargar en un restaurant un *menu* modesto, cuando hay que abonar luego una *adition* redactada por la preciosa *demoiselle du comptoir*, con la cual se han cruzado frecuentes miradas y sonrisas durante la comida? Por las tardes sorprendíamos nosotros en los jardines del

Luxembourg ó de las Tullerías á jóvenes de aspecto modesto, que paseaban solitariamente bajo los corpulentos árboles de las alamedas.



(Tomado de una estampa de la época.)

Parecían tristes y melancólicas; pero el que se hubiese permitido significar á alguna de ellas sus sentimientos, no habría tardado en abrir las páginas de una hermosa novela, de largas y lejanas consecuencias. Las

grandes señoras, cubiertas de encajes, recibían á sus íntimos por las tardes, reclinadas en los *chaises longues;* daban *the;* hablaban de Balzac, de Musset ó de Lamartine, y los maridos entretanto, pasaban el día en los casinos y las noches entre los bastidores de la Gran Ópera. Si cruzábamos el atrio de algún templo, corríamos el riesgo de tropezar con las devotas más encantadoras y desesperantes, cuyos ojos siempre bajos, sin duda por efecto de la modestia, lo divisaban sin embargo todo, y cuyas mejillas se encendían ante la mirada menos indiscreta; pero en varios casos aquel rubor delicioso incitaba más de lo conveniente á frecuentar con asiduidad las ceremonias religiosas y á escuchar sermones interminables, concluyendo por tropezar con la Vicaría, ó lo que era peor, con prerrogativas y derechos no sancionados en este santo lugar. La *grisette* era otro tipo especialísimo, producto único y exclusivo de París: pobres, y viviendo de su trabajo, habitaban con los estudiantes en las buhardillas del *quartier Latin*, sin desdeñar por esto á los extranjeros, ni los convites que las ofrecían en los pueblos inmediatos y pintorescos que baña el Sena. ¡Lástima es que no pueda testificarlo Oribe, cuyas *bonnes fortunes* en esta clase fueron innumerables!

Uno de los más curiosos tipos de París era en mi tiempo el de la *maîtresse de table d'hôte*. Viudas, por lo general de militares ó magistrados, y con escasos medios para vivir de sus pensiones, establecían comedores en los pisos bajos de las casas, á un precio fijo que variaba entre 5 y 6 francos el cubierto. Yo conocí algunas de estas casas dirigidas por mujeres muy elegantes y bonitas, aunque ya pasaban generalmente de los treinta, y á ellas acudíamos y acudían muchos jóvenes atraídos por el aliciente de comer al lado de una mujer hermosa, cuya conversación chispeante y cuyas maneras distinguidas las hacían muy agradables: y esto, sin contar con lo bien sazonado de los manjares, con el vino apetitoso y con el excelente servicio que ellas dirigían con oportunas miradas y leves indicaciones á los criados ó á las muchachas que pasaban los platos, advirtiéndose que todas ellas eran siempre jóvenes y bonitas. Reinaba, sin embargo, en las *tables d'hôte* una corrección de *tenue* verdaderamente irreprochable, aunque á los postres se tolerara alguna expansión en las conversaciones y algunos cuentos ó *calambours* que seguramente no habrían pasado en casa de Tayllerand ó de Guizot. Asistían invariablemente á estas comidas uno ó dos personajes, frisando entre los cuarenta y los cincuenta años, de aspecto acomodado, y que según decían se hallaban en excelente posición; pero en realidad de verdad, no iban allí sino á desempeñar, á cambio de la comida, el oficio de cancerberos para contener á la juventud dentro de justos limites. Estos protectores de la casa y de las

damas permanecían hasta última hora en la tertulia, invitando á la niña, si la había, á que recitase algunos versos ó á que mostrara su precoz habilidad en el piano, y no desdeñaban luego arriesgar algunas monedas de cinco francos en las partidas de *écarté* ó de *bouillotte*, que como complemento de la comida se establecían siempre. Uno de mis amigos, comandante emigrado, se hizo asiduo en una de estas casas, obteniendo marcadas preferencias de la *maîtresse de table d'hôte* más correcta y respetable de París, aunque muy guapa, y recuerdo que no le fué bien. Yo permanecí alejado de estos riesgos, como también de las grandes *loretas* y de las *demoiselles à marier*. Aquéllas me ofrecían, con sus pretensiones exorbitantes y mal disimuladas, escasos atractivos; éstas parecían crisálidas de mariposa y guardaban todo su brillo y todos sus encantos para hacer de ellos gala al convertirse por el matrimonio en *jeunes femmes;* pero antes de esta transformación las muchachas solteras en Francia resultan verdaderamente insignificantes en la sociedad, al menos para aquellos en quienes no presienten un marido probable. Ocurre en este punto todo lo contrario que en España.

En un lance muy grave de Narváez provocado por uno de sus arrebatos, tuve que intervenir á fines del invierno de 1842. Una mañana me envió una carta urgente llamándome muy temprano á su casa. Me dijo que llegaba del campo, donde había permanecido dos ó tres días, y me invitó primero á que le diera cuenta de las noticias que se habían recibido de España durante su corta ausencia. Enterado por mí de que eran satisfactorias, me entregó una carta que acababa de recibir dos horas antes, en la cual un coronel francés, retirado en París, le pedía satisfacción con las armas, por las ofensas que había proferido contra él, contra el ejercito francés, contra el rey Luis Felipe y contra Francia! Mi asombro fué grande en los primeros momentos, pero el General me sacó de él pronto relatándome lo ocurrido.

Narváez sostenía desde hacía algún tiempo relaciones amorosas, en son de matrimonio, con la hija de los Condes Tascher de la Pagérie, ilustre familia francesa de claro origen y abolengo histórico. Acogidas favorablemente sus demostraciones por los padres y admitido el General en la intimidad de la familia, había sido recientemente invitado á pasar una temporada en un *château* que los Condes poseían inmediato á París. Él aceptó, trasladándose con su asistente, el famoso Bodega, á la suntuosa residencia donde se prometía pasar agradablemente quince días. Pero al siguiente de su llegada, en la mesa y á la hora de comer, la conversación recayó sobre la brillante carrera militar del General, rogándole los comensales, entre los que se encontraba un coronel francés retirado, que hiciese una vez más la relación de sus campañas. Nar-

váez entonces y en un francés algo difícil, comenzó á contar las vicisitudes de sus primeros años, recordando que, como ayudante de Mina, se había batido contra el ejército francés en 1823, y que prisionero de guerra fué conducido á un depósito desde donde le trasladaron á la ciudadela de Lille, reduciéndole á estrecho calabozo. El Coronel, que le escuchaba atentamente, bien porque Narváez pronunciara alguna frase contra el ejército francés, bien porque se considerase autorizado para usar con el General de una confianza que éste no toleraba nunca en los extraños, le interrumpió diciéndole;

—Pero vamos á ver, ¿qué tunantería (*espiéglerie*) cometió V. para que le tratasen de ese modo nuestras autoridades, cuando en Francia se guarda siempre respeto á los prisioneros de guerra?

¡No lo hubiera dicho nunca! Narváez, presa de indecible vértigo, se había puesto de pie, rojo como la grana, con los ojos centelleantes y fuera de las órbitas.

—Yo no cometí tunantería ninguna, le contestó levantando la voz; yo fuí entonces indignamente tratado por VV. los franceses, que son unos..... tales..... Y esto lo sostengo en todas partes, por que me f..... en todos los franceses, y en V., y en el ejército francés, y en Francia y en Luis Felipe.....—Y separando violentamente la silla, que echó á rodar, y tirando del mantel y de todo cuanto en la mesa habia, salió del comedor llamando á voces á Bodega, con el cual y con su maleta alejóse por el camino al paso largo, para esperar la diligencia de París.

El efecto que esta escena produjo entre los amos de la casa y sus huéspedes, fué indecible. Hubo necesidad de socorrer á la señorita, que se desmayó. La Condesa, enojada, vió deshecho el casamiento, y el Conde, no atreviéndose á decir una palabra por temor de que Narváez volviera, procuraba tranquilizar al Coronel, que se manifestaba indignado y furioso.

—Y he aquí ahora—me dijo el General después de terminar su relato—la carta que este señor me escribe.

Narváez, que en sus momentos de arrebato en nada reparaba, ni nada le contenía, entraba pronto en razón, apenas calmado. Interesado yo por él como debía estarlo, y por la familia Tascher, que conocía y estimaba mucho, pronto le hice ver que el lance era mucho más serio y grave de lo que parecía; porque el Coronel expresaba en su carta los hechos, y una vez que fuera conocido que había insultado á Francia, al Rey y al ejército, tendría sobre sí cien retos iguales. Todos los franceses—los militares especialmente—saldrían en defensa de objetos tan respetables, gratuítamente ofendidos por un emigrado que recibía protección y hospitalidad en territorio francés.

—No acepto—le dije—el encargo que V. me hace de apadrinarle

en esta ocasión, si no nombra usted también á Escosura, y si no retira usted previamente todas las palabras ofensivas que haya podido proferir contra Francia, el Rey y el ejército, pero dejando, si V. gusta, en toda su extensión y valor las pronunciadas contra la personalidad del Coronel.

Convino en ello en seguida y me autorizó para arreglar todas las condiciones del lance, manifestándome que él desearía fuese á pistola y «á la misma distancia á que se batieron los españoles en San Quintín con los franceses.» Aquella misma noche salí para Enghien, donde vivía Escosura, y á la mañana siguiente regresamos juntos, avistándonos con el Coronel en seguida. Nuestras retractaciones respecto de los insultos dirigidos á Francia, al Rey y al ejército, fueron completas y absolutas, haciendo además protestas favorables á tan altos objetos; pero mantuvimos las que pudieran serle personales, manifestándonos dispuestos á entendernos en seguida con dos amigos suyos para ajustar las condiciones del combate, si antes no retiraba los juicios injuriosos que pronunció en la mesa de los Condes de Tascher, origen de todo. Honrosamente podía hacerlo el digno Coronel, puesto que en realidad no tuvo en aquellos momentos intención ni motivo para faltar á Narváez. Convencido de esto, decidióse á ello; escribió una carta al General en que así se lo manifestaba, y éste pudo entonces contestarle con otra, ofreciéndole sus excusas y quedando de este modo perfectamente terminado aquel enojosísimo incidente, del que algo se ocuparon los periódicos, aunque sin informes exactos de lo ocurrido.

Quedaba por arreglar lo más difícil, es decir, la conducta del General para con los Condes, á quienes no había escrito ni enviado satisfacción alguna después de la escena inverosímil del comedor. Narváez no sabía qué hacer y se condolía vivamente de la posición en que había quedado con aquellos señores respetables y con su novia. También fuí comisionado para desempeñar la misión de desagraviarles del ultraje, y aunque muy delicada esta plenipotencia, hallé buena acogida. Narváez volvió á la casa, reanudó sus relaciones, y pocos meses después realizaba su matrimonio con la que debía llevar siempre dignamente el título ilustre de Duquesa de Valencia.





DON JUAN PRIM.

(Copia de una litografía de la época.)

CAPITULO II.

Lo que pensaban y escribían los generales Concha desde Florencia. — Preséntase en París el coronel don Juan Prim.—Su misión y sus noticias.—Su primera entrevista con Narváez y su inmediato rompimiento. — La política en Madrid, según una correspondencia de D. Juan Prim. — El Ministerio López y su caída.— D. Francisco Serrano y Domínguez.— Sucesos que siguieron. — Las sesiones del Congreso y la invocación de Olózaga.—La revolución.—Inicia Prim el movimiento en Reus.— Recibo la comisión de

entrar por Cataluña.—Mis instrucciones y los deseos de Narváez.—De París á Perpignan.—En Barcelona.—La actitud de Prim con respecto de Narváez.—Un trance apurado.—Cómo me salvó Prim.—Generalízase la revolución.—El campamento del Bruch.—Zurbano en Igualada.—Retírase á Cervera.—Vuelta á Barcelona.—El Ministerio *universal*.—Confírmaseme el empleo de brigadier y se me otorga el mando de la vanguardia.—Las órdenes de Narváez.—Mi resolución.—En los campos de Grá.—Situación del país.—La de Espartero.—Nuestra marcha sobre Madrid.—Torrejón de Ardoz.—Mi primer rompimiento con Narváez.—Continúo la campaña contra Espartero á las órdenes de Roncali.—Los postreros actos del Regente.—Algunas reflexiones.

Entretanto, las noticias que recibíamos de España eran satisfactorias. La organización de la *Sociedad militar* se llevaba á cabo en la corte y en provincias con rapidez y facilidad sumas. En Valencia, Barcelona y Zaragoza, en Andalucía y en las Provincias Vascongadas, la gran masa de los oficiales del ejército se había inscrito desde luego. El desprestigio del Regente era cada día mayor, y para dar una idea del estado en que se encontraban los ánimos, me bastará decir que en el mismo regimiento de Luchana, que era el predilecto de Espartero, contábamos con treinta y cinco jefes y oficiales, con todos los sargentos, que se presentaron espontáneamente, y con el comandante Caminero. Todo esto animaba á la emigración, y nos hacía esperar como inmediato el día del triunfo, que parecía aproximarse aun para aquellos hombres del partido que permanecían más alejados del foco ardiente de París. De entre éstos citaré á los dos hermanos D. Manuel y D. José de la Concha, que, como he dicho, vivían en Florencia bastante retraídos de todo movimiento. Con ellos mantenía mis antiguas y excelentes relaciones de la juventud, y por entonces se cruzaron entre nosotros algunas cartas, que juzgo interesantes. Ellas demuestran la vida austera y estudiosa que adoptaron en la emigración estos dos ilustres generales.

«Querido Fernando—me decía D. Manuel desde Florencia con fecha 12 de Diciembre de 1842:—como el tiempo y la ausencia son impotentes para alterar mis afecciones, nacidas en la infancia y sostenidas á través de los sacudimientos y de las continuas oscilaciones que se han sucedido en nuestro país, no me detendré en probarte que he encontrado disculpable tu silencio, lanzado como estás en esa vida de placeres. No me dices si recibiste una carta que te escribí desde Oporto en que te hacía una relación de mi viaje, te comunicaba mi salida para Londres y te avisaba que dejaba en poder del Vicecónsul una escopeta

tuya que me entregaron en Madrid. Ya ves que tú no has sido el primero en escribir después de aquellos malhadados acontecimientos, y no sé cómo dices que ni memorias te mandaba en mis cartas á Oribe.» Hablándome en seguida de uno de los artículos de nuestro reglamento para la *Sociedad militar*, relativo al caso probable de que el Gobierno concediese una amnistía, decía: «Muy ventajoso será que se agite la cuestión que comprende el art. 3.º, pues aunque estoy seguro que sólo sería extensiva hasta la clase de coronel inclusive, esto abriría el camino para que se generalizase más adelante. Por mi parte, hallándome en situación particular, sólo la admitiré concedida que sea meses antes de la *mayoría*, y esto si entonces se conviniera que era necesario ahogar el amor propio, prestando obediencia al *Sultán*, para estar presente el día en que debe empezar una nueva lucha, que será decisiva para los partidos y para el país: mientras no llegue esa época, es formarse ilusiones suponer que los hombres enemigos de Espartero y de su Gobierno pueden intentar derrocar un poder que, por nulo, por fatal que sea, no puede sustituirse con otro que merezca el sacrificio de una guerra civil, cuando todos saben que hay otra cuestión pendiente para el año 44. Acaso entonces, cuando todo el mundo vea claramente declinar y próximo á terminar el poder de Espartero, se presente una ocasión bien favorable para nosotros. ¿No hay ya muchos hombres influyentes del partido progresista, que por temor á las miras de los *ayacuchos* se interesan por la emigración? Los acontecimientos de Barcelona, esto es, su desenlace, prueban que son impotentes en el día todos los partidos y que sólo existía uno capaz de triunfar por sí solo; éste era el que había en el ejército, el que fué vencido en Octubre, y el que con razón no se moverá hasta que llegue la *mayoría*.

»Confesaré ingenuamente que no imaginaba el desenlace que ha tenido lo de Barcelona, y te diré más, que mi cabeza estaba muy excitada. Pero de nuevo impera en mí la fría razón, y digo que á los emigrados españoles de todas épocas puede comparárseles á un enfermo de gravedad, pero sin aprensión alguna ni temor á las penas eternas, á quien el facultativo aconseja que no se mueva por más que sufra en la posición en que está. Concluiré diciéndote cuál es nuestra vida. Á las nueve y media de la mañana vamos á la ciudad, donde pasamos dos ó tres horas en las clases de Química, Mineralogía y Botánica; y como las ciencias naturales interesan tanto, ocupamos agradablemente la mañana, originándose en casa grandes cuestiones que se debaten muchas veces á fuerza de pulmones. Algunos juegos para hacer ejercicio; varias horas de ocupación; la niña de Pepe (1), y la grande y her-

(1) Se refería á la actual Marquesa de Guadalest, muy niña entonces. Como se vé por estas

mosa huerta que tiene la casa, que recorremos en familia, son otros tantos medios con los cuales llega pronto la hora de comer, que es la de oración, y la nuestra es también breve, porque estamos todos rendidos. He tenido que ser hasta grosero para evitar convites, pues varias familias tuvieron empeño en que yo frecuentase la sociedad; y así estamos aislados. Te ruego envíes mis recuerdos á Manuela y á las Paces; recibe tú los de mis hermanos y mi mujer, así como la seguridad de la amistad cariñosa de—*Manuel.*»

En una postdata me escribía su hermano D. José lo siguiente: «Querido Fernando: Puedes imaginarte cómo habremos estado con las noticias de Barcelona. Teníamos los pies en el estribo, en términos de haber suspendido la compra de caballos y carruaje que teníamos casi hecha. La rendición de Barcelona altera nuestra agitación, pero aún veremos los resultados del bombardeo, que en mi concepto será el principio de que se eclipse la estrella de Espartero, tan fatal para nuestro país. Confiemos, Fernando, en la justicia y en la bondad de nuestra causa, y tal vez no tarde tanto como creemos el día en que podamos tener el gusto de darnos un abrazo.»

Indudablemente, D. José de la Concha vivía menos desesperanzado que su hermano. Algunos meses después, en 3 de Febrero de 1843, el futuro Marqués de la Habana volvía á escribirme, demostrándome que los últimos sucesos acaecidos en España eran también considerados en Florencia como precursores de nuestro triunfo. Su carta de esta fecha contiene además noticias y juicios muy sagaces que luego ratificaron los sucesos. Hela aquí:

«Querido Fernando: Ya que Manuel está muy ocupado en despachar su correspondencia atrasada, voy á contestar yo á tu última, no habiéndote escrito anteriormente porque haciéndolo Manuel, sólo podía yo repetirte lo que él te dijese, pues que ya conoces la uniformidad, no sólo de nuestras ideas, sino también de la vida que hacemos. Seguramente que ésta no te parecería muy agradable, cuando los disgustos de la emigración no han sido bastante á quitarte el humor para gozar de los placeres que ofrece París á un *garçon* con dinero y con ánimo para gastarlo; pero nuestra posición es enteramente diferente de la tuya, y aunque no creemos que un casado esté obligado á renunciar al mundo sólo por el hecho de llevar aquel nombre, la organización de nuestra pequeña colonia nos obliga á hacer una vida retirada, que por mi parte sobrellevo por esta causa con gusto, á pesar de que conservo

cartas, los dos generales vivían en Florencia formando una verdadera colonia con toda su familia reunida; pero es de advertir que D. José, á quien sorprendieron los sucesos de Octubre mandando en Vitoria un regimiento de caballería de la Guardia, no tomó parte en el movimiento, pero luego pidió la licencia absoluta para compartir la suerte de su hermano.

restos de mis antiguas inclinaciones, y que, por lo tanto, en otras circunstancias seguiría como más agradable la que tú llevas en compañía del Brigadier.

»Puedes suponer con cuánta atención seguiremos ocupándonos de los sucesos de nuestro país, y seguramente no estarías tú con más deseos de tomar la posta, en circunstancias pasadas, que nosotros dos, y particularmente yo, que te aseguro volveré á montar á caballo con el mayor gusto del mundo. La fortuna, sin embargo, nos ha sido también esta vez contraria; pero yo estoy persuadido que los sucesos de Barcelona, en su último resultado, han sido sumamente favorables á la emigración de Octubre, pues sin ellos creía yo muy fácil que Espartero prolongara la minoría de la Reina sin que hubiera encontrado una fuerte oposición en el país, que, por su deseo de paz, está dispuesto á todo. El bombardeo de Barcelona, y la conducta, no sólo del Gobierno, sino del actual Regente, después de la rendición de aquella plaza, ha acabado de enajenar á éste la voluntad de todos los partidos, y la actitud que éstos han tomado de sus resultas debe hacernos creer que el Regente no conseguirá tener unas Cortes que, como él se prometía, pudiesen servir de instrumento á sus miras, ya demasiado conocidas.

»Espartero, en mi concepto, no retrocederá por esto, porque sería abdicar su poder y renunciar á su futura dominación en el país, y yo, que conozco su política, ó mejor dicho la de Linaje, estoy persuadido que si las próximas Cortes le son contrarias, antes de admitir un Ministerio Cortina, el único tal vez posible en el día, apelará á nueva disolución ó se decidirá á dar un golpe de Estado si se presenta alguna circunstancia favorable, sin esperar otras nuevas elecciones. En tal seguridad, sólo deseo ver el resultado de éstas, porque de ellas depende el porvenir del país y muy inmediatamente el nuestro; pero el día que Espartero tenga que echar abajo la libertad de imprenta sin el apoyo de unas Cortes (como estoy seguro lo hará, al fin y al cabo, si las próximas le son contrarias, aunque por el momento puede hacerlo porque el ejército le obedece), se colocará en una posición ilegal, y no tiene medios ni capacidad para sostenerse en ella. Esto mismo le hubiera sucedido si el partido moderado no hubiese apoyado la votación de la Regencia única, y entonces no habrían sido tan desgraciados los esfuerzos de los que le combatieron en aquella posición; es decir, los comprometidos de Octubre. Voy á dejar á Manuel que te escriba, y terminaré por hoy, mi querido Fernando, encargándote mis recuerdos á Juan Pezuela. Tu compañero tomará también por suya esta carta, ofreciéndoos, con los recuerdos de esta colonia, la apasionada y afectuosa amistad con que es siempre vuestro,—*Pepe*.

La postdata de D. Manuel de la Concha es muy interesante, porque

contiene el juicio que mereció al General el teniente D. Manuel Boria, del regimiento de la Princesa; el mismo que atacó con su compañía la escalera de Palacio, y que fué luego fusilado en Madrid.

«Querido Fernando—me decía:—he recibido una carta del padre del desgraciado Boria suplicándome te dé algunos datos acerca de los servicios prestados por su hijo en la última guerra, que puedan servir á las biografías que se iban á publicar de los que perecieron en Octubre. Como mi mando de la Princesa no fué hasta el 38, no puedo citar las acciones anteriores á dicha época en que se encontrase el desgraciado Boria, pero sí certificar que por su reputación en el regimiento como oficial pundonoroso, subordinado, valiente, aplicado y entusiasta por su carrera y por la causa de la libertad, era distinguido por todos los jefes, y yo quise también darle una prueba del aprecio que me merecía agregándole á la segunda de cazadores, que tenía completo el número de oficiales, y facultándole para que en las marchas y en las acciones siguiera á caballo: sin embargo, casi siempre iba á pie á pesar de lo que sufría por una herida que recibió en San Sebastián, que todos los facultativos juzgaron mortal. Boria era uno de aquellos oficiales que, deseando siempre distinguirse, solicitaba en todas las acciones conducir las guerrillas más avanzadas. En Castellote fué al asalto con los cazadores que se presentaron voluntariamente. Repito que no puedo citar todas las acciones en que se encontró el pobre Boria; pero Rabanet y Lersundi podrán darte algunas noticias más. En cuanto á su carácter, era franco, independiente y generoso. Recuerdo yo en este momento una ocasión en que, visitando los heridos, encontré á Boria que acababa de repartir los ahorros de su escasa paga entre los de su compañía. Era querido y estimado de los soldados y de sus compañeros, y concluiré con la reseña imperfecta de las virtudes de Boria, diciéndote que una de sus mayores satisfacciones—lo que acaso más le lisonjeaba—era saber que repetidas veces había yo hecho llegar á noticia de su anciano padre su honroso y distinguido comportamiento; esto, y el empeño que yo tuve cuando llegué al regimiento de que fuese á los baños de Arnedillo, auxiliándole con dos pagas, una de mi bolsillo (esto para tí solamente), fueron sin duda las causas que le arrastraron á seguirme cuando me presenté en el cuartel aquella noche aciaga, en la que me suplicó varias veces con el más vivo interés que no me separase de su compañía, porque no faltarían miserables que estuviesen pagados para asesinarme. No acabaría ésta si me abandonase al sentimiento que me inspira la memoria de aquel joven desgraciado, quedándome sólo el consuelo de poder atender á su padre y hermanos. Mis recuerdos á todos los amigos, y á Manuela y á tu mamá, de quienes no hemos recibido contestación, quedando tuyo,—*Manuel.*

»Rabanet te referirá la conducta de Boria cuando le hirieron en San Sebastián, y no te sorprenderá su heroísmo en los últimos momentos de su vida» (1).

(1) He aquí además otras dos cartas de esta época, una de D. Manuel y otra de D. José, en las que ambos generales me hablaban de varias cuestiones militares, y emitían sus juicios acerca de extremos muy importantes relacionados con la administración, la organización y la táctica de los ejércitos.

«*Florencia y Abril* 6 *de* 1843.

»Querido Fernando: Leí con el mayor interés la tuya del 3, la que me hizo conocer que en medio de la vida agitada que ahí llevas, tus relaciones no te absorben todo el tiempo, que ocupas con utilidad tuya y acaso muy grande para nuestro país, si continúas con constancia los trabajos emprendidos. No te desanimes, pues, y desecha esa desconfianza que afecta tu espíritu, trabajado sin duda por las terribles desgracias acaecidas en tu familia, y que te impedirá llevar adelante tus buenos deseos, siendo ya de alabar que, á pesar de no ser tu fortuna considerable, hayas empleado tanto en obras militares.

»Interesantes serán las noticias que podrás presentar de la administración de ese ejército, que me ha sorprendido sea tan complicada, confusa y difícil como dices, y esto lo atribuyo ahora al principio que predomina ahí en todos los ramos, de centralizarlo todo, pues según tengo entendido, hasta asuntos de interés puramente local á los pueblos, se deciden en París después de un expediente. ¿Has podido estudiar la administración prusiana? Esto no podrás hacerlo sin un viaje que me alegraría entrase tus proyectos, porque creo que es la administración de la que más se puede aprender.

»Durante la guerra y en el movimiento de Septiembre, me he acordado varias veces de la necesidad de modificar nuestro Código militar en la parte relativa á las sublevaciones y consejos de guerra. ¿Existen éstos ahí permanentes como en tiempo de Napoleón? ¿No crees que entorpece mucho y que es inútil un consejo de generales para juzgar á un subalterno, en un ejército como el nuestro, donde hay una décima parte de oficiales á quienes sólo por sus notas debía separárseles desde luego y aun quitarles el empleo? Si durante la guerra hubiese yo mandado un ejército sin dependencia de nadie, hubiera habido en los cuerpos los consejos de disciplina que hay en el ejército prusiano. Así es que no pudiendo hacer esto, previne indirectamente á los oficiales que cuando alguno de ellos no se condujese bien en el campo de batalla, la clase á que correspondiese se vería precisada á expulsarlo, para que yo no la excluyese de la propuesta general.

»Te recomiendo mucho que en la traducción de los movimientos que faltan á nuestra táctica y en todos los demás, simplifiques y disminuyas las voces de mando, pues, en mi concepto, hay algunas inútiles y otras demasiado largas. Si me hicieses la visita prometida, entonces te daría mi opinión acerca de la táctica inglesa y francesa, y algunos ratos trabajaríamos juntos, aunque te diré con franqueza que no leo ni una obra militar, mientras me ocupo con gusto de otros estudios: es verdad que ya no tengo ningún entusiasmo por nuestra carrera, y lo más que haré el año que viene será asistir á las maniobras del ejército austriaco ó del prusiano. ¿Asistirás á las que debe tener esa guarnición? Me alegraré mucho ver algún día tus trabajos sobre las reservas. Aunque no tengo datos para juzgar de las ventajas y contras que tienen las prácticas ó reglamentos en otros países, creo costosa y poco útil la que en la actualidad se sigue en nuestro país, por más que tenga ésta en su favor el contar con mayor número de batallones, que es lo que aumenta la fuerza de los ejércitos; pero yo miro la cuestión económicamente.

»Ciertamente que para llevar á cabo las reformas que nuestro ejército necesita en su administración, etc., es indispensable un general de cualidades que difícilmente se encontrará en la crecida lista que abraza la *Guía;* y te diré con mi habitual franqueza, que tu cariño te ha extraviado en la elección que has hecho. Tu amigo conoce hasta donde llegan sus fuerzas y que no podría ser útil á su país en la posición que tú quisieras colocarle, por lo que nunca admitirá destinos en los cuales no bastan una firme voluntad, rectitud y buenos deseos; esto no basta en un Gobierno representativo, y tu amigo tampoco quiere ni serviría en un Gobierno absoluto. Sabes además que yo no ambiciono altos destinos en tiempos normales, y que en los momentos críticos ó de peligro, por cuestiones políticas, no quiero tampoco figurar en primera línea, sin que

En el mes de Febrero ó Marzo de este año de 1843 presentóse un día en París el coronel D. Juan Prim. Este oficial, que apenas contaba entonces veintinueve años, era ya célebre desde la guerra carlista, á la

en esto obre por egoísmo, pero sí por el horror que tengo á las consecuencias de toda reacción por justa que aparezca.

»Apruebo los trabajos que ahí se preparan para que podamos utilizar cualquier acontecimiento como el de Barcelona. Si llega este caso, confío en que cumplirás tu promesa de hacerme saber vuestros proyectos, para que yo pueda obrar con más datos, pues es casi seguro que seguiré asociado en un todo á la suerte de mis amigos y compañeros de desgracia. Entre las opiniones de esta pequeña colonia, la mía ha sido siempre que Espartero no marcharía adelante, según hacía temer la conducta de sus Ministros; pues siempre ha sido á mis ojos un hombre irresoluto á quien la multitud le ha empujado para realizar sus deseos. Para prolongar la mayoría era necesario que Espartero hubiese hecho mucho por el país, tener á su favor un partido fuerte y el ejército para poder provocar y sostener una guerra. Sólo así han podido sostenerse otros hombres en la posición de Espartero. Aguardo, pues, con calma que llegue el 10 de Octubre, deseando que las Cortes le obliguen á dar una amnistía en la que sólo seamos excluídos los jefes principales. Vayan por allá mis amigos y preparen el campo por si fuere necesario saltar á la arena.

»Felicita á Oribe en mi nombre por su segundo hijo, si es que lo deseaba; y dile que, aunque sin carta suya, le escribiré otro día. He tenido el gusto de recibir una finísima y cariñosa carta de Manuela. Mis recuerdos á toda tu familia; recíbelos de todos los de acá, con la estimación y sincera amistad de—*Manuel.*»

Por el mismo correo me decía su hermano D. José:

«Querido Fernando: Las cuestiones políticas y militares de que te ocupabas en tu última carta, nos la hicieron leer con el mayor interés, celebrando mucho que te dediques con tanto empeño á conocer los adelantos que han hecho en ese país la organización y la instrucción de su ejército, ya que nosotros, después de una guerra de siete años, no hemos sabido aprovechar las lecciones de una experiencia que tantas veces nos fué costosa. Yo confieso que aún conservo mucho entusiasmo por nuestra carrera, y con el mayor gusto tomaría parte contigo en aquellos estudios, si este no fuese el país menos á propósito para alimentar mi espíritu militar; pero ya que me presentas ocasión de recordarlo, te encargo tomes una nota sobre la organización de la caballería, y particularmente sobre la de los regimientos de lanceros y cazadores, porque no aprobando la que se ha dado á la de nuestro ejército, puede que algún día me proponga combatirla por escrito.

»No te sería á ti difícil el hacerlo para mostrar lo ridículo y absurdo que ha sido querer adoptar en nuestro ejército el principio de la organización prusiana en la formación de la reserva, sin comprender la enorme diferencia que hay entre un país organizado todo militarmente, al nuestro, y que bajo un Gobierno representativo, el ejército es una carga que debe hacerse lo más soportable posible. Muchas veces hemos pensado Manuel y yo en lo conveniente que sería escribir algunas memorias sobre nuestra última guerra para hacer conocer al país los servicios de los generales de la situación; y como no carecemos de datos importantes, emprenderíamos con gusto algunos trabajos si tuviéramos á mano diarios de operaciones para coordinar éstos. Si tú puedes hacerte de ellos, bien sea de nuestros oficiales emigrados, ó aunque fuese algunas memorias ó relaciones del ejército carlista, y pudieras remitírnoslas, servirían mucho para nuestro propósito, y ocuparíamos largos ratos en este verano en un trabajo que podía ser muy útil manejado después por mejores escritores.

»Estamos esperando el resultado de las segundas elecciones de Barcelona, para ver si sale Gispert diputado, contra lo que trabaja fuertemente el Gobierno. Yo me alegraría mucho, porque la emigración de Octubre tendría en él un representante celoso, que haría conocer á los progresistas anti-ministeriales, que en aquel movimiento no se quería atacar las instituciones, que se atacaba sólo el poder de una persona que la experiencia les ha hecho conocer lo poco que de él pueden esperar, y ganaría la cuestión de amnistía que deseo para muchos de los desgraciados comprometidos en aquella época.

»Hemos tenido el gusto de recibir carta de Manuela. Nos anuncia que se propone darte un

que asistió sirviendo en los cuerpos francos catalanes, y donde pudo alcanzar, por repetidas acciones de guerra y varias heridas, el alto empleo de coronel del ejército. De ideas muy avanzadas y exageradamente progresistas, fué elegido diputado para las Cortes de 1841 por la provincia de Tarragona, y unido en el Congreso con los hombres de sus propias ideas y de la nueva generación política, tales como González Bravo, D. José Posada Herrera, D. Francisco Serrano y Domínguez, diputado por Málaga; D. Narciso Ametller y otros, se entendía con Olózaga, Cortina y D. Joaquín María López, jefes reconocidos de su partido. Desde un principio supo crearse Prim en el Congreso un gran lugar con los hombres de todas opiniones; y su carácter frío, pero muy enérgico, y su espíritu entusiasta y emprendedor, le valiéron pronto una posición política de importancia. Encontró así amigos en todas partes, y la misma prensa moderada, elogiándole varias veces, contribuyó á formar su reputación, con el intento de atraerlo á nuestras filas.

Amigo íntimo de D. Nazario Carriquiri, llegaba con éste á París para el desempeño de una gran misión. Traía nada menos que el pensamiento de establecer una alianza entre la oposición progresista de las Cortes y el partido militar emigrado. Sus primeros pasos fueron felicísimos. Presentado en el palacio de la Rue de Courcelles, celebró algunas entrevistas con la Reina, y otras muy repetidas con D. Fernando Muñoz, que fueron la base de la amistad íntima y cordial que se estableció entre ambos personajes y que nunca se entibió á pesar de tantas vicisitudes. Pero como su principal empeño era el de entenderse con nosotros los militares, deseó conocerme y hablarme antes de ser presentado al general Narváez. Para ello, una mañana lo trajo á mi casa Carriquiri. Hallé á un hombre de mediana estatura, enjuto, de tez biliosa, con barba y bigote apenas nacientes, y de ojos negros, hundidos y profundos. Vestía con extremada elegancia, sus maneras eran sobrias y corteses; y muy pronto, apenas presentado, descubrí en él la gran franqueza que formaba entonces la base de su carácter, una desenvoltura que contrastaba con la impresión primera que producía su aspecto, frases muy espontáneas, y algo así como el desenfado y desahogo del hombre de guerra acostumbrado á la existencia alegre y libre de la

abrazo este verano, y si, como es posible, anticipase mi regreso á España en combinación con los planes de Manuel, me alegraría infinito que se me proporcionase el placer de verte en el Mediodía de Francia. Saluda á Pepe Oribe, felicitándole por su nuevo hijo, tu ahijado, pero dile que aprenda de mí, y que ya que tiene quien lleve su esclarecido nombre, que se vaya con tiento en adelante y que más vale que emplee el tiempo en asuntos mercantiles, que no en aumentar los defensores de la libertad. Adiós, mi querido Fernando, recibe un abrazo de tu siempre afectuoso amigo—*Pepe.*»

campaña y á comprometer la vida cada día. En Madrid era ya conocido por la esplendidez con que gastaba y jugaba su dinero.

Más de tres horas duró nuestra primera entrevista, en la que se formaron lazos de simpatía y se cruzaron promesas de una amistad que después, aunque durante la mayor parte de la vida nuestras diferencias políticas fueron radicales y profundas, no se alteró jamás. Con un acento tan marcadamente catalán, que apenas se le entendía, hízome una relación detalladísima y clara de los sucesos políticos ocurridos en España desde Octubre de 1841, explicándome cómo recorrió el Regente las provincias después de vencida aquella formidable insurrección, deteniéndose en Barcelona, dejando disgustadísimos á los liberales por haberles obligado á disolver las Juntas patrióticas que se establecieron en Octubre contra los moderados, y obligando á algunos de aquellos jefes progresistas á emigrar. Al abrirse las Cortes á fines de año — que fueron por cierto las primeras ante las cuales se presentó la Reina niña á la derecha de Espartero, en la sesión inaugural—se dibujó claramente la oposición de los liberales de abolengo contra el Ministerio que presidía D. Antonio González, compuesto de personas de escasa representación, excepción hecha de su Presidente, de D. Facundo Infante, que desempeñaba la cartera de la Gobernación, y de D. Evaristo San Miguel, Ministro de la Guerra. El Congreso se dividió en seguida en dos grupos: uno ministerial, menos numeroso que el de oposición, y ésta fraccionada entre las agrupaciones que seguían á López, á Olózaga y á Cortina, siendo por lo tanto preciso que el Gabinete viviera de la benevolencia y apoyo de estos tres hombres públicos, resentidísimos en el fondo porque el Regente dispensara su confianza á D. Antonio González y no se dejara dirigir exclusivamente por ellos; porque los Ministros, amigos personales del Regente, no eran, aunque lo pretendían, los representantes verdaderos ni los jefes del partido vencedor en Septiembre de 1840. Por eso se estableció desde el primer día una lucha, fundada en los principios que constituían la bandera progresista.

Dióme Prim noticias muy interesantes respecto de la crisis de Mayo de 1842—en la que cayó al fin González, derrotado por una coalición parlamentaria, á la que unió su voto D. Joaquín Francisco Pacheco, único moderado que se sentaba en aquel Congreso—y otras acerca de la subida del Ministerio Rodil, que aún regía en España en los momentos en que hablábamos, y para cuya formación fueron necesarios dos meses de negociaciones y componendas; me aseguró que el desenlace de esta crisis produjo mucho efecto en el partido progresista, y que al verse preterido siempre por Espartero, sospechó ya que el Regente abrigaba el secreto deseo de prorrogar la minoría de la Reina

por dos años, infringiendo la Constitución, por cuyo motivo el grave Cortina presidente de una comisión del Congreso que fué á felicitar á S. M. en el día de su Santo, la dijo, en un discurso muy significativo, «que el país veía con satisfacción aproximarse el momento en que, con arreglo á la Constitución, debería encargarse de regir el Estado.» Me añadió que con este propósito atribuído á Espartero y á sus amigos los generales *ayacuchos*—los cuales formaban ya un partido completamente separado de los progresistas—y con la famosa cuestión *algodonera* (1), había acabado el Regente de enajenarse la opinión pública, especialmente en Cataluña, donde quizá no contara con cincuenta partidarios.

—Por este estado de la política—continuó Prim,—y como consecuencia de ella, han estallado los sucesos de Barcelona, sucesos que yo he censurado por el carácter anarquista y disolvente que desde el primer momento tomaron. Si Van-Halen, al retirarse de la ciudad después de su derrota en las calles el 15 de Noviembre, hubiera dado garantías á la parte sensata de la población, ella misma habría reprimido los desórdenes. Su conducta después y la de Espartero, al frente de Barcelona, permaneciendo más de quince días sin querer admitir siquiera los parlamentarios enviados por las personas de arraigo; el terrible bombardeo que ha destruído cuatrocientas casas de personas completamente inocentes, y los castigos impuestos á la ciudad suprimiendo su Fábrica de Tabacos, la Casa de Moneda, y obligándola á reconstruir los muros de Atarazanas, estas crueldades, que no han de recaer sobre los promovedores de la rebelión, y sí sobre los que desde un principio se pusieron de parte del Gobierno, han colmado la medida, y Cataluña está pronta, dispuesta, impaciente, por coadyuvar á la revolución con todos sus poderosos medios. En Madrid he tenido que hacer muy poco para establecer inteligencias entre sus delegados de VV. y mi partido. Tan pronto como se disolvieron las Cortes en Enero, nuestros órganos en la prensa se pusieron de acuerdo, y *El Eco del Comercio* seguirá ahora la misma línea política que *El Heraldo*, sosteniendo el principio de la libertad de imprenta que el Gobierno quiere cercenar, y manteniendo incólume, como bandera para las elecciones, la necesidad de *no introducir alteración alguna en la Constitución en la parte referente á la mayoría de la Reina*. El manifiesto electoral del Regente, que acaba de publicar la *Gaceta*, ha sido también un insigne error; sólo falta, pues, ver el resultado de las elecciones, y que nosotros nos pongamos aquí todos de acuerdo para triunfar.

Estas noticias no podían ser más lisonjeras. Desde el primer mo-

(1) Fué ésta consecuencia de las primeras medidas librecambistas que adoptó el Gobierno en España, comprometiendo la producción en Cataluña en provecho del comercio inglés.

mento comprendí la conveniencia de sus planes, y sobre todo la de que estas negociaciones, comenzadas por agentes secundarios, recibieran la sanción de nuestros jefes militares más caracterizados. Resolvimos, pues, que Prim celebraría una entrevista con Narváez, en mi propia casa, y que yo fuera quien los presentase recíprocamente, pues no se cono-


MADRID.—1842.

LUNES

PUNTOS DE SUSCRICION.

EL HERALDO.

PERIODICO DE LA TARDE.

Politico, religioso, literario é industrial.

PARTE POLITICA.

cían. Esta entrevista tuvo lugar tal y como se decidió; pero sus resultados fueron muy distintos de los que todos, y yo principalmente, esperábamos. Bien porque Narváez se encontrase aquel día acometido por uno de aquellos accesos biliosos que eran en él frecuentes; bien porque Prim le inspirara desde el primer momento una antipatía instintiva y no razonada; bien, en fin, porque se considerase bastante fuerte para no necesitar auxilios, apoyo, ni coaliciones con partido alguno, el caso es que desde el primer momento empezó á contradecir al coronel Prim, á manifestarse en desacuerdo con sus afirmaciones, y á demostrar que su manera de ver en los asuntos era de todo punto contraria á la del negociador progresista. Prim, sorprendido al principio, comenzó á irritarse, contestándole con alguna aspereza; y como yo advirtiera en Narváez señales de próxima tormenta, me apresuré á cortar la conversación interrumpiendo la entrevista. Saludáronse friamente y se separaron. Desde este día, el primero en que se conocieron, inicióse entre estos dos hombres, que tanto debían influir en la suerte de España, la enemistad constante que los separó siempre. Yo lamenté aquello mucho, y no dejé de contradecir á Narváez al siguiente día, cuando quiso justificarse de su actitud en mi casa, diciéndome «que los progresistas querían sacar las castañas del fuego con mano ajena.»

—Quizá sea eso cierto—le contesté;—pero con los progresistas haremos en España un alzamiento de carácter enteramente nacional, teniendo de nuestro lado á todos los partidos y dejando del otro á Espartero sólo con sus generales. Pidamos, pues, á Dios que no se reconcilie el Regente con los progresistas, y que éstos contribuyan á que nuestro movimiento militar sea apoyado y sancionado por todo el país.

—Ya veremos, ya veremos—me contestó poniéndose muy encarnado, lo que era en él indudable señal de viva contrariedad. Pero no añadió una palabra más y dió á la conversación distinto giro.

Siempre supuse que Narváez se encontró el día de la entrevista en un momento de mal humor; pero estos momentos duraban poco, y aquella noche, en la soledad de su casa, pensó sin duda en ello con frialdad y se arrepintió de lo hecho. Era, sin embargo, demasiado altivo para confesarlo más explícitamente.

Prim salió á los pocos días de París, después de haberse entendido con otros personajes, y especialmente con D. Fernando Muñoz. Todos lo celebramos, pues teníamos grandes deseos de que la coalición se realizara y mucha fe en la eficacia de este gran movimiento político, que los sucesos debían justificar inmediatamente. Supimos, en efecto, al poco tiempo, que las nuevas Cortes, casi en su totalidad progresistas, se habían reunido el 3 de Abril, y que desde las primeras sesiones se dió comienzo á una guerra sin cuartel contra el Gabinete Rodil, atacándolo rudamente en la discusión de actas. Prim tomó en aquella ocasión una actitud muy violenta, como lo demuestra la siguiente donosa carta que me escribió con fecha 10 de este mes desde uno de los pupitres del Congreso. «Vale más tarde que nunca, querido Fernando—me decía—y no lo he hecho antes por la trapisonda en que he estado desde que llegué; pues como habrá V. visto en los periódicos, me pusieron la proa con el fin de perderme ó asustarme y librarse así del mal rato de verme entre ellos; pero yo, que conocí bien el terreno que pisaba, tuve á bien no hacer caso de sus amenazas ni de los terrores de algunos amigos, y me presenté en la sesión Regia, que era precisamente lo que ellos querían evitar. ¡Calcule V. el veneno que tragarían al verme! Rodil me echó los ojos encima, y se encontraron con los míos que le estaban esperando, y en aquella corta escena muda, creo bien que los pensamientos, las voluntades de ambos, fueron de muerte y destrucción. Lo que después ha pasado, ya lo sabe V., así como la tropelía de haberme borrado del escalafón general, de Real orden. Por supuesto que nada me importa esto por los resultados que pueda tener, pero me irritó por la villana intención y ruin venganza. El descrédito de esta gente sigue en aumento. Por todas partes se oye un grito de execración, y el deseo de su caída es ya general, exceptuando á los *turroneros*. Hasta ahora hemos estado en minoría en el Congreso; pero hoy, que estamos con más fuerzas, se va á dar una batalla buena en las elecciones de Badajoz, en donde espero sufrirán la primera derrota. Dicen algunos que, reunidos todos, tendrán ellos mayoría. No, que faltan 18 gallegos y 14 catalanes, 2 de Almería, 2 de Málaga, y algún otro, y todos estos son nuestros de fe. Dejaré la carta abierta

para decirle á V. á última hora el resultado de la batalla. Sepa V., para su consuelo, que el Aragón está también muy dispuesto; he encontrado un excelente resorte, y hoy tendré con él una interesante entrevista.

»Mañana espero tener el gusto de romperme la crisma con un hombre del que me ha oído V. decir que detestaba, y que no nombro por no faltar á la palabra. Diré á V. el resultado, y puede que sea verbal, pues yo tiraré á matar, y si lo logro, con gusto dejaré mi país hasta que mande otra gente. Este párrafo para V. solo, pues sabe V. bien que estas cosas no deben saberse, por si acaso se aplazan por cualquier incidente posible. Tuve el gusto de ver hace pocos días á su mamá de V., y no lo hice antes por el trajín en que me encontraba. Como buena madre, tuvo gran placer en saber de su hijo por quien lo acababa de ver. A la hermanita no pude verla porque había salido casualmente á casa de unas amigas; pero la veré, querido, la veré, porque la mamá estuvo muy buena y amable conmigo, y á menudo iré á recibir sus órdenes.»

«A última hora.

»Se venció completamente por la oposición. Moral y realmente quedaron abatidos; 25 de mayoría desaprobaron las actas de Badajoz, caballo de batalla, y por consecuencia salieron del Congreso cuatro *padres maestros*. Si tiene V. la bondad de escribirme, hágalo con dirección á D. Miguel Ors y García, y bajo sobre *Al Amigo;* pues como esta gente es así y me tiene el ojo encima, sería fácil que interceptasen la correspondencia.

»Adiós, querido, adiós; tenga V. paciencia, que no veo lejos el día de que nos reunamos, de que formemos un partido nuevo y de que mandemos al diablo á todo el que pase de los cincuenta. Recuerdos á la Cimera y á Santiago; mis respetos á los generales; y cuente V. con la nulidad de su buen amigo— *Juan.*»

Tales debieron ponerse las cosas, en efecto, que el diputado don Luis González Bravo, recien elegido por las provincias de Málaga y Jaén, y merced á una carta privada que cayó en sus manos dirigida por un gobernador civil—que creo fuese Carderero—al Ministro de la Gobernación, hizo patentes las violencias é ilegalidades cometidas por el Gobierno para triunfar en los comicios, y esto bastó para que el Congreso derrotara por una votación al Ministerio. Todavía le quedaba al Regente el recurso de llamar á sus consejos un Gobierno genuinamente progresista, y esto hizo, constituyéndose á principios de Mayo un Ministerio presidido por D. Joaquín María López, en cuyo seno entraron, D. Francisco Serrano, para desempeñar la cartera de la Guerra, y D. Fermín Caballero la de Marina; sobre las negociaciones que precedieron á la solución de esta crisis tiene también mucho interés

la carta que, con fecha 7 de Mayo, me escribía D. Juan Prim desde Madrid.

« *Vous parlez comme un livre*, mi querido Fernando—me decía—en lo relativo á que no debo comprometerme, inutilizarme, etc., y que espere y calle hasta un día; pero ¿cómo puede hacer eso un hombre tan quemado como yo, que tiene la fatalidad de ver á su lado, en el teatro, al hombre que más aborrece, y que éste le está todavía mirando y diciendo: « *¡ rabia, catalán !*» ¡Le hubiera querido ver á V. en mi lugar!

»Después del nombramiento de la Mesa, se han puesto en juego todos los resortes imaginables de la intriga, con el objeto de precipitar á Cortina, que es el único hombre de la situación. El mismo día de la elección fué llamado á Buenavista para que se encargase, de prisa y corriendo, de formar el Ministerio; mas él, que no se mama el dedo, les dijo:

»—No tan aprisa, señores, que esto no debe ser puñalada de pícaro; además, yo necesito consultarlo con los hombres que me han de sostener.

»Salió, después de haber resistido un ataque de tres horas de don Baldomero y de Becerra, el Presidente del Senado, sin compromiso ninguno. Nos llamó á la mesa y dijo lo que había pasado, y que le dijésemos francamente si podía contar con mayoría, caso de admitir. Se le aseguró la mayoría, siempre que sus compañeros fuesen *todos*, *todos* de la oposición, y que en cuanto á formar Gabinete (en razón á que parecía deber su presidencia del Congreso á los ministeriales por la influencia de Olózaga, sin embargo que de todos modos hubiera salido en segundo escrutinio), para desvanecer todas estas dudas convendría no admitir el Gobierno hasta que una votación solemne y nominal declarase su necesidad por mayoría, y esto fué lo que hizo. Al menos, hasta ayer por la noche, no hubo más.

»Yo no dudo que la mayoría será explícita, y que, por lo tanto, Cortina podrá encargarse de la situación. Su plan es el siguiente: en cuanto se resuelva á admitir, llamará á la oposición y les dirá: «Señores, este »es mi programa: ¿á VV. les acomoda?—Sí, señor.—Pues con él al »Regente. Mi modo de gobernar será éste, y con él tengo mayoría en »el Parlamento; ¿á V. le acomoda? ¿Sí? Pues adelante. ¿No? Pues se presentará ante el país y contará lo que ha pasado, para que el país responda.»

»Uno de los puntos de su programa es el de amnistía general. Esta idea la saqué yo á plaza el otro día en las secciones cuando se nombró el individuo para la contestación al discurso de la Corona, y fué admitida; de modo que en aquel documento se dirá ya algo. He tenido el

gusto de ver á su señora madre de V., y recibido las comedias; gracias, se acabó el papel; adiós, que no está léjos.—*Prim.*»

Yo miré desde luego como un gran contratiempo para nuestra causa la formación del Ministerio López, como lo hubiera sido el Ministerio Cortina. Todo el partido liberal lo acogió con aplauso unánime, y esto podía hacer ganar á Espartero el terreno que nosotros perdiésemos en el país. Pero tardé poco en tranquilizarme cuando llegaron más favorables nuevas. El Gabinete había presentado al Regente un programa político en el que figuraba la amnistía, la más absoluta neutralidad electoral y la condenación de los estados de sitio. No fué esto aceptado por Espartero, que tampoco admitió los primeros decretos que le fueron puestos á la firma por Serrano, separando de sus puestos á varios generales amigos suyos, entre los que figuraban Linaje y Zurbano. Supimos, en efecto, que aquel día, al enterarse Espartero de esta resolución del Gobierno, soltó la pluma, y mirando fijamente á Serrano, hubo de preguntarle cuáles eran las causas á que obedecían los referidos relevos; y como no le satisfaciese la explicación del Ministro, parece que exclamó con violencia:

—Ya que V. no me lo dice, yo lo haré. La causa de querer separar á estos dos generales beneméritos, es ésta. — Y presentó á Serrano un número de *El Heraldo*, en el cual declaraba este periódico que cuantas exigencias tuviera el Gabinete López eran consecuencia de sus compromisos con el partido militar emigrado desde la insurrección de Octubre.

Era D. Francisco Serrano un general muy joven, de gallarda y arrogantísima presencia, de gran fama en el país por sus hechos de armas, por su valor extraordinario y ardiente y por la posición política que en poquísimo tiempo logró alcanzar en el partido progresista. Su afabilidad constante, afabilidad que constituyó el secreto de su fuerza en todos tiempos, le atraía la voluntad de amigos y adversarios á los diez minutos de conocido. A esto unía, en aquellas primeras épocas de su carrera, una intrepidez tal de espíritu, y una osadía tan emprendedora y resuelta, que ninguna consideración era capaz de contenerlo en sus arriesgadas empresas y peligrosas contingencias. Protestó, pues, con viveza de las suposiciones hechas por Espartero, abandonó airadamente la estancia del jefe del Estado y corrió á dar cuenta á sus compañeros de lo ocurrido. Reuniéronse éstos; discutieron el caso y acordaron con rápidez presentar en el acto la renuncia de sus poderes. Así cayó el Ministerio López á los ocho días justos de su formación. Con él se separaron del Regente los elementos más genuinos y brillantes del partido progresista, completándose este movimiento político en las dos célebres sesiones de los días 19 y 20 de Mayo, de las cuales algo necesito decir,

para dar idea de cómo principiaron los grandes sucesos que marcan el año de 1843 como uno de los más agitados de nuestra historia contemporánea.



DON FRANCISCO SERRANO.

Abierta estaba ya la sesión del 19 y conocida en Madrid la renuncia del Ministerio, cuando se presentó en el palacio del Congreso un ayudante de campo de Espartero portador de un pliego para el Presidente de la Cámara, D. Manuel Cortina, suscrito por el que lo era del Sena-

do, D. Alvaro Gómez Becerra. La comunicación decía así: «Excelentísimo señor: Nombrado por S. A. el Regente del Reino, Ministro de Gracia y Justicia y Presidente del Consejo, ruego á V. E. tenga á bien disponer se alce la sesión de hoy y que no la haya en los días siguientes que sean necesarios para la organización del nuevo Ministerio. Dios, etc.—*Alvaro Gómez.*» En aquel momento sólo se hallaba en el banco azul D. Francisco Serrano, ministro de la Guerra dimisionario; pero como la aceptación de la renuncia del Ministerio no había aparecido en la *Gaceta*, claro es que éste seguía rigiendo legal y constitucionalmente, por cuya razón Gómez Becerra no podía dirigirse al Congreso como Presidente del Consejo de Ministros, y mucho menos disponer que sus sesiones se suspendieran por una comunicación que no tenía el carácter de decreto, ni estaba refrendada siquiera por el Jefe del Estado, ni firmada por un ministro. El asombro fué, pues, inmenso, é indescriptible la agitación que se produjo. Cortina dió por no recibido el oficio. Se presentó en seguida una irónica proposición, que fué aprobada por unanimidad, acordando que el Congreso dirigiera un Mensaje al Regente, manifestándole «la satisfacción con que había visto el proyecto de ley de amnistía presentado por el Gobierno el día antes, y la esperanza de que S. A. siguiera rigiendo el Estado hasta el *día* 10 *de Octubre de* 1844, según lo exigían *las prácticas parlamentarias y las necesidades del país*». Un diputado presentó otra proposición pidiendo se declarase que «el Ministerio dimisionario obtenía toda la confianza del Congreso», y Olózaga, por fin, en un discurso amenazador, levantó los ánimos de la mayoría, manifestando el deseo de que la sesión se declarase permanente mientras la Camara no recibiera la respuesta á su Mensaje.

La sesión se levantó no obstante, cumplidas que fueron las horas reglamentarias, y al siguiente día, mientras se cuajaban de gente las calles y plazas inmediatas, se abría de nuevo el debate, produciéndose en el acto un incidente violentísimo, por disponer la Cámara que saliera del salón uno de los nuevos Ministros que había tomado asiento en el banco del Gobierno, sin corresponderle todavía este derecho. El Presidente Cortina, no dando tiempo á que Gómez Becerra leyese el decreto de suspensión que traía en el bolsillo, explicó su actitud en el día anterior, y se inició en seguida un incidente que produjo el célebre discurso de D. Salustiano Olózaga, en el que terminó invocando á Dios para que salvara en aquel trance al país y á la Reina. En medio, pues, de una emoción hondísima, y entre gritos atronadores, leyó Gómez Becerra el decreto y se trasladó á la otra Cámara para cumplir igual deber, pero no pudo evitarse que en el trayecto fueran los nuevos Ministros apedreados y silbados por el pueblo. Seis días después, el 26, apa-

recía en la *Gaceta* el decreto disolviendo las Cortes, y el 27, Prim, en Reus, con el joven y exaltado Milans del Bosch, daba el grito de «*¡Viva la mayoría de la Reina!*» y de «*¡Abajo el Regente!*», y sublevaba aquella guarnición, compuesta de un regimiento de infantería, dos escuadrones, un batallón franco y toda la Milicia Nacional. La proclama que lanzó contra Espartero y contra Mendizábal fué verdaderamente terrible, y ella bastó para prender fuego al largo reguero de pólvora que nosotros los moderados habíamos derramado sobre el país.

Por el *Monitor* oficial y por las noticias confusas que transmitía el telégrafo óptico, supimos en la capital francesa toda la gravedad de los sucesos. Inmediatamente comenzó á funcionar nuestro *Consejo*, decretando que el partido se adhería con todas sus fuerzas al movimiento, y que los emigrados penetrasen en España, cada uno por el punto que se determinaba, debiendo entrar O'Donnell por las Provincias Vascongadas, los Conchas por Valencia, y Narváez por Andalucía. Yo recibí la comisión de ir á Cataluña y de entenderme allí con Prim. Narváez me dijo, al despedirme en la Administración de la *Mal-poste*, que pusiera en juego todos mis medios para prepararle un buen recibimiento en Cataluña, porque si los sucesos se precipitaban, como parecía ya inminente, no tendría él tiempo de llegar á Cádiz y prestaría mejores servicios en cualquier otro punto inmediato á la frontera francesa. Así se lo ofrecí, saliendo en dirección de Perpiñán el 9 de Junio, acompañado del capitán D. Luis Hurtado de Zaldívar, y llevando para las necesidades de la revolución la suma de cien mil francos en billetes, que me entregó D. Fernando Muñoz el día antes. La carta-credencial del *Consejo* que me fué facilitada para nuestros afiliados, y que contenía mis instrucciones, es un documento curioso. Helo aquí; está escrito de puño y letra de D. Patricio de la Escosura:

«S. M. E. (*Sociedad Militar Española*). C. S. (*Consejo Supremo.*)—Secretaría.—*Instrucciones al comendador García Lara*, *que pasa comisionado á Perpignan para entenderse con el coronel Prim*, *llevando en su compañía á A. C. y N.*

»1.° El comendador Lara se pondrá de acuerdo con el coronel Prim para que la bandera del pronunciamiento sea la mayor edad de Doña Isabel II, las instituciones vigentes y la ruina de Espartero.—2.° El comendador Lara dispone de la cantidad de veinte mil duros en favor del pronunciamiento de Prim, siempre que la bandera sea la arriba dicha.—3.° Podrá el comendador Lara ofrecer que se facilitarán auxilios de mayor cuantía, siempre que se llame á un general de la emigración para tomar el mando.—4.° El comendador Lara pondrá en relaciones á la persona que le acompaña, con el coronel Prim, para que pueda reemplazarle en caso de que las atenciones del servicio le

llamen á otro punto.—5.º Tanto el comendador Lara, como el que le reemplace, darán cuenta al Consejo, con la posible frecuencia, del progreso de su comisión.—París, 8 de Junio de 1843.—*Alejandro Farnesio* (O'Donnell).—*Pelayo* (Narváez).—De orden del Consejo.—El Comendador Secretario, *Pedro Alvarado*» (Escosura).

Llegamos á Perpignán sin contratiempo, y allí supe por el general francés Conde de Castellani, que mandaba en la plaza y á cuya casa fuí de uniforme, que Prim había intentado tomar á Tarragona, de cuya ciudad fué repelido; que el general Zurbano partió de Barcelona y deseó entablar con Prim negociaciones, mas que negándose éste á escucharlas, había bombardeado á Reus obligando á Prim á salir y á internarse en la montaña. Que en este tiempo Barcelona se sublevaba con toda la provincia de Gerona, su capital y el castillo de Figueras, dirigiendo en esta provincia el movimiento D. Narciso Ametller, pero que Prim gozaba en Cataluña de un prestigio y de una popularidad tales, que sus paisanos estaban resueltos á seguirle á todas partes. El general Castellani, de ilustre origen, de educación esmerada y de mucho crédito militar, nos despidió después de habernos convidado á almorzar, colmándonos de atenciones y asegurando que se interesaba mucho por el triunfo de nuestra causa. Todas estas noticias las trasmití á París sin pérdida de momento, anunciando que entraría al día siguiente en España por el Portus, dirigiéndome á Barcelona por Figueras, Gerona, Hostalrich y Granollers. Pero en el momento de partir de Perpignan me sorprendió la llegada de un oficial que venía de París, ganando horas, con una carta de Narváez. En ella me decía que había resuelto penetrar en España por Cataluña, en vista de los últimos acontecimientos, y me repetía sus deseos é instrucciones para que le facilitara el camino y la aceptación de su mando por los catalanes. Contestéle con el mismo oficial, que cumpliría sus órdenes; le transmití por su conducto las últimas noticias de España; devolví al Consejo noventa mil francos de los cien mil que llevaba, y emprendí mi viaje por el itinerario elegido. En Gerona me avisté con el coronel Ametller, á quien encontré en la fonda rodeado de multitud de amigos muy animados y bulliciosos; pero me recibió con alguna frialdad, escuchando mis proposiciones con aire distraído y como hombre que no quería comprometerse con los moderados. Entrada ya la noche llegué á Barcelona.

Encontré la ciudad enteramente entregada á la revolución. Sólo Monjuich, con su gobernador y guarnición, se conservaban fieles al Regente. Pero esto era grave, porque amenazaba el castillo con un nuevo bombardeo, y si no se realizaba era porque el gobernador, á quien no hubo medio de reducir con halagos ni con promesas, carecía toda-

vía de órdenes al efecto. Prim encontrábase en Barcelona, mientras que sus compañeros reconcentraban sobre Molins de Rey sus tropas, con ánimo de oponerse al regreso de Zurbano, que amenazaba venir sobre la ciudad entrando en ella á sangre y fuego. No perdí el tiempo por mi parte. Avistado con algunos jefes y oficiales de la guarnición afiliados á la *Sociedad*, supe en seguida que el movimiento en Cataluña era enteramente progresista; que las referencias del General Conde de Castellani fueron exactísimas, pues el pueblo, la población industrial, la milicia, los soldados y sargentos del ejército, el espíritu público, todo, en fin, se encontraba enteramente entregado á los hombres que representaban en las Cortes las ideas de libertad, y entre éstos más especialmente á D. Juan Prim, alma de todo cuanto allí pasaba. Fuí el mismo día á verle á la modesta casa de su madre en que vivía, y después de enterarme de las últimas nuevas recibidas, según las cuales el alzamiento se estaba propagando con rapidez en toda España, le presenté resueltamente la candidatura de Narváez para que viniese en seguida á ponerse al frente de la revolución en Cataluña. No me dejó acabar:

—No he olvidado—me dijo—la escena de París. ¡Prefiero Espartero á Narváez!..... Además, dentro de pocos días estará aquí el general Serrano, que viene con González Bravo. Tengo ya noticias de su llegada á Bayona, y entrarán, como V., por Perpignan y el Portus.

Sin ninguna esperanza ya de poder cumplir los deseos de Narvaez, vi en seguida al Cónsul de Francia, Mr. Ferdinand de Lesseps, el mismo que ha inmortalizado su nombre con la grandiosa obra del Canal de Suez, y que en Barcelona protegía muy eficazmente los intereses moderados. Lesseps me dijo que sería una verdadera locura que Narváez llevase adelante su proyecto y que hasta se expondría á peligros personales, pues en Barcelona eran execrados los hombres comprometidos en Octubre de 1841: y esto era tan cierto, que yo mismo pude comprobarlo personalmente, como referiré en seguida. El capitán de fragata Pinzón, que mandaba el vapor *Isabel II* y que era también nuestro, se expresó en igual forma, y no teniendo ya más personas que consultar, ni nada que hacer en este sentido, escribí inmediatamente al General dándole extenso y puntual conocimiento de todo. Otra carta en que le repetía iguales noticias confié al mismo Pinzón, que estaba dispuesto á darse á la mar y á traer á Narváez á Valencia, embarcándole en Cette ó en Port-Vendres, como al fin se cumplió, obteniendo esta combinación los resultados más felices para el General. En Barcelona su presencia habría producido un conflicto, mientras que en Valencia fué perfectamente recibido; pudo reunir tropas; marchar sobre Teruel y Madrid, y dar la batalla de Torrejón de Ardoz, base de todo

su porvenir político. ¡Tan cierto es que muchas veces no está nuestra fortuna en donde con tenacidad la buscamos! Pero ya veremos qué juicio formó Narváez de todo esto.

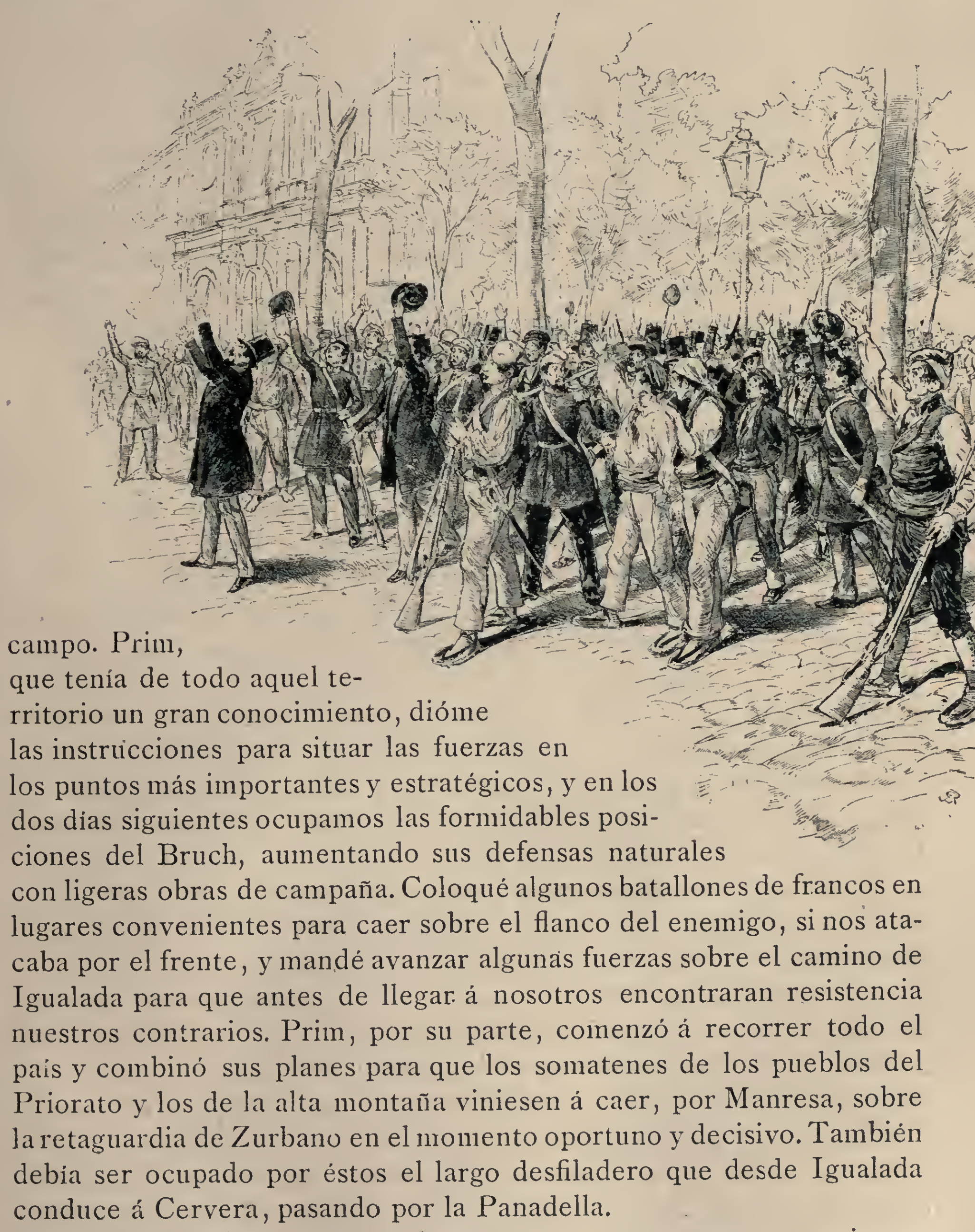
El 16 de Junio se recibió en Barcelona el primer manifiesto de Espartero publicado en Madrid el 13, en el que hacía un llamamiento al país; pero éste, en vez de escucharle, se alzaba por todas partes. Valencia con Beltrán de Lis, Alicante con el brigadier Schely, Cartagena con Ros de Olano, Málaga y los pueblos de la Serranía de Ronda, Cuenca, Valladolid y otras ciudades de Castilla á la voz del general Azpiroz, todas las provincias secundaban el movimiento de Reus con una rapidez, una decisión y un entusiasmo, que hasta nos causaba asombro. Donde predominaba el elemento militar, que era todo nuestro, el levantamiento tomaba un carácter moderado; pero en Cataluña, y principalmente en Barcelona, se acentuaba el odio que inspirábamos. Aquella tarde corrió la noticia de que Zurbano, con 12.000 hombres, venía sobre la ciudad, y que el bombardeo, tan temido, iba á tener lugar. No se necesitó más para que se me señalara á mí como autor y causa de semejante desgracia, aunque nunca pude comprender la razón que para ello hubiera, á no ser que los agitadores anarquistas hicieran correr esta voz para desencadenar al pueblo. Pero es lo cierto que inopinadamente se reunieron numerosos y agitados grupos en la Rambla, frente á mi alojamiento, gritando y pidiendo mi cabeza. Prim, al tener noticia de lo que sucedía, corrió á la fonda, y desde uno de los balcones arengó á la multitud, teniéndome abrazado. ¡Aun me parece estar oyendo sus vibrantes palabras! Habló con elogios míos, asegurándoles que el bombardeo no tendría lugar; que él salía con todas las fuerzas disponibles á detener á Zurbano, y que yo le acompañaba como jefe de Estado Mayor.

—En vez de un enemigo, como creéis—gritaba—tenemos aquí á un amigo, y á un amigo dispuesto, como yo, á defenderos hasta perder la vida!....

El efecto fué instantáneo; los grupos pasaron del temor que les dominaba á una confianza absoluta, y los gritos de muerte se trocaron en vítores y aclamaciones. Pocas horas después, salíamos Zaldívar y yo para Molins de Rey; no teníamos otro partido que tomar, y ardíamos en deseos de mezclarnos activamente en la lucha. Antes de salir de Barcelona, Prim me manifestó la necesidad en que estaba de reunir todos los fondos disponibles para la inmediata campaña, y le entregué 8.000 francos de los 10.000 con que salí de Perpiñán. Quedé, pues, con 2.000, suma no excesiva para dos, y aun ésta la reintegramos Zaldívar y yo en Madrid al Duque de Riánsares, circunstancia que mi modestia no ha de impedir que la revele ahora con orgullo. Ambos

prestamos nuestros servicios á la causa nacional desinteresadamente y gastando de nuestro propio peculio, reducido ya, por cierto, á cantidades bien escasas en estos meses.

Llegamos el 17 á nuestro destino, y toda aquella noche la pasé en vela, organizando, en cuanto era posible, los cuerpos, y dando destino á la mucha gente que por todos los caminos llegaba á engrosar nuestro



campo. Prim, que tenía de todo aquel territorio un gran conocimiento, dióme las instrucciones para situar las fuerzas en los puntos más importantes y estratégicos, y en los dos días siguientes ocupamos las formidables posiciones del Bruch, aumentando sus defensas naturales con ligeras obras de campaña. Coloqué algunos batallones de francos en lugares convenientes para caer sobre el flanco del enemigo, si nos atacaba por el frente, y mandé avanzar algunas fuerzas sobre el camino de Igualada para que antes de llegar á nosotros encontraran resistencia nuestros contrarios. Prim, por su parte, comenzó á recorrer todo el país y combinó sus planes para que los somatenes de los pueblos del Priorato y los de la alta montaña viniesen á caer, por Manresa, sobre la retaguardia de Zurbano en el momento oportuno y decisivo. También debía ser ocupado por éstos el largo desfiladero que desde Igualada conduce á Cervera, pasando por la Panadella.

Ocupado estaba yo en atender á tantas y tan graves ocupaciones,

cuando una noche vinieron á decirme á mi tienda que uno de los valientes ó *pinchos* de un batallón franco, individuo que á la sazón desempeñaba el destino de asistente, había decidido, con otros de su clase, matarnos á Zaldívar y á mí como sospechosos. Díjeselo á mi compañero, y puestos pronto de acuerdo, le mandamos llamar á nuestra presencia. El campamento ofrecía su aspecto ordinario, con sus fuegos encendidos; los alegres y bulliciosos somatenes velaban, cantaban y bebían, tomando aquello como una fiesta y aprovechando la multitud de vendedores que nos rodeaban ansiosos de recoger de estos voluntarios los seis reales de su diario socorro. Las tropas del ejército, en cambio, dormían silenciosas, formando con los catalanes un singular contraste.

El asistente no tardó en presentarse.

—Me han dicho—exclamé bruscamente y cogiendo dos pistolas—que te has propuesto asesinarnos á mi ayudante y á mí. Pues lleva cuidado, catalán, y asegura bien el golpe, porque estamos apercibidos y resueltos á matarte.... Toma—añadí, alargándole una onza que á prevención puse, como al descuido, entre otras monedas sobre una mesa,—para que te emborraches y no te falte valor.

La confusión y la sorpresa de nuestro hombre no puede describirse. Quedó mudo al principio, pero luego nos confesó que la denuncia era cierta, pero que se arrepentía de sus propósitos y que no tendríamos en lo sucesivo soldado más fiel. Y así fué; hasta Madrid me acompañó luego sirviéndome con lealtad y cariño; y es que para hacer frente á las bravatas de barateros y matones, no hay mejor procedimiento que provocarlos y hacerles entender que no se les teme.

El 21 de Junio supimos que Zurbano había penetrado en Igualada, alojándose en la ciudad, pero sin avanzar fuerza ninguna sobre la carretera que conducía á nuestras posiciones. Prim acudió, y en la expectativa de un ataque, nos dedicamos todo aquel día á reforzar los puntos más débiles. Contra nuestra creencia, no fuimos molestados. Zurbano no intentó el más sencillo reconocimiento, y sólo los toques de cornetas y tambores nos indicaban su inmediata presencia. Entonces teníamos ya reunidos sobre 12.000 hombres, número que igualaba al de las fuerzas de Zurbano; pero eran la mayor parte de las nuestras muy inferiores, constituyendo sólo masas informes que ni cargar el fusil sabían. Sólo atrincherados podían valer su número los francos, y esta comisión ó empleo tuvieron, reservándo los 8.000 soldados del ejército con que contábamos para los mayores empeños. Fué mucha en aquellos días mi actividad para preparar y situar todas las fuerzas y comunicarles mi propio entusiasmo, y por esto, tal vez, logré ante el inminente peligro en que estuvimos, el principio de una popularidad entre los voluntarios, que

luego aumentó, aun cuando en verdad ni yo la esperaba, ni la ambicioné demasiado. Entre las fuerzas del ejército ejercióse más directamente mi influencia, pero no quedé muy satisfecho de los jefes ni de la oficialidad de los regimientos de la Constitución y de América, algunos de los cuales, según vi después por comunicaciones interceptadas á Espartero un mes más tarde en el Puerto de Santa María, habían entablado tratos con Seoane para unirse al ejército de Zurbano.

Por fortuna todo nos favoreció. El 23 movióse el enemigo, pero no para forzar nuestras posiciones, sino para retirarse á Cervera, tomando el obligado camino de la Panadella. Prim, que no se encontraba en el campo aquel día, me previno que pusiera en movimiento las fuerzas contra el enemigo, mientras él, con dos batallones francos, marcharía sobre su flanco observándole. Los dos debíamos encontrarnos al siguiente día en la Panadella. Verificóse el movimiento con el mayor orden, y por mi parte con las más exquisitas precauciones, por si Zurbano, que era astuto y buen soldado, había fingido aquel movimiento para sacarnos del Bruch. Pero llegué á Igualada sin contratiempo, y allí supe que la retirada del enemigo obedecía á la descomposición que penetraba en sus filas y á disgustos del General por las órdenes contradictorias que recibía de Madrid.

Esta retirada libraba á Barcelona del temido bombardeo; las promesas de Prim se cumplían, y el entusiasmo popular se extendió por todas partes, llegando á su colmo cuando se supo la llegada á Barcelona del general Serrano y de González Bravo. Yo me trasladé por unos días á la capital del Principado, mediante avisos que recibí de esperarme allí importantes comunicaciones de Narváez. Hallé ya el 28 constituído un Gobierno provisional, que se llamó *Universal*, en el cual Serrano, de acuerdo con los jefes de su partido, había asumido todos los poderes, empezando á publicar decretos y órdenes que González Bravo producía como una máquina. Por uno de ellos se destituía á Espartero de la regencia del Reino, privándole de todos sus títulos, empleos y condecoraciones. Por otro se organizaba un cuerpo de ejército en Cataluña, nombrándose, con acierto para mandarlo, al general Castrillo. Todas las Juntas de las poblaciones sublevadas se sometían á Serrano, incluso la de Gerona con Ametller, que era de las más exaltadas. Prim, por su parte, ya ascendido á brigadier, se mostraba modesto y patriota y entregaba el mando, conservando el de una división del nuevo ejército. A mí, reconociéndoseme el empleo de brigadier que con mayor legalidad me había otorgado la Reina en 1840, se me ponía al frente de la brigada de vanguardia. Debía ser, pues, el primero què encontrara á las tropas del Regente, y quedaba satisfecho, pues á esto se reducían entonces todos mis deseos y aspiraciones.

Mi satisfacción se turbó, sin embargo, por una carta que recibí de Narváez escrita desde Perpiñán. Mostrábase en ella resentidísimo de mi proceder porque no había logrado facilitarle su entrada por Cataluña conforme á sus deseos. Mis lectores pueden ya ser árbitros de la justicia de sus quejas, como también de si me encontraba yo en el caso de acceder á una orden que me comunicaba para que inmediatamente me volviese á Perpignan y me pusiera á sus órdenes. Mucho quería yo y respetaba á Narváez, pero en esta circunstancia no me era ya posible complacerle, pues aun prescindiendo de que en aquellos momentos él se encontraba ya cerca de Valencia, la verdad era que por su iniciativa y voluntad hallábame yo en Cataluña, que en su ejército había formado y prestado servicios, y que mi puesto de honor era el que allí me deparaba la fortuna. Dejé, pues, sin contestación su carta, no sin pena, y adoptando el partido que claramente me indicaban los hechos y el curso cada vez más rápido de los acontecimientos, tomé el mando de mi brigada.

En los campos de Grá, y sobre aquellas mismas llanuras que fueron testigos de la cruel y célebre derrota de D. Carlos, se reunió el cuerpo de ejército expedicionario en los primeros días de Julio, para ser revistado por el Ministro *universal* antes de entrar en campaña. Presentóse éste acompañado de un brillante Estado Mayor, en el que figuraba á caballo, llamando la atención por su modesto frac negro, el ya célebre tribuno D. Luis González Bravo. Serrano fué recibido con todos los honores de ordenanza, y las tropas dieron muestras de inmenso entusiasmo cuando el General las habló. Su actitud confiada, su animado gesto, su palabra firme y resuelta, provocaron pronto entusiastas vivas, y luego desfilamos por delante de su persona, contrastando mucho en aquel acto los batallones de voluntarios catalanes, que llevaban su traje nacional y la popular barretina, con los brillantes uniformes de los cuerpos del ejército.

La situación en estos días, según las noticias que de todas partes se recibían, era la siguiente: Espartero salió de Madrid sobre el 20 de Junio, al tener noticia de la inmensa gravedad de los sucesos; llegó á Albacete después de varias marchas, y en esta ciudad permaneció sin tomar ninguna resolución, aunque dispuesto, según todas las referencias, á reforzar á Seoane en Aragón ó á interponerse á Narváez, marchando á Valencia con los 5.000 hombres que le seguían: entre éstos cundía ya el desaliento y el espíritu de hostilidad contra la persona del Regente, alimentado por los jefes y oficiales que mandaban sus fuerzas y nos pertenecían. Narváez había arribado á Valencia el día 27 en un vapor que conducía también á D. Manuel de la Concha, á D. Juan de la Pezuela, al Conde de la Cimera y á muchos otros emigrados, entre los que recuerdo á Fulgosio, Arizcum, Ravanet y Ortega. Recibidos con



EN LOS CAMPOS DE GRÁ.

vítores en la ciudad ya sublevada, comenzó Narváez con actividad pasmosa á organizar una división que no pasó de 4.000 hombres y 600 caballos, con la cual dió comienzo en seguida á la campaña, entrando en Teruel y enviando fuerzas á Daroca y Calatayud, villas que también se alzaban espontáneamente contra Espartero. D. Manuel Concha, mientras tanto, seguía por mar á Málaga, y aun cuando halló allí, por sus antecedentes de moderado, algunas dificultades con los progresistas de esta ciudad y los de Granada, comenzó á organizar todas las fuerzas disponibles para marchar á Sevilla—también alzada en armas en favor de la revolución, bajo las órdenes del general Figueras—á fin de protegerla ante las amenazas y la llegada de Van-Halen, que nombrado por Espartero para someter á Andalucía, se había visto obligado á desistir de tomar á Granada. Las fuerzas de este General se mermaban cada día con la deserción de los soldados y la petición de jefes y oficiales que solicitaban sus licencias absolutas. Entretanto, Seoane, que mandaba en jefe las tropas del Gobierno en Cataluña, Aragón y Castilla, y que reunía de 25 á 30 batallones, se encontraba en los primeros días de Julio en marcha sobre Zaragoza, donde se estableció como en el punto más estratégico y central de su territorio. De allí pasó á Lérida, reuniéndose en esta ciudad con Zurbano y con sus 16 batallones; pero éste, al abandonar á Cervera, nos dejaba libre toda Cataluña. En Lérida sufrió Seoane el primer descalabro de aquella campaña singular, pues en un solo día se le separaron 192 oficiales de los cuerpos, y su mismo jefe de Estado Mayor, D. Luciano Campuzano, declarábale que no estaba dispuesto á hacer armas contra sus antiguos compañeros de la guerra. Ante esta situación no quedaba á Seoane otro partido que el de reconcentrarse sobre Zaragoza y esperar los acontecimientos, ó defender Madrid en unión de Espartero. En la capital la agitación era inmensa. Mendizábal armaba al pueblo y excitaba contra sus antiguos compañeros los progresistas, y contra sus enemigos los moderados, todas las iras de la Milicia Nacional; abría fosos en las rondas; levantaba barricadas en las calles, y hasta dió orden para que los periódicos de la corte no salieran á las provincias. En cambio, el Cuerpo de Estado Mayor en masa, se presentaba al capitán general del distrito, D. Evaristo San Miguel, y pedía las licencias absolutas de cuantos individuos le componían, y este ejemplo era seguido por los oficiales de Artillería y de Ingenieros del distrito y hasta por los alumnos de sus respectivas academias. El regimiento de Caballería de Lusitania, que recibió orden de pasar á Andalucía para reforzar á Van-Halen, en vez de obedecer, presentábase al general Azpiroz, que, con todas las fuerzas de Burgos, Soria, Valladolid y otros puntos también insurreccionados, marchaba sobre la capital de la Monarquía, llegando el 11 de Julio á Guadarrama, estableciéndose

el 12 en Las Rozas y el 13 en El Pardo. El movimiento era, pues, aterrador, y la explosión de la opinión pública tan unánime como no registra otra nuestra turbulenta historia contemporánea. Espartero en estos días no conservaba ya otro imperio que el ejercido sobre la tierra que pisaba, ni otro influjo político que la adhesión de la Milicia Nacional de Zaragoza y de Madrid. Todo lo restante era nuestro, y la Regencia sucumbía sin combates ni derrotas, por el abandono del ejército y la desafección de los partidos.

Nosotros nos pusimos en movimiento el 10 ó el 12 de Julio sobre Madrid, pasando el Ebro por un puente de barcas y ocupando á Mequinenza, cuyo castillo y guarnición se adhirieron á nuestra bandera. Ya se nos había incorporado D. José de la Concha, entrando á desempeñar en el cuerpo de ejército las funciones de jefe de Estado Mayor general, y tuve el gusto de dar allí un abrazo al antiguo compañero y amigo Zaldívar, nombrado ayudante de campo del general Serrano, se me separó con disgusto de ambos; él no quería aceptar, mas yo le supliqué que no rechazase aquel puesto de honor y confianza. Mi brigada se componía de cuatro batallones de 600 plazas, formados con el regimiento de América y con uno de la Constitución mandado por el bizarro comandante Teresa. El otro batallón era de catalanes voluntarios, gente sin disciplina ni respeto y más digna del grillete que de empuñar las armas. Entre sus filas reconoció un día Prim al capitán de una partida de ladrones que le robó meses antes, deteniendo su diligencia, saqueando á los viajeros y ultrajando á las señoras que en el coche iban, una de las cuales era dama de muy ilustre alcurnia. El bandido denunció á sus compañeros, que también cubrían plaza en el batallón, y mucho nos costó impedir que Prim los fusilara allí en el acto; pero fueron entregados á los tribunales, y creo que condenados á la horca.

Á marchas forzadas atravesamos la provincia de Teruel con el intento de unir nuestras tropas á las de Narváez, porque era aún muy de temer que Seoane le derrotara y cayera después, en fuerza, sobre nosotros. Pronto supimos, sin embargo, que Narvaez se hallaba ya á pocas leguas de Madrid, dejando á su retaguardia á Seoane, que abandonaba la posición central de Zaragoza y se dirigía también sobre Madrid, encontrándose próximamente á dos marchas de nuestra vanguardia, y en dirección casi paralela á la que seguíamos. El 19 estábamos en Alcolea del Pinar, á 25 leguas de la corte, sin haber hallado á nuestro paso enemigos ni resistencia, y allí supimos que el Regente, por una resolución inexplicable y fatal á su causa, lo abandonaba todo en el Centro y emprendía desde Albacete el camino de Andalucía para unirse á Van-Halen y operar contra la ciudad de Sevilla, que este General sitiaba. Reunidos los oficiales generales en consejo que presidió Serrano, con-

vinimos que nuestra posición era todavía muy arriesgada, pues si Seoane, como parecía fácil, atacaba á Narváez, éste quedaría encerrado entre aquellas fuerzas y las de que disponía San Miguel en Madrid, con las divisiones de los generales Ena é Iriarte, recién llegados, y que nada sería entonces tan fácil como que Seoane, victorioso, se revolviera contra nosotros con un número de soldados por lo menos doble del que nos seguía, aun contando con los francos, que era una tropa muy inferior por todos conceptos á cualquiera otra del ejército. Mucho se lamentó allí que Narváez, sin combinar con Serrano sus movimientos, se hubiera dirigido tan rápidamente sobre la capital atravesando la Alcarria en línea recta por Albarracín, Priego y Pastrana, pues su audacia podía costarnos cara. En vista, pues, de esto, y bien calculado todo, se decidió por unanimidad y á propuesta de D. José de la Concha, que marchásemos á Sigüenza para adquirir más noticias dirigiéndonos desde allí por caminos vecinales hacia la corte con todas las precauciones de la guerra y procurando todavía reunirnos con Narváez. Todo se ejecutó así; el 23 entraba mi vanguardia en San Fernando casi anochecido, y allí supe por una carta de Serrano, que se adelantó algunas horas con González Bravo, que Seoane el día antes había sido hecho prisionero por Narváez, y que el ejército del Regente, casi sin combatir, había depuesto las armas. Lo ocurrido, según las mejores referencias tomadas sobre el terreno, fué lo siguiente:

Desde el día 14 ó 15 hallábase Narváez al frente de Madrid con un cuerpo de tropas que no pasaba de 6.000 hombres, 400 ó 500 caballos y 10 ó 12 piezas de inferior calibre; había entablado comunicaciones con las autoridades de la capital, y ni éstas se decidían á atacarle, ni él á intentar la toma de la ciudad, guarnecida por 12.000 soldados y por mayor número de milicianos. Así estaba todo, cuando el día 22 muy de mañana se presentó á la vista el ejército de Seoane, que había pernoctado el 19 en Guadalajára, donde permaneció inactivo el 20, pero anunciando al Gobierno que al siguiente día atacaría al enemigo. El 21 por la tarde emprendió la marcha, enviando una carta á Narváez en que le anunciaba que «tenía las órdenes, la voluntad y la fuerza de pasar á Madrid». A ella contestó Navaez replicándole que «tenía las órdenes, la voluntad y la fuerza para no consentirlo, y que podía intentarlo cuando quisiera»; y como el choque era inminente, formó su tropa en batalla delante del pueblo atravesando la carretera, situó los cañones en el centro, y la caballería, dividida por mitad, en las dos alas. Como única reserva, colocó al general Azpíroz en San Fernando con 1.500 hombres y 200 caballos.

La situación de Narváez no podía ser más desventajosa. A retaguardia tenía á Madrid, con fuerzas suficientes para atacarle por la espalda;

á su derecha, el Henares, que corre por cauce estrecho y con pocos vados, impidiéndole toda salvación, y al frente, el enemigo. Sólo la izquierda le quedaba libre; y ésta, con pueblos de mucha Milicia, fácil para la caballería y sin caminos, iba á dificultar extremadamente todo movimiento de retirada, y más si se verificaba en desorden. Narvaéz, sin embargo, esperó á pie firme, resuelto á perecer. Pero si su situación no era buena, la incomprensible conducta de sus contrarios la hicieron excelente. Desde Alcalá avanzaban éstos por la carretera, sin tomar la menor disposición de combate. A lo largo del camino, con arma á discreción y con filas abiertas por uno y otro lado de la cuneta, cual se ejecutan las marchas en tiempo de paz ó á larga distancia del teatro de la guerra, llegaban las tropas enemigas con la artillería á la cabeza y la caballería en tres agrupaciones, una acompañando á la vanguardia, otra marchando en el centro, y la última cerrando la columna. Ninguna fuerza salió siquiera de la carretera, y así, más que un ejército que entra en fuego, parecía aquello una interminable procesión. A la distancia conveniente, Narváez mandó romper el fuego á sus cañones y á la infantería; la artillería de Seoane lo rompió también, pero con puntería alta, que ningún daño causó en las tropas pronunciadas; hizo cargar Narváez inmediatamente á su caballería los dos flancos del enemigo, carga resuelta que dirigieron los brigadieres Pezuela y Chely, y la batalla desde este momento pudo darse por terminada, porque ya no se combatió. La infantería envuelta en la estrecha carretera, no pudo maniobrar ni defenderse siquiera; las piezas de cabeza, privadas de sostén, quedaron prisioneras, é inmediatamente se produjo entre las tropas de uno y otro partido la confusión más indescriptible, gritando *¡todos somos unos!* y levantando al aire las culatas. Narváez, ya en el campo contrario, demostró en momentos tales una energía, un tacto y un talento superiores á todo elogio, y su actitud, sus palabras y sus disposiciones, prontas y eficaces, dominaron el tumulto. Solo entonces pudieron los jefes y oficiales enemigos darse cuenta de lo ocurrido; muchos suponían—por venir de los últimos—que era Narváez el rendido. Algunos de ellos, rojos de vergüenza y de ira, rompían sus espadas; otros fraternizaban con los nuestros, y mientras tanto las órdenes del General se obedecían, los cuerpos de Seoane iban formando al lado de los suyos, y los oficiales que se manifestaban más hostiles eran arrestados y desarmados. Zurbano desapareció, dirigiéndose á Madrid, casi sin escolta, sin duda con objeto de ver si podía restablecer la acción con las fuerzas de la capital, pero Seoane entregaba su espada á Narváez, y éste se la devolvía abrazándole y llevándole consigo á su propio alojamiento. Tal fué, ni más ni menos, la batalla de Torrejón de Ardoz.

El 24 penetrábamos en Madrid después de muy cortas negociaciones

que precedieron á la capitulación del general San Miguel, y el 25 entraba en funciones el Ministerio progresista López, compuesto de los mismos hombres que lo formaban antes de la famosa sesión del 20 de Junio. El mismo día me presentaba yo á Narváez, que había tomado posesión modestamente de la Capitanía general de Madrid. Daba este paso, á pesar de su última y mortificante carta, dispuesto á estrechar su mano, á felicitarle por sus grandes éxitos, y á explicarle detallada y lealmente mi conducta. Pero me recibió de pie, frío, sin invitarme á tomar asiento; es más, sin alargarme la mano. Menos tiempo que empleo en escribirlo tardé yo en adoptar una actitud idéntica.

—¡Hola!—me dijo.—¿Usted por aquí, señor desertor?

Confieso que toda la sangre se me agolpó en aquel instante á la cabeza, y que por un momento hasta perdí la vista. Pero me repuse pronto, y le contesté con frialdad:

—Yo no he jurado las banderas de V. E..... El brigadier Córdova viene á presentarse al Capitan general, cumpliendo con un deber de ordenanza.

—No tengo ninguna orden que comunicar á V.

—Está bien—le contesté; y me retiré en seguida sin añadir una sola palabra.

Desde este momento juzgué definitivamente rotas mis relaciones con D. Ramón María Narváez, y decidí no dar el menor paso para reanudarlas, suponiendo, con demasiado orgullo sin duda, que por su ingratitud y su injusticia no había de anularme yo en mi patria. Pero debo decirlo: á los dos nos llevó el carácter aquel día allí donde no podían conducirnos nuestros verdaderos sentimientos. Amigos de ambos me dijeron después, que yo había ofendido y lastimado hondamente á Narváez, pues que la palabra «desertor» sólo la pronunció en broma, según él mismo afirmaba, añadiendo que sin los deberes de su cargo, no habría sufrido con calma mi aire provocador ni mis atrevimientos. Lo cierto de esto era que los dos nos queríamos en el fondo mucho, pero que allí chocó su arrebatado temperamento con el mío, y que éste, por desgracia ó por fortuna, jamás se doblegó ante otro. Esto mismo debía repetirse muchas veces, según verá el paciente lector en el curso de nuestra larga y accidentada vida.

También en aquel día visité á D. Francisco Serrano, que estaba organizando un pequeño ejército que debía salir inmediatamente á las órdenes del general D. Federico Roncali para obligar al Regente á levantar el sitio de Sevilla. Le pedí en él un puesto, y me destinó á las órdenes del General para que me empleara como lo tuviera por conveniente. Mi brigada se disolvió después de haber ocupado algunos puntos de la capital mientras se efectuaba el desarme de la Milicia. El fa-

moso batallón franco, que causó, por cierto, en Madrid verdadero terror, fué nuevamente destinado á Barcelona para ser allí disuelto. En tres días que permaneció en las calles, había conseguido señalar su presencia con hechos lamentables. Un voluntario, á presencia de sus oficiales, mató de un bayonetazo á un infeliz que tuvo la imprudencia de gritar «¡viva Espartero!»; otros cuantos fueron á buscar en sus casas á Mendizábal y á varios individuos del último Gobierno, con intento de fusilarles. Durante aquellos tres días que duró el desarme de la Milicia Nacional, no me retiré ni aun por las noches de las calles porque la ciudad ofrecía todavía un aspecto imponente, cortada por profundos fosos y por numerosas barricadas, que nosotros conservamos dispuestos á defendernos en ellas si éramos atacados por el pueblo.

Mi buena madre no se cansaba de abrazarme después de tan larga ausencia y de tantas vicisitudes, pero me separé nuevamente de su lado para seguir con Roncali la campaña, y me incorporé al cuartel general en Manzanares. Fuí recibido por Roncali con afectuosa distinción, como un antiguo compañero de la Guardia y de regimiento. También me confió el mando de la vanguardia que marchaba á media jornada de la columna, en la que tenían puestos principales D. José de la Concha y el general Campuzano. El calor propio de la estación y de aquellos parajes impidió que forzáramos las marchas tanto cual lo deseábamos, obligándonos además á realizarlas de noche, y así, al llegar á Córdoba supimos el desenlace final de aquel gran episodio político.

Espartero había llegado al frente de Sevilla el 23 de Julio en su marcha desde Albacete, y reunido allí á Van-Halen ordenó que continuara el bombardeo de la ciudad, comenzado desde el 19. El 27 llegaron á su campo las fatales nuevas de lo ocurrido en Torrejón de Ardoz y del triunfo completo de los coaligados, y sin esperar ya más, inició su retirada á Cádiz. Al día siguiente faltó de su columna, por la deserción, más de la mitad de su fuerza total, y al otro día, 29 de Julio, su ejército había desaparecido. Los jefes de los cuerpos daban parte en Utrera y en los pueblos inmediatos que no tenían soldados ni oficiales; los artilleros abandonando las piezas, se llevaban hasta el ganado de arrastre, y Van-Halen en Osuna supo, al levantarse de la cama, que de sus tropas sólo le quedaban ¡dos ayudantes! Quedó, pues, solo en dos días el general Espartero y en esta situación, acompañado únicamente de algunos generales y de una pequeña escolta de lanceros, y activamente perseguido por D. Manuel de la Concha, que estuvo á punto de alcanzarlo, marchó al Puerto de Santa María, se embarcó á bordo del *Betis* y firmó allí su protesta á la nación, de fecha 30 de Julio.

Ante aquella caída tan inmensa y rápida sentí por muchos días em-

bargado el ánimo, advirtiendo el contraste que ofrecieron en su desgracia los dos grandes caudillos de nuestra guerra civil y de las libertades públicas. D. Baldomero Espartero en 1843, desde la cúspide de la fortuna, investido con la más alta magistratura de la nación, disponiendo de la suerte del país, de sus partidos y de sus ejércitos, vió desaparecer y desvanecerse todo, y al despertar, como de un sueño, sólo halló en torno suyo á unos pocos leales y á algunos soldados que consintieron en acompañarle hasta ponerle á salvo. D. Luis Fernández de Córdova, cuatro años antes, desamparado de todos los poderes públicos, encausado, preso, perseguido con saña y amenazado en su libertad y en su vida, se vió aclamado al recorrer el camino del destierro, vió despoblarse las ciudades á su paso para recibirle, y recogió por todas partes los más altos testimonios y los mejores consuelos.

Al considerarlo así quedé tranquilo, y examinando mi conciencia, la hallé serena y satisfecha; porque mandando soldados de la Patria que respondían á un gran movimiento nacional, había cruzado toda España en busca del perseguidor de mi hermano, no deteniéndome hasta verlo fugitivo del territorio. Mi lucha, pues, personal contra Espartero terminaba allí. Habíamos quedado iguales.





CAPITULO III.

D. Juan Muñoz y Andrade.—D. Francisco de Paula Figueras.—Confiéreme el general Montes un nuevo mando.—En Algeciras.—Sobre Gibraltar.—D. Manuel Lorenzo.—La conspiración iniciada.—Cómo la contuve.—Mi regreso á Madrid.—Preséntome á Narváez.—La política y los ministerios Olózaga y González Bravo.—Una frase de Olózaga en el Congreso.—Otra carta de Prim.—Pone Narváez á mis órdenes una nueva brigada.—Mi marcha á Cartagena.—Recibo en el camino un Real decreto ascendiéndome á General.—El presente de Narváez.—Bloqueo de Cartagena.—Mis primeras operaciones.—La llegada de D. Fernando Cotoner y de Roncali.—Comiénzase el asedio.—La acción que sostuve en el arrabal de San Antonio.—El bombardeo—Protesta de los cónsules, y preliminares de la rendición.—Me apodero de los castillos Atalaya y Galeras.—Nuestra entrada en la plaza.—Sobre Andrés Castro.—Otra vez en Madrid.

Nuestro cuerpo expedicionario se disolvió en Córdoba. Recuerdo que en esta ciudad fuí muy obsequiado por mi antiguo amigo D. Juan Muñoz y Andrade, veterano de la guerra de la Independencia, antiguo Guardia de Corps, y tertuliano en los primeros años de este siglo de la Duquesa de Benavente, en cuya casa intimó mucho con mi hermano Luís, que le profesaba entrañable amistad. Varias veces oí contar á Muñoz, siendo capitán de Coraceros de la Guardia Real, el terrible lance sin testigos que sostuvo en Sevilla con D. Fernando Cabañas, originado por una dama de elevada alcurnia, é

impidiendo esta circunstancia que se llamasen padrinos. Ambos salieron gravemente heridos, y Muñoz lo fué de una estocada que le entró por el codo y le salió por la clavícula. Caballero de Calatrava, de posición en Córdoba donde estaba entónces establecido por motivos de salud, me dispensó en aquellos días la más grata acogida, debiendo además delicadas atenciones á su bellísima y virtuosa esposa, D.ª María de los Milagros de Vargas, antigua camarista de la Reina y amiga siempre de mi casa por sus íntimas relaciones con los Condes de la Puebla del Maestre. Los hijos de esta noble familia, D. Juan y D. Luis, son hoy respectivamente brigadier el primero y coronel de Caballería el segundo.

Pasé luego á Sevilla por algunos días, resuelto á regresar inmediatamente á Madrid, y en la capital andaluza me presenté al nuevo Capitán general, D. Francisco de Paula Figueras, á cuyas órdenes serví como ayudante cuando mandaba el regimiento de Granaderos de la Guardia. Muy respetado allí y muy querido por su comportamiento durante el sitio y el bombardeo, díjome que se alejaba con sentimiento de Sevilla, que el Gobierno acababa de nombrarle Inspector general de Milicias provinciales, y que tendría gusto en verme ocupar un puesto á sus órdenes. Acepté agradecido su ofrecimiento, pero su sucesor en Sevilla, el general D. Felipe Montes, llamóme una noche y con aquella dulzura y cariñosa confianza que distinguía á este soldado, que todo Madrid conoció en los salones aristocráticos, significóme su deseo de confiarme inmediatamente el mando de una brigada que iba á organizarse en el campo de Gibraltar, donde el pueblo y la Milicia conspiraban ya contra la nueva situación, de acuerdo con algunos emigrados esparteristas refugiados en la vecina plaza inglesa. Sin esperar á más y excusándome con Figueras, salí aquella misma tarde para mi nuevo destino, portador de una comunicación muy laudatoria, y con el encargo de recoger en Cádiz un batallón de Asturias de toda confianza, y un escuadrón acantonado entre Jerez y el Puerto. Llegué á Algeciras en los últimos días de Agosto y tomé en seguida el mando de la brigada que se formó con el cuerpo ya citado, dos batallones del regimiento de Galicia, y dos fuertes escuadrones. En esta ciudad, y al frente del provincial de Ecija, tuve el gusto de encontrar á mi antiguo amigo D. Juan de Alaminos, que separado de la Guardia desde los sucesos de Octubre, estuvo como excedente en su casa, uniéndose luego á D. Manuel de la Concha en Granada, guiado sólo por su deseo de combatir al Regente.

La vista del Peñón de Gibraltar, que recordará siempre á los españoles el ominoso tratado de Utrech, y los pliegues de la bandera que allí se alza, pabellón extranjero enclavado en nuestra propia tierra,

causáronme vivísima emoción y un vago pero contínuo sentimiento de malestar muy parecido á la vergüenza. De esta sensación no me ví libre mientras permanecí en aquel punto, y desde entonces late en mi corazón la esperanza de que al fin lucirá un día en que consigamos, por la diplomacia ó por la guerra, la más perentoria y grande de nuestras reivindicaciones nacionales, si nuestros gobiernos no olvidan que allí está permanentemente detentado el honor de la Patria.

Mandaba en el campo de Algeciras el teniente general D. Manuel Lorenzo, que tanto nombre alcanzó en la guerra carlista, y cuyo valor heroico era bien conocido de todo el ejército. El fué quien hizo prisionero en los Arcos á D. Santos Ladrón, y quien en los últimos años de la lucha se presentó como émulo de Espartero para el mando en jefe del ejército. Después de la paz pasó á Cuba, y como á su regreso fuera tratado con mucha dureza por el Gobierno de la Regencia, unióseños en el movimiento de Cataluña, y Serrano recompensó su apoyo con el mando del campo de Gibraltar, puesto muy codiciado entonces, porque reunía, entre sueldo y emolumentos, más de cuarenta mil duros. Pero Lorenzo era un liberal convencido y no tardó en separarse del partido moderado.

Pronto pude enterarme de lo que allí ocurría. Era el propósito de los conspiradores apoderarse en primer término de Tarifa, empresa fácil por el estado de abandono en que estaba la plaza, sin más guarnición que 60 hombres de infantería, y cuatro soldados y un cabo de artillería, á cuyo cargo estaba todo el material de esta arma. El buen espíritu de la Milicia Nacional y la decisión de su Alcalde, señor Abreu, antiguo compañero mío de la Guardia también y amigo cariñoso, impedían por el pronto que los enemigos realizaran sus planes. Se contaba además con una sublevación de algunos miles de hombres en la Serranía de Ronda, que apoyarían á los del Campo, y todos estaban animados por el interés de introducir un gran contrabando en los primeros días. Con este aliciente, no faltaban para el futuro movimiento ni hombres, ni dinero, ni jefes decididos.

Supe además que en los mismos cuerpos de mi brigada había oficiales y sargentos comprometidos, y hecho cargo de la situación, nada lisonjera por cierto, y rodeado por todas partes de enemigos á quienes estimulaba el más ciego de los deseos, el lucro y la ganancia, resolví no dar lugar ni tiempo para mayores inteligencias, demostrando cuanto antes que vivía sobre aviso. Principié por separar de la fuerza á mis órdenes á los más atrevidos, que ni hacían misterio de sus compromisos ni de sus esperanzas; visité á Tarifa, dejando una buena guarnición de 500 hombres, con autoridad militar capaz y segura, la cual, de acuerdo con el Alcalde y la Milicia, sostendrían el

orden á todo trance, y con escolta de caballería recorrí todos los pueblos del Campo, entre ellos San Roque, donde estaba acantonado con su batallón Alaminos, cuya lealtad, adhesión y mérito me eran bien conocidos. Como comandante militar de San Roque encontré al coronel Linares, procedente del Convenio de Vergara, oficial bizarro y de honor, que conocí en Barcelona durante mis primeros años y con el que me unían lazos de antiguo compañerismo. Linares era un modesto propietario de San Roque, donde tenía casa, amigos, influencia y prestigio, y como andaluz de corazón y hombre de mucha gracia y talento, alcanzaba pronto en todas partes simpatías y amistades. Sobre San Roque, pues, así como sobre la Línea y poblaciones inmediatas, quedé pronto tranquilo. Pero mi autoridad no alcanzaba á la Serranía de Ronda. Los agentes enviados y mis amigos me confirmaron en la seguridad de que ni un solo hombre se movería allí para defender bandera alguna política, pero que se contarían por centenares, si á su sombra se permitían alijos de cierta importancia. Este era el verdadero peligro, y para esta posible eventualidad estudié los pasos precisos de la sierra, con objeto de ocuparlos al menor indicio, é impedir no sólo el contrabando, sino el refuerzo de los serranos. Situé tropas bastantes en puntos convenientes, quedando encargados de este servicio Linares y Alaminos, y entre las fuerzas de mi mando hice correr la noticia de que tenía el proyecto, si llegaba á intentarse cualquier movimiento para alijar contrabando, de repartir las cargas entre los que las aprehendiesen, voz que también circuló por los pueblos; y así, con estas medidas de precaución, públicamente conocidas, y este interés ofrecido al soldado, logré contener á los que siempre y bajo todos los gobiernos se han aprovechado en Algeciras de los trastornos públicos para realizar pingües fortunas.

En estas atenciones, que no eran por cierto muy de mi agrado, empleé los meses de Septiembre y Octubre, durante los cuales se hicieron en el país las nuevas elecciones, reuniéndose las Cortes que debían sancionar la declaración de la mayoría de la Reina en contra de uno de los artículos de la Constitución, que sólo la prescribía para el año siguiente, es decir, para cuando S. M. cumpliese los catorce años de edad. De los comicios venían equilibradas á la Representación nacional las fuerzas de moderados y progresistas, pero advertíase bien claramente el predominio inmenso que iba pronto á adquirir nuestro partido, compuesto de las eminencias de todas las clases sociales, y contando en su seno con una representación ilustre y numerosa de las fuerzas vivas del país. Los progresistas andaban ya recelosos. Los más exaltados liberales de Cataluña habían apelado nuevamente á las armas en demanda de que se estableciera una Junta central en Madrid, y no bastó

toda la autoridad de Prim, á quien envió allí el Gobierno ya ascendido á general y hecho Conde de Reus, para sosegar los ánimos de los inquietos y levantiscos catalanes. Barcelona volvióse á sublevar, regando con abundante sangre sus calles, y á su ejemplo varias ciudades del Principado se alzaron, siendo necesario que Prim sostuviera toda una campaña para rendirlas. El jefe más autorizado de aquel movimiento, que se llamó *centralista*, fué D. Narciso Ametller, que por mucho tiempo se hizo fuerte en el castillo de Figueras, al que Prim puso estrecho sitio. Consecuencia fué de esta situación general de la política el brusco cambio del general Lorenzo en el campo de Gibraltar, que comenzó á entenderse con los adversarios del Gobierno y con los emigrados. Averiguólo pronto el Gobierno, y sin previo aviso envió allí un día al general Montes para que se encargara del mando. Mi nuevo jefe se enteró minuciosamente de lo por mí hecho y me demostró su satisfacción con elogios más lisonjeros que merecidos, señalándole yo en primer término como más dignos de sus plácemes, á los que tan eficazmente me ayudaron, no olvidando por cierto de entre ellos al entonces secretario de la Comandancia y hoy brigadier, D. Diego de Arzu, el mismo que en 1854 debía prestarme en la revolución de Madrid tan notorios y brillantes servicios. Con la llegada de Montes y con el relevo de algunos cuerpos, quedaba enteramente conjurado el peligro de que se alterase el orden en aquella parte de la Península; los emigrados se retiraban á Portugal, y mi misión podía darse por terminada. Resolví, pues, regresar á la corte y renunciar á un mando que nunca me fué agradable, y en su consecuencia pedí á Serrano me concediese mi cuartel para Madrid, donde tenía mi familia y la aspiración bien legítima de descansar algún tiempo á su lado. Así se me concedió en un oficio honroso que me trasladaba una Real orden muy laudatoria.

Mi entredicho con Narváez seguía en pie, y no sin que esto me causara profunda pena, vivía ya convencido de que tal situación sería definitiva. Fuerza me fué presentarme de nuevo á su autoridad al llegar á Madrid, realizándose nuestra entrevista con gran circunspección de una y otra parte, y con mucha frialdad y ceremonia. Narváez, sentido y malhumorado á la vez, dijo aquella misma tarde á Benavides que todo había concluído entre él y yo, porque por lo visto «*Fernandito* no cedería.»

Eran aquellos los días últimos de Noviembre de 1843. Encontré la situación política en un período crítico y grave. Ya había tenido lugar en el Parlamento la discusión relativa á la mayoría de la Reina, y ya había S. M. jurado ante las Cortes la Constitución, dando comienzo á su reinado. El Ministerio López presentó su renuncia, y Olózaga fué elegido para formar el primer Gabinete de D.ª Isabel II; pero entró

en él con la secreta desaprobación del partido moderado, que aspiraba á gobernar solo, con mucha desconfianza entre los elementos más influyentes de Palacio, y con la hostilidad abierta y decidida de González Bravo, que capitaneaba un grupo de diputados audaces y resueltos, que se denominó en el Congreso la *Joven España*. El conflicto debía estallar al momento. López era el candidato del Gobierno para la Presidencia del Congreso, y la Cámara le derrotó con los votos moderados, unidos á los de la *joven España*, resultando elegido D. Pedro José Pidal. Olózaga entonces, viendo ya inevitable la ruptura entre los dos partidos, trató de conservar para el suyo el ejercicio del poder, y presentó á la firma de la Reina el decreto de disolución.

Conocidos son de todo el mundo los escandalosos incidentes de aquellos días, que tan tristemente inauguraron el reinado de una niña que apenas contaba trece años. Nunca creí, por mi parte, que Olózaga, á solas con la Reina, ejerciera sobre ella violencia material asiéndola de las manos para que firmase el decreto de disolución. Pero los resultados fueron tales y como se hubieran producido á consecuencia de aquel acto inaudito, y Olózaga, al siguiente día, fué despedido de Palacio por el Duque de Osuna, gentilhombre de guardia, el cual, sin más ambajes ni rodeos, le dijo que «S. M. le había exonerado de su cargo y que no podía recibirle.» Siguió á esto en aquella noche y en Palacio la reunión de una especie de Junta magna, en la que figuraron Narváez, Serrano, Pidal, González Bravo y algunos de los Ministros pertenecientes al Gabinete Olózaga, y la Reina firmó ante ellos los decretos por los cuales se destituía á este hombre público y se anulaba el de la disolución. Tratóse luego de constituir un Ministerio, procurando mantener todavía la coalición; ofrecióse su presidencia á Serrano; rechazó éste el encargo y se propuso luego á D. José María López, pero parece que S. M. no lo aceptó, y como á todo esto era menester explicar de algún modo las causas que habían motivado la destitución de Olózaga, se acordó sostener la acusación de que había ejercido violencia sobre la Reina, levantándose á este fin un acta que todos los allí presentes se negaron á firmar, excepción hecha de González Bravo, el cual con esta resolución osada, asumía todas las responsabilidades del Gobierno. Estas fueron las causas que dieron origen al Ministerio González Bravo, convirtiéndole en pocas horas en uno de los jefes de mi partido y en Presidente del Consejo. Yo asistí á la brillantísima defensa que hizo Olózaga en las Cortes de su conducta, y no dejé de visitar en su casa, reiterando mis sentimientos de consecuencia y aprecio en la desgracia al que fué uno de los últimos y más nobles amigos de mi hermano. En aquella ocasión se elevó Olózaga hasta la cima de la elocuencia, en seis ó siete discursos consecutivos que pronunció en el Congreso. «Habéis

convertido el Trono en un ariete para dirigirlo contra la frente de un ciudadano—gritaba en uno de sus grandes arranques de inspiración.—Pues miradla..... ¡está ilesa! Ahora, volved la vista al Trono.»

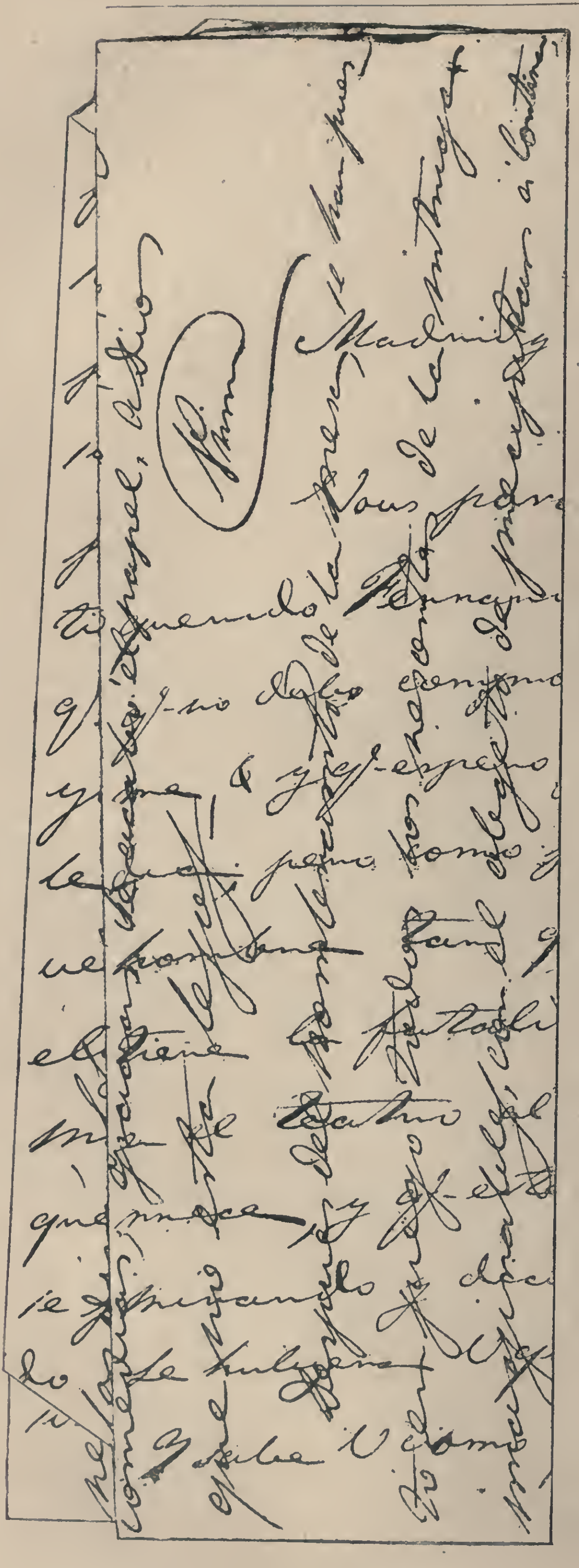
Bastante alejado de la política activa, y entregado á los placeres de la sociedad, que volví á frecuentar mucho, fuí agraciado en aquellos días con la llave de gentilhombre que la Reina Cristina pidió para mí, y que recibí de su mano, limitándome, en cuanto á conducta, á conservar mis buenas relaciones con los hombres de todos los partidos y mis inteligencias decididas y consecuentes con los del moderado. Prim, que por entonces no mantenía ideas tan exaltadas como se suponía, sino que antes bien se inclinaba muy marcadamente á las soluciones de orden, escribíame desde su campamento de Figueras la siguiente pintoresca carta, cuyas declaraciones políticas son por todos conceptos curiosísimas y completamente ignoradas. Decía así:

«Señor D. Fernando de Córdova.

»*Figueras*, 10 *de Diciembre de* 1843.

»Si tuve ó no gusto al recibir la de V. del 10 en Algeciras, díganlo los camaradas que estaban presentes, como Rubio, Ventura, Adolfo, etc., pues al abrir la de V. y ver su firma, dije: «¡Bueno, bien, y cuánto me »alegro!—¿Qué hay? dijeron todos.—Nuestro buen Fernando Córdova, »que da fe de vida.—¿A ver á ver?»—Y leí. Conque ya ve V., querido, que la amistad de V. me es muy grata y que la deseo por *in-æternum*.

»También hubiera yo querido verle á mi lado en la presente campaña, pues su buena cabeza y mejor corazón me hubieran servido *beacoup*, como me sirvieron en las inmortales cumbres del Bruch; pero como nosotros, los de la honrosa profesión, no podemos decir nunca allá voy, sino allá me llevan, tuvo V. que habérselas con la gente de María Santísima. Mas según es voz y fama, ya está V. en la corte y D. Fernando Cotoner también; ¡mire V. qué diablo!, y D. Juan aquí, guerreando todavía con los *jamancios*, que, escudados con el coloso San Fernando, me muelen los huesos á cañonazos y no se paran en pelillos, sino que sus disparos son de á 24 y *obús* de á 7; 700 en dos días me han arreado, y según dijeron al Cónsul francés, debían hoy bombardear; mas por haber obligado á venir aquí á algunas de las señoras de los cabecillas, parece que no bombean, y en fin, querido Fernando, ¡si *bombean*, que *bombeen!;* V. ya me conoce y sabe que no he de hacer caso de estas pequeñeces, y sigo adelante. Decía que V. está ya en Madrid y yo no, y lo peor de la historia es lo que tardaré en estar, pues esta gente no cederá mientras tenga para llenar la tripa, y los víveres les durarán como cinco ó seis meses, pero luego, *¡voto va Deu!*, ¡luego!..... aunque esté V. en Pekin, oirá V. el ruido.



»Vamos á politiquear un poco. ¿Qué le parecen á V. esas cosazas que en pocos días han pasado en la corte y en Palacio? Lo cierto es, que la ambición de unos y el refinado exclusivismo de otros han echado por tierra el magnífico baluarte de unión y españolismo que nosotros, los del presente siglo, levantamos para que á su sombra quedase fuerte y muy sólida la Constitución, el trono de Isabel y la Independencia. Mas por un lado se metieron los viejos, y por otro tuvimos la debilidad de hacer partícipes en el botín á varios que no pelearon para adquirirlo, y ahí está la consecuencia.

»Muchos son los que me han escrito en diferentes sentidos; pero yo á todos he dicho: «Mi lema es Constitución, Reina y reconciliación», y de aquí Dios no me apea; y como mi posición en el día es puramente militar, dejaré correr los sucesos, y si desgraciadamente llegase el caso de tener que tomar parte, lo haré afiliándome al partido de la razón, del honor y de la consecuencia. Interin, en donde yo esté habrá orden, porque, amigo mío, toda la gracia que me hacían antes las bullangas, ahora me cargan. En fin, hombre de orden y esto basta.

»Adiós, Fernando mío; dedique V. un rato á este soldado que le quiere. Recuerdos á Cotoner, Zaragoza, Zaldívar y demás buenos amigos; acepte V. los

de mis compañeros de glorias y fatigas, y no dude V. nada que su mejor amigo es y será—*Juan Prim.*»

Un día—el 12 de Enero de 1844—me ví sorprendido con una orden en que el Capitán general del distrito, Narváez, «teniendo en cuenta—decía—mi mérito, pericia y actividad», me nombraba para el mando de una brigada de operaciones que se organizaba en Madrid por orden separada de aquel día. Dudé en aceptar; pero se trataba de un mando de armas, quizá de algún servicio importante y peligroso, y me decidí, contestándole al día siguiente de oficio que daría cumplimiento á sus órdenes.

Componíase esta nueva brigada, del regimiento de Isabel II con tres batallones, del provincial de Toledo, del regimiento de caballería de Numancia y de una batería de montaña con ocho piezas, nombrándose jefe de Estado Mayor á D. Joaquín Riquelme. Dos días después era revistada la brigada en el puente de Toledo por el mismo D. Ramón Narváez, ante el cual desfilé en columna de honor tributándole todos los honores de ordenanza. Terminada la revista, y sin deponer su actitud oficial, me previno que fuera aquella noche á pernoctar á Pinto con las tropas, entregándome al mismo tiempo un pliego cerrado que sólo á mi llegada podía abrir para enterarme de las instrucciones que contenía. En aquellos momentos advertí bien que Narváez no sabía de qué modo iniciar su reconciliación conmigo sin que sufriese su carácter. Pero ya lo he dicho, era un hombre difícil, y cualquier adelanto de mi parte, por digno y honroso que fuese, podía provocar alguna palabra suya que hiciera ya imposible toda amistad entre nosotros. Permanecí, pues, en una actitud reservada, pero sin arrogancia ni altivez.

En Pinto me enteré de las instrucciones. Se reducían á encomendarme el desarme de toda la Milicia Nacional en los pueblos de la provincia de Madrid que pasaran de trescientos vecinos y que se hallaran situados á distancia de cuatro leguas próximamente de la carretera real de Andalucía, y el oficio terminaba recomendando á mi «celo é ilustración la necesidad de mantener el orden y la disciplina en las tropas, y su adhesión al Gobierno de S. M., para poder citar como modelo los cuerpos puestos á mis órdenes.» En poquísimos días cumplí aquel encargo sin dificultad ni contratiempos, y en contestación al oficio en que le daba parte de haber obedecido sus disposiciones, me escribía estas significativas palabras: «He quedado sumamente complacido de las disposiciones que V. S. ha tomado y del celo con que procura llevarlas á cabo, circunstancias que yo me prometía de las relevantes prendas militares que le adornan.» Estas frases, harto inmerecidas por mi parte, no las copiaría yo ahora si no me propusiera seguir puntualmente toda la historia de mi primera desavenencia con Narváez, cuyos episodios

son muy propios para dar á conocer su carácter, y el mío, que es también obligación precisa de todo el que escribe los recuerdos buenos ó malos de su vida.

Continué mis operaciones, y en Aranjuez recibí orden para que, dejando allí al provincial de Toledo y 50 caballos de Numancia, marchase con el resto de la brigada lo más rápidamente posible, sobre Murcia, poniéndome á las órdenes del Capitán general de Valencia. A ejemplo de algunas ciudades catalanas, Alicante y Cartagena se alzaban en armas contra el Gobierno, y se trataba de poner rápidamente sitio á esta última é importante plaza, rindiéndola con toda brevedad y urgencia. Emprendí inmediatamente el movimiento y lo realicé á marchas forzadas. A mi paso por Hellín desarmé también la Milicia, y en el camino recibí por el correo un Real decreto ascendiéndome á Mariscal de Campo «en atención—decía el oficio—á mis recomendables servicios y á los perjuicios notorios que por mi lealtad me habían causado los trastornos políticos.» Refrendaba este decreto el Ministro de la Guerra D. Manuel Mazarredo, y confieso que tan singular demostración de la regia benevolencia, cuando menos lo esperaba, colmó la medida de mi ambición, recompensándome con exceso de todos mis sufrimientos, peligros y trabajos, pues era general y no había cumplido todavía los treinta y cinco años. A los pocos días recibía también una expresiva carta de Narváez y una caja que contenía una faja, como presente suyo para que fuera la primera que usara. Claro es que me apresuré á contestarle agradeciéndole su proceder, su recuerdo y su nobleza de carácter; pero me extendí además largamente dándole las más exactas y sinceras explicaciones de mi conducta para con él, desde mi salida de París hasta aquel momento. A esta carta me contestó en seguida con la siguiente: «Mi muy querido amigo: He recibido la cariñosa carta de V. En ella se muestra V. como fué y como yo le quiero. A V. no debe serle desconocido el afecto, el cariño, la particular estimación que he tenido siempre y en todos los actos de mi vida, por toda su familia, por su desgraciado hermano y últimamente por V., á quien he amado y amo como á un hermano. Es verdad que me fué muy sensible que V. se hubiese separado de mí; pero le aseguro que más fué por el sentimiento de pensar que V. no alimentaba hacia mí el mismo cariño que yo le profeso, que por pensar que V. cometía falta alguna que le perjudicara en otro sentido. Las explicaciones que V. me da las admito con muchísimo gusto, porque satisfacen á mi deseo que es quererlo á V. mucho, y no dude V. que continuaré como hasta aquí, y que lo pasado en nada contribuirá más que para amarlo á V., y viviré confiado en que V. sabrá apreciar mi cariño y pagármelo como antes ha sabido V. hacerlo en muchas ocasiones. Y crea V. que ya, después de las relaciones

que hubo con su hermano de V. y conmigo, ni V., ni su familia, ni yo, podemos alejarnos unos de otros sin perjudicarnos todos. Aquí estoy luchando á brazo partido con la revolución, con los intrigantes, con el Gobierno mismo. Afortunadamente vamos saliendo adelante. En esa vencerán VV. y tendrá el gusto de darle pronto un estrecho abrazo su apasionado amigo—*Ramón María Narváez.*»

En Murcia encontré órdenes del capitán general de Valencia, don Federico Roncali, mandándome seguir á Cartagena y bloquear la ciudad inmediatamente, operando á este fin con el general D. José de la Concha, que ya estaba allí con 3.000 nacionales, reunidos entre la capital de la provincia y pueblos inmediatos. Continué mi marcha y llegué á la vista de Cartagena el 17 de Febrero de 1844, estableciendo mi cuartel general en Santa Ana, cerca de la plaza. En el reconocimiento que al día siguiente practicamos Concha y yo, quedó acordada la forma del bloqueo y se hizo la distribución de nuestras fuerzas. Concha, con los milicianos, con un batallón de la Reina Gobernadora y media batería de montaña, debía ocupar la izquierda sobre Escombreras, y yo, con dos batallones, la caballería y otra media batería de montaña, cubrir el frente y la derecha. Mi fuerza era bien escasa para la extensión de esta línea; pero contaba con 220 caballos, el terreno era á propósito para el empleo de esta arma, y los conservaba reunidos para acudir adonde fuese necesario, caso de que los sitiados intentasen una salida.

En los dos primeros días nuestra situación fué alarmante por la falta absoluta de víveres; sólo podíamos contar por todo alimento con el pan que la Administración militar nos enviaba desde Murcia. Era preciso poner pronto remedio, y dispuse que por todas las formas de publicidad posibles, se hiciese saber que en el campo se abría un mercado adonde libremente y sin temor á vejámenes ni impuestos de ninguna especie, podían acudir los vendedores de víveres, y que estos se pagarían al contado y á buen precio. Desde el siguiente día nada faltó ya á oficiales ni á soldados. Para hacer más eficaz el servicio de vigilancia y el bloqueo, dispuse al propio tiempo que todas las aprehensiones que las patrullas hicieran quedasen á su favor. Con este aliciente llegaban los soldados hasta las mismas murallas, y una noche cogieron más de setenta cabezas de ganado y otros efectos. Siempre aprehendían algo, y todo ello les era distribuído inmediatamente, y hasta encontraban luego compradores en el mismo mercado del campo, para disponer de lo que les sobraba. Con la abundancia de provisiones y de dinero, el contento de la tropa comenzó á revelarse en todos los actos, formándose el mejor espíritu. Es verdad que á más de D. José de la Concha, estaban allí Turón, Cervino, Seco, Marqués y muchos otros

jefes de gran mérito, cuya presencia era la mejor garantía del soldado y el más alto estímulo para su constancia y valor.

Del interior de la plaza tuve pronto noticias muy exactas. El número de hombres armados que encerraba era superior al nuestro, pero de distinta composición y procedencia, sin ninguna disciplina, é incapaces verdaderamente de una resistencia formal. Allí estaba insubordinado, lamentablemente, el antiguo y glorioso regimiento de Gerona, uniéndose á sus batallones multitud de milicianos sueltos de diferentes pueblos, y lo que era peor, el presidio, puesto en libertad y armado. Verdad es que tales elementos eran más peligrosos para la misma población que para nosotros, pero contaban los insurrectos con un buen artillado, con los recursos del arsenal, muy numerosos tanto en hombres instruídos como en material de todas clases, y principalmente con las defensas de la plaza y sus castillos, que resultaban inexpugnables á nuestras armas, no contando con los elementos ni con la artillería necesaria para batirlos.

Mis primeras disposiciones se redujeron á avanzar la línea de bloqueo, ocupando por la izquierda la torre de Pormán con dos cañones, á cuyo abrigo podían fondear nuestras fuerzas sutiles, que vigilaban la entrada del puerto. También se ocupó la torre de Cabo de Palos con cuatro piezas. Por la derecha llegué hasta el pie del monte, sobre el cual se asienta el castillo de Atalaya, cerrando completamente todos los caminos que conducían á la plaza. Supe que los jefes del movimiento insurreccional imbuían á sus subordinados en la idea de que serían tratados sin cuartel al rendirse, y de acuerdo con el Capitán general, les dirigí una proclama, aunque sin firma, exhortando á las tropas rebeldes á volver á la legalidad, seguros de que serían perdonados. Por un parlamentario de la ciudad, persona de influencia, híceles también saber que sólo serían fusilados los jefes y autores de la insurrección, á los cuales no podía perdonarse. Aumentáronse con esto las dudas y vacilaciones dentro de la plaza; nadie quería asumir responsabilidades, y principiaron á presentarse en nuestro campo algunos desertores. Para distraer la atención y evitar sin duda que el mal tomase incremento, dispusieron los insurrectos una salida, atacando nuestra izquierda. Era el 4 de Marzo, y el general Concha, con un batallón del regimiento Reina Gobernadora, una compañía de tiradores, la sección de artillería y algunas otras piezas de marina, los rechazó bravamente, causándoles grandes pérdidas, sin ser necesario el auxilio que yo dispuse fuera inmediatamente en su socorro. Concha perdió en este combate al comandante D. Carlos Bojar, oficial de distinguido mérito, y al capitán Cuadra, no menos recomendable.

En esto recibimos la nueva de que la plaza de Alicante se había ren-



CARTAGENA.

(De fotografía de Laurent.)

dido el día 6 al Capitán general, el cual fusiló en ella á 24 insurrectos entre jefes, oficiales y tropa. Con esta noticia y con la llegada de grandes refuerzos que comenzaron á engrosar nuestras filas procedentes de Alicante, aterráronse los sublevados de Cartagena, y creo que sin la prohibición terminante que yo tenía de tratar con ellos, hubiéranse entregado desde luego con la sola garantía de la vida. Con los refuerzos venía mi antiguo y bravo amigo D. Fernando de Cotoner, ya General también, y al cual, como más antiguo, entregué inmediatamente el mando. Cotoner aprobó toda mi conducta y reforzó algunos puntos de la línea con las nuevas tropas, de acuerdo en todo con don José de la Concha y conmigo. El 15 llegaba el Capitán general en persona con un tren de sitio, que aunque numeroso, era sin embargo insuficiente para batir la plaza ó posesionarse de sus castillos. Manifestóme desde luego el general Roncali que deseaba oir á los generales, no en consejo, sino particularmente á cada uno, y me invitó para que inmediatamente le informase. Con un excelente plano de la plaza que me envió desde Madrid el ilustre Zarco del Valle, pude darle cuenta inmediata de las condiciones en que nos hallábamos. Expliquéle la situación de nuestras fuerzas y las defensas de Cartagena, que consisten principalmente en sus castillos de Atalaya, Galeras, San Julián y Moros. El que ocupa el castillo de Atalaya es dueño de la plaza, porque las murallas de ésta son débiles, sin baluartes bien desarrollados y sin foso apenas. La favorece, sin embargo, el terreno, muy pantanoso y malsano, que dificulta mucho los trabajos de aproche; pero sin los castillos, Cartagena podía considerarse inexpugnable para nuestras armas, mientras el enemigo continuara resuelto á defenderse. Esto no obstante, vista su debilidad, la anarquía en que estaban, la desmoralización de sus tropas, indisciplinadas y heterogéneas, sin lazo alguno de unión y temerosas del resultado final, careciendo de jefes de prestigio, divididos éstos y recelando de sus subordinados, opiné que era necesario un bombardeo que determinara en la ciudad y en la parte más desalentada de las fuerzas militares una reacción favorable, por la cual pudiéramos ganar alguno de los castillos, y en la previsión de que pudiera ser Atalaya, dije al General que había dispuestas tropas escogidas sobre la derecha para que lo ocuparan en el momento oportuno.

Manifestándose de mi opinión, me aseguró Roncali que el bombardeo principiaría tan pronto como terminaran los trabajos para emplazar los ocho morteros disponibles. Los generales Concha y Cotoner fueron á su vez oídos, y todos estuvimos conformes en lo esencial de nuestros juicios. Dispúsose, pues, en seguida un reconocimiento que había de hacer el Capitán general, y al propio tiempo una ostentación de nuestras fuerzas, que formaron todas al efecto en sus puestos res-

pectivos, mientras el General, con nosotros y todo el Estado Mayor, se adelantaba por los Molinos hasta ponerse al alcance del cañón de la plaza. Rompió ésta bien pronto el fuego con unas veinte piezas, que



Don Federico Roncali.

por fortuna estuvieron poco acertadas, pasando sus primeros proyectiles por encima de nuestras cabezas; pero Roncali mandó cubrirse á la tropa y á todo su séquito, quedándose él solo con su jefe de Estado Mayor reconociendo la plaza y haciendo alarde del valor distinguido que le era propio.

Al día siguiente dióme la orden de ocupar el arrabal de San Antonio. La operación era arriesgada. Tratábase de un caserío situado á tiro corto de fusil de las murallas, frente á las puertas llamadas de Madrid; pero el General se proponía, tomando aquel punto, facilitar á los descontentos y á la guarnición medios de comunicarse con nosotros y de establecer inteligencias para la entrega de la ciudad ó de alguno de sus castillos cuando el bombardeo comenzase. En su consecuencia, á las tres de la mañana del 15 emprendí mi movimiento de avance sobre el arrabal, llevando tres compañías de cazadores del regimiento Reina Gobernadora, una de granaderos, otra de ingenieros y veinte tiradores á caballo de Numancia. Ocupé inmediatamente la primera casa, dejando en ella una compañía de cazadores y la caballería, y seguí á la inmediata, donde quedó la compañía de granaderos fortificándose rápidamente. Con el resto de la fuerza avancé ya sobre el interior del pueblo, con objeto de reconocerlo y de estudiar sus condiciones de defensa, enviando una pequeña guerrilla á las afueras en observación de lo que ocurriera. El arrabal, por su situación, no tenía defensa posible: con los baluartes de la plaza al frente, Atalaya á la derecha y Despeñaperros á la izquierda, se encontraba á descubierto bajo la acción de fuegos cruzados y sin medios para resistir, ni una hora siquiera, por la ninguna solidez de las construcciones. Mantúveme sin embargo; pero al amanecer el enemigo conoció mi difícil situación, y rompió Atalaya un vivo fuego, al que siguió bien pronto el de todos los baluartes del frente. Con unos ochocientos hombres, dos piezas y algunos caballos, hizo además una salida avanzando en dos columnas, precedidas de numerosas guerrillas y perfectamente protegidas por el fuego de cañón. No era, pues, posible resistir allí, ni lo creí conveniente, cuando quedaba cumplido el principal objeto de mi movimiento, pero ocupé una de las dos casas que muy inmediatas al barrio había y que llenaban nuestros deseos, mandando que se replegaran las fuerzas avanzadas. Éstas lo ejecutaron con orden, en guerrilla y dirigidas con inteligencia y frialdad por el segundo comandante D. Tomás Cervino, al propio tiempo que, para proteger la retirada, avanzaba el alférez de Numancia, Hortembach, con sus jinetes, cargando á los rebeldes con arrojo. Ya en la casa ocupada decidí defenderme allí á toda costa y tomé posiciones para rechazar al enemigo; mandé al efecto al bizarro brigadier La Rocha con algunas compañías de Almansa que mandaba el comandante Seco, y desplegaron éstas con resolución al frente, mientras que yo por un flanco atacaba con vigor á los insurrectos, llevando la fuerza de mi antiguo regimiento Reina Gobernadora. El momento fué reñido y la acción sangrienta, porque el fuego de cañón era mortífero y certero; mas los sitiados emprendie-



LA ACCIÓN DEL ARRABAL.

ron al fin la retirada, hostilizados por una sección de artillería que dirigió con mucho acierto el capitán Salvador. Terminado el empeño, sólo me restaba fortificar convenientemente aquellas casas y permanecer allí, aun cuando no fuera esto lo más fácil, pues los rebeldes, según la gráfica expresión de D. Juan Prim al frente de Figueras, «nos molían los huesos á cañonazos». Recuerdo que por la tarde de aquel día, y al practicar un reconocimiento, presencié el triste espectáculo que me ofreció un soldado veterano y lleno de cruces, que al saludarme le fué literalmente arrancada una pierna, por una bala de cañón.

Acompañado de uno de sus ayudantes y de un ordenanza, vino al siguiente día el Capitán general á reconocer mi posición y las casas donde me fortificaba. Todo mereció su aplauso, dando las gracias á la tropa por su conducta en el combate. Al despedirse, me recomendó especialmente que estuviese muy atento á fin de apoderarme de Atalaya en la primera oportunidad y así que comenzase el bombardeo, ya inmediato. Díjome que la línea estaba organizada en tres secciones y distribuída en ellas el total de la fuerza con los cañones y los morteros; que el general Concha quedaba encargado de la izquierda hasta los Molinos, el brigadier D. Ramón de la Rocha desde este punto á la mitad del frente, y yo desde la otra mitad, hasta la extrema derecha, mandando el general Cotoner toda la línea como segundo cabo del Capitán general. En la plaza, desde que se tuvo conocimiento de que no tardaríamos en romper el fuego, empezaron á moverse comisiones del Ayuntamiento, de los cónsules y de personas influyentes. Al recibirlas el día 21 desde mi posición avanzada, contestéles que el bombardeo no podría evitarse si antes de las veinticuatro horas no se rendía la plaza á discreción. Los comisionados—que venían en nombre de la ciudad, pero sin autorización de los sublevados para tratar en forma alguna—nada pudieron conseguir, y el bombardeo comenzó al expirar el plazo señalado. El día 22 por la mañana se rompió el fuego; á las dos y media de la tarde suspendieron el suyo el castillo de Moros y los baluartes más inmediatos á nuestra izquierda, disponiendo entonces el General que también cesara el nuestro para dar lugar á conocer el efecto causado en la población. Habíanse arrojado á la plaza 125 bombas, y aquélla nos hizo 327 disparos.

Las noticias recibidas en esta misma tarde acusaban, según esperábamos, un verdadero pánico y gran desaliento en los sublevados. Refugióse parte de la población en el arsenal, creyéndose allí más segura, pero algunos proyectiles que cayeron en él, aumentaron la confusión y el espanto. Al día siguiente llegaban á nuestro campo los Cónsules de Inglaterra y Francia y una comisión del Ayuntamiento, ya autorizada por los jefes militares, para negociar las condiciones de la rendi-

ción. Ninguna podía ser admitida por Roncali, que exigió la entrega á discreción, concediendo sólo al Ayuntamiento el plazo que pedía para conseguirlo y para gestionar la capitulación cerca de los más comprometidos, que aún deseaban prolongar la resistencia. El día 24, á hora avanzada, los mismos Cónsules, acompañados de otras dos personas, vinieron á manifestar á S. E. que, á pesar de las dificultades que se presentaban á cada momento por los más exaltados, la plaza y los castillos obedecerían sus órdenes. Señaló el General las doce del día siguiente para la entrada del ejército sitiador, si efectivamente se entregaba la ciudad y abría sus puertas; dictáronse las órdenes al efecto en previsión de que así sucediera, y se esperó el resultado, porque aquella noche y en las primeras horas de la mañana del 25 debían ocurrir en Cartagena desórdenes y luchas violentísimas. Los diferentes elementos que constituían la fuerza rebelde, desde el presidiario y miliciano hasta los soldados y jefes del ejército, con intereses, responsabilidades y peligros diversos, hacían imposible toda avenencia, adoptando y desechando acuerdos y resoluciones que á nadie satisfacían. Según anunciaron las comisiones, se había convenido, en efecto, entregar la plaza á discreción; pero los más comprometidos, temerosos de la suerte que les esperaba, proclamaron de nuevo y tumultuariamente la defensa á toda costa, y los mismos comisionados encontraron á su regreso las puertas cerradas, siendo recibidos á tiros. Indignada entonces la tropa del regimiento de Gerona al ver que en medio de todo esto sus jefes procuraban escapar, refugiándose en buques extranjeros, los mismos soldados provocaron una rebelión. Un cabo, con la bandera del regimiento en la mano, habló á sus compañeros y les persuadió de la necesidad y conveniencia de unirse decididamente al ejército sitiador y volver á la legalidad, y uniendo la acción á la palabra, dió libertad al general Riquelme, gobernador de la plaza, preso desde el principio de la sublevación, y le invitó á tomar el mando.

Con estas noticias, y temeroso de que el estado de los sublevados prolongase el sitio si triunfaban por fin los más comprometidos y daban muerte al General, dispuse que tres compañías, una de ellas de Ingenieros, conducidas por mi jefe de Estado Mayor, el coronel Riquelme, subiesen á Atalaya y anunciasen á su Gobernador que, convenida la entrega de la plaza, aquella fuerza era la destinada á relevar la guarnición del castillo. Así se hizo; el Gobernador, un tanto sorprendido, aunque ignorando lo que sucedía en la ciudad, decidióse por admitir el relevo, y las compañías entraron. Una salva de artillería me anunció que esta importantísima operación se lograba, y mientras que de ella daba cuenta al general Riquelme, sin perder tiempo enviaba desde Atalaya á Galeras un destacamento, que también entró del pro-

pio modo. Poco después, el castillo de Moros por la izquierda hacía la señal convenida, advirtiéndome que Concha había procedido como yo y con igual éxito. Inmediatamente reconcentré toda mi fuerza y avancé con objeto de apoderarme de la puerta de Madrid, que fué desde luego ocupada por mis soldados, y ya dentro, cubrí los puntos más importantes y esperé en formación la entrada del Capitán general. No se hizo esperar éste mucho tiempo. Con él llegaban las demás fuerzas del sitio, principiando desde luego la serie de disposiciones que debían asegurar el orden. Un bando declaró la plaza en estado de guerra y ordenó el desarme de la Milicia Nacional; partidas de seguridad, con agentes del Jefe político, prendían á los criminales albergados en las casas en no pequeño número, y más de treinta y cinco de ellos fueron puestos, en pocas horas, á disposición de la Comisión militar. De las casas de los Cónsules hízose salir á los muchos paisanos y militares refugiados en ellas, pero escaparon los jefes principales de la insurrección más comprometidos, entre los cuales figuraba D. Antonio Santa Cruz. Los milicianos nacionales fueron enviados á sus casas completamente libres; distribuyóse la tropa del regimiento de Gerona entre los demás cuerpos, y se ofreció medio año de rebaja en sus condenas á los presidiarios que voluntariamente se presentasen, conminando con dos años de recargo á los que no lo hicieran. Casi todos aquellos desgraciados volvieron al presidio.

En la tarde del día siguiente, y acompañado de mi Estado Mayor y de toda la oficialidad de la brigada, dediquéme á visitar á los heridos, que se encontraban ya instalados en el hospital de la Caridad. Allí encontré al infeliz soldado que perdió la pierna en el arrabal días antes, y á quien suponía muerto. Llamábase Andrés Castro; era natural de un pueblo de Galicia, y á pesar de su espantosa herida, se encontraba en un estado relativamente satisfactorio. Al verme rompió á llorar amargamente, y como le preguntara muy conmovido cuál era la causa de su aflicción, puesto que se hallaba mejor y sanaría,

—¡Mi General—me dijo—ya no podré trabajar, y mis ancianos padres pedirán limosna!.....

—No lo creas—le contesté con resolución;—la Reina y la patria cuidarán de tí, y por mi parte, te prometo ahora que no te abandonaré jamás.

Y así fué; una vez restablecido, vino á Madrid y me ocupé en asegurarle su porvenir, haciéndole ingresar en el cuartel de Inválidos y señalándole una modesta pensión de mi peculio. ¡Pobre Castro! Como tantos otros valientes, víctimas irresponsables de nuestras luchas, aún vive, allá en sus montañas, cargado de años, rodeado de una familia numerosa y no olvidándome un solo día, como lo atestiguan sus cartas

que periódicamente recibo hace treinta y ocho años, sin que en ninguna de ellas falte la expresión ruda, pero franca y noble, de su agradecimiento.

Rendida Cartagena, el Capitán general recibió á poco una Real orden por la que se disponía que mi brigada volviese á Madrid á jornadas regulares. Al despedirme de Roncali con todo mi cuerpo de oficiales, oyeron éstos frases benévolas de sus labios y la seguridad de que sus buenos servicios serían recompensados. No les olvidó, en efecto, el Gobierno, aprobando todas sus propuestas, ni dejó tampoco de ofrecerme otra nueva demostración de su aprecio, concediéndome la placa de San Fernando. En el camino, en los primeros días de Abril, recibí una carta de Narváez autorizándome para delegar el mando en quien por ordenanza correspondiera y suplicándome que anticipara mi regreso. El General me recibió con un abrazo, convidándome á comer, al teatro, á paseo, á todas partes. No quería separarse de mí, ni que dejáramos de vernos cada día. Inmediatamente me dijo que tenía dadas las órdenes para que la brigada de mi mando fuese reforzada con tropas escogidas y que se acantonaría en El Pardo, para estar dispuesta á acudir inmediatamente donde el Gobierno pudiese necesitar del esfuerzo de un núcleo de soldados resueltos á mantener en todas partes el orden y el imperio de la ley.

Pronto veremos por qué causas no me fué dable gozar largo tiempo de un mando tan independiente y tan honroso.



CAPITULO IV.

Situación general.—El primer Ministerio Narváez.—Soy nombrado Gobernador militar de Madrid.—Los males del ejército.—Mis opiniones y esfuerzos.—Sistema que emprendí.—Un conspirador de la época.—El *complot* Rengifo y los hermanos Asquerino.—La Reina en los cuarteles.—Prisión y proceso de D. Juan Prim.—Clemencia de Narváez.—El fusilamiento de Zurbano y la mejor gloria del general Oribe.—Apruébase el Concordato.—Medidas contra la prensa.—Cómo trataba Narváez á los periodistas.—Nuevas tentativas revolucionarias.—Lo que ocurrió en el cuartel del Pósito y en la calle de Alcalá.—Sobre el casamiento de la Reina.—Otra correspondencia de Narváez.—Cuál era el sistema tributario de D. Alejandro Mon.—El motín de las *tiendas* y el fusilamiento que siguió.—Mi disgusto y dimisión.

La situación del país, en tanto, no podía ser más lamentable. Sufríamos en aquellos tiempos las consecuencias sucesivas de una guerra civil cruenta y de dos grandes revoluciones que, como epílogo terrible, aumentaron por todas partes la anarquía. Si á la sombra del nuevo reinado debía reorganizarse la nación, establecerse la paz sobre sólidas bases, fomentarse la riqueza pública normalizando la política y la administración, y reconstituyendo todos los organismos nacionales, era preciso que se formara un Gobierno fuerte, enérgico, capaz de acometer estos problemas, y de reprimir al propio tiempo con inflexible energía el

espíritu sedicioso y turbulento que á todos los españoles animaba. Imponíase, pues, en 1844 la dominación del partido moderado, que reunía más elementos y era el de mayor prestigio entonces, por su triunfo sobre Espartero y porque contaba entre sus numerosas filas á los hombres más ilustres en la política y en la Administración, y á los generales cuya voz había bastado para producir en el ejército un movimiento decisivo, unánime, y beneficioso á la postre para la Monarquía y para todos los intereses públicos. El Duque de Valencia, alma de este partido, desde que comenzaron los trabajos antiesparteristas en París, vió acrecentada su importancia en Torrejón de Ardoz y en la Capitanía general de Madrid, y era además, por sus condiciones personales de carácter, por su energía y por el buen sentido que le amparaba en la mayor parte de los casos, el hombre precisamente indicado para ponerse al frente de ese Gobierno y contener todas las asechanzas que ya se tramaban contra la nueva situación por los parciales del ex-Regente. Cayó, pues, el Ministerio González Bravo por no poder asumir tan alta misión ni tan graves responsabilidades, y en sustitución suya fué llamado á los consejos de la Corona D. Ramón María Narváez el 3 de Mayo de 1844. Constituyóse el Gabinete conservando Narváez la cartera de la Guerra con la Presidencia, y entrando en Estado el Marqués de Viluma, en Gracia y Justicia D. Luis Mayans, en Hacienda D. Alejandro Mon, en Gobernación D. Pedro José Pidal, y en Marina, Ultramar y Comercio, el general Armero. Estos hombres, ya conocidos en el país, de antiguos servicios, de merecimientos y consecuencia, dieron al nuevo Gobierno una significación conservadora muy pronunciada y un carácter de seriedad y de firmeza, que bien pudiera calificar de trascendental, pues el Ministerio moderado venía á responder á una necesidad del país, ansioso de reorganización y de reposo después de tantos años de sangrientas luchas y desastres. El programa del Gabinete fué bien pronto conocido, y se asentaba en tres grandes bases; la reforma de la Constitución de 1837; el arreglo general de la Hacienda, y el restablecimiento de nuestras relaciones con la corte de Roma. Aunque no estaba yo en estos años muy al tanto de la significación y alcance de tan graves materias de Estado, diré sin embargo, que la reforma constitucional me pareció la menos necesaria, porque el Código que entonces regía había sido ya admitido por el partido conservador, aunque elaborado por el progresista, reuniendo así la condición favorable de constituir una legalidad común á los dos partidos, sin que por otra parte se viera el poder maniatado por sus preceptos para ejercer y esgrimir todos los resortes de gobierno, caso de necesitar emplearlos con firmeza para mantener

el orden y las leyes. Del arreglo general de la Hacienda diré sólo que era absoluta y urgentemente necesario saber á punto fijo lo que se debía y pagaba y cuáles eran los recursos efectivos del país, porque nos encontrábamos en plena bancarrota, habiendo llegado en este punto nuestra ruina y descrédito al último y más lamentable extremo. El restablecimiento de nuestras relaciones con el Papa, y el éxito de las negociaciones que iban inmediatamente á entablarse para que el Trono constitucional de doña Isabel II fuera reconocido por la corte Pontificia, era en fin el golpe más certero y profundo de cuantos pudiera recibir el carlismo. No extrañará, pues, nadie que yo afirme con la más íntima convicción y sinceridad, que el primer Ministerio de Narváez fué acogido en la nación por la mayoría de la opinión pública, con aplauso y júbilo, ni que demuestre luego, con el testimonio de los hechos, que satisfizo en gran parte las esperanzas lisonjeras con que fué saludado su advenimiento. Si extremó la represión en algunos casos, cúlpese de ello al desenfreno de los embates de que fué objeto durante su tormentosa existencia, y á la necesidad de defender su obra y de asegurar su realización, empleando iguales armas que sus adversarios, en la incesante lucha que mantuvo.

La primera atención del Duque de Valencia consistió en distribuir los mandos militares entre los generales más adictos y decididos por la nueva política. Mazarredo, que dejaba el Ministerio de la Guerra, desde donde había secundado toda su conducta, pasó á la Capitanía general de Madrid. Shelly, desde este Gobierno militar, fué á Sevilla y yo ocupé su puesto. A Cataluña se envió á D. Manuel de la Concha; á Castilla la Vieja fué Manso; á Galicia, Puig Samper; á Aragón, Don Manuel Bretón, quedando Roncali en Valencia. En las Provincias Vascongadas púsose á D. José de la Concha; se encargó de la Inspección general de Infantería D. Manuel de Soria; de la de Caballería, D. Juan de la Pezuela; de la de Artillería, el general Azpíroz, y el ilustre y docto D. Antonio Remón Zarco del Valle quedó al frente de la Dirección de Ingenieros, cargo que debía desempeñar muchos años con gloria suya y notoria ventaja de este ilustradísimo cuerpo facultativo.

Yo por mi parte acepté con gusto mi nuevo puesto de Gobernador militar de Madrid, sin prever seguramente la dura carga que me imponía, ni los trances que me esperaban; pero satisfacíame mucho estar á las órdenes inmediatas de Mazarredo, porque además de ser éste un general de los más distinguidos del ejército, era un antiguo y querido amigo mío, de noble y bellísimo carácter. Desde los primeros pasos del Gobierno, á los dos exclusivamente nos correspondió velar por la

tranquilidad y el orden en Madrid, porque el Presidente del Consejo emprendió inmediatamente su marcha á Barcelona acompañando á la



DON MANUEL MAZARREDO.

Corte, que salió para aquella ciudad pocos días después de constituído el nuevo Ministerio.

Dediquéme desde un principio á estudiar atentamente la situación

del ejército y el estado en que se encontraba, produciéndome estas observaciones particulares una impresión tristísima. ¿Por qué no he de confesarlo? Los últimos sucesos producían ya las más deplorables consecuencias. El ejército, hasta entonces, había faltado á sus deberes de disciplina con harta y dolorosa frecuencia durante las primeras épocas de nuestra historia constitucional, pero nunca, como entonces, había respondido en masa á excitaciones políticas, haciéndose instrumento de un partido determinado.

Los partidos habían trabajado hasta aquella época con sus elementos propios, en la prensa, en la tribuna, en los comicios, en las sociedades secretas, valiéndose del brazo armado del pueblo, en los momentos de apelar á la fuerza para dirimir violentamente sus contiendas, y sólo alguna vez hallaron, como auxilar poderoso, pero espontáneo siempre, el apoyo de alguna fracción aislada del ejército; en 1820 sublevóse Riego con un puñado de soldados, pero la mayoría del ejército permaneció fiel á las leyes; otro tanto ocurrió el 7 de Julio de 1822 con los dos batallones de la Guardia que intentaron, con mi hermano, restablecer el poder absoluto del Rey Fernando; al año siguiente fué necesaria nada menos que la intervención francesa y sus 100.000 bayonetas para derribar la Constitución; empeñado más tarde en la guerra carlista, realizó muchos actos aislados de indisciplina, tales como los ocurridos en 1834 en Madrid, cuando la muerte del general Canterac; como los de 1837 en Miranda, en Aravaca, en la Granja y en el cuartel del Hospicio; pero todo aquello no asumía un carácter general, las fuerzas del ejército se pronunciaban, pero no respondían á excitaciones premeditadas, á vastos trabajos de sedición realizados por los partidos políticos, ni éstos consiguieron nunca emplearlo como brazo exclusivo de sus designios; eran sólo explosiones parciales, sin cohesión, sin anteriores asechanzas, sin conocimiento á veces de los mismos hombres ó agrupaciones políticas á quienes directamente favorecían.

Los trabajos del partido moderado, después de la funesta revolución de Septiembre de 1840, fueron mucho más trascendentales y graves. Honroso fué su designio, justificadas las causas, legítimos sus fines al emprender el restablecimiento de la autoridad constitucional de D.ª María Cristina, que al fin no se logró, y la ruina de una situación que había conculcado el derecho y las leyes; pero lo cierto es—y lo digo en testimonio de imparcialidad absoluta—que los medios empleados para conseguirlo serán severamente juzgados por la historia. ¿Cómo era posible que el partido progresista dejara de apelar á iguales artes que las usadas por sus victoriosos vencedores de la víspera? Ni ¿cómo suponer que, sin contar aquel partido con los grandes

medios que nosotros tuvimos al alcance de la mano, había de limitarse á organizar en el ejército la conspiración, respetando, cual la respetaron los moderados, la escala y la autoridad jerárquica dentro de los empleos y de las clases, para no quebrar, en el interior de los cuerpos, los lazos de la disciplina? No: los progresistas, vencidos por el ejército, quisieron á su vez emplear al ejército para tomar pronto su revancha, y sin escrúpulos ni consideraciones de otro orden, al ejército se dirigieron y en su seno buscaron los elementos que buenamente quisieron prestarse á secundar sus fines, no resultando aquéllos los mejores ni los más sanos. De aquí el carácter odioso, artero y sombrío de todos nuestros sucesivos pronunciamientos militares, cuando no respondieron verdaderamente á los movimientos generales de la opinión ni á grandes causas nacionales.

Cuando yo me encargué, en Mayo de 1844, del gobierno militar de Madrid, hallé ya en su mayor parte corrompida á la benemérita y honrada clase de sargentos por los ofrecimientos y halagos de los progresistas. Muchos oficiales subalternos de humilde origen y de diversa procedencia, y algunos, aunque pocos jefes, se hallaban en igual caso. Seducíaseles á unos y á otros con promesas de dinero ó de ascensos inmerecidos y exorbitantes, uniéndose á estos elementos de perturbación los individuos que habían mandado los cuerpos francos, los batallones movilizados y otras unidades creadas contra los carlistas, que fueron pronto disueltas, sujetando á sus oficiales á clasificaciones y exámenes, que dieron por resultado su licenciamiento ó la necesidad de otorgarles empleos inferiores. Para todos ellos, y para los procedentes del ejército mismo, se crearon diferentes depósitos lejos de las ciudades populosas, con objeto de vigilarlos de cerca; pero constituyéronse de este modo focos permanentes de conspiración que buscaban prosélitos, y esto dió origen á nuevas separaciones, resultando que sólo en la infantería salieron de las filas, en poco tiempo, 1.200 oficiales, según consta oficialmente en las relaciones que por mi orden se formaron en la Dirección general, algún tiempo después. Todos ellos, sin excepción, quedaron privados de subsistencia, y cuando más tarde el mismo Narváez volvió á algunos á las filas, se resistieron á toda seducción, recordando los sufrimientos pasados, aunque en 1854 viéronse perseguidos y vueltos á separar, por haber permanecido fieles al Gobierno, como lo fueron antes por no serlo. Y como todo esto se llevaba á cabo sin dictar disposiciones generales, ni establecer previamente bases equitativas para ajustarse á un criterio normal, nació pronto la arbitrariedad y llegó el momento en que pocos podían considerar segura la posesión de un empleo, ganado quizá después de grandes sacrificios y al precio de la propia sangre.

Era menester corregir y modificar esta situación en el ejército, ó resignarse á perecer sin remedio en breve plazo, antes de que el partido moderado pudiera cumplir la misión altísima que le imponían las circunstancias. A modificarla dediqué yo todos mis trabajos y desvelos, tratando de hacer partícipe de mis propias ideas al Capitán general y escribiendo larguísimas y razonadas cartas á Narváez, al que desde luego convencí, respecto del sistema general de atracción que necesitábamos emplear, si bien era difícil reducirle á temperamentos de templanza, cuando se creía obligado á ejercer la represión por razones de Estado. En este punto fué casi siempre implacable, creyendo que la rapidez, la dureza y la ejemplaridad de la pena serviría de escarmiento á los futuros culpables. Por mi parte, en la reducida esfera en que yo ejercía mi autoridad, dentro de los cuerpos de la guarnición, logré cumplidamente mi objeto, como los hechos lo demostraron pronto. Mi sistema era sencillo; se reducía á inspirar confianza, seguridad y satisfacción de ánimo á los que militaban bajo mis órdenes, convencido de que el jefe que no alcanza entre sus subordinados simpatía, influencia moral y prestigio, no merece el mando que se le confía. No pasaba día sin que visitara algún cuerpo, bien en los campos de instrucción, bien en los cuarteles. Procuraba que no fuese inútil mi presencia, enterándome de las necesidades y remediándolas en lo que era posible; elogiaba á los jefes y oficiales que lo merecían ante sus propios compañeros, y si encontraba algo digno de censura, condenábalo con el silencio. En el Gobierno militar donde habitaba, daba audiencias diarias y recibía en ellas á todas las clases que deseaban verme, desde el general hasta el soldado, ó á sus padres ó parientes, oyendo sus pretensiones ó sus quejas, que procuraba resolver siempre en justicia; porque no es la justicia, aunque severa, la que molesta á los hombres. Desde entonces adquirí la costumbre, nunca abandonada después, de tener abierto mi despacho en determinadas horas, para oir y atender en lo posible las pretensiones de los que de mí dependían, autorizando además á todos, sin distinción de clases, para que pudieran escribirme con el mismo objeto. Esto me proporcionaba mayor trabajo, pero permitíame en cambio conocer las aspiraciones, el espíritu, las tendencias de todas las clases del ejército, la ocasión muchas veces de hacer el bien, de premiar merecidamente y de conocer abusos que no siempre llegan, ni pueden llegar, á oídos del superior, cuando se encierra muy alto. El aislamiento del jefe, cortando los mil invisibles pero estrechos lazos que deben unirlo con sus inferiores, ha sido en la mayor parte de los casos un vivo estímulo de indisciplina.

Así conseguí ganar para nuestra causa muchas voluntades y atraerme á un número no despreciable de oficiales cuyas ideas eran contrarias á

la política dominante. Turón, por ejemplo, era coronel y muy amigo de Espartero, aunque mucho más de la Ordenanza; sus trabajos en el ejército eran valiosos y merecedores de recompensa, y por indicación mía Narváez le ascendió á brigadier, siendo después muy utilizados sus servicios por el partido moderado. A uno de los pocos oficiales que habían seguido leal y fielmente á Espartero hasta el Puerto de Santa María, lo encontré entonces mandando en el regimiento de Galicia la segunda compañía de cazadores. Todas las noticias y todos sus antecedentes le eran en aquel momento desfavorables; sus mismos compañeros le tenían por desafecto, y él esperaba su separación de un momento á otro. Pero supe también que este capitán—que recuerdo se llamaba D. Juan García—mandaba su unidad orgánica con la mayor inteligencia y celo. En varias visitas que hice inesperadamente á su cuartel, tuve ocasión de revistarla con detenimiento. El orden interior que en ella reinaba, su policía, y la instrucción y el contento de todos sus subordinados, demostróseme siempre de igual modo. Un día, al fin, le dije al retirarme, estrechándole la mano ;

— Señor capitán, me voy altamente satisfecho. Un capitán que manda una compañía como ésta, debe mandar un batallón.

García llegó, en efecto, á jefe; mandó como coronel el Inmemorial del Rey, y murió de general en el gobierno de Ceuta, sin que jamás faltara á ninguno de sus deberes. Con la clase de sargentos empleé un sistema muy parecido. Demostrarles constante é inquieta desconfianza; desatender las justas prerrogativas que corresponden á una categoría inferior, pero indispensable para servir de intermediaria entre el oficial y el soldado, y para atender á todos aquellos servicios que no puede desempeñar un oficial sin desprestigio de su espada; cerrar todas las puertas de su porvenir, y cercenarles hasta la esperanza, ha sido siempre el mejor medio de convertir á cada sargento en un enemigo oculto é irreconciliable, tanto más de temer cuanto más íntimo y allegado, y tanto más implacable, cuantas más humillaciones soporta. Por emplear entonces y desde el primer día un sistema distinto—prestando, creo, algún servicio á las instituciones que defendíamos—comencé á adquirir cerca de ellos una especie de popularidad que después me han reprochado, ignoro por qué motivo, mis adversarios políticos; porque es lo cierto que si la tuve, jamás la empleé en contra de los gobiernos, sino al revés, en favor de los intereses militares permanentes, y por ende, de la mejor disciplina. En nuestros incómodos y desatendidos cuarteles hice algo por la salud y bienestar del soldado, aunque bien poco por la falta constante de recursos; pero se pusieron cristales en todos los huecos exteriores; se establecieron salas de convalecencia con esmero, evitando á la tropa las estancias de hospital que le re-

pugnaban, prolongándose entonces mucho por el interés del contratista que tenía este servicio; y por mí, y dentro de las veinticuatro horas, concedí licencias de dos y tres meses á los que las necesitaban, entregándoseles un socorro suficiente para llegar al seno de sus familias con holgura. Pronto pude apreciar las ventajas de esta conducta en el mando, aprobada siempre por Narváez y mantenida también con gran firmeza por el general Mazarredo.

Un día recibí una carta de un teniente procedente del cuerpo de Carabineros, cuyo nombre, que me era ya conocido y que aún recuerdo, debo reservar en estas páginas. Había sido objeto de varias denuncias de la policía, y sospechábase vehementemente de sus manejos. En su carta me pedía una audiencia privada. Concedísela al momento, y á la hora convenida penetró en mi despacho. Su aspecto era muy distinguido, aunque llevaba en su semblante el sello de sufrimientos y privaciones extremas; pero en la fría audacia de sus ojos revelábase bien el conspirador peligroso de las logias y de las barricadas. Después de contemplarnos los dos breves instantes, le invité á hablar.

—Mi General—me dijo—vengo á prestar á V. E. un servicio á cambio de su protección..... Soy hijo de padres muy nobles y de una familia ilustre; mi abuelo fué capitán general de la Armada. He sido desde muy pequeño liberal..... sin saber por qué. Tenía catorce años cuando me escapé de mi casa y me uní á la columna de Riego en 1820; corrí todos los peligros de aquella azarosa expedición que, aclamada por los pueblos, era batida por todas las columnas que la perseguían, hasta que destruída al fin, salvé la vida refugiándome en Gibraltar. El Rey no tardó en jurar la Constitución, y yo regresé á Málaga á llorar con mi madre, viuda, la muerte de mi padre, que quizás anticipé, y cuyos últimos días amargaron mis extravíos y mis culpas. Pero ardiente y apasionado, fanático y ciego, volví pronto á mi existencia aventurera: *comunero* primero, *masón* luego, me conté entre las filas de los más exaltados, tomando parte con ellos en todas las empresas y revoluciones; en la candente atmósfera de la conspiración me acostumbré á vivir y á luchar, formando parte de las expediciones de Tarifa y acompañando á Torrijos. Presencié luego la muerte de Chapalangarra; entré con Mina en España, y con él me batí en Vera; pesan sobre mí varias sentencias de muerte, y, en fin..... vivo de milagro. Sólo Dios sabe las amarguras que he pasado en las emigraciones, y los sufrimientos que

he devorado en mi patria. Soy teniente desde 1821: Riego me dió este empleo, y mis compañeros de entonces son ya coroneles y generales. Pero, mi General—añadió con una energía profunda y casi salvaje—ha llegado el colmo de mis desgracias y de mi paciencia. Casado, y con dos hijos, no tengo un pedazo de pan que darles, ni ropa con que vestirles, ni techo donde albergarlos. Los hombres más importantes de mi partido me utilizan, pero no me amparan, y creo, en verdad, que me desprecian por mi misma pobreza!.... Odio ya á los liberales ingratos, á cuyas ideas no debo más que persecuciones, y por cuyos intereses lo he sacrificado todo. Vengo, pues, á servir al partido moderado y á ofrecer á V. E. mi vida; y de la sinceridad de mis ofrecimientos respondo con mi persona, pues le bastaría á V. E. mandarme prender aquí mismo y pedir mis antecedentes políticos, para arrojarme á un presidio, si no al patíbulo.

Mi hombre calló, y yo continué mirándole con cierto asombro. Tenía, en efecto, ante mí uno de esos grandes caracteres que el choque de las ideas forjaron con tan duro temple, durante las primeras luchas políticas del siglo. Sin vacilar, puesto que en suma nada podía perder en ello, le invité á que me hiciera las revelaciones que se proponía, empeñándole mi palabra de que no serían por nosotros desatendidos sus servicios, si efectivamente podía prestarlos, á la causa del orden. Díjome entonces que él pertenecía á un centro secreto llamado *Ayacucho*, y compuesto todo él de progresistas, en el cual se conspiraba activamente para inducir á los sargentos de la guarnición á que sacasen, en una noche determinada, las tropas de los cuarteles; que aquella sociedad se subdividía en tres *comités*, uno de los cuales era presidido por un coronel—que luego resultó ser el Sr. Rengifo—y por otro oficial, y que en el complot estaban comprometidos algunos personajes políticos y escritores de importancia. De todo ello me facilitó en el acto pruebas y documentos graves, que parecían fehacientes.

—Para deshacer todo esto—me dijo entonces—es indispensable dejar á los *comités* que continúen sus trabajos y que busquen, hablen y hagan proposiciones á los sargentos. Yo, por mi parte, me encargo de que esos mismos sargentos conozcan y comprendan los peligros á que se exponen, y la seguridad de su fracaso si intentaran realizar el movimiento, asegurándoles que el Gobierno conoce la existencia de la conspiración y los nombres de los que la preparan, y dándoles á entender que prestarían un señalado servicio á su país desbaratándolo todo, para lo cual el único medio lo tendrían ellos en sus manos, dándose por seducidos sin estarlo, y conspirando en contra de los conspiradores, como éstos pretenden que conspiren contra sus jefes. De otra suerte se corre el riesgo de que algunos caigan en la tentación de se-

cundar el movimiento sin noticia mía, por las gestiones de los dos *comités* á que no pertenezco; y esto creo que debe V. E. evitarlo á toda costa.

Esta proposición, que me revelaba toda la profundidad de aquel hombre, repugnóme por odiosa, desde un principio. Pero los deberes de mi cargo no me permitían verdaderamente vacilar, creyendo que, después de todo, á una guerra como aquella de asechanzas sombrías era menester responder con armas y procedimientos iguales para no ser víctima, ni caer en sus obscuras redes. Así, después de consultarlo todo con el Capitán general y de ponernos ambos de acuerdo con las autoridades civiles, resolvimos aceptar las proposiciones del teniente, aunque llamando previamente á los primeros jefes de los cuerpos y dándoles á entender el peligro que se corría, para que tomaran las más exquisitas precauciones.

Las gestiones del confidente por un lado, y por otro las de los *comités* revolucionarios, no tardaron en producir sus naturales consecuencias. Pronto supimos que varios sargentos y algunos oficiales subalternos de los regimientos del Infante, Galicia, Reina Gobernadora, Navarra y San Fernando, veían secretamente al coronel Rengifo, alma del movimiento que se preparaba, y que éste, disfrazado de carretero, frecuentaba las tabernas y casas de comidas inmediatas á los cuarteles. Con semejantes noticias, nuestras precauciones aumentaron, pero también nuestra inquietud y desconfianza, porque la verdad era que nada ni nadie, como no fuese el teniente, nos ofrecía garantía alguna acerca de la buena fe con que los sargentos se prestasen á burlar á sus seductores, quedando, en verdad, muy expuestos á ser nosotros los burlados. Lo que en realidad aconteció pude después saberlo exactamente. Algunos sargentos se prestaron y siguieron el juego que mi hombre les propuso; otros, ó advertidos, ó temerosos, ó leales, no dieron oídos á los consejos de sedición, y á muchos nadie se atrevió á hablarles, por considerarlos contentos con el porvenir y situación que el ejército les ofrecía. El desenlace no tardó en producirse. Rengifo, apremiado por sus amigos y por el mismo peligro en que estaba prolongándose la conspiración, exigió á los sargentos, que suponía comprometidos, la realización de sus promesas; fijó una fecha para que éstos sacasen del cuartel sus compañías, é hizo correr las órdenes para que el paisanaje armado se aprestara al combate en las barricadas. El punto de cita, desde el cual debía salir cada uno á ocupar su puesto, se determinó fuera el *Café de las Cuatro Calles*, establecido entonces en la esquina que forma la calle del Príncipe y la de la Cruz, y la hora, las ocho de la noche, antes del toque de silencio. No juzgamos nosotros conveniente dejar pasar más adelante la intentona, aun cuando habríamos podido esperar á que los

conspiradores se acercasen á los cuarteles y escarmentarlos allí con dureza; pero en aquel día se advirtió alguna agitación en los barrios bajos, y la orden fué comunicada para que la policía detuviese en el café á los que, en efecto, se reunieron tal y como se nos anunció. Todos los iniciados fueron presos y bajo mi presidencia se reunió á los pocos días un consejo de guerra, el cual condenó á los acusados á diferente penas. Mazarredo y yo, previamente, habíamos obtenido del Gobierno la promesa del indulto para los que fueran objeto de sentencias de muerte, y Rengifo, Alonso Cordero y Guyón recibieron desde luego este beneficio, no pasando muchos meses sin que fueran amnistiados los restantes. Otros pudieron escapar, y entre ellos mi amigo el coronel D. Joaquín de la Gándara, que resultó muy comprometido, sin que yo intente ocultar ahora, después de tantos años, que fuera mi autoridad enteramente ajena á las facilidades que halló para su fuga. Mostróse Narváez clemente en esta ocasión. No quería inaugurar su mando con persecuciones crueles, y más cuando la suerte nos había favorecido tanto, permitiéndonos demostrar al país que el Gobierno ejercía una vigilancia eficaz. De aquel consejo de guerra conservo la impresión vivísima que me produjeron los dos hermanos Asquerino, presentándose ante el tribunal serenos y dignos con el prestigio de la juventud y del talento. El más joven, poeta fecundo, que ha enriquecido después nuestra literatura con excelentes producciones, no había sido objeto de ninguna acusación, pero acompañaba noblemente á su hermano cuya suerte quería compartir, y el mayor, D. Eduardo, condenado entonces al destierro, no tuvo después para conmigo sino respetos y deferencias, pasando á mejor vida, no hace aún muchos años, sin que yo por mi parte pudiera demostrarle la mucha estimación que me inspiró siempre. Pocos meses después, en Octubre, Narváez me autorizaba en carta particular para que le fuera levantado el destierro, diciéndome: «Puede V. hacer que se permita regresar á Madrid á uno de los jóvenes poetas Asquerino, que salió á consecuencia de alguno de los sucesos pasados, porque no encuentro obstáculo en que tengamos esta consideración.»

No se crea que el partido progresista quedó desalentado por aquel fracaso. Antes por el contrario, iracundo por el ningún efecto que sus manejos producían en el ejército, arreció en su política de violencia, y cuando á fines de Julio publicó el Gobierno el decreto disolviendo las Cortes—las mismas que se eligieron bajo el Ministerio Olózaga, y en las cuales figuraron casi equilibradas las fuerzas de los dos partidos—la agrupación progresista se retrajo en masa, sin acudir ni uno solo de sus individuos á los comicios. Aquellas Cortes, convocadas con un carácter constituyente, se compusieron por consecuencia exclusiva-

mente de moderados, entre los cuales iban á reñirse las batallas parlamentarias, quedando el partido liberal en actitud amenazadora, y resuelto á no emplear contra el Gobierno sino las armas propias de la revolución.

En estos meses, y en una de nuestras reuniones á que concurría Benavides, pensamos en lo conveniente que podría ser que la joven Reina D.ª Isabel II visitase los cuarteles. Por mi parte apoyé la idea; los



cuerpos estaban dispuestos á la visita por su buen espíritu, y de ella no podía resultar otra cosa que aumentar en la fuerza armada el entusiasmo por S. M. y su adhesión al Gobierno. Hecha la proposición al Duque de Valencia y acordado de conformidad, la Reina visitó en los días señalados todos los cuarteles, y en ellos á todos los regimientos de la guarnición de Madrid. La acompañaban Narváez, como Ministro de la Guerra, la alta servidumbre, los Inspectores de las armas, y era recibida á la puerta de los cuarteles por el Capitán general, el Jefe político y el Gobernador militar. Estas visitas fueron verdaderas fiestas, pues concurrieron á ellas, además de las señoras de cada cuerpo, las más adictas de la aristocracia y de la sociedad madrileña. La Reina, entre los acordes de las músicas y la

visible satisfacción de los soldados, recorría todas las dependencias del cuartel; al frente de las filas le eran presentados los oficiales y tropa dignos de atención por sus servicios, su atraso en la carrera ú otros motivos, y S. M. los recompensaba allí mismo, á propuesta de su Ministro de la Guerra. Después aceptaba la Reina un modesto refresco dentro del cuartel; los regimientos rivalizaban en buen deseo, y estas fiestas militares dieron por resultado que se mejoraran los utensilios y se proporcionasen otras comodidades á la tropa, además del entusiasmo que despertaban y de las esperanzas que hacían concebir de un porvenir mejor.

Abiertas las Cortes el 10 de Octubre, se comenzó á discutir la contestación al Mensaje de la Corona, y muchos conservadores impugnaron ya el acuerdo del Gobierno respecto de la reforma constitucional. D. Juan Bravo Murillo, partidario de ella, luchó palmo á palmo con D. Nicomedes Pastor Díaz, realizándose, como es costumbre en España, largo y brillante torneo parlamentario; pero mientras tanto, organizábase con más solidez la conspiración, y al frente de ella figuraban Gómez Becerra, el último Presidente del Consejo de Ministros de la Regencia de Espartero, Mendizábal, Olózaga, Gómez de la Serna, y los generales Cápaz, Infante y Prim, el cual, desde el encumbramiento de Narváez, había vuelto á ingresar resueltamente en el partido progresista. Muy grande fué mi disgusto cuando en uno de los últimos días de Octubre, y apenas reunidas las Cortes, supe que Prim, por orden reservada del Gobierno, había sido preso aquella misma mañana y sujeto á un rigoroso proceso. Por delación de un comandante, acusábasele de estar al frente de una conjuración que tenía por objeto no sólo iniciar el movimiento en Madrid y en Barcelona, sino también asesinar al Presidente del Consejo al ir al teatro. Esto acontecía después de aquel primer atentado de que estuvo á punto de ser víctima Narváez en 1843. La trama era burda, y no creo yo que el mismo Narváez la diera crédito, aunque me hablara á mí muy poco de este asunto, por suponerme muy amigo del acusado, como en efecto lo era. Pero la policía había encontrado unos trabucos en casa de un zapatero, y se supuso ó declaró éste que aquellos trabucos pertenecían á D. Juan Prim. Sustanciada rápidamente la causa, se reunió al mes siguiente un consejo de guerra presidido por el general Rivero, ante el cual, no sólo leyó la defensa del acusado el general Shelly, sino que el mismo Prim presentóse é hizo su propia vindicación en un discurso apasionado y elocuente, resultando que el tribunal desechó la conclusión fiscal, en la que se pedía para Prim la pena de muerte, condenándole á la de seis años de deportación en las islas Marianas. Narváez, influído todavía por los consejos de los que creíamos improcedente una

política de represión á toda costa, quiso mostrarse generoso con los vencidos, como ya lo fué en los sucesos anteriores, y aconsejó á S. M. el indulto del Conde de Reus. Recuerdo bien que antes de expedirse las órdenes que debían alcanzar á Prim en Cádiz, hacia cuyo punto caminaba, me llamó una tarde y me enseñó una carta que le dirigía. Mostrábase en ella noble y caballeresco.

—Ahora— me dijo—que se supone en el país que ha conspirado directamente contra mi persona, quiero ofrecerle mi amistad. Lea V., y dígame si aprueba mi conducta.

¿Cómo no había yo de aprobarla? La carta era afectuosísima; le decía en ella que cualquiera que fuese la conducta que siguiera en adelante, le respetaría siempre que no traspasara la legalidad, y que le reservaba un puesto preeminente en su partido si quería unirse á él para defender el orden unido á la libertad, manifestándole además el placer con que había podido enjugar en aquella ocasión las lágrimas de su anciana madre. ¡Lástima es que Prim no acudiese entonces á este generoso llamamiento! Mucho habrían ganado los intereses públicos.

Pero al mismo tiempo sabíamos que los adversarios, lejos de vacilar en sus intentos ante esta conducta generosa, emprendían nuevas tentativas, y que esta vez era Zurbano el encargado de dar en Navarra el grito de sedición. Narváez, que decididamente se hallaba todavía en una situación de ánimo dispuesta á seguir temperamentos de prudencia, escribió también al General esparterista una carta que ha publicado la Historia, en la cual le aconsejaba que desistiese de su empresa, pues una vez lanzado en ella no le daría cuartel. Además ofrecíale, como á Prim, su amistad si quería alistarse bajo su bandera política (1). Zur-

(1) He aquí esta curiosa é importante carta:

«Muy señor mío y de mi particular y distinguido aprecio: Avisos reiterados y de origen respetable me anuncian que proyecta V. ponerse al frente de una sublevación. Antes de exponerle á V. lo descabellado de la tentativa, quiero que se penetre V. de que le escribe el amigo, el compañero de armas, y no el Ministro de la Guerra. Justo apreciador de sus dotes de militar valiente y disciplinado, me cuesta pesar tener que revelarle que, al quebrantar la Ordenanza como yo la he quebrantado en otro tiempo, camina V. derechamente á un camino sin fondo, porque las mismas personas á quienes supone V. adictas á su venidero plan, son las que más lejos se encuentran de secundarle, y si me fuera dado señalar á V. las almas viles que le venden, y que vienen á revelarme lo que V. y sus imprudentes amigos proyectan, se penetraría de que se halla V. muy cercano á un precipicio. Desatienda V. las sugestiones apasionadas de sus adeptos, y no sustente en su pecho las ilusorias esperanzas que de continuo le da el proscripto de Londres, á quien ciegamente obedece, conducta que yo aplaudo porque justifica su lealtad y su consecuencia; pero tenga V. entendido que le precipita, y por esta razón le doy aviso en tiempo oportuno. Si este sincero consejo mereciese, aun cuando no lo espero, el desdén de V., desde ahora le advierto que, lanzado á la insurrección, y una vez asegurado mi triunfo, no doy cuartel ni á V. ni á sus compañeros. Comprenda V. su posición, y antes de firmar su sentencia de muerte, venga á estrechar la mano de un compañero leal y dispuesto á recompensar su mérito indisputable. Es de V. con toda consideración su atento seguro servidor Q. B. S. M.—Ramón María Narváez.»

bano lo desatendió todo, y se lanzó al campo al grito de «¡Viva la Constitución de 1835, Isabel II, la Junta Central y el general Espartero!» Pero su voz resonó en el vacío; apenas pudo reunir una partida de 100 hombres, y acosado por fuerzas del ejército, que cada día manifestaba al Gobierno más claramente su lealtad y su adhesión, fué preso con sus



Don Martín Zurbano.

dos hijos y algunos pocos compañeros. Narváez no ocultaba á nadie su irritación profunda ni la resolución de ser en este caso inexorable. Estaba todavía muy reciente el indulto de Prim, y conocidas las disposiciones de los progresistas, no podía el Gobierno dejar que se arraigase en ellos la creencia de que todas las amenazas resultarían vanas. Mas como siempre que la ira le cegaba, Narváez traspasó la medida, cayendo en la crueldad, y en virtud de esta disposición de su espíritu, fulminó órdenes terminantes para que Zurbano y los suyos muriesen, sin otra dilación que la necesaria para identificar sus personas y

para reconciliarse con Dios. Con él fueron presos y debían también perecer sus hijos, uno de los cuales no contaba todavía veintitrés años. Mandaba entonces en Logroño el general D. José de Oribe, y al recibir esta orden sintió tan hondamente conmovidos todos sus sentimientos generosos, que á su impulso suspendió el cumplimiento de lo mandado y representó al Gobierno. Narváez, á quien nada ni nadie contenía ya, destituyóle airadamente haciéndole procesar, y confirmó su mandato, que al fin se cumplió, por desgracia, el 21 de Enero de 1845. Muchos



DON JOSÉ DE ORIBE.

títulos tenía Oribe al reconocimiento público como general y como soldado, y mayores servicios prestó luego al país; pero la conducta que siguió en aquellos días defendiendo, á costa de su porvenir, la vida de los hijos de Zurbano, constituye, sin duda, la mejor y más gloriosa página de su historia.

La ejecución única de Zurbano habría sido considerada en el país como un medio legítimo de defensa ante las insistentes acometidas de la revolución, pero el fusilamiento de sus hijos, haciendo más patética y horrible la muerte del General y rodeándole de una aureola de martirio, produjo á la situación y al partido moderado efectos y resultados verdaderamente desastrosos, que muy pronto tendré ocasión de se-

ñalar. La atmósfera hostil que por tales causas se produjo, no hizo sino irritar más á Narváez, cuyo valor crecía en razón directa de las dificultades que le cercaban; y como en aquellos días se supiera que Espartero se preparaba para entrar en España, circuláronse órdenes á todas las autoridades de las fronteras y de las provincias del litoral, para que fuera fusilado tan pronto como se le prendiese, sin más tiempo que el necesario para la identificación de su persona. Narváez se manifestaba, pues, tal cual era, audaz hasta la temeridad y terrible en sus furores; la revolución le arrojaba el guante, y él lo recogía sin vacilación.

Todas estas desdichas se compensaron en aquellos meses con el feliz resultado que produjeron las negociaciones con Roma para hacer reconocer por la Corte pontificia el Gobierno de la Reina. Las bases del tratado lleváronse á las Cortes, y éstas aprobaron el protocolo que se conoce con el nombre de *Concordato*. El Gobierno con esto destruyó de un solo golpe todas las esperanzas inmediatas del carlismo, y dió al Trono nuevos asientos que aseguraron más su firmeza. Aprobóse también el proyecto de la nueva Constitución, que prestó al Gobierno mejores armas para sujetar la prensa, y más apoyo parlamentario con la nueva organización del Senado vitalicio, y últimamente, para demostrar que nada se temía, ni siquiera en Cataluña, el Gabinete autorizó el viaje de la Corte á los baños de Caldas, impuesto á S. M. por prescripción facultativa.

Justamente en aquellos días había emprendido un periódico progresista, *El Clamor de la Patria*, una terrible campaña de oposición en la que se dirigían ataques tremendos y audaces al Gobierno y aun á la familia Real, que ofendieron mucho á la Reina. Narváez, que deseaba escarmentar á la prensa, hizo prender á los redactores, y por medida gubernativa mandólos trasladar á Cádiz, y desde allí á las islas Filipinas. Hallábase entonces la Corte en Aranjuez de jornada, disponiendo su viaje á las provincias; Narváez y algunos ministros debían acompañarla, y en el mismo día en que resolvió el Gobierno proceder duramente contra la prensa, fué el Presidente al Real Sitio, desde donde me escribía lo siguiente: «Mi querido Fernando: He llegado bueno; he dado parte á la Reina de las medidas adoptadas esta mañana, y ha quedado satisfecha. Yo lo estoy cada vez más; esta noche envío la Real orden para la captura de esos mozos, y para que sin pérdida de tiempo se pongan en camino, con toda seguridad, en dirección de Cádiz, á cuya autoridad ordenaré los embarque para Filipinas. Convendría, para que haga mayor efecto el golpe, que no se tarde en hacerles salir; que no se les deje hablar con nadie, ni en Madrid ni en el camino; que se ponga una silla de posta en la que vayan el oficial que de ellos se encargue y cuatro ó cinco soldados con sus fusiles en el interior; que se les registre

bien para que no lleven armas, y que el encargado sea hombre de entereza: dígaselo V. á Benavides. También envío la orden para que se prenda á Gálvez Cañero (el otro director de *El Clamor*): procuren ustedes que no se escape, por Dios, y pónganlo en camino para Cádiz, como se hace con sus dos colegas.» El día 28, desde Almansa, donde estaba con la Corte, que había emprendido ya el viaje, decía sobre el mismo asunto: «Esta mañana recibí la grata de V. del 26, y me alegré mucho, tanto de la prontitud con que se dispuso la salida de los pájaros para Cádiz, cuanto de las disposiciones tomadas para la captura de Prata y Alvarez Cañero ¡Ojalá se les haya echado el guante! siendo tanto más necesaria su captura, cuanto que estando á la cabeza de los firmantes del suplemento á *El Clamor*, surtirá maravilloso efecto que vayan á templar sus bríos por esos mares de Dios. Creo que la energía con que hemos obrado pondrá coto á la desvergüenza y audacia de los revolucionarios, encastillados hoy únicamente en la desmoralización de la prensa. Las infames caricaturas de *El Espectador* merecen se dé un buen latigazo á los redactores de ese papelucho. No basta recoger los números: para acabar con los malos periódicos, es preciso matar á los periodistas.» Debo advertir que á Narváez ofendían y humillaban mucho las caricaturas que le reproducían grotescamente, creyéndose insultado por ellas y puesto en ridículo. En cambio he conocido algunos hombres políticos que han subvencionado periódicos para figurar en este género de dibujos.



¡Qué angustia! ¡qué confusion
tiene el señor don.... ¡chiton!
No hay quien su canguelo venza
y anda el señor espadon
con mas miedo que vergüenza.
Y esclama lleno de enojos
¡aqui hay gran conspiracion!
tal osadía me pasma
do quier que vuelvo mis ojos
me persigue la fantasma!!!

Otro de su comunion
le dice: «señor....¡chiton!
señor bajá de tres colas
¿de qué sirve el espadon
y ese almacen de pistolas?»

Pero el hombre se contrista
pues ve que el pueblo al pregon
de libertad se entusiasma,
y espadon vuelve la vista
huyendo de la fantasma.

Calañés con pimenton
gasta el señor don.... ¡chiton!
é insignias de mal agüero
con que disfraza espadon
su estampa de bandolero.
Si no le mata un obús
le matará el sarampion
ó la jaqueca ó el asma
ó le dará un patatús
de pensar en la fantasma.

Facsímile de la caricatura publicada por *El Espectador* en el *Suplemento* correspondiente al 5 de Mayo de 1845.

También se ausentó de Madrid, en Junio, el general Mazarredo para tomar los baños que absolutamente necesitaba, y yo me encargué interinamente de la Capitanía general, reemplazándome en el Gobierno militar el bizarro coronel de Ingenieros D. Quintín de Velasco. La Reina y el Gobierno se hallaban ya en Barcelona, y en estos momentos, en que pesaba sobre mí tanta responsabilidad, tuve también ocasión de descubrir y frustrar otra conjuración que se amasaba. El general polaco Romarino, con pretexto de establecer una fábrica de gas, había

convertido su casa en un foco de conspiradores. Hícelo salir repentinamente de Madrid y del territorio español (1), pero por un comandante del regimiento de Navarra supe que el plan urdido se llevaría á efecto la misma noche, y que el capitán de guardia de prevención en aquel regimiento había confesado que estaba comprometido á franquear la entrada en el cuartel, á las diez de la noche, á un grupo de conjurados, que con jefes y oficiales dispuestos de antemano, y con inteligencias dentro, debían sacar sublevado al regimiento para ocupar con él y otros cuerpos la Puerta del Sol y la Plaza Mayor, donde ya habría grupos armados del pueblo para apoyarles. Díjome también que estaba convenido entre los sublevados apoderarse de mi persona lo primero, sorprendiendo la guardia de mi casa, y que se pondría á la cabeza de todas las fuerzas rebeldes el comandante D. Lorenzo Milans del Bosch.

La noticia era ciertísima y el peligro inminente y grave. Dispuse en su vista que el coronel del regimiento amenazado, con los oficiales de su elección, ocupase secretamente el cuartel después de anochecido; que al toque de retreta se armaran las compañías y esperasen en los dormitorios con las ventanas cerradas, y que llegado el momento, el capitán comprometido franquease la puerta para que entrasen los sublevados, volviendo á cerrar después. Fuerzas del regimiento de Galicia, bien mandadas y marchando por las afueras, deberían ocupar al primer aviso la Puerta de Alcalá, mientras que desde los cuarteles del Soldado y de Santa Isabel saldrían oportunamente dos batallones que se establecerían en el Prado y avenida de Recoletos, situándome yo en la calle de Alcalá con las compañías de cazadores del regimiento de Galicia. Los coroneles de los regimientos San Fernando é Infante estarían además dispuestos á salir con el resto de la guarnición, según las órdenes que recibieran, pero debiendo situarse en las plazas de Santo Domingo y de la Cebada. La guardia de mi casa fué reforzada con 20 hombres, que entraron por parejas, llevando supuestos partes, y el regimiento Reina Gobernadora quedó reservado, sin anticipado destino en su cuartel.

Dadas las órdenes con precisión, cada cual ocupó su puesto, y antes de la hora señalada pude apreciar la exactitud de la denuncia. Los conjurados, en número de unos 300, se reunían sigilosamente en el Prado, dividiéndose en seguida en dos partes, para dirigirse, la más fuerte, al cuartel del Pósito, según el plan convenido, y la otra, que

(1) Aquel desgraciado obtuvo después en Italia el mando de una división en el ejército sardo, pero advirtióse que mantenía inteligencias con Austria, y después de la batalla de Novara fué acusado de alta traición y pasado por las armas.

no pasaría de 50 hombres, separados en varios grupos, subió con Milans del Bosch por la calle de Alcalá para situarse en las inmediaciones de mi casa, esperando allí, sin duda, el resultado de lo que ocurriera en el cuartel. Yo por mi parte circulé inmediatamente las órdenes para que las tropas salieran á sus puestos. El primer grupo de conspiradores, disimulándose en lo posible bajo los árboles y en la sombra que proyectaban las casas, llegó al cuartel, y unos cuantos se dirigieron atrevidamente á la puerta, que el capitán abrió, invitándoles á entrar. Pero fuera que les faltase valor en aquel instante supremo, ó que observaran algo en la actitud del capitán que les inspirara sospechas, detuviéronse allí y le pidieron que saliera el regimiento. Entablóse en seguida una discusión en voz baja, y como el Coronel advirtiera que los conjurados empezaban á retirarse, mandó abrir de repente las ventanas, y los soldados desde ellas rompieron un vivo fuego, al que los paisanos contestaron con los trabucos. Una compañía formada y dispuesta en el patio salió entonces á la calle y trabó un corto combate, empleando la bayoneta y poniéndolos en dispersión, no sin que murieran allí algunos soldados ni sin que fuera herido el Ayudante del regimiento, joven de mucha reputación y pundonor. Hiciéronse muchos prisioneros, no sólo entre los conjurados del cuartel, sino también entre los grupos que permanecían en la calle de Alcalá, los cuales al huir encontraron á mi guardia, que dirigió el alférez D. Ramón Zendrera, y á las compañías de cazadores que desde el cuartel del Soldado llegaban al escape. Rompióse un corto tiroteo y comenzó una lucha en la que se distinguió mi ayudante D. Lorenzo de Villavicencio, quien por cierto no desmentía en los peligros lo ilustre de su cuna; él mismo hirió de una cuchillada al hijo mayor del diputado de oposición en la Cámara francesa, Mr. Maugan, que se encontraba entre los sublevados. Muchos otros dispersos chocaron en las alturas de la Puerta de Alcalá con el regimiento de Galicia, que llegó muy oportunamente, siendo allí cogidos, y otros, trepando por las verjas del Palacio de San Juan, se presentaron al Infante D. Francisco, que les dió por el momento asilo.

El total de prisioneros resultó ser de unos 100 aproximadamente, todos sin armas, pues las arrojaban al suelo, de donde los soldados recogieron gran número de trabucos. Recuerdo también que, pasados unos días del suceso, el comandante Milans me consultó por conducto de un amigo, si emigraría al extranjero ó podría presentarse en público, lo cual no hacía, temeroso de ser preso. Aconsejéle que no emigrara y que se mantuviera escondido hasta que yo le avisase, en vista de las resultancias de la causa que comenzó en seguida. «¡Gran borrasca sufrimos!—me decía Narváez desde Barcelona al contestarme á la carta en

que le daba cuenta de lo ocurrido—¡Constancia á prueba es necesaria para atravesar esta situación. Pero cuidando á los soldados y apoyados en ellos como hasta aquí, conjuraremos las tempestades y obtendremos el consuelo que todos necesitamos! ¡Lo malo es que el Gobierno no se halle todo reunido en estas circunstancias!»

Agraváronse mucho entonces, porque precisamente en los mismos días publicó el Conde de Montemolín un manifiesto dejando entrever sus aspiraciones y recordando sus derechos. A este manifiesto contestó Narváez con una Real orden reiterando á los capitanes generales la obligación en que estaban de vigilar y reprimir toda manifestación contraria á las instituciones, y recordando que la familia de D. Carlos se hallaba excluída de la sucesión del Trono, por lo cual, á los que intentasen la menor gestión, cualquiera que fuera el velo con que viniese encubierta, debería perseguírseles hasta el exterminio. Acerca de todo esto decíame el 12 de Junio: «Mi muy querido Fernando: Al manifiesto del novel Conde de Montemolín respondo yo en una Real orden que he pasado á todos los Ministerios, y que probablemente verá usted en la *Gaceta* á poco de que sea escrita esta carta. El hecho en sí es una farsa, ya para ponernos mal con el Gobierno francés, ya para exigirnos, con la amenaza, lo que seguramente no conseguirán. El último triunfo que quedaba al partido carlista está en juego; si les burlamos, como así sucederá, no les queda otro medio de que echar mano.»

Referíase en esto al proyecto que hubo de casar á D.ª Isabel II con este mismo Conde de Montemolín, hijo mayor de D. Carlos. La cuestión del casamiento de la Reina se agitaba ya en Europa y preocupaba á las cancillerías extranjeras. Presentábanse candidatos varios príncipes, y cada uno de ellos era combatido ó patrocinado por distintos y contradictorios intereses en el continente, y por encontradas opiniones en España. La candidatura de Montemolín, muy apoyada por el Papa y por el clero español, fué combatida á sangre y fuego por todos los liberales, aunque implicaba la renuncia solemne de la familia de D. Cárlos á la Corona; ya hemos visto, además, cómo la acogió el Gobierno. No era posible pensar en príncipes ingleses ni franceses para la Reina, pues ninguna de estas dos potencias habría tolerado, respectivamente, en beneficio de la otra las ventajas que debía reportar á la favorecida un predominio incuestionable en Europa por su estrecha alianza con España; y como estaban interrumpidas nuestras relaciones con los soberanos del Norte desde la muerte de Fernando VII, quedaban sólo en el extranjero el príncipe napolitano Conde de Trapani, hermano de D.ª María Cristina, y el Infante heredero de Portugal. Este constituía un gran matrimonio para los intereses de España y para D.ª Isabel II, y sus consecuencias habrían sido trascendentales uniéndose por este

medio las dos coronas y realizándose la grande obra de la unidad Ibérica; mas no fué posible ni intentarlo, no ya sólo por los recelos y oposición de los portugueses, sino también por la actitud violenta que adoptó el Gabinete inglés tan pronto como nuestros diplomáticos hicieron algunas indicaciones al efecto. Al Conde de Trapani lo apoyaba secretamente D.ª María Cristina; mas fué tal la impopularidad de este candidato entre nuestros partidos, que hubo también de rechazarse, á pesar de que Trapani era el candidato de Luis Felipe, sin duda con objeto de molestar á Austria, cuyo primer Ministro, Metternich, hizo cuanto pudo para combatir al Príncipe napolitano, suponiendo que una vez sentado en el trono de San Fernando, perdería el Imperio de los Habsburgo su influjo y predominio político sobre las Dos Sicilias. Narváez era también enemigo acérrimo de la candidatura Trapani. Sobre esto me decía el 1.º de Julio desde Barcelona: «Ruego á V. con toda la fuerza de mi amistad, procure ver en el Casino al Duque de Glüsckberg y escuchar de sus labios la afirmación que hace, desmintiéndole públicamente, y diciéndole que ni la Reina madre ni yo hemos dicho una sola palabra que justifique su aserción, y que yo le probaré que él sí ha dado muchos pasos tomando el nombre de su Gobierno, en favor del Conde de Trapani. Desmiéntalo V. en mi nombre, y que sea de modo que todo el mundo se entere para que yo me pueda dar por entendido también y hacer lo que corresponda.» El Duque de Glüsckberg era entonces el primer secretario de la Embajada de Francia en Madrid y estaba muy á la moda. Joven, y de arrogantísima presencia, había llegado hacia poco de París con su jefe el Embajador, Conde de Bresson, y ocupaba ya en nuestros salones del gran mundo uno de los primeros puestos. Elevado después, por una larga y brillante carrera, toda Europa lo ha conocido con el título de Duque de Décazes, figurando últimamente en su país como Ministro de Negocios Extranjeros, durante el último Ministerio que llamó á sus consejos el mariscal de Mac-Mahón.

Con esta forzosa eliminación de príncipes extranjeros, no quedaban ya á la Reina para consortes sino los Infantes D. Francisco de Asís y D. Enrique, hijos del tercer hermano de D. Fernando VII. El primero mandaba entonces en Pamplona un regimiento de caballería y observaba una actitud circunspecta, manteniéndose alejado de la política y sin demostrar aspiraciones. D. Enrique servía en la Marina, y como más activo y bullidor que su hermano, era su conducta menos prudente. Teníasele por muy liberal, y por esto, por su carácter y su juventud, era el verdadero candidato del pueblo. Pronto veremos cómo se resolvió al fin esta cuestión gravísima, una de las más importantes de la época.

En este tiempo comenzó también á sufrir muchos embarazos el Gobierno por haberse declarado de oposición varios hombres del partido, disgustados con la marcha que seguían los Ministros. Presentó su dimisión del cargo de Jefe político de Madrid, D. Antonio Benavides, y púsose en su lugar á D. Fermín Arteta, teniente coronel de Ingenieros, oficial de mucho crédito en su Cuerpo, pero hombre de carácter violento é irascible. Nuestro periódico *El Heraldo*, que redactaban D. Luis Sartorius, D. José de Zaragoza y el mismo Benavides, comenzó á escribir contra el Gobierno, y lo más singular era que en vez de combatir la conducta del Gabinete en las cuestiones que afectaban verdaderamente á la vida del país ó á la del partido en sus relaciones generales con la política, eligieron como tema de sus censuras, el viaje de la Reina á las Provincias y su permanencia en los baños, arreciándolas cuando se supo que, después de los de Caldas, debería S. M. tomar los de Santa Águeda en Guipúzcoa. Yo, que seguía manteniendo una correspondencia diaria con el Duque de Valencia, procuraba explicarle, en cierto modo, la conducta de nuestros amigos, y él á su vez dábame esperanzas, me comunicaba sus miras y se lamentaba amargamente de la situación en que aquéllos le colocaban. «Por todas partes se mueven los enemigos—me decía en una de sus cartas—y todos los partidos han creído y creen que será suya la presa. Todos se equivocan. Mientras el ejército se mantenga leal, en todas partes triunfaremos. ¡Así pudiésemos arreglarnos entre nosotros mismos! ¡Así pudiera yo infundir mis ideas y deseos á todos! La posición no sería mala si no la hicieran difícil nuestros propios amigos, que imprudentemente dan aliento á los progresistas y ayudan á los revolucionarios con sus críticas y la ciega oposición que hacen al Gobierno. ¡Insensatos! Si el Gobierno pierde la fuerza que todavía tiene, ¿qué será de ellos? Si la tempestad arrecia, todavía hay recursos. Echaremos mano de la reserva, y entonces no nos dañarán los discursos ni los artículos contra el decreto de la prensa, ni contra el sistema tributario.»

En Zaragoza se encontraba ya el 29 de Julio con la Corte, para emprender en seguida el viaje de las Provincias Vascongadas, cuando me escribía sobre el mismo asunto: «Diga V. á todos los amigos que conozco la razón de sus quejas, que presiento los malos ratos que han pasado, que yo los paso de gran calibre y que yo tengo también colmada la medida del sacrificio, pero que considero y que deseo que ellos consideren también la crítica situación del Trono, de nuestra posición y de nuestro porvenir, y que cuando nos combaten tan rudamente la revolución por un lado y los carlistas por otro, nuestro común interés y nuestros deberes se reducen á conjurar la tempestad. Si obramos con calma y prudencia, la conjuraremos, y cuando este peligro de ahora

haya desaparecido, entonces se podrá dar oído á las quejas y trabajaremos desembarazadamente para que las cosas tomen otro aspecto que aleje para siempre los peligros. Yo no digo que sufran y callen absolutamente, no. Pueden dirigir los ataques á los pechos de las personas, pero de modo que la situación no padezca, ni que la masa de los pueblos se insubordine. ¡Por Dios, que sean comedidos respecto al viaje! Yo le aseguro á V. que he hecho cuanto he podido, más de lo que he debido, para llevar la Corte á Madrid; no lo he podido conseguir, porque he tenido que ceder á la consideración de la respetable salud de la Reina. La Reina necesita los baños; S. M. ansía, como V. comprenderá fácilmente, curarse; y como la pobre señora ha visto en los baños de Cataluña la mejora de su salud, no piensa más que en adelantarla del todo, y lo espera siguiendo el plan de los facultativos, que es terminante y lo tengo por escrito. Dicen los periódicos que por qué no se publica esta opinión facultativa, y yo respondo á V.: 1.º, que mis amigos no debían tener esa exigencia conmigo, y 2.º, que yo no daré lugar por nada en el mundo á que la salud de S. M. sea objeto de polémicas dentro y fuera de España, por muchas razones que V. no necesitará que yo le explique. Yo aseguro á V. que el viaje á las Provincias no tiene objeto alguno más que la salud de la Reina; ¿y cómo pueden mis amigos creer que lo hubiese de otra naturaleza estando yo al lado de S. M? El viaje durará hasta fines de Agosto ó principios de Septiembre; para entonces habrá calmado la alarma de los revolucionarios y habrá ocasión de remediar muchos males. Paciencia hasta entonces; tengan VV. confianza en mí, tengamos todos prudencia y la vista puesta en nuestros comunes enemigos, que nos acechan para aprovecharse de nuestros descuidos.»

En 13 de Agosto, y desde San Sebastián, me escribía, en fin, sobre este mismo tema lo siguiente, demostrando que la separación de sus amigos afectaba más su espíritu que todas las tramas y tentativas de los progresistas: «Estoy algo mejor—decía,—pero enfermo y disgustadísimo; deseo con ansia volver á Madrid; allí veré si puedo organizar y subordinar el partido moderado. Si no lo consigo, y por poca que sea la resistencia que encuentre, dejo el puesto y me meto en mi casa, para no volver á figurar en mi vida.»

En cambio, para todo cuanto afectaba á los revolucionarios, mostrábase implacable, sin que por un instante se desmintiera su entereza ni su resolución de refrenarlos duramente. «Las prisiones que he mandado ejecutar—me decía en los mismos días—desconciertan todos los planes de los conspiradores. Ahora voy á dirigir todos mis esfuerzos para hacer efectivas las pruebas que tengo de sus delitos. Esto es del mayor interés para tenderles el látigo con la ley en la mano, de modo que queden

para siempre inutilizados.» Y en otra carta: «Esta noche he firmado la orden para que sea preso Araoz y embarcado y conducido á Puerto Rico, donde se le vigilará estrechamente: también firmo la separación de la secretaría de Milans, que va de reemplazo á Sigüenza, y la de Ruiz, que destino de cuartel á Segovia. Estoy dispuesto á hundir á todo bicho de esos que conspiran!.... Contra Crespo no procedo, para dar lugar á que lleguen las pruebas necesarias para fusilarlo. Si no son bastantes para ello, acompañará á Araoz.»

No recuerdo si he dicho que el Gobierno había presentado á las Cortes, y éstas discutido y aprobado todo un nuevo proyecto de Hacienda, de que era autor D. Alejandro Mon, y por el cual se modificaba radicalmente el antiguo sistema tributario. Los moderados hallamos el país en un estado completo de bancarrota. Los descubiertos ascendían á más de 2.500 millones: cada año se saldaba el presupuesto con un déficit de 200, y las clases activas y pasivas del Estado cobrábamos nuestros sueldos con un año, y año y medio de atraso. Todo esto era resultado de la guerra, de las continuas convulsiones políticas, y sobre todo de la supresión de la contribución llamada diezmos, que no fué por ninguna otra sustituída. D. Alejandro Mon, que fué quizá el mejor hacendista que ha tenido España en este siglo, ideó y realizó un plan vasto y completo de hacienda que debía salvarnos de la ruina, y que no es otro que el mismo que ahora rige, con pocas diferencias esenciales. Comenzó por convertir los descubiertos del Tesoro en títulos del 3 por 100, estableciendo en seguida la contribución territorial, que venía á sustituir al diezmo y á otra infinidad de tributos de distinta índole que se mantenían en el país desde hacía siglos y que gravaban directamente la propiedad. Estableció el *subsidio* sobre los productos de la riqueza mueble, el *inquilinato* para los que sólo vivían de sus rentas, y la *contribución de hipotecas*. Con los impuestos indirectos, que eran también muchos y muy varios, hizo Mon algo parecido, suprimiéndolos todos y refundiéndolos en el único llamado de *consumos*. Con esto se organizó verdaderamente toda la tributación del país, sin gravamen con relación á lo que antes se cobraba, pues que la antigua renta de los diezmos, que ya se había dejado de percibir enteramente, refundióse, como he dicho, en unión de todas las demás, en la contribución territorial. Así pudo presentar ya en 1845 un presupuesto verdaderamente nivelado, en el que importaban los ingresos 1.226 millones, y los gastos 1.184.

Pero, como era natural, la pasión política y los partidos se apoderaron de esta, como de todas las cuestiones, para hacer de ella un arma contra el Gobierno, y los progresistas, en sus periódicos y en los clubs, demostraron á sus parciales que aquello debía constituir la ruina

de la agricultura, y más todavía la de la industria y del comercio. Los tenderos, á quienes molestaba la contribución de consumos, prefiriendo los antiguos impuestos de *alcabalas*, *fiel medidor*, *millones*, *cientos*, etc., pusiéronse de parte de los progresistas, y á principios de Agosto súpose que se proyectaba en Madrid una jarana para el día



DON ALEJANDRO MON.

en que debiera comenzar á implantarse el nuevo sistema tributario, habiendo conseguido los perturbadores que los propietarios se comprometieran á cerrar las tiendas, incluso las de comestibles, á fin de provocar en la población un verdadero conflicto, al propio tiempo que los elementos revolucionarios se lanzasen resueltamente á las calles.

Avisado yo con tiempo de lo que se tramaba, túvelo suficiente para prepararme, determinando un plan para la colocación de los cuerpos

en caso de alarma. Previne á los comandantes de Artillería é Ingenieros que tuviesen dispuestos, el primero, un tren suficiente para batir cualquier edificio que fuese necesario, y el segundo, los útiles á propósito para que la tropa se cubriese pudiendo penetrar en las casas pasando de unas á otras; dividí en zonas el casco de la población, y señalé á cada coronel los puntos que debía ocupar tan pronto como recibiese órdenes al efecto; redacté instrucciones precisas y las dí por escrito á los jefes, tanto á aquellos cuyas fuerzas se distribuían en puntos elegidos de antemano, como á los que debían permanecer en los cuarteles, á mis órdenes ó á las del Capitán general, para ser empleados según mejor conviniera. El objeto y fin principal de las instrucciones era ocupar en pocos minutos las plazas y calles más importantes, sin perder tiempo en designarlas ni en dirigir los cuerpos. Todos debían saber cuál era su puesto, llegado el caso, y ocuparlo sin tardanza. Logrando esta prontitud en las operaciones, me proponía también aislar las zonas é impedir que los sublevados pudieran comunicarse ni reunirse para prestarse mutuo auxilio. No hice misterio de esto, como no lo hacían nuestros contrarios de sus propósitos ni de sus esperanzas. Deseaba que supieran que la guarnición estaba dispuesta, y bien dispuesta, á la defensa, sin que creyesen, como lo aparentaban, que la tenían ganada en su favor, debilitado su espíritu y participando de sus aspiraciones.

Llegamos así al 19 de Agosto de 1845, en que se publicaron en la *Gaceta* los anunciados planes de Hacienda, é inmediatamente se produjo en Madrid una inmensa agitación, que no por haber sido anunciada se ofrecía menos imponente. Las tiendas, abiertas desde temprano, comenzaron á cerrarse, y las que espontáneamente no se prestaban á cooperar al movimiento, eran violentadas por grupos numerosos de paisanos que recorrían las calles más céntricas, profiriendo gritos subversivos y amenazas. Un gentío inmenso inundaba desde temprano las calles de Alcalá, de Carretas, de la Montera, Mayor, Arenal y la Puerta del Sol. Yo salí de mi casa á caballo con el capitán Rangel, mi ayudante, y seguido de los cinco batidores de coraceros del Rey que me servían de habitual escolta, me dirigí desde luego á casa del Capitán general, calle de Valverde. Díjome entonces Mazarredo que había mandado publicar ya la declaración de estado de sitio, y que podía desde luego sacar las tropas de los cuarteles cuando lo creyese necesario para sostener el orden, y obligar á los tenderos de comestibles, panaderías, cafés, etc., á que mantuvieran abiertos sus despachos á disposición del público, porque se trataba en realidad de un movimiento político, á que el comercio cooperaba, siendo todo el de Madrid, sin excepción, de ideas progresistas, obedeciendo ciegamente las inspiraciones de Mendizábal, hasta el punto de estar dispuesto á sacrificar por la idea liberal

toda su fortuna. Me comunicó además la orden de recorrer los cuarteles para enterarme del espíritu de la guarnición, y me dijo que él saldría si las circunstancias lo exigían, situándose entretanto, con su Estado Mayor, en el cuartel que ocupaba el regimiento Reina Gobernadora.

Salí, pues, dirigiéndome primero á éste, que era á la sazón el del Hospicio. Turón y sus oficiales me recibieron en la puerta con unánimes demostraciones de afecto, y los soldados, desde las ventanas, me saludaron con mal reprimido entusiasmo, porque el espíritu de la tropa estaba muy levantado. Sin apearme del caballo, les hablé, inspirándoles confianza y recomendando estuviesen todos tranquilos hasta recibir órdenes, y me separé de aquel regimiento, para mí tan querido, no sin disponer que se diese aquel día á la tropa ración de vino en los ranchos. En el cuartel de San Mateo y en el del Soldado encontré una acogida más ruidosa y vehemente todavía. En este último se alojaba el regimiento de Galicia, y entré á caballo en el patio, desde donde las aclamaciones me llevaron hasta los mismos dormitorios, situados en la planta baja. Rodeado de aquellos veteranos que me vitoreaban sin cesar, habléles muy conmovido, asegurándoles que ellos serían los primeros en ser llamados para sostener el orden y las leyes.

Rápidamente pasé desde allí al cuartel del Pósito; púseme de acuerdo con el veterano coronel Damato y con sus oficiales; saludé á los soldados que se agolpaban para verme á las ventanas de sus compañías, y seguí al cuartel de Artillería, cuyo brigadier-coronel me esperaba con sus oficiales en la puerta. Mandé que estuviese pronta una batería para salir en el instante mismo de recibir mi orden, y con ánimo de visitar el cuartel de San Francisco y de paso el Principal, establecido en la Casa de Correos, entré en la Carrera de San Jerónimo. Ya enfrente de las Cortes, se acercó un jefe de Artillería á decirme que varios oficiales, al incorporarse á sus cuarteles, habían sido atacados por el paisanaje.

Desde lo alto de la calle, pasada la casa del Marqués de Miraflores, pude observar que la muchedumbre inundaba la Carrera; en su virtud, tomé el trote y desemboqué á este paso en la Puerta del Sol. Un inmenso vocerío saludó mi llegada, distinguiéndose claramente los gritos de *¡Muera el general Córdova!* y de *¡Abajo el sistema tributario!* Al mismo tiempo los grupos más inmediatos y más osados, blandiendo palos y garrotes, dirigiéronse sobre nosotros hasta el punto de pretender algunos bravucones echar mano á las riendas de mi caballo. Sin tiempo para reflexionar, y sin poder contenerme en aquel instante, tiré de mi sable lanzando una interjección que debió oirse en el otro extremo de la plaza, y empujé hacia adelante mi montura, que era un potro de genio vivo y de grande alzada. Instantáneamente quedó despejado

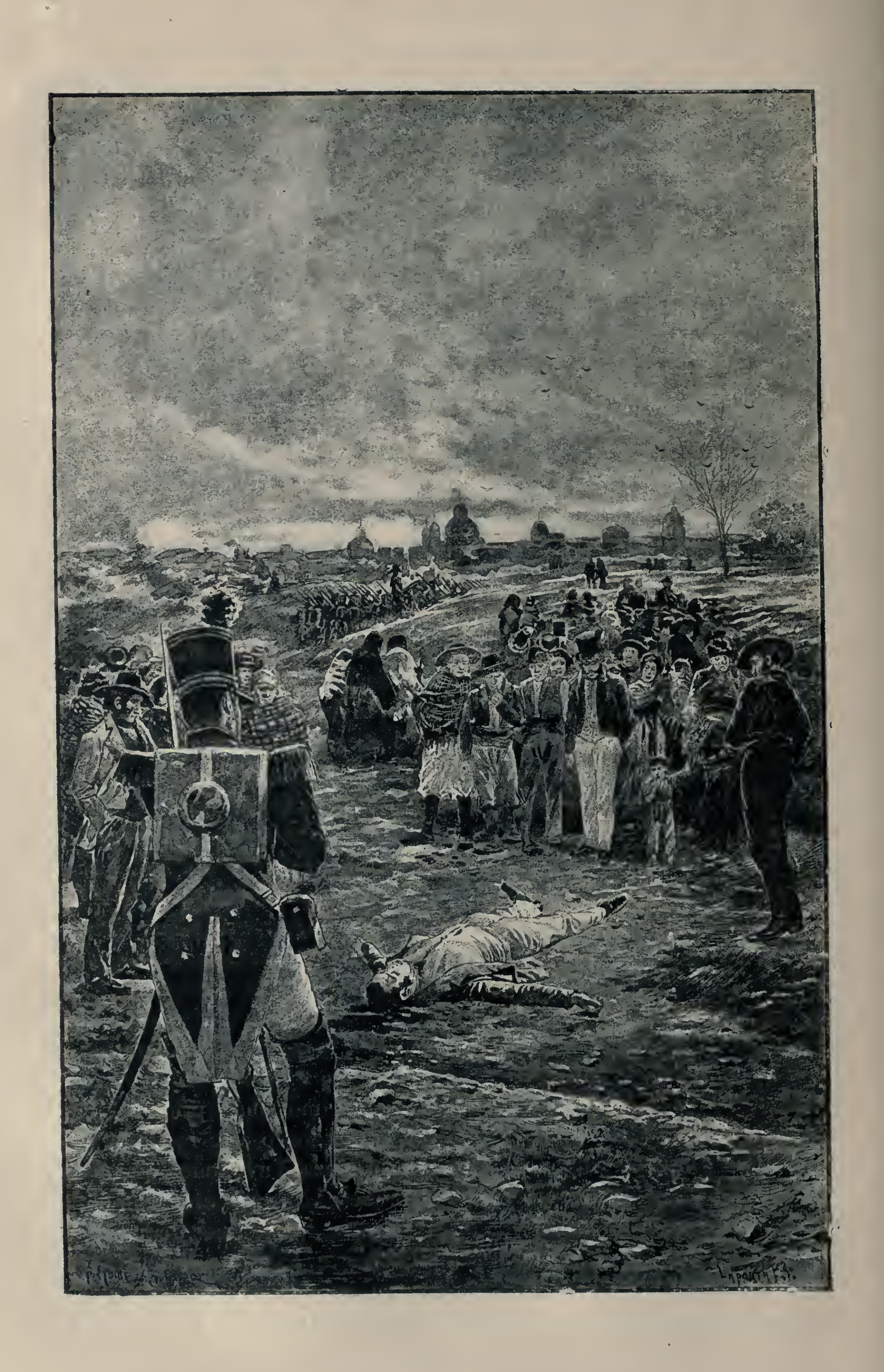
un vasto radio en torno mío, que aprovecharon los de la escolta en seguida cargando resueltamente á la multitud y repartiendo muy buenas cuchilladas. En total éramos siete, y bastaron los cinco coraceros para dejar libre en breves momentos más de la mitad de la Puerta del Sol, pudiendo yo dar á mi ayudante la orden para que siguiera al cuartel del Soldado y volviese con las dos compañías de cazadores del regimiento de Galicia. La multitud corría por las calles afluentes, pero las masas de paisanaje se detenían en las esquinas y comenzaban á dirigirnos varios disparos de pistola é innumerables piedras, algunas de las cuales alcanzaron á mi caballo. Mi valeroso ayudante fué literalmente apaleado al salvar la masa de gente que cerraba la calle de Alcalá, mientras que yo me acercaba al Principal y mandaba salir la guardia, cuyo capitán se había encerrado dentro, haciéndose fuerte en el edificio. Grupos de diez y doce soldados partieron entonces á reforzar mi escolta dirigiéndose á las desembocaduras de las calles. Personalmente díles la orden de no disparar un tiro, de no emplear sino la culata, y sólo en casos de apuro la bayoneta. No era necesario derramar sangre ni causar víctimas entre un pueblo que estaba al fin desarmado y que hasta entonces no había consumado otra agresión que aquella de que fuí personalmente objeto. Los coraceros hicieron sólo en su carga tres ó cuatro heridos leves, distinguiéndose mucho por su arrojo el cabo, que recuerdo se llamaba José Tomás, y tenía una contusión en la cara producida por una fuerte pedrada.

No tardaron en llegar las compañías de Galicia. Venían al paso ligero, con las armas suspendidas, muy animadas y contentas, y sin más detención que la precisa para dar á sus capitanes instrucciones, entraron por las calles de Carretas, Mayor y Postas. Los capitanes llevaban orden de no hacer fuego, pero debían proceder con energía despejando al pueblo, haciendo abrir las tiendas y recorrer la calle de Toledo y la plaza de la Cebada por un lado, y la del Progreso, Concepción Jerónima y adyacentes, por otro; recomendéles que se guardara el mayor silencio en las filas, mucha atención á lo que el pueblo hiciera y mucha disciplina. Pocos momentos después presentábase la compañía de granaderos del propio cuerpo, mandada por el capitán D. Blas Durana, quien se ofreció voluntario en el cuartel, al ver salir las compañías de cazadores, y llegaba autorizado por su coronel. Díjome que todos sus compañeros tenían igual deseo, y como en realidad necesitase todavía algunas fuerzas, mandé venir el resto del cuerpo con sus jefes. El Capitán general por su parte me envió á los pocos momentos un batallón de la Reina Gobernadora, otro del Infante, un escuadrón de coraceros y una batería. A todas estas fuerzas di destino, conservando yo en la Puerta del Sol un batallón y los cañones. No era seguramente preciso

todo esto, pero convenía demostrar á los revolucionarios que absolutamente contábamos con la fidelidad y el entusiasmo de las tropas, y que la ocasión por ellos esperada estaba aún lejos. Más de la mitad de la guarnición permaneció sin embargo en sus cuarteles.

A las dos ó tres horas llegaban una tras otra las compañías destacadas, dándome parte de haberse ejecutado puntualmente mis órdenes. Ni un solo fusil se descargó: los paisanos habían cedido á las intimaciones, y las tiendas de comestibles quedaban de par en par abiertas, pudiéndome retirar anochecido, dejando la población tranquila, aunque cruzada de algunas patrullas de infantería y caballería, y con la satisfacción legítima de no haber causado otras víctimas que aquellos pocos heridos de que hablé antes. De la jornada sufrió, sin embargo, el ejército las más funestas consecuencias, pues se supo, ya entrada la noche, que el número de jefes y oficiales atacados por el pueblo al ir á los cuarteles, subía á más de cincuenta, y entre ellos recuerdo al comandante Ezquerdo, del regimiento del Infante, que fué gravemente herido por la espalda con una navaja de afeitar. ¡Inicuas y cobardes agresiones nunca bastante execradas por la conciencia pública! Yo dispuse, para evitar tales desgracias en lo sucesivo, que los oficiales tuviesen su uniforme en el cuartel y que vistieran de paisano.

Pero la culpa de los malvados pagábala al siguiente día un joven infeliz, sastre de oficio, llamado Manuel Gil. Regía todavía la ley *marcial:* al gobernador civil, D. Fermín Arteta, ocurriósele recorrer la ciudad á caballo seguido de sus agentes, y al pasar por una calle cayó á su lado un tiesto que le arrojó desde su buhardilla el sastre, sin tener quizá conciencia de lo que hacía. Preso inmediatamente y sometido á un consejo de guerra verbal de capitanes, fué condenado á muerte, y aquella misma tarde se cumplía la sentencia á pesar de los grandes esfuerzos que hice para salvarle escribiendo á los tres Ministros que en Madrid había, y tomando, para pedir su vida, hasta el nombre de la guarnición que con tanta lealtad y sensatez se había conducido la víspera. Pero todo se conjuró contra el preso, porque el Gobierno creyó que era de su deber, después de las agresiones que sufrió la oficialidad, hacer en el pueblo un escarmiento para demostrar la prontitud con que cumple sus fallos la justicia militar, evitando de este modo la perpetración de nuevos crímenes de igual naturaleza. Tuve, pues, que cumplir con el triste deber de nombrar los piquetes que presenciaron el fusilamiento, y que sufrir muy luego, en silencio, los ataques de la prensa progresista, que me acusó, á mí principalmente, hasta de haber cometido un asesinato con la ejecución de aquel pobre y desgraciado joven. ¡Tales son los desvaríos y los errores de los partidos en las luchas civiles, y tales las consecuencias que sufrí como recompensa de mi mode-



ración durante el motín del día 19, y de mis sentimientos de clemencia el día 20!....

Profunda y secretamente afectado con esto, y cansado además de aquella lucha implacable de cada instante, en la que no se descubría una conspiración ni se sofocaba un motín sin tener que emprender el descubrimiento ó la represión de los que inmediatamente seguían, escribí á Narváez anunciándole mi dimisión y diciéndole que me separaba con sentimiento de un puesto en el que, si bien era cierto que me cabía mucha satisfacción por el hecho de haber mantenido constantemente á las tropas de mi inmediato mando en la línea de sus deberes, sin que ni uno solo de sus individuos hubiese faltado á ellos, ni mis fuerzas ya, ni mi salud, me permitían continuar con una vida semejante de sobresaltos, de inquietud y alarmas. Contestóme el General á vuelta de correo, manifestándome «que le hacía un agravio hablándole de dimisiones ni para entonces ni para nunca; que á un amigo como él no debía hacerle tales anuncios, y que mientras el fuera Ministro, yo sería lo que debía ser para servir á mi Reina y á mi patria.»

Aunque muy agradecido á Narváez por estas inmerecidas frases, y por otras razones de que hablaré muy pronto, me propuse llevar adelante mi resolución de separarme del Gobierno militar de Madrid, aprovechando la primera coyuntura que se me ofreciera, y no tardó ésta en presentarse con la noticia que recibí cierta noche, de que el Gobernador civil había preso á varios jefes y oficiales, con sus señoras, en una casa ó tertulia donde supuso existía una partida de juegos prohibidos, desaforándolos á todos en virtud de una Real orden del año de 1815 que encontró, para el caso, entre el polvo de los legajos. Reclamé yo al Gobierno por el debido conducto; mantuvo su resolución el Gobernador, y reunido el Consejo de Ministros, adoptó el acuerdo desdichado de desatender mis quejas, dando razón al elemento civil, que en aquella ocasión se impuso.

En su virtud, presenté mi dimisión á mediados de Diciembre de aquel turbulento año de 1845, resuelto á descansar por algún tiempo.





LA MARQUESA DE MENDIGORRÍA,
VIZCONDESA DE ARLABÁN.

CAPITULO V.

Otórgase á mi madre el marquesado de Mendigorría.—Cambios ministeriales.—La insurrección de Galicia y la campaña de D. José de la Concha.—Nuevos fusilamientos.—Bodas Reales.—S. M. la Reina en 1846.—Las corridas de toros en la Plaza Mayor.—Los padrinos, los caballeros en plaza y las cuadrillas.—Otros festejos.—Derrota de Istúriz en las Cortes.—El Ministerio Sotomayor y el de Pacheco.—Quiénes eran los *Puritanos.*—Soy nombrado Capitán general de Madrid.—La juventud de la Reina.—En la Real Cámara.—La alta servidumbre de S. M. y la sociedad de Madrid.—Bailes y conciertos.—En casa de Narváez, de Miraflores y de Montijo.—Las muchachas de la época.—Teatros.—El del Circo y la

empresa de D José de Salamanca.—Bailes de espectáculo.—La Guy-Stephan y *Petit-Pas.*—Compañías de ópera.—Ronconi.—El tenor Moriani y la Persiani.—Entusiasmo por la música.—Artistas Reales.—Los comienzos de Tamberlick.—Mi entrada en la Dirección de Infantería.—Trabajos de organización.—Los batallones de cazadores.—Sobre la expedición á Portugal.—Entro á desempeñar la cartera de Guerra.—En el Ministerio.—Nuestro decreto de amnistía.—Sobre Espartero.—La vuelta de Narváez al poder y mi ascenso á teniente general.—Cómo presidía Narváez los consejos de Ministros.—Revélanos Sartorius una conjuración.—La actitud del Consejo.—Otra resolución airada.—Soy relevado.—Reparación de una injusticia.—Entro de nuevo en la Dirección de Infantería.

Algunos días después de sofocado el movimiento del 19 de Agosto, y antes de ofrecer al Gobierno la dimisión de que hablé en el capítulo anterior, escribíame Narváez, desde San Sebastián, una carta en la que me decía lo siguiente: «Estoy deseando proporcionar á usted, á su madre y familia un gran placer que me será á mí muy satisfactorio. Si hasta ahora no he hallado facilidades para ello, no se defraudará ya la esperanza conservada siempre en mi corazón.» Referíase á la concesión á mi madre de los títulos de Marquesa de Mendigorría y Vizcondesa de Arlabán, cuyo decreto se publicó en la *Gaceta* el 8 de Septiembre de 1845. Este documento dice literalmente: «Deseando S. M. la Reina nuestra Señora (Q. D. G.) honrar la memoria del ilustre general D. Luis Fernández de Córdova, de quien tan gratos recuerdos conserva en su Real ánimo, y dar un público testimonio del aprecio en que tiene los servicios que prestó al Estado, tanto en la carrera diplomática como en la militar, pero muy especialmente el que prestó mandando en jefe el ejército del Norte, en la memorable batalla de Mendigorría que decidió la suerte del Trono y del país; queriendo además mitigar en su familia el dolor de haberle visto morir víctima de lamentables disturbios y proscrito en tierra extraña; y teniendo, por otra parte, en consideración los méritos contraídos por su hermano el Mariscal de Campo D. Fernando Fernández de Córdova, y su comportamiento en los recientes sucesos de que ha sido teatro la capital del Reino, se ha dignado S. M. significarme su Real voluntad de que, para perpetuar aquel glorioso hecho de armas, se haga merced á su madre de título de Castilla con la denominación de Marquesa de Mendigorría y Vizcondesa de Arlabán, libre de lanzas y medias anatas, cuyos títulos pasarán con la misma exención, por su fallecimiento, al referido su hijo D. Fernando Fernández de Córdova, para sí, sus hijos y sucesores. De Real orden, etc.»

Mucho agradecí esto á Narváez, más que por mí, por la sanción y el reconocimiento público que, al cabo, recibían aquellos servicios,

y por el póstumo tributo que se rendía á mi hermano, vinculando entre sus sucesores el recuerdo de la batalla campal que decidió, en la gran crisis de 1835, la suerte de la dinastía y el porvenir de la causa liberal en España. Mas recuerdo también que sentí hondamente la conducta de algunos periódicos y de algunos prohombres moderados, mis amigos, que entonces manifestaron su desaprobación al Gobierno, por no haber acompañado la merced con la grandeza de España, para ponerla á la altura del hecho de armas que la motivó.

En Febrero de 1846 cayó el Ministerio Narváez por disentimientos que se originaron entre el general y el Sr. Mon, y por la guerra abierta que ya le hacían muchos importantes hombres del partido moderado, capitaneados por D. Francisco Pacheco, entre los que recuerdo á don José de Salamanca, á D. Patricio de la Escosura, á D. Nicomedes Pastor Díaz y á D. Antonio Benavides. Sucedióle un Ministerio incoloro y sin ninguna significación bien determinada, que presidió el ilustre Marqués de Miraflores y que sólo gobernó un mes, cayendo por consecuencia de una sesión tumultuosa del Congreso y quizá también por no ser del agrado de Palacio las declaraciones que hizo su Presidente respecto de la candidatura matrimonial del Conde de Trapani, que seguía amparada todavía por la Reina Cristina. A Miraflores sucedió de nuevo Narváez, formando un Ministerio que duró sólo nueve días. La desafección que también quiso demostrar éste por el protegido de la Reina madre, y el efecto profundo que causó en España su violentísima circular contra la prensa—de cuyas resultas suspendieron al siguiente día su publicación todos los periódicos, excepción hecha de los ministeriales—fueron causa de que el nuevo Presidente del Consejo presentara su dimisión sin consultarlo siquiera con sus compañeros. Entonces fué llamado á los Consejos de Palacio D. Xavier de Istúriz, el mayor y más rendido amigo de D.ª María Cristina.

Estábamos ya en la primavera de 1846 y todo el mundo supuso que el nuevo Ministerio significaba la resolución definitiva de la gran cuestión del matrimonio Regio, y que la política que protegía al Conde de Trapani triunfaba al fin. Narváez, muy ofendido, se estableció en París, tomando casa, desde donde me escribía con fecha 18 de Mayo, diciéndome que estaba allí «menos contento y alegre que cuando, pobres y expatriados, nos ocupábamos en escalar la frontera para entrar en nuestra patria, que tan mal nos trataba, y que su posición, aunque mejor sin duda que aquella, era más grave y enojosa, privada de la fraternal amistad que en la desgracia une á los que juntos la atraviesan.» Añadíame que «era preciso tener mucho cuidado; que la revolución llegaba de muchas partes; que eran muchos los que la embravecían y pocos, muy pocos, los que podían contrarrestarla, y que la salvación estaba sólo

en prever con tiempo los males y cortarlos, siendo necesario para ello mucha decisión y no titubear en los principios ni en los medios.»

Todo aquello era exacto. Sin contar con los planes que nuevamente se amasaban, ya había tenido lugar, en los mismos días de la formación del Gabinete Istúriz, la formidable insurrección de Galicia, en la que tomaron parte nada menos que el jefe de Estado Mayor de la Capitanía general del distrito, D. Miguel Solís, y el brigadier Rubín, alzándose en armas las ciudades de Vigo y Santiago á los gritos de «*¡Viva la Reina libre!*» y de «*¡Fuera extranjeros!*», aludiendo sin duda al matrimonio de S. M. con el Príncipe napolitano. Lo más grave del caso fué que, según se dijo, en este movimiento estuvo personalmente complicado el Infante D. Enrique á quien, por los compromisos progresistas que se le suponían con las sociedades secretas de Madrid y Londres, había ordenado el Gobierno que fuese á tomar el mando del bergantín de guerra *Manzanares*, siendo luego desterrado á Francia en los momentos de la insurrección. Para sofocarla salió desde Madrid, con fuerzas, el general D. José de la Concha, quien ya en Astorga batió á D. Martín Iriarte, que había entrado desde Portugal, y luego, cerca de Santiago, al jefe de la revolución D. Miguel Solís, derrotándolo completamente y obligándole á refugiarse en la ciudad, donde entró Concha á viva fuerza, continuando su victoriosa lucha hasta dentro de las calles y plazas. Rubín, en vista de esto, y muchos otros emigrados que llegaron de Londres con armas y pertrechos bajo las órdenes de D. Joaquín de la Gándara, volvieron á embarcarse, y el Capitán general del distrito, Villalonga, entró triunfante en Vigo. Concha volvió á Madrid y el pronunciamiento como todos los de la época, tuvo luego un desenlace trágico con los famosos fusilamientos del Carral, en que murieron Solís y doce capitanes comprometidos, demostrando estas ejecuciones que no era sólo á los gobiernos de Narváez á quienes podía acusarse de implacables en el castigo de los delitos políticos y militares.

Mayor sensación que esto causó en todas partes la declaración hecha en Agosto de que la Reina tenía al fin concertado su matrimonio con el Infante D. Francisco de Asís, y que la Princesa de Asturias, doña Luisa Fernanda, lo realizaría al fin con el Duque de Montpensier, hijo del Rey de los franceses. Fuera que las recientes convulsiones políticas hubieran demostrado, con harta elocuencia, la impopularidad en España de Trapani, ó que los consejos de Luis Felipe y sus negociaciones diplomáticas con los Gabinetes europeos hicieran desistir á la postre á D.ª María Cristina de su empeño, lo cierto es que el asunto quedaba al fin resuelto de la mejor manera posible, ya que no pudo, ni intentarse siquiera, el matrimonio de la Reina con el heredero de Portugal. Celebráronse las bodas en Octubre, y el Ministerio solemnizó el suceso con-



S. A. R. la Infanta Doña Luisa Fernanda.
(Copia de una litografía de la época.)

cediendo una amnistía á los emigrados progresistas, que produjo el feliz resultado de que éstos amainaran un tanto en sus empresas belicosas y de que se aprestaran á luchar en los comicios para las nuevas elecciones que decretó el Gobierno. No resultaron de todo ello otros contratiempos políticos que la marcha á París de D.ª María Cristina, secretamente enojada por el desenlace de la cuestión matrimonial; el manifiesto que suscribió D. Enrique, desde Gante, protestando ante las Cortes, contra todo derecho eventual á la Corona que pudiera concederse á los hijos del Duque de Montpensier, y la nota insolente del Gabinete inglés, que demostró vivo despecho al ver derrotada su política por el triunfo de Mr. Guizot y de la Casa de Orleans, con la boda del Príncipe francés. Recuerdo que fué en esta ocasión muy aplaudida la protesta pronta y digna que opuso el Gabinete español al *Memorandum* de la Cancillería inglesa.

Madrid celebró el fausto acontecimiento de las bodas reales con inmensa alegría, demostrando por la joven Soberana un entusiasmo que nada tenía de ficticio. Las dos Princesas estaban en la flor de la edad, y la Reina atraía todas las simpatías. Tenía S. M. una mirada viva y penetrante, sonrosado color, gentil el talle, ademanes muy vivos y graciosos y una distinción digna de su gran raza. Como niña joven y feliz, dibujábase en sus labios constantemente la más alegre sonrisa, y la afabilidad de sus maneras y de su trato, era siempre muy dulce. La Infanta brillaba también con todo el esplendor de su juvenil hermosura, y ambas comenzaron entonces, como en desquite de la estrecha tutela y del avaro régimen á que habían estado sometidas por el adusto Argüelles, á cuidar con refinamiento de sus tocados y prendidos, vistiendo con extremada elegancia é imponiendo sus modas á todas las damas de la Corte. Desde entonces, á imitación de la Reina, comenzaron todas á utilizar el arte de las modistas mas célebres de París.

Durante los festejos reales se celebraron en la Plaza Mayor varias corridas de toros, con caballeros en plaza, que apadrinaron los Duques de Frías, de Abrantes, de Medinaceli y de Osuna. Fueron quizá aquellas corridas las más lucidas y brillantes de este siglo. El Ayuntamiento, presidido por el Alcalde Corregidor Duque de Veragua, había transformado en poco tiempo la clásica Plaza Mayor en un circo grandioso. Hiciéronse tendidos y galerías, cuya parte superior se apoyaba en las casas ocultando enteramente los arcos, y los balcones de los pisos principales—que se pagaron, por cierto, á precios fabulosos—colgados con magníficos tapices, y los segundos con ricas telas amarillas y rojas, formaron vistosísimo conjunto con el adorno de los tejados, cubiertos de gallardetes, de banderas y de guirnaldas. El palco que debían ocupar los Reyes estaba situado en la llamada *Casa de Panadería*, y cubierto

de un magnífico dosel de terciopelo carmesí, forrado de piel de armiño y galoneado de oro; á su frente, por la calle de Toledo, se estableció la puerta que debía librar paso á los coches de gala de los padrinos,



CORRIDAS REALES EN 1846.

Grandes de España, al zaguanete de alabarderos—que formó en batalla debajo del palco Real al descubierto—y á las cuadrillas. El toril se estableció en la inmediata calle de las Botoneras, donde se encerraron, para cada una de las corridas, once toros de las mejores ganade-

rías, entre las que recuerdo por su fama la de Infantado y Veragua, que entonces formaban una sola, la de Cabrera, la de Lesaca, la navarra de Lizaso, y la de Gaviria. En cuanto á diestros, se reunieron en Madrid para aquella solemnidad los mejores de España, figurando entre los espadas el *Morenillo*, que era el más antiguo, Juan León, Montes, el *Chiclanero* y *Cúchares*, ambos muy jóvenes entonces, contándose entre los banderilleros, José Antonio Loarte (a) *Capita*, que no tuvo superior en esta especialidad de su arte, y sus discípulos, los célebres Cayetano Sanz, Matías Muñiz y Angel López Regatero.

Todas las cuadrillas salieron vestidas con sombrero de *medio queso;* entre los caballeros se distinguió mucho el teniente de Caballería don Antonio Romero, apadrinado, si mal no recuerdo, por el Duque de Abrantes y acompañado en la lidia por el *Chiclanero*. Romero, con una destreza y un arrojo extraordinarios, mató á un magnífico toro de Cabrera, que sin hacer caso de capas ni de toreros se precipitó sobre el jinete al salir del toril, recibiendo una muerte casi instantánea, de un solo y magnífico rejonazo. El pueblo de Madrid no pudo en verdad quejarse de que faltara en las fiestas su diversión favorita, pues á más de las corridas Reales, gozó de otras en los mismos días y en la misma Plaza Mayor, que comenzaron por la mañana muy temprano, y de algunas de novillos, fuegos y cucañas, que se celebraron en la Plaza de Toros con entrada gratis para el pueblo y los soldados. En Palacio hubo un gran baile, al que asistió, no sólo toda la sociedad y la nobleza, sino también las corporaciones, la oficialidad del ejército y todos los altos empleados de la Corte, completándose el cuadro de aquellos días, de inmenso y sincero regocijo, con dos funciones Reales sucesivas que se dieron en los teatros de la Cruz y del Príncipe, representándose en el primero *Los amantes de Teruel*, con el concurso de la Máiquez, actriz muy estimada, y de los cómicos Lombía y Salas. En el teatro del Príncipe púsose en escena la famosa comedia *El desdén con el desdén*, y en ella desempeñaron los principales papeles la Matilde Díez, Romea y Guzmán. Pero el principal entretenimiento del buen pueblo de Madrid consistió en admirar durante muchos días, las parejas de aldeanos que vinieron de todas las provincias con sus trajes nacionales, mostrando sus galas, sus bailes y sus danzas, sobre tablados construídos *ad hoc*, en el Prado, en la Puerta del Sol y en otros puntos de la capital.

Realizadas las bodas y reunidas las nuevas Cortes, cayó el ministerio Istúriz cuando menos podía imaginarse, por efecto de la primera votación parlamentaria, en la que fué derrotado D. Juan Bravo Murillo, que era el candidato del Gobierno para la Presidencia de la Cámara; pero se organizó en seguida otro ministerio moderado, que presidió mi íntimo amigo el Marqués de Casa Irujo, Duque de Sotomayor. Este

ilustre hombre público juró su cargo el 28 de Enero de 1847. En la nueva combinación entraban hombres importantísimos, pues se encargaba de la cartera de Gracia y Justicia Bravo Murillo, Seijas Lozano de la de Gobernación, y del Ministerio de la Guerra, después de una interinidad de D. Manuel Pavía, el ilustre y veterano Oráa. Pero al propio tiempo organizábase en el Congreso y tomaba forma y vida propia, con doctrinas especiales y programa concreto, la antigua oposición que acaudillaba Pacheco, de la que formaban parte integrante Pastor Díaz, Salamanca, Benavides, Bahamonde, Escosura, Zaragoza, los generales Serrano y Mazarredo y muchos otros personajes de reputado nombre. El apelativo de *Puritanos* que recibieron, significaba bien lo que querían: pureza en la Administración, respeto á las leyes establecidas; orden, y el comienzo de una política, en cierto modo liberal, que dulcificara los rigores de las pasadas violencias, y que, sin apartarse de las doctrinas conservadoras, llevase adelante la obra de progreso que representaba el Trono de D.ª Isabel II, llamando á los partidos á la legalidad y abriendo el palenque de la prensa y de la tribuna á todas las ideas, dentro del círculo estricto de la ley. Estas fueron las doctrinas de la nueva oposición conservadora, y estos los *Puritanos*. En torno suyo se unieron y concertaron muchos generales jóvenes y muchos hombres políticos sinceros, que deseaban defender lo que habían defendido siempre: la Reina y las libertades que ella verdaderamente simbolizaba. No oculté yo á Narváez mis simpatías por aquellas tendencias, que, según recordarán mis lectores, eran las mismas que mantuve durante el largo tiempo que corrió á mi cargo toda la política del Gobierno en sus relaciones con la guarnición de Madrid. Tampoco Narváez desde su retiro de París desaprobó la significación ni las aspiraciones del nuevo grupo, compuesto en su mayoría de sus más antiguos y resueltos amigos. La oposición de este partido, sin ser intransigente, resultó, sin embargo, vigorosa; y la más violenta que iniciaron en seguida en el Congreso los pocos pero hábiles progresistas que vinieron á las nuevas Cortes, hizo desde un principio muy difícil la existencia del Gabinete Sotomayor, que cayó á los dos meses justos de su elevación, por desavenencias en Palacio y por dificultades parlamentarias. Llamó entonces la Reina á sus consejos al jefe de la oposición moderada, que, como ya sabemos, era D. Joaquín Francisco Pacheco, y éste aseguró á S. M. que se comprometía á gobernar con las mismas Cortes, las cuales, en efecto, no suspendieron sus sesiones sino dos meses después de constituído el primer ministerio *puritano*.

Entró, pues, Pacheco en el poder y con él D. Antonio Benavides, D. José de Salamanca, D. Juan de Dios Sotelo, D. Florencio Rodríguez Bahamonde, el general Mazarredo y D. Nicomedes Pastor Díaz,

encargados respectivamente de las carteras de Estado, Gobernación, Hacienda, Marina y Ultramar, Gracia y Justicia, Guerra, y Comercio. Juraron sus cargos el 30 de Marzo, y al siguiente día nombrábame Mazarredo Capitán general de Madrid, sin duda por la confianza que debía inspirarle el recuerdo de los modestos servicios que presté bajo sus órdenes inmediatas en el Gobierno militar, y porque mis temperamentos de prudencia, tan constantemente demostrados en aquel mando, se avenían bien con la política franca y expansiva que se proponía establecer el Ministerio. Á Narváez le fué ofrecida la embajada de París, que aceptó en el acto.

Pronto se advirtieron las consecuencias de la nueva política. Desde luego se prestó gustoso el Gobierno á acceder á la solicitud de D. Salustiano Olózaga, que pedía se anulase la declaración hecha en 1843; aquella en que se le acusaba de haber ejercido violencia material en la persona de S. M. para arrancarla el decreto de disolución de Cortes. La Reina misma consignó de su puño en la solicitud, que «era su voluntad se hiciese lo que pedía Olózaga»; publicóse un decreto, y en su virtud pudo Olózaga tomar asiento en el Congreso. Por esta determinación llegaron pronto exposiciones de los emigrados progresistas firmadas por Mendizábal, Cortina, Madoz y otros, felicitando y haciendo elogios calurosos y entusiastas de S. M. Como muestra de la imparcialidad con que el Gobierno pretendía tratar á todos los españoles, amnistió también á D. Manuel Godoy, y fué tal la popularidad que esto produjo al Gabinete, que en los primeros meses, pareciendo verdaderamente infundados todos los anuncios de trastornos que se propalaban, sólo nos ocupábamos las autoridades de templar el entusiasmo popular hacia la Reina, pues no podía salir S. M. á la calle sin que la siguieran y victoreasen masas del pueblo, y sin que el público cubriera de flores el cochecito que ella misma guiaba, sin acompañamiento de escolta ni de caballerizos.



S. M. LA REINA EN 1847.
(Según una medalla de la época.)

Encontrábase la Reina entonces en esa edad de la vida en la que todas las preocupaciones ceden ante los atractivos que la dicha, la riqueza y el poder ofrecen. Tenía diez y siete años. Eran pocos los que se atrevían á contrariar sus deseos, vivos como de niña, y alegres y animados, y esto nos producía á nosotros, los encargados de velar por ella, no pocas desazones. Un día salió á caballo, con una dama y un caballerizo, á visitar á la noble Condesa del Montijo en su quinta de Carabanchel. Hízosele tarde paseando por la alameda del cercado, y empren-

dida la vuelta de noche, fué tiroteada por varios agentes del resguardo, que no reconocieron á la Real comitiva en la oscuridad, pudiendo escapar S. M. de tan gran peligro, merced á la ligereza de los caballos; la Reina celebró mucho la aventura, y la contaba luego á todo el mundo con la mayor alegría y sencillez. Otra noche se empeñó en ir, con las damas de servicio en Palacio, á comer de incógnito á casa de Lhardy, y al realizar este capricho estuvo á punto de ser reconocida, porque se trabó una pendencia en un gabinete inmediato, en que tuvo que intervenir la policía. Las horas de comer, de recibir á los Ministros, de despacho, de audiencias, etc., no las regularizaba bien S. M. ó las variaba cada día, y así hartas veces salía yo de Palacio á las siete ó las ocho de la noche, habiendo entrado, para tomar la orden y el santo, á mediodía. En estas largas horas se perdía mucho tiempo, pero en cambio frecuentábase á la alta sociedad de Madrid, que circulaba constantemente por las Cámaras, convirtiendo así estas esperas en amenísimas tertulias, durante las cuales ó se hablaba á las señoras y señoritas de la nobleza, ó se debatían entre los hombres del poder los asuntos de Estado. Otras veces se hacían interminables las horas, y se acogían con entusiasmo las noticias que de las habitaciones interiores traían los gentiles-hombres ó las damas, anunciando la más ó menos probable aproximación de su término; pero repito que estas impaciencias no eran frecuentes, porque toda la alta sociedad acudía por entonces á Palacio, como en desquite del retraimiento en que vivió durante la regencia de Espartero, y ella bastaba para amenizarlo todo. Los altos cargos de la servidumbre estaban desempeñados por los primeros señores del país y por las primeras damas; así es que á cualquiera hora en que se acudiese á Palacio, era seguro hallarlo brillantemente concurrido. El Conde de Santa Coloma y el Marqués de Malpica fueron mayordomos mayores en aquellos años, y sumiller de Guardias de Corps el viejo é ilustre Duque de Híjar, que desempeñó este cargo, hereditario en su familia, nada menos que treinta años seguidos, sin interrupción alguna. La Marquesa de Santa Cruz, de quien tanto he hablado; la Duquesa de San Carlos, la Condesa del Montijo y la Duquesa de Gor, fueron sucesivamente camareras mayores todo el tiempo comprendido desde la caída de Espartero en 1843 hasta el triunfo de la revolución en 1854, y el Conde de Cumbres Altas, mi inolvidable amigo, entró también en Palacio como primer Caballerizo de Su Majestad, en reemplazo del Marqués de Malpica, no abandonando este cargo hasta que le ofrecí un puesto en el cuerpo expedicionario de tropas que llevé á Roma en 1849. Formaban además la alta servidumbre del Rey el Marqués de Alcañices y el de Castelar, si mal no recuerdo, sumándose á estos nombres y brillando constantemente en la Corte, con resplandor incomparable, las damas de la Reina, entre

las que principalmente recuerdo en aquel período á la Duquesa de Villahermosa, abuela de la actual Condesa de Guaqui y señora muy ilustre y respetable por su nacimiento y por su edad; á la Marquesa de Alcañices, de quien ya hablé, pero cuya hermosura parecía aumentar cada año; á la de Villadarias, hermana del Duque de Medinaceli, que



LA DUQUESA DE GOR.
(Copia de un retrato de familia.)

figuraba entonces mucho en Madrid y en Palacio; á la noble Duquesa de Berwick y de Alba, cuyos dos hijos, el actual Duque, y su hermano Enrique, Conde de Galve, ocuparon luego tan alto lugar entre la aristocracia europea y en la Corte de las Tullerías; á la Princesa de Anglona, una de las más elevadas damas de la época; á las de Veragua y de Ahumada; á la de Valencia, que pasaba unas temporadas en Madrid y otras en París con sus padres ya ancianos, y á la Marquesa de Miraflores, en fin, de cuyos grandes bailes hablaré luego.

Además, una nueva generación de muchachas jóvenes y bonitas se

presentaba en los salones, en los paseos y en los teatros, contrayendo rápidamente los más brillantes matrimonios. En la casa de Santa Cruz,



LA PRINCESA DE ANGLONA.
(Tomado de un retrato de familia.)

por ejemplo, aparecieron las jóvenes que fueron luego Marquesa de Villafranca, Condesa de Corres, Marquesa de Alcañices, y Pepita, que murió víctima de un accidente de carruaje, presentándose en el mun-

do al propio tiempo el hijo mayor, actual Marqués de Santa Cruz, y Juanito, Marqués de Arcicollar. Todas las hermanas de mi inolvidable amigo Antonio Santiago, contrajeron en los mismos años grandes enlaces, harto justificados por la nobleza de la casa, la belleza de sus mujeres y el agudísimo ingenio que fué siempre patrimonio de esta familia. La mayor casó con el Conde de Sástago; la segunda, con el Marqués de Vallehermoso; la que seguía, Águeda, con el Marqués de Casasola, actual Conde de Puñonrostro; otra fué Marquesa de Perales, otra Baronesa de San Petrillo, y las dos menores, Joaquina y Emilia, casaron también, la una con el Conde de Giraldeli, y la última con el coronel Loygorri. Figuraban mucho las hijas del Marqués de Malpica, Mariquita, Luisa, Cristina y Blanca; el Marqués era uno de nuestros veteranos de la guerra de la Independencia, antiguo ayudante del general Castaños, y brillaba en su pecho la cruz gloriosa de Bailén. Su hija mayor es hoy la actual Marquesa de Santa Cruz; Cristina casó con el Marqués de Santa Ana; la menor, Blanca, con un hijo de la familia Lasso de la Vega, de Sevilla, hermano del Marqués de las Torres de la Presa, y los dos hijos del Marqués emprendieron, como su ilustre padre, la carrera de las armas. No olvidaré tampoco en esta grata enumeración que voy haciendo, á la descendencia ilustre de la Duquesa de Gor, cuyas hijas eran quizá las más bellas de todas. La mayor, Carmen, casó muy joven con el Marqués de Povar, Duque de Arión, y luego contrajo segundas nupcias con mi ilustre compañero de la guerra el Marqués de Novaliches; Pepa fué Condesa de Viamanuel; Luisa se unió al Marqués de Bélgida, Conde de Tendilla, y luego, por un segundo enlace, al Marqués de Villavieja, mi fraternal amigo; Rosario casó con el Conde de Cantillana, y sólo quedaron solteras Encarnación y Jacoba, por sus aficiones piadosas y el empeño que han demostrado siempre de consagrarse á obras de caridad y á prácticas de religión. El hijo mayor, Mauricio, que era el jefe de la familia, se distinguió sirviendo desde niño en las filas del ejército, ilustrándolas con su nombre, y honrándose á sí propio con tan noble servicio, y sus hermanos Nicolás, Pepe y Jaime, comenzaron á ocupar distinguidos puestos en las cancillerías y embajadas. Con estos elementos que acudían constantemente á Palacio y poblaban sus anchas salas, era difícil aburrirse durante aquellas horas de forzosa permanencia en espera de S. M. Muchos de estos casamientos se concertaron bajo los regios artesonados, y más de algún enamorado hidalgo se atrevió á significar sus esperanzas al oído de su amada, cerca de aquellos pesados cortinones que dividían las estancias Reales, mientras las madres, cubiertas de brillantes, ostentando sus bandas é insignias palatinas, presentaban á los ministros y funcionarios continuos memoriales, ó formando animados grupos cerca de las gigan-

tescas vidrieras, cuchicheaban entre sí para comunicarse ó comentar la más reciente noticia de *la Casa*, la concesión de la última banda de María Luisa, ú otras anécdotas sociales más sabrosas, cuyos ecos no podían llegar hasta los virginales oídos de sus hijas.

Hubo, pues, entonces, desde 1844 hasta 1848 en que volvieron á estallar grandes perturbaciones, una época de verdadero renacimiento para la sociedad de Madrid, originada por la tranquilidad relativa que comenzó á disfrutarse, por la animación de la Corte, de donde partía todo impulso, por el acontecimiento que constituyeron las bodas Reales, y por los esfuerzos de aquella nueva generación aristocrática que se presentaba en la sociedad madrileña, sin más afán que divertirse. Antes de las bodas hubo ya grandes bailes en el palacio de la Reina Cristina, calle de las Rejas. En Palacio se comenzó á recibir en la misma época, invitando S. M. á la flor de la nobleza para que asistiese á los conciertos que organizaba, demostrando en ellos el gran mundo una afición vehemente por la música. Un concierto recuerdo que me dejó verdaderamente impresionado. En una de las habitaciones de Palacio se había construído un gran escenario para que lo ocupasen los artistas, y el resto del salón se cubrió de filas de banquetas para los convidados. A la derecha, en grandes sillones, situáronse la Reina, la Princesa de Asturias, la Reina madre y el Infante D. Francisco, y detrás de ellos los Ministros de la Corona. A la izquierda y enfrente de S. M. tomó asiento el Cuerpo Diplomático con sus señoras, y el resto de la estancia fué ocupado, sin orden ni etiqueta, por los favorecidos con el convite de la Reina. El programa constaba de tres partes, dedicadas las dos primeras á la música sagrada y la última á la profana, y no creo que será necesario exagerar mucho el interés con que fueron escuchadas por aquel público de reyes, de príncipes, de dignatarios y de grandes, la señora Condesa de Merlín, cuya voz de contralto era admirable, y

D.ª Encarnación Camarasa. Ya he dicho en otro lugar que era ésta la muchacha más bonita de Madrid; pero reunía también las condiciones de artista consumada, y aquella noche en Palacio logró arrebatar á todos, cantando con admirable maestría el rondó final de *Lucrecia Borgia*. Sin abandonar los conciertos, diéronse en Palacio, antes y después de las bodas, bailes muy frecuentes. Uno se celebró magnífico, después del matrimonio y en la época del Carnaval, al que acudió toda la sociedad de Madrid con riquísimos é históricos disfraces. Allí se vieron caballeros cubiertos de auténticas armaduras, y lindas castellanas de la Edad Media; pajes y mosqueteros de Luis XIV; damas de la corte de Luis XV; admirables chupas y casacas de Carlos IV, con bordados y pedrería; dominós, aldeanas, *pierrettes*, griegas, etc. cubiertas de encajes y brillantes; y árabes, rusos, mongoles y *derviches*, desplegando toda magnificencia. El viejo Duque de Castro-Torreño llevaba el traje de abate con el cual se presentó en el mismo Palacio al Rey Carlos III; el Duque de Frías y el Marqués de Aranda iban vestidos de soldados rasos de los tercios de Flandes, y los Duques de Medinaceli, Ahumada y San Lorenzo, con los uniformes respectivos de los regimientos de infantería de Jaén, Saboya y Jerez, que levantaron y llevaron á la guerra de Sucesión sus nobles antecesores. Creo fuera aquel día cuando me disfracé yo con el uniforme grande de coronel de Guardias Españolas.

Ante aquella iniciativa de la Corte, las grandes casas no podían permanecer indiferentes. Narváez, que había comprado y alhajado suntuosamente el palacio del Duque de Montemar, dió también grandes comidas, conciertos y bailes, de trajes unos, y de etiqueta otros, á los cuales asistía siempre la Reina con la mayor complacencia. A las comidas eran invitadas las damas del Cuerpo Diplomático, entre las que recuerdo mucho á la misma Condesa de Merlín citada, á la Condesa de Bresson, mujer del Embajador de Francia, y á la Princesa Carini, italiana. En Palacio, en esta casa, y en otras de que hablaré en seguida, hacían su primera entrada en el mundo las dos hijas de la Condesa del Montijo; Eugenia, Condesa de Teba, que debía ocupar el trono Imperial de Francia, y Paca, que casó muy pronto con el Duque de Berwich y de Alba. Ambas eran de hermosura y distinción extremas, y con ellas se mezclaban en alegre y bullicioso torbellino las de Casa Valencia, Someruelos, Zarco del Valle, Montufar, Iturbieta, Tilli, Arana —de las cuales recuerdo á Juanita, joven bellísima, que después casó con el Marqués de Ayerbe—Tendilla, Acapulco, Carondelet, San Felices, Puebla, San Román y otras que todo lo embellecían y alegraban. En las fiestas de casa de Narváez se rendía también culto á la música, y en sus conciertos oí cantar á la Condesa de Sentmenat, de una noble

familia catalana, á la señorita de Ezpeleta, gran música, y á la señorita de Bouligni, que unió luego su suerte al bravo y desgraciado general Manso de Zúñiga, muerto muchos años después en un campo de



Doña Eugenia de Guzmán y Portocarrero,
Condesa de Teba.

batalla. En 1845, 46 y 47 dió también grandes bailes el Marqués de Miraflores, en cuyos vastos salones circulaban más de 400 personas. La ilustre Condesa del Montijo comenzó á recibir todos los domingos en su palacio de la plaza del Angel, adquiriendo así una costumbre tradi-

cional que mantuvo hasta los últimos días de su vejez, y últimamente, el Conde de Bresson y el ministro de Inglaterra, Bulwer, devolvieron á la sociedad madrileña todos estos obsequios, celebrando bailes y comidas, *raouts* y conciertos. Creo fuera en estos años cuando se introdujo en Madrid la *polka*, que la juventud acogió con entusiasmo, y cuando en Palacio se intentó restablecer el *minuet*, bailándolo un día la Reina y la Infanta con la mayor ceremonia. El paseo elegante en los meses de invierno llevóse al Botánico y á Atocha, abandonando el Prado, y los *dandys* y *lionas*—como entonces se llamaban los de la flor y nata—comenzaron á presentarse en estas alamedas, manejando briosos caballos extranjeros.

Parecía natural que con esta grande animación salieran de su prolongado letargo los teatros, y que el arte dramático volviera á florecer en España. Pero no ocurrió esto por desgracia; antes al contrario, fué aquella la época de los melodramas tremebundos importados de Francia é inspirados en la literatura de Eugenio Sué, Federico Soulié y Alejandro Dumas; de las comedias de magia tales como *La Pata de cabra* y *Los Polvos de la madre Celestina*, con el inimitable Mariano Fernández, y de los prestidigitadores, entre los cuales sobresalía el famoso M. Macallister; de suerte, que la representación de *El desdén con el desdén*, con la que el Teatro del Príncipe solemnizó la boda de la Reina, constituyó un verdadero acontecimiento para los hombres de letras. Lo hubiéramos, pues, pasado mal los muchos aficionados al teatro, si Salamanca no hubiese venido en nuestro auxilio, tomando pronto en arriendo el Circo de la plazuela del Rey y proporcionando á Madrid magníficos espectáculos. El Circo era un mal edificio perteneciente al Conde de Polentinos, que habitaba con su familia en su histórica y antigua casa llamada de las *Siete Chimeneas*. Mr. Paul, gimnasta y domador de caballos, vino á la capital mucho antes, arrendó el terreno inmediato de Polentinos y construyó un circo para dar representaciones ecuestres, que por un momento gozaron de gran boga. Pero Salamanca, después de los sucesos de 1843, se quedó con esta construcción destartalada y fea, y convirtióla en teatro, comenzando por dar comedias, sainetes, y luego bailes magníficos de gran espectáculo á imitación de los *ballets* que estaban en Francia tan en boga. Estableció así una especie de competencia con el Sr. Ceriola, que había arrendado al mismo tiempo el Teatro de la Cruz—donde por cierto debutó Flavio con la *Sonámbula*—áun cuando, en virtud de un acuerdo posterior entre los dos banqueros, llegaron á un convenio por el cual alternaron en ambos coliseos los artistas de uno y otro empresario.

Todos mis contemporáneos recordarán sin duda los famosos bailes, *El Diablo enamorado*, *El Lago de las hadas*, *La Linda Beatriz* y otros

en varios actos, que hicieron las delicias de Madrid en el Circo; pero mejor se recordará á la protagonista y famosa bailarina la Guy-Stephan, que, con su compañero *Petit-Pas*, aplaudíamos todas las noches. *Petit-Pas*, muy hábil en su arte, era insufrible para los hombres, aunque no inspirase iguales sentimientos de hostilidad al bello sexo, pues algo recuerdo que se habló relativo á sus éxitos fuera del escenario. Los bailes de espectáculo cedieron pronto el paso á las óperas, cuando Salamanca, en las primaveras de 1845 y 46, contrató grandes compañías de canto, que formaron verdaderamente época en Madrid. Ronconi se presentó con *María di Rohan*, electrizando á nuestro público, que le aplaudió frenéticamente; gran actor y gran cantante, de pequeña estatura y emitiendo su poderosa voz con valentía, llegó Ronconi á ser aquí una especie de ídolo. Con él cantaron el tenor Moriani, inimitable en la *Lucia;* luego Salvi, y últimamente la Persiani, estrella de primera magnitud y rival de la Grisi. La Persiani dominaba todo el repertorio ligero y cantaba como no he oído cantar después á ninguna otra, la *Lucia*, *Puritanos*, *Sonámbula*, *Barbero*, *Elixire*, etc. El Teatro del Circo se convirtió con esto en centro brillantísimo de la sociedad de Madrid, y punto de cita de los muchos y buenos aficionados que encierra; y como las compañías venían después de transcurridos los meses del invierno, las señoras se presentaban en los palcos y lunetas con mantillas blancas y cubiertas de flores, lo cual daba á la sala una animación y una alegría extraordinarias. Produjose así un recrudecimiento en la afición por la música, que hasta repercutió en Palacio, donde volvieron á repetirse los conciertos, pero con la circunstancia especialísima de que las personas Reales tomaran parte en ellos. La Reina cantó varias noches *duos* y *tercetos*, no necesitando yo decir si fué aplaudida, en unión del Rey, de la Infanta D.ª Luisa Fernanda y de la misma Reina D.ª María Cristina, que también tomaban participación en los coros y piezas concertantes. Creo fuera en el invierno de 1846 cuando vino al Circo el joven tenor Tamberlick; pero debutó sin ruido ni ovaciones, cantando *I Lombardi*, *La Mutta di Portici* y *Atila* y sin que nadie se apercibiera de que pisaba ya nuestra escena el que debía ser con el tiempo, por su voz maravillosa y por su inimitable sentimiento, el tenor más aplaudido en Madrid, después de Rubini. Tal era la fisonomía de la Corte en aquellos años.

El rey D. Francisco me distinguía particularmente mucho, y una vez en El Pardo mostróseme muy agradecido porque, cumpliendo con mi deber y con los respetos que su alta representación me imponían, mandé al Real Sitio un batallón que montara su guardia de honor durante las temporadas en que se entregaba á la afición de la caza. Era el Rey discretísimo y de una ilustración nada común; pero los hombres políticos

que más de cerca le rodeaban, perjudicaron entonces mucho al Ministerio, pretendiendo que S. M. tomara una participación más directa en la gobernación del Estado. En cambio tuve que cumplir, en aquellos



S. M. El Rey Don Francisco de Asís.

días, con el penoso deber de comunicar al infante D. Francisco, su padre, una decisión del Gobierno que le obligaba á salir de la Corte y á residir en San Sebastián, por haberse supuesto que S. A. tuvo participación en un *complot* progresista encaminado á derribar al Ministerio.

En el mes de Julio de 1847 deseó Mazarredo que pasara yo á la Inspección de Infantería para secundarle desde este puesto en los trabajos de reorganización del ejército, que estaba llevando á cabo, si bien iba á desempeñar este cargo con el carácter de interino, conservando siempre la Capitanía general; mas recibí poco después, en propiedad, el primer nombramiento, reemplazándome en el mando del distrito don Santiago Méndez de Vigo. Recuerdo bien que entré en la Inspección con gran desconfianza, por mi absoluta falta de práctica en el manejo de papeles; pero la acepté con gusto, para verme libre durante algún tiempo de las graves responsabilidades políticas y de orden público de aquella azarosa época.

Cuando el primer día de mi despacho en la Dirección vi entrar á varios ordenanzas con diez y ocho enormes carpetas de otros tantos negociados, confieso que quedé secretamente anonadado. ¿Cómo había de resolver aquello cada día? ¿Cómo enterarme de lo que firmaba? Dispuse, en su vista, dejar al brigadier secretario lo de simple trámite, y ordené que los jefes hiciesen diariamente duplicadas relaciones de los asuntos que ponían á mi firma, certificadas por ellos y bajo la garantía de su responsabilidad. Éstas listas, que se llamaron *Índices*, quedaron definitivamente adoptadas, y aún subsisten, viniendo á constituir una especie de registro, fácil de consultar en todo caso. Para conocer el personal del arma, mandé hacer cortas y someras biografías de cada oficial y jefe, en las que se consignaban sus antecedentes, llevando una marca especial, sólo de mí conocida, por la que á primera vista sabía si el comprendido en ella podía ó no inspirar confianza al Gobierno. Para todos ellos, sin olvidar á los sargentos, empleé igual sistema de atracción que el ya adoptado en mandos anteriores.

La organización de los batallones de cazadores, decretada por Mazarredo dos meses antes de mi entrada en la Dirección, me ocupó mucho en esta época. Creáronse con la reunión de las compañías escogidas que cada regimiento tenía, y se formaron por este medio cuerpos de primer orden, con grande espíritu y mandados por oficiales cuidadosamente escogidos entre los más jóvenes y entusiastas. No nos engañamos Mazarredo, ni el inteligente general Soria, mi antecesor en la Dirección, ni yo, al suponer que este instituto había de prestar al país grandes servicios, constituyendo cuerpos de fácil manejo y de una acción decisiva en los combates. Según el primer decreto, no debían pasar de once estos batallones, con numeración correlativa desde el 1, y con los nombres especiales de Cataluña, Tarragona, Barcelona, Barbastro, Talavera, Tarifa, Chiclana, Figueras, Ciudad Rodrigo, Alba de Tormes y Arapiles. Todos ellos se completaron á 600 plazas, con seis compañías para tiempo de paz, debiendo ampliarse hasta 1.000, con ocho

compañías, en el de guerra, siendo mandados por dos jefes de la categoría de primeros y segundos comandantes. Poco después se aumentaron en Cataluña hasta diez y seis los batallones, creándose el de Baza, el de Simancas, el de las Navas, el de Antequera y el de Vergara, y determinándose que todos se nutrieran y reemplazasen con hombres escogidos en los regimientos, con igual escrupulosidad que si las compañías hubiesen seguido perteneciendo á los suyos respectivos; claro es que esta determinación no pudo sostenerse por la resistencia pasiva, pero tenaz, que oponían los coroneles viendo que se les arrancaba la flor de sus regimientos, y así hube de ordenar pronto que las sacas de los cazadores se hicieran directamente de las Cajas de recluta, con sujeción á reglas de que hablaré más adelante. El uniforme no se varió por entonces: mantuviéronse las sardinetas en las bocamangas, y se añadieron sólo, en las galletas de los morriones, la cornetilla y el número sobre una cara, y las cifras de la Reina en la contraria.

Pronto tuve ocasión de hacer lucir estos cuerpos de preferencia al designarlos el Gobierno para formar parte de las fuerzas que, al mando del general D. Manuel de la Concha, debían realizar la expedición de Portugal. Las turbulencias de este reino, originadas por la insurrección del Miño en Mayo del 46, hacían temer los nuevos desórdenes, que pronto estallaron, pues sobrevino el levantamiento de la provincia de Beira, y como el movimiento estaba sostenido por los jefes del partido setembrista, una parte del ejército se unió á él, y tomó tal incremento la insurrección, que fuerzas muy numerosas llegaron hasta amenazar á Lisboa. El combate de Torres Vedras, ganado por el mariscal Saldanha, jefe de las tropas de la Reina, salvó, sin duda, el trono de D.ª María de la Gloria, y la insurrección hubiera quizá sido sofocada, si el Gobierno de S. M. F. hubiera dispuesto de medios. La carencia de estos y la actividad de la Junta revolucionaria de Oporto, coaligada con el partido Miguelista, que se hallaba en armas en el Miño Tras-os-Montes, y Sierra de la Estrella, hicieron que la lucha tomase un carácter muy pronunciado á favor de la Junta.

El Gobierno nuestro sabía perfectamente cuanto acontecía en el vecino Reino lusitano, no sólo por su representante diplomático, sino por las comunicaciones que recibía del brigadier Marqués de España y del coronel D. Senén de Buenaga, comisionados *ad hoc*. Vió, pues, Pacheco inmediato el caso de una intervención armada, y al efecto dictó las órdenes oportunas para la reunión de algunas fuerzas en Badajoz. Poco después destinó otras, y mandó se reconcentrasen en la frontera, desde Salamanca á Zamora, para formar el ejército de observación de Portugal, cuyo mando se encomendó á D. Manuel de la Concha, reuniendo pronto bajo sus órdenes sobre 11.000 soldados, 600

caballos y la artillería correspondiente. Con él debían marchar los generales D. Anselmo Blaser y D. Francisco Lavalette, y los brigadieres D. Francisco Mata y Alós, D. Jaime Ortega, D. Modesto de la Torre, D. Mariano Belestá, D. Francisco Lersundi, y el de Artillería D. Ramón Salas. La elección del general Concha para el mando en jefe de estas tropas era acertadísima. Hartas veces he recordado ya en este libro las condiciones y merecimientos de mi antiguo é inseparable compañero de la Guardia en Barcelona. Manuel era, en efecto, un verdadero hombre de guerra, que unía al valor personal gran conocimiento del soldado, una actividad maravillosa y un corazón entero y enérgico. El fascinador torbellino de la política nunca le ofuscó á punto de hacerle olvidar su amor por todo cuanto se refería al arte militar y á las necesidades de la guerra, poniéndole en el caso de presentir las transformaciones que los combates sufrirían con motivo de los adelantos de las ciencias, é induciéndole á redactar su reglamento táctico para la Infantería, que nos adelantó, en su época, á todas las naciones, aunque luego, por efecto de los mismos é incesantes progresos de las armas de tiro rápido y de largo alcance, fuera menester modificarlo y suprimirlo á la postre.

Hallábase ya en Zamora, en Mayo, D. Manuel de la Concha, cuando se recibió en su cuartel general el protocolo firmado en Londres el 21 del dicho mes por los representantes de España, Francia y la Gran Bretaña, en el que, entre otras cosas, se estipulaba que un cuerpo de tropas españolas penetrase en Portugal, á fin de restablecer el orden. En su virtud, se determinó todo lo necesario para la operación, y el 11 de Junio fué ya ocupada Braganza. El plan de campaña, combinado con los jefes de las fuerzas lusitanas que permanecían fieles á la reina D.ª María—plan que no detallo porque mi objeto no es historiar la expedición, sino recordarla ligeramente—hubo que modificarlo, en atención al aspecto que tomaban los asuntos del país y á la imperiosa necesidad de que las armas españolas se presentaran á la mayor brevedad, y en fuerza respetable, á la vista de Oporto. Esto fué lo que impulsó al general Concha, según me lo dijo varias veces, á entrar en Portugal por Braganza, y después, con método y con sujeción á las circunstancias, á dirigirse lo más pronto posible sobre la mencionada plaza de Oporto, á fin de aprovechar el estado de desaliento en que se hallaban los sublevados, estado del que hubo ya plena evidencia, por haberlo manifestado así varios individuos que servían á la Junta y que se presentaron el 21 de Junio en el cuartel general situado en Villarreal.

Las tropas, sin embargo, continuaron su marcha en el mayor orden y preparadas á combatir, si bien esto no podía ya suceder, habida cuenta del desaliento que reinaba en los adversarios. Así es que el 25,

y hallándose ya el General en jefe en las inmediaciones de Oporto, se le presentó el brigadier portugués D. César de Vasconcellos, comandante general de todas las fuerzas que estaban al servicio de la Junta de Oporto, encargado por ésta de hacer ciertas proposiciones de arreglo. Con esto la cuestión pudo darse ya por terminada, en virtud del conocido axioma de que «plaza sitiada que parlamenta, está medio rendida»; el General español, á las explicaciones del parlamentario, contestó que creía que «su misión debía más bien dirigirse al Mariscal, Sr. Duque de Saldanha, porque era más conveniente y decoroso á los partidos entenderse entre sí, que acudir á los extranjeros para terminar sus diferencias.» El brigadier Vasconcellos repugnó estos consejos, fundándose, después de pintar con vivos colores la exaltación de los partidos, en las terribles consecuencias que podría ocasionar la ocupación de la ciudad por tropas del Mariscal, añadiendo que la Junta estaba decidida á entenderse sólo con el general Concha. Dió esto lugar á algunas negociaciones, hasta que por la prudencia y las altas razones de Estado y de patriotismo en que todos se inspiraron, vínose á un acuerdo honroso, y se concluyó en Gramido á 27 de Junio de 1847 el convenio denominado de Oporto, que firmaron, por España el general Concha, el coronel Wilde por Inglaterra, el Marqués de Soulé, par del Reino, en nombre de Portugal, y el general Vasconcellos como representante de la Junta, entrando nuestras tropas el día 30 en Oporto y dejando en aquel país, al retirarse, un gran ejemplo de moderación y de disciplina. Concha se acreditó allí de hábil y prudente negociador, demostrando que nuestra intervención pudo ejercerse en beneficio de aquel país, consolidando el trono de D.ª María de la Gloria, sin herir los sentimientos nacionales de los portugueses, cual sin duda hubiérase ejercido en España, por la cooperación francesa, para terminar algunos años antes nuestra primera guerra civil y afianzar la corona en las sienes de D.ª Isabel II.

Muchos han supuesto que Narváez se manifestaba desde París enemigo acérrimo, aunque oculto, del Ministerio Pacheco y de los hombres que lo componían. Nada es, sin embargo, más inexacto. Véase en comprobación de mi negativa lo que me escribía desde aquella ciudad el 14 de Agosto, es decir, cuatro meses después de constituído el Gabinete y días antes de la crisis parcial que se produjo el 31: «Muy satisfactorio es para mí—decía—que mi jefe se exprese en los términos que V. dice lo hace, aprobando mi conducta, y bueno es que en su concepto los militares sirvamos para algo más que para desenvainar la espada.» El Ministerio, no obstante, luchaba con las grandes dificultades que le oponían los ultra-moderados, que capitaneaba D. Pedro José Pidal, y el mismo Mon, su cuñado, creyendo ver un peligro en las ten-

dencias más liberales de Pacheco por las esperanzas que hacía concebir al partido revolucionario. Los progresistas, manifestándose entonces ciegamente partidarios de la Reina, hacían cruda guerra al Ministerio, amenazándole siempre con nuevas perturbaciones de orden público. Fuera, pues, que Pacheco, como raro ejemplo en aquella época, advirtiera que habia gobernado cuatro meses, nada menos, sin



DON JOAQUÍN FRANCISCO PACHECO.

revoluciones ni trastornos, ó que se contentara ya con este primer éxito y con el derivado por el feliz desenlace de la intervención en Portugal, ó que temiera las grandes intrigas que ya provocaba en la Corte el ministro inglés Bulwer, empeñado en dar el gobierno á los progresistas, ó bien, en fin, que se dejara guiar por los consejos de Pastor Díaz, soñador y poeta, á cuyo especial temperamento no ajustaban bien las ásperas luchas de la política, lo cierto es que, por una resolución que sorprendió á todo el mundo, y sin causa alguna de importancia conocida, de mí al menos, Pacheco un día presentó su dimisión, manifestando también su deseo de retirarse con él los Sres. Benavides, Pastor Díaz, Bahamonde y el general Mazarredo. La Reina, sin variar de política, confió las carteras vacantes á D. Patricio de la Escosura,

á D. Modesto Cortázar, á D. Antonio Ros de Olano, que se encargo del Ministerio de Obras públicas, y yo fuí llamado á desempeñar la cartera de la Guerra, ocupando la Presidencia del Consejo, ocho días después, D. Florencio García Goyena.

Nada estaba más lejos de mi ambición. Lo digo con toda sinceridad. Hallábame contento en un puesto que ya comenzaba á dominar, y ansiaba asociar mi nombre á la reorganización de nuestra Infantería, á cuyas tradiciones y glorias he rendido siempre una especie de culto. Pero mi nombramiento lo había indicado S. M., y esto, y los deseos de mis amigos de siempre, que me invitaban á compartir con ellos los lauros ó las responsabilidades del nuevo Ministerio, me decidieron á aceptarlo, aunque no sin trabajo, porque conocía las inmensas dificultades con que luchaba el partido moderado, y no me hacía ilusiones, á pesar de mis treinta y ocho años y de verme en la cúspide de la fortuna militar y política, sin haber prestado servicios merecedores de tan alto puesto.

Desde luego acepté en el Ministerio, y continué, las reformas que mi antiguo jefe y amigo el general Mazarredo tenía iniciadas y que no enumero como propias, por pertenecer á aquel digno General todo el mérito de su implantación. En época como aquella, necesitaba ocuparme atentamente de seguir y vigilar los trabajos revolucionarios, persuadido de que habría de llegar el momento de tener que combatirlos á viva fuerza. En esta previsión distribuí los mandos militares entre los generales de la más absoluta confianza. Envié á Cataluña á Don Manuel de la Concha, que volvía de Portugal, ya agraciado con el título de Marqués del Duero; y como allí comenzaran á presentarse en este tiempo algunas partidas carlistas, puse á disposición de Concha las fuerzas que le acompañaron á Portugal, eligiendo él la mayor parte de los batallones de cazadores. Fué á Valencia el general Campuzano; á Castilla la Vieja, D. Felipe Rivero; á Burgos, D. Agustín Caminero, y á Granada, D. José Manso. Nombré á Prim Capitán general de Puerto Rico, y al general Ezpeleta, para igual puesto, en las islas Canarias. Con esto, y con la seguridad que me inspiraba la guarnición de Madrid, pude creer que todo intento de perturbación, si se iniciaba, quedaría eficaz y rápidamente sofocado. Nombré además para sucederme en la Dirección de Infantería á D. Anselmo Bláser, y entre otros nombramientos que no puedo tener presente, figuró también el de D. José de Oribe para la Dirección general de Carabineros, por necesitar este Cuerpo, muy levantisco entonces, de un general que nos fuera enteramente adicto y que demostrara, como la demostró siempre Oribe, gran entereza de carácter. Atribuyéndolo á un acto de favoritismo, me criticó mucho la prensa progresista el empleo de coronel que otorgué

á mi amigo D. Luis Hurtado de Zaldívar, confiándole además el mando de un regimiento de caballería; mas no tuve ocasión de arrepentirme de ello, pues conocía bien las altas dotes de Zaldívar, y sabía que



El General Castaños (1).

el país y el ejército ganarían con sus adelantos, tanto como podía ganar él mismo. Estaba á la sazón Castaños algo retraído del mundo oficial, y parecía olvidado. Yo le nombré comandante general del Real Cuerpo de Alabarderos, por Real orden de 29 de Octubre, y con esto tuve la

(1) Aunque ya hemos publicado su retrato en el tomo I de esta obra, no vacilamos en estampar aquí otro que representa al ilustre general en los últimos años de su vida. (*Nota del Editor.*)

satisfacción indecible de dar un día de placer al glorioso anciano, representante de nuestra gran epopeya nacional.

El acto más importante que realizó aquel Ministerio, y que basta para caracterizar toda su política, fué la amplia y completa amnistía que concedió á los emigrados progresistas al día siguiente de nuestra subida al poder. Yo la suscribí con gusto, estampando el primero mi firma al pie del Real decreto que concedía la vuelta á España del general Espartero. Ya lo he dicho en otro lugar: yo di por satisfechos en 1843 los personales y antiguos agravios del Duque de la Victoria, y al firmar en 1847 el decreto que le devolvía al seno de la patria, hícelo con placer y en honor á la memoria de mi hermano, cuyas enseñanzas fueron siempre generosas y nobles. Cuando, algunos meses después, vino á presentarse á mi despacho del Ministerio de la Guerra, estreché con sinceridad la mano que me tendía, y de nuestras anteriores discordias no quedaron, por mi parte al menos, consecuencias que pudieran influir directamente en hechos ulteriores.

Para con los antiguos carlistas, no convenidos, que permanecían en el extranjero, negándose á intervenir de nuevo en la guerra de partidas que se iniciaba en Cataluña, mostróse el Gobierno generoso, proporcionándoles todas las ventajas compatibles con su situación, y por mi parte pude lograr que al infante D. Francisco se le permitiese salir de San Sebastián y trasladarse á Burgos, como lo deseaba.

Toda esta política *mansa*, como la llamaba D. Pedro José Pidal, no podía satisfacer ni recibir la sanción de los antiguos é inflexibles jefes del partido moderado, y así fué que desde que vió la luz el decreto de amnistía, comenzaron á dirigir al Gobierno muy rudos ataques. Los progresistas, en vez de mostrarse agradecidos, arreciaban más en su oposición, atribuyendo á debilidad la conducta patriótica del poder, y se vió pronto que el pensamiento de llamar á la legalidad á los rencorosos liberales, procurando establecer entre los partidos relaciones benévolas, iba no más que á crear una división en nuestro campo. Así, al menos, lo temieron los hombres políticos más entendidos que formaban el Ministerio, y por esta razón se pensó en que Narváez, recién llegado á Madrid á fines de Septiembre, se encargara nuevamente de reconstituirlo para organizar y unir bajo su mando la totalidad del partido. Expidió, pues, el decreto S. M. el 4 de Octubre, á pesar de lo mucho que se opusieron á ello García Goyena y el mismo D. Patricio de la Escosura, y todos presentamos nuestras dimisiones; mas el nuevo Presidente no quiso aceptar la de Ros de Olano ni la mía, alegando, en cuanto á mí, que necesitando ocuparse personalmente y con especialidad de la política y de la dirección general del Gobierno, consideraba conveniente mi permanencia en el Ministerio

de la Guerra, para no interrumpir en el ejército la marcha iniciada por Mazarredo y seguida por mí, y para continuar en la Infantería los trabajos en el personal que tan excelentes resultados nos daban, pues que desde hacía cerca de medio año no se había producido el menor desorden, ni realizado acto alguno de indisciplina. Fuí, pues, confirmado en mi puesto bajo la nueva presidencia de Narváez, acusándome la prensa progresista de haber hecho traición á Salamanca y á García Goyena, y de no sé cuantas otras cosas inspiradas en igual justicia y en la misma misericordia, y estos ataques arreciaron con más saña, cuando el 10 de Octubre recibía el ascenso á Teniente general, acordado reservadamente por el Consejo de Ministros, que deseaba tuviera el jefe del ejército en el Gobierno la representación necesaria para desempeñar sus altas funciones con autoridad y prestigio. El Ministerio se constituyó entrando en Gracia y Justicia Arrazola; en Hacienda, D. Francisco Orlando, Conde de la Romera; D. Luis Sartorius en Gobernación, y encargándome yo interinamente del Ministerio de Marina.

Narváez tenía una especial aptitud para presidir los Consejos de Ministros, manteniendo en ellos una especie de solemnidad grave, que sólo cortaba algunas veces él mismo, con algún arranque destemplado, pero contenido en el acto. Nunca interrumpía ni permitía se interrumpiese á ningún ministro mientras usaba de la palabra; pero si la discusión salía del objeto principal puesto al debate, procuraba encauzarla en seguida y siempre con mucho tino y acierto. Algunas veces su naturaleza de andaluz predominaba en él, y sin poderlo remediar lanzaba un chiste ó una frase ingeniosa y carecterística, más elocuente y más decisiva en ocasiones que el mejor discurso. Generalmente abría él mismo la discusión hablando de la prensa, cuyas censuras le eran intolerables, é invitando al Ministro de la Gobernación á que reprimiera sus ataques, que calificaba siempre con dureza; era Sartorius su víctima en esto, pues casi no se celebraba Consejo sin que recibiera igual género de excitaciones. Seguía después con Arrazola, recomendándole que mandara encausar sin miramientos á cuantos se hicieran sospechosos de *conspiración*. Esta era su constante pesadilla. Arrazola no oponía reparo á estos encargos, prometiendo cumplirlos inmediatamente, aun cuando luego no hacía sino aquello que le parecía bien. Estaba este ministro muy apoyado por Palacio, y á este apoyo debió sin duda que Narváez olvidase su gestión en el Ministerio de Pérez de Castro, cuando en 1838 y 39 fué, con mi hermano, tan duramente perseguido por el mismo Arrazola. Este recuerdo fué siempre causa de que no me inspirase á mí nunca grandes simpatías aquél hombre público.

En cuanto á Guerra, Narváez me tenía encomendado que sólo llevase al Consejo las cuestiones que exigieran Real decreto.

—Conviene—me decía—que no ocupemos mucho á estos abogados en las cuestiones del ejército.—Debo advertir que Narváez llamaba *abogados* á todos los hombres políticos que no eran militares.

No se celebraban entonces Consejos de Ministros presididos por la Reina. Cada uno teníamos un día señalado para despachar con S. M. y para darla cuenta de la marcha general de los asuntos, recibiendo sus órdenes é impresiones; y como la Reina se retiraba siempre muy tarde y gustaba de recibir á sus Ministros después de transcurridas las primeras horas de la noche, resultaba que nos reuníamos siempre en las más avanzadas, y que los Consejos terminaban, por lo general, á las tres ó las cuatro de la madrugada.

Una noche estábamos ya reunidos, pero faltaba el Ministro de la Gobernación, que no parecía, á pesar de haber transcurrido con mucho la hora del Consejo. Para ganar tiempo comenzamos á tratar asuntos de interés secundario, y de ellos nos ocupábamos tranquilamente, cuando apareció Sartorius pálido, demudado y pidiendo la palabra con urgencia. Concedida que le fué por el Presidente, díjonos que acababa de confirmar la existencia de un *complot* de carácter gravísimo, fraguado por los revolucionarios; que éstos, contando con inteligencias secretas en la servidumbre interior de Palacio, habían resuelto comisionar á algunos juramentados de los *clubs*—entre los que figuraba el que más parte tuvo en el asesinato del general Quesada—para que penetrasen enmascarados una noche en la Cámara Regia y en los momentos mismos de despachar S. M. con alguno de nosotros, sorprendiendo á la Reina y exigiendo al Ministro, puñal en mano, que refrendase un decreto nombrando otro Gobierno. El golpe iba á darse en seguida.

—En los barrios bajos—añadió—se nota ya la agitación precursora de las conmociones.

La convicción, el calor, la elocuencia y hasta el tono dramático con que se expresaba Sartorius, y los datos que aducía en comprobación de sus noticias, dejáronnos por un momento mudos y suspensos. La noche era horrible; una tempestad furiosa descargaba sobre Madrid en aquellas horas; llovía á torrentes, y los truenos, con su lúgubre sonido, acompañaban la voz fatídica del Ministro de la Gobernación. Cuando hubo terminado, un gran silencio sucedió á sus palabras. Narváez lo interrumpió, diciendo de repente:

—¡Oiga V., compañero, V. llega esta noche muy *guazón!*

Pero el ingenio, la gracia y el acento andaluz de Narváez no produjeron en aquel instante sino una risa silenciosa de Ros de Olano, y alguna que otra sonrisa algo forzada de los *abogados*, los cuales eran, sin embargo, hombres de corazón á prueba. Era evidente que la actitud y el acento de convicción profunda con que se expresaba Sartorius

habían impresionado al Consejo de Ministros; Narváez, mientras tanto, paseaba en torno de la mesa una mirada, en la que ya comenzaba á centellear la cólera.

—Lo cierto es—dijo entonces Arrazola, hablando muy lentamente—que no sería este el primer caso en que se intentase por los partidos en desgracia una agresión en Palacio á mano armada. A los que hasta ahora no han hallado inconveniente en exponer sus vidas, penetrando en los cuarteles ó luchando en las barricadas, procurando seducir soldados ó asesinando generales, poco ó nada podría intimidarles un acto de tan grande audacia. Yo, por mi parte, creo que en todo caso debemos tomar algunas medidas para prevenir este atentado inaudito, y nada perderíamos en ello, aun en el caso de que la confidencia resultara falsa.

Inclináronse á esta opinión la mayoría de los Consejeros, y entonces se resolvió que, en lo sucesivo, en vez de uno, fueran dos ó tres los Ministros que subieran á despachar juntos con S. M.; que nos comprometiéramos allí solemnemente todos á no refrendar decretos que no estuvieran aprobados por el Consejo, cualquiera que fuesen los riesgos que corriéramos; mas que si á pesar de esto llegara á formarse un Ministerio, violentando la voluntad de la Reina y sin las formalidades legales, nos comprometiéramos también, desde aquel momento, á no reconocerlo, y á hacer frente desde nuestros puestos á cuanto ocurriera, procediendo inmediatamente contra todos aquellos que resultaran complicados en el atentado, incluso con los que así recibieran sus nombramientos de Ministros de la Corona. También se acordó influir cerca de la Reina madre, que todavía se hallaba en París, para que volviera á España. Sólo ella tendría la autoridad suficiente para entenderse con S. M. acerca de la elección y confianza que podían inspirarla las personas de su íntimo é inmediato servicio. En cuanto á los rumores relativos á la actitud del pueblo de Madrid, dije yo que, no contando éste con el apoyo de la guarnición, nada intentaría, y que respecto de las tropas y de los jefes que entonces las mandaban, creía poder contar con su lealtad; pero que de todos modos redoblaría la vigilancia. Con esto levantóse el Consejo y cada cual se retiró á su casa, meditando acerca de lo sucedido é interpretándolo á su manera.

Los que atentamente hayan leído estas *Memorias* conocerán ya bien la personalidad y el carácter de D. Ramón Narváez. Valeroso en extremo ante toda suerte de riesgos, era, no obstante, suspicaz y desconfiado hasta un punto que no podré nunca suficientemente expresar. La noticia del *complot* trájole preocupado muchos días, y cuando entraba en Palacio—que comenzó entonces á frecuentar mucho—se encaraba con todos los servidores de aquella casa y mirábalos de arriba abajo, como si quisiera adivinar sus más ocultos pensamientos. Hízose entre-

gar secretamente una lista de cuantos componían la servidumbre interior de la Reina, así de mujeres como de hombres, debiendo figurar en ella hasta el más modesto portero y la más humilde moza de retrete, y mandó además que todos fuesen vigilados constantemente, disponiendo que la policía emprendiese una información particular y minuciosa acerca de los antecedentes y de la vida de cada uno.

De estas preocupaciones vinieron á sacarle otras más graves, aunque fundadas en noticias enteramente falsas é inverosímiles. Diólas él crédito, no obstante, en un solo y fugaz momento de ofuscación, pero bastó que éste se produjera para inducirle á dar una especie de golpe de Estado, del que fuimos víctimas sus más antiguos, consecuentes y leales amigos. Acostado y durmiendo me hallaba yo en mi casa en la noche del 3 de Noviembre, cuando fuí despertado bruscamente por mi criado, el cual entró anunciándome la llegada de un coronel, ayudante del Presidente del Consejo y portador de un pliego urgente. Hícele entrar en seguida, y hallé entre los pliegues de una lacónica pero afectuosa carta de Narváez, el Real decreto relevándome del cargo de Ministro de la Guerra. Dejélo sobre la mesa inmediata; dije al coronel que quedaba enterado, y—cosa extraña en mi naturaleza, propensa siempre á los insomnios—apagué la luz, volvíme del otro lado y quedé de nuevo profundamente dormido. Al día siguiente, al abrir los ojos, pedí la *Gaceta* y en ella venían relevados, igualmente que yo, D. Antonio Ros de Olano, Ministro de Comercio, Instrucción y Obras públicas; D. Anselmo Blaser, Director de Infantería; D. José de la Concha, Director de Caballería, y su hermano D. Manuel, Capitán general de Cataluña, si bien se nos ponía á todos la obligada fórmula de haber quedado S. M. satisfecha de nuestro celo y lealtad.

Lo ocurrido fué lo siguiente. Un hombre político, cuyo nombre no debo revelar, pidió el día antes una entrevista á Narváez y le dijo que existía una vasta conspiración encaminada á derribarle del poder, de la cual éramos jefes y caudillos los generales ya citados, alegando no sé qué referencias ó qué demostraciones que lograron persualirle en aquel momento de la exactitud de sus asertos. Acometió entonces á Narváez esa especie de fiebre á que estaba sujeto su cerebro cuando la sospecha penetraba en él, y sin encomendarse á nada y sin hacer más reflexiones, mandó extender secretamente los decretos, los llevó á la firma de S. M. y envióles á la *Gaceta*. ¡En cierto modo había realizado el acto que temía Sartorius intentaran días antes los tenebrosos conspiradores de las logias revolucionarias!

Por persona enterada supe todo esto bien temprano, y poco tardé en escribir y enviar á Narváez una carta dura y violenta. La recuerdo bien; tan dura como resultaba mi destitución, después de co-

nocidas las causas que la motivaron. Pero Narváez había reflexionado en frío, y, aunque parezca extraño, estaba ya arrepentido de cuanto había hecho. La respuesta á mi carta trájomela él, personalmente, viniendo á mi casa antes de las doce. Luchaban en su alma varios encontrados sentimientos; la confusión que ya le producía su poco meditada conducta, imposible de justificar; su verdadero y antiguo cariño por mí, que en el fondo no se desmentía nunca, y la irritación que le produjo mi carta. Nunca le vi más turbado ni más indeciso.

Sentado cerca de una mesa pequeña en el centro de mi cuarto, y con el pañuelo arrugado en la mano derecha—costumbre en él casi continua siempre que le dominaba alguna preocupación — me explicó confusamente todo lo ocurrido hacía veinticuatro horas; enumeró las causas que le habían hecho ver como probables los hechos denunciados; alegó motivos trascendentales de política, los deberes que impone la razón de Estado, la suerte del partido, los intereses de la Corona, etc., etc. Pero Narváez no sabía fingir, y en sus palabras, en su acento, en todo, se advertía bien que no estaba convencido de cuanto iba diciendo; y como yo por mi parte le escuchara fríamente, y como él advirtiera por esta actitud que no lograba justificarse de modo alguno, detúvose un momento y me gritó de repente :

—¿Qué quiere V. que le diga más? ¿Quiere V. que me ponga aquí de rodillas?

Puse término á aquella penosísima escena del mejor modo posible, aunque negándome por el momento á admitir ninguno de los altos puestos con que me brindaba. Conocía bien á Narváez, y si no me era posible romper con él después de sus palabras, ni retirarle mi amistad, viendo que había obedecido á una de aquellas grandes ofuscaciones hijas no más que de su temperamento, y de las cuales podía considerársele, hasta cierto punto, irresponsable, mi irritación era demasiado profunda todavía, y la ofensa harto reciente y grave.

Dos días después, y como en desagravio á los generales destituídos, publicó la *Gaceta* varios decretos laudatorios y honrosos, concediéndonos diferentes mercedes. A mí se me otorgaba la Gran Cruz de Carlos III y la Senaduría vitalicia, y en el mes siguiente, obedeciendo á las excitaciones generales de todo el partido, que me dió en estas circunstancias muestras de vivo aprecio, entraba de nuevo en la Dirección de Infantería, resuelto á continuar prestando mis modestos servicios al ejército, desde aquel puesto de confianza.





CAPITULO VI.

Nuevas dificultades políticas.—Las amenazas de los progresistas.—Espíritu conciliador de Narváez.—Cómo empezaba D. Nicolás María Rivero.—La revolución en Europa.—Establécese la dictadura del Duque de Valencia.—Los mandos y las precauciones militares en Madrid.—Falsas seguridades.—Sorpréndenos el movimiento del 26 de Marzo.—Sus comienzos.—El pánico del Prado y la fuga de la Familia Real.—Me sitúo en la Puerta del Sol.—Las barricadas.—D. Tomás O'Ryan.—Operaciones y combates.—Las compañías de Baza y la muerte del capitán España.—Sobre mis proyectos y reformas en la Dirección de Infantería.—Nuevas alarmas.—El general Fulgosio.—La madrugada del 7 de Mayo.—Lo que aconteció al capitán D. José de Arana.—En la Cibeles y en la Puerta del Sol.—El asesinato de Fulgosio.—Cuáles pueden ser en Madrid los riesgos de un ayudante de campo.—Ataque de la Plaza Mayor.—Un episodio.—Los fusilamientos.—Nuevas sublevaciones.—Lo que Narváez hizo y su decreto sobre los *sospechosos*.—Persecución de Salamanca.—Su fuga y las consecuencias que siguieron.



No fuí yo sólo el general que recibió satisfacciones de Narváez. D. José de la Concha volvió á la Dirección de Caballería, y le fué otorgada, como á mí, la Gran Cruz de Carlos III; su hermano D. Manuel fué nombrado Embajador en París, puesto superior al que había perdido, reemplazándole en Cataluña D. Manuel Pavía, y D. Antonio Ros de Olano obtuvo el cargo de Ministro Plenipotenciario en Portugal. Á pesar de esto, las dificultades políticas redoblaron, porque D. Alejandro Mon continuaba en su actitud hostil, suponiendo todavía que Narváez seguía los consejos de los elementos más liberales del partido, y no se preocupaba lo bastante de los trabajos revolucionarios que estaban emprendiendo de nuevo y con gran ahinco los progresistas.

Era este un error: Narváez, como siempre, velaba. Supúsose en aquel tiempo que Salamanca, en unión de Escosura, se entendía con los liberales de acción y además con Mendizábal, con Madoz, Cortina y otros, y así, en Enero ó Febrero de 1848, el Duque de Valencia me comisionó personalmente para que advirtiera á estos señores los peligros á que se exponían persistiendo en sus trabajos revolucionarios; Narváez creía contar con la lealtad del ejército, y estaba decidido á ser inexorable. Aconsejábales que desistiesen ya de todo trastorno, porque el bello ideal del Presidente del Consejo consistía en regularizar el organismo constitucional y en hacer posible el turno en el poder de todos los partidos que lealmente reconociesen á la Reina. Aquellas negociaciones se mantuvieron secretas por algún tiempo, guardándose la mayor reserva, y algo se consiguió, pues la fracción más templada del progresismo ofreció por el pronto no intervenir y aun desaprobar los trabajos revolucionarios de los *clubs*. En cambio, no fué posible calmar á los más exaltados, entre los que en primera línea figuraban como jefes D. Joaquín de la Gándara, el brigadier Ameller, Buceta y los jóvenes D. Nicolás María Rivero y D. José María Orense, Marqués de Albaida. Las opiniones de estos dos últimos eran tan avanzadas, que se les consideraba como francamente republicanos. Era, quizá, Rivero el más ardiente de los revolucionarios de entonces. Aunque muy joven todavía, casi un niño, su fama llegaba hasta las esferas del Gobierno por su constante propaganda, la audacia

inaudita de sus consejos, su actividad infatigable y la valerosísima intrepidez de que ya había dado varios ejemplos en las conspiraciones. De ilustración vasta y profunda, sus discursos en los *clubs* arrebataban, y con esto y las condiciones ya indicadas, su influencia en el partido de acción comenzó á ser muy poderosa en aquellos primeros años de su vida. Rivero y Orense, que tanto debían figurar más adelante en la política española, compartían su influencia entre las masas con Don Ricardo Muñiz, el más entusiasta y convencido adepto de la revolución, encargado siempre de esconder las armas y de suministrarlas al pueblo con los pertrechos y municiones.

Así llegamos al mes de Marzo, advirtiéndose que todas las gestiones de Narváez en pro de la concordia, y su conducta mesurada, reproduciendo la seguida por él tres años antes con respecto de D. Juan Prim, iban á resultar ineficaces, y que el partido liberal extremo se aprestaba de nuevo á darnos la batalla á mano airada. La época era favorable, porque los vientos revolucionarios soplaban con furia en toda Europa. Estábamos en Marzo de 1848, y todavía se alzaban humeantes en las calles de París las barricadas de la revolución de Febrero, que derrocaron el trono de Luis Felipe, sin que fuera siquiera conocido el paradero de este Monarca, cuando se establecía, en medio de una agitación inmensa, el Gobierno provisional de Lamartine y se dotaba á Francia de instituciones republicanas. En Italia, en Alemania, en Polonia, en Irlanda y en Suiza se agitaban todos los espíritus y se conmovían hasta en sus fundamentos los tronos y las dinastías, á impulso de ideas abstractas y utópicas, que proclamaban la libertad, la igualdad y la fraternidad como base de una república europea universal, al propio tiempo que se extendían novísimas doctrinas socialistas y comunistas, que excitaban hasta el frenesí á las clases proletarias. En Austria comenzaba la revolución con la exigencia de reformas constitucionales democráticas, y con los motines de los estudiantes vieneses, que principiaron por lanzar á Metternich del Gobierno, y concluyeron con el triunfo de las barricadas y con la reunión de una Asamblea constituyente. Los turbas de Berlín, en aquel mismo mes de Marzo, vencían en las calles á los soldados de Federico Guillermo, y obligaban al Rey á todo género de concesiones humillantes. Sicilia, en tanto, separábase del reino de Nápoles, llamando al trono á un hijo de Carlos Alberto, y mientras éste desde Turín declaraba la guerra al Austria, enarbolando la bandera de la independencia italiana, Pío IX expulsaba á los Jesuítas de sus Estados, y el Rey de Nápoles se veía obligado á proclamar una Constitución política, ofrecida á sus pueblos, ante tenaces insurrecciones y disturbios. En los mismos días huía el Duque de Módena perseguido por sus propios súbditos, y Leopoldo de

Toscana se apresuraba á conceder todo género de reformas liberales



DON FRANCISCO DE P. FIGUERAS.

y uníase á Carlos Alberto para ayudarle en su campaña contra la dominación extranjera, no librándole esta conducta de un destrona-

miento injusto, ni de que en sus dominios se estableciese la república. Entonces fué cuando Narváez se aprestó en España para combatir á una revolución que en toda Europa triunfaba, y cuando pidió y obtuvo de las Cortes una autorización para suspender las garantías constitucionales y para recaudar los impuestos, dando comienzo á su famosa dictadura.

Recuerdo que una mañana, y mientras se discutía este proyecto en el Congreso, fuimos convocados á su despacho todos los generales empleados. Ya era entonces Ministro de la Guerra mi excelente y bizarro amigo D. Francisco Figueras; Capitán general de Castilla la Nueva, D. José Fulgosio, y Gobernador militar de Madrid, mi viejo compañero de la Guardia, D. Ramón de Barrenechea. Díjonos allí el Presidente del Consejo, que en uno de aquellos días mismos estallaría en Madrid el movimiento, y que, en espectación de los sucesos, deseaba repartir entre nosotros el mando de los puntos más importantes de la ciudad y el número de tropas que cada uno iba á tener bajo sus órdenes, tomando acuerdos acerca de las zonas que fuera necesario ocupar, ante las primeras demostraciones del paisanaje. Discutido todo brevemente, quedó nombrado el Barón de Meer, Conde de Grá, para la defensa de Palacio, con cinco batallones; tres del regimiento de América, dos del de España y tres escuadrones de caballería. En el Prado, y á las órdenes del general Azpiroz, se reunirían un batallón de ingenieros, dos de San Marcial, los regimientos de coraceros Rey y Reina, con seis baterías de plaza y ocho de montaña. D. José de la Concha, Director de Caballería, se pondría al frente de todas las fuerzas de su arma en el Prado, y el general Messina mandaría la derecha de la línea entre Buenavista y el Parque. La Plaza Mayor debería ser ocupada por los Guardias de orden público, llamados entonces *salvaguardias*, y la de la Cebada, por el general Oribe con sus carabineros; yo quedaba encargado de la Puerta del Sol, con el batallón cazadores de Baza, que mandaba Cervino, tres compañías del regimiento de Granada, una de la Guardia civil y el escuadrón de este cuerpo. Órdenes reservadas corrieron en consecuencia de este acuerdo, y todo quedó dispuesto. Convínose que las tropas no se moverían de sus cuarteles, sino por orden precisa de las autoridades constituídas ó de los generales á cuyas inmediaciones debían combatir. Yo representé los inconvenientes de este acuerdo si, como era posible, las órdenes eran interceptadas ó los ayudantes caían heridos, muertos ó prisioneros al transmitirlas; porque si esto sucedía, el empleo del ejército, tan eficaz en los primeros momentos, podía retardarse mucho, con perjuicio de la defensa y notoria ventaja de los sublevados. El Gobierno no atendió esta observación, temiendo que al dejar en libertad á los

cuerpos para acudir inmediatamente á los puntos designados, fuesen mal dirigidos por órdenes falsas de los mismos progresistas.

Pasáronse en calma los siguientes días de Marzo, y el Gobierno pudo creer, por las particulares y reservadas noticias que le comunicaban la policía y sus confidentes, que la insurrección anunciada para el día 26 quedaba en suspenso hasta nueva orden. En esta confianza, la familia Real, varios Ministros, algunas autoridades, y yo entre ellas, bajamos en aquel día, como de costumbre, á pasear al Prado, enteramente tranquilos y bien ajenos de lo que se tramaba. Pero serían las seis de la tarde cuando, de repente y sin causa conocida, comenzó á producirse en el paseo una confusión inmensa. Los coches se retiraban al trote largo, y algunos al galope. Entre la gente de á pie cundió el pánico, y se iniciaron carreras y remolinos en todas partes. Chillaban las mujeres; lanzaban voces algunos para recomendar la calma; otros, animados de tan buen humor como pésimas intenciones, comunicaban á gritos noticias terroríficas, que aumentaban el espanto; las señoras que caían al iniciar la fuga eran atropelladas y pisadas por la muchedumbre, y en menos de diez minutos quedó el Prado desierto, aunque sembrado de capas y de chales, de bastones, paraguas y sombreros. La alarma era justificada, y el peligro ciertísimo. La revolución había estallado en Madrid y sorprendido al Gobierno cuando, burlado por noticias falsas, no la esperaba ya. Iniciábase el movimiento, acudiendo de los barrios bajos hacia los puntos céntricos de Madrid, á la carrera, y en pelotones de 100 á 200 hombres, masas de paisanos armados, disparando tiros, dando gritos y profiriendo mueras. La Real Familia tomó por las calles de Alcalá y del Arenal á todo el escape de las mulas, y pudo llegar á Palacio sana y salva. Narváez estuvo á punto de ser asesinado por un grupo en la calle de Jacometrezo, mientras que yo alcanzaba la Dirección de Infantería, que estaba entonces en la esquina de las Cibeles, y sin más tiempo que el preciso para ponerme el uniforme, cogía el retén de servicio y con 18 hombres y cuatro ó cinco oficiales que allí había, tomaba la calle de Alcalá á buen paso, y llegaba á mi puesto de la Puerta del Sol sobre las siete de la noche.

Recuerdo que era una tarde muy oscura, y que el cielo, cubierto de negros nubarrones, amenazaba con abundante lluvia. Montaba aquel día el servicio de la plaza, el regimiento de España mandado por el valeroso coronel D. Ventura García de Loygorri, hermano del Duque de Vistahermosa. La fuerza de la guardia del Principal, á cuya cabeza estaba el capitán D. Francisco Margullón—nombre que no he olvidado por lo mucho que lo pronuncié en aquella noche y por su distinguido comportamiento,—ocupaba las puertas y ventanas de la Casa de Correos,

tiroteándose con algunos paisanos bastante audaces, establecidos en la plazuela y calle de Pontejos, al abrigo de las esquinas; y la Puerta del Sol, despejada por los agentes salvaguardias y por una pequeña parte de los soldados del Principal, se mantenía desierta. Hecho rápidamente cargo de la situación y considerando lo crítico de tales momentos si 200 hombres siquiera nos atacaban, envié á un Ayudante en busca de las fuerzas que debían ocupar aquella parte de Madrid, pudiendo apreciar entonces la oportunidad de mis consejos el día de la junta, pues las tropas, formadas desde la primera alarma en los cuarteles, permanecieron esperando órdenes largo tiempo, llegaron tarde á los puntos de su destino, y á favor de ésto fué fácil y posible al paisanaje construir barricadas, parapetarse con solidez y ocupar las casas en que se defendió.

Esperando estaba con suma impaciencia las fuerzas del ejército, cuando oí que se rompía un vivo fuego por el lado de la Carrera de San Jerónimo y como me adelantara hacia aquella parte rápidamente, encontré á una partida de la ronda de seguridad que venía huyendo, perseguida á tiros por más de 50 paisanos, los cuales, por fortuna, se detuvieron á la altura de casa de Lhardy, no sin continuar sus disparos algunos minutos, ni sin que les contestasen los cuatro ó cinco soldados del Principal establecidos en aquel punto. La ronda se disolvió allí acto continuo, y sólo hablé al jefe de ella, por el cual supe que la Carrera de San Jerónimo y las calles del Príncipe, Angosta de Peligros, Cruz, Prado, Lobo y Baño estaban ocupadas en su totalidad por los insurrectos, y que éstos se apresuraban á levantar en todas ellas fuertes barricadas con el empedrado de las calles, con los carros y coches que encontraban, y con los cajones de las tiendas y almacenes inmediatos. Yo mismo pude comprobar la exactitud de sus afirmaciones adelantando por la Carrera un corto tre-

cho, y observando que los perseguidores de la ronda se empleaban en cortar la calle, cerca de casa de Lhardy. Trabajaban con tal apresuramiento y entusiasmo, que ni siquiera advirtieron mi inmediata presencia.

Cuando regresé á la Puerta del Sol, seriamente preocupado por la absoluta falta de medios en que me hallaba, presentábase en el Principal el capitán general D. José Fulgosio, á caballo. Púsele al corriente de lo que ocurría, y al comprender lo grave de tales comienzos y la necesidad inmediata de tropas, mandó á gritos que todos sus oficiales ó ayudantes salieran al escape en busca de ellas, recomendándoles que llegaran á los cuarteles ó que se hicieran matar en el camino. Á todo esto ya habría transcurrido más de una hora desde mi llegada; eran muy cerca de las ocho y media de la noche, y varios agentes me decían que en la Carrera de San Jerónimo se alzaba otra barricada entre la casa del Marqués de Miraflores y la del Marqués de Iturbieta, y que los insurrectos también las levantaban en la calle del Príncipe, donde estaban posesionados de muchas casas, y entre ellas de la del general Concha, en la calle de la Visitación. Hacíanse fuertes asímismo en el Teatro del Príncipe y en otros edificios de la plazuela de Santa Ana, y muchos paisanos armados se extendían por las calles de Carretas, Postas y sus adyacentes.

En esta situación crítica estábamos, cuando vimos llegar á buen paso al batallón cazadores de Baza. Venía el batallón magnífico, con el valiente Cervino á la cabeza, justificando bien la tropa, por su actitud serena y firme, la predilección que siempre tuve por este cuerpo, en el que personalmente conocía á todos sus capitanes y oficiales. Marchó entonces Fulgosio al trote largo por la calle de Carretas, manifestándome iba á recorrer aquellos barrios y á sacar las fuerzas del cuartel de Santa Isabel, y ya solo, comencé á tomar disposiciones. Á Cervino ordené que la primera compañía de su batallón marchase por la calle de Alcalá, que entrara por la de Cedaceros en la de San Jerónimo, y atacase por retaguardia la barricada de casa de Miraflores, mientras que el capitán Villahoz, con la escuadra y cuatro parejas, simulaba un ataque de frente, por la Puerta del Sol, á la barricada más inmediata. Á la segunda compañía envié por la calle de Carretas con orden de ir arrollando á cuanto insurrecto encontrara á su paso, siguiendo luego por la plaza del Angel y calle de las Huertas á la del Príncipe, para atacar, también por retaguardia, las barricadas de aquella parte con las fuerzas que llegaran del Prado ó de Santa Isabel, deteniéndose luego en la Carrera de San Jerónimo. La tercera, que mandaba el infortunado capitán D. José España, salió á la carrera por la calle de Postas hacia la Plaza Mayor, con orden de pasar á la calle de Atocha y de envolver á los paisanos que la

segunda ahuyentara en su marcha; la quinta fué á la calle de Alcalá, situándose en la de Cedaceros, para servir de reserva á la primera en caso necesario, y la sexta permaneció conmigo, cubriendo las avenidas de la calle de la Montera y del Carmen. En esto llegaba una compañía de minadores del regimiento de ingenieros, al mando del capitán D. Tomás O'Ryan, hoy general reputado, y aprovechando estas fuerzas, dispuse que se unieran á Villahoz y á los gastadores de Baza, para tomar la barricada de casa de Lhardy, á la bayoneta, cogiendo al enemigo entre estas tropas y la primera compañía de Baza, que debería llegar al extremo opuesto de la calle al mismo tiempo que se iniciara este ataque. Todo se realizó así: O'Ryan, después de una descarga, emprendió el paso ligero, y ostentando un valor muy sereno y bizarro, arrojóse sobre la barricada y la tomó con sus animosos ingenieros. En aquel momento fué gravemente herido el capitán Villahoz de un balazo, y con él caían varios individuos de tropa, porque los paisanos luchaban tenazmente hasta verse envueltos, y continuaban luego el combate desde las ventanas de los edificios.

La primera compañía, en este tiempo, había desembocado en la Carrera de San Jerónimo por la calle de Cedaceros, según las órdenes, y sin tirar un solo tiro, lanzóse á la carrera y tomó á la bayoneta la barricada de casa de Miraflores y otra, á medio construir, en las Cuatro Calles, siguiendo luego por la Angosta de Peligros (hoy de Sevilla) en pos de un grupo numeroso de insurrectos. El capitán que la mandaba, D. Pedro Lerena, fué también víctima de su deber y de su arrojo, cayendo en aquellos instantes muy gravemente herido, con no escaso número de sus soldados. Esta compañía situada en uno de los focos de la insurrección, tuvo que sufrir, á más del fuego de las barricadas, el tiroteo cruzado que le dirigieron los paisanos desde las ventanas de las casas inmediatas, entre las que recuerdo bien la de un sastre, muy conocido entonces y muy revolucionario, llamado Utrilla, y otra en que estaba establecida la *Tertulia del* 18 *de Julio*, ambas dominando la plaza de las Cuatro Calles. La segunda compañía entraba en los mismos momentos en la del Príncipe por las plazas del Angel y de Santa Ana, y tomaba, con muchas pérdidas, otra barricada situada frente á la calle de la Visitación. Los insurrectos, posesionados del Teatro del Príncipe en unión de los cómicos de la compañía dirigida por D. Pedro Sobrado—cómico también y muy comprometido en la jarana—hicieron á los soldados un fuego horrible y mortífero, arrojándoles al mismo tiempo piedras, trastos, muebles y hasta braseros encendidos. Allí hubo un combate muy largo y sangriento, en el que tomaron parte otras fuerzas que llegaron del Prado al mando del brigadier Calonge, el cual se estuvo personalmente batiendo muy cerca de dos horas, porque fué necesario

ocupar una porción de casas, desalojar las inmediatas rompiendo los tabiques, y perseguir á los paisanos hasta sobre los tejados, desde donde continuaron el fuego y la resistencia con indecible ardor y bravura. Pocas veces se ha batido el pueblo de Madrid tanto como aquella noche, ni mejor, si ha de considerarse su aislamiento, la ninguna complicidad de la fuerza armada y el gran número de tropas de que pudo disponer el Gobierno. Sería sobre la una de la madrugada, cuando terminaba todo en este barrio céntrico de Madrid. A estas horas estaba lleno el Principal de prisioneros que traían las patrullas, por grupos, amarrados con los portafusiles de las carabinas, y yo me hallaba rodeado de los generales que vinieron á ofrecer sus servicios al Gobierno, entre los que recuerdo principalmente al Duque de Castro-Terreño, al Barón de Carondelet, á Aldamar, á Simón de la Torre, á Ainat, á Buitrago, á D. Rafael León y á los brigadieres D. Juan Pavía y Marqués de Casasola.

De la tercera compañía de Baza, que marchó, como lo recordarán mis lectores, por la calle de Postas á la Plaza Mayor, hallábame todavía sin noticias, pero túvelas al amanecer, tan desgraciadas como gloriosas. Cumpliendo puntualmente mis órdenes, su capitán, D. Rafael España, había atravesado aquella plaza y entrado por la calle de Atocha. A la altura de San Sebastián fué recibido por una descarga, y al paso de ataque entró por el callejón de este nombre, ahuyentó á cuantos lo ocupaban y defendían, y siguió, en pos del mayor grupo de insurrectos, por la plaza del Angel hasta la calle de Carretas, donde se dispersaron. En este punto encontró la compañía al Capitán general que llegaba del Teatro del Príncipe con un batallón del regimiento de América y con su brigadier-coronel D. Francisco Lersundi, y mandando reconcentrar á los de Baza, volvió con ellos á la plaza de Santa Ana. El fuego era allí muy vivo, y lo sostenían principalmente las tropas de Concha y de Azpiroz, en unión de las anteriores compañías de Baza y de los soldados de Calonge, según ya he dicho; mas como en aquellos instantes supiera el Capitán general que en la plaza de la Cebada se reunían los paisanos para establecer otro foco de resistencia, cogió al ya citado batallón de América y á la tercera compañía de Baza, y con estas fuerzas se dirigió por las calles de Relatores, plaza del Progreso, calle del Duque de Alba y de los Estudios, y en este punto comunicó la orden al bravo España para que tomara á viva fuerza la plaza de la Cebada, en donde los sediciosos se hallaban en gran número y en actitud de defenderse con vigor, detrás de los cajones del mercado. Al aproximarse las tropas, rompieron éstos un vivo fuego; entró la compañía á la carrera, y en este momento una bala alcanzó á España en el corazón, dejándole cadáver. La tropa, animada por sus oficiales y dirigida por

Lersundi y por el coronel Primo de Rivera, venció, sin embargo, toda resistencia, poniendo al enemigo en dispersión y persiguiéndole luego hacia la puerta de Toledo. A este tiempo llegaba el regimiento de Granada, á cuyo coronel, D. Juan de Urbina, había yo dirigido una orden poco después de roto el fuego, para que desde su cuartel de San Francisco marchara á la calle de la Ventosa y coadyuvase por este lado á la derrota del enemigo. También en estos momentos aparecía en la plaza de la Cebada D. José de Oribe, haciéndose cargo del mando de la zona y permaneciendo allí hasta bien entrado el día.

Tal fué el combate de Madrid en la noche del 26 de Marzo. Hubo bajas muy numerosas por una y otra parte, bastando decir que sólo en un batallón, en el de Baza, resultaron un capitán muerto y tres heridos, dos de ellos de mucha gravedad. Narváez, con el Ministro de la Guerra y escoltado por la sexta compañía de Baza, que puse á sus órdenes, recorrió á caballo todos los puntos de Madrid, animando á los soldados y llevando constantemente en la mano su famoso pañuelo blanco, como en los días de los malos trances; á su lado ví al coronel Zaldívar, ya en posesión de su ilustre título de Marqués de Villavieja, á Gaertner y á Enriquez, que como ayudantes de campo del Presidente del Consejo, corrieron muchos peligros comunicando órdenes y dirigiendo personalmente algunas tropas.

Madrid amaneció al siguiente día convertido en un campo de batalla. Las fuerzas no se retiraron á sus cuarteles hasta la noche, y algunos cuerpos vivaquearon en los principales puntos estratégicos. Tuvo aquel movimiento un carácter político muy avanzado, y fué la vez primera que se escucharon en las calles continuos gritos de «¡Viva la república!» Narváez, á pesar de todo, quiso mostrarse clemente, y por una disposición de su ánimo, muy loable y humanitaria, presentó á S. M. un generoso Real decreto, indultando á cuantos fueran condenados á muerte, y puso luego en libertad á la mayor parte de los complicados. Pero ni aun así fué posible desarmar á los partidos enemigos, ni adormecer el furor que en aquella época animaba á los impenitentes, tenaces y valerosos progresistas. No he de tardar en demostrarlo.

En medio de estos contratiempos, y de vivir en época tan anormal y agitada, seguía dedicándome yo con gran perseverancia á mejorar en cuanto me era posible la Infantería, completando los importantes proyectos planteados por Mazarredo, y seguidos luego por mí desde el Ministerio de la Guerra. Estudié con el detenimiento posible las varias y anómalas situaciones en que quedaban los jefes y oficiales pertenecientes á los 49 batallones de reserva, últimamente creados y localizados en las provincias, y presenté un proyecto que igualaba los sueldos y evitaba que unos cobraran la mitad y otros la tercera parte,

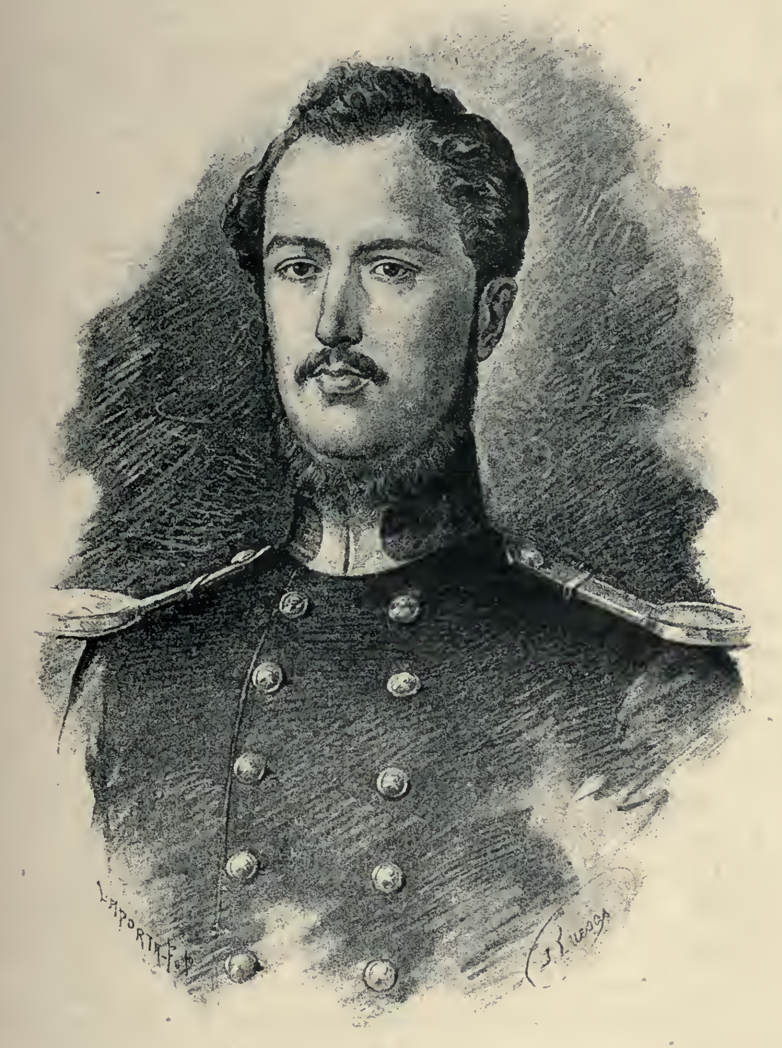
creando diferencias injustificadas que producían malestar y disgustos. También presenté otros dos relativos á los ascensos, que eran por escalas de cuerpo, y otro sobre las antigüedades que se concedían á estos oficiales en reserva. Anuncié en Febrero una revista de inspección á todos los cuerpos del arma—que sólo pude pasar á algunos—dictando con este motivo unas instrucciones minuciosísimas y severas, pero necesarias por el estado en que se encontraban los regimientos á consecuencia de tantos cambios, trastornos y vicisitudes. Recuerdo que se comentaron mucho estas instrucciones por lo rigoristas; mas no debe olvidarse que era una época de reconstitución para el ejército, y que las costumbres militares de entonces tendían, quizá con extremo, á descender en el servicio, hasta los más insignificantes pormenores (1).

Adopté en el mismo mes de Febrero la toalla individual por plaza, haciendo reglamentario para toda el arma este adelanto beneficioso que introduje en mi regimiento de la Reina Gobernadora diez años antes. Dicté reglas para el reemplazo de los batallones de cazadores, evitando que se realizase con la saca, en los regimientos de línea, de cuatro hombres escogidos por compañía, sistema que se hizo odioso y produjo grandes antagonismos, aprobando el Gobierno, según mi propuesta, que las sacas de cazadores se hicieran en lo sucesivo en las provincias montañosas del reino, escogiendo los hombres más robustos y ágiles. Yo les destiné además oficiales idóneos, solteros, jóvenes y entusiastas, pensando que así se formarían cuerpos de tropas ligeras y excelentes que sostuvieran el antiguo y glorioso renombre de nuestra Infantería. Organicé en Abril los dos batallones Ligeros de África y el magnífico regimiento de Granaderos, formado en pocos días con las escuadras de gastadores de todos los cuerpos; fundé las escuelas regimentales para proveer las vacantes de cabos y sargentos, y dicté, poco antes de mi marcha á Cataluña, una orden-circular, por la cual mandaba terminantemente á los primeros jefes, que de ningún modo impusieran á sus oficiales correcciones de carácter grave que pudieran afectar á su porvenir, sin la previa instrucción de un expediente gubernativo, en cuyos trámites hallara el oficial las más seguras garantías.

Era, sin embargo, enteramente imposible acometer las profundas reformas que el estado del ejército exigía, por la situación política del país. Todos los días cundían las alarmas, como si con ellas se quisiera

(1) Esto lo demostrará una Real orden muy reciente que hallé á mi entrada en el Gobierno, en la cual se leía, que «convencido el ánimo de S. M. de la necesidad de uniformar, hasta en lo que pareciese más indiferente, todos los cuerpos del ejército, se había dignado mandar que todos los jefes y oficiales é individuos de tropa usaran *bigote*, y que los jefes y oficiales llevasen *perilla corta*, entendiéndose bajo este nombre el *vello que nace en el centro del labio inferior*, pudiendo los mismos jefes y oficiales usar *patillas*, *pero modestas*, *rectas y sin unirlas al bigote ni perilla.*»

fatigar nuestra constante vigilancia. Fué necesario á fines de Abril doblar la guardia del Principal y nombrar un coronel que pernoctase allí cada noche, pues la Puerta del Sol y la Casa de Correos eran objetivo constante de los conspiradores. Este servicio puesto á mi cargo, sobre punto tan codiciado, tuvo que ser también casi constante.



DON JOSÉ FULGOSIO.

Un día, el 6 de Mayo, fueron tan persistentes las noticias de inmediatos sucesos, para los cuales se decía que los conspiradores contaban con fuerzas de la guarnición, que el Gobierno dispuso permaneciesen aquella noche las tropas sin desnudarse y que los jefes y oficiales quedaran en los cuarteles. Reunióse el Gobierno en Palacio, donde al apoyo de numerosa guardia podría deliberar y estar seguro, y el ca-

pitán general D. José Fulgosio tomó sus precauciones para que, de todas suertes, no le cogieran desprevenidos los sucesos. Era Fulgosio hermano del audaz D. Dámaso, el mismo que entró en Palacio en la noche del 7 de Octubre de 1842, y que fué luego fusilado al propio tiempo que Diego de León. Casado D. José con una hermana del Duque de Riansares, y elevado á la Capitanía general de Madrid, era también procedente del Convenio de Vergara y había dado muestras, tanto en la guerra civil como en las revoluciones de las calles, de ser de corazón valerosísimo. ¡Infortunada familia! Como á su hermano, estábale reservada una muerte trágica, y el próximo día 7 de Mayo iba á ser el último de su vida.

Mis particulares noticias en la noche del 6 fueron también muy graves. Mí amigo el comandante Durana, de gran habilidad para adquirirlas muy exactas en los cafés y casas de juego, díjome á la hora de la cena, que aquella misma noche estallaría una nueva insurrección; y como deseara yo que no me sorprendiese, dispuse que la magnífica compañía de escribientes y ordenanzas, organizada recientemente por mí en la Dirección, se pusiera sobre las armas, mientras que yo permanecía toda la noche de pie y con uniforme puesto.

Despuntaba el día cuando Durana entró en mi despacho apresuradamente:

—Mi General—me dijo—ya se ha roto el fuego; desde la calle se oyen distintamente los disparos.

Salimos los dos, y á la misma puerta de la Dirección pude cerciorarme de la exactitud de sus palabras, porque el estampido de los tiros se percibía bien hacia la calle de Fuencarral y la Red de San Luis. Pocos momentos después, el galope de varios caballos me llamó la atención, y prontoví llegar por la calle del Caballero de Gracia al capitán Ruiz de Arana, después Duque de Baena, seguido por una pequeña escolta de coraceros. Díjome este oficial, con gran serenidad de ánimo, que por orden de Fulgosio acababa de salir del Principal con 14 coraceros, en busca del regimiento de América, acuartelado en el Hospicio; que al llegar como á la mitad de la calle de la Montera, había visto un batallón de infantería que bajaba en desorden, mezclándose entre sus filas multitud de paisanos armados, los cuales, con la tropa, proferían gritos sediciosos; que en vista de ello, y sin detenerse, los cargó con su escolta, abriéndose paso y sufriendo un fuego vivo que le persiguió hasta llegar á la Red de San Luis, encontrando allí más fuerzas del mismo cuerpo, sin oficiales y en el mismo estado de indisciplina, y que entonces tuvo ya que dirigirse hacia la calle del Caballero de Gracia. En este punto le habían detenido varios paisanos que salieron de una taberna, y contra quienes arremetió á cuchilladas hiriendo á uno mientras que otro le

asestaba un fuerte golpe en una pierna con la culata del trabuco; pero esto no obstante, había seguido al galope calle abajo y me daba cuenta de todo poniéndose á mis órdenes, añadiendo que la fuerza sublevada debía ser del regimiento de España, y que creía se dirigían, una parte de ella por la calle de Jacometrezo, y la otra por el mercado del Carmen.



DON JOSÉ RUIZ DE ARANA,
DUQUE DE BAENA.
(Tomado de un retrato de familia.)

La impresión que este relato me produjo, fué muy honda. Los fatídicos y anteriores pronósticos se cumplían. Ya no eran sólo paisanos; con ellos se sublevaban fuerzas del ejército, y fuerzas en las cuales teníamos la más absoluta confianza, justificada en sucesos inmediatamente anteriores por un comportamiento superior á todo elogio. ¿Hasta qué punto podríamos ya contar con los restantes regimientos de la guarnición? ¿Qué sucesos iban á desarrollarse en Madrid? Era de todos modos necesario obrar con rapidez y con la más grande energía. Dije á Arana que siguiera al cuartel del Pósito y co-

municara al regimiento de ingenieros la orden de venir allí á la carrera, y que continuase luego al de artillería, para que saliesen y se me incorporasen las baterías conforme fueran enganchando. Partió Arana; saqué la compañía de escribientes, y sin que apenas hubieran transcurrido diez minutos, presentóse el regimiento de ingenieros, y poco después las primeras baterías con el mismo Arana, el cual, cumplidas mis órdenes, siguió al galope con sus coraceros por la calle de Alcalá para reunirse á Fulgosio.

Tampoco tardé mucho en organizar la columna con todas las precauciones necesarias, colocando la artillería en el centro y los ingenieros en una fila á derecha é izquierda de la calle. Destaqué á vanguardia una compañía que mandaba el capitán Halcón, hermano del Marqués de San Gil, y en la inmediata vi formado al capitán Casellas, que murió pocas horas después, gloriosamente, á la cabeza de sus soldados. Ya entonces era de día. Todas las tropas daban muestras del mejor espíritu, y significaron grande entusiasmo cuando les comuniqué la orden de ponerse en marcha, y victoreé á la Reina. Yo ignoraba si la Puerta del Sol estaría en poder de los insurrectos, inclinándome á creerlo así el hecho de no recibir aviso alguno del Capitán general, y el silencio profundo que por aquella parte reinaba.

Llegamos sin contratiempo. En el mismo momento bajaba por la calle de la Montera el batallón de Baza, y á su frente Cervino. Acercóseme este jefe, y me dijo con voz firme y serena, que el regimiento de España había faltado á sus deberes y salido del cuartel de San Mateo, sublevado por los sargentos, después de dejar encerrados en él á todos los jefes y oficiales, y que se habían atrevido á llegar al cuartel del Hospicio para sublevar también su batallón.—Pero allí—prosiguió con energía y noble orgullo—han encontrado á los cazadores de Baza bien dispuestos, y rechazados á tiros por la guardia, se han retirado por la calle de Fuencarral. He salido tan pronto como pude formar el batallón, picando la retaguardia de los rezagados. Mis gastadores han cruzado con ellos algunos tiros, haciéndoles dos ó tres muertos. Yo estoy herido. A los sublevados acompaña y apoya, en gran número, el paisanaje armado. Desde la Red de San Luis se han dirigido á la calle del Desengaño; pero no queriendo yo dejar de venir á la Puerta del Sol, he encargado á la primera compañía que les siga. Su capitán lleva orden de variar de dirección cuando pueda, y de marchar á Palacio para enterar al Gobierno de lo que ocurre y evitar que pueda ser sorprendido.

La gravedad que se encerraba en lo dicho por Cervino; la impresión que á todos produjo la noticia de la sublevación de un regimiento; el contraste de aquellos alegres albores de un día, que empezaba con todos

las galas de la primavera, guardando, quizá, en sus horas ruinas y desastres para la patria, y el mismo religioso silencio con que las tropas procuraban oir la relación que se me hacía, dieron á las palabras del jefe de Baza una solemnidad imponente. Entonces levanté la voz para que todos me oyeran, alzándome sobre los estribos del caballo, y elogié cumplidamente la conducta del brillante batallón y de sus dignos jefes y oficiales.—Como otras veces, soldados—concluí diciéndoles—desbarataremos fácilmente los planes de esos desgraciados: con nosotros está la fuerza de las leyes, el prestigio de la autoridad constituída y la confianza de la disciplina.....

Mandé en seguida que los ingenieros y parte de la artillería marcharan á Palacio al paso largo, y avancé con los cazadores y media batería hacia el Principal, atravesando la plaza, que estaba desierta y silenciosa. Desde allí envié una compañía para que escoltara desde su casa al general Figueras, Ministro de la Guerra, y otra, con el comandante Durana, para que el brigadier Lersundi, con su regimiento, viniese á la Puerta del Sol.

Entonces fué cuando al entrar en el Principal me sorprendió dolorosamente la infausta nueva de la muerte de Fulgosio, ocurrida allí mismo, momentos antes. Ya he dicho cómo se me presentó Arana y cómo salió hacia la Puerta del Sol, tan pronto como dió cumplimiento á mis órdenes, deseoso de reunirse á su jefe y de darle cuenta de todo. Pero no pudo lograrlo, porque precisamente al desembocar en la plaza por la calle de Alcalá vióle caer herido de muerte por el fuego que le dirigió, desde el otro extremo de la plaza, un grupo de paisanos, entre los cuales había algunos vestidos de gabán y sombrero de copa. Una bala de escopeta le había atravesado la vejiga, derribándole en tierra en el acto mismo de montar á caballo. El grupo asesino corrió después atravesando la calle, y desapareció por el callejón del Cofre, poniéndose instantáneamente fuera del alcance de Arana y de los soldados que intentaron perseguirle; porque es de advertir que el drama tardó menos tiempo en consumarse que el que yo empleo ahora en referirlo. Nunca pudieron descubrirse los autores de este crimen inicuo. Atribuyéronlo algunos al mismo Buceta, pero supe por persona que me merece crédito, y que me dijo haberlo presenciado desde el balcón de una casa, que el que disparó el arma homicida fué un hombre del pueblo, de pantalón corto y manta al hombro, que parecía por el traje aragonés.

Fué preciso comunicar esta noticia al Gobierno, y para ello, el coronel Redondo, de guardia aquella noche en el Principal, comisionó inmediatamente al mismo capitán Arana, que ya había salido de la Puerta del Sol á mi llegada. Merece conocerse el relato que oí poco después

al valeroso ayudante, describiendo todas las peripecias que encontró en su marcha hasta llegar al patio de la Armería. Porque no bien hubo rehecho su escolta y suponiendo razonablemente que la calle del Arenal estaría ocupada por los sublevados, tomó al galope largo por la calle Mayor y fué á caer precisamente en medio del peligro, cuando los del regimiento de España habían ocupado varias casas de esta calle y se posesionaban en aquellos instantes de la Plaza Mayor. Pasado que hubo la casa de Oñate, encontró al coronel Loigorri y á sus oficiales, rojos de furor, que con las dos banderas del Regimiento llegaban del cuartel en persecución de sus soldados, habiéndoles seguido por las calles de Jacometrezo y plaza de las Descalzas. Un poco más allá tropezó Arana al general Balboa, que luego se me presentó en el Principal y que llegaba á ofrecer sus servicios al Gobierno.

—¡Joven oficial! —le gritó —¿dónde va V. por ahí? Es imposible pasar.

—Cumplo una orden —le contestó Arana— y llevo noticia de una desgracia.

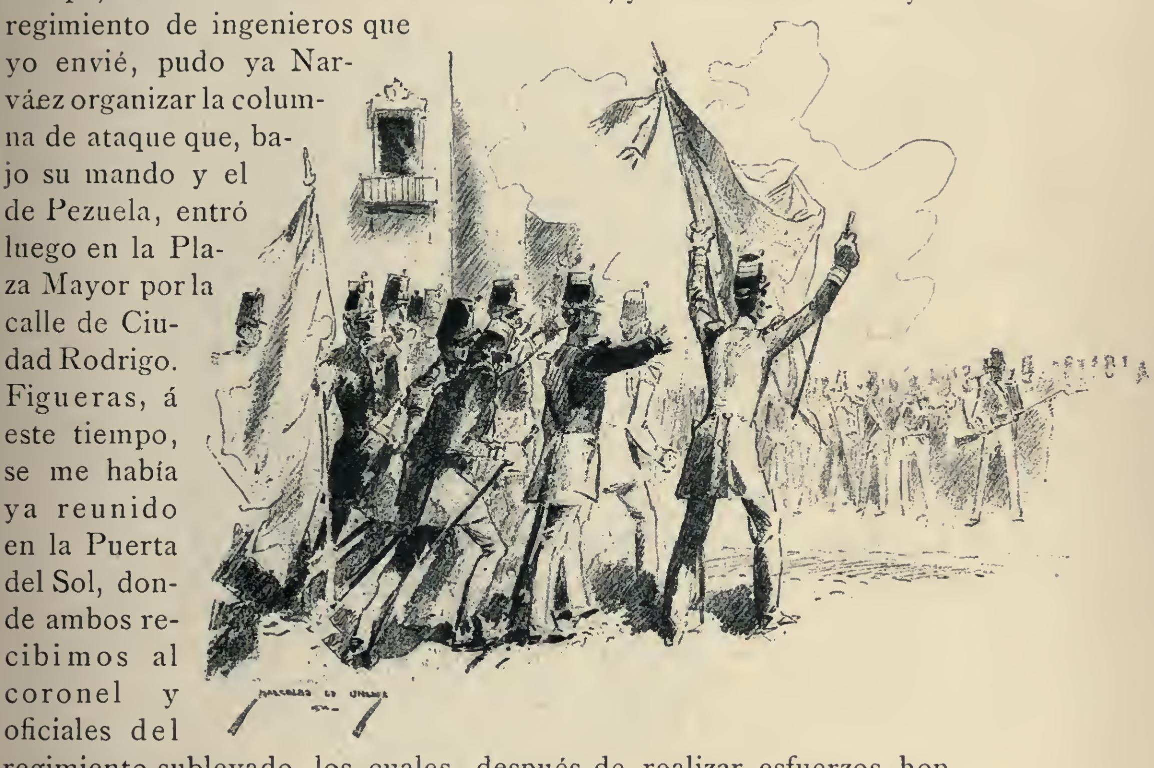
Y siguió su camino. En la primera esquina saliéronle al encuentro un sargento primero de España y el Tambor Mayor del regimiento con algunos soldados, intentando detenerle y haciéndole fuego, de cuyas resultas cayeron muertos ó heridos dos coraceros de su escolta. Más allá, enfrente de la calle de Ciudad Rodrigo, volvió á encontrar otros soldados rebeldes, sobre los cuales descargó su pistola, pero éstos le hicieron varios disparos á quema ropa, hiriéndole el caballo y dejando tendido al cabo que le seguía. Al pasar luego por casa de Claramonte, encaramóse en una ventana el Marqués, antiguo brigadier de muchos servicios y merecimientos, y al reconocer á Arana le preguntó á voces levantando los brazos.

—Criatura, ¿á dónde vas?

Arana no le contestó y siguió hasta Palacio. Allí nadie sabía nada de lo que ocurría; el ayudante fué rodeado en la Plaza de Armas por los personajes que esperaban noticias, con una ansiedad inmensa, y sólo entonces el Barón de Meer, que estaba en su puesto, Narváez, Roca de Togores, Casa-Irujo y otros Ministros, tuvieron puntual conocimiento de todo (1). En esto se presentó ante el grupo D. Juan de la Pezuela,

(1) Por estos servicios obtuvo el Duque de Baena una cruz laureada de San Fernando, en juicio contradictorio.

que llegaba á pie, solo y vestido con la casaca encarnada del regimiento de Caballería que había en otro tiempo mandado, y allí mismo dióle el Duque de Valencia el mando del distrito para reemplazar á Fulgosio, disponiendo que Arana fuese á los cuarteles de San Gil y de Guardias de Corps y llevara á Palacio la caballería y artillería que mandaban D. Pedro Mendinueta, entonces coronel, y D. Félix Galiano. El regimiento de América llegó también á Palacio al propio tiempo, en vez de venir á la Puerta del Sol, y con estas fuerzas y el regimiento de ingenieros que yo envié, pudo ya Narváez organizar la columna de ataque que, bajo su mando y el de Pezuela, entró luego en la Plaza Mayor por la calle de Ciudad Rodrigo. Figueras, á este tiempo, se me había ya reunido en la Puerta del Sol, donde ambos recibimos al coronel y oficiales del regimiento sublevado, los cuales, después de realizar esfuerzos honrosísimos cerca de sus soldados, habían sido repelidos á balazos de la Plaza Mayor. Por el coronel supimos detalladamente lo ocurrido. Al recibir en la tarde anterior el aviso, fué al cuartel con sus oficiales; pero estaban todos tan seguros de la tropa, que no creyeron necesario tomar precauciones ni montar un servicio de vigilancia en las compañías. Reunidos, pues, en el cuarto de banderas y en otras dependencias según costumbre, hablando y fumando en las primeras horas, cada uno se acostó después á dormir, tranquilo y confiado, sin pensar en el triste y humillante despertar que les esperaba. Los sargentos, á las cuatro de la madrugada, abrieron la puerta del patio del cuartel, cuya llave tenía el ayudante, y por ella entraron unos 60 paisanos armados. El ayudante, arrepentido tal vez del hecho, desapareció, y los paisanos, dirigiéndose en seguida con una parte de los sargentos al cuarto de



banderas, sorprendieron fácilmente á los jefes y oficiales, que no pudieron defenderse, ni aun siquiera darse cuenta de lo que sucedía. Por la puerta, que permaneció abierta, continuaron entrando paisanos, y acompañados del resto de los sargentos, se repartieron por los dormitorios, armando y formando las compañías. Mientras tanto, el primer grupo abría los calabozos, daba libertad á los presos, y encerraba en ellos á los jefes y oficiales á pesar de sus gritos, insultos y amenazas, poniéndoles centinelas de la misma guardia de prevención. A los pocos instantes salía el regimiento, mandado por los sargentos y seguido de todos los paisanos que habían entrado en el cuartel; pero al cuarto de hora los soldados de la guardia abrían de nuevo los calabozos, y dejaban en libertad á los jefes y oficiales, que marcharon con las banderas en pos de sus soldados. Toda esta oficialidad se mostraba poseída de la más ardiente indignación, y solicitó del Ministro ir al ataque de la Plaza Mayor, formando á la cabeza de las columnas; en sus semblantes se dibujaba el rubor, la confusión y la ira.

A todo esto ya nos comunicábamos libremente con Narváez y Pezuela por la calle del Arenal, pudiendo todos combinar simultáneamente el ataque. Figueras, con un batallón, entró por la calle de Postas; el regimiento de San Marcial avanzó por la de Atocha; Narváez, con media batería á la cabeza y otra columna, realizó su propósito de acometer á los insurrectos por el Arco de Ciudad Rodrigo, y yo, con las cuatro compañías de Baza, salí por la calle Mayor y penetré por la de Felipe III en la plaza. Al llegar á la esquina, desde donde se descubrían los fuegos de los sublevados, encontré seria resistencia, sufriendo pérdidas dolorosas en oficiales y tropa. Mandé entonces que media compañía entrase en una de las casas, y que subiendo á los pisos segundo y tercero, adelantase por el interior hasta el frente de la plaza, desde cuyos balcones rompería el fuego contra los que defendían la entrada de la calle de Postas y aquella en que yo me hallaba. Pronto estuvo esta operación terminada, facilitando mucho el avance de las columnas de ataque, cuando una feliz inspiración de Lersundi acabó por dejarnos el paso completamente libre. Mandó éste á su corneta de órdenes que tocara «alto el fuego», y hecha la señal, bien fuese porque los insurrectos del regimiento de España creyesen, en su aturdimiento, que la orden se dirigía á ellos, bien porque, desalentados, quisieran terminar la lucha y aprovecharan el pretexto, lo cierto es que suspendieron el fuego y pronto estuvimos todos, seguidos de nuestras fuerzas, en el centro de la plaza. Al toque de llamada, el regimiento sublevado formó en silencio, excepto un grupo como de unos 200 que se retiró por la calle de Toledo, en dirección al Rastro, donde alcanzados por Lersundi, rindieron pronto las armas. Mientras tanto encargábanse

del desgraciado regimiento sus jefes y oficiales para conducirlo á su cuartel y desarmarlo, y se comenzaron á registrar activamente las casas de la plaza, prendiéndose en ellas á no pocos paisanos comprometidos. Allí ocurrió un episodio bien curioso, que debo consignar.

En la misma mañana habíase incorporado al regimiento el hoy Teniente General D. Manuel Salamanca y Negrete, hijo del Conde de Campo de Alange, y entonces joven subteniente recién salido del



DON MANUEL SALAMANCA Y NEGRETE.

colegio. En la Puerta del Sol, y antes de comenzar el ataque, se había presentado á su coronel Loigorri, con el cual tomó parte en la refriega, recibiendo la orden, después de terminada, de retirar de una casa allí inmediata varios heridos. Llegó nuestro oficial á la casa, seguido de algunos soldados; llamó; salióle á abrir un paisano, y enterado de su deseo, acompañóle amablemente y aun le ayudó á cumplir su encargo. Muy agradecido á estos servicios, abandonó el subteniente el edificio, con sus heridos, estrechando la mano del paisano, y poniendo luego en conocimiento del coronel el resul-

tado de su comisión: pero ¡cuál sería su sorpresa, cuando supo, al regresar por la noche al domicilio de su padre, que aquel complaciente paisano no era sino el mismo Buceta en persona, es decir, el propio jefe de la insurrección! Un marqués muy conocido en Madrid, y muy comprometido en la jarana, que buscó y obtuvo seguro asilo en casa del ilustre Conde de Campo de Alange, pudo explicarle esta circunstancia, que demuestra la impavidez y el dominio propio de Buceta, ante el peligro inmenso que corrió mientras retiraron á los heridos. Muchas veces me ha contado despues Salamanca, que el Marqués pasó varios días escondido en sus habitaciones, sin que pudiera imaginar la policía que se hallara precisamente en casa de uno de los oficiales del regimiento sublevado.

Terminada así la nueva insurrección, que costó al ejército no pocas víctimas, reunióse acto seguido el Consejo de Ministros, resolviendo que en aquel caso se cumpliera la ley con todos sus rigores. El nuevo Capitán general, sin perder momento, se estableció con su auditor fuera de la puerta de Alcalá, y allí, al aire libre, previo un consejo de guerra verbal, fueron juzgados y sentenciados á muerte los que resultaban culpables, haciéndose efectiva la sentencia dentro de un cuadro previamente formado por piquetes de todos los cuerpos, y sin más tiempo que el preciso para que recibieran los reos el auxilio de la Iglesia. ¡Terrible y ejemplar espectáculo en verdad! Un sargento, dos cabos y cinco soldados llenos de juventud y de vida, y el Tambor mayor, viejo y veterano, cubierto de cruces y galones, caían bajo el plomo de repetidas descargas, á las pocas horas de consumado su delito..... ¡El mismo sol que iluminó sus locas esperanzas de triunfo, iluminaba también su muerte, solos y desamparados!.... Murieron además aquella tarde cinco paisanos, y entre ellos López, uno de los jefes del movimiento, á quien se encontró en una buhardilla de casa del Marqués de Acapulco, llevando puesta en la levita una cruz de San Fernando y rodeada la cintura con un fajín; diez ó doce sargentos puestos en capilla, fueron indultados por la Reina de la última pena.

La noticia de haber terminado todo peligro cundió pronto en Madrid, y las calles de Alcalá, Arenal, Mayor y Puerta del Sol se llenaron de una muchedumbre inmensa á la misma hora en que los fusilamientos se realizaban. Enfrente del Principal conservé algunas fuerzas, y Pezuela estableció en la Cibeles dos cañones, cargados de metralla, mirando hacia lo alto de la calle. Yo le ví pasar seguido de su escolta, casi de noche, para dar cuenta al Gobierno de haber quedado cumplidas las leyes militares y vindicada la disciplina, y recuerdo bien que se abría paso difícilmente por entre un pueblo silencioso y sombrío, en cuyo seno palpitaban sordas amenazas!

Coincidiendo con el levantamiento de Madrid, subleváronse en Sevilla, á los pocos días, un batallón del regimiento de Guadalajara y un regimiento de caballería, al mando del teniente de este arma D. Domingo Moriones. Los rebeldes, á marchas forzadas, ganaron la frontera de Portugal sin otras consecuencias; pero esto no quitó al hecho su inmensa significación ni su importancia, y Narváez, en vista de ello, se decidió á emplear las facultades discrecionales de que se hallaba revestido por las Cortes, suspendiendo en toda España las garantías constitucionales y dando comienzo á una dictadura que hacían en aquellos momentos necesaria, no ya sólo nuestras perturbaciones interiores, sino también el estado político y social de Europa, sobre la que corrían como huracán desencadenado los vientos de la revolución. Narváez, con su grande instinto y su sentido práctico, raras veces desmentido en el gobierno, creyó que era llegado el momento propicio de asestar á la revolución un golpe rudo, pero eficaz, y lanzó su famoso decreto contra los sospechosos, y con él deportó en un mes á más de 1.500 ó 2.000 ciudadanos tenidos por conspiradores ó complicados en los manejos revolucionarios. La necesidad le abonaba, y los efectos fueron instantáneos: si alguna vez se veló con éxito la estatua de la ley, fué en esta ocasión, sin duda, porque los avisos de la policía cesaron como por encanto, y la tranquilidad se restableció en España, ofreciendo nuestro país sorprendente contraste con los demás de Europa, sumidos entonces en perturbaciones profundísimas.

Entre muchos otros, fueron perseguidos personajes de gran valimiento que figuraban en nuestro partido. Escosura y el banquero Don José de Salamanca, acusados, como ya dije, de mantener relaciones secretas con los progresistas, y más particularmente con D. Joaquín de la Gándara, viéronse amenazados por un mandamiento de prisión. Escosura ganó en seguida la frontera, no queriendo exponerse, con muy buen acuerdo, á las iras del Duque de Valencia; pero Salamanca, retenido en Madrid por sus negocios, ó más confiado, permaneció quieto, y una noche hubo de refugiarse en la Legación de Bélgica y Dinamarca, pocos momentos antes de que la policía le prendiera en su casa.

Los cargos políticos que resultaban contra él parecían gravísimos, y la acusación de que era objeto podía conducirle facilísimamente á nuestras posesiones más remotas de Oceanía, por largos años. Narváez, que en un principio decía que «Salamanca no era pájaro de cuenta, y sí muy *zaláo*», tomando á broma todas sus cosas, se encontraba profundamente irritado contra él, y deseaba hacer en su alta personalidad de ex-ministro un escarmiento de carácter político que tuviera resonancia en el país, así como en los mismos días había enviado á presidio nada menos que á un Director del Banco. La fuga de Salamanca y el asilo

transitorio que le ofrecía la legación extranjera, destruyendo sus inmediatos proyectos, enfureciéronle más, y jurando por todos sus dioses que Salamanca no se le escaparía, mandó que la legación fuese rodeada y vigilada constantemente y que más de cien agentes ocuparan todas sus avenidas, con las calles, casas, tejados y rincones inmediatos.

Se me unieron entonces dos ó tres amigos de los más seguros de Salamanca y míos, y sin muchas cavilaciones resolvimos salvarle de la situación crítica en que estaba. Es verdad que al acometer la empresa hacía yo traición á Narváez y me exponía también á sus represalias, pero creí siempre y esperé que pasados sus primeros momentos de arrebato lograría calmarle, patentizando á sus ojos los verdaderos sentimientos que me impulsaban, inspirados sólo por un noble sentimiento de amistad personal. Era vano pretender ganar á la policía; los agentes se vigilaban unos á otros, y en esta situación fuimos D. José de Zaragoza y yo á ver á Salamanca, sugiriéndole entonces á él mismo su vivo y natural ingenio el mejor medio para realizar su evasión en circunstancias verdaderamente cómicas.

Aceptado su plan y convenido todo, una noche, sobre las once, deteníase á la puerta de la casa del Ministro de Bélgica un coche tirado por dos briosos caballos; de él se apeaba un hombre que, abriendo la portezuela, se detuvo en actitud de espera; poco después salía de la casa un caballero embozado con paso presuroso y se metía en el coche cerrándolo prontamente, después de lo cual el cochero fustigó los caballos, que salieron á escape calle arriba. La policía dió sin perder tiempo la voz de alarma: ¡ahí va! ¡ahí va!..... y este grito, repetido veinte veces, puso á todos los agentes en movimiento corriendo detrás del coche. Pero apenas estuvo despejada la calle, el verdadero Salamanca salía envuelto en su capa sin ningún riesgo, y acompañado por mi amigo Zaragoza, entraba en mi propia casa de la calle de Alcalá. El coche fué pronto detenido, reconociéndose la persona que lo ocupaba, y convencidos los agentes de su error, volvieron presurosos á rodear la legación; mas ya era tarde; Salamanca no estaba allí. Produjose con esto una alarma en las regiones oficiales; el Presidente del Consejo, el Ministro de la Gobernación, D. Luis Sartorius y el Jefe político, circularon las órdenes más apremiantes para que Salamanca fuese buscado por todas partes y preso, y él, en tanto, salía nuevamente de mi casa, metíase en otra, donde los más finos perdigueros y sabuesos no le hubieran ciertamente descubierto, y al siguiente día por orden del Director general de Carabineros, D. José de Oribe, una partida del benemérito instituto, compuesta de un capitán, un sargento segundo, dos cabos y 16 soldados, emprendía su marcha por etapas regulares desde Madrid á la frontera francesa. El sargento era D. José de Salamanca,

cargado con enorme mochila, manta y equipo, ostentando un grande y espeso bigote, empuñando el honroso fusil, y calzando alpargatas.

Á los quince días Narváez tenía conocimiento de todo, y una mañana muy temprano me enviaba una lacónica carta llamándome á su casa. Mandó se me introdujera en el acto y que nadie entrara á interrumpirnos, y allí, á puerta cerrada, tuvimos una escena de cuyos incidentes hago gracia á mis lectores, pero cuyos últimos y sonoros ecos llegaron hasta el cuarto de los ayudantes, que nos vieron salir con cara de pocos ó de ningún amigo. De allí me fuí á mi despacho y arreglé mis papeles. Pero llegó la noche, y en casa de la Reina Cristina, donde se celebraba un baile, hallé al entrar en el primer salón á D. Ramón María Narváez, que casualmente venía hacia la puerta que yo cruzaba. Detúvose á mi vista; nos miramos los dos por breves momentos en silencio, y simultáneamente y como movidos por igual resorte, nos tendimos la mano con efusión.

—¡La verdad es—me dijo con un acento indefinible—que han estado ustedes muy *zalaoz*, Sr. D. Fernando!

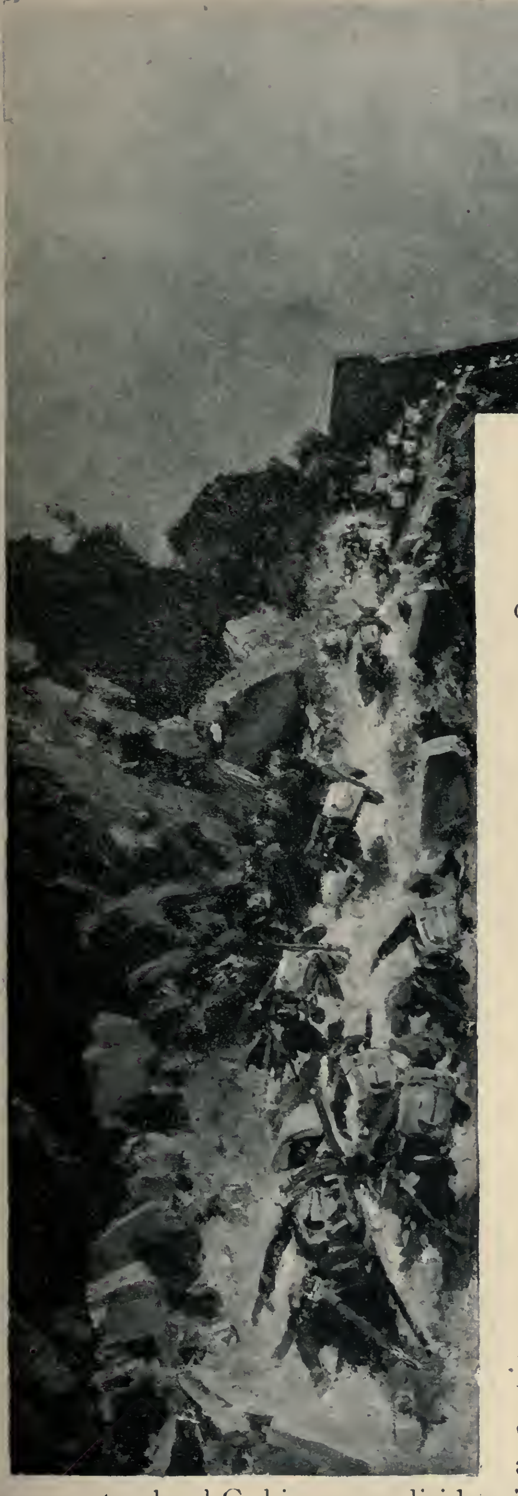
Y luego añadió pensativo:—¡ Quién sabe si me habrá V. prestado sin saberlo y sin quererlo un gran servicio!

Yo entonces me acerqué á un rincón allí inmediato, saqué del bolsillo un papel escrito, lo rompí y arrojé sus pedazos.

—¿Qué es eso?—me preguntó.

—Mi dimisión, mi general—le contesté.





CAPITULO VII.

Ofréceme el Gobierno la capitanía general de Cataluña.—Cómo la acepté.—En Barcelona.—La situación del país y del ejército.—Una delación.—Los comprometidos y las proclamas.—Rápidas disposiciones.—Sorprendo á la *Junta*.—Los procesos y las sentencias.—Segunda *Junta* revolucionaria.—Un diálogo con su presidente.—Logro desbaratar el *complot*.—Estado de la campaña.—Historia de las facciones catalanas.—D. José Pons (Pep del Oli) y el brigadier Feliú.—Tratos y convenios.—Mi marcha á Agramunt.—D. Jenaro de Quesada.—Preséntaseme D. José Pons.—Las condiciones.—Entra Pons en campaña.—Emprendo mi regreso á Barcelona.—Lo que supe en Cervera.—Cómo fué Manzano derrotado y prisionero.—Mi inmediata dimisión.—Las cartas de Mata y Alós y de Narváez.—Cómo juzgo ahora mi conducta de entonces.—Primeras presentaciones del enemigo.—El canje de Manzano.—Llegada de don Manuel de la Concha á Cataluña.—La presentación de Pozas.—Mi regreso á Madrid.—Nuevos é inmediatos convenios.—Últimas operaciones.—El fin de la guerra.—Con lo que pongo término á este capítulo.

Un día del mes de Septiembre de aquel agitado año de 1848, vino el Duque de Valencia á buscarme á mi casa, para salir juntos á paseo. Ya en su coche, me dijo que, estando el Gobierno en disidencia con el Marqués de Novaliches, capitán general de Cataluña, había acordado relevarle, y que fuera yo en su reemplazo.—Conservará V. el puesto de Director de Infantería

—añadió—y se le darán todos los medios para que salga V. airoso de la empresa. El Gobierno tiene gran interés en que concluyan aquellas partidas y en que Cabrera sea definitivamente derrotado; deberá V. emprender su marcha lo antes posible.

Siguiendo los principios á que he ajustado siempre mi conducta, no cabía en mí rehusar, por difícil ó peligroso, un mando en campaña; pero no dejé de declarar á Narváez que la situación no era buena, y que si el Gobierno quería sinceramente concluir la guerra en Cataluña, necesitaba reforzar aquel ejército. Convino en ello, y al siguiente día celebrábamos una conferencia, á que asistió D. Francisco Figueras, ministro de la Guerra. De ella resultó que sólo podía dárseme el regimiento de Guadalajara, sublevado en Sevilla y vuelto de Portugal; refuerzo inútil en tanto no se reorganizase y se pusiera otra vez en el indispensable estado de orden y disciplina. Su fuerza no pasaba de 900 hombres, y se tenía, en cambio, que licenciar 10.000 soldados cumplidos de aquel ejército y tardar algunos meses en reemplazarlos con quintos aún no ingresados en caja. Advertidas estas circunstancias deplorables, opúseme con la última energía á encargarme de tal mando; pero Narváez tenía la elocuencia persuasiva; hizo un caluroso llamamiento á mi amistad y á mi honor de soldado, y manifestóme además que iría autorizado en forma por el Gobierno para tratar con los jefes y oficiales carlistas y para admitirlos á revalidación, bajo las condiciones mismas del convenio de Vergara, siempre que se presentasen con alguna fuerza. Esto podía ser un medio que contribuyera poderosamente á la terminación de la guerra; mas para ser empleado con éxito, necesitábase antes demostrar, con ventajas en el campo, que podíamos vencer de todos modos, y ofrecer el convenio como una generosidad de nuestra parte, en aras de la más pronta pacificación del país. Ante estas reflexiones, que yo expuse, hiciéronseme promesas efectivas de refuerzos, para breve plazo, y en vista de todo ello, y creyendo siempre que el militar no es dueño de escoger los momentos y circunstancias en que ha de prestar sus servicios cuando el Gobierno los reclama, acepté al fin, pero sin hacerme grandes ilusiones acerca de los auxilios ofrecidos ni de los resultados que sin ellos pudieran obtenerse.

Al día siguiente la *Gaceta* publicaba mi nombramiento de capitán general y de general en jefe del ejército del Principado, y dos ó tres días más tarde emprendía la marcha para mi destino, con un personal suficiente para desempeñar además, desde Barcelona, el cargo de Director general de Infantería. Pasé por Valencia y tomé en aquel puerto un vapor que me llevó á Tarragona; conferencié con el Comandante general, y seguí á la capital del Principado, en cuyo puerto desembarqué á las pocas horas, alojándome en la Capitanía general. Mi

antiguo compañero y amigo el Marqués de Novaliches me esperaba para entregarme el mando desde luego, así como el despacho del Estado Mayor, que iba á desempeñar D. Juan Mata y Alós. En este valeroso soldado tenía yo una confianza absoluta, nacida del conocimiento de sus altas prendas y de una amistad muy antigua y cariñosa.

Sin descanso, en el mismo día, comencé el estudio de la situación militar y política de la provincia, con los antecedentes y noticias que mi antecesor me dejaba. El resultado de este examen fué bien triste. No había—y me apresuro á decirlo—cargo alguno por ello contra el ilustre general Marqués de Novaliches, pero sí un conjunto de circunstancias, independientes de su mando, que dificultaban las operaciones de la guerra y explicaban al mismo tiempo la preponderancia de las partidas carlistas, viviendo y aumentando á pesar de la persecución de que eran objeto. Disueltos los antiguos cuerpos Francos y la Milicia Nacional, no se podía contar sino con el ejército para combatir á la facción. Constaba ésta de unos 6.000 voluntarios, y estaba mandada por Cabrera, el terrible partidario, cuyo solo nombre hacía temblar al país. Los pueblos le abrían sus puertas y le facilitaban sus recursos por temor y por fanatismo. Las fuerzas del ejército en Cataluña ascendían á 33.000 hombres, de los cuales cerca de 13.000 guarnecían las ciudades, plazas, castillos y destacamentos, quedando reducida la fuerza de las columnas de operaciones á unos 16.000 aproximadamente. Ya he dicho que era además preciso licenciar 10.000 cumplidos, no quedando, en realidad, tropas disponibles para poder batir á los carlistas. El sistema adoptado hasta entonces en la campaña era excelente al parecer, lógico y ajustado á buen criterio; se reducía á la división del territorio por zonas determinadas, á cargo respectivamente de una columna, también determinada, que operaba siempre dentro de su circunscripción y no debía permitir que partida alguna la invadiese, persiguiéndola, sin descanso, cuando esto sucedía, hasta arrojarla á cualquiera de las circunscripciones vecinas. En teoría esto parecía rigurosamente exacto y de resultados infalibles, puesto que las partidas perseguidas, al escapar de la columna perseguidora, se encontrarían forzosamente con otra que, de refresco, continuaría la operación sin que pudieran hallar descanso nunca, debiendo, por lo tanto, rendirse ó disolverse. Pero en la práctica no sucedía así. Los carlistas se reunían en pequeñas columnas, según las órdenes dictadas por sus jefes, en los días y momentos propicios; entraban en los pueblos; cobraban las contribuciones; sorprendían algún destacamento ó fuerza del ejército inferior en número, y al aproximarse nuestras tropas, se disolvían, escondiendo los fusiles en las escabrosidades de las sierras ó en los pueblos amigos, resultando así inútil todo plan y toda operación de campaña

contra un enemigo que tenía el privilegio singular de desaparecer, disolviéndose como el humo, en los momentos en que podía ser alcanzado y derrotado. Por esta razón los choques que entonces se produjeron, y las pequeñas acciones de guerra que se libraron, fueron siempre provocadas por el enemigo en sitios, condiciones y lugares por él precisamente escogidos. Sólo una ocupación militar completa del país habría podido terminar en el momento la guerra; pero esto era un sueño irrealizable.

La opinión liberal del país nos era, además, contraria en todas sus provincias, y aunque enemiga jurada del carlismo, su odio hacia los moderados era tal, que no sólo dejaba que los sucesos se desarrollasen y que las dificultades crecieran, sino que demócratas y liberales conspiraban en todas las ciudades activamente, y levantaban también partidas auxiliando á los carlistas en su obra. Más de una vez se batieron juntos ambos bandos contra las tropas de la Reina, fraternizando y alojándose después en los mismos pueblos. Los jefes militares de este partido eran D. Victoriano de Ameller y D. Gabriel Baldrich, los cuales, al frente de sus partidas, recorrían constantemente las provincias de Gerona y Tarragona. Ameller especialmente era un jefe temible en la montaña, por su conocimiento del país, por su entusiasmo y por su audacia, á cuyas circunstancias reunía aquellas brillantes dotes naturales, que le permitieron desempeñar más adelante altos cargos en el ejército. En Perpignan funcionaba una Junta revolucionaria, manteniendo inteligencias en Barcelona, y uno de los individuos de esta Junta, llamada «Gobierno provisional», era D. Patricio de la Escosura, ya ostensiblemente afiliado al partido progresista después de las persecuciones de Narváez. Tal era el estado de Cataluña al encargarme yo de su mando, existiendo como único resorte poderoso de gobierno el estado excepcional ó de sitio, declarado en todo el territorio.

A los dos días de mi llegada, y al levantarme de la cama, en la mañana del 23, me entregaron una carta que decía textualmente lo que va á leerse: «Excmo. Sr. Capitán general, y muy señor mío: Creo que habrán hablado á V. ya de una conspiración que pronto va á estallar en ésta. Ayer llegué de Francia con la contestación de la Junta; si V. quiere escucharme, tengo mucho que decir; el día está muy cerca, por lo que, si V. desea obrar seguro, tenga la bondad de ponerme dos renglones; el sobre como abajo, sin sello ni señal ninguna que pueda hacer sospechar que la carta sale de la oficina de V.—*G.*—Barcelona, 22 de Septiembre de 1848.» Acostumbrado á recibir tantas delaciones y anónimos, muchos de ellos falsos, dejé esta carta sin contestación; pero á los pocos días recibí otra más apremiante, llamándome la atención un párrafo en que decía «que si el Gobierno de S. M. creía que sus servi-

cios eran inútiles, me rogaba no olvidase que tenía la palabra de honor de un general, y que ni su nombre ni su persona habían de ser jamás comprometidos, confiando en que yo guardaría esa palabra como general y como caballero.» Este párrafo enigmático demostraba, cuando



Don Francisco Mata y Alós.

menos, que se habían celebrado ya tratos anteriores á mi llegada, y que al dirigirse á mí el confidente lo hacía en la creencia de que yo le conocía ó tenía antecedentes suyos. Contestéle, pues, sin perder tiempo, y le cité para las dos de aquella misma madrugada. Uno de mis ayudantes, vestido de paisano, lo esperaría en sitio determinado de la Rambla para acompañarle, y así, puntualmente y á la hora indicada, el autor de las dos cartas se hallaba en mi despacho.

Las revelaciones que en seguida me hizo fueron tales y de tal gravedad, que, rogándole esperase, llamé á Mata y Alós para que las repi-

tiera en su presencia. Una vasta conspiración se tramaba en todo el Principado de Cataluña bajo la dirección inmediata de una Junta establecida en Barcelona, cuyos miembros principales eran los Sres. López Vázquez, Clavijo y otros, hasta el número de nueve, cuyos nombres y señas me dió. Un médico, el Sr. Mon, hacía de secretario, y D. Fernando Martorell ejercía las funciones de tesorero. Esta Junta dependía y obedecía á otra superior establecida en Perpignan, ya conocida, y de la que mi amigo Escosura era miembro influyente con el cargo de Ministro de la Guerra. El Marqués de Albaida desempeñaba el de Hacienda, y destinábase á D. Narciso Ameller, vocal, para mandar el ejército de Cataluña. Había además en la junta de Perpignan otra persona cuyo nombre creí entonces prudente reservar, y también ahora. Próximo el día del alzamiento, había recibido ya el Comité de Barcelona cinco mil duros en letras aceptadas, y los nombramientos de los mandos superiores. Pero lo más grave y terrible era el resultado ya obtenido por los conspiradores en las filas del ejército. Monjuich les pertenecía; el jefe de su guarnición, comprometido, estaba conforme en obrar según las órdenes de la Junta, y tenía ya en su poder nueve mil reales para pagar el premio ofrecido á los sargentos. En la plaza contaban con un batallón del regimiento de la Unión y con su jefe, alojado en el fuerte de Atarazanas, con otro de Soria en la ciudadela, y con el de cazadores de Simancas y su primer comandante, D. José Apellaniz, en la Barceloneta. En el regimiento de caballería de Numancia figuraban en la conjuración la mayor parte de sus oficiales y tropa, comprometidos todos por el teniente del mismo cuerpo, Valterra. Varios paisanos eran á su vez jefes de grupo, y alistaban fuerzas no despreciables: recuerdo entre ellos á Bartomeu, músico del Liceo, con 500 hombres armados; á Rovira, antiguo comandante de Francos, con 300; á Gardin, Aguirre y Gallardo, cada cual con los suyos. Contaba también la junta con alistar buen número de paisanos, en concepto de Milicia Nacional, una vez triunfante el movimiento, y además con la sublevación ofrecida de todos los pueblos de la costa, hasta Mataró. Seguro de su fuerza el comité, y suponiéndola más que suficiente, creía llegado el momento de obrar, y había comisionado á la persona que me revelaba todo esto, para recibir órdenes de Perpignan. Con ellas estaba de regreso, habiéndose fijado el día 28 para el alzamiento, principiando por los fuertes, ciudadela, Monjuich y Atarazanas, y apoderándose en el acto de las autoridades militares de la plaza. Dióme además el confidente la clave con que ambas juntas se entendían y las señas adonde venía dirigida la correspondencia de Perpignan. Eran ya las cuatro de la mañana, y le despedí hasta las doce de la noche siguiente. Como la Junta de Barcelona verificaba sus reuniones á las

doce del día, debía poner en mi conocimiento cualquiera novedad que ocurriese.

Cuando el general Mata y yo nos quedamos solos, nos miramos con tristeza y asombro. Preciso era obrar con premura extrema. La situación no daba treguas; amanecía el día 25, y el 28 estaba designado para el alzamiento; la ciudad y sus fuertes pertenecían á los conjurados, y era fácil que, como acontece en las conspiraciones, por el temor de ser descubiertos, ó por otra causa cualquiera, se adelantase la fecha del movimiento sin darnos tiempo para nada. Sin movernos de allí, y por nosotros mismos, extendimos Mata y yo órdenes á los batallones de cazadores de Barbastro, Talavera, Tarifa, Arapiles, Antequera y Vergara, que se hallaban en puntos cercanos, para que inmediatamente se pusieran en marcha, y al amanecer del día 27, ni un cuarto de hora antes ni después, estuviesen los cuatro primeros en la puerta de San Antonio, y los dos últimos en la de Santa Madrona. Estas órdenes se extendieron por triplicado, y corrieron por tres conductos distintos, para tener la seguridad de que llegasen á su destino. A las once reuníanse en mi despacho todos los días, á la orden, los jefes principales de los cuerpos de la guarnición, y aquella mañana, al recibirlos, aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de mi ánimo, y la mayor impaciencia por combatir las facciones, mostréme algo severo con la Artillería y la Guardia civil, que no prestaban, decía yo, en Barcelona servicio alguno importante, cuando tanta falta hacía multiplicar las columnas en el campo y reforzar las guarniciones y fuertes. Ocultaba así mis intenciones al disponer, como lo hice, que 300 artilleros y 300 guardias subieran aquella misma tarde á relevar la guarnición de Monjuich. Al coronel de artillería, Prats, oficial muy acreditado y de toda confianza, previne que se me presentase antes de subir al castillo con la nueva guarnición, cuyo mando le encomendaba, y á la tarde, haciéndole pasar á mi despacho, le comuniqué mis sospechas, dándole á entender que el orden público peligraba en la ciudad.

—Si esto llega á suceder—le dije—no vacile V. en romper el fuego sin esperar nuevas órdenes ni instrucciones mías; y que las bombas—añadí—no respeten ni este edificio, si V. viera que á sus inmediaciones se concentra el movimiento.

Con la guarnición de Monjuich, con las fuerzas comprometidas de la ciudadela y la caballería, mandé formar una columna de operaciones á las órdenes del coronel D. Francisco la Rocha, y dispuse al mismo tiempo el licenciamiento y embarque de 300 soldados cumplidos que tenía el batallón cazadores de Simancas. Con esta última orden estaba ya seguro de que el jefe del batallón no tendría obstáculo mayor para sus fines sediciosos, que los mismos 300 hombres, los cuales,

considerándose licenciados, se opondrían á todo movimiento que comprometiera su libertad. Por la noche volvió el confidente. El relevo de la guarnición de Monjuich no lo había estimado la Junta sino como una contrariedad grave, pero natural, que sin embargo no destruía sus propósitos; el jefe del batallón de Simancas, manifestando las disposiciones tomadas respecto del cuerpo de su mando, propuso adelantar el movimiento; pero tampoco la Junta estimó que tenía esto una decisiva importancia, ni que fuera de modo alguno extraño que se mandaran licenciar los cumplidos, y no atendió la proposición. Después de estas noticias, resumen de lo ocurrido aquel día en el seno de la Junta, continuó exponiéndome toda la extensión del plan próximo á realizarse. La plaza de Lérida y la Seo de Urgel, con sus fuertes, estaban también comprometidas en la revolución, así como la de Gerona con toda su fuerza, teniendo al frente á Codina, exdiputado; el regimiento de San Quintín, con sus dos jefes, Ruiz y Apellaniz, debía pronunciarse en Hostalrich llegado el instante; el castillo de Figueras, con la guarnición, abriría sus puertas á D. Victoriano Ameller, mientras que Cabrera, noticioso secretamente de todo, se acercaría á Barcelona para entrar en ella. Creía el confidente que había mayor número de cuerpos y jefes del ejército comprometidos, pero no los recordaba; desde luego los carabineros de la Seo de Urgel, con sus oficiales, secundarían el movimiento general.

¡Era una situación espantosa! La conspiración se extendía como mancha de aceite por todo el Principado, y las consecuencias generales de tamaña explosión, perdiendo las ciudades, cuando ya teníamos perdidos é invadidos los campos, y poniendo á Barcelona en peligro de caer en poder de Cabrera, constituían un riesgo inmenso é inmediato para la suerte y la seguridad misma del Trono.

Al día siguiente pude comprobar, con pruebas irrefutables, todas estas noticias. La correspondencia de Perpignan, que de orden mía detuvo el Administrador de Correos, pasándola á mis manos, confirmaba plenamente las denuncias. Las comunicaciones estaban escritas de puño y letra de Escosura, dirigidas á varios jefes, nombrando una de ellas capitán general de Cataluña al general Iriarte. Con las cartas, y en paquetes lacrados, llegaban también muchos cientos de proclamas, algunos de cuyos ejemplares tengo ahora á la vista. Unas iban dirigidas á los *Catalanes* y á los *Españoles todos*, y otras á los *Soldados* del ejército. En las primeras se leía, entre otras cosas, lo siguiente: «Conciudadanos: Ha llegado la hora tremenda de la justicia. El pendón de la libertad tremola magnífico en el campo de batalla; empuñad las armas y acogeos á la sombra de esta enseña sagrada, que hoy es la precursora del triunfo más esclarecido. Esta vez no serán inútiles nues-

tros esfuerzos. La tiranía va á hundirse para siempre en nuestro suelo, porque no podrá resistir á la voluntad de los españoles, etc.» La dirigida á los *Soldados* era todavía más grave, pues que los inducía á la sedición y al abandono de sus banderas. «Ved—les decía—que se valen de vosotros como de un ejército mercenario para hacerle servir de instrumento ciego que defienda sus iniquidades. Reconoced la ferocidad de los hombres que os gobiernan, y recordad con dolor tantas víctimas sacrificadas, tantos militares pundonorosos inmolados, y la sangre de vuestros hermanos derramada en Madrid, en Galicia, en Alicante, en Logroño y en otros puntos: ¡eran soldados como vosotros y murieron inocentes y mártires de la libertad! Considerad que nosotros no somos sino la vanguardia de un pueblo numeroso, que va á empuñar las armas y á hacer un esfuerzo heroico para exterminar la tiranía. Considerad que en este levantamiento general están comprometidos con su palabra muchos de vuestros jefes y compañeros de armas; por esto, si algún jefe traidor intentara llevaros á la muerte para medrar en su carrera, si no podéis negaros á cumplir sus órdenes, sed morosos al menos en verificarlo; desordenaos en medio del combate y uníos á vuestros hermanos, que, si bien está preparado el castigo para los malvados, vosotros estaréis libres de todo peligro y empezaréis á libraros de la servidumbre en que se os tiene. Sois españoles; pensad que tenéis padres y parientes en el pueblo, y que vuestra causa es la nuestra; la causa de la libertad, de la equidad y de la justicia. En nuestras filas se hallan ya muchos de vuestros camaradas, que van llegando á cada momento. No disparéis un tiro contra la causa del pueblo para sostener el despotismo; uníos para siempre á la bandera de la libertad. Derribado el infame Gobierno de Madrid, recibiréis vuestras licencias absolutas. Mientras llega este día, muy cercano, recibiréis seis reales diarios y seréis atendidos como hombres. Aquí no se os dará el mal trato que recibís de vuestros oficiales; por el contrario, os esperan las recompensas que merezcan vuestros servicios. Presentaos con vuestras armas para ser más útiles á la patria. Venid á abrazar á vuestros conciudadanos que os estiman y os esperan. Soldados: ¡Viva la libertad! ¡Abajo el Gobierno! ¡Sucumba la tiranía!» Algunos de estos documentos quedaron en nuestro poder, y en cuanto á las cartas, después de sacar copias certificadas, se dejaron correr todas.

Pasó el día 26 sin novedad, y al amanecer del 27, los batallones de cazadores llamados por mí estaban en las puertas de la plaza. Di al gobernador militar, general D. Ramón la Rocha, mis órdenes para el relevo de la guarnición, y á las ocho de la mañana estaban cumplidas. Este era el momento de mayor peligro, porque los conjurados podían ya sospechar que mi autoridad había descubierto la

conspiración, y apresurar en consecuencia sus actos. Pero ignoraron la llegada de los batallones, por la hora matinal en que se presentaron, y cuando á las nueve ó las diez túvose noticia de todo ello, el cambio estaba hecho y las fuerzas relevadas salían de la ciudad para incorporarse á las columnas de operaciones.

Seguro así de la guarnición, resolví proceder inmediatamente contra la Junta y los militares comprometidos, que habían incurrido en las penas más severas de la Ordenanza, á cuya jurisdicción estaba sujeta Cataluña entera. La Junta conspiraba para sublevar batallones, arrogándose el derecho de conceder recompensas y ascensos como medios de soborno, y los jefes y oficiales complicados se habían hecho reos del más grave de los delitos militares. Era también necesario apresurarse á impedir que en cualquier otro punto se iniciara el movimiento arrastrando á los cuerpos comprometidos. Mandé, pues, llamar al jefe de la policía, y con las señas, datos y noticias que con tanta abundancia obraban en mi poder, le previne que aquel mismo día á las doce, cuando la Junta estuviese en sesión, la sorprendiera, prendiendo á todos los que se encontrasen en el local. La orden se llevó á efecto puntualmente. Ocupáronse claves, sellos y papeles; los conspiradores fueron todos presos sin que uno solo escapara, incluso el confidente; entre ellos se detuvo al primer comandante Apellaniz, de cazadores de Simancas, que estaba recibiendo órdenes, y no sin profundísima sorpresa y pena nuestra apareció allí un ayudante de campo del general Mata, que traidoramente daba conocimiento á la Junta en cada sesión de lo que veía y oía en la Capitanía general. ¡Tal era la importancia de esta conspiración, que contaba con adictos hasta entre las personas mismas que ejercían á nuestro lado las funciones de mayor confianza!

El terror que se apoderó de todos los comprometidos en la ciudad, al conocer la sorpresa y la prisión de sus jefes fué inmenso, y sin pensar más que en salvarse, huyeron todos de Barcelona ó se escondieron. Yo no tenía interés ni deseo alguno de que la persecución se extremara, por más que el Gobierno, conocedor de todo, me hubiese ya excitado, con el más vivo empeño, á que llevase hasta sus últimos límites el rigor de la represión, vista la gravedad de las circunstancias y los peligros que amenazaban al Estado. Pero entendí siempre que, en estos casos, basta el castigo de los jefes para destruir la obra de los subordinados, y limité la acción de la autoridad á la captura de la Junta. La comisión militar juzgó y sentenció á los delincuentes; tres infortunados, López Vázquez, presidente de la Junta; el capitán Clavijo y el alférez Valterra, jefe de la conspiración en el regimiento de Numancia, sobre los cuales pesaban las más abrumadoras responsabilidades, fueron pasados por las armas. El teniente coronel de Simancas, don

Francisco Patiño, y el de igual clase Apellaniz, sufrieron la pena inmediata; el general Iriarte fué preso en Madrid, y los demás complicados y presos resultaron condenados á diferentes penas. En cambio, yo me dediqué, durante aquellos amargos días, á fijar la suerte de los muchos presos políticos que llenaban las cárceles y fuertes de la ciudadela y de Monjuich, en virtud de causas antiguas y paralizadas. Puse en libertad á cuantos no estaban sujetos á procedimientos; envié los sentenciados á su destino; los prisioneros, á Mallorca, pidiendo al capitán general de las Baleares, D. Fernando de Cotoner, que formara con ellos un depósito, y autoricé la vuelta á sus hogares de todos los desterrados, procurando demostrar así que sólo me animaba un espíritu de rectitud, no ejerciéndose mi acción sino contra los verdaderamente culpables, previa la justificación del delito y la sentencia de los tribunales competentes. Aquellas tres sentencias de muerte fueron las únicas que he firmado jamás, y su recuerdo amargó mi vida y aún la entristece; pero no lograron alterar la serenidad de mi conciencia las crueles acusaciones de que fuí objeto en este tiempo, por parte de la prensa republicana y progresista.

Salvados estos peligros, creí poderme dedicar con alguna tranquilidad á los asuntos de la guerra. Los carlistas recibían sus recursos, sus armas y municiones por mar, procedentes de los puertos franceses del Mediterráneo. Era preciso ejercer una vigilancia muy activa en la costa, y para ello tenía á mi disposición cuatro vapores de guerra, á los cuales comuniqué órdenes rigurosas para que establecieran en el litoral el más estrecho bloqueo. Con este motivo, mi ilustre amigo don Mariano Roca de Togores, ministro de Marina, que heredó en aquella época el noble título de Marqués de Molins, me escribía la siguiente cariñosa carta:

«Mi querido Fernando: Si recuerdas que has sido ministro de Marina y no has olvidado que son diez nuestros buques de vapor; si tienes presente que á nadie faltan tretas para negar lo que no quiere conceder, aunque sea muy fuerte quien lo pida, no podrás menos de confesar que el hallarse á tu vista y bajo tus órdenes nada menos que cuatro buques de aquella clase, es una prueba de lo que el Gobierno te considera y de lo que este pobre Ministro de Marina te quiere, aunque tú no le escribas. Pero, ahora bien, Fernando mío, acreditada por mi parte la amistad y la buena fe, voy á poner á prueba la tuya. Si no consideras el estado de nuestros buques y si los haces trabajar demasiado, serán como caballos cuya curación se descuida y cuyo descanso no se atiende. Bien sé que tú conoces esto, y por ello me atrevo á pedirte que dejes al *Lepanto* cuanto tiempo sea bastante á componerse y repararse; no basta decir *puede hacer este servicio* bien ó mal,

y luego se compondrá; sucede por este camino, que lo que había de costar poco cuesta muchísimo, y que la obra de un mes dura un año. Por Dios, Fernando mío, que consideres esto y *des pienso á los caballos.* En revancha te diré que á veces sucede que hay compositores ó



DON MARIANO ROCA DE TOGORES,
MARQUÉS DE MOLINS.

funcionarios tumbones, que hacen durar un año lo que se compondría en una semana; sé inexorable con ellos y cuenta con que yo te sostendré: el vapor *Castilla*, por ejemplo, tarda una eternidad en su reparación; actívala, si gustas, y yo, lejos de resentirme, te daré las gracias.

»En una palabra, tú como yo somos obreros de este gran dique que opone España al torrente revolucionario; auxiliarnos mutuamente es á la vez nuestro interés y nuestro deseo. El espíritu de clase ó de empleo

era para los tiempos en que se sentaba aquí Ensenada y ahí el virrey Duque de Osuna; ahora debemos obrar de otro modo, y por eso, ni yo me sirvo de subterfugios para rehusarte auxilios, ni dejo de contar con tu cooperación para que éstos sean eficaces y útiles á tí, sin ceder en descrédito mío. Adiós, mi querido amigo, recibe la enhorabuena por el feliz rumbo que has tomado, por el cambio que has conseguido y por el aprecio que de todos te sabes granjear. Nadie te lo profesa más sincero y afectuoso que «*Mariano.*»

Al propio tiempo comencé á dedicarme con el más vivo interés á reorganizar las tropas en campaña, reforzando las columnas y uniendo en cuanto era posible los regimientos, pues la experiencia demostraba que los batallones de éstos separados del coronel, sufrían casi siempre en su disciplina y en su espíritu. Suprimí también una porción de pequeños destacamentos de escasa fuerza, que proporcionaban á los carlistas fáciles triunfos, como los anteriormente alcanzados en La Bisbal, Cabra, La Garriga y Castellar del Vallés. Mandé asimismo, y con igual objeto, á los Comandantes generales, que abandonasen todo fuerte que no ofreciera garantía de defensa ni sirviera de base de operaciones á las columnas. Las fuerzas dispersas en estos servicios deberían reunirse á sus respectivos cuerpos, con objeto de preparar una campaña vigorosa, que me permitiera utilizar, si llegaba el caso, la autorización que tenía del Gobierno para tratar y admitir á convenio á los rebeldes.

En estas previas atenciones me ocupaba, cuando en los últimos días de Octubre se presentó mi confidente, que había simulado una evasión después de preso con los de la Junta, y cuyos servicios en aquellas circunstancias necesitaba seguir utilizando, el cual me dijo que una nueva Junta revolucionaria acababa de constituirse en reemplazo de la anterior; que su presidente era una persona muy recomendable del comercio, un platero cuya fama de honradez y de riqueza le garantizaba ante las autoridades; y que por esto mismo, habían acordado que viniese á verme, aprovechando el prestigio de su nombre y posición, para interesarse por la libertad de los presos políticos que aún quedaban en los fuertes, algunos de los cuales era necesario saliesen para volver á combinar el movimiento.

Mi sorpresa fué grande, y confieso que por un momento sentí desanimados todos mis bríos. No habían pasado, no, los tiempos heroicos de las grandes luchas por las ideas. De los opuestos campos presentábanse á porfía mártires y víctimas, sin que las persecuciones ni los peligros lograsen apagar la fe, ni extinguir los entusiasmos ardorosos que impulsaban á los hombres á arrostrarlo todo, la ruina, el presidio y la muerte, por el triunfo de sus creencias. ¿Qué hacer? ¿Qué resolu-

ción tomar ante las nuevas complicaciones que se creaban? ¿Qué partido era aquel que así llenaba los huecos de los que desaparecían al rigor de las leyes militares? ¿Cómo proceder contra la nueva Junta y derramar otra vez la sangre de los sediciosos, ni cómo abandonar á su suerte los altísimos intereses puestos á mi cuidado bajo la responsabilidad de mi deber y de mi honor? Bien meditado todo, resolví esperar la visita del nuevo presidente, conduciéndome en ella de manera propia á advertirle que estaban vigilados y vendidos. Dejar que fueran más allá en la consumación del delito, conociéndolo, para castigarlo luego duramente, era acción que rechazaba mi alma con invencible repugnancia; y si para defender el orden y los deberes de mi puesto era posible que todo se deshiciera, debía cuando menos intentarlo.



No tardó en presentárseme el presidente de la junta. Trabajaba yo una tarde sentado á mi mesa, cuando el alférez D. Francisco de Paula Figueras, hijo del Ministro de la Guerra, y mi ayudante de guardia aquel día, me anunció su llegada. Sobre la mesa tenía precisamente la lista de todos los que componían la nueva Junta, encabezada con su nombre; púsela entonces al descubierto, y dije á Figueras que pasara el visitante. Era un hombre como de cuarenta y cinco años, de agradable presencia, fornido sin exceso y de fisonomía bondadosa; vestía de negro, no sin cierta elegancia, y nadie hubiera podido sospechar que bajo aquel exterior simpático se ocultaba el conspirador que venía á sorprender mi buena fe, ofreciéndome, para conseguir mejor sus fines, una amistad falsa con atenciones más falsas todavía. Inclinóse ante mí, y saludándome respetuosamente me dijo:

—Mi general, soy.....

—Ya sé quién es V.—le interrumpí conteniéndome apenas.—Es V. D. X. X., acreditado platero de la Rambla, y viene V. á pedirme la libertad de los presos políticos.

A estas palabras pintóse en su semblante un estupor profundo; pero yo continué, sintiéndome cada vez más indignado:

—Sabía que vendría V. á verme, y que ha sido V. elegido presidente de la nueva Junta revolucionaria, que reemplaza á aquella otra que fué hace pocos días presa y juzgada; sé que ya se han reunido VV. una

vez para acordar lo que han de decir á la Junta de Perpignan y oir lo que comunica á VV. el coronel Ruiz desde Hostalrich. Ya ve V. que lo sé todo..... Conozco los nombres de sus compañeros—y al decirle esto le mostraba la lista sobre la mesa—y sé que viene V. á ofrecerme una amistad engañosa, inspirándome confianza con su nombre y su reputación.

Fué tal, sin duda, el acento de mis palabras, y tan amenazadora mi actitud, que el hombre comenzó á temblar visiblemente; descompusiéronsele las facciones, y en torno de sus ojos se marcaron anchas ráfagas moradas; quiso hablar y sólo articuló algunas palabras confusas.

—¡Mi general!..... ¡Yo!.....

—Desde aquí, en este instante, puedo y debo enviar á V. á la Ciudadela, para ser juzgado y fusilado como sus antecesores. Me sobran pruebas que le condenen..... Ha contado V. demasiado con la fortuna.....

Pero al oir esto, sus piernas se doblaron y cayó de rodillas.

—Alce V.—le dije cogiéndole una mano,—que no es esa la actitud de un hombre. Sé que fué V. honrado..... El camino que ahora emprende es de perdición..... Tengo medios sobrados para saber y desbaratar cuanto se intenta, y el deber de defender el orden y las leyes. No adelantará la Junta un solo paso sin que me sea conocido. Váyase V..... queda V. enteramente libre; pero no olvide el consejo que voy á darle.... abandone V. la conspiración y no comprometa su vida ni el porvenir de su familia..... Mañana, quizá, será ya tarde.

Lloraba mi hombre y no sabía, al retirarse, cómo demostrarme su gratitud. Creyó pagarme, sin duda, confesando que todo era cierto, y facilitándome otros pormenores que le justificaban de algún modo; al irse, me juró que para siempre se apartaría de la política. Por la noche díjome el confidente que sus revelaciones y el puntual relato que de la escena hizo habían sembrado el terror en el seno de los conjurados, declarándose disuelta la Junta é indefinidamente suspendidos los trabajos revolucionarios, dando de todo ello conocimiento á Perpignan. En los mismos días logró el Gobierno que Escosura y sus compañeros fueran internados en Francia, y con esto, y con haber recogido cerca de mil fusiles escondidos en Barcelona, merced á las indicaciones que también me hizo el confidente, parecieron conjurados todos los peligros por el momento. Cuando el Gobierno tuvo noticia de lo ocurrido, me prodigó los más apasionados elogios. «La conducta de V. en Cataluña—me decía Figueras en carta del mismo mes de Octubre—merece la aprobación de todos los Ministros de S. M., y yo tengo el mayor gusto en manifestárselo así por encargo de todos.» Narváez era más expresivo todavía. En carta del 13 de Octubre me aseguraba que «había leído mis cartas en Consejo de Ministros, y que había tenido el gusto

de que todos los que lo componían le encargasen me felicitase por mi leal y firme comportamiento», añadiendo que «cada día me captaba más y más las simpatías de todo el mundo y que, siendo él franco, gozaba mucho al verlo», y poco después, al saber y conocer lo que hice con el nuevo presidente de la Junta, volvía á escribirme, diciéndome: «Delicada es la situación de V., y la está V. manejando con exquisito tacto y cordura: yo espero que dará V. solución á todo y que saldrá V. al fin á puerto seguro.» Yo también espero que se me perdone la inserción de estas líneas, que lastiman, sin duda, mi modestia; pero fueron tales los ataques de que fuí blanco en aquella época, que no puedo excusarlas, tanto más, cuanto que no fuí auxiliado sino por la Providencia y por un claro beneficio de la suerte.

En los mismos días recibí la Real orden que me autorizaba para tratar con los jefes carlistas concediéndoles las ventajas del Convenio de Vergara, y otra de igual fecha para utilizar los servicios de los oficiales de igual procedencia, ya presentados, los cuales se habían espontáneamente ofrecido á negociar con sus antiguos compañeros de armas las condiciones de la paz; mas para entender mejor los sucesos que siguieron, conviene consignar el estado en que se encontraba la guerra en aquellos momentos, y conocer la historia y el origen de las partidas carlistas que recorrían el Principado, sin embargo de que la disolución de las dos Juntas revolucionarias produjo efectos muy favorables; la acción de los partidos enemigos quedó en suspenso, y las esperanzas que abrigaban los cabecillas en el campo se desvanecieron, con no pequeña ventaja moral para la causa del Gobierno. Pero en cambio de esto disminuyóse el efectivo del ejército en campaña, de un modo muy sensible, por el licenciamiento, ya ordenado, de los 10.000 cumplidos; y aunque disminuyendo yo á mi vez y suprimiendo guarniciones y destacamentos, incorporé á las columnas toda la fuerza posible, resultaba ésta siempre muy inferior á las necesidades de la guerra; y no podiendo esperar por el momento refuerzo alguno, era evidente que confiando el término de la campaña al éxito de las operaciones militares, sin otros auxilios, nada se conseguiría, aun cuando en todos los combates y encuentros resultáramos victoriosos, y esto por la índole de la campaña y las condiciones en que los partidarios la seguían. Para convencerse de ello, bastará conocer la composición íntima de las partidas en Cataluña, y las razones á que obedecieron; historia que no deja de ofrecer alguna enseñanza para nuestros Gobiernos, en un país donde con tanta facilidad y frecuencia se reproducen las guerras civiles.

Nueve años iban ya transcurridos desde el convenio de Vergara, y los oficiales y jefes carlistas no convenidos llevaban todo ese tiempo

en la emigración, en el más completo abandono. Fuera de unos pocos que lograron empleos en establecimientos industriales ó protección en alguna casa legitimista, los demás arrastraban una vida de desesperación y de miseria. Sujetos á una escasa pensión del Gobierno francés, martirizábales la idea de concluir sus días en aquella situación lamenble, lejos de sus afecciones y de la patría; así es que sólo esperaban una voz que les llamase para acudir desesperadamente á las armas. El antiguo brigadier carlista D. José Pons, conocedor de aquel estado moral, concibió entonces el proyecto de encender de nuevo la guerra civil en Cataluña, para poner un término á situación tan desastrada, y con sólo un capital de 4.000 reales se fué á Perpignan, compró algunos fusiles y eligió, entre los oficiales emigrados, los más decididos. Con ellos formó una partida de 40 ó 50 hombres, y atravesó la frontera dando comienzo á la guerra. Todos iban á pie; Pons, como sus compañeros, llevaba al hombro el fusil y calzaba alpargatas; conocedor extraordinario del terreno, revelóse en seguida como el más audaz y experto cabecilla; ocultábase de día en los bosques y en los riscos de aquellas ásperas sierras, y caminaba cuando el sol se ponía; huía de los pueblos; comunicábase sólo con los habitantes de las masías, amigos, parientes ó partidarios suyos, y las localidades, los caminos, las trochas, las veredas, los vados, los barrancos, las cuevas, los menores accidentes del terreno y la condición y opiniones de sus habitantes, todo le fué conocido y familiar. Perseguidos como lo estaban, sin tregua, al aparecer en algún punto, y ahuyentados á tiros y ojeados como fieras selváticas, la vida de aquel puñado de hombres audaces fué sin duda terrible en los primeros tiempos. ¡Qué sufrimientos y qué constancia! ¡Qué heroicos hijos los de esta tierra española, cuando se lanzan á alguna de esas empresas reproducidas por una ú otra idea en cada siglo, y que parecen demostrar que ni el tiempo, ni el progreso, ni la civilización, amenguan nunca ni destruyen el temple duro de nuestro gran carácter!

El éxito llevó pronto, á las órdenes de Pons, más emigrados y muchos voluntarios de los diferentes pueblos. Él era cauto en admitirlos, y no formaba sus compañías sino contando con oficiales idóneos que las mandasen; ocultábase á veces por largos períodos, hasta el punto de hacer dudar de su existencia; luego aparecía como el rayo, destruyendo una columna ú ocupando un pueblo, y de esta suerte llegó á reunir unos 2.000 hombres. Entonces entró en las poblaciones; batióse con las pequeñas columnas que operaban ó recorrían el país, y estableció en todo el territorio que le era adicto un sistema de tributación que recaudaba fácilmente, pues se reducía á percibir las mismas cuotas que cobraba el Gobierno de la Reina. Llegó así á reunir sobre 6.000

hombres, de cuya cifra no quiso pasar, y cuando verdaderamente veía su obra coronada por el éxito, su crédito afirmado, y el fruto de sus afanes próximo, presentóse Cabrera, de orden de D. Carlos, para tomar el mando de todas aquellas fuerzas. No pudo Pons sufrir esto con calma; consideróse despojado de lo que era suyo; vió que sus trabajos, sus penalidades y sus merecimientos se desconocían, entregando á un tercero lo creado por él á tanta costa, y antes que reconocer la autoridad del caudillo tortosino, emigró otra vez á Francia. Ambos se juraron odio eterno, y hubiera bastado una circunstancia propicia para que el uno fusilase al otro, sin compasión ni piedad.

Tal era la situación en que se encontraban los carlistas cuando yo tomé el mando de Cataluña. Conocidos bien todos estos detalles, pensé aprovecharlos atrayendo á Pons á nuestra causa, y utilizando su inmenso prestigio con los oficiales y jefes de las partidas, á fin de que lograra decidirlos á abandonar una empresa en la que él mismo los había comprometido. Sabía bien que ellos no peleaban sólo por D. Carlos, cuya bandera no despertaba en sus corazones el antiguo entusiasmo, sino por huir de la miserable vida de emigrados, á que su estrella les reducía. En tal concepto la revalidación de sus empleos iba á ser para ellos un áncora de salvación, en el instante en que vieran posibilidad de conseguirla. Utilicé, para entablar mis negociaciones con Pons, á los comandantes Horta y Lago, amigos íntimos suyos, los cuales partieron pronto para Francia, llevando las condiciones que yo imponía. Servíme además de un coronel retirado en Tarragona, llamado D. Manuel Feliú, antiguo carlista, no convenido en Vergara, emigrado después, y últimamente revalidado en su empleo por influencias mías. Era Feliú hombre de buena posición, de pingüe fortuna y de grande influencia en su provincia; habíame hecho ya algunos adelantos espontáneos, y decidí escribirle también en aquella ocasión. Su actitud fué resuelta; me prometió contribuir al logro de mis deseos, y trabajó en seguida tan hábilmente, que el Comandante general de la provincia me comunicó la feliz nueva, de que por las gestiones de Feliú, estaban ya prontos á presentarse, en el momento que se determinara, el títulado brigadier Sabaté con 700 hombres, y el coronel D. Benito Lluis con 450. Puesto de acuerdo con el Comandante general y conmigo, para que la presentación fuera general, decidimos esperar á que lo hiciese Pons en la alta montaña, con otros cabecillas, entre ellos Marsal. Mis esperanzas de obtener la pacificación en breve plazo, uniendo estos trabajos á una activa campaña, en la que Pons combatiría á nuestro lado contra Cabrera, su mortal enemigo, comenzaron, pues, á ser vehementes y fundadas.

Por su parte, los amigos de Pons volvieron pronto. Su gestión había

sido feliz. Pons aceptaba el convenio, y después de invocar el estado revolucionario de Europa como razón poderosa para que se unieran todos los buenos monárquicos, se ponía incondicionalmente á mis órdenes. «Acepto gustoso—decía en la carta de que eran portadores los comisionados—las condiciones que V. E. se ha servido hacerme, sin restricción de ningún género, ofreciéndome desde luego á las órdenes de V. E. para que disponga de mi persona y valer, cualquiera que sea, del modo y manera que juzgue más conveniente al mejor servicio de S. M., asegurando á V. E. que por mi parte no se perdonará medio ni diligencia para restablecer la tranquilidad en esa hermosa provincia.» Sus amigos, al entregarme este documento, diéronme además noticias y detalles interesantes. Pons esperaba atraer no sólo las partidas mandadas por sus amigos y organizadas por él, sino todas las demás, porque los antiguos y constantes realistas y el clero parroquial de la montaña estaban ya disgustados por la inteligencia que los carlistas mantenían con los demócratas, y deseaban la paz en evitación de mayores males. Pons entraría por el Valle de Andorra y haría su presentación en la provincia de Lérida, mientras que yo, poniéndome de acuerdo con la Junta de carreteras y otros centros, procuraría que al iniciarse la pacificación se diera pronto trabajo á los voluntarios, á fin de que, al abandonar las armas, no se hallaran privados de los medios de subsistencia.

Dispuesto todo, salí de Barcelona con el general Lersundi, el Estado Mayor, tres batallones, cien caballos y cien mozos de Escuadra, dirigiéndome á Villafranca del Panadés: allí me esperaba el general Boiguez, comandante general de Tarragona, y allí vi á mi amigo D. Manuel Feliú. Después de conferenciar con ellos seguí á Igualada, y desde este punto á Castelfullit, donde pasé revista á la columna del brigadier Manzano, fuerte de 900 hombres del regimiento de la Unión, 100 de Tercios catalanes, 30 mozos de Escuadra y 50 caballos. Era una columna capaz de hacer frente á todas las partidas de las inmediaciones reunidas; dejéla en Castellfullit y me dirigi al Segre, entrando en el pueblo de Pons; de allí destaqué á Lersundi con dos batallones de cazadores, 50 hombres de los Tercios y 25 mozos de Escuadra para que protegiese la entrada del brigadier Pons por la Seo de Urgel. En uno de estos pueblos encontré al regimiento de Infantería de Zaragoza, que mandaba con gran pericia el entonces coronel Don Jenaro de Quesada, hijo del infortunado general del mismo nombre. Quesada era uno de los mejores jefes que tenía la Infantería, y en aquel momento tuve ocasión de comprobarlo, admirando mucho el estado de su regimiento, no sólo por su instrucción perfecta y por su irreprochable policía, sino por el espíritu de la oficialidad y por

su disciplina inquebrantable en una época en que era tan difícil mantenerla.

El 15 de Noviembre llegaba el general Lersundi, acompañado del brigadier Pons, á la villa de Agramunt, donde yo le esperaba ya. Momentos después de la presentación personal, juraba Pons sobre los Santos Evangelios fidelidad á la Reina, prometiendo seguir lealmente



Don Jenaro de Quesada.
(Copia de una miniatura de la época.)

sus banderas y obedecer á su Gobierno, firmando el texto del convenio, ya redactado de antemano, á cambio de las condiciones, en él consignadas, que le reconocían su empleo de brigadier (1). Era Pons de agradable presencia, alto y bien formado; sus cabellos negros y brillan-

(1) He aquí el texto de este convenio:
«Art. 1.º Desde el momento en que el señor brigadier Pons se presente en España y preste el juramento de fidelidad á la Reina y su legítimo Gobierno, se le pasará por el Excmo. Sr. Capitán general un oficio en el que, á nombre de S. M., y en virtud de las facultades de que se halla revestido, se le reconozca su anterior empleo de brigadier de Infantería, sin perjuicio de

tes, su color moreno, sus ojos grandes y de mirar profundo, daban á su fisonomía un carácter muy enérgico y muy expresivo; gastaba bigote y patillas; montaba y manejaba su caballo con soltura, y advertíase en toda su persona cierta distinción y elegancia ruda, muy en armonía con su vida aventurera de soldado. El apodo de *Pep del Oli*, con que le señalaban los suyos, sirvió á la prensa y á muchos para rebajarlo en el concepto público, presentándolo como un cabecilla vulgar. Pero fué esta una creencia equivocada. Pons era un militar de carrera y de circunstancias muy recomendables, y allí, especialmente en la montaña, no tenía rival. Procedente de la clase de cadetes, en uno de nuestros regimientos, obtuvo en campaña todos sus empleos y dos cruces de San Fernando. Díjome que, sin género alguno de duda, sus antiguas partidas se presentarían, á pesar de la vigilancia inquieta que sobre sus compañeros ejercía Cabrera, amenazándolos de muerte.

solicitar inmediatamente el competente Real despacho, no siendo obstáculo el haber obtenido este empleo después del 24 de Septiembre de 1839 y antes de la entrada del ejército de Cataluña en Francia.

»Art. 2.° Hallándose en igual caso D. Miguel Pons, su hermano, se tendrán con él las mismas consideraciones, efectuándose del mismo modo la revalidación del empleo de coronel, siempre y cuando se retire inmediatamente con la fuerza que manda, ya sea presentándose con ella á las autoridades legítimas, ya retirándose á Francia y presentándose en seguida á dicho Excmo. Sr. Capitán general.

»Art. 3.° Siendo la intención de S. E. utilizar desde el momento los servicios, conocimientos y pericia del Sr. Pons, en la primera conferencia que éste tenga con S. E. quedarán ambos de acuerdo sobre el destino que deba tener y que mejor conduzca á la pacificación de Cataluña. Alcanzada ésta, y antes si conviniere, quedará Pons definitivamente nombrado Comandante general de la alta montaña, para que la paz sea duradera y pueda con su prestigio y celo evitar que las facciones vuelvan á entrar en campaña en la primavera próxima.

»Art. 4.° Desde el momento de presentarse el Sr. Pons, S. E. proveerá á los gastos de equipo, montura, etc.

»Art. 5.° Además de las garantías expresadas, el Excmo. Sr. Capitán general, en nombre de S. M., recompensará los servicios que por su influencia, pericia y conocimientos en el país, logre prestar el Sr. Pons á la causa de la Reina.

»Art. 6.° Autorizado S. E. para prorrogar el Real decreto de 17 de Abril último, lo hace, á su vez, al Sr. Pons para que lo comunique á aquellos jefes, sus amigos, que en cualquiera situación que se hallen, sea en España, sea en el extranjero, entienda que han de optar á este beneficio é imitar su noble conducta, y á los que así lo hagan, se les concederá la prorrogación y se cursarán sus instancias, optando desde luego á la media paga los subalternos, y á un tercio las demás clases hasta la Real aprobación, quedando luego como los demás oficiales del ejército.

»Art. 7.° El Sr. Pons designará los jefes y oficiales que, perteneciendo al ejército carlista de Cataluña, deban cooperar á la pacificación del Principado, los que, en estando á sus órdenes, deberán quedar desde el momento igualmente revalidados en la misma forma que lo sea el expresado Sr. Pons, siempre que acrediten legalmente haber obtenido los empleos que digan. Con estas condiciones el Sr. Pons se compromete á prestar desde luego los servicios que convengan para conseguir en muy poco tiempo la pacificación completa del Principado, ya sea disolviendo pacíficamente las partidas que existan, ya combatiéndolas con la fuerza que se ponga á sus órdenes.

»El presente convenio dejará de tener fuerza y valor si el Sr. Pons no verifica su sumisión al Gobierno y presentación á las órdenes del Excmo. Sr. Capitán general en el término de quince días, que deberán contarse desde esta fecha.—Barcelona, 19 de Octubre de 1848.—FERNANDO FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA.—JOSÉ PONS.»

Pons abrigaba el presentimiento terrible de que su hermano pagaría con la vida aquella desconfianza, si no lograba presentarse pronto con los 500 hombres que le seguían, burlando al jefe tortosino. Sus temores se realizaron á los dos días, por desgracia, porque Cabrera mandó fusilar al hermano del brigadier convenido, y nada pudo salvarle. Con esto aumentó é hízose ya implacable el odio de Pons hacia Cabrera; y como ardía en deseos de entrar seguidamente en campaña, organicéle una columna de dos batallones y un escuadrón para que pudiera operar independientemente, aun cuando en inteligencia con el comandante general de Lérida, D. José de Oribe. En esto presentóse el primero, obedeciendo al llamamiento de Pons, el cabecilla apodado *El Negre de Agramunt*, con alguna fuerza, y deseando yo volver rápidamente á Barcelona, para ultimar las órdenes y detalles indispensables al comienzo de la campaña, emprendí la marcha animado por las más lisonjeras esperanzas. En uno de los puntos de etapa oficié al Gobierno comunicándoselas, y fundándome en los éxitos ya obtenidos por las negociaciones, en los muy próximos á lograrse, y en la excelente impresión moral que pronto se manifestaría en Cataluña. Porque si alcanzaba yo á pacificarla, sin exigir del Gobierno mayores sacrificios, ni aumento alguno del ejército, dada la actitud de los partidos políticos en España y la situación revolucionaria de Europa, parecíame que sería de inmensa importancia, más que el triunfo obtenido, el servicio prestado al país librándole así de aquella complicación ruinosa. Pero llegué á Cervera el 17, y al entrar en la ciudad supe que la columna del brigadier D. Joaquín del Manzano acababa de ser completamente derrotada cerca de Sallent, sobre el camino de Aviñó. El cabecilla Pozas, con una partida inferior en número, había herido y hecho prisionero al Brigadier, dispersando su columna, fuerte de más de mil cien plazas. Precisamente este cabecilla era uno de los primeros cuya presentación esperaba el brigadier Pons.

La impresión que produjo en mi ánimo este suceso fué tan profunda, y tan hondo y amargo mi despecho, que, sin detenerme á conocer sus circunstancias todas, ni á medir con exactitud sus proporciones y consecuencias — en cuanto éstas podían influir en la prolongación de la guerra, en el éxito definitivo de la campaña próxima á emprenderse, ó en el resultado de las negociaciones entabladas—seguí á Barcelona, y desde allí, el mismo día de mi llegada, envié mi dimisión al Gobierno, y con objeto de que no pudiera dejar de admitírmela, fué portador de este documento mi jefe de Estado Mayor el general Mata y Alós, dando así una especie de publicidad solemne á mi resolución.

El desgraciadísimo suceso se produjo, no obstante, por uno de esos múltiples é inevitables accidentes de la guerra, en el que no podía ca-

berme responsabilidad alguna personal y directa, fuera de la responsabilidad moral que como General en jefe debía resultarme de todos modos. Mas yo la acepté entera, desde el primer instante, sin declinarla en manera alguna sobre nadie. Manzano, el día 16 de Noviembre, después de disponer un movimiento combinado de otras dos columnas que operaban á sus órdenes por aquella parte del territorio, salió con la suya muy de mañana dirigiéndose á Aviñó, lugar en que debían todos reconcentrarse. Bien porque las órdenes no corrieran, ó por otras causas que luego se pusieron en claro, lo ocurrido fué que al llegar Manzano al punto de reunión, hallóse sólo y muy vigilado por las avanzadas enemigas; y como siguiera por una parte del camino, que formaba una curva de bastante pendiente, halló su vanguardia al cabecilla Pozas, establecido en posiciones culminantes, desde las cuales rompió un vivo fuego. La primera compañía contestó, mas se vió pronto arrollada por el número, sin que bastase el refuerzo de otra que llegó en su auxilio. Y esto fué todo, porque ciego Manzano al verlas derrotadas, dejó el mando del grueso de la fuerza y corrió solo, movido por una temeridad loca, á dar ejemplo personal de bravura á los soldados que volvían caras. Pocos momentos después caía herido y revuelto con su caballo en tierra, á la vista de todas sus fuerzas, y esta circunstancia inició un pánico inexplicable, que los carlistas supieron aprovechar bien, cargando con todas sus fuerzas, coronando su fácil triunfo con la persecución de los dispersos, y recogiendo un número considerable de prisioneros.



El general Mata llegó á Madrid el día 21 de Noviembre, y al siguiente me escribía manifestando que ya había visto á Figueras y á Narváez, cumpliendo su misión, y que éstos, muy sorprendidos y disgustados, lo habían aplazado todo hasta reunir por la noche el Consejo de Ministros; pero que Narváez le había pedido previamente mi opinión acerca del general que debía de sucederme, caso de que la dimisión se me aceptara. «Díjele —añadía Mata en esta carta—cumpliendo tus instrucciones, que en primer lugar el Barón de Meer, y si su edad no se

lo permitía, Manuel, por el buen nombre que dejó (1). No le disgustó la idea del segundo, y me preguntó si sabía si aceptaría; le contesté que lo ignoraba; hubo un rato de silencio, y me atreví á decir que lo que iba á expresar era sólo de mi cuenta: que el hombre que indudablemente podía acabar pronto con el negocio en cuestión era él mismo, pues á sus grandes dotes de general y de soldado reunía en su distinguida persona el pensamiento y la acción de todo el Gobierno y el poder necesario para hacer sentir con una mano el bien, y con la otra el castigo, *disponiendo de todo.* El pensamiento no le disgustó, pero entró en largas consideraciones sobre el estado de Palacio y la necesidad de su presencia en Madrid. Hoy á las doce he visto á Figueras y me ha tenido hasta las cuatro y media, haciéndome millares de preguntas. El resumen de todo es que yo creo irán más batallones y admitirán tu dimisión. No puedo más, porque va á salir el correo.—Tuyo de corazón, *Mata.*»

Del siguiente día 23 es la adjunta carta, que inserto también para el mayor esclarecimiento de este negocio, aunque contenga inmerecidas frases y conceptos en honor mío. Decía así: «Mi queridísimo General: Ayer, en cuanto te escribí, me envió un recado Narváez para que fuese á su casa; me reiteró su profundo sentimiento por tu resolución; me añadió que la mayoría del Consejo había opinado porque continuases en el mando, diciéndote que estaba el Gobierno altamente satisfecho de tus servicios, de tu mérito y de tu lealtad; que él mismo participaba de este deseo, pero que un sentimiento de pura amistad y cariño hacia tí le movía á complacerte, por que no quería que si la suerte te proporcionaba algún disgusto, le culpases á él por no haber oído tus ruegos; que en consecuencia, había resuelto mandar á Manuel; pero me reiteró una y mil veces que en vez de desmerecer para con el Gobierno por el paso que has dado, has ganado inmensamente; que el sacrificio del amor propio, haciéndote víctima voluntaria — acto de una lealtad y una adhesión al Gobierno y á la Reina poco común en estos tiempos — te honraba tanto, que no sólo esperaba que seguirías en la Dirección de Infantería, sino que en adelante él y el Gobierno depositarían su confianza en tí, más que nunca. En fin, me repitió esto tanto y tanto, y con tal sinceridad, que debes estar completamente tranquilo y satisfecho. Seguidamente llamó á Manuel; la conferencia fué larga, pero al fin quedó aceptado el nombramiento; este general y todos tus amigos te hacen justicia; comprenden perfectamente que has recogido muchos amargos frutos, y que sólo trabajando como has trabajado podían evitarse otros

(1) D. Manuel de la Concha.

mayores. Yo, solo reemplazándote Concha, á quien nada puedo negar, volveré á Cataluña, donde después de estar á tus órdenes, no podía convenirme estar á las de otro; pero Manuel me ha dicho que quiere que le acompañe, y á pesar de la inmensa carga que echo sobre mí, marcharé con él dentro de tres ó cuatro días. A Lersundi dile que nombrado Manuel, es una quimera que piense dejar Cataluña, pues si estuviese en el fin de España, desde allí le llamaría. Que tenga, por lo tanto, paciencia, como la tengo yo; dale expresiones y recibe el cariño de tu apasionado, *Mata.*»

A los pocos días Narváez me escribió la carta siguiente, que lleva la fecha de 28 de Noviembre: «Mi querido General y amigo; tanta como fué la satisfacción que me causaron sus dos cartas del 14 y 16 del actual, en las que V. me hablaba de la presentación de Pons, de los efectos que había producido en el país y de los resultados que V. se prometía, así me ha causado pena y dolor la que me dirigió con fecha 17 por conducto del general Mata. Usted se ha dejado llevar de un exceso de delicadeza y ha dado un paso, á mi juicio, innecesario; su proceder de V. le honra á los ojos de todos, y particularmente á los ojos de los Ministros, que sabemos lo que V. ha trabajado y apreciamos todo lo que ha hecho y todos los servicios que ha prestado. Pero V. ha padecido una equivocación al creer que no podía continuar mandando y que el acontecimiento del brigadier Manzano tiene la gravedad que V. le ha dado. Usted habría podido continuar, porque un revés en la guerra es cosa que siempre debe esperarse, y no hay que descorazonarse por eso; porque si bien ese revés era desagradable, podía desaparecer con otras muchas cosas que iban bien y que después se ha visto la importancia que tienen. Si V. no hubiese enviado al general Mata, que por ser su jefe de Estado Mayor ha llamado extraordinariamente la atención y todo el mundo ha sabido al momento lo que sucedía, aumentándolo como sucede siempre; si V. hubiera escrito por el correo, la resolución del Gobierno hubiera sido ilustrar á V. para que continuara y enviarle refuerzos, como los lleva el general Concha; pero habiendo venido el general Mata y habiendo éste asegurado que V. deseaba la separación, se ha resuelto que vaya á relevar á V. el general Concha, quien lleva los auxilios de que el Gobierno ha podido disponer. Después de lo hecho, sólo me resta decir á V. que siento en el alma no haya continuado una obra tan felizmente empezada, y encargo á usted que venga pronto á desempeñar su puesto de Director de Infantería, donde su presencia es necesaria. Usted sabe todo lo que yo le quiero, cariño que ahora se ha aumentado, si es posible que se aumente. Crea V. que siempre se le conservará su amigo, *Ramón María Narváez.*»

Esta carta y las de Mata y Alós no podían dejarme ya duda alguna acerca de lo ocurrido en Madrid y del efecto deplorable producido en el Gobierno por mi dimisión, y más que por ella, por la forma perentoria en que la había presentado. Quedábame, no obstante, el consuelo de que sólo yo, mi personalidad, mi amor propio, si se quiere, resultaba en ella perjudicado, y esto por mi propia culpa, pues que al conducirme de esta suerte no había obedecido, en suma, más que á un arrebato y á una ofuscación pasajera. En cuanto al país, á Cataluña y á la causa de la Reina, nada iban á perder con mi relevo, pues que llegaba en mi reemplazo un general de relevantes dotes, y á más el refuerzo de varios batallones, los quintos necesarios para reemplazar las bajas, dos regimientos de Caballería y algunas baterías, que el Gobierno concedió gustoso, ante la presión que ejerció entonces la opinión pública, alarmada por la derrota de Manzano y por la importancia suma que dió á este suceso mi inopinada dimisión y la llegada á Madrid del general Mata.

En Barcelona, y mientras que todo esto se resolvía en Madrid, pude definitivamente convencerme de la inexcusable ligereza de mi conducta. Al conocer el resultado de la acción de Aviñó, escribióme Pons una larga carta explicándome las causas á que obedeció el cabecilla Pozas el 16 de Noviembre. Decíame que en la expectativa de su presentación vióse el jefe carlista en la necesidad de librar la acción citada, para tranquilizar las sospechas que ya inspiraba á Cabrera. «Pozas sigue en la misma actitud en que estaba antes de conseguir su inesperado triunfo—añadía el brigadier Pons—y con mi vida respondo á V. E. de su presentación antes de que transcurra un mes y cuando pueda verificarla sin riesgo de ser antes fusilado.» Pozas en efecto, á los pocos días, solicitaba someterse con su partida, fuerte de 700 hombres, y su solicitud enviábala yo al Gobierno. Feliú, desde Tarragona, seguía manifestándome que las partidas Sabaté y Lluis continuaban en idénticas disposiciones, y en cuanto á la provincia de Lérida, asegurábame Oribe, en carta de 27 de Noviembre, «que seguían las presentaciones, que en este día lo habían verificado ciento y tantos *matinés*, y que Pons indudablemente pacificaba todo el distrito que estaba recorriendo.» La victoria, pues, de Pozas no había ejercido la menor influencia en el país, ni se modificaban por ella en forma alguna las circunstancias generales que me permitieron expresar al Gobierno, el día antes de la acción de Aviñó, las esperanzas lisonjeras que me animaban.

Aproveché también aquellos días para salvar al valiente brigadier D. Joaquín del Manzano del largo cautiverio que le esperaba en poder de Cabrera. Era Manzano aquel famoso capitán de la Guardia, que

en 1837 sostuvo tan bizarramente con el Capitán general de Madrid el caballeresco lance de honor que referí en otro lugar de esta obra, y ligábanme á él lazos antiguos de amistad y de compañerismo. Precisamente existía en la Capitanía general una Real orden que mandaba fusilar al coronel carlista Villavicencio, preso en la ciudadela desde que fué sorprendido al pasar el Ebro de vuelta de llevar órdenes de Montemolín á la facción aragonesa. El Marqués de Novaliches difirió darla cumplimiento, y al entregarme el mando me la comunicó para que hiciera de ella el uso que estimase. No tardé en recibir otra para que inmediatamente y sin observación ninguna mandara ejecutar al desgraciado Villavicencio, que conocía su situación y esperaba que le comunicasen á cada instante el triste fin de su vida. Mas yo suspendí también su cumplimiento, representando y escribiendo á Narváez acerca de lo impolítico y estéril de esta dura medida, teniendo en cuenta que el reo no fué nunca un combatiente activo de la causa enemiga, sino más bien una especie de ayo ó preceptor de D. Carlos, quien le tenía á su lado desde su niñez. Mis lectores deben saber también que este Villavicencio fué el mismo gentilhombre que me recibió en Cintra el año de 1830, cuando fuí por encargo de mi hermano á comunicar al Infante la orden de que toda su servidumbre regresara á España. Las represalias que por su muerte habría tomado Cabrera, hubieran sido terribles y sangrientas en nuestros prisioneros.

Sin ponerme, pues, de acuerdo con Narváez, arrostrando toda la responsabilidad de mi resolución, y mientras Concha llegaba, hice un día venir á mi despacho al coronel Villavicencio. Ya en mi presencia, preguntéle si creía que poniéndole yo en libertad, Cabrera me enviaría en cambio al brigadier Manzano; conmovióse al solo anuncio de que esto fuera posible, y me contestó afirmativamente; volvíle á preguntar si, en caso contrario, se comprometía y me daba su palabra de honor de volver á presentarse preso en la ciudadela, y también me contestó aceptando el compromiso. Entonces firmó el documento en que así se hacía constar, y le dije que sin más formalidades quedaba en libertad, como canje particular con Manzano; acto continuo llevó un ayudante la orden mía á la Ciudadela; Villavicencio se retiró, y pocos días después llegaba Manzano, puesto también en libertad por Cabrera en cumplimiento de lo pactado. Así se salvó Villavicencio, el cual me escribió á poco desde Francia, manifestándome su gratitud y recordándome el episodio de Portugal. «¿Quién hubiera creído entonces—me decía—que llegaría ocasión de que aquel joven subalterno de la Guardia me salvase la vida y me diese la libertad?»

El 28 de Noviembre ya estaba D. Manuel de la Concha en Fraga, y desde este punto me decía lo siguiente: «Querido Fernando: Sin la in-

tima convicción de que tú querías dejar el mando, no vendría yo ahora en tu relevo. Son las seis de la tarde, hora en que llego sumamente cansado. Pronto tendrá el gusto de darte un abrazo tu apasionado *Manuel.*»

Por cartas de Mata y del mismo Narváez, sabía yo ya que Concha, no conociendo, sin duda, toda la importancia de la descomposición que se iniciaba rápidamente en el carlismo de Cataluña, prestaba escasa atención á las negociaciones entabladas, y fiaba, más que en ellas, en el esfuerzo de las armas para destruir las partidas; por esto recibió friamente al brigadier Pons en Igualada, donde fué á presentársele, no dando entera fe á sus promesas de que Pozas y otros se le presentarían. Grande fué, por lo tanto, su sorpresa cuando encontrándose el día 3 en Esparraguera, llegó á su alojamiento á las altas horas de la noche el brigadier Pons acompañado de Pozas, el reciente vencedor de Manzano en persona, el cual le manifestó que él y su partida, acampada á una hora del pueblo, se sometían al Gobierno. La satisfacción del general Concha por este acontecimiento, que en cierto modo inauguraba tan felizmente su mando en Cataluña, fué tan real y sincera, que reconoció para Pozas, allí mismo, el empleo de brigadier, y dos empleos para cada uno de los oficiales á sus órdenes, con dos pagas además, que recibirían en el acto de la presentación. Todo le parecía poco para solemnizar la entrega de una partida que diez y nueve días antes había alcanzado tan notable celebridad y provocado mi dimisión. Con ella formó además un batallón franco denominado «Cazadores de Esparraguera», y al día siguiente el general Mata, por orden de Concha, me enviaba con este motivo un oficio muy lisonjero, aunque expresado, á mi juicio, en términos un tanto exagerados, dada la verdadera importancia del acontecimiento. De todo di también, por mi parte, noticia á la superioridad, muy complacido por el giro favorable que tomaban los acontecimientos (1).

(1) He aquí estas importantísimas comunicaciones. La de Mata, dirigida á mí, decía así:

«Excmo. Sr.: Con la más indecible satisfacción tengo la honra de participar á V. E. que Pozas con los 700 hombres de su mando, incluso Monserrat, acaba de presentarse el Excmo. Sr. Capitán general D. Manuel de la Concha, sometiéndose á la Reina y abrazándonos como hermanos. Este acto grandioso, que aun tiene conmovidos nuestros corazones, lo concibe y ejecuta la generosidad española; pero no puede describirse. Muchos valientes han derramado lágrimas de gozo, y los que hasta ahora nos buscábamos para batirnos, marchamos mezclados, unidos y dispuestos á sacrificarnos con una sola voluntad por la Reina, su Gobierno y la paz de España. Tengo el honor de decirlo á V. E. de orden del Excmo. Señor General en Jefe.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Campo á la inmediación de Esparraguera, 4 de Diciembre de 1848.—El General Jefe de Estado Mayor, *Francisco de Mata.*»

La dirigida por mí al Ministro de la Guerra era como sigue:

«Excmo. Sr.: En mi comunicación del 26 de Noviembre tuve la honra de participar á V. E., en cifra, que Pozas me había manifestado por medio de un emisario mío sus deseos de presentarse con la fuerza de su mando, y que para ello se entendería con el brigadier Pons. Dije también á V. E. que había marchado el comisionado á verse con éste último, á quien previne se

Concha el 4 pernoctó en Molins del Rey, y el 5 hizo su entrada en Barcelona á la cabeza de la columna de Valero y de las fuerzas de Pozas, mezcladas entre las hileras de nuestros soldados. El acontecimiento era conocido en la ciudad, pero no fué por eso menos celebrado; la opinión vió en él un síntoma de próxima paz, y aplaudió, porque la paz se imponía, y el deseo de alcanzarla era ya unánime. El mismo día hice entrega del mando. Con anticipación había tomado yo habitaciones en la fonda y enviado á ella mis equipajes, ayudantes y caballos; pero á los ruegos cariñosos de Concha, quedé en el palacio de la Capitanía general, y dos días después regresé á Madrid, no sin que hubiésemos celebrado tres largas y consecutivas conferencias, en las cuales tuve el gusto de que se manifestara completamente de acuerdo con el plan de campaña que yo tenía dispuesto y que él mismo siguió después, con pocas diferencias esenciales, fundadas principalmente en el mayor número de fuerzas de que se dispuso por los grandes refuerzos que llegaron á Cataluña.

Regresé á Madrid, donde fuí perfectamente recibido por Su Majestad y por el Gobierno, y allí supe que los trabajos del coronel Feliú se coronaban con el éxito, logrando que en el mismo mes de Diciembre se sometieran al Gobierno todas las fuerzas carlistas de Tarragona. El 1.º de Enero se firmaba, en efecto, un convenio entre el general Enna, comandante general de la provincia, y el brigadier carlista Sabaté, por el cual rindieron armas 1.500 voluntarios y 71 jefes y oficiales, quedando así pacificada toda la comarca (1).

No me incumbe reseñar las postrimerías de la campaña de Cataluña.

acercase á Igualada, desde cuyo punto pasó á Esparraguera con el Excmo. Sr. general D. Manuel de la Concha, donde pernoctaron. Mi comisionado, el capitán Mariné, y Pozas entraron en esta villa á la una de la madrugada, y después de una conferencia con el brigadier Pons, se presentaron al expresado General, conviniendo en la presentación de los 700 hombres que mandaba, la que tuvo lugar en la mañana de hoy. La comunicación del general Mata, que es adjunta, enterará á V. E. de la alegría con que se ha recibido este importantísimo suceso, que por sus efectos y consecuencias contribuirá poderosamente á la pacificación de Cataluña. La población de Barcelona ha recibido con júbilo tan plausible nueva. Sin transacción de ninguna especie, sin condiciones, sin seducción ni soborno, sin más gastos que los precisos para la marcha y viaje de alguna persona, se ha conseguido este primer resultado, que sería mayor sin duda sin la desgraciada acción del brigadier Manzano en los momentos en que fuerzas más considerables se preparaban á ofrecer su sumisión al Gobierno de S. M.; pero yo no dudo, Excelentísimo Señor, que la política conciliadora, la capacidad y lealtad de mi digno sucesor el teniente general D. Manuel de la Concha concluirá en bien de la paz de España una empresa que á mi me ha tocado empezar y que al Marqués del Duero le está reservada la gloria de concluir. Repito á V. E. lo que tuve el honor de asegurarle en mi comunicación de ayer. Al entregar el mando al general Concha, lo haré también de todas mis relaciones y trabajos pendientes, á fin de que el servicio de S. M. no experimente perjuicio con el cambio de autoridad, y me prometo que á la presentación de Pozas seguirán otras no menos importantes que aseguren la paz y el imperio del orden en Cataluña bajo el legítimo Gobierno de S. M. la Reina (Q. D. G.).»

(1) He aquí el texto de los artículos de este tratado:

«Art. 1.º Se reconocen todos los empleos y condecoraciones obtenidas en tiempo del extin-

Básteme decir que D. Manuel de la Concha con su pericia, actividad y denuedo acostumbrados, reconcentró sus fuerzas sobre lo más áspero de la montaña, en que ya tuvo que refugiarse Cabrera con sus leales, y allí, activamente secundado por el brigadier Pons y por otros jefes bizarros, logró á los cuatro meses terminar la guerra, contando hasta con el afortunado incidente de que Montemolín, que llegaba en auxilio de Cabrera,—esperando que su presencia reanimara el espíritu carlista del país—fuera preso en la frontera por las autoridades francesas, é internado. A poco retirábase Cabrera, y en los primeros días de Mayo de 1849, es decir, cinco meses después de mi salida de Barcelona, se celebraba oficialmente la paz en toda Cataluña, y Concha, por sus relevantes servicios, obtenía la alta dignidad de Capitán general de ejército.

Cuatro renglones he de escribir todavía respecto de mi mando en Cataluña. Cuando fueron del dominio público los tratos por mí entablados con los jefes carlistas, no faltó quien pensara lo que esto costaría ó me valdría. Dijeron unos que había recibido veinte millones; otros doce, y otros, menos exagerados, cuatro. Nada de esto fué cierto. Tuve, sí, autorización del Gobierno para hacer los gastos necesarios; pero, como siempre, tuve también buen cuidado de mi honra, y dispuse que por el Estado Mayor se pagasen los gastos, se recibiese el dinero preciso y se me rindieran cuentas. El general Mata percibía de la pagaduría militar los fondos á medida que se iban necesitando, y hacía los gastos. Los jefes convenidos no recibieron ni una peseta como premio de soborno—dicho sea en honra suya.—No se trataba tampoco de sobornar á nadie; era sencillamente el reconocimiento de sus empleos

guido ejército de D. Carlos, ó que fueron dados por los generales y jefes que entraron posteriormente en Francia el año 40.

»Art. 2.° Los jefes y oficiales á quienes acomode continuar sirviendo en activo, se les colocará en el ejército.

»Art. 3.° A los que les acomode pasar á sus casas á disfrutar sus empleos y sueldos en la situación de reemplazo ó retirado, se les concederá.

»Art. 4.° A los que les acomode disfrutarlos igualmente en el extranjero ó cualquiera provincia de España, se les concederá también.

»Art. 5.° La clase de sargentos, cabos y tropa obtendrán respectivamente las mismas condiciones que se estipulan para los jefes y oficiales, de servir en algunos de los cuerpos de la provincia ó pasar á sus casas ó al extranjero.

»Art. 6.° Las clases de tropa procedentes del ejército que se hallasen en las filas, podrán volver á sus respectivos cuerpos ó pasar á otros sin nota alguna.

»Art. 7.° Los prisioneros ó detenidos por causas políticas, desde la época en que el jefe contratante regresó á España, serán puestos en libertad, comprendiéndoles en este tratado.

»Art. 8.° Todos los individuos que por cualquier concepto se hallen sumariados, bien sea por causa formada durante la guerra sostenida por el ejército de D. Carlos ó el actual, se sobreseerá en ella, no resultándole perjuicio de ninguna clase por aquel hecho.

»Art. 9.° Este mismo tratado en todas sus partes comprenderá á todas las fuerzas que operan en este corregimiento bajo las órdenes del Brigadier firmante, siempre que les acomode.—Es copia.—*Enna.—Sabaté.*»

militares lo que les fué ofrecido; lo mismo que recibieron en Vergara. Las cuentas que el general Mata y Alós me presentó detalladas y autorizadas con su honrada firma, arrojan el siguiente resumen:

	Reales.
1.ª Descubrimiento de la conspiración en Barcelona..........................	47.175
2.ª Gastos de la presentación del brigadier Pons..............................	36.765
3.ª Confidencias, propios, y extraordinarios del Estado Mayor...................	17.459
4.ª Gastos de igual naturaleza hechos por 69 jefes, con mando independiente.....	59.290
Total..............................	160.689

Estos fueron todos los gastos autorizados por mí, en todos conceptos, durante mi mando en Cataluña. Lo hice constar así á su tiempo en el Senado; pero quiero que conste aquí también, porque la acrisolada pureza de mi vida, en todas ocasiones, es el único patrimonio que dejo á mis hijos.





Don Pedro José Pidal.

CAPITULO VIII.

Breve ojeada sobre la política europea con relación á Italia.—La situación de sus Estados.—Primeros actos de Pío IX.—Entusiasmo que excitó en toda la Península.—Campaña contra el Austria.—Victorias y reveses.—Sucesos en Roma.—Asesinato de Rossi.—La convocatoria de las Constituyentes y la fuga del Santo Padre.—Determina el Gabinete español interponer su influencia.—Una nota diplomática de Pidal.—Protesta de Gioberti y réplica del Gabinete español.—Negociaciones y conferencias en Gaeta.—Novara.—Carlos Alberto de Saboya.—La intervención armada.—Mazzini y los romanos.—Desembarca en Civita Vecchia una división francesa.—La jornada del 30 de Abril.—El Rey de Nápoles en campaña.—Invasión de los austriacos.—Conflagración en Roma.—Una carta del Príncipe Napoleón y su política con respecto del Padre Santo.—La negociación de Mr. de Lesseps.—Situación general en Mayo de 1849.

Para que mis lectores aprecien todo el alcance de la política española en el siguiente año de 1849, organizando y enviando una expedición militar á los Estados Pontificios á fin de amparar los derechos del Papa, arrojado de Roma por la revolución y destronado, deberé

antes reseñar cuál era la situación general de Europa, y la particular de cada potencia, con relación á Italia, y más especialmente con relación al poder temporal del Padre Santo. Ya he dicho que la revolución minaba todo el continente, y que había penetrado hasta en el corazón del Austria, desarrollando en el acto un vivo movimiento de resistencia por parte de los gobiernos. En Francia logró un rápido triunfo, que costó el trono á la más popular de sus dinastías; en España, se dominó enérgicamente con la robusta política del Gabinete del Duque de Valencia, y lo mismo consiguióse luego en Austria y Prusia, combinando la lentitud de las resoluciones de gobierno con las concesiones arrancadas en el primer momento, y con el aparato despótico del poder militar, que en breve se rehizo.

Lo ocurrido en Italia en aquellos años memorables es más largo de reseñar, aunque no menos interesante. El gran Bonaparte fué el primero que despertó en los espíritus la idea de nacionalidad, que era en toda aquella Península la aspiración tradicional de los siglos, prometiendo á los italianos que en lo sucesivo serían italianos y no españoles, austriacos ni franceses. Napoleón no supo corresponder á sus promesas, y más tarde los aliados en Viena repartieron nuevamente los despojos de la Italia entre los antiguos y los nuevos señores, adjudicando la Lombardía y el Véneto al Austria, como conquista y sin condiciones. Austria extremó un sistema tal de despotismo en la administración y el gobierno de estas provincias, que pronto se unieron en un mismo sentimiento todos los corazones, confundiéndose en ellos el odio contra el dominador, y las aspiraciones á la nacionalidad. Así estallaron turbulencias tan profundas como las revoluciones de 1821, de 1831 y de 1846, reprimidas siempre con sangre por la férrea mano de Austria. Por desgracia, las opiniones y los partidos en Italia no estaban acordes en los medios, aun cuando lo estaban todos en el fin supremo con tanto anhelo perseguido; era opinión de unos que la primera necesidad de toda nación consistía en su existencia, en su unidad, de donde luego lo demás se derivaría; suspiraban otros por gobiernos fuertes, cualesquiera que fuesen, y recordando que Napoleón con la espada, en vez de tantos grupos italianos pudo muy bien hacer de Italia una sola nación, se fijaban en cualquiera de los príncipes reinantes en la Península, para ponerlo á la cabeza de toda ella, ora fuese Carlos Alberto de Saboya, ora Francisco de Módena, ora el mismo Emperador de Austria. Otros clamaban ante todo por la libertad, y sosteniendo que ésta había sido protegida siempre por los Papas, oponiendo el régimen democrático universal de la Iglesia al régimen despótico universal del Imperio, soñaban con una república italiana con el Pontífice por cabeza, y así, en esta gran controversia, lucharon por espacio de medio

siglo las escuelas políticas y los partidos italianos, con sus grandes pensadores, tales como Gioberti, César Balvo y Hugo Foscolo.

Los Estados de la Iglesia eran, entre todos los de la Península, los más agitados. Gregorio XVI hubo de mantener tropas suizas á sueldo, para su propia custodia y lograr paz en sus provincias, y llevado por aquellas mismas agitaciones á estrechar más sus vínculos con la política extranjera, aumentaba entre sus súbditos el odio que inspiraba Austria y el furor revolucionario que por todas partes cundía. Reemplazóle á su muerte el Sacro Colegio, con Juan Mastai Ferreti, que tomó el nombre augusto de Pío IX, mostrándose desde su exaltación, á un tiempo mismo, celoso sostenedor de los derechos de la Santa Sede y dispuesto á transigir, en cuanto no se lesionasen estos derechos, con algunas de las ideas modernas asociadas en toda Italia á los sentimientos de nacionalidad é independencia. Con esto solo alcanzó en su favor una admiración universal; el grito de *¡Viva Pío IX!* fué por algún tiempo la voz espontánea de todos los patriotas italianos; no se pudo ya resistir sin peligro el torrente de las ideas nuevas, y los príncipes de Italia viéronse en la necesidad de conceder á sus pueblos libertades y derechos, poniéndose á la cabeza de este movimiento el Rey de Cerdeña y el gran Duque de Toscana. En Roma comenzaron á sentirse sordos rumores revolucionarios, que fueron apagándose en un principio con las sucesivas concesiones del Pontífice; se apeló, en los comienzos, al armamento del pueblo para defender la vida del Papa, que se supuso amenazada por una conspiración; establecióse después un consejo de cien individuos, entre los cuales debía elegir Su Santidad un Senado de nueve; luego se fundó un Consejo de Estado presidido por un cardenal; tratóse después de una liga aduanera entre Roma, Turín y Florencia, que no era sino el bosquejo de una liga política más poderosa, y últimamente, consultando el Papa al Consistorio si aun le sería dable conceder más derechos políticos á semejanza del Rey de las Dos Sicilias, de los Duques de Toscana y Parma y del Rey del Piamonte, que acababan de dotar á sus respectivos pueblos de constituciones liberales, y habiendo recibido una respuesta afirmativa de todos los cardenales, declaró que, dejando á salvo la religión, se prestaría á todas las innovaciones que fueran necesarias, y otorgó también á sus pueblos un Código constitucional, el 14 de Febrero de 1848.

El entusiasmo redobló entonces, llegando al frenesí el amor de los italianos por el nuevo Papa; pero los sucesos debían precipitarse, marcando inesperadas complicaciones. La revolución, como dije, minaba los cimientos del Imperio austriaco, y mientras la Bohemia y la Galitzia demandaban libertades y derechos políticos, y los estudiantes

de Viena se animaban con el ejemplo de los de Munich en Baviera, el húngaro Kossuth lanzaba una proclama revolucionaria, pidiendo la reforma del Imperio. A las dilaciones que la corte opuso á estos clamores respondió en la capital el grito del pueblo, cuyos primeros triunfos fueron la expulsión de Metternich, la libertad de imprenta, el armamento de la Guardia Nacional y la convocatoria para una Constituyente. A estas noticias alzáronse en armas la Lombardía y el Véneto al grito de *¡Viva Pío IX y abajo los tudescos!*, y Milán y otras ciudades obligaron al mariscal Radetzky, que mandaba el ejército austriaco, á retirarse á sus fronteras, moviéndose desde este momento toda la Italia, animada por bélicos entusiasmos. En este punto presentóse ya Carlos Alberto en la palestra, anunciando que él y sus hijos se ponían á la cabeza del ejército que marchaba en socorro de sus hermanos los lombardos. Pío IX bendijo aquella empresa, en la cual «veía la mano de Dios»; á su ejemplo, el Duque de Parma prometió también ir con sus hijos en socorro de las provincias amenazadas; el rey Fernando de Nápoles invitó á los suyos á acudir á las llanuras donde se iba á decidir la suerte de la patria común, y hasta Leopoldo, Gran Duque austriaco, excitó á los toscanos á no permanecer indiferentes mientras se decidía la causa de la unidad italiana.

Sin embargo de todo esto, los primeros triunfos italianos convirtiéronse pronto en grandes y continuos desastres. Carlos Alberto pidió soldados para la *liga guerrera*, aplazando los planes de la *liga política*, y Pío IX entonces, sospechando que se trataba de dar unidad á Italia, pero bajo otros auspicios, cambió súbitamente de conducta, declarando tardíamente que él rechazaba toda participación en la revolución; que no favorecería jamás á un príncipe italiano en menoscabo de los demás; que después de haber hecho por los pueblos lo que los gobiernos pidieron á sus antecesores Pío VIII y Gregorio XVI, deploraba que aquéllos no hubiesen sabido sostenerse en los límites de la fidelidad, de la obediencia y de la concordia, y repudió á cuantos hablasen de una república italiana presidida por el Papa.

Ante esta declaración, vióse Pío IX abandonado súbitamente por todas las fuerzas populares en Roma, y los patriotas de Módena y de Parma, de Nápoles, de Milán, de Turín y de Sicilia, volvieron la vista hacia Carlos Alberto, á quien se comenzó á llamar por vez primera *Rey de Italia*. Un numeroso ejército austriaco, descendiendo por los Alpes, puso pronto sangriento término á estos movimientos populares, y contuvo sus impulsos y consecuencias. Volvió Austria á ocupar el territorio veneciano, hizo capitular al ejército pontificio que mandaba un general piamontés, obligándole á repasar el Po; y desembocando luego por Verona, lanzóse Radetzky sobre el ejército italiano, lo arro-

lló desde el Adigio al Mincio, de allí al Oglio y después al Adda. Cincuenta mil hombres se habían movido en retirada desde Goito; veinticinco mil solamente llegaron á Milán, para abandonarla al momento y repasar el Tesino. De suerte que los austriacos reconquistaron en breve todo el territorio lombardo-véneto, á excepción de Venecia.

Inmensa fué la irritación que produjeron tales desastres en toda Italia. Pío IX, en este tiempo, había llamado á presidir su Gobierno al ilustre Rossi, representante de las ideas liberales que imperaban todavía en el Vaticano; dedicábase el Ministro á restaurar la Hacienda, á promover las obras públicas, á preparar una estadística, y á reprimir con mano enérgica los delirios revolucionarios—llegando por esto mismo á inspirar implacables odios en el seno del partido de acción, por más que Rossi fuera el adalid más convencido de las ideas nuevas—cuando un día, al presentarse en las Cámaras recientemente convocadas, fué asesinado por un cirujano fanático, en las gradas del mismo edificio. Este fué el primer paso de la revolución romana. Su Santidad, que me honró después con el relato circunstanciado de los sucesos, díjome repetidas veces que su espíritu, desde aquel día, fué presa constantemente de invencible tribulación. Sin fuerzas ya para resistir, nombró un Gobierno compuesto de hombres identificados con los mismos desórdenes que se promovían en las calles; dejó proclamar por las turbas la Constituyente italiana; fué luego atacado en su propio palacio, en donde, casi á sus pies, una bala que penetró en el Quirinal dejó sin vida á uno de sus secretarios, y creyendo ya que eran inminentes los riesgos para su seguridad y su vida, tomó un disfraz, y abandonándose á la confianza del Embajador de España, D. Francisco Martínez de la Rosa, huyó de Roma acompañado solamente del Secretario de la Embajada española, D. Vicente González Arnao, y en una silla de posta se dirigió á Gaeta, no haciéndolo desde esta plaza y puerto á alguna ciudad de España, de lo que mostró deseos, por no haber encontrado allí ningún buque español de guerra donde verificar el pasaje. Esto ocurrió en la noche del 24 de Noviembre de 1848.

Aquel acontecimiento inmenso produjo, como era natural, una sensación profunda en toda Europa. Fué gran dicha, en verdad, que el Santo Padre no hallara ocasión de realizar su propósito de venir á España, porque ¿quién sabe cuáles habrían sido las consecuencias de aquella determinación?....Para Francia, desde luego, la fuga del Pontífice, concertada con todo secreto entre Antonelli y Martínez de la Rosa, fué objeto de una viva contrariedad; su Embajador en Roma no logró penetrar el misterio, y el Gabinete de París no fué sabedor de nada hasta que le ilustraron casi simultáneamente el Embajador de España, Duque de Sotomayor, y las comunicaciones de su Ministro acreditado

cerca de Fernando de Nápoles. Y mientras todos los Gabinetes de Europa procuraban concertarse para dar una solución al conflicto, nuestro Gobierno en Madrid, desplegando una diligencia, una energía y una iniciativa de la que no ofrece otro ejemplo la historia contemporánea en nuestro país, resolvió desde luego enviar una división naval á las aguas de Gaeta para proteger la persona del Pontífice, y propuso á los Gabinetes extranjeros la celebración de un Congreso europeo. La división naval se compuso de siete buques, al mando del Brigadier D. José María Bustillos, y zarpó de las aguas de Barcelona á mediados de Diciembre, con instrucciones precisas y dignas; y la iniciativa del Congreso diplomático tomóla nuestro Ministro de Estado, D. Pedro José Pidal, dirigiendo con fecha 21 del propio mes una importantísima nota á nuestros representantes en París, Viena, Lisboa, Turín, Florencia, Nápoles y Munich, que constituye ahora una verdadera página de gloria para aquel hombre público.

En esta circular decía el Gobierno español que «no se trataba ya de salvar la libertad del Papa, amenazada por los extravíos de sus propios súbditos, pues ésta, que podía considerarse como la cuestión del momento, estaba en cierta manera terminada por la salida de Su Santidad de Roma; pero que tras esta cuestión se presentaba otra de no menor importancia, y en la que estaban igualmente interesados todos los gobiernos católicos: la de asegurar de una manera estable y permanente la suprema autoridad del Pontífice, poniéndole á cubierto, no sólo de toda violencia real y efectiva, sino hasta de las apariencias de coacción, que tan funestas podían ser para la causa de la Iglesia como para la paz de los pueblos.» Continuaba después la nota desarrollando muchas consideraciones de un orden no menos elevado, y terminaba diciendo que «el Gobierno español había decidido invitar á las demás naciones católicas, para ponerse de acuerdo sobre el modo de evitar los males que necesariamente habían de seguir, si las cosas continuaban en tan lamentable estado, pudiendo, en su consecuencia, nombrar sus plenipotenciarios, y designar el punto de Europa que juzgaran más conveniente para la reunión.»

Fácil es comprender los contradictorios efectos que esta grande iniciativa nuestra había de producir en los gabinetes, conocida la situación de Europa en aquella crisis general. La corte pontificia, la de Nápoles y la de Lisboa, se adhirieron inmediatamente al pensamiento, si bien la de Nápoles manifestó la conveniencia de que se invitase también á Inglaterra, Rusia y Prusia, por más que Pidal hubiese manifestado que la cuestión, siendo puramente religiosa, sólo incumbía resolverla á las naciones católicas. Pero de Turín surgieron en seguida grandes dificultades, porque Gioberti, el primer Ministro de Carlos Al-

berto, sostuvo que ninguno de los Gobiernos de Italia podría concurrir á unas conferencias en que interviniera el Austria, toda vez que en ellas debería tratarse, no sólo de las cuestiones especiales de la Santa Sede, sino de los sucesos políticos que habían influído en su fuga y separación de Roma. Gioberti, además, al tener noticia de la salida de nuestra escuadra con rumbo á las costas italianas, redactó é hizo circular á todos sus representantes en Europa una protesta enérgica contra el hecho de que España interviniera con sus armas en las cuestiones italianas, dando margen este documento á una gran polémica diplomática que primero sostuvo brillantemente Beltrán de Lys, nuestro Ministro en Turín, y luego Pidal mismo, manifestando á los Gabinetes, en contestación á la nota de Gioberti, que «para que la protesta estuviera en su lugar, era preciso que existiera un hecho por el cual se hubiese lastimado algún derecho del que protestaba, y que para ser atendida la protesta del Gobierno de Cerdeña, debería éste tener la certeza del hecho de la intervención española, y probar que con él se habían perjudicado los derechos positivos de la nación sarda.»

Francia mostróse desde el primer momento indecisa, por razones que sobradamente se comprenderán después; pero al recibir la comunicación española, se manifestó en sentido favorable al pensamiento, aunque indicando que, en su opinión, la cuestión del Papado podía resolverse en un Congreso europeo que estaba en proyecto y que quizá se reuniría pronto en Bruselas, para tratar de los asuntos de Italia; esto no obstante, en 31 de Enero manifestó á su Embajador en Madrid, que se adhería al pensamiento de las conferencias, proponiendo que se celebrasen en el Reino de Nápoles y que asistiesen, como el Rey Fernando había solicitado, los representantes de Rusia, de Inglaterra y de Prusia.

No puedo detenerme en el relato de todas las vicisitudes por que pasó esta negociación. Sería demasiado prolija la tarea é impropia del carácter general de estas *Memorias*, cuando además tengo ya consignadas en otro libro sus circunstancias todas (1). Básteme decir aquí, que en vista de los grandes sucesos y terribles desórdenes que ocurrían en Roma, reunió Antonelli en Gaeta al Cuerpo Diplomático allí residente, y dirigió á las naciones católicas por conducto de sus representantes una declaración protestando de los sucesos de que era teatro la capital del orbe católico; que Inglaterra concitaba secretamente en Turín y Florencia todas las resistencias, después de haber cooperado á la caída de Gioberti; que lord Palmerston influyó de tal modo en Portugal, que

(1) *La revolución de Roma y la expedición española á Italia en* 1849. — Madrid. — Imprenta de M. G. Hernández, 1882.

el Conde de Columby, nuestro Ministro en aquella corte, tuvo al cabo que manifestar al Gobierno que del de Lisboa no debía esperarse ya ninguna cooperación activa, á pesar de su recientísimo compromiso; que Austria, en cambio, muy favorablemente inclinada á secundar nuestra política, propuso varias soluciones, entre las cuales figuraba la de que España interviniera sola con su ejército para reponer al Papa en sus Estados; que en 25 de Febrero dirigióse Pidal de nuevo á los gobiernos católicos, participándoles que España aceptaba la misión de intervenir sola, en concepto de mandataria de las potencias; y que en vista de nuestra actitud enérgica, Francia, estrechada ya y temiendo quedar á la zaga y perder su supremacía y su influencia en la Península italiana, se resolvió bruscamente á que se reunieran en seguida las conferencias en Gaeta, y á que los diplomáticos que en ellas se acreditasen fueran los que en definitiva acordaran los términos de la intervención.

En los primeros días de Marzo reunióse, en efecto, la primera conferencia; pero se advirtió desde luego que los plenipotenciarios franceses, en vez de facilitar los medios de conseguir en breve lo que constituía el objeto único de sus deliberaciones, es decir, la restitución del Papa en sus Estados, y en el goce de su soberanía, sólo se esforzaban en interponer dificultades para ganar tiempo sin duda, antes de adoptar resoluciones definitivas. Francia, gobernada ya por un Napoleón, tenía que luchar con grandes dificultades interiores creadas por la política de este Príncipe, empeñado en sostener su posición personal en la Presidencia de la República y en abrirse el camino del Imperio. Esta nación mantenía además muchas complicaciones en Europa, entre las cuales predominaba la de buscar en el triunfo de las ideas revolucionarias de Italia un aliado contra las probables agresiones del Norte; con esta política, para el caso de que fracasara, quedaba siempre á Luis Bonaparte el apoyo del Pontificado, salvando sus intereses en aquella crisis suprema y conquistando por ello en la misma Francia los plácemes de toda la opinión conservadora del país, con cuyo auxilio le sería fácilmente allanado el camino del imperio á que aspiraba.

Terminó en estos días el armisticio entre el Piamonte y Austria, y ocurrió el desastre de Novara y la abdicación de Carlos Alberto. Aquel rey caballero, campeón legendario de la independencia italiana, huyó después de su fracaso, avergonzado y melancólico, al otro extremo de Europa; abdicó en España la corona de Cerdeña en su hijo Víctor Manuel, y á poco sucumbió en Oporto, devorado por los recuerdos y los pesares.

Desembarazada Austria de complicaciones por efecto de estos nuevos y entonces decisivos triunfos, envió apremiantes instruccio-

nes á su plenipotenciario en Gaeta para activar las resoluciones del Congreso. Poco después de adoptada por el Embajador de la corte de Viena la actitud derivada de estas instrucciones, súpose que Francia se ocupaba en organizar activamente la división que para últimos de



CARLOS ALBERTO DE SABOYA,
REY DE CERDEÑA.

Abril debía encontrarse en territorio pontificio; el Conde de Esterhazy, ministro de Negocios extranjeros en Viena, declarábase resuelto á intervenir en Toscana, y Francia temía que una vez el ejército austriaco en Florencia, ocupara sin más dilaciones los Estados del Papa. Con esto, precipitáronse todos los sucesos; y el 24 de Abril desembarcaba en el puerto de Civita Vecchia una división francesa al

mando del general Oudinot de Reggio, el cual escribía al Gobernador de la plaza una carta tan ambigua como toda la política de su Gobierno, diciéndole que Francia, «animada de la mayor benevolencia para con los pueblos romanos, deseaba poner término á una situación que desde algún tiempo lamentaban todos, y facilitar el establecimiento de un orden de cosas *tan separado de la anarquía imperante, como de los inveterados abusos que habían perturbado los Estados de la Iglesia antes del advenimiento de Pío IX*». De este modo, el Gobierno de Luis Napoleón no se comprometía en pro ni en contra de la revolución romana, pero atribuyéndose un verdadero protectorado sobre los Estados Pontificios, demostraba que su aspiración no era otra que la de establecerse como árbitro decisivo de los destinos de Roma, sin contar para ello con el consentimiento del Papa, ni mucho menos con la anuencia de Austria, Nápoles y España, empeñadas en la empresa con más sinceras intenciones. No fué ya posible vacilar en vista de la determinación osada y repentina del Gobierno de Bonaparte; terminaron bruscamente las conferencias en Gaeta; separáronse los Embajadores, y Austria, Nápoles y España pensaron sólo en organizar y en enviar sus tropas con la mayor premura á los Estados de Su Santidad. Mientras esto se relealizaba en Madrid, nuestro gobierno tomó el acuerdo de comisionar dos oficiales de los cuerpos facultativos á Roma, á fin de darle conocimiento de las fuerzas que allí habrían podido reunir los republicanos, de su organización y material de guerra, de las fortificaciones de la ciudad eterna en una y otra orilla del Tíber; de los caminos mejores desde los puertos más próximos y del estado, en fin, de la opinión pública en la aristrocracia y el comercio que tanto influyen en ella. El capitán de E. M. D. José Gómez de Arteche salió de Madrid el 2 de Marzo, y pocos días después le alcanzaba en la bahía de Rosas el teniente coronel de Ingenieros D. Vicente Talledo, que desde aquel punto se le unió para toda su aventurada expedición á Nápoles y Roma. Réstame, pues, sólo decir ahora, lo que en Roma ocurría desde la fuga del Pontífice, y cuáles fueron los primeros pasos del general francés Oudinot y de sus soldados en Italia, para enlazar en seguida el curso de estos sucesos con la llegada de la división española al puerto de Gaeta.

Ya dije que el absoluto secreto mantenido acerca de la extrema resolución de Pío IX, hizo que á todos sorprendiera la noticia de su fuga; su Gobierno en Roma fué el último en conocerla y el primero en manifestarse asombrado y no tan pesaroso como parecía lógico quedara ante suceso de tal monta, y así, en vez de declinar al punto sus poderes, se presentó al siguiente día en la Asamblea, dió cuenta de la fuga de Su Santidad, y publicó é hizo circular con profusión dos proclamas en las

que el Ministerio tremolaba nueva y resueltamente la bandera de la independencia italiana.

El Papa, entretanto, se había apresurado á publicar una protesta apenas llegado á Gaeta, en la que explicando las causas que le habían obligado á alejarse, nombraba una comisión gubernativa compuesta de un cardenal y de varios patricios romanos, y protestaba de «habérsele hecho una violencia inaudita y sacrílega, y de haber sido subyugado por la fuerza», declarando que «todos los actos nacidos de aquélla, quedaban sin recibir la sanción legal de su autoridad soberana.» Encendiéronse los ánimos en Roma al recibo de este documento, y reunióse una comisión de diputados que redactó otra proclama, en la que se manifestaba que no teniendo la protesta del Papa ningún carácter legal, los actuales Ministros debían quedar en el ejercicio del poder; que se nombraba una comisión para invitar al Pontificado á que regresara á Roma, y que la Guardia cívica continuaba en el encargo de mantener el orden público. Esta comisión, que fué detenida al penetrar en el territorio napolitano, regresó dando cuenta al Consejo de Diputados del resultado infructuoso de su cometido, y en vista de todo ello, se reunieron las dos Cámaras y acordaron el nombramiento de una comisión, compuesta de tres personas, para que ejerciera el poder ejecutivo hasta que el Sumo Pontífice volviera á Roma, ó nombrase, al menos, un poder que le reemplazara dentro de las formas constitucionales. Previa votación, fueron designados el senador Príncipe Corsini, el diputado por Bolonia, Zucchi, y Camerata, podestá de Ancona.

Protestó nuevamente el Pontífice al tener conocimiento de estas resoluciones, asegurando que «los deberes de su soberanía, á los que no podía faltar, los juramentos solemnes con que delante del Señor había prometido conservar el patrimonio de la Santa Sede y transmitirlo íntegro á sus sucesores, le obligaban á levantar solemnemente la voz, y á protestar ante Dios y á la faz del universo, contra aquel grande y sacrílego atentado». Este rescripto pontifical excitó en Roma los ánimos hasta la desesperación; comenzaron á prodigarse sobre el nombre del Papa las injurias más atroces; creyóse que era llegado el momento de las grandes resoluciones, y el Ministerio, que dirigía el curso de la revolución, presentó á la Cámara un proyecto de ley, que inmediatamente fué elevado á decreto, por el cual se convocaba en Roma una *Asamblea Nacional,* sin que fuera bastante á detener sus efectos la tercera protesta del Papa, que circuló en todos sus Estados, llevando al pie la fecha de 1.º de Enero de 1849. En este tiempo habían llegado á Roma los dos corifeos más populares de la liga revolucionaria de Italia: Mazzini, sin más soldados que su inmenso talento, y Garibaldi, trayendo consigo todos sus legionarios, que componían la porción más fogosa y entusiasta de la juven-

tud lombarda, de aquella juventud que, agitada de algún tiempo atrás por la pasión de la *patria única*, empuñaba ahora las armas ansiosa de realizar su epopeya, suponiendo inmediata la ocasión por tanto tiempo esperada. La revolución, con estos dos hombres, no pudo ya detenerse; se estableció una *Comisión de Salud Pública* encargada de mantener las decisiones de las Cámaras; recogiéronse los retos del Papa, contestando á sus excomuniones y mandatos, con decretos que apresuraron la reunión de la nueva Asamblea, y al inaugurarse ésta el 5 de Febrero, expidió á los cuatro días de su congregación el siguiente «DECRETO FUNDAMENTAL.—*Artículo primero:* El Papado ha decaído de hecho y de derecho del Estado romano.—*Artículo segundo:* El Pontífice romano tendrá todas las garantías necesarias para su independencia en el ejercicio de su potestad espiritual.—*Artículo tercero:* La forma de gobierno del Estado romano es la democracia pura, y tomará el glorioso título de República Romana.—*Artículo cuarto:* La República Romana tendrá con el resto de la Italia las relaciones que exige *la nacionalidad común.*—El presidente, J. GALLETI.—Los secretarios, J. PENACCHI.—ARCODANTI.—FABRETTI.—A. ZAMBIANCHI.—Q. BARRELLI.—Roma, 9 de Febrero de 1849.» Tres meses, pues, bastaron á la revolución para derrocar el Pontificado y establecer la república como forma de gobierno en los Estados de la Iglesia.

Al propio tiempo ocurria en Gaeta lo que ya llevo referido, y apremiados los romanos ante el anuncio de los socorros que las naciones católicas iban á ofrecer al Santo Padre, aprestáronse á la lucha, enviando emisarios á los pueblos para predicar y organizar la insurrección. Formaron batallones, reunieron armas, se reconstruyeron las defensas de Roma alzando sus murallas y profundizando sus fosos, y se instituyó, en fin, un *Triunvirato* que ejerciera el poder ejecutivo en aquellos días de supremo peligro para la nueva República. Los triunviros nombrados fueron Mazzini, Saffi y Armellini, quienes comenzaron desde luego á tomar toda suerte de medidas para defenderse en la ciudad y rechazar á la división francesa, recién desembarcada en el puerto de Civita Vecchia, si su general, Oudinot de Reggio, intentaba penetrar en ella. Este, el día 25 de abril, envió tres oficiales de su ejército á Roma, con el encargo de dar conocimiento á los triunviros de la entrada de su ejército en territorio romano, mientras que Mr. Espivent de la Villeboisnet, jefe de batallón, embarcábase para Gaeta, portador de una carta del General en Jefe para el Santo Padre y de varios despachos dirigidos á los plenipotenciarios franceses, señores d'Harcourt y Rayneval. Los tres primeros se cruzáron con la orden emanada del triunvirato y dirigida á las autoridades de Civita Vecchia, para que por la fuerza se opusieran al desembarco de las tropas francesas, y también con el que

aparecía como Ministro de Relaciones exteriores de la República, S. Rusconi, que acompañado del diputado Pescantini, llegaba á Civita-Vecchia para enterarse más de cerca del estado de las cosas. Naturalmente, encontraron ya la plaza ocupada por las tropas francesas, desarmadas las fuerzas republicanas que la guarnecían, y secuestrados muy cerca de 10.000 fusiles que los romanos esperaban. En la conferencia que estos emisarios celebraron con Oudinot, encontráronse con las mismas ambiguas declaraciones que consignaban sus proclamas, sin que les fuera posible arrancar del General francés explicación alguna que les permitiera considerar como francamente enemigo ó amigo el cuerpo expedicionario de su mando, y regresaron á Roma acompañados del capitán Mr. Fabart, ayudante de campo de Oudinot, que á su vez llevaba la misión de hacerse cargo del estado de los espíritus en Roma y de completar los informes de los tres oficiales franceses que con igual objeto le habían precedido.

No tardaron éstos en regresar al cuartel general de Civita-Vecchia. Resultaba claro, según la aseveración de las personas más sensatas residentes en Roma, que la situación de aquella ciudad se hacía más crítica cada día; que los revolucionarios ejercían á la sazón un poder dictatorial absoluto; que se hallaban más resueltos que nunca á llevar hasta los últimos extremos las consecuencias de aquella aventura, y que, aunque extranjeros en su mayoría, dominaban por las amenazas y la violencia. Los oficiales franceses aseguraban, no obstante, que por indicios ciertos creíase en la posibilidad de una repentina reacción, no bien fuera conocida la marcha del ejército francés sobre Roma, reacción que, siendo obra de la parte más sana y acomodada del pueblo, y resultado inmediato de la política francesa y del movimiento de sus tropas, permitiría el establecimiento de un orden de cosas más regular, á cuyo amparo podrían emprenderse nuevas negociaciones diplomáticas, y tratar bajo mejores bases de la futura suerte del Pontífice. Esto bastó para que el general Oudinot resolviese en el acto la marcha de su ejército sobre Roma, no en son de combate, ni abrigando intenciones hostiles para con los republicanos dominadores de la gran ciudad, sino como mediador benévolo, cuyo protectorado convenía por igual, según el mismo manifestaba, á los partidos políticos todos. En su consecuencia, el general Oudinot salió de Civita-Vecchia el 28 de Abril, no esperando, en verdad, que los triunviros recibieran con el cañón sus generosos ofrecimientos.

El mismo error padecieron los diplomáticos franceses que desde Gaeta escribieron al General aconsejándole que marchara adelante y que ocupara sin tardanza á Roma. Oudinot, en su vista, púsose en marcha, y el 29 de Abril se establecía en el pequeño pueblo de Castello-

Guido, situado á 14 kilómetros de Roma, y enviaba á uno de sus ayudantes convenientemente escoltado, á fin de que practicase un reconocimiento y se enterase de las intenciones que los republicanos abrigaban; y como el oficial volviera antes de muy entrada la noche,

—¿Qué quieren los romanos?—hubo de preguntarle el General.

—La guerra—contestó aquél;—me han recibido á tiros.

—Pues guerra tendrán si la desean, pero hagamos todo lo necesario para evitarla.

Y el General dió la orden para que al siguiente día la división emprendiera la marcha al rayar el alba, dividiéndose á poca distancia de la ciudad en dos columnas que debían penetrar, respectivamente, por las puertas de San Pancracio y de Cavallegieri. Un cañonazo que partió de la plaza fué la señal de la defensa; las tropas francesas condujéronse con bravura durante todo el día, pero ni pudieron sobreponerse al vivísimo fuego que de la plaza les dirigían sus defensores, ni resistir eficazmente á dos ó tres salidas que hizo Garibaldi. Oudinot dió por la tarde la orden de retirada, que practicó en buen orden, sin que fuera molestado por los romanos, y pernoctó en Maglianella, desde cuyo punto envió á su Ministro de la Guerra un parte anunciándole el resultado de la jornada y advirtiéndole que habiendo cerrado Roma sus puertas al ejército expedicionario, debería ser prontamente objeto de un ataque regular y no de un *simple reconocimiento*, como él calificaba su operación; mas lo cierto era que el honor de las armas francesas, obligadas á retirarse ante unas bandas de voluntarios y un puñado de demagogos, exigía una pronta reparación, que al fin tuvo; pero no tan fácil ni tan rápida como era de esperar, ni sin que á ella precediesen tratos y negociaciones con el enemigo, que llenaron de asombro á los militares de Europa y al mundo diplomático.

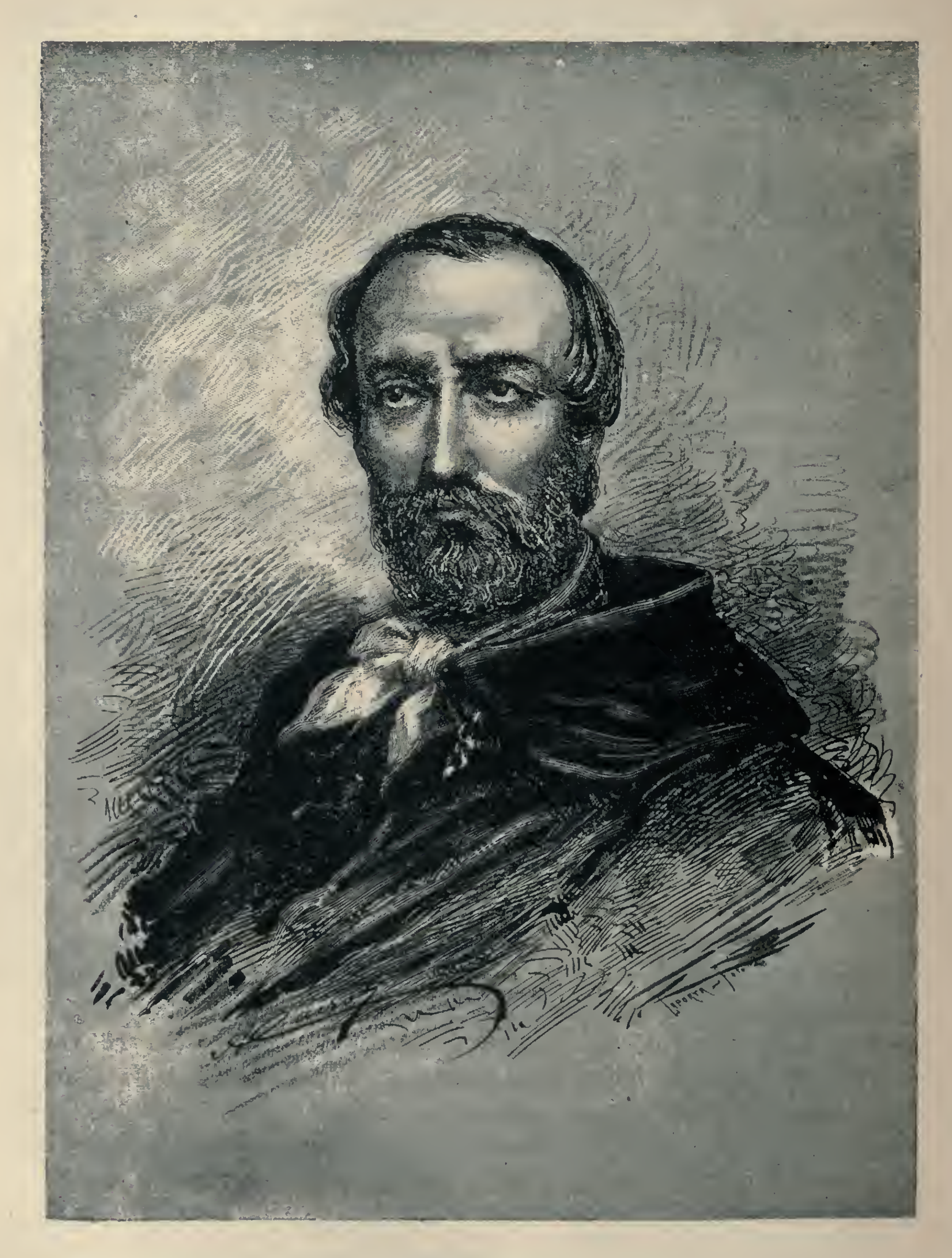
Mientras estos sucesos se producían, resolvió el Rey de Nápoles en Gaeta, de acuerdo con el Papa y con Martínez de la Rosa, emprender una acción militar combinada entre las fuerzas de los dos países, é invadir el territorio pontificio, valiéndose Nápoles del cuerpo de ejército que para el caso tenía reconcentrado cerca de la frontera, y España, mientras llegaban sus tropas, de los buques que protegían la residencia del Papa en el puerto de Gaeta, los cuales, al mando del contraalmirante D. José de Bustillos, deberían posesionarse de las plazas pontificias del litoral. Bustillos, y en su nombre el teniente de navío D. Juan Bautista Topete, posesionóse el 29 de Abril de Terracina, sin que la plaza opusiera resistencia á nuestros buques. El mismo día llegaba á sus muros el rey Fernando de Nápoles con una división de 8.500 á 9.000 hombres, que no pasaron de la inmediata *Torre Gregoriana* hasta que los marinos españoles inutilizaron una mina establecida por los

republicanos en punto próximo de la carretera, y denunciada por Talledo y Arteche al Sr. Martínez de la Rosa, desde Civita-Vecchia; el Rey envió al general Oudinot un despacho para que se estableciera el natural concierto entre dos ejércitos que él suponía que concurrían al mismo fin, y sin esperar la respuesta marchó tomando la dirección de la antigua *Via Apia*, y ocupó á Velletri, Albano, Valmontone y Palestrina, pueblos situados sobre la derecha de la Via Apia y á muy corta distancia de Roma.

El segundo cuerpo de ejército austriaco al mando del general Barón d'Aspre, invadia en tanto la Toscana. Era precisamente aquel ducado el que menos responsabilidad tenía en la revolución italiana, y si bien el pueblo había visto indiferente la caída de su monarquía, con igual indiferencia hallábase dispuesto á restaurarla á poco que se considerase amenazado. La república, con sus desórdenes y agitaciones, que violentaba las pacíficas costumbres de aquellos habitantes, hízose pronto odiosa, y era fácil prever que aprovecharían la primera ocasión propicia para derribarla. No tardó esta en llegar. Á mediados de aquel mes de Abril de 1849, tan fecundo en acontecimientos, tuvo lugar en Florencia un conflicto entre individuos del pueblo y algunos voluntarios de Liorna, que como verdadera guardia pretoriana de los jefes revolucionarios, cometían en las ciudades sometidas á su yugo todo género de vejaciones y atropellos. Aquello bastó para que en Florencia se iniciase y realizase la contrarrevolución; sublevóse la ciudad en masa; enarboló el pueblo la bandera del Gran Duque en los edificios públicos, y las autoridades republicanas se vieron obligadas á deponer la autoridad en manos del Municipio, que debía ejercerla hasta la llegada del soberano restaurado. A ejemplo de Florencia, siguieron las demás ciudades el movimiento, y la Toscana volvió á la monarquía con igual tranquilidad que se había pronunciado por la república meses antes; sólo Liorna, cuartel general y centro de propaganda de los más exaltados, permaneció en actitud rebelde, circunstancia que bastó para que el Gran Duque difiriese la entrada en el territorio. Quizá, como individuo de la familia imperial austriaca, obedecía pasivamente las terminantes decisiones del gabinete de Viena, al que convenía cuando menos, valerse de un pretexto para derramar sus tropas por los ducados, aproximándose á Roma. En Parma se encontraba pues el general d'Aspre, cuando el 24 de Abril recibió de Radetzky la orden para ocupar á Florencia, poniendo sitio á Liorna caso de que se negase á franquear sus puertas, y sólo entonces se decidió el Gran Duque á volver á sus Estados, vistiendo el uniforme de general austriaco y presentándose á los pueblos harto afligidos por no haber podido evitar la invasión.

El combate del 20 de Abril y sus inesperadas consecuencias habían

sido objeto por todas partes de apasionados juicios y de temores más



MAZZINI.

ó menos fundados. En su vista, los partidarios de la sedición cobraron nuevos alientos en toda Italia. Mazzini, el gran tribuno, que al calor

de aquella contienda sentía renacer sus impetuosos fanatismos, creyó que desde el Capitolio podría declarar la guerra á Europa, y suscribió proclamas guerreras sintiéndose invadido por el vértigo del entusiasmo, y con la lucha y el triunfo exaltáronse los ánimos en la ciudad, excitándose hasta sus últimos límites la idea de resistencia. Los indiferentes, los templados, los mismos que quizá dos días antes hubieran vitoreado á Pío IX, se consideraban como verdaderos héroes y aclamaban á la República: así es que en la noche que siguió al combate, la población de Roma, ebria de entusiasmo, circuló por las calles, entonando himnos y aclamando á los triunviros y á los generales vencedores. Ni la reacción violenta operada en Toscana, ni la restauración del Gran Duque, ni el avance de los soldados austriacos, ni la inminente rendición de Liorna, ni la ocupación de Velletri por las tropas del rey Fernando, ni la acción de la flotilla española sobre Terracina y Puerto de Anzio, ni el anuncio, en fin, de los grandes refuerzos que esperaba la división francesa, nada era capaz de amedrentar á los recientes vencedores de Oudinot, ni de hacerles meditar sobre las consecuencias inevitables de sus actos. «También España — decían los triunviros en una alocución — siguiendo una costumbre tradicional, nos envía en altivo lenguaje un insolente reto. El coro se completa. Austria, Francia, España y Nápoles quieren reproducir pasados hechos de la historia y responden al llamamiento del Papa. Poco importa. Roma no se desviará de sus firmísimos propósitos. Nuestros agresores de hoy encontraron hace tres siglos una Italia moribunda. Hoy encontrarán una Italia que renace: ¡la Italia del pueblo!»

En Francia producían aquellos hechos efectos muy diversos. El partido avanzado, que allí simpatizaba franca y ostensiblemente con la insurrección romana, hizo blanco de sus ataques al Gobierno de Luis Bonaparte, por haber permitido que los soldados de la República francesa hicieran armas contra los voluntarios de la República romana; mezclóse en ello el espíritu de partido, y la pasión política, muy sobreexcitada, llevó hasta sus últimas consecuencias la saña y la violencia, hiriendo el sentimiento nacional con declamaciones y escritos verdaderamente inexplicables. De la tribuna partieron frases que, no por estar inspiradas en sentimientos de una ilusoria fraternidad universal, ni fundadas en las doctrinas utópicas que en aquella época informaban á los partidos avanzados, eran menos contrarias á todo sentimiento de patriotismo. La Asamblea Constituyente, en una votación solemne, se declaró contraria á la conducta seguida por el Gobierno en los asuntos de Italia, desaprobando muy particularmente la política y la acción militar de Oudinot contra Roma; y una parte de la prensa de París, y algunos diarios de provincias, se atrevieron á estampar conceptos

injuriosos para aquel ejército que en territorio extranjero servía bajo la bandera que simbolizaba la libertad y todas las glorias de la Francia. *Le National*, que en esta ocasión no justificó su apellido, escribía en los primeros días de Mayo lo siguiente: «Que nuestros soldados hayan sido vencidos ó no, poco importa. Amigos son *los que se han visto obligados á rechazar á mano armada nuestras criminales agresiones.*» *La Democratie Pacifique* afirmaba que «el Dios de la justicia, el Dios de las naciones oprimidas, había otorgado la victoria á quien por derecho correspondía»; y al referirse á la derrota de los soldados franceses, exclamaba: «*¡Merecían esa vergüenza!*».....

Tales circunstancias ponían en grave compromiso á Luis Napoleón y á su Gobierno, porque ni podía romper abiertamente con los partidos liberales, á quienes debía su encumbramiento, y de los que todavía esperaba mucho para lo porvenir, ni podía tampoco dejar desatendidos los intereses y las aspiraciones de una parte muy considerable de la opinión en Francia que, indignada con tales demostraciones y tales actos, reclamaba vivamente la desautorización de los exaltados, de sus incontinencias y desórdenes y pedía dentro y fuera de la nación una política sensata en armonía con los compromisos contraídos ante Europa, y con los deberes que al jefe del Estado imponían sus ofrecimientos y compromisos, sus tradiciones gloriosas de familia y su propia conveniencia. Luis Napoleón, para conducir con buen éxito los secretos y profundos designios personales que acariciaba, hallábase en la ineludible necesidad de aumentar el prestigio de Francia en el exterior, merced á una conducta cuya iniciativa le fuera exclusivamente propia, al mismo tiempo que revelara grandes condiciones de decisión y de energía, y para ello ninguna ocasión mejor podía ofrecérsele que la de no permitir que el Papa volviera al Vaticano bajo la protección de las bayonetas austriacas ó españolas. Luchando, pues, con estas encontradas y opuestas necesidades de su situación, resolvióse por adoptar un término medio, con el que creía satisfacerlas por igual; enviaba por un lado refuerzos y cañones contra Roma, para agradar con esto al partido conservador y al sentimiento religioso de Francia y cumplir en apariencia con sus compromisos internacionales como potencia católica; pero declaraba al mismo tiempo, para no romper abiertamente con las opiniones contrarias, que su objeto no era otro que el de garantizar la libertad en Italia y resolver los conflictos originados entre el Estado y la Iglesia, reconociendo los derechos independientes y separados que á las dos potestades amparaban. Consecuente con esta determinación, confirió plenos poderes políticos á Mr. de Lesseps, enviándole al cuartel general de Oudinot, con unas *Instrucciones* de su ministro de Relaciones extranjeras, Mr. Drouin de Lhuys, tan ambiguas

y tan envueltas en misteriosas nebulosidades como su política toda;



LUIS NAPOLEÓN BONAPARTE.

(Copia de un retrato de la época.)

llevaba además la siguiente carta, dirigida al comandante en jefe de la expedición francesa:

«Mi querido General: He sentido vivamente que nuestras tropas hayan encontrado resistencia bajo los muros de Roma. Esperaba, y vos lo sabíais, que los habitantes de esa ciudad, no desconociendo la situación en que se encuentran, recibirían cordialmente un ejército que iba á realizar en ese país una política benévola y desinteresada. No ha sido así; nuestros soldados han sido recibidos como enemigos; encuéntrase comprometido nuestro honor militar, y no permitiré que sea lastimado. No os faltarán refuerzos. Decid á los soldados que aprecio su bravura, que participo de sus penalidades, y que podrán contar para siempre con mi apoyo y mi agradecimiento. Recibid, etc.—*Luis Napoleón Bonaparte.*»

En vista de esto, y con ayuda de los refuerzos que efectivamente llegaban cada día, creíase Oudinot en condiciones de emprender un nuevo ataque contra la ciudad, cuando el 16 de Mayo se supo con extraordinaria sorpresa que Mr. de Lesseps, como Ministro plenipotenciario de la República francesa, encontrábase en Roma desde el 15 y que había pactado con los triunviros una suspensión de hostilidades, entablando negociaciones que tenían por objeto un acomodamiento, y enviando en consecuencia al Gabinete de París y al cuartel general de Oudinot, establecido en Villa-Santucci, un proyecto de armisticio contenido en los tres artículos siguientes: «1.º El ejército francés no pondrá dificultades á la libertad de comunicaciones entre Roma y el resto de los Estados romanos. 2.º Roma acogerá al ejército francés como á un ejército de hermanos. 3.º El Poder ejecutivo cesará en sus funciones. Será reemplazado por un Gobierno provisional compuesto de ciudadanos romanos y designado por la Asamblea Constituyente, hasta tanto que los pueblos llamados á dar á conocer sus opiniones se hayan pronunciado sobre la forma de gobierno que deberá regirles y sobre las garantías que se concedan en favor del Catolicismo y del Pontificado.»

Con esto quedaba completamente descubierta la política del Gabinete francés; Francia pactaba con la insurrección romana, procurando constituir un Gobierno nacido de la Asamblea, para que funcionase bajo sus inmediatas inspiraciones, y este proyecto era además acogido por el Gabinete del Elíseo sin admiración ni protesta. Pero encontró en cambio, como era de esperar, recia oposición de parte de Mazzini y de sus colegas, quienes engreídos con la victoria y con la situación predominante en que la misión de Mr. de Lesseps les colocaba, rechazaron el proyecto sin admitirlo á discusión siquiera. El plenipotenciario entonces, obrando de acuerdo con Oudinot, envió otro nuevo proyecto de armisticio, que pareció más inaceptable todavía para la Francia, puesto que en él se consignaba que «los Estados romanos reclamaban la paternal protección de la República francesa; que se reconocía á los pueblos romanos *el derecho de pronunciarse libremente sobre la forma*

de gobierno que habría de regirlos; que Roma acogería al ejército francés como á un ejército amigo, y que *las tropas romanas y las tropas francesas unidas prestarían el servicio de la ciudad, funcionando las autoridades romanas según sus atribuciones legales.*»

Como se ve, en ninguno de los dos proyectos se reconocían ni la autoridad ni los derechos de la Santa Sede; aceptábanse clara y explícitamente los actos emanados del triunvirato romano, y trocábase la Francia, de auxiliar de la Silla Apostólica, en nación protectora de la República romana, y de amiga de las tres potencias, representadas en Gaeta, en aliada de un gobierno revolucionario. Pero tampoco con estos ofrecimientos diéronse por satisfechos Mazzini y los triunviros, negándose tenazmente á aceptar la ocupación de Roma por el ejército francés. Las negociaciones continuaron, no obstante, por espacio de muchos días; ofrecía Lesseps nuevas concesiones, tales como la de que la República francesa garantizaría contra toda invasión extranjera el territorio de los Estados romanos ocupados por sus tropas, ofreciendo, para que esta cláusula fuese aceptada, comprometerlo todo, «incluso su responsabilidad y su porvenir». Tampoco fué esto suficiente, y Lesseps en su vista envió al triunvirato su *ultimatum* el día 29 de Mayo, bajo unas bases que apenas se diferenciaban de las primeras, pero con la garantía de la firma del propio general en jefe (1); y como aun así los ro-

(1) He aquí este notable documento, que, como los anteriores relativos á este episodio, está tomado de la obra francesa *Histoire de la revolution de Rome*, por el Barón Alphonse Balledier.

«El abajo firmante, Fernando de Lesseps, Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de la República francesa cerca de los Estados romanos;

»Considerando que la marcha del ejército austriaco en los Estados romanos hace variar la situación respectiva del ejército francés y de las tropas romanas:

»Considerando que los austriacos en su movimiento de avance podrían ocupar las posiciones amenazadas por el ejército francés:

»Considerando que la prolongación del *statu quo*, autorizado por el general en jefe Oudinot de Reggio, podría resultar perjudicial á las tropas francesas:

»Considerando que no se le ha dirigido ninguna comunicación desde la última nota de fecha 26 del corriente mes;

»Invita á las autoridades y á la Asamblea Constituyente romana á resolver acerca de los artículos siguientes:

»Artículo 1.º Los romanos reclaman la protección de la República francesa.

»Art. 2.º La Francia reconoce á las autoridades romanas el derecho de pronunciarse libremente sobre la forma de su gobierno.

»Art. 3.º El ejército francés será acogido por los romanos como un ejército amigo; se acantonará del modo que lo juzgue más conveniente, tanto para la defensa del país como para la salubridad de las tropas, permaneciendo extraño á la administración de los Estados romanos.

»Art. 4.º La República francesa garantiza contra toda invasión el territorio ocupado por sus tropas.

»En su consecuencia, el abajo firmante, de acuerdo con el general en jefe Oudinot de Reggio, declara que en el caso de que los anteriores artículos no fuesen inmediatamente aceptados, dará su misión por terminada, y el ejército francés recobrará su libertad de acción.

»En el cuartel general del ejército francés, establecido en Villa-Santucci, el 29 de Mayo de 1849.—Firmado.—*Fernando de Lesseps.—Oudinot de Reggio.*»

manos continuaran negándose á admitir la entrada de las tropas en la ciudad, rompiéronse por fin las negociaciones; pero resultó del conjunto de estos hechos, que si los triunviros no hubieran insistido sobre aquel punto—que según el espíritu general de la negociación era relativamente secundario—la política del plenipotenciario de Luis Bonaparte hubiera resultado victoriosa y Francia habríase aliado con la revolución romana, divorciándose de las demás potencias y abandonado al Pontífice. La suerte futura de la Italia, y quizá una guerra europea, de que habría sido ensangrentado campo la Península toda, dependió, pues, en aquel día de la resolución de Mazzini.

Así terminó aquel episodio diplomático, sobre el que me he extendido quizá más de lo que en realidad merece. Era necesario, no obstante, dejar demostrado que si los franceses tomaron luego Roma, por la fuerza de las armas, y en sus periódicos, en sus declamaciones y en sus libros reivindicaron exclusivamente para sí la gloria de haber repuesto en sus Estados al Pontífice fugitivo, no realizaron estos hechos sin que á ellos precediese el reconocimiento explícito de la República romana, y sin que pactasen y negociasen con los autores de aquella revolución; fué necesaria toda la resistencia de Mazzini, todo el vigor con que llevaron los austriacos sus operaciones militares, y toda la premura con que se organizaron en Nápoles y España las fuerzas espedicionarias, para que los franceses se resolvieran á romper bruscamente las relaciones que mantenían con Mazzini, haciendo causa común, á partir del 31 de Mayo, con las potencias auxiliares de la Santa Sede.

Mientras que esto sucedía bajo los muros de Roma, el Rey de Nápoles, enteramente privado de la cooperación del ejército francés, cuyo General contestó á sus comunicaciones con respetuosas evasivas, libró el día 19 una acción bastante reñida en Velletri contra un cuerpo romano mandado por Garibaldi y Rossi. El triunfo se lo adjudicaron sin razón los republicanos, por haber ocupado la ciudad al siguiente día, es decir, cuando el ejército Real la abandonaba quizá con demasiada precipitación, en cumplimiento de disposiciones anteriores al hecho de armas á que me refiero. El Rey de Nápoles había declarado en una *orden del día* al ejército, antes de que Garibaldi saliera de Roma con intento de atacarle, que «no habiendo tenido efecto el concierto que esperaba entre sus tropas y la división francesa, para concurrir en las operaciones militares á un mismo fin; que habiendo declarado la República francesa que en la cuestión romana se reservaba el derecho de obrar aisladamente, y que permitiendo Mr. de Lesseps, su representante en Roma, que las tropas republicanas hicieran armas contra el cuerpo napolitano, que días antes hacía causa común con el francés, había

creído que era de su dignidad reconcentrarse sobre la frontera de sus Estados, para esperar desde allí el curso de los acontecimientos».

Los austriacos, por su lado, llevaban con vigor las operaciones. Ya el Barón d'Aspre había tomado Liorna á viva fuerza, acabando á fines de Abril de someter la Toscana, mientras que la división del bravo general Wimpffen invadía la Romaña y se presentaba el 8 de Mayo bajo los muros de Bolonia. No me detendré relatando los detalles de aquel sitio. Básteme decir que, después de muchos y sangrientos combates y de varias salidas, rompió Wimpffen un fuego violento, que dió por resultado que las autoridades pidieran un armisticio, que Wimpffen concedió. El comisario ó delegado del Papa, que se encontraba en el cuartel general austriaco, dirigió á los habitantes de Bolonia una proclama, invitándoles y exhortándoles á la sumisión; pero como éstos observaran que la artillería austriaca producía pocos destrozos en la ciudad y fuera difícil, dado su calibre, abrir brecha, opusiéronse á todo acomodamiento, y reanudaron las hostilidades esperando que las negociaciones entabladas por los franceses con los dominadores de Roma obtuvieran para su causa más próspero resultado. Avisó Wimpffen á Radetzky del estado de las cosas, afirmándole que sin otros medios de ataque no se obtendría fácilmente la rendición de Bolonia, y mientras tanto, se alzaban por todo el territorio numerosos cuerpos francos republicanos que interrumpían con frecuencia las comunicaciones del ejército austriaco, viéndose obligado éste á destacar algunas fuerzas, que sostuvieron con los insurrectos en varios puntos acciones muy reñidas. No se descuidó Radetkzy, ni tampoco Aspre, que desde Florencia seguía dirigiendo las operaciones. El 14 de Mayo llegaba por fin á Bolonia un refuerzo de tropas considerable y un tren de sitio, al mando de Gorczkowsky, comenzando el bombardeo sin perder un día, y produciendo varios incendios en la ciudad, que determinaron su rendición. La capitulación fué moderada en sus condiciones; concedióse libertad para retirarse á todo aquel que lo solicitara; pero la mayor parte de las tropas defensoras permanecieron alistadas, prestando nuevo juramento de fidelidad al Santo Padre. De Bolonia, al frente de cuya guarnición quedó Gorczkowsky, marchó Wimpffen á poner sitio á Ancona, llegandó á esta ciudad é intimando su rendición el 25 de Mayo. Los defensores y habitantes, fiados en la solidez de sus murallas construídas según los recientes principios de la fortificación, en lo bien abastecida que se hallaba, y en el número y valor de su guarnición, rechazaron con altivez las proposiciones del general austriaco, el cual dió principio á los trabajos de un sitio en regla, que sólo debía terminar á fines del siguiente mes de Junio.

Sometidos, pues, los ducados; rendida Liorna; entregada Bolonia;

sitiada Ancona; vuelto el rey Fernando y su división á la frontera napolitana; en la mayor incertidumbre y alarma la Corte pontificia; ardiendo la revolución en Roma; negociando Oudinot con el triunvirato mientras permanecían sus tropas arma al brazo esperando el desenlace de los acontecimientos, tal era la situación de la Italia meridional cuando el 27 de Mayo de 1849 llegaba á las aguas de Gaeta la expedición española que tuve la honra de mandar.





GAETA.

CAPITULO IX.

Soy nombrado General en jefe del cuerpo expedicionario á Italia.—La organización de las tropas.—Jefes que las mandaban.—El embarque en Barcelona.—Navegación.—En Gaeta.—Antonelli.—Su Santidad Pío IX.—Su aspecto y sus palabras.—Sobre el infante D. Sebastián Gabriel.—En el palacio del Rey de Nápoles.—Ofréceme S. M. el mando de su ejército.—Proyectos para entrar en campaña.—Nuestra situación militar.—En el campamento.—Revista de Su Santidad.—Bendice el Papa solemnemente á las tropas españolas.—Majestad y recuerdos de aquella escena.—Vacilaciones del Rey de Nápoles.—Su nueva actitud.—Penetro con la división en los Estados de la Iglesia.

Desde mi regreso de Cataluña, asistía yo diariamente á todos los círculos sociales y políticos, y pude seguir con atención el curso de los gravísimos sucesos que se desarrollaban en Italia, conociendo muy al detalle la participación que en ellos tomaba nuestro Gobierno. Por esta

razón, y porque el nuevo Pontífice inspiraba en todas partes irresistibles simpatías, considerándolo víctima indefensa del furor revolucionario que animaba á Europa, las cuestiones de Italia excitaron en Madrid un interés muy vivo, llegando á oscurecer el de nuestra política interior, ya dominada por Narváez en toda la Península. A fines de Abril se tuvo por cosa cierta que nuestra intervención militar en Italia iba decididamente á realizarse, y que, según todas las probabilidades, sería yo el General á quien designasen la Reina y el Gobierno para mandar nuestras armas. Esta noticia se confirmó, y una tarde, paseando por las solitarias alamedas del Buen Retiro, me trazó Narváez con su ardiente elocuencia el cuadro de los acontecimientos políticos y militares que se desarrollaban en la Península italiana, dándome á entender con todos sus detalles la participación que ya había tomado nuestra España en el conflicto internacional, y los grandes resultados morales que de la intervención de nuestras armas se esperaban. Manifestóme su deseo de que me pusiera al frente de las tropas expedicionarias, y además el carácter irrevocable de esta resolución suya y del Gobierno. Representéle las dificultades inmensas que surgirían ó podrían surgir, ante la primera eventualidad militar que se produjese, por el escaso número de tropas con que, dadas las circunstancias, íbamos á presentarnos en el teatro de nuestras grandes glorias históricas, interviniendo en un asunto de trascendental importancia, que interesaba á toda Europa, y en el cual jugaban ya naciones poderosas con ejércitos considerables. Pero como acostumbraba en circunstancias difíciles, se apresuró Narváez á desvanecer estos temores, allanando los obstáculos y ofreciéndome todo el apoyo del país y del Gobierno, así en el número de los soldados que deberían marchar bajo mis órdenes, como en lo referente á los recursos de que podría disponer, y hasta en la autoridad é independencia militar de que iría revestido, respecto á mis relaciones con los diplomáticos que cerca de Su Santidad y del Rey de Nápoles representaban á nuestro Gobierno. No perdonó Narváez en aquella ocasión recuerdos ni lisonjas para decidirme; esfuerzo, á la verdad, inútil, pues bastaba que el gobierno me supusiera en condiciones de servir á mi patria, conduciendo con honra nuestras armas y nuestra bandera en territorio extranjero, para que sin vacilar aceptara yo, cualesquiera que fuesen los peligros y las dificultades. Narváez, para halagarme en todo, llevó sus ofrecimientos hasta el punto de manifestarme que el Gobierno elevaría mi sueldo, en proporción suficiente para que pudiera representar con dignidad y holgura la alta misión que se me confiaba; pero inútil me parece decir que estos ofrecimientos no llegaron nunca á realizarse, y que yo seguí en Italia la vieja tradición de los generales que en otros siglos mandaron allí tropas españolas, lu-

chando con la falta de soldados y de recursos de guerra, y dejando en aquella clásica tierra, para mantener el brillo de nuestro nombre, todo cuanto poseía.

Apenas se hizo pública mi aceptación, la Reina, el Nuncio de Su Santidad y el Gobierno expresáronme el vivo deseo en que todos estaban de que acelerase la organización de las tropas expedicionarias, emprendiendo sin perder un día mi navegación hacia las costas italianas. Dispúsose, pues, la reconcentración en Barcelona y el aumento inmediato de la escuadra de transporte, y dándome carta blanca y facultades discrecionales, empecé desde luego á organizar la expedición, eligiendo, no sólo los cuerpos, sino también los jefes y oficiales que deberían mandarlos. Esta empresa me fué fácil, porque, como Director de Infantería y reciente Capitán general de Cataluña, conocía personalmente las condiciones y méritos de todos, y así, el 9 de Mayo marchaban ya hacia Barcelona algunos de los cuerpos designados, que encontrándose de operaciones en la montaña, recibieron con toda premura la orden de concentración; otros salieron de Madrid para hallarse en la capital del Principado en la fecha marcada, y el 10 firmaba D. Francisco de Paula Figueras las instrucciones generales á que debía ajustarse mi conducta.

Salí de Madrid, en posta, el 11, realizando un rapidísimo viaje que me condujo á Barcelona, antes de que llegaran á esta ciudad las órdenes del Gobierno, y atravesando algunos territorios dominados todavía por los restos de la insurrección carlista. Con igual celeridad comenzaron los preparativos de embarque. Los regimientos de Cataluña hallábanse en la mayor derrota; faltábales calzado, capotes y demás prendas, destrozadas todas, por efecto de la última guerra sostenida; pero contaba yo para su pronto equipo con dos circunstancias en extremo favorables; la de encontrarme en Barcelona, ciudad industrial por excelencia, en la que abundan siempre todo género de recursos, y la de haber conservado á mi cargo la Dirección de Infantería, cuyas atribuciones unidas al mando en jefe de la expedición, diéronme inmediatas facilidades para todo. Tuve especial cuidado de que los jefes, oficiales ó individuos de tropa viejos, endebles, mal constituídos ó enfermos fueran excluídos de la división, pasándolos á los cuerpos que permanecían en España, y reemplazándolos con otros, jóvenes, robustos y entusiastas, de buena presencia y porte. Repartiéronse capotes nuevos, casacas y mochilas, con los fusiles que de repuesto se conservaban en los parques, y nadie se habría explicado entonces cómo pudieron verificarse todas estas complicadas operaciones en el cortísimo plazo de algunos días, si por larga experiencia no se supiera que la actividad del oficial español se centuplica en razón de las dificulta-

des con que tropieza, de cualquier género que sean. En aquellos días todos se distinguieron y á todos animaba ya el pensamiento y la ambición de dejar bien puesta y muy alta la reputación de nuestras ar-



DON TOMÁS CERVINO.
(Copia de un retrato de la época.)

mas en el extranjero. Cinco días después de mi llegada, es decir, el 19 de Mayo, revistaba los cuerpos en compañía de D. Manuel de la Concha, haciéndoles desfilar por la muralla de mar frente al palacio del Capitán general, viendo con extremada satisfacción el aire marcial de las tropas, que, como orgullosas de sí mismas, parecían presentir que

serían festejadas y admiradas en Italia, como merecida y efectivamente lo fueron.

La expedición debía componerse de 10.000 hombres, pero la premura de los sucesos no dió tiempo al Gobierno para organizarlos en su conjunto. Yo debía salir con las primeras fuerzas, y Zavala se me incorporaría después con las restantes hasta completar el número señalado. Debían, pues, embarcar conmigo primeramente tres batallones de los regimientos de Granaderos del Rey y de la Reina Gobernadora, dos de San Marcial, el batallón cazadores de Chiclana, núm. 7, que mandaba con gran pericia D. Juan Antonio de Loarte; una compañía de Ingenieros, dos baterías y una sección de Caballería, formando un total de 4.903 hombres. A mi lado venían con el mando de las tropas el general D. Francisco Lersundi; el brigadier D. José Antonio Turón; los coroneles D. Tomás Cervino, D. Carlos Yauch, don José de Santiago, y los de igual clase de Artillería y de Ingenieros don Antonio Fano y D. Vicente Talledo. Los jefes de Estado Mayor eran el coronel D. Senén de Buenaga, y los tenientes coroneles D. Antonio Madera, D. Manuel Fernández Ibarra y D. José Gómez de Arteche (1). Parecía el más entusiasta de todos, el auditor general, mi antiguo ca-

(1) No he dicho que Talledo y Arteche habían vuelto á Madrid para dar cuenta al Gobierno de la comisión á que me referí en el capítulo anterior. En Roma, de donde salieron el 3 de Abril después de siete días de estancia observando cuanto podía conducirles á satisfacer los deseos ya expresados del Gobierno, adquirieron el conocimiento exacto de las fuerzas republicanas allí reunidas bajo el mando de Garibaldi, de sus recursos militares de todo género, y hasta de sus planes más ostensibles.

Componían esas fuerzas, según el circunstanciado cuadro que presentaron al Ministro de la Guerra aquellos oficiales, un total de 23.000 infantes, 1.500 caballos, 1.700 artilleros y 700 ingenieros trenistas del arma y de las ambulancias. De esas cifras había que descontar los que guarnecían los varios puntos fuertes, plazas y ciudades antes de que invadieran el territorio romano los austriacos, franceses y napolitanos abocados á sus fronteras. En cambio había que sumar la fuerza de la Guardia Nacional movilizada, que era en Roma de 1.500 hombres, de 500 en Bolonia y de 300 en Ferrara. Pero ¡qué fuerzas! Las organizadas por Rovere, Galletti y Pignani, los famosos Reduci de Vicenza y de Garibaldi y los carabineros (la Guardia civil en Italia), podrían, bien dirigidos, batirse regularmente al abrigo de las murallas de Roma; pero el resto era una amalgama abigarrada de desertores del ejército vencido en la alta Italia, emigrados lombardos, aduaneros y buscavidas, más ansiosos de saqueo que de honra. Solamente los suizos mandados por Latour, buen soldado como ellos, que serían unos 1.500, recientemente capitulados al servicio de la república, podían ofrecer alguna garantía de prestarlo eficaz y con esperanza de fortuna. En la caballería no podría batirse más que la mitad, y la artillería contaba con 48 piezas repartidas en cinco baterías, de las que una era suiza, de á ocho piezas de campaña cada una, y otra de posición con piezas del calibre de á 18. La Guardia Nacional sedentaria, aun cuando en el papel constaba de 80.000 hombres en todo el territorio romano, estaba calculada en 20.000 perfectamente inútiles para la guerra, gente pacífica, y en su mayor parte sin armas. Las fortificaciones de Roma, por último, estaban como en la Edad Media ó en la época de los emperadores romanos que las habían construído; y sólo en el Trastevere existían murallas y baluartes modernos, con el castillo de Sant-Angelo por reducto de seguridad, el mismo que tres siglos antes lo había sido para el Papa Clemente VII, cuando fué asaltada la Ciudad Eterna por los españoles á las órdenes del célebre Condestable de Borbón, que fué muerto al escalar los muros exteriores.

marada de la guerra civil y el grande amigo de mi hermano, D. Serafín Estévanez Calderón. También quedaron destinados á mis órdenes, para ser empleados luego según las necesidades del servicio, los coroneles D. Ventura García Loigorri, D. José Rich, D. Fernando Ruano, el Conde de Cumbres Altas, el capitán de Artillería D. Francisco Manrique, los capitanes de infantería Ochotorena y Morí, y como ayudantes de campo, el coronel D. José Ramón Sanz, los capitanes D. Francisco y D. Mariano Figueras, hijos del Ministro de la Guerra, y el subteniente D. Ramón Despujols. No olvidaré tampoco á los ayudantes de Lersundi, D. Mariano Socías, comandante entonces, D. Segundo de las Cuevas, y D. Miguel Verdaguer, ambos capitanes.

Como se ve, si la primera parte de la expedición era exigua en cuanto al número de soldados, figuraban en ella cuerpos de gran crédito en nuestro ejército, é iban éstos mandados por muchos jefes y oficiales cuyas cualidades relevantes he tenido ó tendré ocasión de recordar en el curso de este libro. Algunos de los que entonces fueron como subalternos ó jefes, son bien conocidos de mis lectores, por haber alcanzado después los primeros empleos de la milicia, y otros han muerto, por desgracia, dejando un gran vacío en nuestras filas.

El 22, día señalado para el embarque de las tropas, realizóse esta operación con el mayor orden y entusiasmo; aquél fué un día de fiesta para Barcelona. La población en masa acudió al muelle, prorrumpiendo en vivas y en aclamaciones. Nueve buques eran los dispuestos por la Marina para el transporte de la división; el vapor *Vulcano*, el *Blasco de Garay*, el *Piles*, el *Castilla*, el *Lepanto*, el *Isabel II*, la fragata *Cortés*, la *Villa de Bilbao* y la *Mozart*. En el *Vulcano* debía verificar yo la travesía, con el jefe de Estado Mayor, el comandante general de Ingenieros, el jefe de Estado Mayor D. José Gómez Arteche, mis ayudantes de campo, el Conde de Cumbres Altas, la compañía de Ingenieros y la de granaderos del regimiento del Rey; y en el *Blasco de Garay* se embarcaba el general Lersundi con sus ayudantes, repartiéndose los cuerpos convenientemente en los demás buques de la escuadra.

Zarpamos de Barcelona al amanecer del día 23. Algunos buques de vapor, bien artillados, remolcaban á los de vela, navegando á la cabeza de la escuadra el *Isabel II*, y á retaguardia el *Vulcano*, de mi insignia. El tiempo sereno y la mar bella ofrecían todas las esperanzas de una feliz travesía, pero no bien hubo cerrado la noche, saltó el viento al Noroeste, refrescando bastante, aunque sin inspirar cuidado por de pronto, pues atendido lo adelantado de la estación, no era probable acrecentase su fuerza. Mas no fué así. Serían las diez cuando la mar, más gruesa por momentos, empezó á dar que temer á los marinos, llegando las olas á barrer la cubierta de los buques. No puedo encare-



EN EL MUELLE DE BARCELONA.

cer bastante el buen ánimo que manifestaron las tropas en ocasión tan crítica, ni lo duro del temporal, ni sus padecimientos, que no lograron arrancar una voz á los soldados, ni introducir perturbación alguna. Al amanecer del 24, aunque seguía la violencia del viento, como la mar entrara más de popa, comenzaron nuestros buques á navegar con desahogo. Entonces se advirtió la ausencia del *Isabel II* y de la *Villa de Bilbao*, á la que daba remolque el vapor *Castilla*. Obligado éste por una avería de consideración á separarse del que tras de sí llevaba, hubo de dirigirse en dirección oblicua, fuera del rumbo de los que seguían, para evitar que por su mal gobierno, atravesándose á cada instante, viniera sobre él la corbeta ú otro cualquiera, ocasionando de este modo averías mayores, y acaso una catástrofe terrible, y así, la *Villa de Bilbao* quedó muy retrasada. Confieso que aquella noche fué para mí de inquietud y de zozobra, aunque Bustillos no llegó á temer, según después supe, percance alguno, confiado en los prácticos que llevaba á bordo de cada buque, y en la pericia y serenidad de los excelentes oficiales que los mandaban. Por fortuna, á las diez de la mañana comenzó á ceder el viento, á tranquilizarse el mar, y hacia el mediodía era ya aquél manejable de todo punto, experimentando así las tropas de transporte mayor comodidad y reposo.

Sin otro suceso particular, seguimos la navegación todo el día 25, en demanda de las costas de Córcega y Cerdeña, y hacia la mitad de aquel día reconocióse por la proa un vapor, que resultó ser el *Isabel II*, separado de la escuadra desde la noche del 23, el cual, no bien estuvo al alcance de la vista, comunicó por medio de señales las circunstancias que le habían obligado á variar el rumbo, alejándose de la escuadra. Aquella noche comenzaron á reconocerse los fanales de Razzoli en Cerdeña y de la Vizzi en Córcega, que determinan y señalan el paso de las bocas de Bonificio, estrecho angosto y difícil, que forman estas dos importantes islas del Mediterráneo; pero siendo prudente para atravesarlo aguardar al día, dió sus órdenes para ello el comandante de la escuadra, maniobrando en consecuencia. A las nueve de la mañana del siguiente, 26, habíamos dejado ya á nuestra espalda las dos islas, que se perdían en el horizonte confundiendo sus tintas con el azul de un cielo sereno y de una mar en calma, y dirigíamos nuestro rumbo hacia el monte Circello, primer punto que se reconoce en las costas de Italia, navegando en demanda del golfo de Gaeta. Aquella última noche transcurrió también sin que ningún accidente perturbara la travesía, y al rayar el alba del 27 encóntrose la escuadra á distancia tan sólo de algunas millas de Gaeta, en cuyo puerto fondeó la fragata *Mozart* pasado el mediodía, y tres horas después el resto de la división con entera felicidad. Sólo la corbeta de vela *Villa de Bilbao*, por efecto del

mal tiempo que corrió y por haberse visto privada de remolque, hubo de doblar por el Sur la isla de Cerdeña, retrasándose considerablemente, pero en su busca envió Bustillos aquella misma tarde dos vapores para apresurar su arribo.

No bien hubo echado sus anclas el vapor *Vulcano*, llegó á su costado el primer secretario de la embajada de España, D. Vicente González de Arnau, que, en nombre del embajador, D. Francisco Martínez de la Rosa, venía á cumplimentarme. Con él fuí á tierra y á la residencia del Embajador, donde aquel hombre eminente me agasajó con todo género de atenciones y cumplidos. Esperábanse con impaciencia suma en Gaeta los refuerzos españoles, y sin perder momento me acompañó Martínez de la Rosa á visitar al cardenal Antonelli, á quien inmediatamente fuí presentado.

Causóme el ilustre Secretario de Pío IX, el hombre que supo conquistarse una reputación universal entre los diplomáticos de nuestro siglo, la misma vivísima impresión que producía sobre todos los que tuvieron la fortuna de conocer y de tratar á Su Eminencia. Vestía con suprema elegancia traje talar color púrpura, con guarniciones de riquísimos encajes de Flandes. Llevaba en el pectoral y en el anillo grandes y puros diamantes, y en la cabeza el vistoso birrete cardenalicio, cuyo vivo color hacía resaltar el cabello, negro como el ébano, y unos ojos de honda pupila que reflejaban bien toda la profundidad de su pensamiento. Joven todavía, delgado, de figura esbelta y agradable, hablaba el francés con pureza, dándole mayor expresión la acción de los brazos y el mismo movimiento de las manos, que cruzaba abrazando sus rodillas con una elegancia suprema. Díjome cortésmente que las tropas y yo éramos esperados con tanto anhelo como esperanza, y que Su Santidad me aguardaba, muy reconocido á la Reina de España y á los servicios que le había prestado su Embajador. Después de algunas otras frases lisonjeras, pasé con su permiso á presentar mis humildes homenajes al Santo Padre, alojado en aquel palacio.

Hízome Su Santidad llegar á su presencia sin que se me detuviera un instante, y alargándome una mano, que besé reverentemente, dirigióme en español—idioma que había ejercitado durante la misión que, como Nuncio, desempeñó muchos años en la América latina—palabras muy benévolas que alentaron pronto la verdadera timidez de que me sentí invadido en su presencia. Tuvo siempre Pío IX el don especialísimo y precioso de inspirar confianza á los que le hablaban, y sin duda por esto, á poco de hallarme en su estancia sentí una respetuosa seguridad que en nada amenguaba mi veneración, pero que me permitió observarlo atentamente. Era el Papa de mediana estatura, pero de proporciones armoniosísimas y nobles. Vestía una sotana enteramente blanca, rodeada



S. S. Pío IX.

(Reproducción de un grabado de la época)

de armiño; colgábale del pecho una cruz de gruesos záfiros y le cubría la parte superior de la cabeza un birrete de viva grana. Su frente era ancha, espaciosa y muy tersa, y á través de su mirada dulce, tan dulce como no he conocido otra semejante en hombre alguno, se podía entrever aquella bondad de alma que no se desmintió jamás durante los grandes reveses de su pontificado, y que constituyó todo el cimiento de su carácter y de su grandeza. En las líneas de su boca, dibujada con rasgos muy firmes, se advertía no sé qué pliegue de tristeza ó qué dejo de amargura, que contribuía, con la suavidad de sus ojos, á darle un aspecto incomparable de majestad misericordiosa y resignada. Díjome en seguida que deseaba conocer las tropas; y como yo le suplicara que fijase el día y la hora, se dignó señalar el siguiente, á las cuatro de la tarde, para bendecirlas en su propio campamento. Se enteró minuciosamente de la fuerza y de los cuerpos que componían la división; de los jefes que los mandaban; de la navegación que habíamos hecho, y de la salud de la Reina y de su Real familia, á quienes enviaba fervorosamente su bendición. Yo se la pedí para que me fortaleciera en su servicio, y tuve la fortuna de ser el primer español á quien cupo la honra de besar su beatísimo pié.

Estaba ya bastante avanzada la tarde, cuando salí de la estancia pontificia, y di la orden de aplazar el desembarque de las tropas hasta el siguiente día 28, al amanecer. Pero mandé saltar á tierra, con la música y la bandera del batallón del Rey, la compañía de ingenieros que mandaba el hijo primogénito del duque de Gor, D. Mauricio Alvarez de Bohorques, oficial distinguido que, como en otra parte he dicho, se daba ya á conocer en el ejército por sus relevantes prendas de soldado. Yo llegaba en el momento mismo en que á presencia de un inmenso gentío desembarcaban los soldados, observando con satisfacción las demostraciones de vivísima simpatía de que eran objeto, pero en aquel momento el Sr. Arnau, que me acompañaba, advirtióme la presencia del infante D. Sebastián Gabriel, que vestido con el uniforme de capitán general del ejército español y acompañado de su esposa la Infanta y de la princesa napolitana que poco tiempo después debia llevar el título de Condesa de Montemolín, habíanse apostado allí muy cerca, en carretela descubierta, contemplando las tropas con expresiva mirada, que también dirigían hacia mi persona. Desde luego comprendí el grave compromiso en que me hallaba. Era D. Sebastián un rebelde; había mandado en España el ejército de D. Carlos, y estaba aún emigrado en el reino de Nápoles, sin haber reconocido la legitimidad de D.ª Isabel II. Pero hallábase en una Corte extranjera, casado con una hermana de Fernando de Sicilia, que como Infante y como Capitán general le reconocía, y era de aquel Monarca muy apreciado y querido,

entre otras razones, por los servicios que le prestara en su expedición á los Estados de la Iglesia y en el reciente combate de Velletri. ¿Debía yo llevar al pie de las murallas de Gaeta el reflejo de nuestros rencores y la reproducción de las cuestiones que dividían las dos ramas de la Familia Real, cuestiones que aun en reciente fecha habían sido causa de dificultades entre los Gabinetes de Nápoles y de Madrid? Decidíme, pues, á resolver aquel conflicto del modo que fuera más agradable al Rey de Nápoles, de quien los españoles éramos huéspedes en aquel momento, y agradable también á la Corte pontificia; entendí que de este modo serviría mejor á mi Gobierno, y arrostré desde luego el disgusto de una desaprobación, á trueque de evitar en el extranjero un espectáculo inconveniente. Envié, pues, orden á la compañía de ingenieros para que se detuviera, y para que batiera su música la Marcha Real presentando las armas los soldados. Describir la satisfacción que demostró el Infante, sería en verdad difícil. Con lágrimas en los ojos bajó de su coche, saludó á la tropa, tendióme la mano y me presentó á la Infanta y á la Princesa su cuñada. Las dos eran bellas, y me demostraron desde aquel día la afabilidad proverbial que distingue á las de su raza.

En pos de la compañía, me dirigí luego al terreno que debía ocupar nuestro campamento bajo los muros de la ciudad, cuando otra vez avisóme Arnau que el Rey de Nápoles, deseoso sin duda de conocer de cerca los soldados españoles, habíase aproximado al lugar en que estábamos; después supe que había también observado con no poca satisfacción las demostraciones de respeto tributadas al Infante. No había tenido aún la honra de ser presentado á S. M. por nuestro Embajador cerca de su persona, como lo requería la etiqueta, y era aquel un compromiso de otra especie. Determiné saludarle, permaneciendo en el sitio que ocupaba como quien esperaba su venia; mas como él se adelantara, acorté la distancia con apresuramiento. Tenía D. Fernando de Nápoles una decidida inclinación por todos los asuntos que se relacionan con la milicia; ocupábase de su ejército todo el día, y eran los principales cuidados de su inteligente actividad la organización, disciplina, policía y adelantos del estado militar del reino. Encontré en aquel Monarca desde el primer momento la más franca cordialidad y benevolencia; hízome las preguntas usuales en tales casos, referentes á la división, á la travesía que habíamos hecho y al estado de salud en que se encontraba la Familia Real española; y como yo no hubiera comido y el Rey lo supiese, invitóme con repetidas instancias á su mesa prescindiendo de los rigorismos de su corte, y señaló la mañana del siguiente día 28 para que, acompañado del insigne Duque de Rivas, nuestro embajador en su Corte, verificase en su palacio la presentación oficial. Aquella noche me honró S. M. sentándome á su derecha du-

rante la comida, y hablando de nuestras tropas y de todos sus perfiles y detalles.

Después de la comida celebré en el mismo palacio del Rey una importantísima conferencia con S. M., con nuestro embajador Sr. Martínez de la Rosa y con el general napolitano Nunciante. Supe allí los últimos acontecimientos ocurridos; es decir, la situación en que se hallaban los franceses negociando con los romanos, la marcha progresiva del ejército austriaco, la retirada del rey Fernando y de sus tropas de los Estados Pontificios, la acción que sostuvo en Velletri, el abandono en que le dejó el general Oudinot, y la alarma del Papa, que llegó á tal punto, que si hubiera hallado á la sazón un buque español en el puerto, no hubiera vacilado en embarcarse para Mallorca. Nuestra llegada había bastado para serenar los ánimos; pero en vista de la situación general y del probable avance de Garibaldi, de su posible entrada en el reino de Nápoles, y de la sospechosa actitud de los franceses, resolvió S. M. allí mismo ofrecerme el mando de sus tropas para que, juntamente con las españolas, concurrieran á la defensa de la frontera ó á la invasión del territorio pontificio, nuevamente dominado por la insurrección, según los acontecimientos lo aconsejaran. Martínez de la Rosa díjome sin vacilación alguna, que inmediatamente debería aceptar tan honroso ofrecimiento, y que él tomaba sobre sí la responsabilidad del hecho, no sólo para explicarlo al Gobierno, sino también para atender á cuantas eventualidades políticas y diplomáticas provocase en Italia ó en Europa.

Aceptado así, en principio, el ofrecimiento del Rey, hube de manifestarle que, para el caso de que quedase definitivamente resuelta la unión de napolitanos y españoles bajo mi mando, debía resolverse desde luego que no esperáramos á los generales y fuerzas romanas á la defensiva en la frontera de su reino. Las tropas de las dos naciones, por el contrario, deberían tomar una vigorosa ofensiva penetrando sin demora en territorio pontificio, y llevando la guerra al corazón mismo de la insurrección. Añadí que S. M. debería honrar las tropas de las dos coronas con su mando supremo, y que sería conveniente ocupar desde luego á Velletri y á Valmontone. La división española sería elevada muy en breve á la fuerza de 10.000 hombres, y con ella y el contingente que él aportara estaríamos en condiciones de poder afrontar todas las fuerzas que de Roma y del país insurrecto intentaran oponerse á nuestras operaciones; además, dije al Monarca que la movilidad de la infantería española era tan superior á la del enemigo, que no podríamos dejar de alcanzarlo y destruirlo, marchando tres veces más que los mejores soldados garibaldinos. S. M. quedó muy satisfecho y deseoso de que inmediatamente se realizara aquel proyecto, que le parecía ventajoso y

muy superior, por el aliento que nuestro impulso é iniciativa militar había de infundir en el país á todos cuantos se habían formado desde su reciente llegada á Gaeta. Convínose asimismo que en tanto no llegaran de España las fuerzas con que debería completarse el contingente español, acabaría yo de proveerme en Nápoles del ganado caballar y mular para los oficiales, ambulancias y parque de artillería.

Con tales medios y tales preparativos, salían nuestras fuerzas de la difícil posición en que necesariamente iban á encontrarse, en cuanto dieran comienzo las operaciones aisladas á que en un principio parecía destinada, y que después efectivamente ejecutó, como veremos pronto. Yo tenía, en verdad, á mis órdenes una infantería la mejor por su calidad y marchas de todas las beligerantes en Italia; pero su número, que no pasaba de 4.500 hombres, había de disminuir en los primeros combates y operaciones, y además, por las enfermedades endémicas, que en la mayor parte del año diezman los ejércitos en aquel país. Faltábanme transportes para la conducción de municiones; ambulancias y botiquines suficientes; cañones y caballería en proporción al número de soldados, y hasta el ganado de arrastre para las dos baterías, cuyos tiros quedaron por necesidad en Barcelona, esperando su transporte.

El mando de las tropas napolitanas—que yo no había solicitado ni aun por la menor indicación, y que aceptaba bajo la responsabilidad del Embajador y ante la protesta de que lo declinaría al punto si mi Gobierno no aprobaba esta resolución—satisfacía á todas las necesidades y exigencias de mi situación militar, y reforzaba las tropas españolas con dos divisiones de buena infantería, entre las cuales los seis batallones suizos, los de la Guardia, los de cazadores y los del 3.º de línea, se constituían con excelentes soldados. La artillería era numerosa, y en la división de caballería, mandada por la principal nobleza napolitana, figuraban 1.500 caballos ligeros, muy propios para operar en territorio de montaña. Con tales fuerzas, sumadas pronto al resto de las tropas que llegarían de España, podría formarse un ejército de 20.000 hombres de infantería, 2.000 caballos y 40 cañones, capaz, no sólo de vencer la revolución, sino también de hacer frente á cualquiera eventualidad militar que surgiera en el territorio de la Iglesia, que era á la sazón el campo de operaciones de tres ejércitos extranjeros. Cundía además entre la división española el ardiente deseo de concurrir al sitio de Roma, que muy pronto emprenderían vigorosamente las armas francesas, visto el mal éxito de las negociaciones emprendidas por Mr. de Lesseps. El rey Fernando y su Estado Mayor participaban de aquel deseo y mantenían la opinión, por mí también sostenida, de que nada era más fácil que conservar y aumentar la buena inteligencia entre el General francés y el que mandase las tropas aliadas de España y Nápoles, si éste, por una po-

lítica francamente militar y sinceramente expansiva, tomaba parte en el sitio, compartiendo los soldados de las tres naciones, las fatigas y peligros de la empresa. La rivalidad que habría podido establecerse entre nosotros y los franceses, sería sólo la que puede nacer entre tropas extrañas que combaten contra un enemigo común, y que solamente se disputan el alto honor de distinguirse en el peligro; pero esta no era una rivalidad peligrosa. Los lazos de fraternidad militar estréchanse entre dos ejércitos al frente de comunes peligros y de iguales glorias, y la historia nos ofrece más de un ejemplo en que la unión de los soldados ha cimentado la amistad de las naciones. La de nuestro país con la Francia, en aquellos momentos, era demasiado insegura para que las vidriosas relaciones diplomáticas y las dobleces políticas de que habían dado reciente muestra los plenipotenciarios reunidos en Gaeta, no ofreciera mayores peligros positivos que la unión militar, franca y decidida, de las dos banderas bajo los muros de Roma. De todo esto, y coincidiendo en iguales opiniones, dimos Martínez de la Rosa y yo minuciosa cuenta al Gobierno, después de terminada la conferencia con el Rey de Nápoles, sin ocultarle la conducta que, con respecto al infante D. Sebastián, había yo seguido, conducta que Pidal y Narváez aprobaron cumplidamente. Mi iniciativa además sirvió de base al Infante para emprender negociaciones con la Corte de Madrid y reconocer poco después á D.ª Isabel II.

El día siguiente, 28, fuí á tomar la orden de Su Santidad, que me recibió con más expansión todavía y más cariñosas demostraciones que el anterior, señalándome las cuatro y media de la tarde para venir al campamento y conocer las tropas. El desembarque de la división se verificó al despuntar el sol, sin contratiempo ni dificultades, y mucho antes de la hora señalada por el Papa, encontrábanse ya los cuerpos delante de sus tiendas, alineados en el gran glasis de las murallas, en masas de medios batallones y formando martillo. Apoyaban la izquierda la artillería y caballería, y los dos lados restantes del cuadrado dejáronse libres para que se situaran los coches y los que á pie quisieran presenciar el acto; el centro se mantuvo completamente despejado. A las tres de la tarde era ya inmenso el gentío; parecía que la ciudad había quedado despoblada.

Con exactitud militar hasta en los minutos, se presentó Su Santidad en el campo. Era una de esas tardes calurosas de primavera, refrescada por las brisas del mar; el cielo estaba purísimo, y las aguas del golfo tranquilas. El silencio era completo, y el espectáculo imponente. Las músicas, tambores y cornetas rompieron, al divisar al Santo Padre, la majestuosa Marcha Real española; y á la voz vibrante del general Lersundi, no exenta de emoción, las tropas presentaron las armas.

La revista comenzó, siguiendo la comitiva el orden siguiente: marchaba delante el Santo Padre; seguíale el Rey de las Dos Sicilias y S. A. I. el Gran Duque de Toscana, que estaba á la sazón en aquella corte; detrás iban los Condes de Áquila y de Trápani, hermanos del Rey; el infante de España D. Sebastián; toda la Corte pontificia, compuesta de los cardenales con sus vistosos ropajes, entre los que descollaba Antonelli y los obispos, prelados, camarlengos y ministros; venía después el Cuerpo diplomático extranjero acreditado en las dos cortes, y luego los generales y dignatarios que formaban el séquito del rey Fernando de Nápoles. Llevaba este Monarca el uniforme de coronel de uno de los regimientos de su ejército, y sin duda por deferencia á la división española, ostentaba la vistosa banda de Carlos III. Su Santidad vestía túnica blanca, sombrero carmesí y una pequeña esclavina del mismo color, sobre la que colgaba una cruz de riquísimos brillantes. Su actitud era conmovedora y su rostro dulcísimo. La serenidad de la tarde, el silencio que reinaba entre la multitud, la inmovilidad de las tropas y el blanco ropaje del Pontífice, destacándose en aquel cuadro, todo contribuía á prestar al Papa algo que parecía sobrenatural y divino.

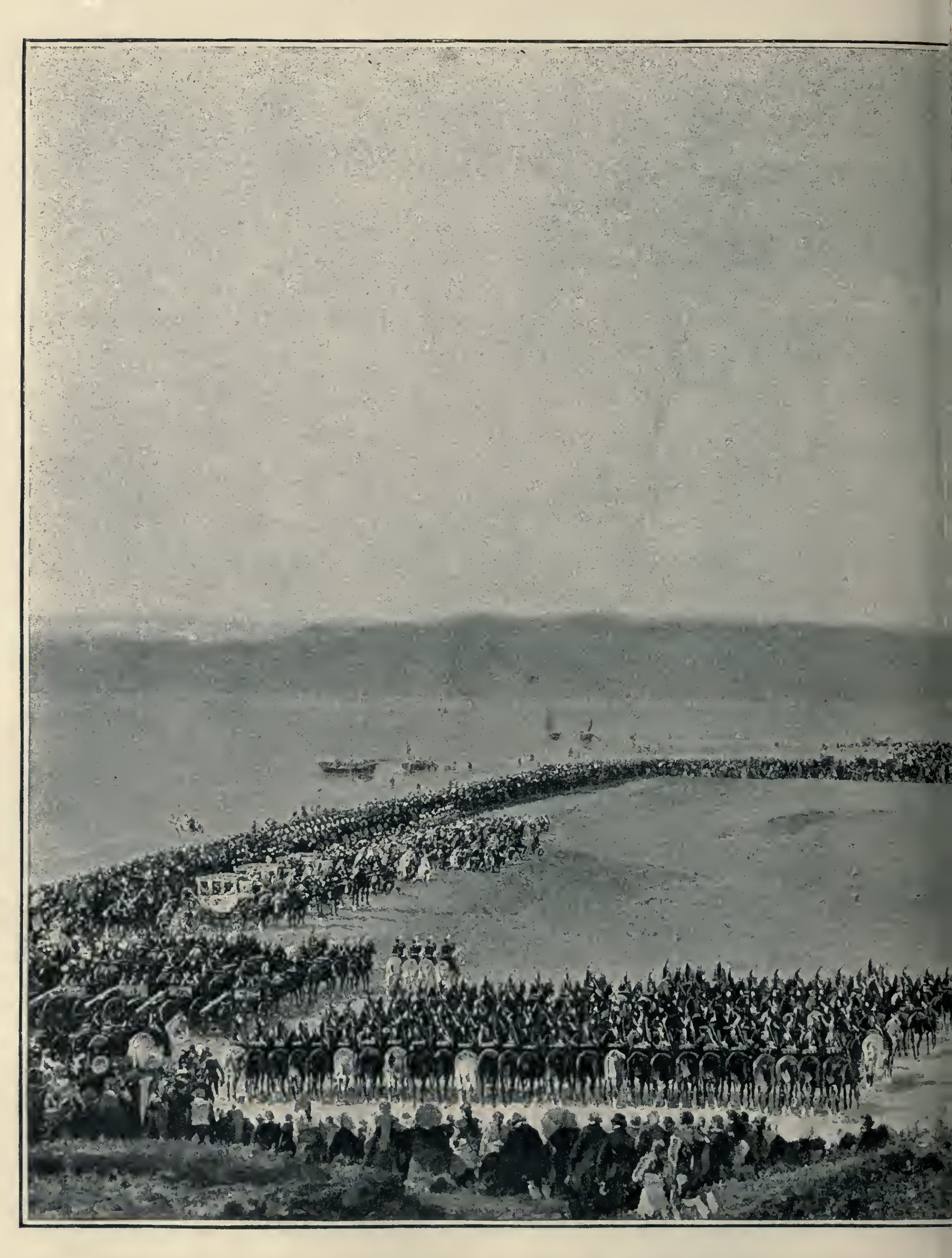
Cúpome la honra insigne de recorrer el frente de las tropas á su lado, contestando á las frecuentes preguntas que me hacía, y satisfaciendo sus benévolas curiosidades. Durante todo el trayecto llevé la espada desnuda en la mano, como general que mandaba aquellos soldados, pero con la punta dirigida al suelo, en señal de acatamiento. Cuando Su Santidad llegaba al frente de los oficiales, saludaban éstos abatiendo sus espadas, y las banderas de los regimientos se inclinaban á su paso hasta tocar la tierra. Al acercarnos al primer batallón del Rey, rogué á Su Santidad bendijera el *Pendón de Castilla*, que como insignia de honor llevaba el *Inmemorial del Rey*, en representación de la infantería española.

—Es el mismo—le dije—que llevaron los Reyes Católicos á la conquista de Granada, y que tremoló el cardenal Jiménez de Cisneros sobre las torres de Orán (1).

Adelantóse entonces Pío IX; el abanderado inclinó el morado estandarte hasta que sus bordados tocaron los pies del Pontífice, y después de una corta oración, bendíjolo solemnemente. En aquel momento la tropa, no pudiendo contener su emoción, prorrumpió en gritos muchas veces repetidos de *¡Viva Pío IX!*, que debieron conmover profundamente al Papa, porque se pintó en su rostro una marcadísima alteración, más justificada todavía cuando su séquito compues-

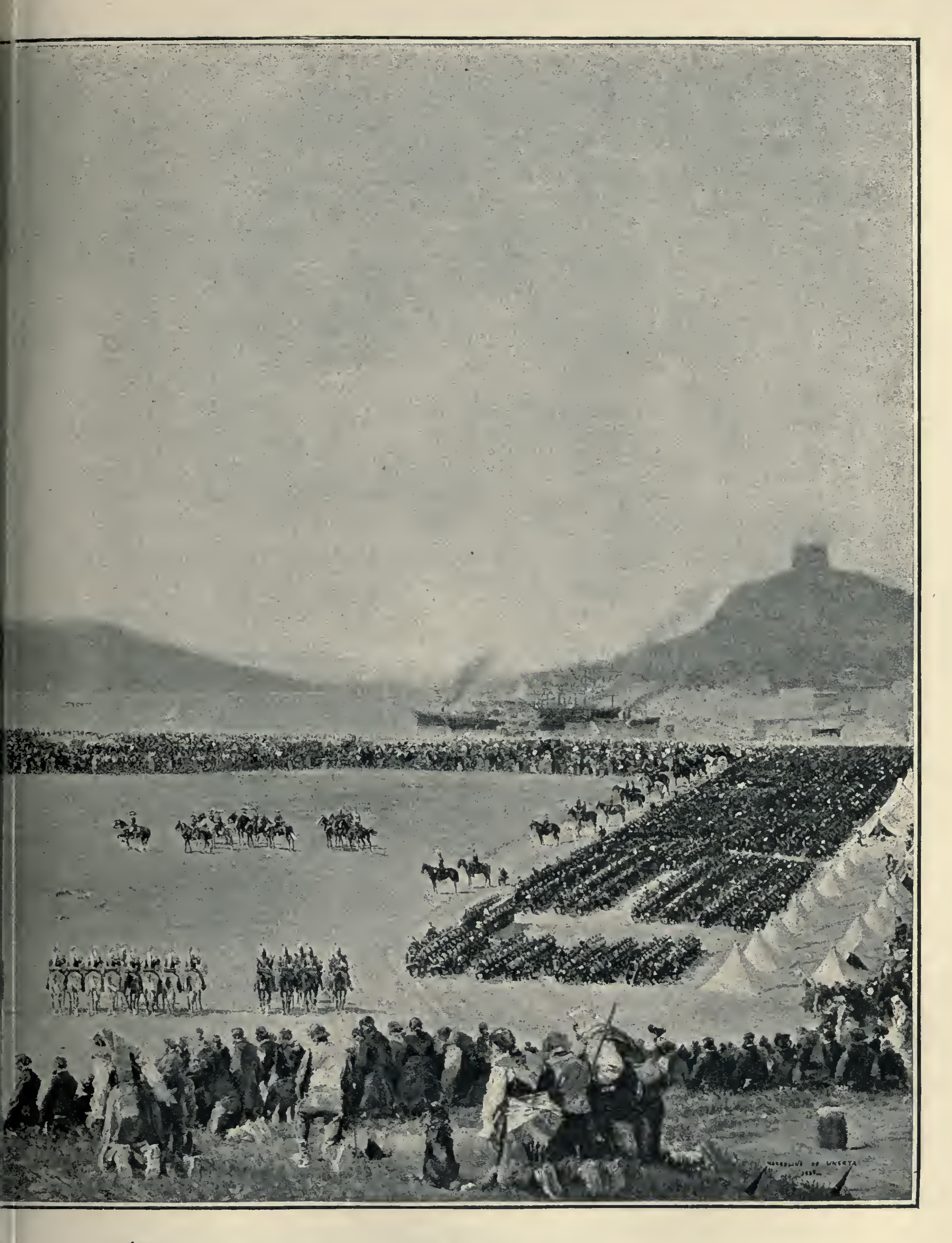
(1) Conservóse al menos esa tradición en la infantería de la Guardia Real, cuyo primer regimiento llevaba ese estandarte, pasando, cuando su disolución, al regimiento Inmemorial del Rey, primero de infantería.





LA DIVISIÓN EXPEDICIONARIA EN EL ACTO DE RECI

(CUADRO EXPRESAMENTE PINTADO PARA ESTA OBRA, POR DON M



LA BENDICIÓN DE SU SANTIDAD. 29 DE MAYO DE 1849

O DE UNCETA, Y REPRODUCIDO POR LA CASA GOUPIL DE PARÍS.)

to de reyes, príncipes, generales, cardenales y ministros, llevados por el impulso de nuestros soldados, le vitorearon con una efusión ardientísima. Terminado que hubo su paseo por el frente de las tropas, situóse sobre una pequeña eminencia del terreno, desde la cual podía ver y ser visto de toda la división y del pueblo; Lersundi mandó abrir las filas á los regimientos y rendir las armas, y Pío IX entonces elevó los brazos al cielo, y con voz sonora y clara dirigió sus preces á Dios, pidiéndole protegiera las armas españolas en aquella empresa y derramara sobre ellas los beneficios de su bendición apostólica. Renuncio á describir la solemnidad augusta de aquel momento y de aquel espectáculo, que seguramente no se habrá borrado de la memoria de ninguno de sus testigos.

Martínez de la Rosa, al dar cuenta al Gobierno del efecto producido en el ánimo del Papa y del Rey de Nápoles por nuestros soldados, decía con fecha 31 de Mayo: «El acto se celebró de un modo tal, que faltan palabras para expresarlo debidamente. No puedo encarecer bastante á V. E. el porte de nuestras tropas y el estado en que se presentaron. En la parada de ayer, celebrada en honor del Rey de Nápoles, el batallón de la Reina Gobernadora hizo toda suerte de ejercicios y evoluciones con una precisión admirable, no consintiendo la estrechez del terreno que maniobrase en línea toda la división, como deseaba el General en jefe. Las tropas desfilaron por delante de S. M., á quien vitorearon por tres veces, y S. M. repitió hasta el último instante los mayores elogios de dichas tropas y las justas esperanzas que infundía su presencia.» No era menos explícito el Duque de Rivas en la comunicación que en 30 de aquel mes dirigía al Marqués de Pidal, desde Gaeta: «En cuanto desembarcaron anteayer—decía—las tropas españolas en esta playa, me lo avisó por telégrafo el Embajador de Su Majestad cerca de la Santa Sede, pero la cerrazón no dejó llegar el aviso á Nápoles hasta la una del día de anteayer. Inmediatamente me puse en camino y llegué ayer á las diez de la noche, con gran sentimiento de no haber presenciado el magnífico y sublime espectáculo de la bendición dada por Su Santidad á la división, cuyo porte, disciplina é instrucción han admirado á todos. Ayer mañana conferencié largo tiempo con el general en jefe y con el Sr. Martínez de la Rosa, y luego tuve la honra de una larga audiencia de S. M. En ella me manifestó este Soberano la admiración en que le tenían nuestras tropas, y su deseo de que en unión de las de Nápoles acudieran al objeto de su venida, habiendo ya puesto S. M. á las órdenes del General español varios oficiales de su Estado Mayor.»

Se ve, pues, que las tropas españolas fueron recibidas en Italia con verdadero entusiasmo, produciendo el efecto que era de esperar, dada

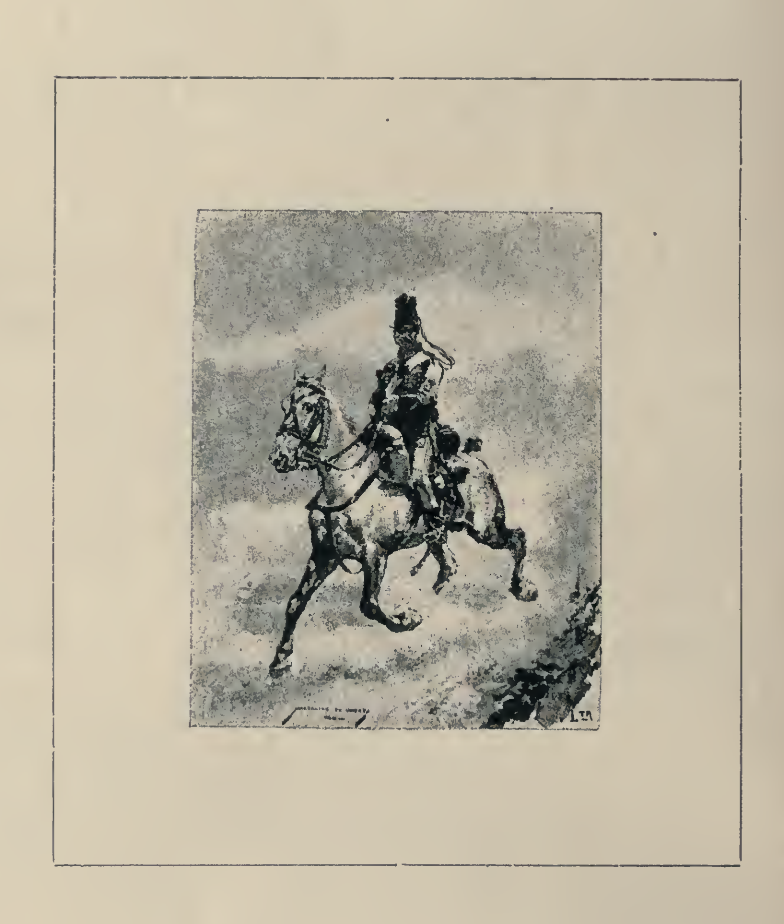
la brillantez de aquellos cuerpos y lo perfecto de su instrucción y organización. Fueron muy gratos aquellos días para mí, y de recuerdo imperecedero, aunque bien pronto llegaron hondas preocupaciones á embargar mi ánimo. Desde luego diré que todos los planes del Rey de Nápoles variaron inopinada y repentinamente. Instigado, sin duda, por sus consejeros, que le inclinaban á una política de grandes miramientos y de excesiva prudencia, ó preocupado más de lo que debiera por noticias y confidencias que recibió en aquellos días, acerca de los intentos y del poder militar de Garibaldi, comenzó por alegar que las alarmantes nuevas del estado en que se encontraba la Sicilia le obligaban á distraer fuerzas considerables hacia aquella parte del reino, añadiendo que la agitación revolucionaria que se advertía en la provincia de los Abruzos impedíale por el momento llevar á efecto el plan militar que él mismo concibiera días antes. Desconfiando siempre de la conducta de sus propias tropas, creyó sin duda que debía reconcentrarlas para defender su frontera á su mismo amparo, mejor que ocupando, como era mi pensamiento y había sido el suyo, una posición más avanzada, á diez ó doce leguas en el territorio pontificio. Habíale, por otra parte, impresionado mucho el peligro en que se vió en Velletri, su retirada á Gaeta, y el armisticio celebrado entre franceses y romanos; desconfiaba profundamente de la conducta de Bonaparte, y por todas estas razones y algunas otras políticas, se creyó en la necesidad de retirarse poco á poco de toda intervención en los asuntos generales de Italia, limitándose á dar á Pío IX la generosa protección y amparo con que le recibió fugitivo, desde el primer día de su llegada á Gaeta.

En cumplimiento, pues, de aquella resolución inesperada, mandó Su Majestad que parte de su fuerza se retirara hacia Nápoles á pequeñas jornadas, debiendo quedar tan sólo la división Nunciante en territorio napolitano, cerca de la frontera ocupando los fuertes; y en una conferencia que celebré con S. M., indicóme su deseo de que tomase el mando de sus tropas, á condición de que mi conducta se limitara por el momento á ocupar la frontera de aquel reino, pero en su propio territorio, señalándome la posición de San Germano como la mejor, desde la cual el Gran Capitán se había defendido sobre el Garegliano de un ejército superior en número, venciéndolo al fin. Yo hube entonces de representarle la imposibilidad en que estaba de acceder á sus deseos, porque ocupando posición dentro del territorio napolitano y unidas nuestras tropas al ejército de esta nación, desnaturalizábase el principal objeto del Gobierno español, que no era sino la defensa de Su Santidad y de los intereses de la Iglesia. El deseo del Rey implicaría desde luego una ingerencia de España en las cuestiones políticas interiores de Italia, provo-

cando complicaciones diplomáticas de que yo debía apartarme con exquisito tacto y prudencia, pues tales eran las terminantes disposiciones de mi Gobierno y lo que la misma razón natural dictaba. Advertí respetuosamente á Su Majestad que las circunstancias en que nos encontrábamos, y las que habían presidido á la célebre campaña del gran Gonzalo de Córdova, no eran siquisiera comparables, aun consideradas bajo un punto de vista estrictamente militar, pues aquél defendió á Nápoles contra un enemigo dueño de Gaeta, mientras que nosotros poseíamos esta plaza como base de operaciones y residencia y refugio del Santo Padre. Terminé manifestando al Rey que mi resolución estaba irrevocablemente formada; que sin esperar de España la incorporación de los refuerzos prometidos, penetraría en territorio pontificio para ocupar el país dominado por la insurrección de los pueblos y las milicias garibaldinas, y que, por grandes que fuesen las dificultades y por aislada que quedara la división de mi mando, procuraría dar cumplimiento á la misión que me había sido confiada y á las órdenes de mi Gobierno, pues era tradicional costumbre entre españoles, en semejantes casos, no contar la posibilidad de los peligros, la escasez de medios, ni el número de soldados. No me despidió S. M. sin darme una nueva prueba de su benevolencia, regalándome un magnífico plano de su reino de Nápoles y del antiguo territorio perteneciente al Jefe supremo de la cristiandad. Puso bajo mis órdenes al coronel Nunciante, hermano del general del mismo nombre, y ordenó que un escuadrón de cazadores napolitanos, fuerte de ciento cincuenta caballos, al mando del Mayor Colonna, se incorporara á nuestra división.

Aquella conferencia, á la que asistieron los embajadores Duque de Rivas y Martínez de la Rosa, tuvo lugar en la noche del 31 de Mayo. El 1.º de Junio se despedía el rey Fernando de Pío IX, embarcándose para Nápoles, y al siguiente, día 2, la división española compuesta sólo de 4.500 hombres, y entregada á sus propios recursos, salía de Gaeta para penetrar en el territorio pontificio, abandonado días antes por los 15.000 soldados de Fernando de Nápoles.







LA VÍA APIA.

CAPITULO X.

En territorio pontificio.—Lo que ocurrió en Terracina.—Rápidos ejemplares.—Examen descriptivo del país.—La política de nuestro Gobierno.—Comienzan los franceses el fuego contra Roma.—Nuestro deber de entonces.—Escribo á Oudinot.—Un parte de D. José G. de Arteche.—Nuevos movimientos de las tropas napolitanas.—Asisto á un consejo de generales presidido por el Rey de Nápoles.—De Terracina á Piperno.—Visita del general prusiano Barón de Willisen.—Organización interior, costumbres y servicio de nuestras tropas.—En los cantones.—D. José Gutiérrez de la Vega.—Nuestra situación y nuestro disgusto.

Martínez de la Rosa, un tanto alarmado con aquella resolución, y considerando, no sin fundamento, que el número de nuestros soldados no estaba en proporción con la magnitud de la empresa, y principalmente con las contingencias posibles, dado el estado incierto de los negocios militares y políticos que se debatían en Italia, creyó de su deber entregarme á mi salida de Gaeta unas instrucciones escritas, que claramente revelaban sus temores y desconfianzas. Su previsión, aunque plausible, no era necesaria. Conocía yo mejor que otro alguno, en aquellos momentos, lo exiguo de nuestros recursos militares y lo difícil y comprometido de la situación, en el caso de que tuviéramos que emprender serias operaciones de guerra; y aunque tenía en poco las

fuerzas insurrectas de Garibaldi, dada su composición y naturaleza, y aunque me prometiese vencerlas en número cuatro veces superior, no por eso era menos necesario que me aconsejara de la prudencia, no arriesgando sin motivo el crédito de nuestras armas. Conocía yo también el justificado deseo en que estaba nuestro Gobierno de permanecer en la mejor armonía con las potencias que intervenían en Italia, y era evidente que por conveniencia, por interés particular y político y por muchas otras razones trascendentales, me encontraba en el ineludible deber de mantener con todas las más estrechas y cordiales relaciones.

Aceptando, no obstante, las indicaciones de nuestro ilustre Embajador, bien organizados los regimientos, con regular número de bagajes y no mal pertrechados, salimos de Gaeta el 2 de Junio, pasado el mediodía, despidiéndonos las autoridades y la población de aquella plaza con marcadísimas demostraciones de simpatía y confianza. Dispuse que el brigadier Bustillos, con algunos buques de la armada y el batallón de Chiclana, cooperara por mar al movimiento que iba yo á emprender por tierra, calculando el tiempo de manera que mi llegada á Terracina coincidiese con el arribo de Bustillos. La marcha de Gaeta á Fondi, donde pernoctó la división la noche del 3, verificóse sin contratiempo ni circunstancia alguna que merezca relatarse, y el 4, muy de madrugada, abandonamos este punto para atravesar la frontera y caer sobre Terracina poco despues del amanecer.

El camino de Fondi á Terracina se extiende en una distancia de doce á catorce millas, dejando á su izquierda el llamado *Lago di Fondi*, considerable laguna sobre la que descienden algunos cursos de agua de escasa importancia, y está flanqueado á su derecha por altas y agrestes colinas, en cuyas faldas abundan los viñedos y olivares, muy florecientes en aquella estación del año. Recorrió la división este trayecto en escaso tiempo, no sin que se tomaran para la marcha algunas precauciones, ocupando el primer batallón del Rey, sostenido por el de Granaderos, las alturas de Pesce y algunas otras que dominan á Terracina. Presentóse en aquellas aguas Bustillos, antes de que mi vanguardia entrara en la ciudad. La pequeña fuerza insurrecta que la ocupaba, después de la salida de los napolitanos, se había retirado desde el día anterior, y así fué que no hubo necesidad de emplear medio alguno de fuerza para guarnecer sus fuertes, ya en poder de Bustillos á mi llegada.

Aquel día, primero en que pisaba los Estados Pontificios, publiqué dos proclamas anunciando á los soldados y á los pueblos el objeto de nuestra entrada en el territorio del Papa. Disponiendo estaba en mi alojamiento que estos documentos fuesen impresos y distribuídos rápi-

damente, cuando supe que algunos soldados, al entrar en Terracina, instigados por los malos consejos y peores ejemplos de los cazadores napolitanos de Colonna, habían penetrado en varias casas, saqueándolas y cometiendo algunos robos de ropas, víveres y aun de dinero, entendiendo, según la afirmación de aquellos italianos, que tal era la costumbre del país, en tiempo de guerra, siempre que las tropas entraban ó salían de los pueblos. Los jefes y oficiales, que inmediatamente acudieron á reprimir el desorden, prendieron á cierto número de individuos que aún llevaban en la mano los objetos robados. Era preciso cortar aquel acto de indisciplina desde el primer instante, imponiendo á los culpables severo é inmediato castigo. Salí, pues, de mi alojamiento con el general Lersundi y todo mi estado mayor, hice tocar generala, reuniéronse los cuerpos, y formados en cuadro en la gran plaza de la población, dispuse que en el centro y á presencia de todos, con las banderas desplegadas y al redoble de los tambores, recibieran cincuenta palos los autores de aquellos desmanes. Mandé, sin embargo, que la ejecución se suspendiera á los pocos instantes, pero destiné á Ceuta á los soldados reos, para cuyo punto híceles embarcar en el acto. Inmediatamente publiqué el siguiente bando que redactó, por cierto, á presencia mía y en aquellos mismos momentos, D. Serafín Estévanez Calderón. Decía así: «Al entrar en el territorio de los Estados de la Iglesia, debo de nuevo dirigirme á las tropas de mi mando, recordando la disciplina y buen orden que deben guardar en un país unido á la madre patria por tantos vínculos, y cuyos habitantes son acreedores á todo nuestro respeto. Cualquiera falta ó exceso que pueda manchar el buen nombre de las tropas españolas será irremisiblemente castigado, según lo prevenido en las Reales Ordenanzas. Y en uso de las faculta-



TERRACINA

des que me están conferidas como General en jefe, el individuo ó individuos que los cometieran, sufrirán las siguientes penas:

»Artículo 1.º El que robare dinero, cualquier objeto de valor ó artículo de subsistencia, será pasado por las armas.

»Art. 2.º El que atropellase por vía de hecho, ó maltratase á cualquier habitante, será pasado por las armas.

»Art. 3.º Para la ejecución de estas penas se celebrarán consejos de guerra verbales, sustanciándose el proceso en el preciso término de veinticuatro horas.

»Terracina, 4 de Junio de 1849.—*Fernando Fernández de Córdova.*»

Sólo dos veces, en mi larga carrera militar, me he visto en la imprescindible necesidad de imponer semejante castigo, que repugna á mis sentimientos de humanidad y al cariño entrañable que profeso á los soldados. En todos mis mandos cuidé siempre, con diferentes, repetidas y enérgicas disposiciones, de hacer desaparecer de nuestras costumbres militares las antiguas y crueles prácticas de los castigos corporales, que, al no estar impuestos por necesidades imperiosas, y siempre excepcionales, obtienen como único resultado hacer odioso el servicio y relajar la disciplina. En aquella ocasión tuve, no obstante, que faltar á mis propósitos de siempre, haciendo violencia á mis sentimientos. Los soldados penados cometieron desórdenes que, afectando al crédito de las armas españolas en una nación extranjera, producirían, caso de repetirse ó de quedar impunes, efectos deplorables en el ánimo de un país que esperaba de nosotros todo el amparo que no habían sabido prestarle los soldados napolitanos. Tropas de otras naciones europeas ocupaban además el territorio, y era preciso que los españoles dejaran bien asentada en Italia su antigua y tradicional fama de caballerosidad y de nobleza.

Los primeros días de nuestra estancia en aquella ciudad pudieron aprovecharse para aumentar sus defensas naturales y artificiales, haciendo de Terracina un punto extremadamente fuerte, que debía adquirir la mayor importancia caso de que la guerra tomase nuevo incremento y se generalizase hasta las fronteras de Nápoles.

Desciende hasta Terracina una ramificación importante del Apenino, cortada en escarpadas rocas y abruptas alturas, cuyos últimos declives mueren á orillas del mar. Hacia el Norte, y en dirección de Frosinone, hácese más ruda la montaña, ganando en elevación las cumbres, sobre las que aún existían en 1849, y de trecho en trecho, antiguos y en otro tiempo fortísimos castillos, en cuya conquista ó defensa se emplearon los ejércitos de la Edad Media y aun los tercios españoles durante nuestras guerras y dominación de Italia en los siglos XVI

y XVII. Más hacia el Oeste hállanse situados Piperno y Sezze (1), sobre la derecha y á corta distancia de la antigua *Vía Apia*, que se extiende, siguiendo una línea recta hasta Cisterna, á 30 millas de Terracina, y de allí, por Genzzano y Albano, hasta Roma. La Vía Apia recorre una extensa llanura en dirección casi paralela á la costa, atravesando las llamadas *Lagunas Pontinas*, que en la estación calurosa infestan el país de perniciosas y mortales calenturas, conocidas entre los naturales con la pintoresca denominación de *aria cativa*. Nada, sin embargo, tan bello como aquel país, cubierto de viñedos, ni tan hermoso como aquel camino, comenzado trescientos años antes de Jesucristo por Apio Claudio, continuado por César y terminado por Augusto. Afiánzanlo sus cimientos y costados de piedra granítica, y préstanle sombra, amenidad y frescura los árboles tres veces seculares que bordan sus orillas. Pasado Cisterna, y siempre sobre la derecha de la Vía Apia, hállase situado Velletri, y más al Norte, en el límite de las montañas, Valmontone, Palestrina, Genzzano, San Vito, Tívoli y otros puntos, que, á manera de una cintura exterior, rodean á Roma á una distancia que no pasará de 25 millas. El frente de nuestra posición en Terracina que podía ser más fácilmente atacado, era el que miraba á Roma, por ser más abierto el terreno y tener por la Vía Apia un importante medio de comunicación cualquier ejército que partiera de Velletri con dirección á Gaeta; pero hubiéranme defendido por aquella parte las mismas Lagunas Pontinas, en cuyo malsano territorio, y en aquella estación del año, ninguna aglomeración de hombres podía detenerse sin que las fiebres los diezmaran. Por el lado y dirección de Frosinone tampoco Terracina era atacable, siempre que sus montañas las defendiera una infantería como la española, y en cuanto á los peligros que pudieran venir por la parte del reino de Nápoles siguiendo sus fronteras, estábamos también perfectamente á cubierto por las fortificaciones de Itri (2), guarnecidas con fuerzas napolitanas en número suficiente, y por el largo desfiladero del mismo nombre, al alcance y bajo el fuego de cañón de nuestra marina de guerra. Repito, pues, que en aquellos momentos era Terracina una posición conveniente para la división española por todo género de razones políticas y militares.

En aquellos días comencé á recibir muchas cartas de España. Narváez, acusándome el recibo de todas las mías, me decía: «He visto la

(1) Lugar célebre en nuestros anales militares del siglo XVI. En él derrotó á los franceses Gonzalo de Córdova el año de 1503.

(2) No debe confundirse *Sezze* con *Sessa*, pequeño pueblo del reino de Nápoles, situado en Tierra de Labor, que fué erigido en Ducado por Fernando el Católico para otorgarlo como merced al Gran Capitán, después de conquistado aquel reino.



TEATRO DE LAS OPERACIONES REALIZADAS EN ITALIA POR LA DIVISIÓN ESPAÑOLA EN 1849.

(Croquis dibujado en el Depósito de la Guerra).

llegada de V. á la costa de Gaeta, su desembarco, bendición del Santo Padre, revista del Rey de Nápoles, estado brillante de las tropas y efecto que han producido. Todo lo que V. ha referido es en extremo lisonjero, y V. debe aprovecharse para tomar ascendiente en el ánimo de Su Santidad y en el del Rey de Nápoles, pero particularmente en el ánimo del primero. Se han dado las órdenes para enviar á V. hasta 10.000 hombres y otras baterías de artillería. El magnífico batallón de Baza ha salido ayer para Valencia, de modo que dentro de ocho ó diez días lo tendrá V. á sus órdenes; los demás serán de los mejores batallones que hay. No emprenda V. operaciones contra Roma, como no sea en unión con tropas de las naciones que forman la conferencia de Gaeta. Acabo de recibir su carta de V. del 5, y continúo. Á pesar de lo que V. decía, no es el ánimo del Gobierno que V. comprometa lance ninguno sin aumentar las fuerzas de V. hasta los 10.000 hombres, ya para que si las enfermedades del clima le obligan á usted á separarse de Terracina pueda V. verificarlo con toda seguridad con sus propios recursos, ya porque si las cuestiones se resuelven, pueda V. guarnecer á Roma, si así se acordase por las cuatro potencias, que es á lo que debe V. aspirar, y ocupar, en ese caso, á Civita Vecchia cuando la evacuen los franceses. Á Martínez de la Rosa se le dan instrucciones para que lleve la cuestión, para que de ella salga todo, y para que haya acuerdo y buena armonía; procure V. guardarla á toda costa con austriacos y franceses, y si Garibaldi ú otros partidarios se descuidan y puede V. darles un buen porrazo, hágalo V., que eso sería de excelente efecto.»

Ya, en estos primeros días de Junio, habían roto los romanos las negociaciones seguidas durante todo el mes de Mayo con Mr. de Lesseps y Oudinot, y había recibido órdenes este General, de su Gobierno, para atacar á Roma tan pronto como las operaciones del sitio ofrecieran algunas seguridades de éxito. Por una correspondencia interceptada de la autoridad revolucionaria de Velletri, supe el mismo día de mi llegada á Terracina, que los franceses, el anterior, habían comenzado el ataque, no tardando luego en multiplicarse las noticias que de la Ciudad Eterna llegaron á mi cuartel general. Oudinot había roto contra la plaza un fuego sostenido; los romanos se disponían á extremar la resistencia, y Garibaldi estaba de regreso en Roma con todas sus fuerzas y con las que pudo recoger en el país que dominaba, para contribuir á la defensa, renunciando á toda invasión en el reino de Nápoles y á toda operación de guerra en el terreno pontificio. Los austriacos, mientras tanto, ocupados en los sitios de Venecia y de Ancona, sabedores de los acontecimientos que se desarrollaban en Roma, no dejaron de enviar algunas fuerzas en dirección de esta ciudad, llegando sus vanguardias hasta Pe-

rugía. Tales hechos cambiaban en mucho las circunstancias y modificaban nuestra situación. La retirada de los generales revolucionarios y la necesidad de atender preferentemente á la defensa de Roma, dejábanos sin enemigos contra quienes combatir y dueños consiguientemente del territorio hasta Roma. ¿Debíamos, en su vista, permanecer en aquella inacción, sin intentar siquiera ocupar un puesto en la lucha que comenzaba? ¿Podían ser estos los deseos del Gabinete de Madrid, ni los fines de nuestra diplomacia iniciadora de aquella lucha, irreconciliable enemiga de los rebeldes guarecidos en la ciudad papal, y la primera en proponer la ingerencia de las armas en los asuntos romanos?

Difíciles por demás eran las circunstancias aquellas, relacionadas con la política seguida por nuestro Embajador en Gaeta y apoyada sólo con un escasísimo número de soldados, allí donde otras naciones intervenían con ejercitos considerables. Pidal, como hemos visto, había iniciado la defensa del Pontífice y provocado la reunión en Gaeta de unas conferencias diplomáticas, especie de Congreso europeo en que tomaban parte activa los representantes de los pueblos católicos del continente. Á España, pues, se debían, como ya he tenido ocasión de explicar, todos los esfuerzos que estaban realizándose para la restauración del Papado y de sus poderes temporales. Que la Francia y el Austria eligieran aquel terreno para disputarse la dominación política de la península italiana; que sirvieran aquellas circunstancias de pretexto para que entonces se hicieran más patentes las rivalidades de dos pueblos enemigos que más tarde dirimieron sus querellas sobre el campo de batalla; que Francia con su doble política procurase establecer sólidamente su influencia en Italia, bien haciendo causa común con los partidos revolucionarios, bien declarándose protectora y restauradora de la Santa Sede; que el Austria, por su parte, pretendiera conservar bajo su dominación los territorios conquistados, afianzando la obra de Radezky y refrescando los laureles de Novara; que á tales complicaciones, en fin, se sumaran las grandes y legitimas aspiraciones del pueblo italiano, que no podían confundirse con las tradiciones del Papado, con las idealidades anárquicas de Mazzini, ni con las ingratas ambiciones extranjeras que pretendían avasallarlo, razones eran todas que prestaban á las circunstancias aquellas una gravedad inminente y una importancia suprema, pero que no podían obligarnos á los españoles armados que allí estábamos á desempeñar un papel pasivo y desairado. El estampido del cañón resonaba ya bajo los muros de Roma; en aquella contienda iba á dirimirse la futura suerte del Pontificado, y á nosotros, que sólo para defenderlo nos encontrábamos en Italia y que nos hallábamos identificados con sus intereses, ofrecíase-

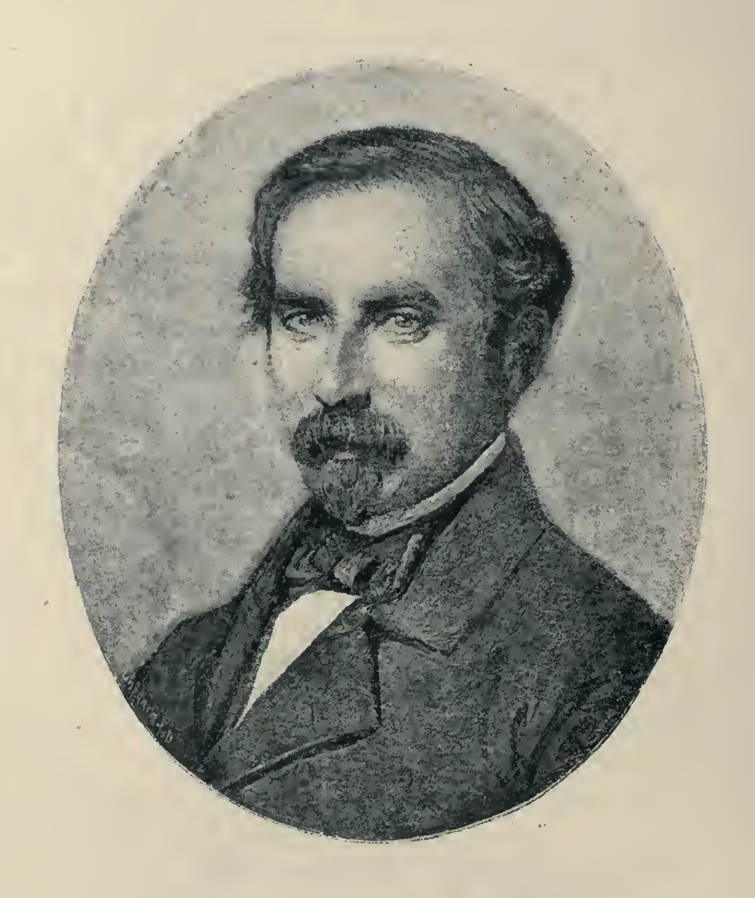
nos entonces propicia y quizá única ocasión de ocupar un puesto de honor en el peligro, dejando justificada nuestra política, y á la altura debida la representación de nuestro país. Las noticias que llegaban de Roma habían exaltado los espíritus de cuantos componían la división; cada día llegaban hasta mí las manifestaciones del deseo que á todos animaba de tomar parte en el combate; habíalo iniciado el ejército de una nación que en definitiva era aliada y amiga de España, y á nosotros correspondía ofrecerle nuestro desinteresado apoyo. Si era por los franceses aceptado, compartiríamos sus trabajos y sus glorias; si lo contrario, habríamos cumplido, por lo menos, nuestra obligación de soldados. Se recordará además que yo estaba implícitamente autorizado por Narváez, según la última carta suya que he transcrito, para emprender operaciones contra Roma, «en unión de las tropas de las naciones que concurrían á las conferencias de Gaeta», y que lo que más deseaba el Gobierno era el mantenimiento de nuestra buena amistad con todas ellas.

No vacilé, pues, y aprovechando la ocasión que se nos presentaba, escribí á Oudinot una carta, de que fué portador el coronel D. Senén de Buenaga, anunciándole nuestra entrada en territorio de la Iglesia y nuestro deseo de tomar una participación directa y eficaz en las operaciones del sitio, en unión de las tropas francesas. El General me contestó oponiendo una cortés evasiva á mi cortés ofrecimiento, y fundándose para ello en la cuestión de honor planteada para sus armas y bandera desde la famosa jornada del 30 de Abril, en que fué rechazado á viva fuerza de los muros de la plaza; tenía la Francia un agravio que vengar, y quería vengarlo sola. Los documentos que mediaron con tal motivo—demasiado extensos para que puedan tener cabida en estas páginas—aparecen en mi libro *La Revolución de Roma y la expedición española á Italia en* 1849, y á él remito al lector que desee conocer en todos sus detalles las circunstancias que nos impidieron recoger brillantes frutos militares desde los primeros momentos de nuestro arribo á Italia.

En aquellos días envié á Civita Vecchia una comisión, compuesta del coronel de infantería D. José Galisteo y del Teniente Coronel graduado de Estado Mayor D. José Gómez de Arteche, con objeto de que tomara informes acerca del estado en que se encontraba el sitio de Roma, y de cuanto ocurría en el campo francés (1), y sabedor en este tiempo

(1) Espero que no se leerá sin interés el siguiente parte que redactó el Sr. Arteche sobre aquel sitio, tanto por los exactos pormenores que contiene, como por ser debido á la pluma del benemérito soldado que con el tiempo ha visto remunerados sus servicios militares con el entorchado de general, y recompensadas sus grandes pesquisas en nuestros anales militares con un merecido puesto en la Academia de la Historia. Este parte decía así:

que los defensores de Roma habían expedido órdenes rigurosas para reconcentrar en ella toda la pólvora y municiones de guerra, existentes en las torres de la costa situadas entre Terracina y la desembocadura



DON JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE.

del Tíber, resolví impedirlo, y Lersundi las desarmó todas en pocos días, recogiendo algunos morteros, cañones, municiones, fusiles y per-

«Excmo. Señor: En cumplimiento de la orden de V. E. en que me ordenaba partiera de Civita Vecchia en busca de noticias sobre los sucesos que tienen lugar en la parte de los Estados Pontificios ocupada por las tropas francesas, y en la ciudad en cuyo sitio se hallan la mayor parte de ellas, salí de este puerto la noche del 5 del presente mes, en el vapor de guerra *Lepanto*, con el coronel graduado de infantería D. José Galisteo. Vuecencia conocerá que las noticias que yo he podido recoger en aquel punto, como dadas por personas que se hallan animadas del espíritu del partido á que pertenecen, no deben merecer una fe ciega, abultando los franceses la pérdida de los romanos y sus esperanzas de entrar en Roma, y por el contrario, los que se hallan ligados con éstos con vínculos de patriotismo y de simpatías políticas. Á pesar de todo, valiéndome de algunos españoles que, aunque legos en la milicia, se hallaban en aquel punto, he po-

trechos. Ya á la sazón había regresado el rey Fernando á Gaeta de su corto viaje á Nápoles, donde sin duda pudo convencerse de que no había temores por entonces de que se alterara la tranquilidad en Sici-

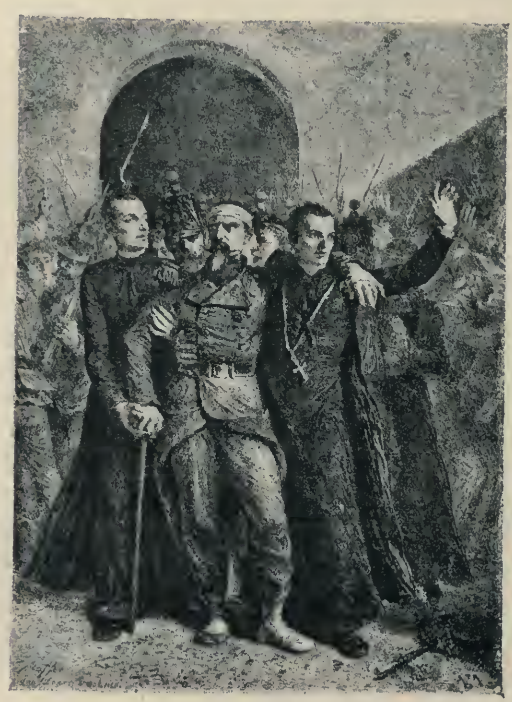
dido adquirir algunas que, aunque en bosquejo, pueden representar el estado en que se hallan la Ciudad Eterna y el campo de sus sitiadores.

»El cumplimiento de cuanto ofreció el general Oudinot al desembarcar en Civita Vecchia sobre la libertad en que se hallarían los romanos de elegirse la clase de gobierno que más partidarios tuviera, se ve patente en aquella ciudad, donde las autoridades del país gobiernan en nombre de la República, y donde se ve una Guardia nacional armada, que lleva por enseña la escarapela y el pendón republicano que ondea en las torres del castillo en el mismo mástil que el francés. El ejército sitiador ha aumentado sus fuerzas, desde la derrota que sufrió en las puertas de Roma el día 30 de Abril de este año, hasta el número de 22.000 hombres, de los que 1.500 pertenecen al arma de caballería, constando el material de seis piezas de bronce de á 24 y de cañones de marina de á 32, hasta el número de 20 piezas, más algunas baterías de campaña. Pero la imposibilidad en que se halla por ahora de entrar en Roma, motiva la continua llegada de buques que transportan fuerzas que en Francia componían parte del ejército de los Alpes, del que, según lo que nos dijo el Comandante militar de Civita Vecchia, teniente coronel de Estado Mayor francés, está llamada á Tolón la 4.ª división, que debe embarcarse allí para Italia. Mas, según todas las noticias, todas estas fuerzas no son suficientes para apoderarse de Roma á viva fuerza, si continúan en la obstinada oposición que hasta ahora están presentando sus defensores. Los ataques de los franceses son dirigidos en general sobre un punto, donde se reunen de consiguiente las fuerzas enemigas, que, apoyadas en los edificios, y sobre todo en los muros, pueden rechazar fácilmente, como lo hacen, á sus contrarios, permitiéndoles esta reunión el pequeño círculo de operaciones á que se han dedicado éstos. Y tal ha sido la oposición romana, que se ha visto obligado el general Oudinot á mandar la apertura de las paralelas que le han de conducir al pie de los muros, tras de los que se han construído altísimos y espesos parapetos, cortadas las avenidas que conducen á estos puntos por fuertes barricadas; de manera que, supuesta la apertura de la brecha y su posesión, necesitará el ejército francés vencer estos obstáculos, más difíciles, si cabe, de superar que los mismos muros. Estos obstáculos, unidos á la fiebre que va ya haciendo estragos en el ejército, es causa del continuo transporte de enfermos y heridos, que hasta el día 9 se suponía llegarían al número de 1.500, los que, unos desde Fiumigino y Palo, y otros desde Civita Vecchia, donde hay preparado un hospital con 500 camas, son transportados á Córcega para su curación.

»Y todo esto sin contar con el desesperado valor que están mostrando los romanos, que, ciertamente, no se esperaba, y que ha llegado al extremo de atacar á la bayoneta á tropas regladas y que tanto tiempo han combatido en África, acostumbradas, de consiguiente, á pelear contra gente valerosa y contra el clima abrasador de aquella región. La fuerza que defiende á Roma, que constará de 30 000 hombres, poco más ó menos, se halla dividida en fracciones, y de éstas las que muestran más valor son las compuestas de extranjeros, que de Lombardía, Génova, Nápoles y Francia han acudido á defender en este último baluarte de sus exageradas pretensiones los principios que han motivado la expulsión de su patria, hallándose también algunos polacos que habían combatido en Lombardía contra el Austria. La organización que han recibido todas estas tropas está estampada en su mayor parte en una Memoria que tuve el honor de presentar al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra sobre las fuerzas de que podía disponer en 4 de Abril del presente año la República romana, con la diferencia de haberse aumentado el número de voluntarios en algunas fracciones de las del país, y especialmente las bandas de los extranjeros, entre las que la más notable es la de Garibaldi, y habiéndose formado nuevamente una, exclusivamente polaca, cuyos jefes y oficiales han sido elegidos por los mismos legionarios. El número de estas fracciones y de los individuos que las componen no puede fijarse, como V. E. conocerá, de un punto lejano de Roma, del que apenas se tienen más noticias que las favorables á sus defensores, por el miedo de que se hallan poseídos cuantos habitantes pacíficos y honrados encierra, y que les priva escribir las particularidades de que es teatro aquella población, contándose entre ellas algunas tan falsas como la de la salida de Roma de un cuerpo de 10.000 hombres, que á las órdenes de un ayudante de Garibaldi debía acometer la división es-

lia, y de que su presencia era más necesaria cerca de las fronteras pontificias que en el extremo meridional del reino. Con su llegada renováronse las cuestiones y cabildeos diplomáticos, hasta el punto de creerse

pañola en Terracina, la derrota del ejército austriaco y mil otras de esta especie. La Guardia cívica es la fracción armada que menos parte toma en la contienda, y la que más recelos infunde á los extranjeros, que temen verse acometidos por la espalda la mayor parte de las veces que corren á defenderse de los franceses. Compuesta en general de la gente que más interés tiene en que vuelva el Pontífice á ocupar la Silla Apostólica de que ha sido despojado, y que Roma adquiera el grado de esplendor y de atractivo que tanto les producía, se arrojaría contra sus dominadores si no temiera tanto el verse vencida y dar lugar á un saqueo, de que no deja de ir siendo presa á pesar de su apatía. Sus caudales en metálico son recogidos, sus vajillas y todo cuanto puede servir para la elaboración de dinero, les es secuestrado, así como lo perteneciente á las iglesias y conventos, que se dedica al mismo objeto.



Escenas de la revolución de Roma.

»Estos vejámenes, así como el de la instalación de la clase más desenfrenada y miserable en los palacios y mejores edificios de la población, y la muerte de muchos sacerdotes y personas adictas al antiguo Gobierno, no han sido hasta ahora suficientes á producir un movimiento reaccionario que arrojara fuera la canalla que tanto terror les infunde. La Guardia movilizada, en la que se ha alistado la juventud más exaltada, es la que, ansiosa de no perder el dominio que ejerce y que puede conducir á sus individuos á ocupar los puestos que en otro tiempo habían obtenido los sacerdotes partidarios de Su Santidad, se arroja, al par de los extranjeros, á los peligros del combate y es también la que comete mayores tropelías. La artillería dicen hallarse bien servida y asciende al número de 100 piezas, que se han colocado en los puntos amenazados y en las barricadas, de que están cortadas todas las calles de la población. En los ataques dirigidos por los franceses han padecido mucho también los romanos, haciéndoseles subir sus bajas hasta el número de 2 000, exagerado si se atiende á la clase de ataques que han sostenido. En este número se hallan comprendidos muchos oficiales de la banda de Garibaldi, que parece ser la que más ha sufrido, y entre los que se cuentan dos ayudantes suyos. El coronel Melara, jefe de uno de los mejores batallones de cazadores, ha sido también herido. Los jefes que más movimiento y animación dan á la defensa, son Garibaldi y Mari, médico que manda la infantería ligera que lleva el nombre de Reducci de Venecia, habiendo perdido mucho de su primer prestigio Avezzana, motor de la revolución de que fué presa Génova en los últimos días de Marzo y primeros de Abril de este año, hombre sin ningunos conocimientos militares, de los que se halla privado también Mari.

»Esto es, Excmo. Señor, cuanto he podido entresacar de la multitud de absurdos que se hacen correr en la población á que fuí de orden de V. E., en la que públicamente se hablaba en favor de sus hermanos los de Roma, á pesar de hallarse en poder de la Francia, y que ha sido teatro de algunos insultos á los emigrados que buscaban allí un refugio; población de la que salí en la noche del día 9, llegando á este puerto al día siguiente por la mañana.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Terracina, 11 de Junio de 1849.—*José Gómez de Arteche.*»

este Soberano en la obligación de dar un nuevo giro á su política, haciendo que las tropas que tenía sobre la frontera penetraran también en los Estados del Papa, para que de concierto con las nuestras, se internasen en el territorio y ocuparan todos los pueblos situados entre el reino de Nápoles y los que circundan á Roma. En cumplimiento, pues, de aquella nueva determinación, tan inesperada como lo había sido la de retraerse de toda lucha activa días antes, penetró, el 8, Nunciante en los Estados Pontificios por Ceprano, al frente de 9 ó 10.000 hombres, ocupando sin resistencia Veroll-Pofilli y todo el valle de Frosinone con el pueblo que le da nombre, pero con orden, terminantemente expresada, de no separarse á distancia de más de una marcha de la frontera. De esta suerte podía el General napolitano desde Frosinone atender más fácilmente á los Abruzzos, objeto de continua preocupación para Fernando de Sicilia, pues, como es sabido, aquella provincia penetra en los Estados de la Iglesia al otro lado del Apenino, y era el único punto por el cual podría el enemigo invadir el reino, dada la posición que ocupa y lo áspero y fragoso de sus montañas. Fácil era colegir, por tanto, que aquel movimiento sólo tenía por objeto la mejor defensa del reino, si bien con el justificado pretexto de cooperar con los españoles á cuanto después dictaren las circunstancias y el mejor servicio de los intereses pontificales. De aquellas novedades tuve inmediato conocimiento por las muchas cartas y despachos oficiales que desde Gaeta me dirigía Martínez de la Rosa, en cuyos extensos documentos dábame cuenta de las conferencias que diariamente celebraba con el Rey, encaminadas á procurar que nuestra división abandonara pronto Terracina y se extendiera sobre otras posiciones más cercanas de Roma, sobre la izquierda de las tropas de Nunciante. El mismo Pío IX, y en su representación Antonelli, inclinábase á que los españoles ocuparan mayor extensión de terreno para continuar el desarme de los pueblos y el restablecimiento de su autoridad, al propio tiempo que los napolitanos verificaban esto mismo por la parte que dominaban. Desde un principio me declaré contrario á este proyecto, y así hube de manifestárselo á Martínez de la Rosa y al Gobierno.

Alegué que la ocupación de Frosinone y Verolli por las tropas del rey Fernando parecía dictada por el deseo de atender mejor á la guarda de los Abruzzos; que aquella posición era puramente *defensiva*, y que terminaría tan pronto como cesara la probabilidad de una agresión contra Nápoles de las fuerzas revolucionarias; que suponiendo que este caso llegara y estando nosotros avanzados en el interior del territorio, quedaría la reducida división española en evidente riesgo, manteniéndose lejos de toda base, sin línea de operaciones, sin comunicación con el mar, careciendo de medios de subsistencia, y finalmente, sin objeto al-

guno de utilidad práctica para los intereses de Su Santidad. Por otra parte, el mando de los napolitanos y de los españoles confiado á dos generales que deberían encontrarse separados por una distancia de muchas leguas, sin tener para entenderse vías fáciles de comunicación, dificultaría en extremo las operaciones, privándolas de la unidad necesaria. En caso, pues, de que se creyese indispensable algún movimiento de los españoles hacia el interior, me ofrecía, á lo sumo, á ocupar Piperno, pero conservando siempre en Terracina una parte, aunque pequeña, de nuestras escasas tropas, esperando así el resultado del ataque de Roma.

Esto se resolvió así, y convínose con el Estado Mayor del Rey que mientras yo me mantuviera en Piperno, una brigada napolitana que se encontraba en Itri avanzaría hasta Terracina, cuidando de guarnecerla en unión de las fuerzas españolas que yo dejara. Comunicadas estaban las órdenes, dispuesta la división á emprender la marcha, reunidas las raciones y ordenados los cuerpos, cuando el mismo día 10, como á media noche, un oficial de Estado Mayor napolitano, que venía en posta desde Gaeta y con gran premura, me entregó una comunicación del rey Fernando participándome que la brigada de Itri, por necesidades del servicio, había recibido orden de embarcarse de vuelta á Sicilia, no siendo posible, por lo tanto, que atendiera á guarnecer Terracina después de mi salida. No esperaba, á la verdad, que tan pronto se confirmaran mis advertencias y temores en cuanto á las disposiciones militares del Rey de Nápoles. Pero aquello bastó para que yo ordenara se suspendiera el movimiento, con tanta mayor razón, cuanto que el parte me anunciaba la inmediata llegada del coronel Nunciante, portador de más noticias y provisto de nuevas instrucciones. El 12, en efecto, se presentó Nunciante en Terracina, manifestándome que el mariscal Filangieri había conseguido demostrar á S. M. la inutilidad y aun los inconvenientes de penetrar inconsideradamente en los Estados Pontificios, y que todos sus esfuerzos debían cifrarse en cubrir perfectamente las fronteras y reforzar los puntos amenazados de los Abruzzos, pues no sería extraño que al abandonar los revolucionarios á Roma, quisieran escoger para campo de su acción y de sus esperanzas las provincias del reino de Nápoles. El coronel traía encargo de S. M. de preguntarme si podría asistir á un consejo de generales que había resuelto celebrar en Gaeta, para el que creía conveniente y aun necesaria mi presencia. Para este punto me embarqué en el *Lepanto* el día 14, acompañado sólo de Bustillos y de dos ayudantes, y dejando á Lersundi con el mando de la división y de la plaza.

Dignóse S. M. recibirme en el acto de mi llegada, honrándome con grandes muestras de aprecio y confianza, pues que se dignó ponerme

al corriente de toda su política y hacerme juez de sus actos, embarazados entre los consejos de la diplomacia de Gaeta y la opinión de sus ministros y generales que desaprobaban aquéllos. Más de dos horas



FERNANDO II DE NÁPOLES.

duró mi visita, durante la cual tuve ocasión de comprobar la buena fe y los excelentes deseos del Rey y lo difícil de su situación en aquellas graves circunstancias. Pero los generales convocados para el Consejo no tardaron en llegar á la cámara de S. M. Recuerdo, entre otros, al Ministro de la Guerra, que también había llegado á Gaeta aquella ma-

ñana, al general Nunciante, y al jefe de Estado Mayor del mariscal Filangiere, que procedente de Palermo, había sido enviado, en representación suya, con el solo objeto de asistir á la junta. Hizo el Rey un ligero resumen de la situación en que se encontraban los asuntos militares en Italia, de cómo habiéndose reconcentrado el grueso de las fuerzas revolucionarias en Roma, Venecia y Ancona, no tardarían en sucumbir asediadas aquellas ciudades por los ejércitos francés y austriaco. Añadió que habiendo Oudinot reducido su ataque á toda la parte situada sobre la orilla derecha del Tíber, dejaba á los generales romanos en libertad absoluta para salir de la capital con paso franco por cualquier punto que eligiesen de la izquierda del río, quedando así amenazados gran parte del territorio de Su Santidad y la frontera de Nápoles. En esta situación, y suponiendo que tomaran tal partido los republicanos, deseaba conocer la opinión de los generales allí reunidos para determinar si convendría al buen éxito de sus armas y al mejor servicio de Su Santidad adelantar las tropas sobre sus provincias inmediatas á Roma y aguardar allí al enemigo una vez expulsado de la ciudad, ó si, por el contrario, presentaría mayores ventajas esperarlo en territorio de Nápoles, demostrando á Europa que la agresión partía de los romanos, con la ventaja de la mayor reconcentración de fuerzas, del apoyo de las plazas fuertes de la frontera y de los recursos y refuerzos que desde allí podría recibir el ejército á cada instante. No terminó el Rey sin dedicar algunas frases lisonjeras á la división española, afirmando que contaba con ella, porque la causa de Nápoles en Italia era la propia causa de España, y su política la misma que guiaba á la Reina católica su sobrina, en la protección y defensa de la Silla Apostólica.

Todos los napolitanos suscribieron la opinión del Rey, que, como es sabido, hallábase ya inclinado á no pasar de Frosinone; todos, para justificar la determinación, alegaron razonamientos que sería ocioso repetir de nuevo. En cuanto á mí, invitado también por el Rey para emitir mi juicio, hube de disentir del parecer común, manteniendo el mío primitivo, ya conocido de S. M., pero sin que por esto se entendiera que dejaba de tener por bueno y aceptable el de que conservara sus tropas al amparo de las plazas y fuertes fronterizos, ínterin se conociera el resultado del sitio de Roma. Comuniqué al Consejo que de todos modos yo realizaría la proyectada expedición á Piperno, como reconocimiento útil, pero muy especialmente con el objeto de desmentir las voces que circulaban hacía algunos días, dando por seguro que mi estancia en Terracina reconocía por única causa una intimación de Oudinot. Anuncié también á S. M. que para los últimos días de aquel mes de Junio habrían ya arribado los refuerzos que me enviaban

de España, los cuales me permitirían en lo sucesivo operar con entera independencia, y que para entonces abandonaría mi posición de Terracina, ocupando á Velletri, Albano y otros puntos importantes del territorio próximos á Roma. No salí de Gaeta sin visitar y ofrecer mis respetos al Santo Padre y al cardenal Antonelli, participándoles también cuanto había manifestado al Rey de Nápoles respecto á las operaciones futuras de la división.

Realizando, pues, mi proyecto, y sin combinación alguna con fuerzas napolitanas, á las cuatro de la mañana del 16 salió la división de Terracina. Ocho horas tardamos en recorrer las ocho leguas que nos separaban de Piperno, pueblo de no escasa importancia, de crecido vecindario, asentado sobre un valle que sólo puede ganarse remontando las alturas sobre la derecha de la Vía Apia, y en cuyas tortuosas callejuelas penetraron los batallones españoles al compás de sus músicas, de las orquestas locales, escuchando el repique de las campanas y las aclamaciones de una población que parecía realmente en el colmo del entusiasmo. Me hicieron las autoridades un buen recibimiento, manifestándome que desde nuestra llegada á Terracina, en los primeros días del mes, habían desaparecido de Piperno los signos exteriores de la dominación republicana, restableciéndose en el Municipio y demás edificios públicos las armas y banderas del Santo Padre. Alojáronse los soldados, á la usanza española, en las casas particulares, y dispuse que desde aquel día se observara con inflexible vigor una orden general que dí referente á las precauciones higiénicas que deberían guardarse, por estar aquel punto más inmediato que Terracina á las lagunas Pontinas y hallarse adelantada la estación de verano, época de las fiebres; porque no era menos peligrosa para la salud de las tropas la permanencia en Piperno que la estancia sobre las lagunas mismas. Los miasmas pestilentes que de aquel territorio se evaporan en los meses del estío, corren, impulsados por los vientos del Sur, á lo largo de las montañas, y penetran en ellas á considerables distancias, causando terribles estragos en una población siempre diezmada por aquella vecindad mortal.

Era, pues, urgente la vuelta á Terracina, y á más hubiéralo hecho indispensable la falta de subsistencia y de recursos en que se encontraban los lugares de la montaña. Por esto determiné que al siguiente día de nuestra llegada á Piperno recorrieran varias columnas los pueblos inmediatos, desarmando á sus habitantes y tomando posesión de todo aquel territorio á nombre del Santo Padre, mientras que con una escolta de caballería me adelantaba yo hasta Sezze, con el objeto de reconocer minuciosamente el país y de adquirir fidedignas noticias de lo que acontecía en Roma.

Visitóme en Piperno el general prusiano Barón de Willisen, del séquito del Rey de Prusia, que pocos días antes había salido de Nápoles con el solo objeto de conocer las tropas españolas. No hallándolas en Terracina, resolvió continuar hasta alcanzarlas, y se me presentó con una expresiva carta del Duque de Rivas, realmente innecesaria, pues se recomendaba él mismo por su alta representación y además por su expresivo trato, su educación esmeradísima y la vasta instrucción militar de que daba muestra. Durante los dos días que permaneció en el cuartel general y en mi propio alojamiento, se ocupó no más que de examinar la división, estudiando el organismo de los cuerpos, sus costumbres militares, la forma de practicar el servicio, sus métodos de alimentación y todo cuanto se relaciona con la vida del soldado. Administrándose la tropa á sí misma, recibiendo al efecto todo el suministro en dinero, hubo de tributar grandes elogios al sistema establecido para las comidas ó ranchos por medio de la asociación de ocho ó diez camaradas. Los unos encargábanse de comprar el vino, recogiendo las *botas* de los demás; otros traían el pan; otro compraba las carnes, embutidos, aves, pastas ó verduras, según el precio á que se encontraban ó su mayor ó menor abundancia en el mercado; el más hábil del grupo desempeñaba el oficio de cocinero, valiéndose del combustible y artefactos que se procuraba en los alojamientos, y los que en estas faenas no tenían participación directa, indemnizaban á sus compañeros limpiando el equipo y el armamento de todos para la próxima revista de policía.

Si el módico haber ó sueldo del soldado exige que se *arranche* para obtener más económicos precios, debe hacer esto en campaña con los hombres de su propia elección, á fin de evitar que sea defraudado en parte alguna por pequeña que sea, pues es siempre sensible lo que se rebaja de una cantidad exigua. El pan, la ración de etapa, el importe del rancho y el de la sobra, ascendía todo reunido á cerca de una peseta. Por la ración de etapa abonaba la Administración un real de *plus*, y de la misma recibía veinticuatro maravedises por la de pan. Por este método no tenían los oficiales que ocuparse de la alimentación de sus soldados, con ventaja de todos y contentamiento de la tropa. Comían éstos á su gusto, según mejor les convenía, sin vejación, ni por parte de la tienda ni de aquellos que intervenían en la confección de los ranchos. Este sistema, por muchos conceptos ventajoso, habíalo establecido el soldado mismo en Cataluña, mandando el ejército durante la guerra civil el inolvidable Barón de Mer; allí desaparecieron las onerosas contratas y los contratistas enriquecidos á costa del soldado, mal alimentado, descontento y propenso por tales causas á la indisciplina y á la deserción. Para establecerlo en Italia no necesité más que man-

darlo verbalmente, simplificando mucho la contabilidad. Nunca produjo aquello ni una queja ni un descontento. El soldado comía lo que había de venta en el pueblo ó en el campamento, y no faltaban aprovisionamientos en donde se pagaba en metálico lo que se consumía. Por todas partes la mercancía iba detrás del soldado buscando su dinero. La división recibía en Nápoles su consignación en pesos fuertes de 20 reales españoles, y careciendo de pequeña moneda que facilitara los cambios, se pagaba á los soldados un peso fuerte por cinco días, y éstos abonaban sus gastos á los vendedores con una moneda muy estimada y de ninguna circulación en aquellos momentos por la falta de numerario ante la expendición del papel-moneda decretada por la República romana. Esta circunstancia dió en el país mucho crédito al soldado español. Todo mercader de víveres buscaba con preferencia á nuestra tropa. Decíase en el pueblo que el soldado español era el más rico del mundo y el mejor pagador, pues ofrecíase á todas horas el extraño espectáculo de que un simple individuo de tropa, para comprar en las tiendas el objeto del más ínfimo precio, arrojase sobre el mostrador con ademán arrogante un peso duro. El premio que la plata ganaba sobre el papel disfrutábalo el soldado, que bien pronto lo aprendió. En cambio, las tropas de los demás ejércitos que operaban en Italia recibían en aquella época sus haberes en papel, con el premio que se le reconocía en la plaza, y disponiendo terminantemente que la división recibiera en numerario sus haberes—como de la Administración había recibido los fondos—dejé tales cambios al interés individual, quedando al soldado, como al oficial, la ventaja de hacerlo según mejor le conviniera, y á la división española el crédito y el prestigio que no podía dejar de obtener por tales causas. Además, los artículos de comer y beber eran en el país excelentes y se expendían á precios sumamente módicos. En todos los pueblos, el Estado Mayor, poniéndose de acuerdo con los municipios, fijaba el de los artículos en los mercados públicos. Un cuartillo de vino costaba 2 cuartos; un pan de dos libras se pagaba con 6, y la carne con 6 ó 7 la libra de 24 onzas; una buena gallina no valía, en los pueblos, más de 3 reales, y 4 ó 5 un pavo bien cebado. La pasta estaba igualmente á muy módico precio; el queso, que en grandes cantidades se exportaba á Italia desde Suiza, era muy favorecido por los soldados españoles, y su baratura les convidaba á adquirirlo. Los españoles, que generalmente se contentan con poco, con grande y meritoria resignación, cuando carecen de recursos, y que aguantan más las privaciones que ningún soldado del mundo, aprovechan también las ocasiones y saben desquitarse.

En ninguna ocasión de mi vida he visto comer al soldado con tal abundancia ni tan escogidos platos. Acercábame muchas veces á los

alojamientos en las horas de las comidas, y veíalos con extrema complacencia regalarse con suculenta carne y apetitosas aves, rociado todo con los mejores vinos del país. En las casas hacían participar generosamente de sus comidas á las *patronas* pobres, y en aquellas en que reinaba el bienestar, obsequiaban los dueños á los jefes y oficiales con el mejor trato y muchas francachelas, que más de una vez tuve que reprimir severamente. Era, en suma, muy agradable aquella vida para todos los individuos de la división, y el contento general retratábase en los semblantes, influyendo en no escasa medida para el mejor servicio y el mantenimiento de la disciplina. Mucho de esto advirtió el General prusiano, mi huésped, á cuyo espíritu observador nada escapaba fácilmente, y todo fué continuo objeto de sus elogios, tributados con tal acento de sinceridad, que de modo alguno pudieron confundirse con los deberes de la cortesía. Inspiróle luego admiración el andar de nuestros soldados, cuando el día 20, cumplido el objeto del movimiento á Piperno y Sezze, emprendió la división de madrugada la marcha á Terracina. Willisen advirtió que, á pesar del calor sofocante y de lo largo de la jornada, no quedó un solo rezagado en el camino, y que las dos últimas leguas se anduvieron en menos tiempo que la primera; y cuando, ya en Terracina, vino á mi alojamiento á la hora de la comida, tuvo ocasión de observar en la gran plaza á la mayor parte de los cuerpos pasando lista, sin dar á conocer por su aspecto las fatigas del día. Villisen escribió después en una revista de Berlín un magnífico artículo, comparando las marchas tan celebradas de las tropas romanas de la antigüedad y las de los franceses en la Argelia, con las de los españoles, deduciendo de la que había presenciado, ser éstos más fuertes y más ágiles. No se separó de nuestro lado el general Willisen, que fué, como después supe, una de las primeras ilustraciones militares de Prusia, sin que le obsequiara con una comida á que asistieron todos los jefes de cuerpo, Lersundi, Bustillos y los oficiales que componían el Estado Mayor.

Resuelto á esperar en aquel punto la llegada de Zabala y de los refuerzos, ocupéme los días sucesivos en completar la organización y en movilizar mucho más á las tropas, que muy pronto debía emplear sobre la cordillera y ramificaciones del Apenino. Ya he dicho que carecíamos de transportes hasta para conducir los cartuchos de repuesto. En el país no se encontraba ni una sola acémila, á cualquier precio que se pagara, ni aun empleando el reprobado sistema de la *requisa*, al que no teníamos derecho alguno, y que además hubiera sido impolítico. Tuve, pues, que mandar una comisión de oficiales de Estado Mayor y de Administración militar para que las compraran en Nápoles, prefiriendo esto á todo contrato, que hubiera dado resultados onerosos y tardíos.

Presidióla el coronel D. Ventura García Loigorri, que cumplió su cometido con celo y ventaja para el servicio, y pronto pudimos contar con 200 acémilas que hicieron ya posibles los transportes. Disminuí en la infantería su vestuario y equipo, suprimiendo la levita, el pantalón de paño, el maletín y la mochila, y dejando sólo el morral, quedó el soldado reducido á llevar sus raciones y lo más indispensable



DON JOSÉ GUTIÉRREZ DE LA VEGA.

Muy justamente recomendado por el entonces ministro de la Gobernación, D. Luis Sartorius, llegó en aquellos días á Terracina D. José Gutiérrez de la Vega en calidad de *cronista* de la expedición. Joven de grandes esperanzas y de amenísimo trato, quedó desde luego agregado á mi cuartel general, siendo aquello el fundamento de la íntima amistad que con él contraje, cimentada después por comunes trabajos y vicisitudes políticas. Amante de las artes, cultivando las letras y pro-

fesando ferviente culto á nuestras tradiciones, glorias y recuerdos en Italia, aprovechó Gutiérrez de la Vega ocasión tan propicia para completar sus estudios favoritos, imprimiendo en 1850 sus *Viajes por Italia con la expedición española*, libro en que campean, á la par que una erudición nada común, las juveniles lozanías de una imaginación entusiasta. Como representantes de la prensa, figuraban además en el campo español los Sres. D. José Santiago, D. José Casado, D. Eduardo María Suárez y D. Eusebio Antoñanza, corresponsales, respectivamente, de *El Clamor*, *La España*, *El País* y *El Heraldo*, diarios que á la sazón corrían muy acreditados en la corte.

Durante todo aquel mes de Junio fué tan violento mi disgusto, como devoradora la impaciencia de cuantos componían la división española, viéndonos obligados por fuerza de las circunstancias á permanecer inactivos ante los sucesos que en Italia se desarrollaban; sin elementos suficientes para emprender aisladamente operación alguna de importancia; esperando todos los días los refuerzos de España; encerrados en estrecho círculo por los acuerdos de la diplomacia, y dominados política y militarmente por otras potencias, que señoreaban el territorio con la superioridad numérica de sus ejércitos y que prevalecían en todos los acuerdos, por la mayor autoridad de sus gobiernos.





EN LOS CANTONES.

CAPITULO XI.

El sitio de Roma.—Contingente francés.—Posiciones ocupadas por aquel ejército.—Plan de Oudinot.—Observaciones críticas.—Acciones y combates.—El bombardeo y la protesta del Cuerpo consular.—Resigna el Triunvirato sus poderes.—Garibaldi en campaña.—Me decido á ocupar Velletri.—Comunicaciones de Oudinot.—El parte del capitán de Estado Mayor D. Antonio Madera.—Llega á Italia D. Juan de Zavala con los refuerzos.—Planes de Garibaldi.—Sus movimientos y situación.—Mis resoluciones.—Velletri.—Composición de las tropas.—Nombres ilustres de los oficiales que las mandaban.—La primera marcha.—Mi conferencia con Nunciante en Valmontone.—De Palestrina á Castell-Madama.—La antigua Sabina.—D. Manuel Fernández de Ibarra.—Un campamento improvisado.—Sufren las tropas una terrible tempestad.—Exito de la operación.—Una carta de Antonelli y otra del Duque de Rivas.—Rieti.—La retirada de Garibaldi.—Disposiciones políticas.—Mi marcha á Terni.—D. José de Reina y Frías.

Roma, mientras tanto, se defendía con mayor tesón que era de suponer, dada la extraña y abigarrada multitud que la guarnecía, la escasez de sus recursos, la ausencia de todo sistema ajustado á los buenos principios del arte, y la falta de unidad de acción, de autoridad y de competencia que demostraban sus corifeos y caudillos. Por el parte de Arteche conocemos los elementos

con que contaban ambos contendientes; mas necesito completar aquellos informes refiriendo muy someramente las últimas circunstancias del asedio.

Durante el armisticio negociado por Mr. de Lesseps, continuos envíos de tropas y de material de guerra habían reforzado la división francesa, compuesta sólo, al principio, de 7 á 8.000 hombres. Aquellos refuerzos elevaron muy pronto el cuerpo de ejército á la cifra de 30.000. Oudinot lo organizó, formando tres divisiones, mandadas respectivamente por los generales Regnault, Rostolan y Guesviller, y estableciendo el parque de artillería en Santa Passera, á orillas del Tíber, sobre el cual comenzó, en los últimos días de Mayo, á construir un puente de barcas, fortificándolo con algunas piezas de marina de á 30 situadas sobre unas alturas inmediatas á la basílica de San Pablo.

El 1.º de Junio las dos primeras divisiones ocuparon las alturas situadas entre Santa Passera y la vil'a Panfili, y varias compañías se situaron en la orilla izquierda para dominar la iglesia y el convento de San Pablo y proteger las obras del río. La tercera división se estableció en la villa Mattei, sobre el camino de Civita Vecchia, á 2.000 metros de los muros del Vaticano, destacándose una de sus brigadas, bajo la dirección del general Sauvan, en l'Acqua Traversa, camino de Florencia, ocupando sin resistencia la importantísima posición de Monte-Mario, que domina las comunicaciones entre Viterbo y el alto Tíber, y desde cuya eminencia se descubre casi todo el panorama de la ciudad de Roma; los franceses podían desde allí darse cuenta y tener perfecto conocimiento de cuantos movimientos verificara el enemigo en el interior de la ciudad. Por su parte, los defensores, que se disponían para una vigorosa resistencia, dividieron en tres divisiones los 19 ó 20.000 hombres que componían su efectivo, mandando la primera Garibaldi, á quien se encomendó la defensa de la orilla derecha del Tíber, y la segunda Bartolucci. La tercera quedó como reserva en el interior de Roma.

De creer era que los franceses dirigirian sus ataques por la orilla izquierda del río, bien porque la ciudad ofrece por aquel lado un circuito de considerable extensión, y por lo tanto de más difícil defensa, bien porque las murallas, en muchos sitios derruidas, no se encuentran suficientemente flanqueadas y facilitaban la apertura de la brecha aun con las baterías de campaña. Pero Oudinot prefirió dirigir el ataque por el lado derecho del Tíber, sin duda con el objeto de mantener constantemente sus comunicaciones con Civita Vecchia, como alegó después el Estado Mayor francés, olvidando que aquellas comunicaciones no podían faltarle mientras se conservara y mantuviera el puente sobre el Tíber, que no fué siquiera amenazado en todo el curso de las opera-

ciones del sitio. Se decidió, pues, Oudinot al ataque de la plaza por el frente que ocupa la parte más avanzada del Gianiculo, y que comprendía en aquella época los baluartes números 6 y 7 sobre la orilla derecha, entre la puerta Portessi y la de San Pancracio. Conseguido este primer objetivo, era menester posesionarse del recinto aureliano y del contrafuerte de San Pedro. Pero ¿de qué modo atravesaría Oudinot el Tíber, ante una población resuelta á la defensa y ofendido por los republicanos parapetados en las barricadas y casas, sin emplear la artillería? Y caso de emplearla, ¿cómo respetar los edificios y monumentos, encargo que muy especialmente había recibido de su Gobierno? Debo, pues, creer que Oudinot, aun á trueque de tropezar con tales dificultades, no se atrevió á pasar con el ejército á la izquierda del Tíber, por temor de una salida de los revolucionarios, que, cortándole su retaguardia, le incomunicaran con Civita Vecchia, base de sus operaciones y punto indispensable para apoyar todos sus movimientos y garantir las subsistencias del ejército.



Infantería francesa en 1849.

El 3 de Junio tuvo lugar el ataque de la villa Panfili, defendida por un destacamento de 450 hombres; el parque de aquel histórico palacio, ceñido de murallas, en muchas partes derruídas para servir á la defensa, ofrecía fuertes barricadas en diferentes puntos. La resistencia fué vigorosa y la acción sangrienta; los franceses tuvieron que emplear la mina para penetrar en el parque, y sólo entonces se retiraron los romanos en buen orden hasta la villa Corsini, no sin dejar en manos de aquéllos 200 hombres prisioneros, que fueron envueltos por la caballería al defender un bosque inmediato. Obligados también á dejar por abandonada la villa Corsini, retrocedieron los romanos hasta el Vascello, sólido edificio situado á distancia de 200 metros de la puerta de San Pancracio.

Al mismo tiempo el general Sauvan, con su brigada, descendía del monte Mario, amparábase de la Torreta, que domina el puente Mil-

vio, uno de cuyos arcos había sido volado, y unos batallones que atravesaron el río á nado, fueron rechazados con grandes pérdidas. Duraba ya el combate algunas horas, cuando Garibaldi, al frente de su división, adelantó por San Pancracio hasta el Vascello y la villa Corsini para socorrer á sus defensores. Trabóse entonces la lucha con encarnizamiento y valor y las posiciones fueron por una y otra parte perdidas y recobradas varias veces, hasta que el campo y la victoria quedó por los franceses, no sin haber perdido cerca de 300 hombres entre muertos y heridos. Los autores que sobre aquellos hechos han ejercido el derecho de la crítica, censuran á los romanos por haber dejado sola en aquel día á la división de Garibaldi con los 7.000 hombres escasos de que estaba compuesta, mientras que se emplearon más de 12.000 en la guarda de otros puntos que ni siquiera fueron amenazados. De todas suertes, los franceses, merced á los resultados de la jornada, pudieron desarrollar sus trabajos, abriendo la trinchera á distancia de 300 metros de las salientes más adelantadas del muro, apoyando la izquierda de la paralela en la iglesia de San Pancracio, prolongándola hasta la vía Portuense, cerca de Testaccio, y estableciendo algunas baterías, pero teniendo que interrumpir estos trabajos varias veces para rechazar algunas salidas de los sitiados.

El 13 de Junio, despues de enviar un parlamentario á la plaza con proposiciones que fueron rechazadas, rompió Oudinot el fuego en toda la línea con la mayor parte de la artillería, y el 15 pudiéronse construir, al abrigo de las obras de contravalación, tres baterías de brecha á 60 metros del muro. El 21 existían ya tres brechas practicables, y en aquella noche, otras tantas columnas compuestas de gente escogida y de zapadores en número proporcionado, penetraron por ellas sin encontrar resistencia, pues los romanos se habían replegado á la segunda línea de defensa. Con esto avanzaron los franceses y pudieron, no sin experimentar grandes bajas, establecerse sólidamente en la villa Barberini, practicando una demostración sobre la izquierda del Tíber en el momento de emprender el ataque, y el 22, posesionados de la brecha, establecían á pesar de la fusilería enemiga, sólidas trincheras, restablecían algunas baterías desmontadas, construían otra sobre la brecha misma, y continuaban el fuego, que duró el siguiente día sin interrupción, abriendo la cuarta paralela por medio de zapas volantes, en la noche del 24 al 25.

Aquel día recibió Oudinot una solemne y vigorosa protesta de los cónsules extranjeros residentes en Roma, dándole conocimiento de que el «bombardeo había producido la muerte de varios inocentes y causado irreparables destrozos en las obras maravillosas de arte que Roma encierra», esperando que, «en nombre de la humanidad y del

derecho de gentes, desistiría del bombardeo, evitando la destrucción de la ciudad monumental, considerada siempre bajo la protección moral de todos los países civilizados». Por esto suspendió Oudinot los fuegos por elevación y reconcentró todos sus esfuerzos contra el baluarte núm. 8, bizarramente defendido por los romanos, consiguiendo al fin abrir brecha el 29. Lanzadas entonces las columnas de ataque, trabóse un encarnizado combate; pero quedaron los franceses en posesión del muro, después de una defensa á la desesperada, que costó á los asediados 400 muertos y más de 200 á los franceses.

Aquel mismo día el representante Cernuschi propuso que la Asamblea declarase inútil toda resistencia; Mazzini opinó que debería continuarse la lucha, abandonando á Roma, y el general Bartolucci, en nombre suyo y en el de Garibaldi, declaró que Roma quedaría en poder del ejército francés al siguiente día. Garibaldi, á quien hizo comparecer la Asamblea, declaró, no obstante, que podía sacrificarse la mitad de la ciudad, abandonándola al enemigo, mientras que por la parte de la izquierda del Tíber, fortificando las calles con barricadas, volando los puentes, armando de cañones los baluartes de Santo Spirito, fortificando el castillo de San Angelo, el barrio de San Pedro y el Vaticano, podría prolongarse por largo tiempo la resistencia, haciendo pagar caras sus vidas.—Plan de defensa aconsejado por la desesperación, que no llegó á intentarse siquiera, porque los triunviros presentaron la renuncia de sus poderes, y la Asamblea comisionó á tres individuos del Municipio para tratar con Oudinot, no sin declarar que los primeros habían merecido bien de la patria. Propuso entonces el Municipio á Oudinot que Roma fuera ocupada militarmente por las tropas francesas y republicanas, reservando la cuestión política, mientras que el General hizo otras ofertas que á su vez fueron rechazadas por la Asamblea; y no habiéndose entendido á la postre, abandonó el Municipio la ciudad á discreción del francés, mientras que Garibaldi, reuniendo el día anterior un cuerpo de voluntarios, salía de Roma libremente, declarando en una alocución «que se disponía á combatir en el campo contra los austriacos y los españoles hasta agotar sus recursos y dar la vida en defensa de la patria.»

Así terminó el sitio de Roma, que no costó al ejército francés menos de 1.000 bajas ni menos de 2.000 á los romanos, después de veintiséis días de combates casi diarios y de trinchera abierta. Oudinot penetró en Roma con las tropas el 3 de Julio, por entre una población silenciosa y fría. La Asamblea fué disuelta á viva fuerza; el representante Cernuschi, que no pudo escapar como Mazzini y sus colegas, quedó preso, y el llamado ejército romano fué licenciado, excepción hecha

de los voluntarios que siguieron á Garibaldi en número de 5 á 6.000 con 500 caballos (1).

Todas estas noticias fueron llegando á mi cuartel general de Terracina sucesivamente, y decidiéronme á emprender la marcha y á ocupar Velletri en los primeros días de Julio, á pesar de no haber recibido todavía de España la división de refuerzo; «á fin—decía en mi parte del 2 de Julio al Ministro de la Guerra—de estar más cerca y á la mira de los acontecimientos que ocurran en aquella capital, y atender, según ha sido siempre mi deseo, á todo movimiento que el enemigo pueda intentar fuera de Roma, si, como es de suponer, una parte de estas fuerzas pretenden defender todavía en campo abierto la bandera que no pueden sostener en Roma.» Era sensible la tardanza de los refuerzos en aquellos momentos decisivos, en que bastaba un solo día perdido para que Garibaldi encontrara expeditos los caminos de la izquierda del Tíber, que los franceses no pensaron ó no pudieron ocupar; y esto sucedió, pues en el mismo día en que escribía yo á mi Gobierno desde Terracina el parte anterior, salía el jefe republicano de Roma en dirección de Nápoles con su gente. No recibí con tiempo el aviso; mas previendo el movimiento, como queda demostrado, y sin esperar las tropas españolas de refuerzo, emprendí el 3 de madrugada la marcha con la corta división de mi mando, pernocté aquella noche en Sezze, y el día 4, encontrándome ya cerca de Velletri, tuve noticia en el camino de lo acaecido en Roma y de la salida de Garibaldi, al mismo tiempo que me alcanzaba una carta de Oudinot llevada por un vapor francés á Terracina, donde todavía me suponía aquel General. En ella dábame cuenta de su entrada en Roma, y me avisaba con premura de la expedición de Garibaldi, por si creía conveniente ocupar el territorio comprendido entre los pueblos de Velletri, Valmontone, Palestrina, Poti y Vicovaro, en combinación con sus tropas, las cuales se posesionarían de Tívoli, Orvieto y Civita-Castellana, mientras que los austriacos se mantuvieran en las Legaciones extendiéndose hasta Foliño y Peruggia. El mismo día de mi llegada á Velletri contesté al General francés comisionando al capitán de Estado Mayor D. Antonio Madera para que se personara en Roma con aquella comunicación, y viera al mismo tiempo al segundo secretario de nuestra embajada, señor Comti, que había permanecido en Roma durante el sitio, é inquiriese todo género de noticias acerca de las fuerzas, movimientos y pro-

(1) *Partes oficiales al Gobierno*, de aquella fecha.—*Histoire de la Revolution de Roma*, par Mr. Alphonse de Baylledier.—*Guerre de l'Indépendénce Italienne en* 1848 *et* 1849, par le général Ulloa.—París, Hachette, 1859.—*Relazione de la campagna, etc.*, por el capitán napolitano A. d'Ambrosio.

yectos de Garibaldi. Las hasta entonces recibidas eran contradictorias, exageradas y confusas (1).

(1) He aquí cómo describe el capitán Madera el espectáculo que ofrecía Roma y cuáles eran todavía las corrientes de la política francesa en Italia, después de conseguida la toma de la ciudad. Copio los siguientes renglones del parte que me dirigió, con fecha 5 de Julio, aquel inteligente y malogrado oficial, muchas de cuyas observaciones fueron tan exactas, que se vieron luego confirmadas por los sucesos: «Ningún inconveniente—dice al principio de su comunicación—retardó mi camino. y no eran todavía las cinco de la mañana cuando penetré en la ciudad. Lejos todavía de sus muros se notaban los tristes resultados que provocó la revolución; por todas partes se veían ruinas en vez de las elegantes y ricas posesiones de los nobles romanos, presentando el interior de la población un cuadro no menos doloroso, con especialidad en las cercanías del recinto. Cuantas calles le avecinan estaban cortadas por barricadas tan bien entendidas en su construcción, cuanto perfectamente situadas. El antiguo movimiento de sus habitantes hallábase cortado por numerosos puestos establecidos con una no interrumpida continuidad, observándose entre los transeuntes extraños uniformes, é individuos cuyas fisonomías y maneras revelaban no ser nacidos bajo el cielo de esta tierra de Italia. No escaseaban tampoco las patrullas, y en todas direcciones se tropezaba con carruajes conduciendo, ya heridos, ya subsistencias, ya municiones de guerra y cuanto á un ejército rodea necesariamente.»

Reseñaba luego Madera su entrevista con Oudinot, que ofrece poco interés, y decía á continuación: «Vuelto al lado del Sr. Comti, me ocupé en inquirir cuál era la verdadera opinión del pueblo, cuál la fuerza que Garibaldi había sacado, con cuánta podría ahora contar y cuál el estado relativo del ejército francés y de la ciudad. Sin embargo de lo escaso de mi tiempo para trabajo de tal cuantía, la asiduidad y conocimientos del Sr. Comti me pusieron en el caso de juzgar podía satisfacer en todos sus puntos al justo deseo de V. E. El aspecto general que la ciudad ofrecía creo que V. E. habrá podido imaginarlo por el principio de esta comunicación; pero lo que más me sorprendió fué el no ver enarbolado en ningún paraje el pabellón pontificio, y el contemplar por todas partes la bandera republicana, á la que sólo fataba el gorro frigio, que al tope de sus astas tenían, y que era lo único que había hecho abatir el general Oudinot. Subía mi sorpresa de punto al observar que transitaban libremente y armados, ostentando sus uniformes y escarapelas republicanas, los defensores de Roma, permaneciendo constituídas la legión polaca y la de Galleti: cada paso me suscitaba una nueva duda sobre la misión del General francés, pues no merecía la pena el verter tanta sangre para no hacer más cambio que el de quitar unos gorros de las banderas. Esta conducta ha concitado al ejército francés el odio de todas las opiniones, las unas porque han sido vencidas, las otras porque no reciben satisfacción: de aquí que, al presentarse un francés en un establecimiento público, abandónanlo todos, negándose hasta á indicarles el nombre de las calles: sus edictos son destrozados, y por último, el General francés fué silbado al penetrar en la población, acto que le hizo cargar á las masas en persona. Desde entonces se han cometido algunos asesinatos de franceses. Esto ha producido medidas de rigor: todos los edificios públicos están ocupados, y los puestos constantemente con las armas en la mano. El castillo de San Angelo hállase coronado por numerosos centinelas: recorren constantes patrullas todas las calles, y al toque de retreta todo tránsito, salida ó entrada de la ciudad queda prohibido. Según los mejores datos, encuentran dificultades insuperables para la constitución de un gobierno del país, negándose á desempeñarle las personas de más viso, y no cesan los obstáculos á pesar de la disolución de la Asamblea y de la supresión de la libertad de la prensa.

DON ANTONIO MADERA.
(Facsímile de un dibujo de la época, que conserva el Sr. General Arteche.)

»Réstame sólo, Excmo. Señor, manifestar á V. E. de qué modo los hombres más enterados explican aquí la dilatada defensa de Roma: estuvo apoyada por los republicanos rojos en Francia,

Disponíame, pues, á ocupar sin tardanza á Valmontone, dejando parte de la división en Velletri, cuando el 6 tuve conocimiento del arribo á Terracina de los transportes que conducían las tropas de refuerzo, al mando del entonces mariscal de campo y mi antiguo y querido compañero, D. Juan de Zavala. Formábanse éstas con los batallones cazadores de Baza, Simancas, Ciudad Rodrigo, dos compañías del de Chiclana, el regimiento de caballería de Lusitania y dos baterías de montaña. Con esto quedaba el cuerpo expedicionario con un contingente de 9.500 á 10.000 hombres, divididos en 8.000 de infantería, 500 caballos y 3 baterías con 16 piezas. Exiguo cuerpo de ejército, á la verdad, si se compara con los que operaban en Italia; pero se componía de aguerridas tropas con entendidos jefes y oficiales, y era suficiente, al cabo, para operar con entera libertad de acción en aquel territorio.

Dióme aviso Zavala desde Terracina, en la noche del 5, que se proponía venir por tierra con toda su división reunida, á consecuencia de que, según las noticias que corrían, Garibaldi se encontraba con sus fuerzas en Piperno, especie absolutamente falsa, pues Garibaldi hallábase entonces, como luego veremos, entre el Tiber y el Teberone, con intención marcada de operar, internándose en los Apeninos, é invadir el reino de Nápoles caso de que en las provincias fronterizas se encendiera el espíritu revolucionario. Con esto se retrasaban algo mis ulteriores movimientos, pues Zavala, viniendo por mar hasta Porto d'Anzzio, habría evitado la marcha por el territorio de las lagunas Pontinas, que siempre exigía grandes precauciones, y apresurado la reconcentración de las tropas. No hago con esto una reconvención á Zabala, que obró prudentemente en aquella ocasión, como en todas; mas conviene consignar la causa de la pequeña tardanza con que emprendimos las operaciones y la ocupación de los pueblos.

Por el parte detallado de Madera, que llegó pronto á mis manos, y por las noticias que el 6 y el 7 de Julio recibí de los pueblos, logré conocer la exacta situación de Garibaldi, sus probables movimientos y las intenciones que abrigaba. Reducíase á organizar en el Apenino, país fragoso, quebrado, sin comunicaciones fáciles, y de población ruda y levantisca, una guerra de partidarios que mantuviera en conmoción el territorio limítrofe á Toscana, y en perpetua zozobra al Rey de Ná-

que veían en los esfuerzos del Triunvirato el triunfo de sus principios y la caída de Bonaparte. Sufrida en París la última derrota de aquel partido, llegó á Roma un comisionado y convenció al Triunvirato y á la Asamblea de la inutilidad de prolongar una defensa imposible, consignando para el porvenir este hecho, que hacía de Roma la ciudad esencialmente heroica, y legando este recuerdo para las miras, ya de *unión italiana*, ya de una monarquía con esta ciudad por capital, no siendo, como no son, estos revolucionarios tan rígidos en sus ideas que no acepten la monarquía con tal de obtener la unidad peninsular, objeto principal de sus aspiraciones.»

poles, intentando ó realizando rápidas incursiones en los Abruzzos é impidiendo de todos modos el inmediato restablecimiento de Pío IX, que no podía aventurarse en sus Estados, ni siquiera permanecer en Roma, mientras en las provincias más cercanas se mantuviera la guerra. Con tal objeto salió de Roma con dirección á Albano, en cuya ciudad permaneció el 3 de Junio, sin ser molestado por los franceses, cuyas columnas no lograron alcanzarle. Sabedor en Albano que en el mismo día la división española había salido de Terracina y marchaba en dirección de Velletri, y por lo tanto de Albano, y temiendo encontrarse entre nuestras fuerzas y las tropas del general francés Regnault, varió bruscamente de dirección, y dando frente á su izquierda, se dirigió hacia el Norte, atravesando Frascati á poco más de una legua de Roma, permaneciendo en Tívoli el 4 y toda la mañana del 5. ¿Qué hacían entretanto los franceses? Debo advertir que Tívoli dista de Roma poco, más que Frascati, y encontrándose por consiguiente Garibaldi á menos de media jornada de la columna francesa enviada por Oudinot, no puede explicarse fácilmente cómo no le atacaron en aquellas llanuras, ó cuando menos cómo no se situó Regnault sobre el Teberone para cortarle así el paso, obligándole á venir sobre Velletri, en cuyo punto hubiéranle esperado y alcanzado los 4.000 españoles. Repito que no pueden explicarse por razón alguna militar las vacilaciones y tardanzas de Regnault, que disponía de excelente caballería y de tropas ligeras adecuadas perfectamente á las circunstancias, á menos de que para dirigir así estas operaciones existiera alguna causa desconocida, ó el convenio que indica á vuelta de algunas reticencias el mismo capitán D. José Madera, en su parte del día 5, en el que textualmente decía también lo siguiente: «Entregada la ciudad á Oudinot, disolviéronse unas legiones por sí mismas, otras permanecieron armadas, y sólo Garibaldi salió de la población con los suyos aumentando sus fuerzas; en la madrugada emprendió la marcha, y seis horas después salía la columna francesa en su persecución. Ahora bien, Excmo. Señor, ¿hubo buena fe en este suceso? Yo no lo creo, y me convenzo más al oir la voz pública asegurar unánimemente que existe un convenio secreto entre el general Oudinot y el Municipio, sólo con aquel objeto.»

De todos modos, libre ya de este peligro, quedaba por de pronto á Garibaldi extenso territorio á su frente y muy próximas las montañas, en cuyo seno y angosturas no tardaría en burlar á sus poco diligentes perseguidores. A escasa distancia de Tívoli corre el Teberone formando una de sus curvas más pronunciadas para llegar á Vicovaro y descender luego en dirección contraria hasta Subiaco. Garibaldi atravesó, pues, esta línea dejando el río á su retaguardia, y corriéndose hacia su izquierda, entre el Teberone y el Tíber, entró en el pueblo de Monte

Rotondo, al Norte de Roma, y no á mucha mayor distancia que Albano y Frascati. La columna francesa que había salido en su persecución detúvose en Tívoli, sin pasar más allá, por razones que desconozco, y Garibaldi pudo permanecer á cortísima distancia de Roma, sin ser molestado y con la retirada asegurada, remontando por la izquierda todo el curso alto del Tíber, dejando á su derecha los Abruzzos, al flanco izquierdo la Umbría, en cuyos territorios dominaban los austriacos hasta Perugia y teniendo á su frente las Marcas hacia la vertiente oriental de los Apeninos. Quedaban, pues, al jefe insurrecto dos partidos posibles: permanecer en los pueblos pontificios de la montaña mientras no fuese molestado, ó penetrar en Nápoles por los Abruzzos para encender en aquella comarca el fuego de la rebelión: de optar por este último, y no pudiendo remontarse hasta las costas del Adriático ni bajar hasta Frosinone, existía como paso único, á través de la cordillera, el desfiladero de Tagliocozzo—célebre en los anales militares de Italia desde que en 1268 Carlos de Anjou obtuvo en lo más agrio de sus gargantas una victoria decisiva sobre Coradino, rey de Sicilia—y camino preciso de cuantos ejércitos han pasado del antiguo reino de Nápoles á los Estados Pontificios, y viceversa, por los Apeninos centrales. Impedir á Garibaldi este paso, é interponerse entre el Tíber y la cordillera, he aquí la difícil misión que podían y debían desempeñar los españoles. Cerrado Tagliocozzo, quedaban desbaratados todos los planes del caudillo insurrecto, que, estrechado entre los austriacos y nuestras columnas, se vería obligado á deponer las armas ó á escapar, abandonando el país, como en efecto aconteció.

Mientras tanto Zavala, que, como he dicho, desembarcó el 5 en Terracina, emprendió al siguiente día muy de madrugada la marcha para Sezze, siguiendo el mismo camino que yo había recorrido dos días antes. Pernoctó en Cisterna, y el 7 llegaba con los batallones á Velletri. Yo tuve el gusto de abrazarle cerca de Cisterna, adelantándome personalmente á su encuentro con mis ayudantes y escolta. Era desde luego necesario establecer en Velletri la base general de nuestras operaciones, nuestro punto de apoyo y el depósito de los repuestos, de bastimentos y municiones. Estábamos aislados en Italia, sin plaza alguna, sin otra comunicación con España que aquella que nos proporcionaba la escuadra desde Terracina ó Porto d'Anzzio, y en la mayor incertidumbre acerca de los acontecimientos futuros; y era posible que cambiara la situación de las fuerzas revolucionarias; que tomaran las armas los pueblos cercanos del litoral y de la montaña; que se promoviera un movimiento en los Abruzzos, ó que estallara, en fin, algún conflicto entre los franceses—que de tan singular manera interpretaban su victoria—y cualquiera de las potencias que sinceramente deseaban

el restablecimiento de Pío IX en la corte de los Pontífices. Ante una de estas eventualidades, las reglas más vulgares de la guerra obligábanme á establecer puntos de apoyo que garantizasen nuestras comunicaciones con la escuadra, así como la seguridad de los enfermos y heridos y nuestros repuestos y pertrechos. Velletri reunía todas las condiciones necesarias á tal objeto, por su proximidad al mar y por la fortísima posición que ocupa. Nombré, pues, por gobernador de la plaza al coronel D. Ventura García Loigorri; designé las tropas que deberían guarnecerla; ocupé el antiguo convento de los Capuchinos, haciéndolo verdaderamente inexpugnable; fortifiqué el monte Artemisio; establecí un hospital con 200 camas, y alojé las tropas de guarnición en condiciones de resistir eficazmente cualquier ataque inesperado, si por acaso Velletri, bajo la dominación de nuestras armas, era objeto de una acometida semejante á las que sufrieron Carlos III en 1744, y Fernando II en Abril de 1849, soberanos ambos de las Dos Sicilias.

VELLETRI.

Era Velletri una agradabilísima residencia. A 15 millas del mar Tirreno y á 25 de Roma, ocupa la ciudad una posición ventajosa sobre la cumbre de una alta colina, defendida por el histórico Artemisio y resguardada de las emanaciones pestilentes de la laguna. Como en las demás ciudades de Italia, encuéntranse en Velletri elegantísimos *palazzos* y monumentos interesantes. Recuerdo, entre otros, el palacio del Ayuntamiento, digno de particular atención; el de Filippi; el antiguo teatro; la robusta y ya medio derruída torre del papa Urbano VIII; el palacio de Borgia, y especialmente el del príncipe de Lancelloti. En todos podían admirarse objetos de arte, y en alguno de ellos riquísimas colecciones de armas y de cuadros antiguos. El de Lancelloti domina la ciudad, y desde sus altas azoteas se divisa toda la

campiña. Es además interesante por haber servido de alojamiento á Carlos III; y todavía existía, con el nombre de *Cámara del Rey*, la que habitó aquel Monarca, conservándose intactas, así las paredes cubiertas de admirables frescos, como la ventana por donde hubo de saltar á los jardines, en la trágica noche del 10 de Agosto de 1744, para unirse á los soldados españoles.

Garibaldi, en tanto, permanecía en Monte-Rotondo, y los franceses en Tívoli y á distancia de sólo media jornada, nada hacían para combatirle, ó cuando menos para obligarle á desalojar punto tan inmediato á Roma. Los días 5, 6 y 7 de Julio los empleamos los españoles en pertrechar y fortificar á Velletri y en reconcentrar las fuerzas para emprender las operaciones tan pronto como el cuerpo rebelde abandonara el territorio cercano al ocupado por las armas francesas; y como esto acaeciera el 8, salí el 9 con las tropas camino de Valmontone.

Puedo asegurar, sin jactancia, que aquellos 10.000 hombres hubieran combatido ventajosamente contra doble número de soldados pertenecientes á cualquiera de los ejércitos que operaban entonces en Italia, no sólo por sus condiciones propias, su perfecta instrucción, su no desmentida disciplina y el haber tenido en Cataluña reciente aprendizaje de la guerra, sino por el brillantísimo cuerpo de jefes y oficiales que los mandaban. Excuso todo elogio dedicado á los generales Zavala y Lersundi, cuyos hechos han llenado muchas de las páginas de este libro y llenarán las de la historia; pero recordaré, sin duda con orgullo, que en aquel cuerpo militaban con diferentes empleos y jerarquías, D. Antonio Turón, el Marqués de Casasola, el Duque de Gor, el Conde de Cumbres Altas, D. Enrique O'Donnell, D. José Santiago, D. Tomás Cervino, D. José Riquelme, D. José de Reina y Frías, D. José Gómez de Arteche, D. Manuel Fernández Ibarra, D. Manuel Salamanca y Negrete, D. José Sanz, Socías, Buenaga, Fano, Talledo, Yauch, Suárez, González Lafont, Madera, los hermanos D. Francisco y D. Mariano Figueras, hijos del Ministro de la Guerra; el jefe de mi escolta, capitán de caballería D. Francisco de Vargas; D. Juan Cotarelo, D. José de Eulate, D. José Galisteo, Abadía y otros, que constituían en aquel tiempo una parte brillantísima de la oficialidad española.

De Velletri á Valmontone la distancia no pasa de dos leguas y media. El camino que une entre sí estas dos poblaciones desciende entre viñedos y olivares la meseta de Velletri, hacia el Norte, y lamiendo la falda del monte Artemisio, que deja á la izquierda, atraviesa campos feracísimos y poblados. A corta distancia de Valmontone elévase sobre una altura, y en situación muy pintoresca, el pueblo de Monte-Fortino, cuyas antiguas murallas atestiguan lo remoto de su fundación. La división no se detuvo en este punto, llegando al término de su corta

jornada, sin fatiga ni contratiempos, sobre las cuatro de la tarde. En Monte-Fortino no obstante quedó una parte de las fuerzas de Zavala, que venía á retaguardia, mientras que el Marqués de Casasola, con el batallón cazadores de las Navas, se adelantó al siguiente día hasta Palestrina, ocupando militarmente el pueblo y las posiciones inmediatas. Desde Valmontone envié nuevamente á Roma al capitán D. Antonio Madera, con objeto de que el general Oudinot designara terminantemente los puntos del territorio que ocupaban ó pensaban ocupar sus tropas. Éstos debían ser «Ariccia, Albano, Tívoli, Orbieto, Viterbo y Civita-Castellana, habiendo ordenado Oudinot marchasen fuerzas para hacerse dueño de Narni y Terni, en cuyo último punto, con referencia á las noticias del día, se suponía á Garibaldi»: tal decia Madera, en comunicación de fecha 12 de Julio, relatando fielmente lo que el general Oudinot hubo de expresarle, y añadiendo «que el general se ofrecía constantemente á obrar de concierto conmigo, siempre que se juzgara oportuna la incorporación de las fuerzas de su mando é insistiendo en el respeto recíproco de los límites trazados para la situación de las tropas; invitación que por conducto de uno de sus oficiales, dijo, había hecho también al general austriaco Barón d'Aspre» (1).

Con esto quedaba libre de toda ocupación extranjera la línea de Palestrina, Vicovaro, Nerola y Rieti, y perfectamente realizable el plan que yo abrigaba, y que consistía, como ya indiqué, en situarme entre el Tíber y la frontera de Nápoles, cubriendo el desfiladero de Tagliocozzo, y cortando así toda salida á Garibaldi. Desde Valmontone, y con objeto de que Nunciante, que se hallaba á la sazón en Frosinone, tuviera conocimiento de esta operación, envié al capitán Arteche con un pliego y claras explicaciones que demostraran su conveniencia, advirtiendo al mismo tiempo al general napolitano que Garibaldi, con todas sus fuerzas, había abandonado el 8 su posición de Monte Rotondo, y remontando todo el curso del Tíber por su orilla izquierda, debía encontrarse en aquellos momentos en Narni ó Terni, á una ó dos jornadas de los Abruzzos. En mi comunicación á este general decíale que sin tardanza emprenderíamos los españoles el camino de Rieti, para interponernos entre el enemigo y la frontera, y que si llegábamos tarde para conseguirlo, porque éste se hubiera internado ya en las gargantas de Tagliocozzo, debía procurar defender el desfiladero deteniendo la marcha de Garibaldi, pues mis batallones no tardarían en darle alcance, atacándole por la espalda.

(1) Estas órdenes de Oudinot, de que habla el capitán Madera, debieron ser modificadas pronto, pues ninguna columna francesa pasó de Tívoli, y los pueblos de Terni y Narni fueron después ocupados por los españoles, estableciéndose en este último mi cuartel general durante algún tiempo.

Pero con no escasa admiración vi llegar el 12 á Valmontone al general Nunciante en persona, mientras que le suponía en los Abruzzos reconcentrando sus fuerzas sobre aquellos puntos que podían ser de un momento á otro invadidos ó atacados por Garibaldi. No contentándose con la misión que podía haber confiado á Arteche, había preferido venir á celebrar una conferencia conmigo, siguiendo en esto las instrucciones de su Soberano y del mariscal Filangieri, nombrado ya ministro de la Guerra de aquel Gobierno. Deseaban el Rey y su Ministro que la división española marchara á reunirse al cuerpo napolitano, tomando la vía de Frosinone, y desde allí el camino que conduce á los Abruzzos y á Tagliocozzo, para defender su paso por aquella parte.

Más tardé en conocer con todos sus detalles la operación que se me proponía que en negarme resueltamente á ejecutarla, demostrando á Nunciante que perdería un tiempo precioso obligándome á contramarchar á Frosinone, que se encuentra á la altura de Terracina, á dos jornadas de Valmontone, y en dirección completamente contraria y opuesta á la que seguía Garibaldi; que era preferible para llegar á Rieti, pueblo situado á la entrada del desfiladero, seguir la línea más corta, en vez de los dos lados opuestos de un vasto triángulo, retrasando la operación, dejando desamparada la frontera y permitiendo á Garibaldi, no ya que penetrara en el reino, sino que se internase en los Abruzzos, que ocupara los pueblos más importantes de aquella región excesivamente montañosa, y provocara la tan inminente rebelión, prolongando la guerra por tiempo indefinido. Por lo demás, los españoles no podíamos, siquiera fuese por espacio de dos días, volver la espalda á Garibaldi, ni penetrar en el reino de Nápoles para realizar en él operaciones de campaña, sin el peligro de suscitar cuestiones diplomáticas innecesarias, colocándonos en una posición poco honrosa esperando ataques eventuales de Garibaldi, en vez de marchar resueltamente en su busca, siempre que se mantuviera dentro del límite de la zona no ocupada por austriacos, franceses ó napolitanos.

No pudieron menos de parecer exactas estas afirmaciones á Nunciante; pero alegó que la marcha á Rieti, tal y como yo quería ejecutarla, era absolutamente impracticable por no existir caminos que me facilitasen el paso á través de las estribaciones del Apenino, «país tan quebrado y de tan áspera naturaleza—decía—que sólo podían comunicarse los pueblos merced á estrechas veredas trazadas en las montañas por los pastores y cabreros.» Afirmó que desde las guerras que sostuvieron los antiguos romanos con los habitantes de aquellas sierras, ningún ejército organizado se había empeñado en ellas, y que corría, por lo tanto, el riesgo de ver malograda la operación, bien porque no me fuera posible pasar adelante, bien porque Garibaldi, como gran conoce-

dor del país, tuviera por buena la ocasión, y aprovechando aquella coyuntura atacara á los españoles donde ni pudieran desplegar su fuerza, ni hacer jugar la artillería, ni dar el menor empleo á sus soldados de á caballo. Por lo demás, al decir de Nunciante, el país era pobre y estaba exhausto de recursos, aun para su propio consumo. ¿Cómo alimentar á 8 ó 9.000 hombres en los muchos días que necesariamente habían de invertirse para llevar á término marcha tan penosa? No proseguiré enumerando las dificultades y obstáculos de todo género que el General napolitano me pintó; en vano me esforcé en asegurarle que nuestras tropas estaban de largo tiempo acostumbradas á la guerra de montaña; que por donde un solo hombre caminara, llevaría yo mis soldados; que precisamente con este objeto la mayor parte de nuestra artillería era conducida á lomo por mulos ágiles y vigorosos; que nuestra larga experiencia en este género de contiendas, habíanos hecho previsores y prudentes, no aventurando jamás las marchas sin los indispensables flanqueos y reconocimientos; que de atacarnos Garibaldi, combatiría con igual desventaja que nosotros sobre el mismo país, y, por último, que no escaseando la montaña de abundantes ganados, no nos faltarían vituallas, necesarias además por poco tiempo, pues me prometía alcanzar Rieti en sólo tres jornadas.

Despidióse Nunciante del cuartel general tan poco convencido como temeroso de un desastre; mas yo, resuelto á realizar mi plan, completé la organización de las tropas determinando el orden de marcha definitivo. La vanguardia y una brigada de Zavala, debían tomar conmigo al siguiente día la cabeza. El centro gobernaríalo Lersundi con las fuerzas de su mando y la artillería, y Zavala, con la brigada restante y la caballería, cerraría la retaguardia. Las tres columnas debían marchar escalonadas y á distancia de dos leguas por término medio, con objeto de que no se embarazaran y de que el movimiento se verificara más rápidamente. De esta suerte los cuerpos podrían reunirse en cuatro horas ó en menos, si las circunstancias lo exigían. La artillería rodada, imposible de conducir por las montañas, quedó en la guarnición de Velletri.

El 14 nos pusimos en marcha camino de Palestrina, ocupado ya desde el 10 por tropas españolas. Como á dos millas de Valmontone, tocamos en Lignano, pequeño pueblo establecido también sobre una meseta á la izquierda del camino, y más adelante, siguiendo entre dos cordilleras cubiertas de agradable verdura, descubrimos los pueblos de Rocabrione, la Colonna y Monte-Comido, hasta que remontamos la falda de una altura, en cuyo declive y cerca de un cruce de caminos, entre los que se encuentra el que conduce á Roma, hállase Palestrina. «Hasta el siglo XIV—dice Gutiérrez de la Vega en sus *Viajes por Italia con la Ex-*

pedición española—fué esta ciudad muy temida por sus fuertes murallas de roca calcárea, sostenidas sin cimientos. Pero en esta época fué destruída por los bizarros capitanes de los papas Bonifacio VIII y Eugenio IV, figurando ya muy poco algún tiempo después, hasta que fué reedificada nuevamente sobre el famoso templo de la Fortuna, antiguo y soberbio monumento erigido por Sila en cumplimiento del voto que había hecho á aquella diosa al encomendarle sus empresas. Tal era la maravillosa estructura del templo de la Fortuna, que hizo exclamar admirado al incrédulo filósofo Carneades: *Jamás he visto fortuna más afortunada que ésta.*» Cerca de la ciudad, y enclavado sobre una enorme roca que domina toda la falda y el llano, encuéntrase el palacio de Barberini, desde cuyas hermosas balaustradas se divisa á Roma. Magnífico espectáculo, que inspiró aquel día á Gutiérrez de la Vega estos elocuentes renglones: «Los rayos horizontales del sol empezaban á alumbrar á lo lejos una masa blanca que, aunque de forma confusa al principio, se destacaba claramente sobre el inmenso manto de verdura que se prolongaba, al parecer, hasta confundirse con los horizontes de azul y grana. Al poco tiempo vimos también una elevada cúpula perdiéndose entre las nubes; era la soberbia cúpula de San Pedro, porque la masa blanca no era otra cosa que la Ciudad Eterna, la corte de los Césares la Roma tan celebrada por los artistas y los poetas, la querida de Ho-

PALESTRINA.

racio y de Virgilio, la Roma del imperio de los cónsules y de los oradores. Sola, sin un arbusto que la acompañe, sin un cedro que la dé sombra, sin un ciprés que llore sus desgracias, la ciudad augusta se levanta sobre aquella alfombra verde, como un esqueleto que saliera de un desierto cementerio; aquella hierbecilla inculta no hace más que lamer su planta egregia, porque la tierra aún permanece como la dejó el arado de Cincinato y con las huellas de la última yunta romana..... Al bajar á Palestrina, dirigimos otra vez una mirada á Roma, y al recordar sus conquistas religiosas, sentimos que los poetas no hayan cantado, con el mismo fuego que cantaron á sus dioses, la gloria del apostolado y el triunfo de sus mártires.»

No tuve tiempo de visitar en la iglesia principal de Palestrina el sepulcro del cardenal Portocarrero, allí existente, pues sin detenernos más que el tiempo necesario para dar descanso á la tropa, continuamos la jornada, reunido el cuartel general á la vanguardia, con ánimo de pernoctar en Castel-Madama, distante de Palestrina cuatro leguas. La brigada de Zavala había también emprendido el movimiento algunas horas después, y las fuerzas de retaguardia que quedaron en Monte Fortino se movieron igualmente, debiendo dormir en la noche del 14 al 15 en Palestrina. Al abandonar este punto, terminaba el camino carretero que desde Valmontone seguíamos, y comenzaban las fatigas y dificultades á través de las montañas. Hasta Poli bajamos una violenta pendiente de cerca de dos leguas, encajonados entre la sierra por angostas y pedregosas veredas, no sin atravesar algunos cursos de agua de escasa importancia que alimentan al Teverone. En Poli dióse un segundo descanso, y remontando hasta muy cerca de Casape, desembocamos en las últimas horas de la tarde en el estrecho valle que da asiento al pueblo de San Gregorio. Todos sus habitantes, avisados por la vanguardia, nos esperaban á la entrada con agua y vino en abundante cantidad, de modo que los soldados, más fatigados por el calor del día que por la extensión y dificultades de la marcha, pudieron refrescar y recobrarse. Hacia el Norte de San Gregorio levantábase el antiguo palacio de los Duques de Uceda, que más que palacio parecía castillo feudal, por su aspecto sombrío, sus fuertes muros, ancho foso y puente levadizo, haciendo singular contraste con los bosques de naranjos y limoneros que le rodean, por entre los cuales pasaron las tropas alegremente hasta llegar al solitario convento de Santa María, perdido en la montaña. Desde aquellas eminencias divísase también mucha parte del curso del Teverone y los pueblos de la llanura inmediatos á Roma, destacándose entre todos, por su bellísima situación, la ciudad de Tívoli, que veíamos á nuestros pies entre frondosas arboledas y corrientes aguas. «¡Allí están—exclamaba nuestro joven cronista en el colmo del

entusiasmo—las antiguas moradas de Quintilio, de Catulo y de Horacio, y los objetos de las dulces inspiraciones del Ariosto y del Tasso! ¡Aquella es la ciudad de los palacios y de las quintas, de las deliciosas fiestas de verano y de las picarescas aventuras! ¡Aquel es el antiguo albergue de los poetas y de los monarcas; el campo de los amores de las matronas romanas, y, finalmente, el sitio de los encantos y de los placeres de mil y mil generaciones! ¡Quiera el cielo que muy pronto podamos acercarnos á sus floridas selvas, en donde resonaron las liras de cien poetas latinos al compás de las danzas de las famosas doncellas de la época de Augusto!»

Cerró la obscuridad de la noche á distancia como de una legua de Castel-Madama, término de nuestra larga marcha, fatigosa por el calor del día y por la naturaleza del terreno. Este último y pequeño trayecto era también el más difícil, pues después de bajar desde el convento de Santa María á un valle que se extiende hasta Tívoli, llamado d'Arci, hubo que remontar hasta Castel-Madama por una pesadísima cuesta que costó alguna fatiga á los soldados. Desde las guerras de los romanos bajo la República, la tradición no conserva el recuerdo de que por aquellos parajes haya transitado ejército alguno. Nos encontrábamos desde Castel-Madama en el territorio de la antigua Sabina, célebre en la historia ó en la fábula por haber dotado de mujeres á Roma en los primeros tiempos de su fundación. El robo audaz de las Sabinas provocó una guerra entre los habitantes de la ciudad y los moradores de las montañas, pueblo indígena de origen desconocido, cuyas costumbres severas y frugales subsistieron á través de los siglos á pesar de su pronta incorporación á la metrópoli, y de haber sufrido iguales vicisitudes políticas que Roma. Otras guerras, no obstante, sostuvieron contra el imperio aquellos montañeses; mas desde la época de los últimos emperadores, consideróse el territorio como definitivamente unido á la Ciudad Eterna, y á partir de aquella época los ejércitos de todos los países evitaron internarse en sus inhospitalarias cordilleras. En cambio, aquellos sitios fueron continuo albergue de feroces bandidos ó *fuorusciti*, según la alocución allí empleada. Estas gentes cometían robos y crímenes sin que la necesidad les obligara á ello: poseían tierras y hogar, y constituídos en numerosas bandas, vivían á su guisa, manteniendo al país en una relativa independencia, sin reconocer en la autoridad papal otro derecho que el de cobrar una contribución siempre invariable.

En Castel-Madama, donde pernoctamos la noche del 14, mientras que Lersundi y Zavala dormían con sus fuerzas en los pueblos de San Gregorio y Poli respectivamente, supe, por confidencias dignas de fe, que Garibaldi continuaba en Narni el día antes, en cuyo punto no se

tenía conocimiento todavía de la operación que estábamos ejecutando. Satisfecho en extremo con una noticia que aseguraba por completo el exito de mi plan—pues que llegaba á tiempo para cerrar la frontera, ó cuando menos y caso de que el enemigo penetrara en el reino de Nápoles, para darle inmediato alcance—dispuse que la marcha continuase, saliendo de Castel-Madama ya entrado el día, con ánimo de hacer una jornada más corta que la del anterior, y de pasar la noche en San Polo, pueblo que no dista más de cuatro leguas del punto que abandonábamos. Las brigadas del centro y de la retaguardia debían continuar el movimiento en igual forma y guardando en lo posible las mismas distancias. Desde Castel-Madama descendimos hasta el curso del Terevone, atravesando este río por un puente de piedra de antigua construcción, pero perfectamente conservado. Á corta distancia del río, y también edificado sobre una altura, hállase Vicovaro, pueblo de 2.000 almas, ceñido de fuertes murallas de piedra, y lugar donde según cuenta la tradición, se reunían los representantes de las villas circunvecinas para deliberar sobre los asuntos del Estado. Hízose allí á las tropas españolas excelente acogida, facilitándoles víveres en abundancia, que como en todas partes, se pagaron escrupulosamente, y sin detenerme más tiempo que el necesario para dar á los soldados un corto descanso, que ellos emplearon en aprovisionarse, continué camino de San Polo, no sin observar por las cercanías de Vicovaro antiguos sepulcros, ruinosos fragmentos de columnas, lápidas con inscripciones, y especialmente un largo acueducto conservado en gran parte, que atestigua la importancia que asumió Vicovaro en los tiempos de



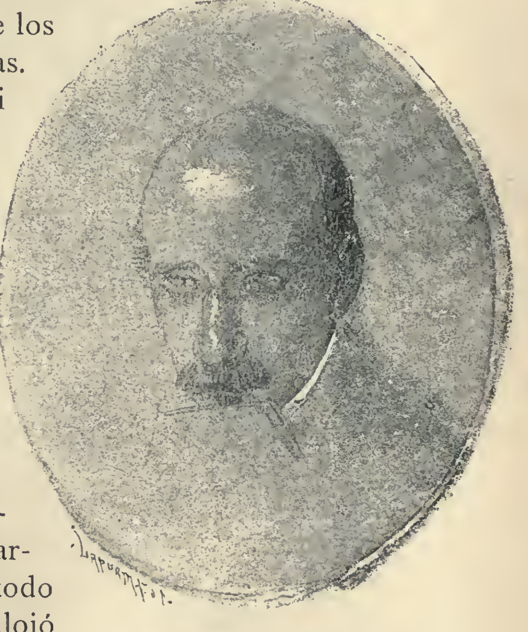
CASTEL-MADAMA.

los cónsules y del imperio. Á escasa distancia de este punto pudimos aprovechar la carretera de Roma durante un corto trayecto, mas fuerza fué abandonarla al poco tiempo para llegar á San Polo antes de que se ocultara el sol detrás de las montañas. Las autoridades, que allí como en los demás pueblos salieron á recibirme al camino, manifestáronme que en Narni desde el día anterior, se notaba agitación entre los voluntarios garibaldinos, los cuales parecía se disponían á emprender algún movimiento, mas se ignoraba por completo la dirección que tomarían. No por esto modifiqué las disposiciones ya citadas. Lersundi debía pernoctar aquella noche en Vicovaro, y Zavala en Castel-Madama. Continuos partes de uno y otro general me aseguraban la realización segura de sus movimientos, y permanecí tranquilo en la noche del 15 en San Polo, resuelto á variar el plan general de la operación caso de que Garibaldi se moviera en la dirección del reino de Nápoles, para torcer sobre mi derecha y llegar antes que sus tropas á la frontera, ó á continuar la operación hasta Rieti si por acaso él ocupaba este punto ó permanecía en los pueblos intermedios entre Narni y Rieti. Hombres del país muy conocedores de aquellas montañas, y generosamente remunerados, tomaron el encargo, desde mi salida de Palestrina, de observar todos los movimientos del caudillo republicano, dándome anticipados avisos.

Desde San Polo, el día 16, seguimos por lo más rudo de la montaña hasta Marcelina, y desde allí, atravesando el pequeño pueblo de San Francisco, hicimos alto en Palombara, sobre la cordillera de monte Jenaro, que dejamos á nuestra derecha y cuyas elevadísimas cimas se confundían con las nubes. Sólo lo más cerrado de los Pirineos ó los Alpes puede dar una idea del aspecto salvaje de aquellos sitios, cortados por profundos barrancos y por elevadísimas vertientes. De vez en cuando ofrecíanse á nuestro paso feraces valles como encajonados entre murallones de roca viva, abriendo camino á multitud de riachuelos y torrentes que descendían de las alturas. Así atravesamos gran número de desfiladeros y de posiciones ventajosísimas para la defensa, desde las cuales corto número de fuerzas hubieran bastado á detener un ejército. Unido esto á la total ausencia de caminos y á la angostura de las veredas, retardóse mucho la marcha este día, dificultándose además para los flanqueadores y vanguardias, que practicaban aquel servicio con exquisito celo y la indispensable vigilancia en tales parajes. En muchas ocasiones me adelantaba hasta la vanguardia para reconocer personalmente los pasos y animar con el ejemplo á los soldados, en quienes ni por un instante se desmintió la tranquila confianza ni la alegría ingénita al carácter peculiar de nuestro ejército.

En estos difíciles reconocimientos prestó á la división grandes servicios el Estado Mayor, bajo las órdenes del coronel Buenaga, distinguiéndose mucho por su gran celo é inagotable buen humor, el entonces capitán D. Manuel Fernández Ibarra, á quien no envié como á otros de sus compañeros á desempeñar lejanas comisiones, precisamente para utilizar cerca de mí sus muchas aptitudes militares. Por iguales motivos conservó Lersundi á su lado á D. José de Eulate, malogrado después, como Madera, en los mejores años de su vida y cuando les ofrecía el porvenir las más risueñas esperanzas.

Desde Palombara atravesamos consecutivamente los pueblos de Stazzano y Moricone, de pobre y miserable aspecto, abandonados por las autoridades locales y por la población viril, que espantada sin duda por la proximidad de las tropas, desocupó sus viviendas, dejándolas á cargo de las mujeres y de los niños, y lo que era peor, exhaustas de vituallas. Igual circunstancia se advirtió en Montorio di Romagina, distante una legua escasa de Nerola, término de aquella larga jornada. La ignorancia y rudeza de sus habitantes, que, como después supe, no habían visto jamás tropas organizadas, nos privó aquella tarde de todo mantenimiento. Agravóse esta situación con la llegada á Nerola, casi al propio tiempo, de la división Lersundi, el cual, en vez de seguir el mismo camino que habíamos traído desde San Polo, dirijióse desde Vicovaro por Civitella, Canemorto, Scandriglia, dejando á su izquierda la alta cordillera de San Jenaro, y marchando en línea paralela á la nuestra durante todo aquel día. Lersundi, entró, pues, en Nerola, y alojó su división en la ciudad al propio tiempo que llegaba yo al pie de la montaña que la da asiento. Esta circunstancia, unida á la mucha fatiga de los soldados y á la dificultad de poder alojar tanta fuerza en un pueblo relativamente pequeño, me decidió á acampar aquella noche á la vista de Nerola, debiéndose contentar cada cual, hasta que despuntara el día, con lo que para cenar trajera en la mochila.



Don Manuel Fernández de Ibarra.
(Facsímile de un dibujo de la época que conserva el Sr. general Arteche.)

El sitio elegido para establecer el campamento era muy á propósito. Una grande explanada de figura cuadrilonga que se extendía á la izquierda del camino y que por tres lados limitaban tres grandes eminencias del terreno, sirvió de asiento al cuartel general y á la compañía de ingenieros. El monte de la izquierda fué ocupado por el batallón

cazadores de Ciudad-Rodrigo; el del centro, por el de Baza, y el de la derecha, por el de las Navas. La escolta de caballería se alojó en una venta allí cercana. Distribuídas así las fuerzas, ocupáronse alegremente los soldados en hacinar la hierba y paja que encontraron á mano, para descansar lo mejor que les fuera posible, construyendo con palos y ramajes barracones á la ligera. Empleáronse en esto los ingenieros con actividad maravillosa, dejando bien pronto construídas las que debían abrigar á los jefes y oficiales. Apenas obscureció la noche, encendiéronse multitud de fogatas que iluminaron con sus rojizos resplandores los montes vecinos: varias avanzadas y dos grandes guardias se establecieron convenientemente, y así, afianzada la seguridad del campo, dióse el tradicional toque de silencio, con lo que cesaron como por encanto las voces de los soldados y los alegres cantares que repetía el eco de las montañas.

Mas estaba escrito sin duda que las tropas no pudieran gozar aquella noche de ningún descanso. Un viento huracanado y grandes masas de negros nubarrones que encapotaron el cielo en poquísimos instantes, diéronnos á conocer que íbamos á sufrir una de esas terribles tempestades tan frecuentes en los países cálidos y montañosos. Los truenos y los relámpagos empezaron á sucederse con extraordinaria celeridad, y una lluvia torrencial inundó en un instante el llano, bajando de la montaña verdaderos torrentes de agua, contra los cuales tuvieron que defenderse los soldados para no ser arrastrados en algunos puntos por su corriente. Desaparecieron como por encanto los barracones todos, y la tropa, apiñada entre sí y medio sepultada por el lodo, hubo de esperar á que la salida del sol tranquilizara la atmósfera y ahuyentara la tempestad. Soldados vi, sin embargo, y no en escaso número, que rendidos por el cansancio, se entregaron tranquilamente al sueño en medio de aquel mar que caía del cielo y descendía de las montañas, sin que les perturbara lo más mínimo el fragor de los truenos ni el relumbrar de los relámpagos.

Con la mañana se serenó el viento y se despejaron las nubes. Encendiéronse grandes hogueras que secaron nuestras ropas y devolvieron calor á nuestros entumecidos miembros. Yo había ordenado con toda premura que los oficiales de Administración militar, los de Estado Mayor y ayudantes de campo, escoltados por pequeños destacamentos á caballo, recorrieran el campo y alquerías inmediatas requisicionando todos los artículos de comer, ganados y vino: otra fuerza se dirigió á la ciudad en busca de todos los víveres que hubiera, y no tardaron estas medidas en producir su efecto, pues púdose al poco tiempo confeccionar el más suculento rancho que jamás ha comido tropa alguna, compuesto de ternera, jamones, tocino, longanizas,



pollos y pavos, en cantidad más que suficiente para que los soldados cocomieran sin tasa, participando del mismo rancho generales, jefes y oficiales, sin distinción alguna.

En Nerola recibí noticias muy recientes de Garibaldi. Hallábase todavía en la mañana del día anterior en Narni, y precisamente alojado en el palacio del Obispo, circunstancia que sólo deben extrañar los que ignoren que en aquella época una parte del clero participaba de las ideas políticas del Jefe revolucionario, y que los obispos, más particularmente, vivían en constante pugna con el clero de Roma. Dis-

tante Narni de Rieti ocho leguas, podríamos llegar al mismo tiempo que Garibaldi á este punto y á la entrada del desfiladero de Tagliocozzo, suponiendo que hubiera emprendido tal movimiento en la misma mañana en que mis confidentes le dejaron. Era fácil también que los rebeldes, animados por una resolución audaz, intentaran sorprendernos cayendo sobre nuestro flanco izquierdo en uno de los puntos de la línea de marcha sobre Rieti; pero tales eventualidades, que debían tenerse muy en cuenta, eran de todo punto improbables, dadas las fuerzas de que se componía la división y las ventajosas condiciones que en el soldado español se reconocían para la guerra de montaña. Garibaldi debía optar, como optó en efecto, por el partido más prudente.

De Nerola á Rieti marchamos sobre una hermosa carretera que recorre, á través de la cordillera, un país más poblado y que atraviesa San Lorenzo y San Giovanne Rietino, desde cuyo punto se acerca al caudaloso cauce del Nera, corriendo junto á él y paralelamente hasta Rieti. No fué, pues, tan larga y penosa nuestra última jornada como la del día anterior, si bien tuvimos que atravesar cerca de Nerola el elevado monte Carpagnano, y siempre accidentadas y violentas pendientes. Por efecto del excelente camino pudieron los soldados acelerar su marcha, empleando una hora por legua á pesar de las dificultades del flanqueo y de todas las precauciones militares necesarias en aquellos momentos en que hubiera bastado la

traición de un doble espía para ser objeto de una sorpresa. Antes de llegar á San Lorenzo pudimos ya divisar sobre nuestra derecha la frontera napolitana, señalada sobre la cúspide de las montañas por la línea divisoria de las aguas. Cerca de Rieti, y muy avanzada la tarde, dispuse que la división Lersundi se detuviera en San Giovanne Rietino, mientras que Zavala pernoctaba en otro pueblo, á retaguardia de aquél y distante sólo media legua. Yo, con las fuerzas de vanguardia del Marqués de Casasola, me adelanté, conservando el camino pontificio á una milla de Rieti, disponiendo que al amanecer del siguiente día tomaran posiciones los dos generales escalonadamente, y proponiéndome entrar muy de mañana en la ciudad y ocupar sin demora la embocadura del desfiladero.

Los puestos avanzados recibieron aquella noche diversas comisiones de Rieti, que salieron con objeto de cumplimentarme y de ponerse á mi disposición. Aseguré á todos con el mayor afecto que las tropas españolas prestarían en los pueblos la mayor protección á los ciudadanos pacíficos, amparando sus intereses, y fijé el día siguiente para que hicieran su entrada en la ciudad. Las comisiones regresaron satisfechas, acompañándolas algunos oficiales de la Administración militar, que volvieron á poco con abundantísimas provisiones para las tropas, cuyo importe fué allí, como en todas partes, satisfecho en el acto. En cuanto á Garibaldi, no se tenía de sus movimientos noticia alguna en Rieti, por más que creían inminente su llegada los naturales, hasta el momento en que supieron la proximidad nuestra. De todas suertes, el objeto que en Valmontone me propuse estaba cumplido. Sin perder un hombre ni sufrir el menor accidente, había atravesado en cuatro jornadas las montañas Sabinas, dejando cubierta la frontera napolitana y obligando á Garibaldi á renunciar con esto á todas sus esperanzas y proyectos. Desde allí proponíame perseguirle sin descanso, y hubiérale alcanzado, sin duda, á no haberse inmediatamente internado en la Toscana, cuyo territorio, ocupado por las tropas imperiales, estaba vedado á la acción de nuestras armas.

La corte pontificia y la de Nápoles celebraron el éxito de la operación más de lo que en realidad merecía, y en los días siguientes recibí algunas cartas que lo comprueban, entre las cuales elijo las dos siguientes, de Antonelli y del Duque de Rivas, publicándolas sólo en recuerdo y honor de aquellas tropas.

«Señor General—me decía Antonelli desde Gaeta, con fecha 22 de Julio:—La atrevida marcha de V. E. á través de la Sabina, hace tanto honor á las tropas españolas como al General que las conduce. Libre ya el territorio de Nápoles del peligro de toda invasión enemiga, no quedará otro recurso á los rebeldes que el de rendir las armas, volviendo á

la obediencia de Su Santidad, cuyo corazón, atribulado por las discordias que desgarran sus Estados, volverá á disfrutar de tranquilidad y calma. En nombre, pues, de Su Santidad y de su Gobierno, envío á V. E. las más calurosas manifestaciones de agradecimiento, para que tales sentimientos sean conocidos de las valientes tropas de su mando.»

El Duque de Rivas me escribía desde Nápoles, con fecha 24: «Mi muy querido amigo y General: Tan pronto como se tuvo ayer noticia en ésta de la llegada á Rieti del ejército y del rápido y admirable movimiento que V. ha ejecutado cruzando la Sabina, me personé en palacio, siendo inmediatamente recibido por el Rey. Ya tenía noticias de lo que V. intentaba por las comunicaciones del general Nunciante á este Gobierno, mas se dudaba del éxito por la falta de comunicaciones en las montañas y de recursos en el país. Temíase también que Garibaldi, por medio de algún golpe de mano atrevido, atacara á V. durante la marcha en alguno de los desfiladeros del Apenino; así es que, según S. M. se ha dignado manifestarme, hallábase con mucho cuidado respecto de la suerte de nuestras tropas. Por todas estas razones, la noticia causó á S. M. mucha alegría, prorrumpiendo en frases y exclamaciones, relativas á V. y á sus soldados, que repetiría si no temiera ofender su mucha modestia. Inmediatamente hizo S. M. llamar á la Real estancia á su ministro de la Guerra, el mariscal Filangieri, que, como usted sabe, es una ilustración militar reconocida en toda Europa, el cual, no bien hubo escuchado de sus labios la noticia de la llegada de usted á Rieti el 18, pronunció textualmente las frases que subrayo: *Pues ya puede V. M. dormir tranquilo: la audacia y la fortuna del General español han salvado su reino de una invasión segura, afianzando la tranquilidad y la obediencia de las provincias fronterizas.* Tan halagüeñas aunque justas palabras, escuchadas por varias personas que también se encontraban en la estancia del Rey, son ya conocidas aquí de todo el mundo y han elevado el crédito de V. y de nuestras armas á mucha altura. Figúrese el placer con que yo las escucharía, y el que tengo en comunicárselas, así como al Gobierno, á quien dirijo hoy un extenso despacho.

»Las noticias que posteriormente he recibido extraoficiales, aseguran qué debía V. haber continuado las operaciones emprendiendo la persecución de Garibaldi. Mucho temo que pase á Toscana, y á la parte del territorio ocupado por los austriacos, porque en este caso tendría V. que detenerse, y sería verdaderamente doloroso que no se coronasen sus acertados planes y extraordinaria actividad, con una victoria.

» Mucho, muchísimo se la desea á V. su fino servidor y apasionado amigo—*El Duque de Rivas.*»

Martínez de la Rosa, que también se encontraba en Nápoles en aquellos días, escribióme en igual sentido que el Duque, y no escasearon otras felicitaciones de muchos importantes personajes de Nápoles y de los Estados Pontificios, de gran número de ciudades y sus municipios, que me dirigieron exposiciones y escritos, y del Gobierno español, en fin, cuyos Ministros, y especialmente el Duque de Valencia, enviáronme cartas satisfactorias. Por el mucho carácter personal que tales documentos encierran, á nadie extrañará que me excuse de publicarlos.

Las tropas españolas encontraron en Rieti la más lisonjera acogida. En la mañana del 18 verifiqué la entrada con la segunda división y la vanguardia, llegando algunas horas más tarde Zavala y Lersundi con sus fuerzas y la artillería. El Municipio en pleno, las personas más notables y la Guardia cívica de la ciudad, ostentando la escarapela del Padre Santo, salieron á larga distancia á recibirme. Presentóme la primera autoridad las llaves de Rieti, que yo le devolví, dándole, según la costumbre allí establecida en tales casos, el ósculo de paz y de amistad, y al sonido de las músicas, al repique de campanas y al estampido de las salvas, atravesaron nuestros soldados las calles empavesadas, escuchando continuas aclamaciones en honor del Papa, de la Reina de España y de su ejército. Las señoras especialmente, que se apiñaban en los balcones, arrojaron flores al paso de las tropas, saludando con los pañuelos. No olvidaré decir que en la noche de aquel día casi todos los oficiales fueron objeto de galantes invitaciones en algunas casas principales, donde se improvisaron bailes y fiestas y donde pudimos todos admirar la belleza clásica de aquellas *sabinas*, con las cuales, sin duda, nuestra joven oficialidad hubiera repetido, de buen grado, la fábula que las hizo célebres en la historia.

Rieti, cabeza entonces de distrito en la subdelegación de la Sabina, es también una ciudad interesante bajo el punto de vista histórico, y conserva recuerdos muy apreciados por los viajeros. Situada sobre el río Velino, distínguese por su pulcritud y por el aspecto alegre de sus calles y plazas. «La antigua *Via Salaria*, dice Gutiérrez de la Vega, pasaba por la ciudad ó muy cerca de ella, puesto que, según el testimonio de Plinio, servía principalmente para trasladar la sal á la tierra de las sabinas. Á distancia de algunas millas de Rieti pueden verse los admirables restos de su fortísimo pavimento. Son dignos de particular mención—añade—los dos puentes, cuya construcción data del tiempo feliz de los romanos, uno sobre el río Turano y otro sobre el Velino. El segundo está en la parte en que las aguas lamen los cimientos de la ciudad. Su estructura es tan sólida, que en tantos siglos no se ha movido una piedra siquiera.» En estos amenísimos estudios empleaba sus

ocios el Sr. Gutiérrez de la Vega y el ilustre auditor general de la división, mi inolvidable amigo D. Serafín Estévanez Calderón, para quien nuestras operaciones militares constituían el más agradable viaje que jamás hizo, según repetidas veces afirmaba. Gran bibliógrafo y coleccionista asiduo, no abandonaba ningún pueblo sin haber examinado, rebuscado y escudriñado en las bibliotecas, palacios, archivos, sacristías y edificios públicos cuanto de notable encerraban, fijándose particularmente en los libros antiguos y en las ediciones raras—de que era juez competentísimo—en los amarillentos pergaminos ó en los códices curiosos que adquiría ó admitía sin vacilación en forma de regalo, llegando á reunir así una cantidad tan considerable, que á duras penas pudieron contenerla los muchos cajones con que regresó á España.

RIETI.

¿Qué era entre tanto de Garibaldi y de sus voluntarios? No tardaron mis confidentes en comunicarme noticias exactas de su posición y movimientos. En Narni continuaba cuando el 17 supo que los españoles nos encontrábamos ya sobre Rieti, cerrándole el paso de los Abruzzos. Su permanencia en aquel punto explicábase por la necesidad en que estuvo de esperar en los pueblos pontificios á los muchos voluntarios que de Roma salieron á reforzar su columna, y el aviso de que en el reino de Nápoles se había iniciado el movimiento revolucionario, que tenía como seguro é inminente. Unido esto á que no juzgó posible nuestra marcha á Rieti con aquella celeridad y por aquel territorio, ni creyó necesario ocupar á Rieti, ni se atrevió á descender á cualquiera de las posiciones de mi línea de marcha. El 16 tuvo conocimiento de que yo había pernoctado en Nerola, y por un momento pensó emprender la jornada para venir á mi encuentro; mas el 17, habiendo llegado á su noticia que me encontraba ya próximo á Rieti y en

país relativamente más abierto, varió de resolución y emprendió su retirada camino de Toscana, deteniéndose en Todi el 19 y siguiendo hasta Orvieto el 20. Supe tales pormenores algunos días después por el mismo Obispo de Narni, en cuyo palacio estuvo alojado el jefe republicano, y en el cual dióseme también espléndida hospitalidad durante los pocos días que permanecí en aquel punto. Me aseguró el prelado que Garibaldi había hecho los mayores esfuerzos para apresurar su salida de Narni al saber nuestra llegada á Rieti, pues, al decir suyo, no podría considerarse seguro sino á distancia de 15 ó 20 leguas de nuestras columnas, cuyas condiciones de agilidad y de marcha conocía de antiguo, por haber operado y combatido con los españoles en el Río de la Plata. Dos días después supe que Garibaldi se hallaba ya en Aquapendente, sobre la frontera toscana, cuyo territorio se hallaba ocupado por fuerzas austriacas que ya habían salido en su seguimiento.

Era, pues, imposible que emprendiéramos activas operaciones de persecución, puesto que, por virtud de los pactos diplomáticos, nos estaban vedadas las comarcas en que dominaran las tropas de otras naciones, pudiendo sólo justificarse una invasión de los límites respectivos cuando se siguiera de cerca al enemigo ó cuando el terreno escogido por éste se encontrara completamente desprovisto de las tropas á quienes correspondía su defensa. Decidí, pues, no pecar de excesivo celo corriendo el peligro de provocar reclamaciones y conflictos, y limité mi acción á ocupar el vasto país cuya custodia nos estaba encomendada, dividiendo las tropas en diferentes cantones que le defendieran de toda agresión é hicieran imposible cualquier movimiento revolucionario.

Con este objeto me dirigí á Martínez de la Rosa, diciéndole que había ya ordenado á los diferentes pueblos del distrito que enarbolaran todos la bandera de Su Santidad y que depusieran las armas sus voluntarios ó Guardia cívica, cuyo número efectivo no bajaría de 10.000 hombres, añadiendo que la provincia de Spoleto, donde todavía imperaba el Gobierno republicano, se encontraba en igual caso, prometiéndome ocuparla en breve. Escribí además á Monseñor Verardi, delegado de Su Santidad en Velletri, prelado que alcanzó después la púrpura cardenalicia y que me distinguió desde entonces con su amistad y estimación, rogándole que acudiera allí para auxiliarme con sus luces y conocimientos en el gobierno de tan vasta extensión de territorio, é indicándole que pensaba establecer en seguida mi cuartel general en Terni.

Pero me detuvo la llegada del general Nunciante, que con su escolta apareció el 22 en Rieti, habiendo empleado más de ocho días en hacer la marcha á que desde Valmontone me invitaba por el interior

del reino de Nápoles. Este excelente general me manifestó la admiración que le causaban unas tropas con las cuales se podían ejecutar tales movimientos. El siguiente día, 23, emprendí el camino de Terni con parte de las fuerzas, mientras que Lersundi con las de su mando se dirigía á Spoleto, dejando en Rieti como gobernador militar al coronel D. José Santiago, y guarneciendo la ciudad el regimiento de San Marcial, uno de cuyos batallones mandaba, con singular distinción, el hoy teniente general y veterano soldado D. José de Reina y Frías.



Don José de Reina y Frías.



INTERIOR DE LA BASÍLICA DE SAN PEDRO
(según un grabado de la época.)

CAPITULO XII.

Toma diverso rumbo la política francesa.—Envía Oudinot al Papa las llaves de Roma.—La Comisión gubernativa de los Cardenales.—En Terni.—El corneta malagueño del batallón cazadores de Simancas.—Disposiciones estratégicas.—Retirada de Garibaldi, y su salida del territorio y de Italia.—En Narni.—Sucesos en Zagarolo.—Los soldados Francisco Expósito y Cesáreo Orbea.—De Gaeta á Nápoles.—La navegación.—A la vista del Garegliano.—Llegada al golfo.—Los festejos en Nápoles.—En las casas de Bivona y de Sclafani.—Mi llegada á Roma.—Obsequios que me tributa el General francés.—Preséntome á la Comisión gubernativa de Estado.—Vienen á visitarme en corporación los Cardenales que la componían.—La sociedad romana.—Estado de los asuntos públicos.—Dificultades con Francia.—Dispónese el embarque de las tropas.—Vuelta de la expedición á España.—Últimas consideraciones sobre este episodio.

Tomaba la política en Francia diverso rumbo, desde que allí se acentuaron los trabajos revolucionarios, encaminados á derribar de la presidencia de la República á Bonaparte. Veíase obligado este Príncipe, para resistir el violento empuje de los partidos exaltados, á buscar apoyo en la opinión conservadora del país y en el clero, que sancionaron, con su adhesión y felicitaciones, los medios empleados para vencer la revolución armada el 13 de Junio, día en que se tiñeron en sangre las calles de París, en que los caballos que mandaba Changarnier pisotearon al pueblo, y en que Ledru-Rollin, alma de aquella cons-

piración y principal motor del movimiento, pudo escapar á favor de la noche, del mismo calabozo que tenía preparado, en el torreón de Vincennes, para encerrar en él al Príncipe-Presidente.

Esto produjo una reacción favorable á los intereses de la política del Santo Padre, por parte del ejército francés que ocupaba Roma, y la circunstancia bien significativa de que Mr. de Corcelles, enviado extraordinario de la República francesa, declarase por escrito en un documento diplomático, que «la Francia tenía un solo objetivo en aquella dolorosa lucha: la libertad del Jefe venerado de la Iglesia, la libertad de los Estados Pontificios y la paz del mundo». Unido esto á la iniciativa que tomó Oudinot, de enviar al Santo Padre las llaves de Roma por conducto del coronel Niel, ayudante del Presidente de la República, pudo ya Su Santidad y su Gobierno establecer en Roma una Comisión gubernamental, compuesta de los cardenales Della Genga Sarmattei, sobrino de León XII, Vannicelli Casoni, y Altieri, antiguo Nuncio Apostólico en Viena, los cuales pasaron á Roma, y constituídos en autoridad suprema, instaláronse en el Quirinal con honores soberanos, nombrando varios ministros, comenzando la administración y sujetando sus actos á las bases acordadas en Gaeta, las cuales fundábanse, por de pronto, en la abolición de todas las leyes promulgadas y establecidas por los republicanos, en el llamamiento de los antiguos empleados pontificios, y en el arreglo de las cuestiones de Hacienda, empezando por suprimir los *asignados*, puestos en circulación por el Gobierno revolucionario.

Ocurrió también que Oudinot, muy inclinado ya á favorecer los intereses papales, fué en aquellos días relevado del mando del ejército, aunque bajo un pretexto honroso; pero fueron desautorizadas sus últimas tendencias políticas por otra carta que escribió Luis Bonaparte al coronel Niel, manifestándole que «la República francesa no había enviado un ejército á Roma para destruir la libertad italiana, sino, por el contrario, para regularizarla, preservándola de sus propios excesos, y dándola ancha base con la restauración, en el Trono Pontificio, del primer príncipe que valerosamente se puso á la cabeza de todas las reformas útiles.» De este modo necesitaba equilibrar su política el futuro Emperador, para no crearse mayores dificultades con los partidos violentísimos que en Francia luchaban ardorosamente. Pero de aquí también que la Santa Sede continuara abrigando grandes desconfianzas, respecto del porvenir de sus relaciones con la nación que de tan singular manera la protegía. Tal era el estado de la política francesa en Italia á fines del mes de Julio, precisamente cuando la división española llegaba á Rieti y se disponía á ocupar otras provincias.

Cumplidos en esta ciudad los asuntos que allí me detuvieron, me

trasladé á Terni, el 24 de Julio, con una columna compuesta de tres batallones, 150 caballos y las fuerzas que componían la vanguardia del Marqués de Casasola, las cuales debían continuar al mando de este jefe hasta Narni al siguiente día. No era el espíritu público en Terni tan favorable á las armas españolas y á la causa que defendíamos, como en Rieti. Continuaba rigiendo en aquella capital de provincia, y en todos sus pueblos sin excepción, el gobierno republicano, y hallábase infestado el país de muchos centenares de voluntarios garibaldinos—que no se habían determinado á seguir á su jefe en sus últimos movimientos—y también de un gran número de refugiados procedentes de toda la Romaña, y con especialidad de Ancona, de Bolonia y aun de Roma, que, por efecto de las nuevas disposiciones de los franceses para con ellos, salían expulsados de la ciudad y se refugiaban en aquellos pueblos. Unida aquella gente de mal vivir con la fuerza cívica armada en todas las localidades—cuyo número no bajaría ciertamente de 12 ó 14.000 hombres—cometían los mayores atropellos, dominaban por el terror y la violencia, y esgrimiendo el puñal tomaban represalias, poniendo en la más completa consternación á la comarca. La impunidad y la osadía lleváronles á cometer crímenes, aun en las personas de nuestros soldados, habiendo sido ya víctima en Velletri un cabo de caballería de Lusitania, herido en Spoleto un soldado de cazadores de Chiclana, y perseguido en Terni, casi á mi presencia, un granadero, cuya vida salvó uno de los oficiales que me acompañaban.

Para evitar esto en lo sucesivo, dicté un bando, con arreglo á las facultades ilimitadas que asumía como General en Jefe en país enemigo, sometiendo á los consejos de guerra verbales toda agresión á las tropas, y dispuse además, para garantir su seguridad, que todos los soldados llevaran en lo sucesivo pendiente del cinturón la bayoneta, siempre que salieran á la calle, estuvieran ó no de servicio, con objeto de que con ella se defendieran de cualquier ataque inesperado.

Una tarde, ya anochecido, nos encontrábamos, á los pocos días de ocupado Terni, en una hermosa alameda que servía de paseo y desahogo á la ciudad, cuando de repente llamaron nuestra atención grandes voces que partían del extremo opuesto de la arboleda, y que, pronunciadas en italiano, parecían demandar socorro. Corrimos el general Zavala y algunos oficiales de los que me acompañaban, hacia aquella dirección, y no tardamos en presenciar el siguiente espectáculo. En el suelo aparecían tendidos dos hombres muertos, y herido gravemente otro, mientras que por entre los árboles llegaban jadeantes dos paisanos, conducidos presos por unos soldados de cazadores, entre los que venía un corneta pequeño de estatura, recio de cuerpo y natural de Málaga. Bien pronto pudo saberse lo ocurrido. Insultados y provocados por el paisanaje

desde su llegada á Terni, y deseosos de vengar lo sucedido el día antes con un granadero, reuniéronse cinco soldados del batallón de Simancas, decidiendo salir aquella tarde en busca de los paisanos, y caso de ser hostilizados, hacer con ellos un escarmiento.

Una vez en la alameda, escondiéronse entre los árboles cuatro de entre ellos, mientras que el corneta, cuando hubo cerrado la noche, salió solo, afectando pasearse inadvertidamente por los lugares más solitarios y ofreciéndose como cebo á los que pudieran abrigar intentos criminales. No tardó aquel ardid en surtir el efecto apetecido, pues de repente, cinco paisanos, puñal en mano, abalanzáronse sobre el corneta,



TERNI.

procurando rodearlo. Entonces, el malagueño, sin proferir un grito ni llamar en su auxilio á sus camaradas, tiró, más veloz que el rayo, de una enorme navaja que preparada traía, y empleando su gorra de cuartel con la mano izquierda para guarecerse de los golpes que le asestaran, atacó rápidamente á uno abriéndole todo el vientre, hirió á otro en el corazón dejándole también tendido y muerto, y alcanzó de un tercer navajazo al que todavía pretendía hacerle frente, pues los dos restantes diéronse á la huída, siendo á los pocos instantes detenidos por los demás soldados, que acudían ya, advertidos por los lamentos del herido. La escena fué tan rápida como silenciosa.

Llamábase el corneta José Montoro, y era natural de Málaga. Con aquel hecho adquirió no escasa celebridad en la división, y al ser interrogado, poco después del suceso, por uno de mis ayundantes, exclamó:

—¡Pues ha sido lástima que el batallón estuviera hoy de servicio, porque las mejores navajas entraron de guardia esta mañana!

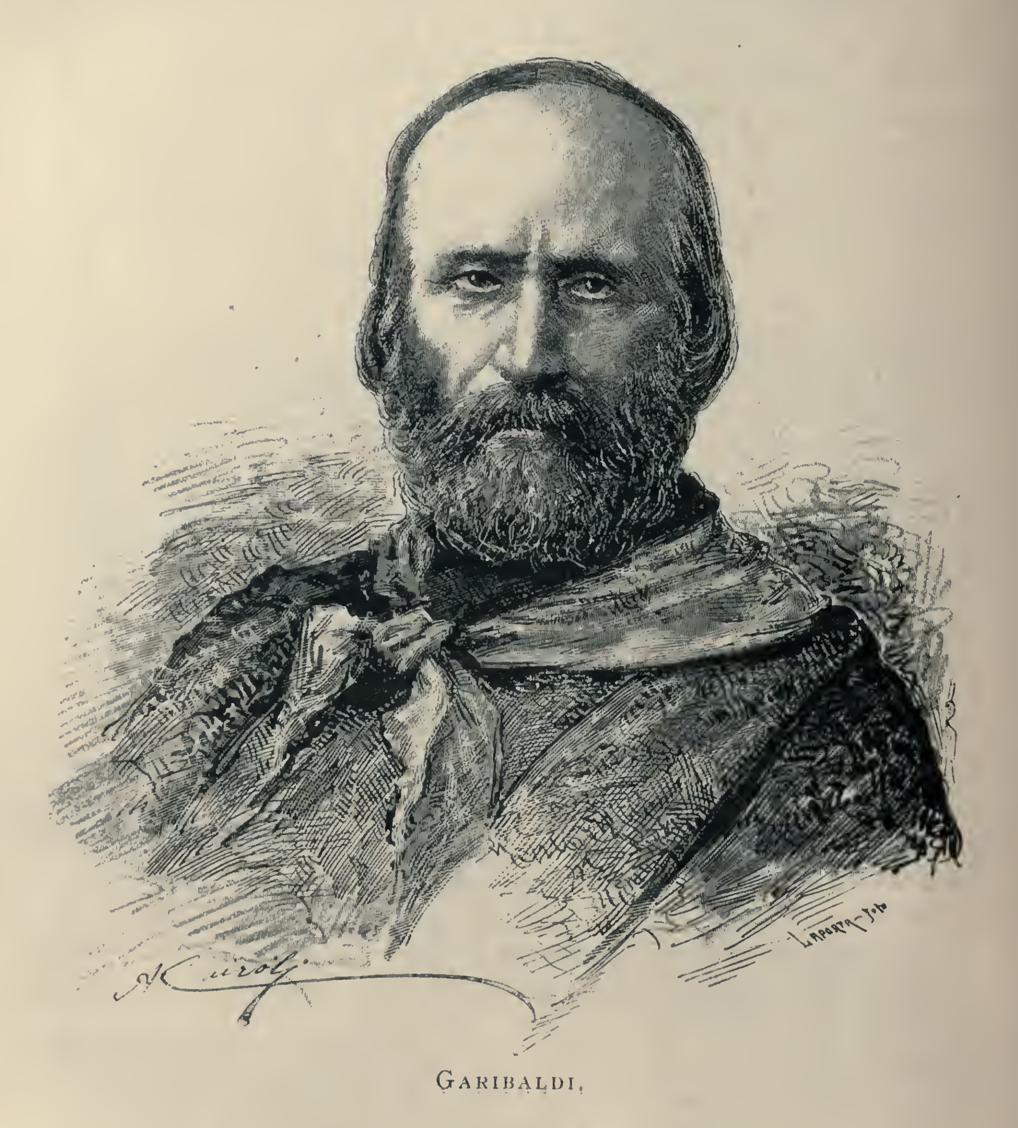
El bando y la acción del corneta de Simancas detuvieron ya los ataques del paisanaje, si bien se verá pronto cómo en otro pueblo, llamado

Zagarolo, quisieron los italianos repetir con nosotros las escenas de la Saint-Bartelemy, y cuál fué el resultado de sus intentos.

Dije ya que la vanguardia había salido al siguiente día de mi llegada á Terni, con objeto de ocupar el importante punto de Narni, ciudad en que había permanecido Garibaldi muchos días y que asumía no escasa importancia militar, no sólo porque domina una larga extensión del curso del Nera, sino porque, situada al Noroeste de Rieti, cubre á Roma y domina el valle del Tíber. Lersundi ocupó á Spoleto, á distancia de cinco leguas de Terni y tres de Foligno, que era el punto más avanzado en los Estados Pontificios guarnecido por los austriacos. Desde Spoleto podían ser fáciles las relaciones que estableciéramos con aquéllos, y de todos modos quedaba dominado el país desde la Toscana hasta el reino de Nápoles, en todo el territorio no ocupado por los franceses, que, como es sabido, no pasaron de las cercanías de Roma. Las Marcas de Urbino, Ancona y Fermo, sobre las costas del Adriático, y la cordillera del Apenino hasta sus vertientes occidentales, quedaban así resguardadas por los austriascos, mientras que los españoles dominábamos en la Umbría y en toda la Campaña de Roma, desde la frontera napolitana á la altura de Spoleto, hasta el Mediterráneo, extendiendo nuestros cantones sobre las cuencas del Tíber y del Nera, guardando los pasos de la frontera y cubriendo el reino de Nápoles, asilo de Su Santidad en aquellos tiempos de turbación. Cualesquiera que hubieran sido las circunstancias políticas ó las contingencias militares, era nuestra posición desahogada y segura, no ya sólo por Garibaldi, cuyos voluntarios ningún cuidado podían inspirarnos, sino también con respecto á los franceses, próximos como estábamos al país en que dominaban los imperiales, inmediatos también al reino de Nápoles, y en todo caso, perfectamente defendidos por la aspereza de aquellas sierras. En aquellos días se creyó inminente un rompimiento entre franceses y austriacos, y estuvo á punto de estallar una guerra europea de consecuencias trascendentales, en la que España hubiera tomado parte, sin duda, haciendo causa común con Austria y Nápoles.

En la provincia de la Umbría, y situado en el centro de la media circunferencia que concurren á trazar los pueblos de Narni, Terni, Spoleto, Foligno y Peruggia, encuéntrase sobre el alto Tíber el pequeño pueblo de Todi, con un puente sobre aquel histórico río. Por él atravesó Garibaldi cuando tuvo noticia de nuestra llegada á Rieti, después de abandonado Narni. Constituía Todi en aquellos momentos un punto estratégico de primera importancia, tanto por el puente, único paso que se encontraba en una larga extensión de la citada línea de agua, como por la naturaleza topográfica del terreno, que hacían aquella cuenca la mejor y más practicable para un ejército que se mo-

viera de Norte á Sur, es decir, desde la Toscana hacia la Sabina y la frontera napolitana. Dispuse, en consecuencia, que no fuera Todi ocupado por fuerza alguna de las que dominaban en Terni y Spoleto, á fin de que si Garibaldi—que á la sazón vagaba por las Marcas apoyado siem-



GARIBALDI.

pre en las faldas del Apenino—realizaba el atrevido intento de volver al país que poco antes había abandonado, encontrara paso franco, sin dificultad ni obstáculo, por el puente de Todi, y que mientras yo le atraía por medio de algunas marchas y movimientos inseguros que le demostraran vacilación y desconfianza, Lersundi se corriera rápidamente desde Spoleto hasta ocupar el puente de Todi, para lo cual le

había comunicado órdenes precisas, quedando así Garibaldi sin retirada posible y encerrado entre mis tropas, las de Lersundi y el Tíber, operación de la que sin duda hubieran escapado muy escaso número de sus voluntarios. Mas aquel jefe, que en todas las ocasiones de su vida ha dado muestras de singular osadía, emprendiendo siempre operaciones muy superiores á sus medios, tuvo entonces por mejor resolución la de seguir los consejos de la prudencia. Internóse en el Apenino, franqueando la cordillera en los días 26 y 27 de Julio, después de haber encontrado cerradas por una población hostil las puertas de Avezza, y el 29 penetró en Urbino, al lado allá de los montes, corriéndose, sin abandonar sus fragosidades, hasta la pequeña república de San Marino, en cuyo territorio depusieron las armas sus voluntarios, ganando él con algunos compañeros de infortunio el puerto de Cesanatico sobre el Adriático. Embarcóse allí en unas lanchas pescadoras el 2 de Agosto, y arribando al litoral de la Lombardía, después de haber sufrido en el mar la persecución de los buques austriacos que bloqueaban á Venecia, encontró asilo en los Estados del Rey de Cerdeña, desapareciendo luego de la escena militar y política para pasar á América, y esperar los tiempos en que debía recoger tan preciados laureles en defensa de la libertad y de la unidad de Italia.

El 13 de Agosto salí de Terni, acompañado sólo de mi estado mayor y la escolta, con objeto de revistar las tropas acantonadas en Spoleto al mando de Lersundi. En pocas horas recorrimos á caballo las 18 millas que separan las dos ciudades, sobre un excelente camino que atraviesa los campos más hermosos de la Italia meridional. Encontrábase en Spoleto el general Lersundi, con un batallón de la Reina Gobernadora, el de cazadores de Simancas y el escuadrón napolitano de Colonna, cuyo excelente porte y perfecta policía moviéronme á escribir al Duque de Rivas haciendo un justo elogio de aquellas tropas, con objeto de que en mi nombre se sirviera transmitirlo al Rey de Nápoles. Dos días me bastaron para revistar aquellos cuerpos, reconocer el país vecino y visitar la ciudad, no menos interesante, por cierto, que las que ya conocíamos en aquella parte de la Península. Fué Spoleto capital de la Umbría hasta la invasión de los longobardos, y posee monumentos históricos de gran estimación, entre los cuales, algunos convertidos en ruinas, son de fecha anterior á la dominación romana. Llamaron especialmente nuestra atención los restos de un magnífico teatro, los de un palacio en que, al decir de los naturales, se aposentó Teodorico, y la iglesia del *Crocifisso*, edificada fuera de la ciudad y sobre los restos del que fué templo de la Concordia. Como recuerdo histórico muy apreciado por sus habitantes, tiene Spoleto el de haber salvado á Roma por la resistencia que opuso á Anibal, y por la batalla que las legiones ga-

naron cerca de la ciudad sobre las huestes del vencedor de Trebia. No salí de Spoleto sin haber autorizado á Lersundi para que aceptara la invitación de que fué objeto por parte del general que mandaba la brigada austriaca de Peruggia, rogándole asistiera á la fiesta que debía celebrarse en aquel punto con motivo de ser el 18 el santo del Emperador.

Con el mismo objeto que me llevó á Spoleto, emprendí algunos días después, desde Terni, una excursión á Narni, habiéndome alojado en el palacio arzobispal, para deferir á las reiteradas súplicas de monseñor Giuseppe Galligari; allí recibí una hospitalidad verdaderamente regia, á la vez que muchos y muy interesantes pormenores de labios mismos del prelado, relativos á la permanencia de Garibaldi en aquel punto; el Obispo obsequió además con un banquete á la oficialidad del batallón de Ciudad Rodrigo, que le guarnecía, en cuya fiesta no faltaron brindis ni vivas en honor de Su Santidad y de España.



Los cazadores de Colonna.

Organizadas aquellas provincias bajo la autoridad de los delegados pontificios, restablecido por todas partes el orden material, sólida y militarmente ocupados los puntos de mayor importancia, ninguna razón militar ni política me obligaba á permanecer en el territorio. Antes bien, era necesaria mi presencia en Velletri, para seguir las instrucciones de mi Gobierno y estar á la mira de los acontecimientos políticos. Había recibido además de S. M. siciliana invitación para asistir á la gran parada que se verificaría en Nápoles, como todos los años, el 8 de Septiembre, aniversario de la batalla de Velletri ganada sobre el ejército austriaco en 1744 por Carlos III. Deseaba S. M. que el ejército español estuviera allí representado por el general que mandaba la división y por el mayor número de oficiales posible, y como esta fecha coincidía con el viaje que se proponía hacer Su Santidad de Gaeta á Portici, escoltado por los buques de las escuadrillas francesa y española, hube de recibir también invitación del Papa

para que le acompañara en aquella corta travesía, siempre que me lo permitieran las atenciones de mi cargo.

Salí, pues, de Terni para regresar á Velletri el 21 de Agosto, en compañía de Zavala, y llevando el batallón del Rey, el de Granaderos, dos escuadrones de Lusitania y la compañía de Ingenieros que mandaba el Duque de Gor, agregada siempre al cuartel general. Con el mando de las fuerzas restantes y de las provincias de Rieti y Spoleto quedó Lersundi. De Rieti á Nerola seguimos el mismo camino ya conocido; pernoctamos en aquel punto en la noche del 27, y la siguiente en Monte Rotondo, habiendo dejado á nuestra izquierda el antiguo itinerario, pues era inútil ya penetrar en el interior de las montañas. El 29 pasamos á la vista de Tívoli, guarnecido por tropas francesas, cuyo jefe, un coronel de veterana presencia, hizo á las nuestras los honores correspondientes, y adelantando la caballería hasta Mentana, sobre el camino trasversal que desde Monte-Rotondo conduce al puente de Lignano, dispuse que la infantería se detuviera en Zagarolo á pasar la noche, prosiguiendo yo la marcha con Zavala, con el intento de llegar á Velletri algunas horas antes que las tropas.

Durmiendo me encontraba en esta ciudad en la madrugada del 30, cuando recibí urgente aviso del coronel D. Carlos María Yauch, manifestándome que en el cantón de Zagarolo, de que era jefe, habíase turbado el orden aquella noche, siendo hostilizadas nuestras tropas á mano armada por los paisanos del lugar, y sucumbiendo el soldado del batallón de Granaderos, Jerónimo Díaz, víctima del puñal. Muy pronto tuve mayores detalles de lo ocurrido, y supe que sobre las nueve de la noche, los paisanos, en número de 150 á 200, comenzaron á circular por el pueblo en grupos de ocho ó diez, con objeto de sorprender á las tropas en sus alojamientos, lo que en algunos puntos lograron, separándolos de sus armas, quitándoles las municiones y encerrándolos en sus cuartos sigilosamente. Era una conspiración que tenía por objeto repetir con nuestros regimientos una escena de asesinatos y de horrores que recordase las famosas *Vísperas sicilianas*. El desgraciado Jerónimo Díaz, asistente ó *machacante* (1) de los sargentos de una compañía, que salió desarmado y solo á comprar vino para la cena, cayó atravesado el corazón por una puñalada, muriendo instantáneamente y sin poder dar siquiera las señas del asesino. Pero bastó aquel hecho para dar en todo el pueblo la señal de alarma. Un soldado de los que estaban de vigilancia en una de las casas, cerca de la ventana, hizo fuego sobre uno de los grupos. Entendieron los conjurados que había llegado el momento de proceder á la matanza, y comenzaron á subir á las

(1) Nombre original que se dá en los Cuerpos al soldado que hace el rancho de los sargentos.

casas, mientras que la tropa, á su vez, forzaba las puertas, recuperaba sus armas, armaba las bayonetas y salía despavorida, formando grupos, á medio vestir y profiriendo gritos de furor y de amenaza. La brillante escuadra de gastadores que custodiaba los equipajes del cuartel general, salió del palacio que le servía de alojamiento, y machete en mano, comenzó á cargar á los amotinados. Uno de los gastadores, llamado Francisco Expósito, señalóse por su arrojo, matando á dos ó tres paisanos. El joven y valiente ingeniero Cesáreo Orbea dió á correr, solo, en pos de un grupo fugitivo, logrando alcanzar á uno de los asesinos y atravesándolo con su bayoneta; y como se volvieran contra él los que corrían, dióse el soldado español tan buena maña y defendióse tan gallardamente, que hiriendo á otros, hizo á los restantes prisioneros. Mis lectores recordarán que en otro lugar he citado ya á Cesáreo Orbea, como modelo de soldados, al hablar de lo que son y de lo que valen los asistentes en nuestro ejército. Orbea pasó después, como ordenanza de la Dirección general de Ingenieros, al inmediato servicio del general Zarco del Valle, por quien contrajo profundo sentimiento de veneración y respeto, asistiendo y prestando asiduos cuidados al anciano é ilustre general hasta los últimos instantes de su vida. No huelgan, pues, aquí su nombre ni su recuerdo.

En otras calles de Zagarolo ocurrieron escenas parecidas, y fué necesaria toda la autoridad de los jefes y oficiales, toda la energía y serenidad de Yauch y toda la disciplina á que estaban acostumbradas las tropas, para que aquella noche no fuera la población de Zagarolo reducida á cenizas y sus habitantes pasados á cuchillo. Los soldados les hicieron, sin embargo, muy cerca de 20 muertos, doble ó triple número de heridos y muchos prisioneros. De éstos, veinte y siete fueron sujetos al consejo de guerra, por haber encontrado, á unos, armas blancas y de fuego, y por resultar otros complicados en el motín, entre los que sustrajeron los cartuchos y armas pretendiendo encerrar á los soldados en las casas. El 30 funcionó todo el día el tribunal, y el 31 por la mañana fueron pasados por las armas dos acusados, cuyo crimen resultó comprobado, condenando á cadena perpetua y á penas menos graves á otros, según las inculpaciones y pruebas que arrojaron los procedimientos. El consejo de guerra se inspiró, no obstante, en la clemencia, por lo muy castigada que había quedado la población de mano misma de los agredidos.

Sólo dos días permanecí en el cuartel general de Velletri. El 3 de Septiembre, con el general Zavala, el brigadier Marqués de Casasola, el Conde de Cumbres Altas y mis ayudantes, salí de aquella ciudad en dirección de Gaeta, corriendo la posta, y al siguiente día emprendían el mismo camino, para hacer también el viaje á Nápoles, el Sr. Gutiérrez

de la Vega y un pintor español de reconocido mérito, cuyo nombre escapa á la fidelidad de mi memoria. Encontré empavesada aquella ciudad, y disponiéndose sus habitantes á despedir al santo huésped, que durante muchos meses había encontrado en ella seguro refugio y las más señaladas muestras de respetuosa adhesión. Pío IX, molestado por los fuertes calores que todavía reinaban en aquel punto de la costa, aceptaba la generosa hospitalidad que Fernando de Sicilia le ofrecía en su magnífico palacio de Pórtici, sobre la orilla del incomparable golfo de Nápoles. Desde por la mañana del 4, una compacta multitud principió á dirigirse hacia el puerto, en cuyas aguas balanceábanse, adornados con gallardetes y banderas pontificales, los buques napolitanos y españoles y el francés *Vauban*. En el primero de los napolitanos debían embarcarse Su Santidad y su corte, advirtiéndose, como curiosa circunstancia, la de ser aquella la vez primera que un Papa emprendía una travesía á bordo de un buque de vapor. Acompañábanle S. M. el Rey de Nápoles, S. A. el Conde de Trápani y algunos cardenales, entre los que recuerdo á Antonelli, Sforza, Asquini, Picolomini, y monseñor Garibaldi, Nuncio apostólico en las Dos Sicilias. Á bordo del *Guiscardo* iban la Reina de Nápoles y muchas elegantes damas de su séquito, que, por acompañar al Pontífice, habían llegado á Gaeta días antes, y en los demás buques repartiéronse los muchos personajes, generales, ministros y embajadores que formaban parte de la expedición. Los españoles, con el embajador de Austria, Sr. Conde de Esterhazy, subimos á bordo del *Colón*, que llevaba la insignia del contraalmirante D. José de Bustillos. Las repetidas salvas de los fuertes, el cañoneo de los buques y las aclamaciones de una población ebria de entusiasmo, despidieron al Pontífice, emprendiendo muy luego la escuadra su corta navegación bajo un cielo que también parecía vestir sus mejores galas para festejar al Jefe de la Iglesia, y sobre una mar tranquila, cuyas olas azules iban á morir pausadamente en las orillas de aquellas dichosas costas italianas.

Á poco empezamos á divisar el famoso río Garegliano, cuyas arenas fueron en otro tiempo heroicamente holladas por los soldados españoles al mando de Gonzalo de Córdova. Sus mansas aguas corren á confundirse con las del Mediterráneo, entre frondosas arboledas y pintorescas rocas, formando en su desembocadura una brillante línea de blanquísimas espumas. Agrupados sobre la cubierta del *Colón* y fija la mirada en el río, el sentimiento de aquellas glorias pasadas hirió nuestros corazones españoles con una intensidad desconocida, reproduciéndosenos la imagen de aquel soldado insigne, el primero que en los tiempos modernos estableció las bases del arte de la guerra; recordando nuestra incomparable infantería que hasta Rocroy no fué vencida en ocasión al-

guna, y creyendo ver en la faja de espumas que marca la desembocadura del Garegliano, permanente corona que atestiguará siempre nuestra fama. No se encontrará quizás en el antiguo reino de Nápoles un solo palmo de tierra que no despierte recuerdos españoles.



EL GAREGLIANO.

Perdido de vista el Garegliano, y á media distancia entre Gaeta y Nápoles, encuéntrase el río Volturno, cuyas riberas fueron también teatro de reñidas batallas y de triunfos memorables para nuestras armas. Más allá, sobre la costa, se divisa la *linterna* ó *foce di Patria*, donde está la tumba de Scipión el Africano, y sobre la derecha descúbrese pronto, hacia el mar, la gigantesca roca que forma la isla de Ischia, cubierta de laureles, de árboles frutales y de flores, donde por tantos siglos ondearon el estandarte aragonés y la bandera de Castilla. El *Tancredo* tuvo que detenerse entre la poética Prócida y la punta Sur del Cabo Miseno, para que el Papa, que permaneció todo el día sobre cubierta, y cuyas blancas vestiduras se divisaban desde lejos, pudiese bendecir á la muchedumbre que desde la costa y las islas salía en multitud de barcas al encuentro de los vapores. Al penetrar el *Tancredo* en el golfo de Nápoles, dirigió su rumbo por todo lo largo de la costa, pasando á muy corta distancia de la capital, recibiendo los saludos de sus baterías y castillos, y los de la población en masa, agolpada en los muelles. Un navío inglés anclado en el puerto hizo también los honores á Su Santidad con 21 cañonazos, y mientras tanto, la escuadrilla toda se dirigía á fondear en las aguas de Pórtici, donde esperaban á Su Santidad, á más de un inmenso gentío, SS. AA. RR. el Conde de Aquila, el Príncipe de Palermo, el infante D. Sebastián, los embajadores españoles Duque de Rivas y Martínez de la Rosa, todos los coches de la corte rodeados de numerosos destacamentos de la Guardia Real á caballo y á pie, y los granaderos formados en orden de parada desde el lugar designado para el desembarque hasta el palacio. Su Santidad aquella tarde admitió á su mesa al Rey y á su familia, mientras que el

cardenal Antonelli invitaba á la suya á todos los cardenales y á muchas otras personas, entre las cuales tuve la honra de contarme.

Muy largos serían de enumerar los festejos, obsequios y atenciones de que fuimos objeto durante los pocos días de nuestra permanencia en Nápoles. Básteme decir que el 8 de Septiembre, día señalado para la gran revista de 25.000 hombres que debía pasar el Rey, puso S. M. á mi lado al coronel Duque de Mignano en calidad de ayudante de Campo; que en nuestros coches penetramos en palacio hasta el mismo sitio reservado á los príncipes, y que S. M. me colocó luego á su derecha en el balcón para presenciar el desfile, circunstancia que produjo general sorpresa, pues nunca había ocupado personaje alguno la derecha del Rey en los balcones de su palacio, donde, según la etiqueta, sólo podían situarse individuos de su familia ó príncipes de casas reinantes.

Visité en los días sucesivos todos los establecimientos militares, y antes de mi marcha dispuso el Rey que las tropas que habían tomado parte en la revista hicieran, en honor mío, un simulacro de guerra, demostrando en él sus buenas condiciones de movilidad—muy inferiores, sin embargo, á las de los cuerpos españoles—y la excelente instrucción que poseían, adiestradas con arreglo á la táctica prusiana, que ya entonces comenzaba á prevalecer en Europa. El Duque de Rivas, representante de la Reina en aquella corte, ofrecióme en el palacio que habitaba un gran banquete, seguido de un baile, al que concurrió toda la nobleza napolitana. Nada más bello que el lugar que ocupaba nuestra cancillería en la risueña ribera del Chiaya, sirviéndole de antemuro las Villas Reales, sobre las que venían á estrellarse las olas del golfo. Aquella noche pude conocer á las damas más aristocráticas y hermosas de la corte napolitana, entre las que figuraban nuestras compatriotas la Duquesa de Bivona y la Condesa de Scláfani. La colonia española dióme otras comidas y muy concurridos saraos, brillando por su magnificencia la casa de los Duques de Bivona, en la que ya se hacía notar un niño de fisonomía inteligente, conocido después, en la sociedad de Madrid y en nuestros Parlamentos, con el título de Conde de Xiquena. Antes de abandonar aquella capital fuí agraciado por S. M. con la gran cruz de San Jenaro, regalándome las insignias de esta orden que había usado el Rey su padre. Otra gran cruz recibió el general Zavala; la de Francisco I, Lersundi; la de Constantino, el Marqués de Casasola y otras de menor categoría los restantes jefes de la expedición. El Papa, á su vez, me condecoró, de su propia mano, con la gran cruz en brillantes de Pío IX, siendo de advertir la circunstancia de que esta orden sólo pueden usarla con piedras preciosas aquellos que reciben personalmente esta gracia y este regalo de Su Santidad. Manifestóme

el Pontífice, al despedirme, que había dado orden de acuñar una medalla de bronce, igual para todas las clases militares, con la que pensaba



LA DUQUESA DE BIVONA.
(Según un retrato de la época.)

perpetuar el recuerdo de la intervención en sus Estados de los ejércitos mediadores, y poco tiempo después fueron repartidas á todos los individuos que componían los cuerpos austriaco, francés, napolitano y español.

El 20 de Septiembre abandoné aquella corte para regresar á Velletri, y pocos días después pasé á Roma atendiendo á la cortés invitación del general francés Rostolan, que deseaba conociera las tropas de su mando. Deseaba también ofrecer mis personales respetos á los tres Cardenales que asumían el poder en Roma, y en los primeros días de Octubre llegué á la capital del orbe católico. Recuerdo que desde el momento en que al General en jefe francés le fué conocida mi llegada, envióme al general Fauban, gobernador militar de la plaza, con una guardia de honor, que rehusé de la manera más atenta y con las palabras de agradecimiento que merecía la delicada atención de S. E. No tardé por mi parte en ir á visitarle, demostrándome durante nuestra larga entrevista las simpatías que le inspiraba nuestro ejército, cuyo valor y cualidades militares conocia por haber tomado parte en nuestra guerra de la Independencia bajo las órdenes del mariscal Suchet; no terminó aquella entrevista sin que el General me anunciara un gran banquete, con el que pensaba obsequiar á los generales españoles dos días después, cuando juntos hubiéramos recorrido las fortificaciones de la plaza, y explicádome él, sobre el terreno, las recientes operaciones del sitio.

Al siguiente día, después de recibir al general Rostolan, que vino á pagarme la visita, fuí presentado en audiencia oficial á los tres cardenales que componían la Comisión gubernativa de Estado, siendo introducido en sus habitaciones del Quirinal por el ministro del Interior, monseñor Pabelly, y recibido con toda ceremonia y etiqueta. No hay para qué decir cuáles y cuántos fueron los cumplidos y protestas que mutuamente nos dirigimos. Sus Eminencias, al despedirme, se dignaron acompañarme hasta la última antecámara. Dos días después tuve el alto honor de que vinieran en corporación á mi casa, anunciados que fueron por el Secretario encargado de nuestra Embajada en Roma. Recibílos al pie de la escalera, con las mayores demostraciones de respeto, y al retirarse manifestáronme reservadamente que las diferencias que existían entre el Gobierno pontificio y el General en Jefe del ejército francés les obligaban á ser cautos, privándoles del gusto que hubieran tenido en ofrecerme una comida, y en demostrarme así, de un modo más ostensible, la consideración que les inspiraba mi persona y mi conducta para con el Gobierno pontificio; pero me invitaron á una visita á la Basílica de San Pedro, que realicé en su compañía.

Con el general Rostolan recorrí después, en coche, todo el recinto murado de la ciudad, y terminó la tarde con una gran comida, menudeando al final los brindis de los generales franceses en honor del ejército español, y los nuestros por la prosperidad y la gloria del francés. A estas atenciones, que se completaron con varias serenatas y un gran simulacro, ejecutado fuera del Puente Molle, y presenciado por gran

parte de la población romana, muy aficionada á estos espectáculos, correspondimos nosotros, algunos días después, en Velletri, con otro gran banquete y otro simulacro, en el que nuestros soldados no quedaron seguramente rebajados, ante toda la plana mayor del ejército francés, llegada de Roma con objeto de presenciar aquellas fiestas militares. No fué, pues, menos lisonjera la acogida que merecimos los españoles en Roma, que la de que fuimos objeto en la corte de las Dos Sicilias. A más de las particularidades que dejo consignadas, recibí agasajos, invitaciones y visitas de toda la nobleza romana y del alto clero. Los príncipes de Altieri, Borguese, Massimo, Doria, Aldobrandini, Torlonia, Pamfili y otros grandes señores, me honraron visitándome en mi casa, á la vez que los cardenales, obispos, generales de las órdenes monásticas y demás personajes de viso y nombradía de Roma y de la corte pontificia. Con muchos contraje duraderas relaciones de amistad, y muy especialmente con el Príncipe de Torlonia, que me acompañó á visitar todos los grandes monumentos, y que á mi vuelta á Velletri me condujo en su coche desde Roma, dándome un gran almuerzo en su *villa* de Castel-Gandolfo, al que asistió mi estado mayor, también invitado. En aquella residencia, verdaderamente regia, que situada á 10 kilómetros de Roma da vista á la gran ciudad, tuve la honra de ser presentado por Torlonia á la princesa, su mujer, que era entonces la dama más hermosa y elegante de toda Italia.

No puedo ya detenerme en describir las muchas oscilaciones políticas que en estos tiempos se produjeron en Europa, relacionadas con la actitud del futuro emperador de Francia en las cuestiones italianas y con el deseo y los esfuerzos que realizaron Austria y la misma corte pontificia, para que la ocupación francesa terminase en Roma, siendo sustituída por la que prestaríamos los españoles, quedando allí indefinidamente. Pero nuestro Gobierno deseaba que la división se retirase, y á las excitaciones de Antonelli—que hasta ofreció cargar sobre el presupuesto pontificio los gastos todos de la ocupación,—y á las negociaciones del ministro austriaco Conde de Esterhazy, contestó Pidal que España necesitaba encerrarse en una política de absoluta neutralidad y de no intervención en los negocios de los otros pueblos, como lo aconsejaban, de consuno, nuestra situación geográfica y nuestros intereses; política de que sólo podía habernos separado la situación de Su Santidad, cuando destronado por la revolución, se había visto obligado á abandonar el territorio de su soberanía. En su consecuencia, recibí la orden de regreso en los últimos meses de 1849, y en Marzo del siguiente año me embarcaba con las últimas fuerzas en Civita-Vecchia, no abandonando el territorio de la Iglesia sin que el joven Don Antonio Remón Zarco del Valle, hijo del general del mismo nombre,

que, como Auditor general del ejército, había sustituído meses antes á D. Serafín Estévanez Calderón, publicara una amplia amnistía, dejando en libertad á todos los que por causas políticas permanecían todavía sujetos á nuestros procedimientos militares, y levantando algunas multas impuestas á los pueblos, excepción hecha de la de Zagarolo, cuyo valor íntegro fué entregado á los ancianos padres del desgraciado granadero Jerónimo Díaz, vilmente asesinado en la noche del 31 de Agosto. En Portici me despedí de Su Santidad; en Nápoles, de la Corte siciliana, y en Roma, de la Comisión gubernativa de Estado y de las autoridades francesas. Comisiones de todas las ciudades que habíamos ocupado vinieron á Velletri y Terracina con objeto de despedir oficialmente á las últimas tropas, entregándome certificados que demuestran la perfecta conducta que por todas partes observaron nuestros soldados, y preciadas y muy honoríficas patentes que conservo, declarándome ciudadano é hijo adoptivo de aquellas poblaciones; y en Roma visitóme en corporación el Municipio, que también me entregó carta de ciudadanía romana para mí y mis déscendientes.

Tales fueron, muy someramente expuestas, las circunstancias todas de la expedición española á Roma en el año de 1849. Cuantos conozcan bien la situación de la Italia en aquellos tiempos; los gravísimos problemas suscitados allí y en toda Europa con motivo de la revolución de los Estados Pontificios, y la importancia de la cuestión del poder temporal de la Santa Sede, puesto ya en tela de controversia por los partidarios de la unidad nacional en toda la Península, comprenderán perfectamente los motivos á que obedeció el Gobierno del Duque de Valencia para intervenir directamente en la reposición del Papa tan luego como estallaron los primeros síntomas de la revolución que derrocó el trono de San Pedro. Restaurado éste, nada nos quedaba que hacer en territorio italiano, porque nuestra gestión diplomática y nuestra acción militar no podía tener otra significación ni otro objeto; así como el deber en que para ello estuvimos, dada nuestra significación en Europa, la índole de nuestra Monarquía y de nuestro Gobierno y la historia en fin de nuestro pueblo y sus tradiciones, fué, y no pudo menos de ser, ineludible. Por lo demás, ni los escasos diez mil españoles podían haber resuelto en Italia sus inmensas cuestiones, ni España fué á ventilar allí ningún asunto que directamente se relacionara con sus intereses materiales y nacionales. Tuvo pues razón D. Antonio de Benavides al calificar de *sentimental* la política del Gobierno; pero olvidó, al combatirla, que estas obligaciones de carácter puramente moral se imponen á veces en la vida de los pueblos como en la de los individuos, con igual imperio que las más apremiantes necesidades materiales. Díganlo si no las guerras que por motivos exclusivos de religión han sostenido todos los pueblos y naciones.

España abandonó pronto la política seguida en 1849, guardando, ante los grandes acontecimientos que después se desarrollaron en Italia, una actitud pasiva. Perdimos con ello la ocasión, cuando no el derecho, de intervenir en los asuntos europeos, consumiendo en cambio nuestra actividad, nuestras fuerzas y nuestra iniciativa, en estériles luchas interiores. Mas, por otra parte, empeñada como estaba ya nuestra política en pro de una causa decadente y en defensa de una institución moribunda, quizá de haberla seguido hubieran resultado consecuencias funestas para la patria; quizá al oponernos al invencible desarrollo de una gran evolución histórica hubiéramos sido arrollados por su corriente, porque detrás del Papado y á espaldas de sus intereses mundanos levantábase la causa de la Italia, y la causa de la Italia, según una célebre frase del Conde de Cavour, debía ser fallada en pro por el tribunal de la opinión pública.





CAPITULO XIII.

Regreso á España.—Dos decretos en la *Gaceta*.—Frases y disposiciones de Narváez.—La situación del partido moderado y los ímpetus del Presidente del Consejo.—Determina un día prender al Rey y enviarlo al alcázar de Segovia.—Resistencia que opongo.—Otra escena.—En Palacio.—Soy relevado de la Capitanía general de Castilla la Nueva.—La crisis y el Ministerio Bravo Murillo.—Otra vez en la Capitanía general.—Paso de nuevo á la Dirección de Infantería.—Mis trabajos, proyectos y reformas.—Nuevas crisis.—El regicida Martín Merino.—Malos augurios.—Sobre la reforma constitucional y el proyecto de golpe de Estado.—Mis ideas políticas y las enseñanzas de los tiempos.—Una entrevista importante.—La dimisión que siguió.—Organízase una oposición militar.—Cómo salvó el partido moderado á las instituciones liberales en España.—Los ministerios Roncali y Lersundi.—Proyectos para la formación de un gobierno parlamentario.—Sobre Narváez.—Rehuso formar parte del Ministerio San Luis.—Vuelvo á ocupar la Dirección de Infantería.—Cartas de Ros de Olano y de D. Salvador Bermúdez de Castro.—Los primeros pasos de San Luis.—Iníciase la lucha.—Una página de D. Andrés Borrego.—Necesidad de que otros expliquen la conspiración que empezó.—El período de resistencia.—Excitaciones á la insurrección y proclamas clandestinas.—Rechazo las proposiciones de Ros de Olano.—En el despacho del Ministro de la Guerra.—Donde creo hacer justicia á D. Domingo Dulce.—Cómo entendí yo mi deber.—El suceso del Campo de Guardias.

A mi regreso de Italia, fuí recibido en Barcelona con grandes demostraciones de simpatía por el digno D. Ramón la Rocha, capitán general á la sazón del Principado, y por los cuerpos del ejército, muchos de los cuales habían formado parte de la división expedicionaria.

En Lérida hízome iguales demostraciones su gobernador militar, don Domingo Dulce, y en Zaragoza fuí también objeto de las atenciones extremadas que me tributó la sociedad aragonesa, la guarnición y el capitán general D. Fernando Norzagaray, antiguo compañero mío de la Guardia.

Al llegar á Madrid el 7 de Mayo de 1850, y apenas entré en mi casa, supe que en la *Gaceta* de aquel mismo día se publicaban dos decretos, confiriéndome por el uno la Capitanía general de Castilla la Nueva, y por el otro la gran cruz de San Fernando. Mucho agradecí á la Reina y al Gobierno aquellas distinciones inmerecidas, pero anhelaba yo entonces descansar, y cuando á las pocas horas fuí á casa de Narváez, llevaba el propósito de declinar el mando del distrito. Pero Narváez me recibió con tales demostraciones de agrado y de cariño, que ni me quiso escuchar, apenas le indiqué mi pensamiento.

—Al contrario—me dijo:—se va V. á encargar de la Capitanía general mañana mismo. Necesito á Mirasol en otro lado, y su nombramiento de V. ha sido resuelto por unanimidad en el Consejo de Ministros. ¡Yo sí que necesito descansar! El gobierno me pesa, y la mitad de los que fueron mis amigos me hacen ahora una guerra sorda é implacable. Ya se irá V. enterando..... Pero me debo al país, cuya tranquilidad no está consolidada todavía, y es preciso que V. me ayude.

Híceme cargo de la Capitanía general de Madrid, no siéndome difícil apreciar pronto cuál era la situación de los partidos y del Gobierno.. Durante mi permanencia en Italia había tenido lugar, en Octubre de 1849, una crisis total del Ministerio, constituyéndose uno, bajo la presidencia del Conde de Cleonard, que duró sólo doce horas, y que se conoce con el nombre del *Ministerio Relámpago*. Narváez fué nuevamente llamado por la Reina, y todos sus compañeros se encargaron de sus mismas carteras. En Marzo de 1850 seguían, pues, desempeñando: el Ministerio de Estado, D. Pedro José Pidal; el de Gracia y Justicia, Arrazola; el de Hacienda, D. Juan Bravo Murillo; el de la Guerra, Figueras; el de Marina, el Marqués de Molins; el de Gobernación, Sartorius, y el de Comercio, D. Manuel de Seijas Lozano.

Encontré al partido progresista desarmado y sin alientos. La dictadura que ejercía Narváez, la represión de la prensa, las proscripciones últimamente decretadas, y la lealtad con que el ejército secundaba por entonces esta política, reducían á los progresistas á la impotencia, y esto sin contar con la reacción autoritaria que se iniciaba en toda Europa después de los anárquicos dos años de 1848 y 1849. Pero, en cambio, estallaban hondas diferencias en el seno del partido moderado, producidas, ora por opuestas apreciaciones políticas, ora por enemista-

des y rozamientos personales. De estas circunstancias era Narváez la primera víctima y el blanco más expuesto á todos los ataques, unas veces dirigidos públicamente, y otras asestados por medio de alianzas, pactos y secretos, para futuras combinaciones. El Parlamento, abierto durante cortos meses del año, y esto por mera fórmula, intervenía poco en la política y poco también en las tareas que le eran propias, pues las más de las veces se legislaba por decretos, venía luego la sanción de cuanto hacía el Gobierno, y hasta para el ejercicio de los Presupuestos se apelaba con harta frecuencia á las autorizaciones previas.

Demasiado conocen ya mis lectores á Narváez, para no adivinar su actitud ante los ataques ó intrigas que en torno suyo se fraguaban. A la guerra contestaba con la guerra; y como el largo ejercicio del poder, la costumbre de ser obedecido siempre, el respeto de que vivía rodeado, y quizá también la influencia de la lisonja, constituyen elementos capaces de perturbar los caracteres más firmes, Narváez soportaba mal, muy mal, las contrariedades referidas, y contestaba á ellas con actos de violencia y de arrogancia que labraban cada día su impopularidad en los altos círculos de la política y en la opinión del país. Un día, por ejemplo, encontró en la cámara á un gentil-hombre, Grande de España, muy estimado de la Real Familia, que gozaba en Palacio de mucha autoridad. El Grande llevaba en su sombrero tricornio una pluma blanca, como creo es antigua costumbre usarla entre los de la clase. Narváez, sin embargo, le atropelló allí públicamente, con frases destempladas, manifestándole que les obligaría á todos á quitarse la pluma blanca, que nadie podía llevar en el sombrero sino los ministros de la Corona ó los capitanes generales del ejército. Sobre los puestos que debía ocupar en la mesa de Palacio, en las capillas ó solemnidades análogas, promovía frecuentes conflictos, y un Jueves Santo, al ver que los Grandes se cubrían en presencia de S. M., hizo también que se cubrieran varios generales que le acompañaban, sin tener derecho á ello. A los que le hacían la oposición en las Cortes, mirábalos como á enemigos personales, y una vez, á poco de mi vuelta de Italia, creyéndose ofendido por D. Manuel de la Concha porque éste había votado en contra del Gobierno, me llamó y dió el encargo de ir á desafiarle en su nombre. Al día siguiente llegué temprano á casa de Narváez, y fué grande su admiración primero, y luego su contento, cuando le dije con franqueza que en vez de traer concertado el lance, venía á que me ratificase su encargo, pues no había ido á ver á Concha ni le había desafiado creyendo que, meditado bien todo y no pudiendo nadie mirar como un ultraje un voto contrario en el Parlamento, la opinión le sería adversa en aquel caso.

Benavides, Pastor Díaz, Donoso Cortés, Ríos Rosas y muchos hombres políticos del partido moderado, le combatían; uníanse á ellos con diferentes alternativas algunos generales influyentes, entre los que figuraban D. Leopoldo O'Donnell, que me había sucedido en la Dirección de Infantería durante mi permanencia en Roma, D. Manuel y D. José de la Concha, D. Antonio Ros de Olano y algunos otros influyentísimos en la opinión y en Palacio. La importancia de estos personajes había crecido mucho con el tiempo, y la de los Conchas era tal, que según aseguraba Salamanca en el Casino, no se decidía nunca el Duque de Veragua á levantarse de la cama sin dirigir á su ayuda de cámara esta pregunta:

—Francisco, ¿están contentos los Conchas?.....

La oposición de los generales era lo que más conmovía siempre al Duque de Valencia, y durante todo aquel período fué contradictoria su conducta con respecto á ellos, pues si bien no pudo ya reconciliarse sinceramente con O'Donnell, utilizó muy en breve los servicios de otros oposicionistas, encomendándoles mandos importantes. No tardé yo, por mi parte, en sufrir un choque, y por motivos bien singulares, con mi irascible amigo, choque que produjo graves consecuencias en mi carrera y en mi vida, y algunas también trascendentales en los sucesos públicos.

Ya he dicho que la conducta del Presidente del Consejo, sus violencias, sus actos, á veces arbitrarios, y sus arrebatos airados, llegaron en ocasiones á obscurecer su estrella en Palacio y á molestar al rey don Francisco, quien, según se dijo—sin que yo pueda asegurarlo ni desmentirlo ahora—comenzó desde entonces á entenderse con los disidentes del partido, y, según la frase misma de Narváez, á «conspirar contra el Gobierno». Ignoro cuáles serían los motivos que indujeran á Narváez á tomar una medida extraordinaria y tal como nadie podría concebirla; pero es lo cierto que una mañana recibí recado urgente de su parte, para que me presentara en seguida en su casa, y una vez allí, me dijo con ademanes nerviosos y con voz profundamente alterada, que, habiéndose convencido por recientes confidencias de que el Rey hacía causa común con los disidentes y conspiraba contra el Gobierno, había resuelto prender aquel mismo día á los generales sus amigos, y enviar al Rey arrestado al alcázar de Segovia. Júzguese de mi sorpresa y de mi contrariedad. Como en los momentos críticos, Narváez se paseaba violentamente por el cuarto, arrugando con mano febril el pañuelo que continuamente sacaba y guardaba en el bolsillo; era el anuncio de las grandes tempestades.

—Ya sabe V.—añadió—cuál es la resolución del Gobierno, y le he avisado para que en seguida ponga V. las tropas sobre las ar-

mas y recorra los cuarteles durante todo el día, respondiéndome del orden.

No creí poderme dispensar de manifestarle toda la extrañeza que me causaba su resolución.

—Si pongo las tropas sobre las armas—le contesté—y recorro como Capitán general los cuarteles sin causa que lo justifique, sin temores de que el orden público se altere, ni movimiento alguno de parte del ejército ni del pueblo, se va á producir una conmoción profunda, no sólo en Madrid, sino en España, y vamos á promover una especie de alboroto político de graves consecuencias. Por lo demás, si V., como jefe del Gobierno, se cree en el caso de tomar una medida de tanta resonancia como el arresto del Rey, hágalo; pero ¿á qué las precauciones militares previas?

Mientras iba hablando noté que Narváez, en vez de escucharme como otras veces, y de atender mis razones, comenzaba á dar muestras de una profunda irritación. Este estado de su ánimo ejercía siempre sobre el mío una especie de contagio, y así, en vez de ceder ante sus manifestaciones, sentíme impelido á hablarle más claramente todavía y á exponerle todas las contingencias de su grave resolución. No me dejó acabar.

—Mi general—me dijo, con el cuerpo erguido y la mirada centelleante—conozco esos obstáculos, y los venceré; pero no he pedido á V. sus consejos, sino su concurso.

—El Gobierno—le contesté secamente—puede siempre contar con la obediencia del Capitán general, y era innecesario pedírmela.

—Pues ruego al Capitán general que me acompañe á Palacio—me replicó—dando así como un nuevo giro á sus ideas y resoluciones, en cuanto podía referirse á la guarnición.

Y cogiendo su sombrero me invitó á que saliéramos. Seguidos por nuestros ayudantes nos dirigimos á pie á Palacio, sin que cambiásemos ya por el trayecto una sola palabra. Inmediatamente hízose anunciar al Rey, rogándome con brevedad que le esperase en la Cámara, donde recuerdo se encontraba á la sazón la joven Duquesa de Alba, en todo el esplendor de su hermosura y elegancia. Narvaez, poco después, salía anunciándome, «para mi conocimiento y demás efectos» que S. M. quedaba arrestado, hasta nueva orden, en sus habitaciones, y despidiéndoseme con un saludo ceremonioso, al que contesté con otro de no menos aparato y solemnidad, entró en seguida en el departamento de la Reina. Pocos minutos después salía yo de Palacio con ánimo sencillamente de presentar en el acto mi dimisión; pero resolví lo contrario por el camino, decidiéndome á mantener, con respecto de Narváez, la misma actitud en que me había puesto la escena

que acabo de relatar, y sirviendo desde mi puesto al Gobierno y á mi partido, en aquellas circunstancias, que muy bien podían determinar el



La Duquesa de Alba.
(Tomado de un retrato de D. Federico de Madrazo.)

comienzo de grandes perturbaciones. Durante todo el resto del día permanecí trabajando en mi despacho, y ya entrada la noche supe por el Mi-

nistro de la Guerra, con quien hablé largamente, que el Gobierno, reunido en Consejo todo el día, había resuelto no llevar adelante la prisión de los generales y levantar al siguiente el arresto de S. M. Este fué el término de aquella algarada política; pero de ella resultó una interrupción bastante larga en mis particulares relaciones con el Duque de Valencia, á quien sólo volví á ver y frecuentar en los actos oficiales que así lo requerían. En vista de esto no tardó él en presentar al Consejo la cuestión de mi relevo, porque, según dijo á los Ministros, «parecía que yo hacía alarde de no ir á su casa, como teniéndolo en menos»; pero hízole algunas observaciones Bravo Murillo, y cedió. Nada era más inexacto que la suposición de Narváez; yo no le tenía en menos, pero estaba profundamente ofendido de su actitud y de las palabras que pronunció durante la escena que ya conocen mis lectores, y esperaba sólo una satisfacción de su parte, creyendo que, por más de un concepto, la merecía. Así transcurrió algún tiempo, y Narváez, no pudiendo sufrir más mi frialdad y apartamiento, presentó al Consejo la cuestión de mi relevo, como él sabía hacerlo cuando quería, sin admitir discusión, poniendo ante los Ministros el dilema de que, ó se me destituía del cargo de Capitán general de Madrid, ó presentaba la dimisión del Gabinete. Tal fué, al menos, lo que me dijo mi excelente amigo el general Figueras. Fuí, pues, relevado el 8 de Octubre del mismo año de 1850, habiendo desempeñado este destino siete meses.

En Noviembre presentaba su dimisión Bravo Murillo, descontento por no alcanzar de algunos de sus compañeros las grandes economías que reclamaba para enjugar el déficit de 600 ó 700 millones que pesaba sobre el Erario, y dos meses después, en Enero de 1851, y á consecuencia de una discusión en el Congreso, Narváez, que deseaba cambiar algunos Ministros, y creyendo todavía que en Palacio era considerado como absolutamente irreemplazable, presentó la dimisión del Gabinete, saliendo el mismo día para Bayona, y esperando ser llamado por telégrafo para reconstituir el gobierno bajo otras bases y condiciones. Nada de esto ocurrió. En Palacio todos se felicitaron del suceso, considerándose libertados de la presión inmensa que Narváez ejercía, y S. M. llamó á Bravo Murillo para que organizara un Gabinete, continuando desde la Presidencia del Consejo y con la cartera de Hacienda, la serie de reformas económicas por él iniciadas bajo el Gabinete anterior. Ocupó dignamente la cartera de la Guerra el Conde de Mirasol, de largos servicios y de lealtad probada, y al mes siguiente, como le reemplazase en ella Lersundi, confióme éste la Capitanía general de Madrid, que volví á desempeñar de nuevo; pero á causa de una combinación de mandos que no tardó en realizarse, pasé en seguida á la Dirección general de Infantería. Esto ocurría á fines de Marzo de 1851.

Enteramente apartado entonces de la política, me consagré en ambos puestos á mis aficiones predilectas, dedicando los mayores esfuerzos á las mejoras y reformas de la Infantería. Soldado desde mi niñez, y considerando esta arma como mi familia, mi ambición estribaba sólo en su mayor gloria y prosperidad, cifrándose mi orgullo en contribuir á su perfección, á sus adelantos y al bienestar de los que se contaban entre sus filas gloriosas. En la Capitanía general seguí, desde mi regreso de Italia, el sistema de siempre; pasaba frecuentes revistas, visitaba los cuarteles y procuraba enterarme de las necesidades de todas las clases, para remediarlas en cuanto era posible. Entretenidos los oficiales y tropa en el cumplimiento de sus deberes, que procuraba exigir sin violencias, pero sin disimulos, afianzábase el espíritu militar, se hablaba frecuentemente de la profesión, los jefes principales se esmeraban por sobresalir, poniendo en el gobierno y administración de los regimientos toda atención y cuidado, y en los campos de maniobras, á que asistía casi diariamente, se establecía una conveniente emulación entre los cuerpos, por el noble estímulo que siempre provoca la presencia del jefe, que juzga y compara, aprueba, excita y anima. Un día, estando en el cuartel que ocupaba el regimiento de la Princesa, su coronel D. Diego de los Ríos, que mandaba este cuerpo brillantemente, quiso sorprenderme, y tomando mi permiso, sacó todas las compañías por la puerta, y al toque de ataque volvieron al cuartel por las ventanas.

En la Dirección de Infantería procuré con la mayor perseverancia, justificar con hechos prácticos los buenos deseos que me animaban. Favorecido con la confianza omnímoda del Ministro, pude proponerle y realizar algunas mejoras necesarias y convenientes. Por efecto de pasadas circunstancias, los tenientes coroneles del arma eran entonces de edad relativamente avanzada y carecían de las condiciones que requiere el mando de los cuerpos ligeros; yo propuse que se pudiera conferir el de los batallones de cazadores á los primeros comandantes, y con esto puse al frente de estos cuerpos escogidos á los jóvenes más entusiastas y brillantes de la Infantería. La multitud de procedencias de que se formaba y constituía la oficialidad, por consecuencia de las últimas guerras, si bien había producido un cuerpo de oficiales muy aptos para campaña, se advertía en la paz que carecían de la instrucción teórica y científica necesaria para elevar el arma á la altura de los adelantos de que ya disfrutaban otros ejércitos en Europa. Fundé, pues, las academias ó conferencias regimentales para oficiales, y dicté reglas precisas para que á ellas se atuvieran los primeros jefes de los cuerpos, abriendo cursos semestrales ó trimestrales, á los que voluntariamente asistirían los oficiales que abrigaran la no-

ble ambición de ensanchar la esfera de sus conocimientos. La situación de los vueltos al servicio, después de haber sufrido separaciones arbitrarias por causas políticas, era insoportable en los cuerpos y en toda el arma, pues si bien el tiempo de su ausencia de las filas se les abonaba para el retiro, quedaban todos relegados á la cola de sus respectivas escalas, y veían ascender y pasar por encima de sus puestos á oficiales que, en antigüedad y en empleos, les eran inferiores en seis, ocho y hasta en diez años. A este respecto propuse en una comunicación el arreglo de estas irritantes desigualdades y la anulación de todos los privilegios.

Algo alivié también la desdichada condición de muchos, permitiendo que los primeros jefes autorizasen á los oficiales para que percibieran hasta dos pagas de las cajas de los cuerpos, facilitándoles así el medio de atender á necesidades legítimas é imprevistas, sin recurrir á la usura, que ya entonces producía en el ejército grandes estragos. Estas medidas debían completarse con un pensamiento que fué muy bien recibido por los jefes del arma, mediante el cual se aseguraba el porvenir de sus hijos en cuanto á su educación y carrera, atención abandonada por el Estado, desde que fueron extinguidos los cadetes de cuerpo. No olvidé tampoco á la clase benemérita de sargentos, consiguiendo se revocara la disposición establecida, mediante la cual ninguno podía contraer matrimonio sin hacer antes un depósito de 10.000 reales; era esta, aunque antigua, una disposición arbitraria, casi imposible de cumplir, que producía amancebamientos é inmoralidades y que los privaba del alivio, economía y bienestar que, para las clases humildes, produce siempre el matrimonio. Al mismo tiempo fundé en Toledo una academia de sargentos, donde deberían ir á cursar todas las asignaturas aquellos que estuvieran inmediatos al ascenso á oficial. Valiéronme estas dos medidas mucha popularidad entre la clase, no buscada por mí, ciertamente, pero sí aceptada con gratitud, como recompensa de mis trabajos y deseos.

El lema del ministro Bravo Murillo había sido, desde su elevación al poder, el de las economías en todos los ramos de la Administración pública, y en su consecuencia no tardé en recibir una Real orden que me prescribía propusiera al Gobierno todas aquellas que pudieran introducirse en el arma de mi cargo. Entre otras muchas que presenté, recuerdo la de la variación de uniforme para los cuerpos, igualándolo en toda el arma, variando en los paños el color verde por el azul, mucho más permanente, suprimiendo los vivos blancos, celestes y de otros colores que llevaban los regimientos, y adoptando el grana para estos adornos. Obtuve con esto que la duración de las prendas mayores se duplicara; y resultando todavía bastante ventaja para el Erario,

púdose aumentar el haber del soldado en algunos maravedises que me permitieron introducir el calzoncillo blanco de lienzo, necesidad apremiante para disminuir y aun extirpar muchas enfermedades de la piel, y para que aumentara la duración del pantalón de paño. Varié la chaquetilla de bayeta amarilla por la de paño azul, y por una circular muy comentada y discutida entonces, suprimí en la Infantería la odiada *bola*, causa de afecciones cerebrales y de oftalmías, porque debiendo sacar con ella, al sol, el brillo de las cartucheras, é invirtiéndose en esta



EL ALCÁZAR DE TOLEDO
(después de restaurado).

operación largo rato, eran numerosas las víctimas entre los soldados de constitución sanguínea. El brillo del correaje, en adelante, sacáronle con charol ó betún, sin que por ello se quebrantaran los fundamentos de la disciplina, como lo supusieron algunos generales y jefes apegados á las antiguas prácticas y rutinas.

En esta época, y en mis frecuentes viajes á Toledo para revistar el Colegio de Infantería allí establecido, concebí el proyecto de restaurar el Alcázar para establecer dignamente aquel colegio, que deseaba yo fuera con el tiempo el primero de nuestros establecimientos militares de enseñanza. Acogíme para ello á una exposición que elevó al Gobierno la comisión de monumentos en el año 1844; dispuse que el

ilustradísimo brigadier de Ingenieros D. Antonio Osorio, subdirector del colegio, presentara un proyecto completo de restauración, acompañado de planos y presupuestos, y elevé al Gobierno una exposición larguísima, en la cual expresaba todo mi pensamiento y los medios que á mi entender podrían emplearse para que la obra se llevara á buen término sin ningún sacrificio para el Estado. «En ese antiguo y suntuoso alcázar—decía en mi comunicación,—en esa gigantesca crónica de piedra en que inscribieron sus recuerdos las más gloriosas dinastías españolas, empezando por Alfonso VI, San Fernando, Alfonso el Sabio, Juan II, Isabel la Católica, Carlos V, Felipe II y Felipe V hasta Carlos III; en esos salones en que se proyectaron las reconquistas contra los moros y las conquistas del Nuevo Mundo, de Nápoles, de África y de Flandes; en esa mansión augusta en que se consagró á la guerra la formidable generación de valientes militares que, comenzando por el Cid, primer alcaide de esa fortaleza, y pasando por el Gran Capitán, Hernán Cortés y Carlos V, llegó hasta D. Juan de Austria; en ese gran monumento de las artes; en ese magnífico templo de la historia y de nuestras más grandes tradiciones, es donde puede dignamente guarecerse y noblemente ilustrarse, la moderna oficialidad de la Infantería española.» Los sucesos políticos me impidieron por entonces dar principio á este pensamiento, que después he tenido la fortuna de ver realizado, merced á mis propios esfuerzos en épocas posteriores, y á los no menos laudables de muchos generales sucesores míos en la Dirección, entre los cuales deberé citar especialmente á mi ilustrado amigo D. Eduardo Fernández San Román, que acogió siempre la idea con el mayor entusiasmo é hizo luego los mayores esfuerzos para realizarla.

La tranquilidad de que disfrutó el país durante los primeros tiempos del Ministerio Bravo Murillo, y el aplauso con que acogía las grandes é inolvidables reformas económicas, que constituyeron el mejor timbre de gloria de aquel hombre público, permitiéronme á mí dedicarme á estas tareas y terminar el reglamento de la contabilidad interior de los cuerpos, cuya reforma se había hecho imprescindible por muchas razones que sería ocioso enumerar aquí. Habían tenido lugar, no obstante, dos crisis: la provocada por el ministro Sr. Negrete, que en una famosa sesión del Congreso votó públicamente contra el Ministerio á que pertenecía, y otra más extensa por razones de escasa importancia, de cuyas resultas entraron en el Gabinete, los Sres. Marqués de Miraflores, Beltrán de Lis, D. Francisco Armero y el general D. Joaquín Ezpeleta, el mismo veterano soldado á quien tuve por coronel durante mis primeros años en el 4.º regimiento de la Guardia Real. Inútil me será decir que al encontrarme de nuevo como inmediato subordinado

suyo, le guardé todas las consideraciones y respetos que por su brillante historia militar y sus servicios merecia.

En 20 de Diciembre de 1851 nació la princesa D.ª María Isabel, y dos meses después, en el solemne acto de atravesar S. M. las galerías de Palacio para dirigirse á la capilla en ceremonia, fué objeto del alevoso atentado del cura Martín Merino. Yo tuve ocasión de verle á los pocos momentos de cometido el crimen. Recuerdo que se encontraba en uno de los cuartos interiores que ocupan los alabarderos de servicio. Sentado junto al brasero, y extendidas sus manos sobre el fuego, miraba á todo el mundo con insolente y provocativa mirada. Era un hombre enjuto, recio de cuerpo, de tez amarillenta y de mirada inquieta; tenía el pelo enteramente blanco, y á todos los que allí estábamos nos miró y habló con la mayor sangre fría, citándonos por nuestros nombres. Á un general distinguido, que se detuvo un momento, le apostrofó duramente llamándole *farolón*, y á todos sin duda hubiera injuriado de igual suerte á no haberle amenazado é impuesto silencio los guardias alabarderos que le custodiaban. Fué Merino un criminal vulgar y miserable, impelido por las malas pasiones y la soberbia, y murió degradado en la horca, no sin que fueran ahogadas las últimas palabras que quiso dirigir al público, por el grito unánime de «¡Viva la Reina!» S. M. se manifestó en aquella ocasión generosa y magnánima, rogando al Gobierno que no se castigara con la muerte al regicida (1).

En estos últimos tiempos la política comenzaba á agitarse de nuevo, anunciándose, para días no lejanos, grandes borrascas. Narváez, muy ofendido, había regresado á Madrid después de una corta permanencia en París, y se agitaba mucho. Mis relaciones con él seguían interrumpidas, pues había llevado muy á mal que el Ministerio me confiase de nuevo el cargo de que me había relevado, tomando esto como un desaire personal realizado por Bravo Murillo con el intento de mortificarle. Comenzó, pues, á combatir al Ministerio violentamente, y el Presidente del Consejo, cuyo carácter era sumamente enérgico, dispuso que saliese de Madrid, empleando para conseguirlo poco menos que la fuerza, y velando el destierro que le imponía, con la orden de que *fuera á estudiar á Viena la táctica del ejército austriaco y su organización.* Fué aquel un golpe terrible para Narváez, que se defendió pri-

(1) Merino, al asestar la puñalada á S. M., pronunció estas palabras con salvaje energía: «Toma; ya tienes bastante.» Fué al suplicio con hopa y birrete amarillo salpicados de manchas encarnadas, y sufrió préviamente en público, por el Obispo, la terrible ceremonia de la degradación sacerdotal. Prohibió á su abogado que alegara locura en la defensa, y al montar en el burro dijo al verdugo que «quería que le levantasen alto para que todo el mundo le distinguiera bien; y se viese lo que era un hombre muriendo con valor.»

mero desde Bayona y después en París, representando la arbitrariedad con que se le trataba y negándose siempre á ir á Viena con una comisión impropia del carácter y de la dignidad de su empleo, con la cual se le rebajaba en el concepto público y se mortificaba su personalidad sin razón y sin derecho. Todo esto era exacto; pero el Gobierno, quisiera ó no quisiera ir á Viena, le prohibía formalmente volver á Madrid, que era lo que Narváez deseaba. Dió esto lugar á vivas polémicas en la prensa y en las Cortes; pero el gabinete se mantuvo firme. Yo no intervine por de pronto en nada, manteniéndome en completa reserva, aun cuando mi amistad profunda por él, y mi cariño, libraran en mi corazón empeñada lucha entre estos sentimientos y la necesidad de mantener la situación misma en que me constituyeron sus últimos proceders á mi respecto.

Mas no era sólo la actitud de Narváez y la de sus más íntimos amigos lo que entonces amenazaba el sosiego público. La principal alarma y las causas que más directamente lo perturbaban, venían del Ministerio mismo. Fuera que el temor á la revolución y á los trastornos que preveía, si Narváez llegaba á entenderse con los progresistas, hicieran creer á Bravo Murillo que era preciso reformar la Constitución para dar cimientos más sólidos al poder, ó que en su ánimo penetrara la convicción de que para asegurar el logro de sus planes económicos y administrativos era necesario fortalecer los resortes del Gobierno, lo cierto es que en los centros políticos, en la prensa, en los salones aristocráticos y hasta en los círculos militares, no se hablaba sino del proyecto alimentado por el Gobierno de plantear una Constitución nueva y de imponerla por un golpe de Estado, si la opinión pública y las Cámaras no la aceptaban y sancionaban por procedimientos legales. Estos rumores se confirmaron en breve, y pronto se conoció todo el pensamiento del Ministerio hasta en sus más pequeños pormenores.

El proyecto, según una frase del Marqués de Pidal—cuyas ideas no podrían ciertamente tacharse de exageradamente liberales—era la «anulación completa del régimen representativo». Por ella desaparecían los derechos individuales consignados en la Constitución de 1845, la libertad de imprenta sin previa censura, la de conciencia, declarándose que la religión de los españoles sería *exclusivamente* la católica. Concedíase al Rey la facultad de legislar por sí, dando luego cuenta á las Cortes; se creaba un Senado compuesto de senadores natos y hereditarios; se limitaba el número de diputados á Cortes al de 171, y se determinaba que los presidentes y vicepresidentes del Congreso fueran de nombramiento Real, con el derecho de expulsión del salón de sesiones, por el tiempo de quince días, á los diputados que se propasaran en los debates. Concedíase á los ministros el derecho de nombrar *comisarios* para

que fueran á responder por ellos en las Cámaras, y disponíase también que las sesiones fueran siempre secretas y á puerta cerrada, sin que pudiera presenciarlas nadie. El Ministerio afirmó además su espíritu reaccionario al publicar este proyecto, prohibiendo que *fuera discutido por la prensa* (1).

Yo fuí entonces uno de los que más vivamente se significaron en contra de este proyecto, y sobre todo en contra del procedimiento que, según la voz pública, iba á emplear el Gobierno para imponerlo

(1) El ejemplo que en estos meses nos daba la vecina Francia, contaminó, indudablemente, al Gabinete de Madrid. Bravo Murillo presentó su reforma constitucional, y pensó quizá en un golpe de Estado tal y como ya lo había realizado en Francia el príncipe Napoleón el 2 de Diciembre de 1851. Véase, sobre esto, la carta curiosísima que con fecha 19 de Octubre de 1852 me escribía mi excelente amigo D. Salvador Bermúdez de Castro desde París. Decía así:

«Mi querido Fernando: Mañana salgo de París, y el 23 de Bayona—el 25, temprano, espero estar en Madrid.—Mucho deseo ya llegar por varias razones, y una de las principales es la de ver á V., enterarme de lo que pasa y continuar nuestros proyectos y conversaciones interrumpidas. Poco puedo añadir acerca de la situación de este país, á las versiones de los periódicos; usted lo ha visto recientemente y sabe como se fabrica la política.

»El Imperio, inevitable y cercano, es el objeto de la preocupación pública; nadie sabe qué hará después de obtener la urna el amo de la Francia, y si bien el discurso de Burdeos, modelo de habilidad y tacto, ha disipado los temores de una guerra inminente; si bien ha servido de espuela para hacer subir en la Bolsa todos los fondos y valores del Estado; si bien ha dado un pretexto á los Gabinetes de Europa para hacer decorosamente lo que pensaban hacer de todos modos, reconocer el nuevo Imperio, no ha destruído, sin embargo, la creencia general de que el Príncipe no se contentará con los límites trazados á la Francia por los tratados de 1815, y de que en todo caso el ejército le pasará la mano y lo llevará á la guerra. Los mejor informados suponen que Luis Napoleón seguirá haciendo protestas de paz y continuando sus preparativos, y á la primer ocasión, á la primer coyuntura favorable, á la menor desunión entre las potencias del Norte, se lanzará sobre la Bélgica y empezará una nueva carrera de aventuras.

»Entretanto, el recibimiento de París fué frío. A pesar de los inmensos preparativos y gastos del Gobierno comprometiendo á los unos, amenazando á los otros, exigiendo de los directores de los caminos de hierro sus trabajadores, los brazos de las fábricas, y obligando hasta á los niños de las escuelas á llevar estandartes imperiales, el sentimiento que dominaba generalmente era el de curiosidad. Como si fueran tan extranjeros como yo, miraban los habitantes de París desfilar una de las más brillantes comitivas que he visto ni espero ver jamás. Obreros, diputaciones, niñas vestidas de blanco de todas las *communes* de París y sus inmediaciones, *maires* con consejeros, municipales, soldados de la antigua Guardia Imperial, restos de todos los cuerpos de los ejércitos de Napoleón I, precedían á 42 escuadrones de caballería que formaban la escolta del Príncipe; caballería admirable que V. conoce, vestida de gala y presentando en realidad el más brillante de los aspectos. El héroe del día montaba un magnífico caballo árabe, enjaezado de oro, regalo del Bey de Egipto, y marchaba á la cabeza de un inmenso Estado Mayor de generales y oficiales superiores del ejército.

»La proclamación se hará á fines de Noviembre ó principios de Diciembre; el sobrino firmará la aceptación del *Senatus-consulto* en la misma mesa en que firmó el tío su abdicación en Fontainebleau; la coronación se hará en Mayo, y, según todas las probalidades, vendrá el Papa á presidir y ejecutar la ceremonia. Se dice que en seguida se publicará una nueva ley de imprenta, por la cual no habrá más que cuatro periódicos para París y uno para cada departamento; se disolverá la Guardia nacional y se suprimirá la semipublicidad que existe en el Cuerpo legislativo. Lo que es perfectamente seguro es la sumisión completa de la Francia; cuanto mande el dictador será obedecido; como ley, durará lo que dure; pero por ahora, es la omnipotencia misma.

»Adiós, mi querido Fernando, hasta el lunes, en que tendrá el placer de darle un abrazo su siempre afectísimo amigo, SALVADOR.»

al país. Creía yo que era ya tiempo de que se regularizase en España un régimen político, fundado en las leyes y en el derecho. Vencido completamente el partido progresista; sin mucho que temer de sus intentos revolucionarios ni de sus esfuerzos y trabajos para corromper el ejército; desarmados los parciales de D. Carlos; reconocida la Reina por los soberanos del Norte, merced á la misión que tan hábilmente había desempeñado en Europa el general Zarco del Valle, y sin ningún peligro inmediato de nuevas guerras ni alteraciones de orden público, estábamos ya en el caso de dar comienzo á un ensayo sincero del régimen constitucional, llamando á la vida pública, por las vías legales, á todos los partidos, é invitándoles á tomar parte en las luchas pacíficas de los comicios, de la prensa y de la tribuna parlamentaria, para alcanzar ó perder el gobierno, según que la opinión, por sus grandes manifestaciones, y no por influencias extrañas á la política, lo adjudicara alternativamente á uno ó á otro. Además, era aquel un momento propicio para intentar desde el gobierno esta transformación profunda en el modo de ser de la política española, no sólo porque se disfrutaba de paz y porque los proyectos aprobados de Hacienda pudieran hacer más fácil la gestión de todo gobierno, sino porque la preponderancia alcanzada por el partido moderado, y la anulación en que se encontraban sus rivales, nos permitiría comenzar este ensayo sin que apareciese como resultado de imposiciones á la Corona; ella, por el contrario, adelantándose á las necesidades públicas como en Inglaterra, debería ponerse á la cabeza de todo el movimiento progresivo del país.

Tales eran mis ideas de entonces, que á nadie ocultaba. Mis inclinaciones absolutistas de la niñez habían sufrido, con el tiempo y la experiencia, grandes quebrantos. Desempeñando durante nueve años, y casi sin interrupción, los más altos puestos del Estado; manteniendo frecuente trato con los hombres de todas las escuelas y opiniones; iniciado en los secretos, en los esfuerzos y sacrificios de los partidos; observando la transformación lenta, pero continua, de las ideas, de las necesidades y de las costumbres; viendo, en fin, el movimiento irresistible de las sociedades humanas y su progreso, había llegado á comprender que todo esfuerzo para contenerlo, marcándole límites y barreras infranqueables, sería un empeño vano. Mirando hacia el pasado, se advertía ya la distancia que nos separaba de aquellos tiempos é instituciones que conocí y amé durante los primeros pasos de mi vida; volviendo la vista al porvenir, divisábase otro abismo, no menos profundo quizá, que sería preciso franquear cuando nuestra generación iniciase su última evolución y postrera jornada en la política, y para este momento peligroso, era el deber de todo corazón patriota separar los obstáculos del camino, porque no de otro modo ni con di-

versos procedimientos se podrían defender nuestras instituciones fundamentales.

Imbuído en tales ideas, fácilmentente se comprenderá mi actitud en presencia de los planes del Gabinete, y la que francamente adopté cuando fuí llamado un día, en Mayo de 1852, por el Presidente del Consejo, para celebrar una importante conferencia. Los pormenores de aquella conversación, puedo ya darlos á conocer ahora, sin reservas. No sabía yo, al comenzarla, cuáles serían los verdaderos propósitos de



Don Juan Bravo Murillo.

aquel hombre de Estado, ni si buscaba en mí un apoyo para realizar sus planes, ó un pretexto y obstáculo que oponer á la impaciencia y al ardor de los que esperaban el cambio ilegal de las instituciones, entre cuyos elementos se contaba la mayor parte de la Grandeza y buen número de carlistas y absolutistas convencidos. Pero sea de ello lo que quiera, lo cierto es que, sin revelarme su pensamiento con claridad, dióme á entender, á vuelta de muchos rodeos y ambigüedades, que deseaba contar conmigo para las combinaciones futuras de la política; que, si nos entendíamos, podríamos llegar á formar pronto un nuevo Ministerio, dándome la elección de la mitad de los ministros é insi-

nuándome, por último, con marcada intención, pero en un olvido de su supremo disimulo, que de todos modos él creía que para la aprobación de la reforma constitucional no podría prescindirse de la aprobación de las Cortes. Comprendiéndolo ya todo, me resolví á hablarle claro, y le aseguré que podría siempre contar conmigo mientras se mantuviera dentro del respeto de la legalidad existente, y que estaba pronto á prestarle en este caso mi más desinteresado concurso; pero que en cuanto pudiera referirse á las intenciones que la oposición le atribuía, ya era otra cosa.

—Debo declarárselo á V. con lealtad—le dije.—Si dá V. ó intenta dar ese golpe de Estado de que tanto se ocupa la oposición, mis compañeros y yo lo combatiremos resueltamente.... apelando, si fuera necesario, á las armas.

—¿A las armas?.....

—A las armas, Sr. Presidente—le contesté con firmeza.

—No hablemos de eso, mi General—replicó, levantándose como si hubiera sabido cuanto deseaba conocer.—¿Quién piensa en golpes de Estado? Más adelante reanudaremos esta conversación.

Y nos despedimos con las mayores demostraciones de cortesía; pero no me fué difícil comprender la inmensa contrariedad que le produjo mi declaración, y que desde aquel momento no debía considerarme ya sino como un obstáculo y como un adversario declarado. Por esta causa, por motivos de delicadeza que no necesitan explicación, y por quedar en libertad completa ante los sucesos que pudieran muy pronto producirse, presenté al siguiente día mi dimisión, que me fué aceptada en el acto. Algunos afirmaron que si Bravo Murillo, por sí ó impulsado por influencias extrañas, tuvo en efecto el pensamiento de llevar á cabo el golpe de Estado, aquella importante conferencia lo retrajo de su compromiso, y D. José Gutiérrez de la Vega, el amigo más íntimo de Sartorius, y el confidente de sus secretos, como lo fué luego de los del Duque de Valencia, el hombre que estaba entonces más al tanto de las interioridades de la política, por su roce continuo con los jefes del partido moderado, me escribía al siguiente día una carta, en la que sintetizaba bien, en una frase, la situación de aquellos días. «No sé—me decía—si felicitarle ó sentir el decreto de hoy de la *Gaceta*. Cuando V. lo ha hecho espontáneamente, sus razones tendrá. En tesis general, creo que servir á este Gobierno es servir á la revolución.»

Mi inesperada separación produjo grande efecto en los centros de la política, y especialmente en Palacio, donde se supo ó se adivinó la causa, á pesar de mi reserva absoluta. Al de la reina Cristina fuí llamado como varios hombres políticos y generales, y allí supe, por indicaciones explícitas de S. M., que se equivocaban mucho los que supo-

nían que ella patrocinaba los proyectos del Ministerio; y como se trasladara la Corte poco después á la Granja, pasóse en calma el verano, aunque con mucho desasosiego é inquietudes, esperando la opinión pública grandes sucesos y desconfiándose del Ministerio, y sobre todo de su Presidente. Así llegamos al mes de Octubre. Las Cortes fueron convocadas para el 1.º de Diciembre, y como se supiera que el Gobierno seguía en sus mismos propósitos, comenzóse á organizar la oposición del Senado, para lo cual tuvimos una reunión en casa de D. José de la Concha, á la que asistimos su hermano el Marqués del Duero, y los generales Serrano, Ros de Olano y yo, acordando entablar una vigorosa oposición parlamentaria, y reunir los muchos elementos que en este alto Cuerpo se encontraban dispersos y sin dirección eficaz. La noticia de esta reunión causó en el ánimo de Bravo Murillo un efecto profundo.

—Continúe yo con la confianza de S. M.—hubo de exclamar—y bien pronto ahorcaré á los generales con sus propias fajas!

Y siguiendo impertérrito su camino, presentó en Noviembre toda su reforma constitucional, publicándola en la *Gaceta*, pero prohibiendo á la prensa que la discutiera y comentara. Tales eran ya los extremos á que recurría aquel hombre público eminente, víctima de una ofuscación incomprensible.

Los resultados no se hicieron esperar. El día 1.º de Diciembre se reunieron las Cortes, y en la primera votación derrotaron al Gobierno en la elección de Presidente; mas la Reina, no creyendo que era llegado el caso todavía de prescindir de Bravo Murillo, entrególe el decreto de disolución. En su vista, nuestro partido en masa se reunió suscribiendo su famoso *Manifiesto electoral*, que apareció el mismo día que otro de igual índole del partido progresista, coincidiendo ambos exactamente en la enérgica protesta que dirigieron al país contra todo acto emanado del poder que tendiera á destruir las libertades públicas. Los que tanto han declamado después en contra de la política reaccionaria del partido moderado, deberían tener siempre presente aquel acto solemne y decisivo, al cual se debe, sin duda, la conservación de la libertad en España. Porque si realmente la libertad anduvo entonces en peligro ante el empeño de un solo hombre, ¿qué hubiera sido de ella si para destruirla hubieran aunado sus esfuerzos los moderados, y Bravo Murillo juntamente?

Bravo Murillo abandonó el poder, no bien se publicaron los manifiestos, por indicaciones espontáneas de la Reina, y fué sustituído en la presidencia del Consejo de Ministros por el general Roncali, Conde de Alcoy. Entendí yo en seguida que aquella oposición, formada para derribar un Gabinete que amenazaba las instituciones, no podía ha-

cerse á los nuevos ministros, que, perteneciendo al partido moderado, se proponían abrir el Parlamento y llevar á la discusión la reforma misma, que las Cortes podían rechazar á su tiempo. Mis relaciones, sin embargo, con aquel Ministerio fueron las que se deducían de aquella posición espectante, que me hubiera conducido de nuevo á la oposición, si el proyecto de reforma constitucional hubiese amenazado las bases esenciales del Gobierno representativo.

Formulábase al mismo tiempo entre muchos hombres del partido moderado, un proyecto que tendía á la organización de un Ministerio que llevara á la práctica la política expansiva y de atracción de que hablé más arriba, para con todos los partidos, ateniéndose estrictamente en el gobierno á los preceptos constitucionales y parlamentarios. Y como yo, por circunstancias ya conocidas de mis lectores, me había significado vivamente en contra de la reforma de Bravo Murillo, y en pro de la política radicalmente contraria, resulté colocado, por la fuerza misma de las circunstancias, en el centro y foco de donde emanaba aquel pensamiento político, designándome por esta causa la opinión como el futuro Presidente del ministerio que la representara. Muchos y muy valiosos fueron los ofrecimientos que se me hicieron en aquel tiempo por los hombres más importantes del partido, y muchos y muy ilustres los hombres que me ofrecieron su cooperación personal. Por esta razón y por los consejos de mis amigos íntimos, no acepté el Ministerio de Estado ni el de la Guerra, que me fueron ofrecidos, cuando, derribado Roncali, fué este general sustituído por D. Francisco Lersundi en Abril de 1853.

Sólo cinco meses duró el gobierno presidido por mi antiguo compañero y amigo, el cual, en los últimos tiempos de su mando, volvió de nuevo á brindarme con la cartera de la Guerra, que también rehusé. Mi posición comenzaba á ser difícil. Resuelto á no continuar para con la nueva administración la misma política que la seguida con respecto de Bravo Murillo, puesto que las causas determinantes que la motivaron habían desaparecido, neguéme á seguir la misma senda de *oposición á todo trance* en que se empeñaban mis amigos, con iguales bríos que los desplegados meses antes, cuando se trataba de evitar el golpe de Estado. Esta circunstancia enfrió, durante el ministerio Lersundi, no ya sólo la intimidad de mis relaciones políticas con San Luis, sino también las que me unían con aquellos generales que en el Senado habían compartido conmigo los trabajos y las energías de la oposición. Otras razones iban haciendo además muy improbable que mi bello ideal de un ministerio *moderado*, gobernando bajo principios *estrictamente constitucionales*, pudiera nunca llegar á constituirse con garantías suficientes para que le fuera permitido desarrollar esa política salvadora. Me refiero

principalmente á la actitud de Narváez. Interrumpidas nuestras relaciones, no me era entonces posible, sin mengua de mi carácter, solicitar



Don Francisco Lersundi.

su poderoso concurso ni exponerme á una repulsa suya; y como Narváez, por su parte, viera que con él no se contaba para estas combinaciones futuras de la política, abría nuevas distancias en vez de acer-

carse, y sentísae impelido á sumar sus trabajos con los que hacían ruda oposición á un ministerio para con el cual yo observaba tan sólo una actitud estrictamente neutral. Mi conducta en el Senado cuando presentó una *exposición* solicitando volver á ocupar su puesto en la alta Cámara, tampoco le satisfizo. Ya se recordará que bajo el ministerio Bravo Murillo había salido como desterrado de España, disfrazándose este destierro con una comisión del servicio en Viena. Pues bien, al advenimiento del general Roncali, Narváez hizo una representación al Senado solicitando acordara su vuelta á España. El Senado nombró su comisión; yo fuí elegido para formar parte de ella, y viendo que el dictamen de su mayoría invitaba al Gabinete á resolver la cuestión por sí mismo, según «los principios de la equidad, de la justicia y de la conveniencia pública, porque así debía esperarlo el Senado de la respetabilidad de su propio acuerdo, que sometía á la justificación del Gobierno la reclamación de uno de sus más dignos individuos», y no creyendo yo que fuera esta una verdadera solución, por ineficaz y ambigua, formulé voto particular, en el cual pedía que el Senado reconociese el derecho que tenía el Gobierno para emplear á los militares senadores como lo tuviera por conveniente, pero proponiendo en aquel caso que la exposición del general Narváez pasase al Gabinete, á fin de que éste dispusiera que fuese á «*ocupar su puesto en el Senado, si á ello no se oponía el interés del servicio de S. M. y del Estado en la comisión militar á que se le destinó.*»

Las reservas contenidas en el texto de este voto particular—que no fué discutido—pero en el cual pedía yo lo mismo que la mayoría de la comisión, aun cuando dejando á salvo un derecho del Gobierno, por nadie contestado hasta entonces, ofendieron también á D. Ramón Narváez, y esto, sumado á las causas ya anteriormente expuestas, me hicieron comprender que mis deseos y los proyectos de muchos hombres del partido moderado, ansiosos de entrar, al fin, desde el poder, y por la iniciativa del poder mismo, en una era de reconciliación general, no llegarían nunca á realizarse. ¿Cómo había de poder cumplir tan vasto y difícil proyecto una sola fracción del partido, siendo combatida por otra parte de él, muy numerosa, por su mismo indiscutible jefe y por las demás parcialidades enemigas, que muy luego aprovecharían las armas poderosas que la libertad política concede, para derribar á los mismos que las ponían en sus manos? Pero de todos modos, siguió entonces ocupando mucho á la opinión la probabilidad de un Gabinete por mí presidido, el cual desde luego hubiera podido contar con el apoyo de alguno de los generales que recurrieron luego á las armas para derribar á San Luis. Esto lo demuestran las siguientes palabras de una carta que me dirigió desde Madrid á Santa Águeda D. Antonio Ros de

Olano, con fecha 7 de Septiembre de 1853: «Por aquí se asegura hoy que forma V. Ministerio—me escribía.—Ya sabe V. que hace tiempo que yo opino que la Corte no tiene otra salida que le sea tan ventajosa; así es que creo natural é inmediato cuanto sobre el particular se dice.»

Cuando á fines de este mismo mes de Septiembre cayó Lersundi y fué llamado á constituir un Ministerio el Conde de San Luis, ni le disputé la honra que se le otorgaba, ni contraje con su administración



EL CONDE DE SAN LUIS.

lazos que no me fuera dado desatar sin menoscabo ni perjuicio de lo que mis ideas y proyectos significaban. Este fué un momento muy crítico y decisivo para el país y para la causa de la Reina; y como de sus consecuencias se derivaron grandes sucesos, en los que hube de intervenir muy directamente, á nadie extrañará que me extienda más todavía acerca de ellos, antes de concluir este largo capítulo dedicado principalmente á la narración de las interioridades políticas de aquella peligrosa época.

El primer paso del Conde de San Luis al aceptar el encargo de Su Majestad, fué venir á mi casa para solicitar mi cooperación y ofrecerme

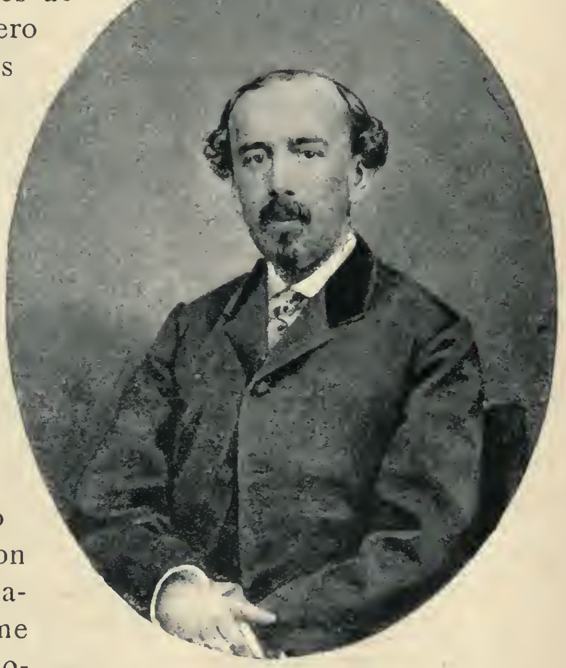
la cartera de Estado. Aunque estaba inclinado á no admitirla, en principio, mi contestación fué condicional, indicándole primero que deseaba consultarlo con alguno de mis amigos, pero enumerándole las condiciones con que, de todos modos, podría entrar en el Gabinete. Eran éstas las que constituían la base de mi política en los últimos tiempos, figurando además la de que se levantara la prohibición que pesaba sobre el general Narváez para volver á España. Sobre esta última, manifestóme el Ministro que tales eran también sus deseos; pero en cuanto á la política de atracción que debería seguirse, á mi entender, con las oposiciones, y especialmente con los hombres del antiguo partido progresista, mostróse más reservado, por cuya causa principalmente, y por los consejos que también debí á varios hombres civiles, identificados entonces con mis ideas, decliné al siguiente día el ofrecimiento, transmitiéndoselo mi excelente amigo D. José de Zaragoza, el cual volvió ofreciéndome el Ministerio de la Guerra, que también rehusé por iguales razones.

Estaba, pues, bien distante de esperar ninguna muestra de benevolencia del nuevo Ministerio, cuando en la mañana del día 24 de Septiembre de aquel año de 1853, vi, al despertarme, la *Gaceta*, en la cual encontré mi nombramiento de Director general de Infantería, que ni aguardaba ni deseaba. Al mismo tiempo aparecía una combinación militar dando destino á los generales, mis amigos, que constituyeron la antigua oposición del Senado, y la Real orden acordando la vuelta á España del Duque de Valencia, que yo había puesto como una de las condiciones precisas para mi entrada en el Gabinete. La combinación militar, dictada con un laudable espíritu de conciliación, estuvo, sin embargo, mal concebida en sus detalles, y ofendió más que halagó á los generales de que se trataba, aun cuando yo, por mi parte, y meditando friamente el caso, me decidí á admitir la Dirección de Infantería, no sólo porque fortalecía mi posición política, sino porque, rehusándola, podría considerarse este acto como hijo del despecho, por no haber alcanzado el poder, y como de oposición á un Gobierno que, después de todo, me honraba con su confianza y que, eligiéndome para un cargo del que salí por mi resistencia al golpe de Estado, demostraba implícitamente al país que sus intenciones no eran hostiles contra las instituciones. El Gabinete, además, no sólo coincidía con una parte de mis deseos decretando la vuelta de Narváez á España, sino que comenzaba anunciando su decidido propósito de convocar las Cortes, de retirar el proyecto de reforma constitucional, y de llevar al Parlamento las concesiones de ferrocarriles, que constituían entonces una cuestión de gobierno gravísima.

Estas fueron las razones políticas que á mí me decidieron; mas para

los demás generales, mis compañeros, no las hubo iguales, pues dimitieron sucesivamente los cargos para que fueron designados, levantando desde aquel día pendón de guerra contra el Conde de San Luis, á quien se comenzó á apellidar en Madrid el jefe de los *Polacos*, y á quien se reprochaba que, en vez de facilitar una alianza que sirviera de base á la reconciliación del partido moderado, otorgaba sus concesiones como un favor digno de ser recibido con agradecimiento. Mi conducta mereció el aplauso de muchas personalidades políticas, que no puedo enumerar, si bien citaré entre ellas á los generales Serrano y Ros de Olano. Este último, en 27 de Septiembre, me decía, desde un pueblo inmediato á Madrid, que «había sabido por Serrano mi heroica defensa para no ser ministro; que Serrano la aplaudía mucho, y que él la celebraba en el alma.» Don Salvador Bermúdez de Castro, ya nombrado Ministro de España en Nápoles, me escribía también lo siguiente desde la capital de aquel Reino, en 2 de Noviembre: «Mucho agradezco á V. su amistosa é interesante carta de 12 del pasado, escrita en medio de las apremiantes ocupaciones de su nuevo destino; pero avezado ya á sus tareas, como V. lo está, después de haberlo desempeñado por tanto tiempo y en tantas ocasiones, confío en que sabrá encontrar de cuando en cuando algunos minutos para tener al corriente de lo que pasa á uno de sus mejores y más antiguos amigos. Sabe V. que yo lo he sido muy sincero suyo, y que le he pagado siempre con usura el afecto que me ha manifestado: nuestra amistad y nuestra simpatía han sobrevivido á las vicisitudes de la política y al choque de los acontecimientos y opiniones; hemos pensado casi siempre de la misma manera, y sin ponernos de acuerdo hemos mirado las cosas bajo el mismo prisma. Por eso su opinión de V. sobre lo que en ese mundo pasa tiene para mí más peso que la de casi todos mis amigos, porque estoy seguro que así consideraría yo los acontecimientos si estuviera, como V., entre los bastidores del teatro. He sabido que al formar su Gabinete ofreció á V. Sartorius las carteras de Estado y de Guerra, que V. rehusó sin vacilar y á pesar de repetidas instancias. Las razones que lo han dirigido en esas negociaciones hacen honor á su inteligencia y á su carácter. Creo que es V. uno de los pocos hombres en España que tienen calma y espera en su ambición, y es seguro que los acontecimientos vendrán á buscarle para ofrecerle el poder, pero no ese poder efímero, combatido, encadenado con los lazos de compromisos imposibles, sin fuerzas ni libertad para emprender nada útil, sin otro porvenir que algunos días de mando amargo é inquieto; sino el gobierno con sus verdaderas condiciones, con la facultad de elegir en cosas y en personas, con el albedrío libre para escoger una marcha, y la fuerza bastante para seguirla. De este modo

vale la pena el gobierno y es digno de la más alta ambición; del otro, ni lo comprendo ni lo he comprendido nunca. Si, como V. me dice, la oposición va á ser numerosa y violenta en las Cortes, y al Gabinete no se permitirá la disolución, ¿á qué manos va á pasar el gobierno en las nuevas tendencias que por las altas regiones dominan? No es probable que vaya á Narváez, menos á los Conchas, y á no llamar á V., sobre lo cual no es posible hacer desde aquí conjeturas, me parece que se buscará á Istúriz para dar nombre á un ministerio en que entren representantes de las distintas fracciones del partido moderado. Pero hablar de nuestra política, tan mudable y veleidosa, á esta distancia y después de cuatro meses de ausencia, es un verdadero desatino. Sigo los acontecimientos por los periódicos y por las cartas, pero no me ocupo de ellos con la fiebre y la impaciencia con que se hace generalmente la política en Madrid. La ausencia es un excelente específico para calmar las pasiones que engendra la vida pública, y la distancia, al robarnos los detalles de las cosas, nos presenta más exacto y completo el conjunto. Ambos estamos en buena ocasión para esperar: V., en su excelente base de operaciones de la Cibeles; yo, en este retiro de Nápoles. Recibido perfectamente, obsequiado y atendido, con suficientes ocupaciones para ocupar la mañana, sin excesivo trabajo que me abrume y me quite el tiempo para el estudio, en esta sociedad de círculo pequeño pero agradable, donde me tratan bien y procuro vivir bien, con la ventaja de un clima suave y de un país pintoresco, me he acostumbrado ya á esta existencia monótona, pero cómoda y tranquila.»


DON SALVADOR BERMÚDEZ DE CASTRO.

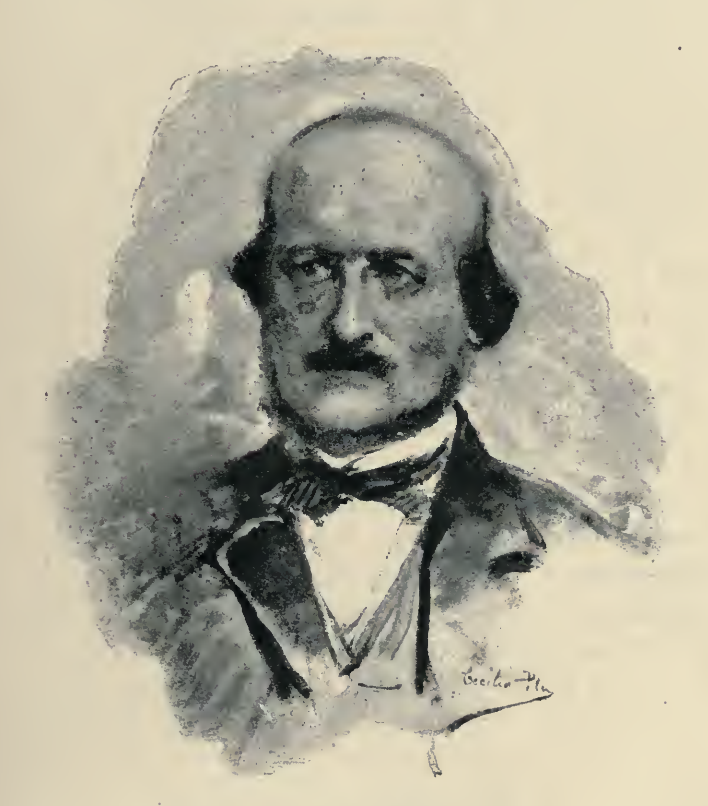
Las Cortes se reunieron el 19 de Noviembre, y, como lo anunciaba yo á mi amigo Bermúdez de Castro, las oposiciones presentaron inmediatamente la batalla al Ministerio, eligiendo para ello la primera cuestión que hallaron á mano, que fué, como se sabe, la llamada de *prerrogativas* ó de relaciones entre ambos Cuerpos Colegisladores; porque habiendo quedado pendiente de discusión en el Senado la ley de ferrocarriles, San Luis presentó otra, en el Congreso, sin retirar aquélla. Entablóse con este motivo una tremenda discusión en la alta Cámara, en la que se multiplicaron los discursos apasionados, los denuestos y aun las

amenazas, recayendo una célebre votación, en la que fué el Gabinete derrotado. Yo voté con el Gobierno, separándome de las oposiciones en esta ocasión; y si es cierto, como después se dijo en plena Asamblea Constituyente, «que la revolución empezó aquel día en el Senado», declaro ahora, mirando los sucesos de lejos y en su conjunto, sin pasión alguna y en vista de sus ulteriores consecuencias, que jamás he emitido voto alguno que más haya satisfecho á mi conciencia.

San Luis obtuvo de la Reina el decreto suspendiendo las sesiones de Cortes, y desde aquel día la agitación empezó en Madrid y en toda España, con todos los síntomas precursores de los grandes acontecimientos. El Ministerio, no obstante, demostraba en sus primeros pasos los más plausibles deseos de conciliación y de avenencia para con las fracciones del partido mismo á que pertenecía, únicos elementos políticos que desde luego le declararon una guerra sin misericordia ni cuartel. Retiró, como he dicho, el proyecto de reforma constitucional de Bravo Murillo; redactó varios proyectos de ley reformando el Código y reorganizando los Tribunales; presentó en tiempo hábil los presupuestos, y suprimió los pasaportes para la Península, y las Aduanas interiores: en cambio, sería dificilísimo determinar de una manera concreta las doctrinas esencialmente contrarias, ni la bandera política que desplegaron al viento las oposiciones moderadas, para justificar la violentísima actitud que adoptaron desde el día mismo en que juró su cargo el Conde de San Luis. Del hondo efecto y de la impresión profunda que en su espíritu produjo la hostilidad de sus propios amigos, fuí yo testigo en dos ó tres conferencias que celebré con él en los primeros momentos. Su ánimo vaciló algún tiempo entre ceder y retirarse ó resistir á toda costa; y sin que yo me permitiera consejo alguno acerca de tan grave negocio, supe pronto que adoptando esta última resolución, se preparaba á mantenerla hasta los últimos límites del esfuerzo. Pero fué desgracia que, emprendido este camino, no pudiera mostrarse dueño de sí mismo ni mantenerse en la esfera de la prudencia. Antes bien, viósele recoger airadamente el guante, y contestar á las provocaciones con la agresión, y á la amenaza con los golpes más rudos, pudiéndose advertir, á fines de este año de 1853, que el horizonte político se cubría con negras nubes de tempestad.

Don Andrés Borrego ha descrito bien aquel período, en un opúsculo publicado en 1855 bajo el epígrafe de *Estudios políticos*, confirmando exactamente todo cuanto yo he adelantado acerca de mis planes y conducta. «La Corte y el Gobierno—dice el célebre publicista, conocedor profundo de todos los sucesos políticos ocurridos en España desde 1820—vivían sobre un volcán. La confianza que debían haber buscado en su razón y en su derecho, la habían colocado en la fuerza material

de que creían disponer; confiados en la disciplina del ejército, en la obediencia de los empleados, en la superioridad de medios de acción que daba al Gobierno una Administración fuertemente organizada, y seguros de que los capitanes generales no les faltarían abiertamente, despreciaban á los partidos, tal vez porque los conocían y los consideraban disueltos. Una sola esperanza se presentaba dentro de los elementos de aquella triste situación: la de que fuese llamado, á tiempo



Don Andrés Borrego.

de conjurar una catástrofe, el general Córdova, que, aunque ostensiblemente separado de la oposición, participaba de sus ideas y no hacía misterio alguno á sus amigos y á los hombres políticos de su partido, de su propósito de recibir el poder, aunque de manos de la Corte, *para emplearlo resuelta y decididamente en restablecer el ascendiente del principio constitucional, separando con mano fuerte las influencias bastardas que podían ser obstáculo al legítimo desarrollo de las influencias políticas y parlamentarias.* Pero un Ministerio Córdova necesitaba haber cuajado antes de que sobreviniesen sucesos que le inutilizaran ó le quitaran el resorte de la esperanza que podía difundir

su advenimiento, pues esta esperanza constituía el verdadero elemento moral en que pudiera razonablemente apoyarse. Antes de la abortada insurrección de Zaragoza, el Ministerio Córdova habría podido parar la revolución y hecho tomar otro giro á los sucesos. Después de aquella manifestación armada, todavía pudo cortar parte de lo que sucedió, aunque le habría sido muy difícil contener la reacción liberal que se venía encima. La experiencia no tardó en poner de manifiesto que apelar á este digno General, en los momentos en que más tarde lo hizo la Corona, debía reducirse al sacrificio inútil de su lealtad y la de los compañeros que buscara para una empresa tan patriótica como estéril.»

Quizá los que me sigan en esta tarea de escribir memorias y recuerdos ilustren algún día cumplidamente todos los misterios y accidentes de la conspiración vastísima que inmediatamente se inició contra el Gobierno. En cuanto á mí, me faltan datos y noticias suficientemente comprobadas y fidedignas para intentarlo. No podré, pues, asegurar hasta qué punto, en qué términos y bajo qué condiciones se estableció la coalición de las fracciones enemigas del Ministerio del Conde de San Luis, para derribarle por la fuerza de las bayonetas, ni si fué cierto que D. Ramón Narváez, retirado á su vuelta á España en su casa de Aranjuez, reuniera allí á los generales más comprometidos y se entendiera con O'Donnell para aprontar á la obra revolucionaria la cooperación decisiva de los coroneles que mandaban los regimientos y que le eran personalmente adictos. Tampoco diré cuáles fueron los generales que compusieron en Madrid el *Comité ejecutivo*, ni si el objeto final de la empresa que perseguían era dar el poder á Narváez ó á O'Donnell. Lo que creo poder asegurar, con entero conocimiento de causa — y he de decirlo aquí en honor de sus nombres y memoria —es que ni por un instante pasó por la imaginación de ninguno de ellos el pensamiento de derribar el Trono, combinando esta idea con la de la Unión Ibérica, tal y como después lo han afirmado algunos historiadores, sin aportar documento alguno que compruebe una afirmación tan grave. Por iguales razones diré asimismo que fué enteramente gratuíta la creencia de que Sartorius pensó en recoger los abandonados proyectos de Bravo Murillo, para sorprender á la nación con el famoso golpe de Estado. Ni una ni otra afirmación ha podido comprobarse de modo alguno, aunque repito que la historia secreta de esta conspiración permanece obscurísima, y que será útil que alguno, con más antecedentes y pruebas de las que yo pudiera ofrecer á mis lectores, la escriba y la esclarezca en su día.

Pero si no podemos llegar á las profundidades de la conspiración, sus consecuencias fueron bien públicas y notorias. San Luis, lleno de

ira, separó de sus empleos á los senadores que habían votado en contra suya, y á generales y á magistrados que la ley declaraba inamovibles. La voz de la prensa oposicionista fué ahogada con multas, supresiones, destierros y encarcelamientos. Los generales D. Manuel y D. José de la Concha fueron destinados de cuartel á las islas Canarias y á Mahón respectivamente: O'Donnell recibió orden de pasar á Palma de Mallorca, mas desapareció de pronto, ocultándose en Madrid, y este ejemplo siguieron Ros de Olano y Messina, mientras que Narváez se retiraba á su Monte Aventino de Loja. El Gobierno entretanto pedía al país un empréstito forzoso bajo la forma de anticipo. Con esta resolución se enajenaba enteramente á la opinión pública; y como siempre ocurre en épocas de revuelta, al estado de violencia entre los jefes respondieron las pasiones de los soldados de fila; á impulso de ellas despertaron los antiguos resentimientos y los odios, salieron á la superficie de la política los rencores, como el cieno surge al agitarse las corrientes, y comenzaron á circular las hojas clandestinas, los papeles cubiertos de acusaciones y de protestas, los pasquines y los anónimos impresos, en los que públicamente se insultaba á los ministros y al Trono del modo más atroz, incitando á la insurrección y provocando al pueblo. El periódico *El Murciélago* pedía que se ahorcara de una ventana de la casa de Correos á D. José de Salamanca, y á poder de la Reina llegaban, por medios desconocidos, hojas inmundas y proclamas revolucionarias. Una de ellas, que tengo á la vista, decía entre otras cosas: «El Gobierno pretende poner su pie sobre esta nación heroica, madre inmortal de las víctimas del 2 de Mayo; de los héroes de Zaragoza y Gerona; de los guerreros de Arlabán, de Mendigorría y de Luchana. ¿Será que aguantemos impunemente tanta ignominia? ¿No hay ya espadas en la tierra del Cid? ¿No hay chuzos? ¿No hay piedras? ¡Arriba, arriba, españoles! ¡A las armas todo el mundo!.....»

Una tarde, en medio de este frenesí que, como una ráfaga de locura, parecía haberse apoderado de la sociedad española, vino á visitarme mi viejo amigo D. Antonio Ros de Olano, y sin muchas diplomacias ni rodeos, inútiles entre soldados, me invitó francamente á que me uniera á ellos y á que tomara parte en el próximo levantamiento que, según él, no tardaría en estallar en toda España.

—Va V. á ser víctima de su sinceridad—me dijo;—el Gobierno le engaña. No pasará un mes sin que inicie el golpe de Estado.

—Si tal sucede—le contesté,—vaya V. y diga de mi parte á sus amigos, que yo les empeño solemnemente mi palabra de que tan pronto como el Gobierno atente contra la Constitución, en cualquier forma, yo me pondré al frente de toda la Infantería que quiera seguirme, como su Director general, para defender las leyes del país. Pero mientras

esto no suceda—añadí,—no cuenten VV. conmigo para nada. Ese camino es de perdición, y nos conducirá á los progresistas y á la anarquía.

Ros de Olano se fué, desalentado en el fondo, porque los generales conjurados deseaban contar con la adhesión en masa de la Infantería, y creían que mi cooperación sería para esto indispensable. Pero aquella entrevista, que fué por algunos conocida, originó que el Ministro de la Guerra me llamase pocos días después y me mostrara varios anónimos, en los que se aseguraba al Gobierno que yo estaba ya comprometido á pronunciarme con O'Donnell. Mi respuesta fué altiva:

—Si V. cree lo que aquí se dice—le contesté—debe V. destituirme en el acto; pero en el caso contrario, ha debido dar al fuego estos papeles. Estoy en mi puesto para cumplir con mis deberes. ¡Ojalá—añadí—que el Gobierno cumpla con los suyos de igual modo! ¡Ojalá que no se confirmen las noticias que yo por mi parte he recibido, relativas á los propósitos que á VV. se atribuyen, contrarios al mantenimiento de la legalidad.

D. Anselmo Blaser, después de algunas reflexiones, dióme sus excusas justificándose. Pero era evidente la debilidad en que iba cayendo el Ministerio.

Entonces se propaló, y algunos historiadores lo han estampado en sus libros, aunque también sin pruebas, la especie de que el general Dulce, Director de Caballería, fué llamado como yo por el Ministro, mostrándole igualmente una carta anónima en la que se delataban sus intenciones, y añaden—insinuando que la carta fué escrita por el mismo Dulce, á fin de ganar mejor la confianza de Blasser—que poniendo aquél la mano sobre la espada, juró que la Reina no tenía súbdito más fiel, ni el Gobierno soldado más leal. Y como fué precisamente Dulce el general que inició el movimiento en Vicálvaro, pronunciando los regimientos de Caballería puestos bajo sus órdenes, resulta tan odiosa la acusación, que por honor de su nombre y en recuerdo de nuestra amistad, no puedo yo menos de acogerla con reserva, asegurando que nada me autorizó en aquellos días para tener por cierto este episodio, á pesar de haber estado, durante los sucesos que siguieron, muy inmediatamente iniciado en todos sus pormenores y antecedentes.

Poco después de esto, en Febrero de 1854, se sublevaba en Zaragoza el brigadier Hore, y al frente del regimiento de su mando, pagaba con la vida el haberse adelantado á los sucesos. Hore murió en la calle del Pilar, cargando al regimiento de Granaderos que mandaba el Marqués de Santiago. Era el primer paso de la revolución y la prueba palpable de los trabajos que se realizaban para corromper á los jefes de los

regimientos. El Gobierno se aferró más, con esto, á la política de resistencia, extremando sus violencias. Desterró á Serrano á Arjona, á Manzano á Cuenca, á Nogueras á Valladolid, y á Zavala á Bayona; dió de baja en el escalafón de generales á O'Donnell y á otros, y prendió á D. Alejandro Castro y á González Brabo. Entonces me censuraron á mí muchos hombres públicos por no presentar mi dimisión, y por seguir al lado de un Gobierno cuya conducta desatentada comprometía la existencia de las mismas instituciones que pretendía defender. Pero yo creí, como sigo creyendo ahora después de tantos años, y como algunos lo reconocieron pasado algún tiempo, que mi dimisión en aquellas circunstancias habría sido como la señal del levantamiento en masa de toda la Infantería, una especie de proclama de la revolución, una insigne deslealtad, y hasta una cobardía en los momentos de peligro. Así lo entendí al menos, y por estas razones que juzgué honrosas, y que expongo aquí sinceramente, permanecí al lado del Ministerio San Luis, aunque deplorando su conducta.

Todos sospechaban, sin embargo, que el movimiento iba á producirse en seguida, estando en él interesadas las más altas personalidades y los mayores prestigios del ejército; y esperándose estaba por momentos, cuando el 28 de Junio estalló al fin, sublevándose en el Campo de Guardias el general D. Domingo Dulce, con la caballería que mandaba.





Don Anselmo Blaser.

CAPITULO XIV.

Sensación en Madrid.—Las peregrinaciones de O'Donnell.—El Conde de la Cimera.—Actitud de Blaser.—Lo ocurrido en el cuartel de San Francisco.—Medidas previsoras.—S. M. ante las tropas.—La acción de Vicálvaro.—Situación de los partidos y de la prensa.—Consecuencias de una antigua política.—En Palacio.—Mis diálogos con los Reyes.—Sale Blaser á campaña.—El *Manifiesto de Manzanares.*—Desde este punto á Bailén, Jaén y Martos.—La sublevación de Barcelona.—Resigna Sartorius el mando.—Soy llamado por S. M. y recibo el encargo de formar un Gobierno.—Situación en que me constituían estos sucesos.—Cómo acepté el poder.—En la cámara de la Reina.

Aunque presentido el movimiento por el Gobierno, por los partidos y por el público, la noticia de la audaz resolución de Dulce produjo en Madrid una conmoción tan profunda, que difícilmente podrán ahora concebirla mis lectores en toda su verdadera intensidad. Hasta el mediodía circularon noticias confusas y contradictorias; pero á estas horas conociéronse ya en el Ministerio de la Guerra, á donde acudí apre-

suradamente, todos los detalles de lo ocurrido. Dulce, el día antes, había notificado al Capitán general de Castilla la Nueva, D. Juan de Lara, que se proponía salir de Madrid al toque de diana, con los tres regimientos de caballería de la guarnición, pretextando la conveniencia de ensayar unas nuevas monturas recientemente aprobadas, para lo cual era necesario emplear todo un día en grandes maniobras. Estas iban á verificarse en el Campo de Guardias, y como los deseos del Director parecían naturales, ningún reparo opuso á ellos el general Lara. Salieron, pues, los regimientos el 28, y al llegar al Campo de Guardias reuniéronse á Dulce los generales O'Donnell, Ros de Olano y Messina.

Según después se hizo público, O'Donnell había permanecido en Madrid oculto cinco meses, sin que el Gobierno lograra encontrarlo, á pesar de las muchas pesquisas que parece practicó la policía. Estuvo primero escondido en una casa de la plaza de Bilbao, luego pasó á la del Marqués de la Vega de Armijo, ardiente amigo y partidario suyo, y como no se le considerase allí suficientemente seguro, el mismo Vega de Armijo, de acuerdo, según se me dijo, con D. Antonio de los Ríos y Rosas, le buscó otro asilo. De aquí nació la intervención casual del joven D. Antonio Cánovas del Castillo en aquellos sucesos, porque habiéndosele pedido secretamente su opinión sobre esto en *El Ateneo*, donde diariamente concurría, propuso como segura la casa de D. Angel Fernández de los Ríos, director de *Las Novedades*, que tenía una salida oculta y desconocida á la calle del Carbón desde la de Jacometrezo. Verdadero peregrino dentro de Madrid, hubo luego O'Donnell de abandonar este asilo para guarecerse en la calle del Horno de la Mata, de donde salió á los pocos días, ocultándose en otra de la travesía de la Ballesta, en casa de los hermanos del luego general Ceballos, ausente de España á la sazón. Cánovas hubo también de esconderse, pocos días después, acusado de hacer alusiones políticas en su cátedra del Ateneo, cuando por igual motivo cerró aquel Gobierno todas las del dicho establecimiento, y gracias á un aviso oportuno, evitó el ser deportado á Canarias como algunos periodistas de la oposición. Todo esto dió lugar á que inopinadamente se encontrase mezclado Cánovas en todo, porque, yendo á ver con frecuencia á O'Donnell y á Ríos Rosas, acabó por poseer todos sus secretos de igual modo que el Marqués de la Vega de Armijo y el propio Fernández de los Ríos, que acompañaba en su encierro al citado General, desde que fué también comprendido en la orden de trasladar á Canarias á los principales periodistas de la oposición. Muchos riesgos de ser presos corrieron los poseedores de aquel secreto, y el mismo general O'Donnell, cuando en Mayo cayó enfermo de una afección nerviosa, en la que fué

asistido por el célebre Dr. D. Mateo Seoane, obligado también á disfrazarse para visitar á su ilustre cliente. Entretanto, dirigía especialmente la conspiración el general Messina, antiguo subsecretario de Narváez, y este mismo tuvo indudablemente conocimiento de ella; quedando fijado el movimiento para el día 13 de Junio, y corriendo las órdenes en consecuencia.

El Marqués de la Vega de Armijo tenía el compromiso de conducir á O'Donnell á la Venta del Espíritu Santo en su coche, y lo cumplió, yendo á buscarle á la travesía de la Ballesta aquella noche, y saliendo de Madrid por la puerta de Recoletos á altas horas. En las Ventas tomó O'Donnell otro coche, de antemano dispuesto, que le condujo á Canillejas, y allí, acompañado sólo por el coronel Ustáriz, esperó inútilmente todo el día á las tropas que debía sublevar Dulce y al regimiento de infantería del Príncipe, también comprometido. Pero el golpe fracasó este día por dificultades imprevistas de ejecución, y O'Donnell volvió á Madrid ya de noche, sin ser por nadie reconocido. Iguales circunstancias se repitieron en la madrugada del 28, aunque con mejor fortuna. O'Donnell, conducido nuevamente por el Marqués, su amigo, que manejaba en persona los caballos de su coche, tomó la puerta de Bilbao y mudó de carruaje en Chamberí, uniéndose luego á Dulce. Los demás generales llegaron por distintos caminos, incorporáronse á la columna, pusiéronse rápidamente de acuerdo, y mandando hacer alto, y arengando vigorosamente á los regimientos, les dieron á conocer su pensamiento de rebelarse contra el Gobierno constituído, para fundar otro que contribuyera con mejores procedimientos y fortuna á la prosperidad del país. Sólo una voz se levantó allí, protestando del acto y pidiendo al general O'Donnell permiso para separarse de las tropas sin tomar parte en el pronunciamiento. Fué esta voz la del coronel Conde de la Cimera, que mandaba el regimiento de Santiago, el cual envainó el sable y regresó á Madrid, únicamente acompañado de su hijo, simple alférez entonces, que siguió el ejemplo de su padre. Después de esto, los sublevados se dirigieron, bajo las órdenes de los cuatro generales, al inmediato pueblo de Canillejas.

La actitud del Ministro de la Guerra, D. Anselmo Blaser, en los momentos aquellos en que le comunicaron estas noticias, fué verdaderamente terrible. Pocos hombres he visto más iracundos ni más fieros. Creo yo que, de haber seguido entonces los consejos de algunos que le rodeaban, y los de sus propias inspiraciones, poniendo á la guarnición sobre las armas y marchando sin demora ninguna en pos de los sublevados, habríalos alcanzado y batido; y creo también que si en tales momentos le hubiese deparado su actividad la contingencia de coger prisioneros á los jefes del movimiento, D. Anselmo

Blaser habría irremisiblemente fusilado á O'Donnell, á Dulce, á Ros de Olano y á Messina.

Pero un hecho muy grave, ocurrido en la misma madrugada del 28, en el cuartel de San Francisco, dió lugar á que el gobierno siguiera los consejos de la prudencia y á que todo lo meditara con frialdad y calma. El hecho fué el siguiente: Hallábase en este edificio acuartelado el regimiento infantería de Extremadura, y sobre las cuatro de la mañana, es decir, al mismo tiempo que en los regimientos que debían sublevarse con Dulce resonaba el toque de *botasillas*, tres capitanes de Extremadura y dos tenientes penetraban de improviso en el cuerpo de guardia, y rodeando al capitán que aquella noche la montaba, pretendieron amarrarle para sacar el regimiento, marchar con él al Campo de Guardias y reunirse á Dulce. El capitán de servicio se resistió con tesón, hasta ser herido de un pistoletazo que le disparó uno de sus compañeros, y hubieran llevado éstos la mejor parte en la contienda, á no haber intervenido en ella, eficaz y valerosamente, el cabo de la guardia y varios soldados que acudieron en auxilio de su jefe, ya herido, y lograron poner en fuga á los sediciosos y dar tiempo á que el coronel y otros jefes que dormían en el cuartel restablecieran el orden y se hicieran cargo del regimiento. Los nombres del capitán de guardia, gloriosamente herido en la defensa de su puesto, y los del cabo y soldados que le prestaron tan oportuno auxilio, deben consignarse aquí. Llamábase el capitán D. Miguel Fernández y Sánchez; el cabo primero, José Domínguez, y los soldados, Bernardo Lallana, Francisco Juan, Eugenio Anahiza, Adrián Cardona, y José García.

Este hecho dió razón para que el Gobierno, en aquellos momentos, se abstuviera de tomar resoluciones prontas y vigorosas, y realizara un acto solemne con las tropas, para medir por su actitud hasta dónde llegaban las ramificaciones de la conspiración. Determinó, pues, llamar á S. M. la Reina, que pocos días antes había salido para dar comienzo á la jornada de San Ildefonso, y que se hallaba todavía en El Escorial; mandó que en la misma tarde del 28, en que debía regresar la Corte, se tendieran las tropas á su paso por las calles de Madrid, y que el siguiente día, S. M. misma revistara á toda la guarnición en el Prado para infundirla con su presencia los sentimientos de fidelidad al Gobierno constituído, sobre los cuales no abrigaba éste, sin duda, la mayor confianza. Todo se realizó tal y como lo acordó el Gobierno. El 28, por la noche, penetraba la Reina en Madrid por entre un pueblo silencioso, y acto seguido recibía en Palacio á la oficialidad toda de la guarnición, que la tributó sus homenajes respetuosos. El 29 salía S. M. en carretela descubierta, y acompañada del Ministro de la

Guerra, del Capitán general y de todos los directores de las armas, con brillante escolta, recorría, al paso, la extensa línea de tropas tendidas en el Prado. Al llegar al regimiento de Extremadura, detúvose el coche de S. M., y mandando salir al frente de banderas al cabo primero José Domínguez y á los soldados sus compañeros de guardia de la noche anterior, S. M., con sus propias manos, puso al cabo la charretera de subteniente de infantería y colgó del pecho de los soldados la cruz pensionada de María Isabel Luisa. Este acto, que resultó muy imponente, conmovió profundamente al público y á las tropas, cundiendo con eléctrica rapidez por toda la línea; y desde aquel momento no cesó S. M. de escuchar vítores y aclamaciones del pueblo y del ejército, no sólo al continuar la revista, sino después al presenciar el desfile de los regimientos. Tengo á la vista la proclama que la Reina dió al ejército aquella tarde y que circuló profusamente entre las filas de los soldados. No la publicaré: sus términos son tales, que aunque pudieran justificarse en aquellos momentos y en presencia de tan críticas circunstancias, ahora herirían profundamente los sentimientos del ejército, acostumbrado á pronunciar con entusiasmo y con respeto los nombres de aquellos generales que antes y después prestaron eminentes servicios á la patria.

Ante el éxito de la revista del 29 el Gobierno no vaciló, y el 30, el general Lara, con tres batallones, practicó un reconocimiento muy temprano hacia la Venta del Espíritu Santo, comprobando que las fuerzas insurrectas, reforzadas con un batallón del regimiento de Infantería del Príncipe que mandaba D. Rafael Echagüe, se hallaban situadas sobre los altos de la dehesa de Moratalaz, apoyándose en el camino de Vicálvaro. Se organizó en seguida una columna fuerte de siete batallones, dos baterías, el regimiento caballería de Villaviciosa y un tercio de la Guardia civil, al mando del general Duque de Vistahermosa, y precedida de una vanguardia compuesta de seis compañías de cazadores, que marchaba á las órdenes del brigadier Santiago, emprendió Blaser resueltamente la ofensiva. El choque entre tropas de la misma guarnición, es decir, entre hermanos, iba, pues, á realizarse, y para evitarlo no bastaron por una parte ni los dos días que dejó transcurrir el Gobierno, durante los cuales pudieron los generales sublevados meditar más friamente las consecuencias de sus actos, ni por otra la declaración que éstos hicieron manifestando en un documento, ya histórico, que sus intenciones y deseos se reducían á «desterrar la ponzoña del agiotaje y de la inmoralidad administrativa que corroía el país, y abolir la previa censura, condoliéndose de que las Cortes permanecieran mudas y cerradas, pero afirmando el principio monárquico y exaltando el Trono y la persona de la Reina.» S. M., movida por impulsos muy generosos, y ansiosa

de que no se derramara la sangre de soldados inocentes, pidió al Gobierno con insistencia, con tesón, con energía extraordinaria, que la dejara ir á ella sola, á caballo, con algunos hombres de escolta y rodeada de sus generales, al encuentro de O'Donnell, prometiéndose atraerlo por el influjo de su personalidad augusta y de su presencia, y asegurando que cubriría las faltas de todos bajo el manto de un perdón general y magnánimo; pero esto, que de realizarse habría constituído, sin duda, el acto más grande y personal del reinado de D.ª Isabel II, no podía el Gobierno consentirlo por razones poderosísimas que después aprecié, aun cuando en aquellos instantes fuí partidario de que se dejase seguir á S. M. los impulsos de su corazón.

Quizá por esto, ó porque mi actitud no fuera tan violenta como la de otras personalidades que deseaban castigar inexorablemente á los pronunciados en el más pronto y perentorio plazo, ó tal vez porque no oculté á nadie los temores que me asaltaban, si llegaba á dispararse un solo tiro, tuve la fortuna de no asistir á la acción de Vicálvaro y de que el Gobierno me confiara sólo, por Real orden de 30 de Junio, el mando de las tropas destinadas á permanecer en el Prado y el de las que debían ocupar la Puerta del Sol y la Plaza Mayor, al propio tiempo que el Duque de Ahumada se hacía cargo de las que custodiaban el Real Palacio. No describiré la acción, que es harto conocida. Básteme decir que los regimientos de caballería pronunciados cargaron con denuedo; que fueron en todos sus ataques repelidos por la infantería, que formó en buen orden, y ametrallados de cerca por los disparos de las pocas piezas que pudieron colocarse en batería, y que, habiéndose apartado los insurrectos á más distantes posiciones en los últimos momentos del combate, creyó prudente el Ministro de la Guerra retirarse, sin empeñar sus tropas en la obscuridad de la noche, mientras que los contrarios emprendían desde luego su marcha en dirección de Aranjuez, dejando en Torrejón sus heridos. En consecuencia, quedó la cuestión sin resolver por las armas, de un modo decisivo, y pudieron ambos partidos atribuirse la victoria, aun cuando en realidad ninguno verdaderamente la obtuvo.

Desde la posición que ocupé en el camino de Alcalá, únicamente acompañado del Conde de Cumbres Altas y de mi íntimo amigo el Coronel de E. M. D. Juan Guillén Buzarán, con un batallón de la Reina Gobernadora, algunos quintos de la Constitución y una batería rodada, esperaba la vuelta de las tropas y del Ministro, cuando una falta de orden, en su marcha, introdujo la alarma en aquella columna, seguida de una gran confusión y tiroteo del que estuvo á punto de ser víctima el ilustre Zarco del Valle, que se halló por algunos minutos entre dos fuegos cruzados. Mi deber de soldado me condujo á donde la infante-

ría de mi dirección se encontraba en desorden; pero bien pronto estrechó sus filas y se preparó en buena forma. Avancé entonces hasta la Venta del Espíritu Santo, en donde tomé posiciones, y no me retiré hasta que desfilaron todos los cuerpos. Vi volver á las tropas de Vicálvaro con emoción y dolor, y celebré en lo íntimo de mi alma que las órdenes del Gobierno me hubiesen librado de asistir á un combate tan opuesto á mis sentimientos y tan contrario á los intereses de la Reina y del país.

No faltaron en Vicálvaro rasgos de valor y de pericia. Distinguiéronse mucho Campuzano, que mandó la izquierda con los Ingenieros, y los generales D. Jenaro Quesada, Lara y Vista Hermosa. Dió también muestra de su bizarría extrema el Duque de Gor, que mandó allí un batallón de la Reina Gobernadora, y todos recibieron al siguiente día justas recompensas del Gobierno, que premió con largueza á las tropas y á sus jefes. En el bando contrario sucedió lo propio, aun cuando Dulce no cargó con sus regimientos, contenido sin duda por la impresión que debía producir en su ánimo la naturaleza del enemigo que tenía enfrente. Ros de Olano, con su alma de poeta, vió también aquello con mal disimulada pena, y parece que dijo á los que tenía á su lado las siguientes palabras, que marcan bien la situación interior de ánimo en que los sublevados debían encontrarse:

—¡De aquí—repetía—iremos todos á la plaza de la Cebada!

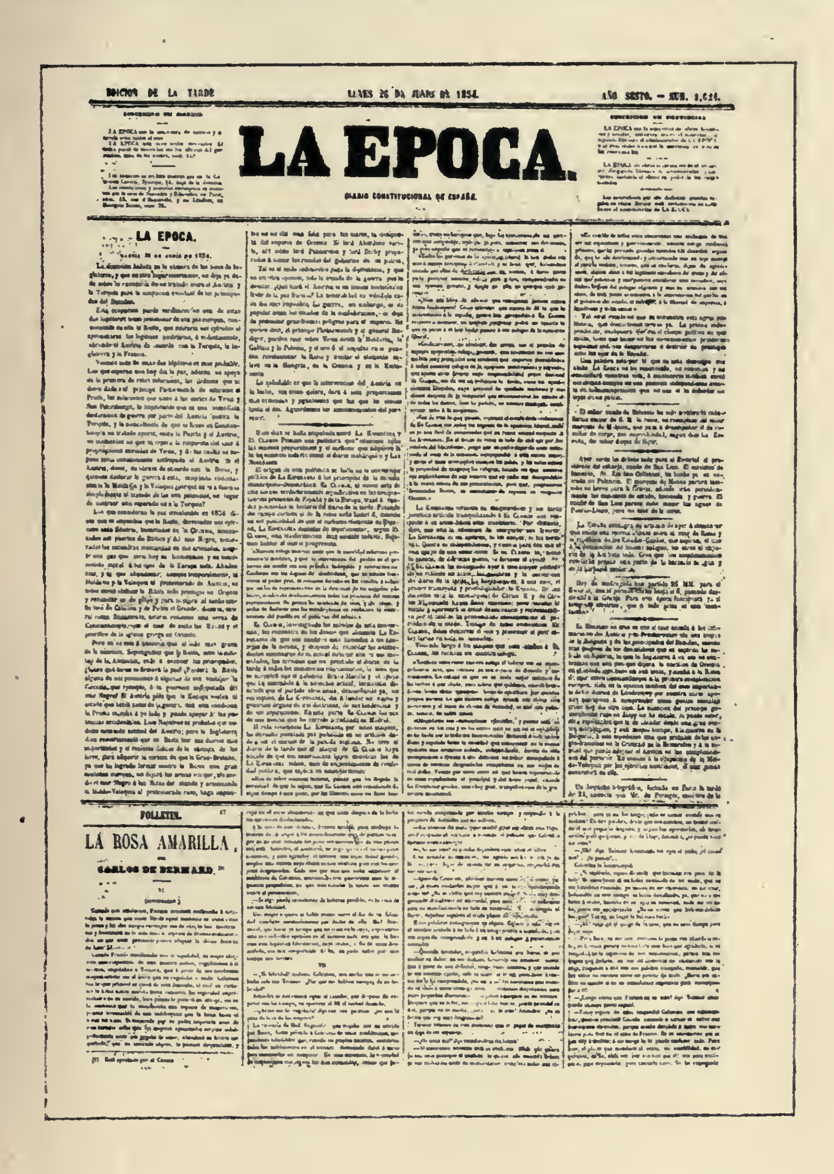
Sólo O'Donnell conservó su serenidad impasible, y toda la tarde estuvo comunicando órdenes acertadas, secundado, fría y valerosamente, por Echagüe. Nuestras bajas, entre muertos y heridos, no pasaron de 30, pero fueron mayores las de los contrarios, los cuales dejaron además algunos prisioneros en poder de Blaser. Entre éstos figuró el coronel del sublevado regimiento de caballería de Farnesio, D. Francisco Garrigó, militar de limpia historia y fama merecida, el cual, sometido en los días que siguieron á un consejo de guerra, alegó en su defensa la obediencia pasiva que le imponía la Ordenanza, por la que hubo de cumplimentar las órdenes de su general Director.

No resolvió, pues, nada la acción de Vicálvaro. El Gobierno desde las columnas de la *Gaceta*, por su lado, y los rebeldes por el suyo, en boletines impresos y en hojas clandestinas, declaráronse á un mismo tiempo vencedores, y comenzaron á cubrirse de ultrajes con una violencia tal, cual yo no recuerdo ninguna otra parecida desde el anárquico período revolucionario de 1820 á 1823, en la que *serviles* y *exaltados* agotaban cada día, en los clubs y en los periódicos, todos los dicterios del lenguaje. Entróse, en consecuencia, en un período agudo de peligros, de constante ansiedad y de zozobra, del cual podían resultar sucesos que pusieran al Trono al borde de su ruina. Sintiendo esto mismo,

sin duda, el Cuerpo diplomático extranjero visitó á la Reina en corporación el 1.° de Julio, para felicitarla por el resultado de la acción de Vicálvaro, que parecía, según los partes del Gobierno, la victoria definitiva de éste y de los intereses del orden y de S. M. La opinión pública se dividió el campo, formando tres grandes agrupaciones. Los moderados disidentes exaltaban á los *Vicalvaristas* y ponían al servicio de la insurrección todos los recursos políticos de los partidos; los progresistas y demócratas, advirtiendo que en la contienda no se debatían sus principios, permanecían en una posición neutral, observándolo todo en actitud expectante, y la fracción moderada, en fin, unida al Ministerio, anatematizaba el hecho con toda violencia, y se aprestaba para un combate sin cuartel.

Nombróse al general Azlor de Aragón, soldado de reputación y firmeza, Director general de Caballería en reemplazo de Dulce; expidiéronse órdenes al regimiento de infantería de la Princesa, mandado por el bizarro Diego de los Ríos, y al de caballería del Rey, á cuyo frente estaba el ilustre Marqués de Villavieja, para que á marchas forzadas vinieran sobre la corte desde Valladolid, y mientras que el Gobierno pretendía sacar fuerzas de su propia situación, comprometida y desesperada; mientras que preparaba con harta lentitud una expedición que marchase en contra de O'Donnell; mientras que dirigía comunicaciones y circulares á los gobernadores y capitanes generales, demostrando una serenidad que estaba muy lejos de sentir; mientras que ponía en estado de sitio á todo el Reino y decretaba la formación de comisiones militares ejecutivas en todas partes, O'Donnell permanecía tranquilo en Aranjuez, preparaba su marcha hacia Andalucía, esperando encontrar en ella la cooperación eficaz del Duque de Valencia, y los periódicos de Madrid, identificados con su política, adoptaban una actitud francamente revolucionaria. Entre estos órganos, de mucha circulación y popularidad entonces, figuraban en primera línea *Las Novedades*, hasta allí sin color político determinado, y más inclinado á la templanza que á la violencia, en donde escribían Cánovas, Fernández de los Ríos y Barrantes; el *Diario Español*, de López Roberts, muy ayudado por Rancés y Lorenzana, jóvenes de tanto porvenir como talento; *El Occidente*, de D. Cipriano del Mazo, y *La Época*, de Coello, que, con la valiosa cooperación de Escobar, hizo entonces una ardientísima campaña. Atropellados, según he dicho, por el Gobierno en los días que precedieron al alzamiento, y después de él cesaron estos diarios en su publicación, al mismo tiempo que *El Clamor Público*, de los Sres. Corradi y Rascón, y que *La Nación*, de Romero Ortiz y Montemar, exceptuandose *La Iberia*, cuyo director, Calvo Asensio, anunció que cualesquiera que fuesen las cir-

cunstancias, no se condenaría al silencio. Los progresistas, sin embargo, demostraban por de pronto en sus conversaciones una terrible hostilidad contra los generales del Campo de Guardias. Esta circunstancia, muy digna de tenerse en cuenta, se comprobó el 4 ó 5 de Julio


EDICION DE LA TARDE — LUNES 26 DE JUNIO DE 1854. — AÑO SEXTO. — NUM. 1,82[illegible]

LA EPOCA.

DIARIO CONSTITUCIONAL DE ESPAÑA.

LA EPOCA.

FOLLETIN.

LA ROSA AMARILLA, POR CARLOS DE BERNARD.

con un *Manifiesto á la Nación*, progresista, que circuló impreso por todas partes y en el cual se injuriaba de la manera más escandalosa á los *Vicalvaristas*, para demostrar la conveniencia de que la Reina llamase al poder al Duque de la Victoria.

Tal era la situación de los partidos en aquellos malhadados días. No se habrá olvidado cuanto he dicho, en el capítulo anterior, respecto

á mis deseos de conciliación entre las dos ramas del partido moderado, tan hondamente dividido desde la caída del general Narváez, ni mis esfuerzos por realizar una especie de armisticio general, bajo la base de un Ministerio resuelto á gobernar con los principios más estrictos del régimen representativo. No tenía yo entonces órgano en la prensa, ni creí nunca necesario exponer estas ideas por medio de discursos ó de actos que revistieran la publicidad necesaria para que mis planes llegaran al dominio público ; pero esta reserva—que fué sin duda una falta gravísima de conducta, y cuyas consecuencias se derivaron pronto—no era obstáculo para que en Palacio se conociera mi actitud, ni se dejara de apreciar en toda la fuerza que verdaderamente alcanzaba, al producirse los sucesos gravísimos de aquellos días.

Por esta razón fuí llamado reservadamente á Palacio en la noche del 3 ó el 4 de Julio, donde tuve la honra de ser recibido en las habitaciones particulares de S. M., y de que esta augusta señora, acompañada sólo del Rey su esposo, se dignase celebrar conmigo una larga é interesante conferencia. Los peligros y las amarguras de las circunstancias habían alterado visiblemente las facciones de la Reina, y la agitación interior que me pareció descubrir en la actitud del Rey, aun cuando sereno y frío en apariencia, hiciéronme creer que SS. MM. sufrían en estos momentos todas las tribulaciones de la incertidumbre, respecto no sólo del partido que á sus intereses Reales conviniese seguir, sino también acerca del camino que podría conducirles mejor á la solución de tan arduas dificultades, inspirándose en los deberes de su altísimo ministerio. Desde luego no pude yo ocultarles mi opinión, firmísima y convencida, de que el Gabinete del Conde de San Luis constituía en aquel momento un grave peligro para todos los intereses, expuestos y empeñados en una lucha, que volvería á reproducirse, aun cuando su resultado inmediato pudiera llegar á ser favorable al Gabinete. El Conde de San Luis, con razón ó sin ella, con justicia ó injustamente, por culpa suya ó por pecados ajenos, estaba divorciado enteramente de la opinión pública. Esto constituía un hecho cuyas causas era inútil determinar entonces, pero cuyos resultados se tocaban. La retirada del Ministerio quitaría de manos de los sublevados el arma más poderosa que esgrimían; dejaríalos sin bandera política, sin objetivo alguno y sin apoyo, por ende, en la opinión ; pues era claro que escogidos los hombres de un nuevo ministerio entre los que más se hubiesen distinguido por su respeto á la moralidad administrativa y á las prácticas constitucionales, el pueblo español se pondría del lado de la legalidad, que le ofrecía, con el orden, aquello mismo que los *Vicalvaristas* reclamaban animados de buenas intenciones, sin duda, y de miras patrióticas, pero empleando procedimientos seguramente censurables.

—Pero ¿cómo se ha de cambiar el Ministerio—exclamó el Rey—ante la amenaza de los sublevados en armas y como resultado de un pronunciamiento? ¿No sería sancionarlo, reconocerlo y justificarlo? ¿No daría margen esta conducta de la Reina á que en lo sucesivo cualquier General con mando imitara la conducta de Dulce, por poco que le desagradara la de los poderes públicos, conducta que el ejército no puede ser llamado á juzgar en ningún caso?

—Vuestra Majestad tiene razón—le dije;—pero yo no me proponía aconsejar á la Reina que cambiara en el acto el Ministerio. Lo más urgente y perentorio es ahora perseguir á la columna sublevada, destruirla, disolverla y obligar á O'Donnell y á sus generales á que abandonen rápidamente el territorio de la Monarquía; pero créame V. M., señora—añadí volviéndome hacia la Reina—al primer combate ventajoso que libren las tropas del Gobierno, al primer descalabro que sufra el general O'Donnell, por cuyos efectos pueda V. M. recobrar la independencia y la libertad moral de su prerrogativa, el interés del Trono demanda imperiosamente que V. M. la ejercite por un acto espontáneo, variando sin dilación alguna su Consejo de Ministros. Y así como estoy persuadido de esta necesidad, creo también que el primer acto del nuevo Ministerio debería reducirse á la publicación de una generosa amnistía, que permitiera á V. M. seguir sus generosas inspiraciones, correr un denso velo sobre el pasado, olvidar las faltas y los errores de todos, y llevar la paz y la confianza á los espíritus, llamando á la vida legal y á las luchas pacíficas de la política á todos los partidos en que se divide la opinión. De esta suerte, los generales sublevados, después de restablecido el principio del orden con el esfuerzo de las armas, y de vindicada la ley con su derrota, podrían ellos mismos aspirar al gobierno y ejercerlo, para implantar en la Administración pública las reformas de que se muestran tan ardorosos partidarios; y esto sin que V. M. se considere vencida por una insurrección triunfante.

—¡Pero es que no quiero que se derrame más sangre!—exclamaba la Reina.—¿Por qué los españoles no han de amarse los unos á los otros? Sé que mi trono está identificado con las instituciones liberales. No pretendo ni he pretendido nunca menoscabarlas, ni desconozco los derechos de las Cortes. Deseo que se reunan, que discutan y que se entiendan todos los partidos. Ya he enviado á Aranjuez persona de mi confianza para hablar de mi parte á O'Donnell. Pero—añadió la Reina con un acento verdaderamente desesperado,—¡nada, nada, se consigue!.....

Vi entonces correr por sus mejillas lágrimas ardientes, y me sentí honda y profundamente conmovido ante aquella Reina tan joven, que apenas contaba veinticuatro años, y que sólo sabía oponer súplicas

y sollozos á los huracanes de la política. Algo se prolongó todavía mi permanencia en Palacio. La actitud y la situación de la Reina, impresionándome mucho, hiciéronme convenir en que nada sería, en efecto, más ventajoso que la solución por ella misma propuesta y perseguida, intentando todavía una reconciliación del ejército, que entonces mejor que nunca habría establecido la unión de los partidos, y salí de la Real cámara después de hablar largamente del porvenir, de escuchar de los labios de SS. MM. frases muy lisonjeras y aprobaciones muy explícitas de la conducta por mí seguida en los últimos tiempos, y abrigando, en fin, las más lisonjeras esperanzas y las más fundadas seguridades de que mis esfuerzos podrían, en breve plazo, no resultar enteramente estériles para la suerte futura del país.

Como era natural, yo guardé entonces la más impenetrable reserva acerca de lo ocurrido en aquella conferencia. Ignoro, pues, si el Gobierno llegó á traslucir algo de lo convenido y hablado por conducto de la misma augusta Señora, en quien era imposible suponer la doblez y el disimulo indispensables para ocultar enteramente sus pensamientos á la sagaz y penetrante inteligencia del Conde de San Luis, ó si éste, ayudado por su instinto finísimo, advirtió pronto que del mismo golpe que asestara á la insurrección moriría su Ministerio. Ambas hipótesis pueden ser igualmente verosímiles y posibles; pero es lo cierto que el Gobierno en vez de proseguir con actividad y firmeza su campaña contra O'Donnell, confiado en la completa tranquilidad de Madrid y por la actitud pasiva de los progresistas, dejó correr los primeros días que siguieron al combate, en la más extraña inacción; permitió que los generales insurrectos se reorganizaran tranquilamente en Aranjuez; que se les incorporara allí el 2.º batallón del Regimiento del Príncipe, destacado en Toledo—el cual se unió á los sublevados, por el solo estímulo de seguir la suerte de su coronel D. Rafael Echagüe—y que permaneciesen así hasta el 4 de Julio, dirigiéndose luego hacia la cuenca del Guadiana, penetrando en la provincia de Ciudad Real el día 5, y ocupando á Madridejos. Hasta el 7 no se reunió en Tembleque la división de operaciones destinada á perseguirlos, y hasta el mismo día no salió de Madrid el Ministro de la Guerra que, según el acuerdo del Gobierno, era el general designado para mandarla. Su columna se organizó con la mayor parte de la guarnición de Madrid, no quedando en la corte sino fuerzas muy exiguas y enteramente insuficientes para defender Palacio, los cuarteles y parques, y atender además al sostenimiento del orden, si éste se alteraba en las calles. Hice yo al Gobierno sobre este punto algunas advertencias, que no vacilo ahora en calificar de previsoras, pero no fuí escuchado.

El 7 llegaba O'Donnell á Manzanares con la vanguardia que man-

daba Echagüe. Uniósele en este punto D. Francisco Serrano, sin tropas, y con sólo algunos guardas de campo de sus tierras de Andújar, y en aquel pueblo, en lo sucesivo histórico—desde el cual hizo también mi hermano una representación al país después de los sucesos de Sevilla—lanzaron los generales su célebre *Manifiesto*, por el cual, ampliando las declaraciones primeras y trocando aquella incolora sublevación por una bandera política, dirigían francamente un llamamiento al partido progresista, pedían el restablecimiento de la Milicia Nacional, la descentralización del poder, la rebaja de los impuestos y otras cosas, trocando así lo que sólo había sido un pronunciamiento militar, realizado por generales moderados, en una rebelión popular de carácter eminentemente progresista.

El origen de este documento cónstame de ciencia cierta que fué el siguiente: Después del inesperado combate de Vicálvaro y de emprender la marcha á Aranjuez los generales sublevados, quedáronse sus amigos de Madrid sin saber qué hacer ni qué pensar. Hasta entonces ni la menor relación había existido entre los sublevados y el partido progresista. Los antiguos adeptos de este partido, que estaban en el secreto de la conjuración, como el general D. Pedro Chacón y D. José Manuel Collado, eran los más opuestos á contar con las turbas, por miedo de lo que sucedió después con ellas. Entre los hombres á quienes la casualidad había puesto en contacto con los generales conjurados, únicamente Fernández de los Ríos era de procedencia progresista, aunque hacía bastantes años que no tomaba parte en los actos de sus antiguos correligionarios. Vega Armijo comenzaba entonces su carrera política, figurando en los comités electorales, y no estaba aún afiliado á ningún partido. Cánovas, discípulo predilecto de D. Joaquín Francisco Pacheco, en el periódico *La Patria*, era, por tanto, *puritano* de origen, que venía á ser lo mismo que conservador liberal. Ríos Rosas, el Duque de Sevillano, Orlando, D. Gabriel Tassara, González Brabo y los demás hombres civiles iniciados en el movimiento, eran de procedencia moderada. Nadie pensaba allí, pues, sino en un cambio político de índole conservadora. Alargada la lucha, sin embargo, por la retirada de los sublevados de las cercanías de Madrid, la intervención del partido progresista debía ser inevitable; necesitaban los sublevados resignarse á una coalición con él, so pena de tenerlo por inexorable enemigo, aun supuesto el triunfo, y para eso, forzoso les era anticiparse á darle algunas satisfacciones y garantías. De aquí que entre los amigos de Madrid se acordase que saliese inmediatamente uno de ellos á buscar á O'Donnell y conferenciar con él. La empresa, habiendo de pasar para llevarla á cabo por en medio de las tropas del Gobierno, era peligrosa. Ofrecióse á realizarla el joven Cánovas, y en Villarru-

bia de los Ojos alcanzó al General y sus tropas, conferenciando con él durante la marcha sobre Manzanares. Cuando llegó á esta población O'Donnell cambió algunas pocas palabras sobre el caso con los demás generales, y sin la menor vacilación, tan evidente era la necesidad de contar ya para el porvenir con los progresistas, puesto que no se había arrollado en los primeros instantes al Gobierno, se acordó el *Manifiesto*, encargando su redacción á Cánovas. No había salido éste de Manzanares, cuando se presentó allí D. Francisco Camprodón con la misión del general Marchessi, segundo Cabo de Cataluña, de hacerles saber que todo lo tenía preparado para secundar allí el levantamiento, sin contar para nada con el Capitán general. Marcharon ya, pues, los sublevados hacia Andalucía confiados en esta promesa, y Cánovas trajo la misma noticia á Madrid, volviendo á atravesar por en medio de las tropas que mandaba ya Blaser en persona. El programa de Manzanares sirvió, como se había pensado, para hacer posible la unión de los generales conservadores con los caudillos progresistas; pero, contra lo que yo mismo he creído por mucho tiempo, prestó poca ó ninguna ayuda á los sublevados, dado que no pudo ser impreso ni repartido hasta los dos ó tres días antes del pronunciamiento de Barcelona y el consiguiente de Valencia. De todas suertes, visto todo lo que después aconteció, se dieron por muy contentos de él los sublevados en Canillejas.

Estos, entre tanto, deseando evitar, sobre todo, un nuevo encuentro con las tropas de Blaser, continuaron la retirada sin detenerse. El 8 salió Echagüe de Almagro con la vanguardia, evitando penetrar en Ciudad Real, por la actitud hostil de sus habitantes. Llevaba la columna una fuerza total de 900 caballos y de 500 á 600 infantes, entre las fuerzas del regimiento del Príncipe y el centenar de paisanos que se les unieron en Madrid, Alcalá y Aranjuez; días hubo en que hicieron marchas hasta de trece leguas. El 10, el Ministro se encontraba todavía en Valdepeñas, y hasta el 14 no llegaba con las tropas á Bailén. El mismo día en que los sublevados abandonaban precipitadamente Jaén, Blaser, al tener noticia del manifiesto de Manzanares, activó su marcha y cerró las distancias hasta el punto de llegar con su vanguardia á esta capital el mismo día 15, mientras que O'Donnell torcía hacia Martos, con ánimo, no disimulado ya, de ganar en cinco ó seis jornadas la frontera portuguesa, al advertir, contra sus esperanzas y deseos, que las guarniciones de Andalucía permanecían sordas á su llamamiento. Seis días más de inmovilidad en el resto de España, y la revolución habría totalmente fracasado.

Mas estaba, sin duda, escrito que las combinaciones de la suerte dieran otra dirección á los sucesos, y que éstos se precipitaran con rapi-

dez y violencia en toda España, precisamente cuando el Gobierno podía considerarse como vencedor, después de haber atravesado lo más largo de aquella aguda crisis de diez y nueve días. El 15 tuvo Sartorius noticias telegráficas de la agitación intensa que empezaba á producirse en las capitales de provincia, y el 16, pretendiendo detener la revolución que llegaba, y cuyos vientos precursores comenzaban á respirarse en la corte, lanzó un decreto telegráfico transmitido á los distritos militares, disponiendo que todos los cuerpos del ejército formulasen, sin dilación, propuestas de recompensas para ascensos y grados, debiendo ser comprendidos en ellas un primer comandante, uno segundo, seis capitanes, 13 tenientes, seis subtenientes, un capellán, seis sargentos primeros y 18 segundos por cada regimiento. Las razones en que se fundaba este decreto eran donosas: «S. M.—decía—en su inagotable munificencia, desea dar al ejército un solemne testimonio de cuán gratos le son, en esta coyuntura, su lealtad y sus servicios, porque la *bravura en los combates no vale más que la resistencia pasiva á las sugestiones de los malévolos.*» Es decir, que el Gobierno se creía en el caso de recompensar al ejército por el mero hecho de suponer que se mantendría en el estricto cumplimiento de sus deberes!

En este estado se encontraba todo, cuando, en la mañana del 17 de Julio, recibí una carta del Conde de San Luis, en la que me pedía que acudiese al Ministerio de Estado con la mayor urgencia. Allí estaban reunidos el Gabinete, las autoridades de Madrid y el general Sr. Fernández San Román, subsecretario de la Guerra. El Conde de San Luis me dijo, sin esperar siquiera mi saludo, que la guarnición de Barcelona, con el Capitán general, se había pronunciado, secundando el movimiento del general O'Donnell, y que el Gobierno, en presencia de este hecho gravísimo, iba en aquel momento á presentar su dimisión á la Reina. El Conde subió muy luego á la regia habitación y resignó efectivamente el poder en manos de S. M., que lo aceptó inmediatamente, y no habría transcurrido media hora, cuando un gentil hombre vino á buscarme de parte de la Reina, quien me hizo la honra de encargarme, en su despacho, la formación de un nuevo ministerio.

Lo digo con toda sinceridad, en estos últimos años de la vida, en los cuales ni la vanagloria ni el orgullo, ejercen ya sus estímulos poderosos en el corazón de los hombres: S. M. me ofrecía una alta prueba de estimación y confianza, poniendo en mis manos la suerte de su corona, y pocas posiciones más honrosas podrá seguramente ambicionar el alma de un soldado; pero declaro también que jamás he sufrido sensación más desesperada que aquella, ni pasado por un instante más doloroso. Hombre del partido moderado, hallábame, por extrañas

y absurdas combinaciones, solo y enfrente de mi mismo partido que, en unión de nuestros tradicionales adversarios, los progresistas, estaba alzando en armas populosas ciudades y numerosos cuerpos de ejército, y todo esto se iba á unir y combinar, en el fragor de la revolución, para precipitarse en contra del que recogiera la sombra de poder que el ministerio dimitente dejaba por los suelos. El motín, iniciado por un pronunciamiento conservador, se convertía en una insurrección del pueblo y del ejército, en un levantamiento nacional, y éste, en su rapidísimo desarrollo y en sus resultados futuros, podía llegar hasta sus últimas y menos previstas consecuencias, destruyendo lo más fundamental que existía en la organización política del país. Ya en Manzanares se había hablado del Trono; profusamente y de algún tiempo atrás circulaban proclamas y manifiestos clandestinos, en los que se denigraba la institución monárquica y se injuriaba groseramente á la persona misma de la Reina; no había, pues, que pensar allí ni en mis conveniencias personales, ni en mi significación moderada, ni en la fidelidad que yo debía á mis propias ideas, ni en mis antiguos planes, en fin, de constituir gobiernos ó situaciones parlamentarias, porque todo se modificaba y desaparecía por instantes, no quedando otro interés que el interés supremo de salvar á la Reina.

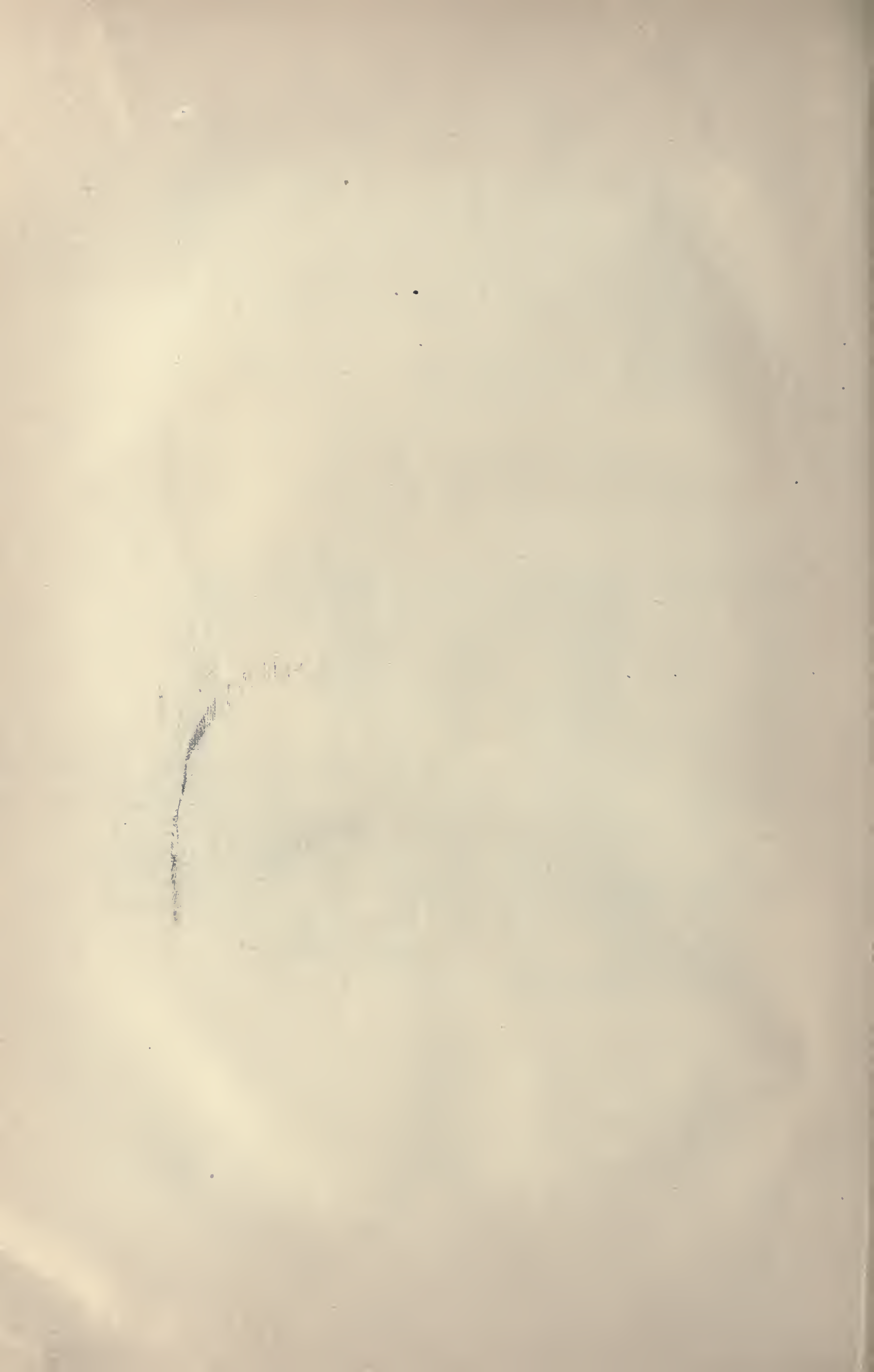
Acepté, pues, el encargo de S. M. como se acepta un duelo á muerte, por estímulos de honor, sin vacilación alguna, sin estudiar la situación de fuerza creada, y sin saber si me sería preciso resistir ó transigir; pero resuelto á todo y á seguir una ú otra política, según que á los intereses de S. M. conviniera esta ó aquella. Mi posición desde el primer instante no fué una posición política; fué sólo la de un soldado resuelto á sacrificarlo todo, sus convicciones ó su vida, para defender el sagrado depósito que se le confiaba. La Reina—debo decirlo y proclamarlo ahora con tanta más autoridad cuanto más distante he estado de S. M. en los últimos tiempos de mi vida pública—se condujo en aquellos terribles momentos de una manera verdaderamente admirable, é inspirada sólo por su ardentísimo deseo de tranquilizar al país, y por el más noble todavía de evitar que se derramara nueva sangre entre hermanos. Dióme á este fin poderes amplísimos y generosos, autorizándome, si lo creía necesario, para elegir y dar entrada en el ministerio á los hombres que pudieran ofrecer mayores garantías á los partidos liberales, y manifestóme que desde luego aceptaría, aun sin conocerlos, á los individuos que la presentara, fueran éstos moderados, liberales templados ó progresistas. Con este encargo y con estos poderes salí de la estancia regia, después de haber logrado serenar algún tanto el atribulado espíritu de S. M. y su congoja.

Esperábanme en los salones una multitud de personajes políticos,

de altos funcionarios de Palacio y damas de la Corte, que se encontraban allí en la mayor incertidumbre é inquietud, comentando con extraordinaria excitación la crisis y las últimas noticias; y recuerdo bien que me fué entonces tributada una expresiva manifestación de simpatía, que llegó casi á los límites del entusiasmo, cuando aquellos fieles servidores de la Reina supieron que me había puesto incondicionalmente á la disposición de S. M., y que salía ya revestido con el carácter de Presidente del Consejo.

¡Efímeros entusiasmos! La revolución estaba hecha, y para vencerla ó para dirigirla, transigiendo, era ya tarde.







CAPITULO XV.

Preliminares para la formación del Gabinete.—Sobre el Duque de Rivas y sobre D. Antonio de los Ríos y Rosas.—Participación de los progresistas en el Gobierno. — En Palacio. — Comienza la revolución.—Juro el cargo de Presidente del Consejo.—Las primeras órdenes y los primeros sucesos.—Preséntase una comisión del pueblo.—Noticias de Gándara.—Cómo describió este hombre público el saqueo de casa de Salamanca.—Nuestros elementos de resistencia.—En el palacio de la calle de las Rejas.—El general Mata en la Plaza Mayor.—Breves reflexiones.—Reúnese el futuro Ministerio. — Actitud de los Ministros.—Constitúyese el Gobierno bajo la nueva presidencia del Duque de Rivas.—Disposiciones políticas.— Una misión de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Pormenores.—La jornada del día 18.—Nuevas operaciones.—El Marqués de Perales.—La misión de Garrigó.—Su fracaso y los combates que siguieron.—D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque.—La columna del brigadier Gándara.—D. Ángel Berardi.—Nuevas dimisiones.—La jornada del día 19.—Nuestra situación y nuestras esperanzas.—El acuerdo de S. M. y la contestación de Ríos Rosas.—Una interinidad de doce horas.--La última impresión.

Desde Palacio me trasladé, en el acto, á mi despacho de la Dirección general de Infantería, enviando urgente aviso al insigne Duque de Rivas para que se sirviera acudir allí al momento; y llegado que fué, y pintándole yo la situación en que los acontecimientos colocaban á la

Reina, y la en que yo mismo me encontraba, tardamos poquísimos momentos en ponernos enteramente de acuerdo. Su corazón patriota y su grande alma no podían vacilar, y en efecto, no vacilaron, aun cuando para no dar una significación excesivamente moderada al nuevo Ministerio, me significó su deseo de no ocupar sino el ministerio de Marina. Inmediatamente, y en vista de las noticias telegráficas que en aquel momento comenzaban á entregarme, convinimos en que constituir un Ministerio de resistencia sería un intento vano, y en que no había por el momento otra solución posible que la de formar un Gabinete de conciliación amplísima, admitiendo en él representantes autorizados de todos los partidos, incluso de aquel cuyos generales estaban en el campo á la cabeza de las fuerzas sublevadas. Cualquiera otra resolución habría comprometido á la Corona, pues ya digo que las ciudades más importantes de la Monarquía se alzaban ó estaban próximas á insurreccionarse en aquellos agitadísimos momentos.

Pensamos en seguida llamar á D. Antonio de los Ríos y Rosas y asociarlo á nuestra obra, é inmediatamente fué avisado por D. Antonio Cánovas del Castillo, muy relacionado con él á la sazón y á quien Gutierrez de la Vega dió de mi parte este encargo. Ríos Rosas constituía para nosotros un elemento inapreciable. No se necesita que haga yo aquí su elogio, ni que recuerde su popularidad en todos los partidos, sus campañas en pro de las doctrinas liberales, y muy especialmente en defensa de la moralidad. Ríos Rosas, en este punto, predicó con el ejemplo durante su vida entera, y lo dió personalísimo, dejándose morir sin otra fortuna que los seis ú ocho duros en plata que encontraron sus deudos en el cajón de una mesa. Ríos Rosas, en los momentos de que hablo, tenía además otro valor, representado por el temple duro y firme de su carácter, el más firme de cuantos he conocido en hombre alguno civil, durante mi larga vida y experiencia. Igual cooperación pedimos al patriotismo de D. Luis Mayans, tan aceptable para la oposición moderada, tanto por lo respetado que fué siempre su nombre al frente de la magistratura española, como por la solidez de sus princicios liberales, con los cuales había formado y combatido enfrente del ministerio San Luis, á la cabeza de la diputación de Valencia y de sus numerosos amigos.

Representados los moderados históricos en la Presidencia del Consejo y en el Ministerio de Marina, los de la oposición moderada en los de Gobernación y de Estado, que admitieron los Sres. Ríos Rosas y Mayans, faltaba dar entrada en el Gobierno á representantes genuinos del partido progresista, y en esto comenzamos á ocuparnos, sin tropezar con grandes dificultades, aunque sí con algunas dilaciones indispensables que provocaron los mismos interesados, por la necesidad en

que estaban de consultar con sus amigos. Esto no obstante, los señores D. Pedro Gómez de Laserna, D. Manuel Cantero y D. Miguel Roda admitieron en principio las carteras de Gracia y Justicia, Hacienda y Fomento, que podían desempeñar con antecedentes intachables en su partido y con autoridad sobrada para representarle en el poder, circunstancia que debo hacer constar bien, pues que meses antes Olózaga me había enviado á decir, por conducto de mi inolvidable amigo Gándara, que si yo formaba un Gabinete, abriendo las Cortes y dando participación en él á dos progresistas, como los Sres. Laserna y Cantero, podría contar, desde luego, con su apoyo y con el de su partido.

En estas gestiones y trabajos, transcurrían velozmente las últimas horas de la tarde, y no estaba aún el Ministerio formado, ni habían jurado los Ministros, ni se había podido formular, por consiguiente, el menor acuerdo, cuando me mandó llamar S. M. á Palacio ansiosa de ver constituído el Gabinete. Al mismo tiempo supe también que en Madrid se notaban síntomas marcadísimos de alteración; que el pueblo se reunía en la Puerta del Sol y calles de la Montera, Cármen, Alcalá y Carrera de San Jerónimo en actitud tumultuaria, y que entre los grupos se comentaba con viveza la caída del Ministerio anterior y los ya públicos sucesos de Barcelona y de Valladolid, cuyas guarniciones se alzaban en armas, esperándose iguales movimientos en Valencia y Zaragoza.

Atravesé Madrid, que se encontraba, en efecto, muy conmovido; llegué á Palacio, y allí, y con intervalo de pocos minutos, supe que comenzaban á proferirse gritos subversivos por las calles, y que un grupo numeroso de paisanos, que quizás pasaría de mil hombres, llegaba por la calle Mayor, sobre Palacio, pidiendo las cabezas de los Ministros. Entonces me apresuré á rogar á S. M. se dignase recibir mi juramento, acto que se celebró en seguida, aun cuando la fórmula oficial tardó algún tiempo en encontrarse, por estar archivada en la Secretaría de Estado. Inmediatamente bajé á la plaza de Armas, advirtiendo que la única fuerza que había para custodiar el Palacio era la guardia ordinaria, compuesta de un centenar de soldados de Ingenieros, insuficiente á todas luces para cubrir y defender sus avenidas, si eran éstas atacadas. Bien pronto un gentío inmenso, que llegaba por la plaza de Oriente con grande gritería, se agolpó al arco nuevo; entonces hube de avanzar, solo, hasta mezclarme con el pueblo y enterarme de sus intenciones, escuchar sus quejas y tranquilizar los ánimos con mis exhortaciones y seguridades de que un nuevo Gabinete, del que formaban parte hombres liberales de los más populares, se estaba constituyendo en aquel momento, haciendo ver que debían esperar con confianza las medidas que al día siguiente aparecerían en la *Gaceta*, entre otras la reu-

nión inmediata de las Cortes, estando decidido el nuevo Ministerio á que la Constitución se observara fiel y religiosamente. Mis palabras fueron acogidas benévolamente y con entusiasmo por muchos patriotas, y produjeron efecto favorable en el corazón de aquellos ciudadanos; pero otros, por el contrario, se propasaron á proferir amenazas y palabras descompuestas, y se escucharon voces debajo de las habitaciones de la Reina, que debieron herir los oídos de S. M. Entonces, vista la imposibilidad de hacerme entender de aquellos hombres apasionados por el ardor de sus opiniones políticas, mandé que se despejasen las inmediaciones de Palacio, pero encargando muy especialmente que no se hiciera uso de las armas. Serían ya entonces como las diez de la noche.

Confieso, de todos modos, que aquella manifestación popular no me alarmó por el momento. Estaba bien distante de suponer que un partido como el progresista—que al acercarse el general O'Donnell á los campos de Vicálvaro, y después cuando la salida del general Blaser, no había hecho la más leve demostración contra el anterior ministerio, objeto de tanto encono—pudiera mostrarse hostil al gabinete que yo formaba, una vez conocidos los nombres de las personas con quienes, para constituirlo, conferenciaba desde las tres de la tarde. A pesar de esta confianza, era urgentísimo constituir el Ministerio y reemplazar las autoridades de Madrid, porque el Conde de Quinto, gobernador civil, me había presentado su dimisión, y el general Lara, capitán general, manifestábame también su deseo de retirarse. En vista de todo, comisioné á un oficial para que viese al Duque de Rivas y le rogara viniera en seguida á Palacio, con nuestros futuros compañeros, á fin de seguir allí las deliberaciones y jurar aquella noche misma, y envié órdenes al 5.º regimiento de Artillería, que estaba en San Gil, y al batallón cazadores de Baza, para que se presentaran también en Palacio sin demora alguna. La falta de ayudantes, y las instrucciones que anteriormente habían recibido los jefes para no salir de los cuarteles sino en virtud de órdenes especiales, comunicadas por determinados oficiales ó ayudantes, retardaron de una manera, para mí muy sensible, la llegada de estos cuerpos, que al fin se presentaron, el primero con una fuerza de 270 hombres, y el segundo con la de 309. Debo decir también, que desde los primeros instantes que me fué conocida la agitación que reinaba en Madrid, había yo dado la orden al Capitán general para que no se hiciese fuego, para que se procurase tranquilizar los ánimos, y para que los cuerpos observaran una actitud prudentísima, creyendo entonces que aquellas manifestaciones eran sólo debidas á la compresión en que había estado Madrid durante tanto tiempo, y al placer que produciría en el pueblo

la caída de un Gabinete contra cuyos hombres era general la exaltación. Esta orden, comunicada al Capitán general, y mal interpretada después, produjo consecuencias deplorables, como veremos pronto.

En aquellos mismos momentos vinieron á decirme que la casa del Gobierno civil estaba invadida por el pueblo. Esta noticia me alarmó ya en alto grado, y mandé al momento que dos compañías de Baza—100 hombres—la hiciesen desocupar inmediatamente, lo cual se verificó sin resistencia alguna. Yo no sabía entonces que en la casa de Villa se hubiese reunido una porción de gente para constituir una Junta revolucionaria, pero acercóseme D. Mariano Gil, hermano político del Conde de San Luis, que llegaba jadeante y visiblemente emocionado, y me dijo que un fuerte grupo de paisanos intentaba forzar las puertas de la casa del ex Presidente del Consejo. Dispuse, en su vista, que otra compañía de Baza, compuesta de 50 ó 60 hombres, marchase con él á protegerla y hacerla respetar; el Conde de San Luis se encontraba todavía en aquellos instantes en Palacio. Tales fueron mis primeros actos y las disposiciones tomadas en los momentos en que, sin Gobierno constituído, sin ministros ni autoridades, y en medio de la noche, falto de toda cooperación de parte de los dependientes del Gobierno político, comisarios de policía, agentes de seguridad, municipales, y de todos aquellos elementos que constituyen la organización de la autoridad civil, me encontraba solo en la plaza de Palacio, sin más fuerza que la ya mencionada, desmembrada por la mitad de Baza y por una parte de la artillería, con que había mandado reforzar los puestos del recinto exterior del alcázar.

En este estado, comenzaban á reunirse en Palacio todos los que debían componer el Ministerio, cuando se presentó una comisión titulada *del Pueblo*, y presidida por D. Fernando Corradi, con el deseo de ser admitida á la presencia de S. M. y de presentarla una exposición, en la que se pedía el restablecimiento de la Constitución de 1837, el armamento de la Milicia Nacional, y no recuerdo qué otras exigencias políticas de carácter enteramente democrático. Neguéme en primer término á permitir que vieran á la Reina, declarando que, como ministro responsable, era yo el único á quien ellos podían ó debían dirigirse, y les declaré además, que ni aceptaba el programa de Manzanares, ni gobernaría con otra Constitución que la vigente de 1845. En esto estábamos, cuando sabedora la Reina de los deseos de aquella comisión, me comunicó su empeño de recibirla, como se verificó al momento. Llegó, pues, el Sr. Corradi hasta S. M., y á mi presencia la manifestó los que, en su concepto, eran los deseos y los derechos del pueblo. Cogió S. M. la *Exposición*, contestó afablemente que la tendría en cuenta para someterla á su Gobierno, y el Sr. Corradi salió con sus amigos.

Yo les acompañé, y cuando nos encontramos ya cerca de la escalera é iba á despedirlos, acercóseme el coronel Gándara, que llegaba agitado y trémulo, y me dijo que las casas de los señores Condes de San Luis y de D. José de Salamanca habían sido invadidas por las turbas; que se empezaba en ellas el saqueo; que los muebles eran arrojados por las ventanas, y que muchas mujeres harapientas, y armadas de grandes teas, habían ya incendiado la del ex Presidente del Consejo.

El efecto y la indignación que esta noticia me produjo no puede



describirse. Al Sr. Corradi y á sus compañeros allí presentes excité, con palabras quizá demasiado duras, aunque disculpables por la exaltación que me dominaba, á que fueran ellos mismos á contener á aquel pueblo en delirio, cuya representación se habían atribuído en presencia de S. M.; y como viera que las noticias alarmantes cundían y no era ya ocasión aquella para pedir otras explicaciones á la comisión, hice acompañar á aquellos señores fuera de Palacio, hasta más allá de nuestros puestos avanzados, pero no sin anunciarles que contestaría á la fuerza con la fuerza, y que esta era la respuesta que deberían lle-

var á sus compañeros los directores del movimiento, que, como indiqué antes, se hallaban organizando el comité revolucionario en la Casa de Villa.

Ya lo he dicho: las noticias de Gándara me produjeron una irritación que no pude humanamente evitar en los primeros instantes. ¿Y cómo no había de sentirla cuando el mismo coronel Gándara, el progresista tradicional y convencido, el hombre que desde 1843 había vivido en perpetua conspiración contra los moderados, no escatimando á la revolución ni el concurso de su fortuna ni el más precioso todavía de su valor personal en los combates, se hallaba en aquellos instantes en un estado de exaltación muy superior al mío? Véase de qué modo lo explica él mismo en su *Manifiesto*, y véase cómo describe las primeras escenas de la revolución, de que fué presencial testigo:

«Contento y satisfecho del aspecto que presentaban los negocios—dice—paseaba por el Prado á las nueve de la noche del 17, cuando se me anunció que había grupos y gritos por las calles; no me hizo efecto la noticia, ni hube de darla tampoco la más pequeña importancia; veinticuatro horas antes comprendía una revolución contra el Gabinete Sartorius, y los que me conocen saben que no aventuro nada si aseguro que al menor carácter serio que tuviese hubiera corrido á participar de los riesgos del pueblo, que ha sido el anhelo de toda mi vida; subí por la Carrera de San Jerónimo y entré en el Casino, sin que advirtiera otro síntoma de inquietud que la mucha gente que transitaba por las calles; á los pocos momentos se dijo en el Casino que la casa del Conde de San Luis estaba ardiendo, y en unión de varios individuos de aquella Sociedad fuí á verlo. Parado en la esquina de la calle del Baño contemplaba aquel desastre, reflexionando que la justicia del pueblo era casi siempre el suplemento terrible del silencio de las leyes, y era indudable que las leyes habían callado en España por espacio de once años. Abismado en mis reflexiones, noté que en medio, y á la sombra de la destrucción, se cometían otros excesos ajenos de la venganza popular. Confieso que esto produjo en mí una impresión desagradable, y aunque me parecía imposible se repitiese esta escena en casa de Salamanca, fuí, no obstante, á advertir á sus hijos y virtuosísima señora.

»Serían las diez de la noche cuando, entrando en la calle de Alcalá por la de Cedaceros, y viendo que se reunían tropas en Buenavista, me dirigí hacia aquel punto, en el que estaba el Capitán general, Lara. Al poco tiempo se presentó el Gobernador militar, general Quesada, y le dió parte de que en la Puerta del Sol tomaba aquello un aspecto grave, que sólo la fuerza podría contener; que ya había hecho una descarga infructuosa al aire, y que las turbas hacinaban materiales para quemar

la puerta y entrar en el Principal. El general Lara le contestó en estos términos:

»—Pues si no hay otro remedio, haga V. uso de las armas, y hasta de la artillería si es necesario.

»Yo oí esta orden; me acerqué al Gobernador, y apoyándome en su caballo, le dije:

»—¡Por Dios, Quesada! Tenga V. calma y prudencia, que yo no creo esto todavía grave.

»—Se equivoca V., Gándara—me respondió;—he hecho cuanto es posible porque se retiren, y no hacen caso; al contrario, me prometen un fin igual al de mi padre!

»Partió el gobernador, y encontrándome con el Duque de Sexto, hijo del Sr. Marqués de Alcañices, entré en su portería, donde estuve sentado largo rato conferenciando con él acerca de los acontecimientos. A las doce de la noche me despedí del Duque y salí á la calle, en donde oí á unos paisanos que ardía la casa de Salamanca. Corrí, y cuando casi sin aliento llegué á la casa, se presentó á mi vista el espectáculo más desolador y repugnante á la vez; hice todos los esfuerzos imaginables para contener á los que arrojaban muebles y efectos por los balcones; apelé á su patriotismo, á su generosidad; procuraba hacerles ver que aquellos excesos manchaban la mejor causa y desacreditaban al que los ejecutaba. Hubo un instante en que abrigué la esperanza de ser escuchado y atendido; algunos hombres del pueblo, los que por su traje revelaban mayores necesidades, comenzaron á rodearme y á dar oído á mis razones; pero todo fué en vano, pues algunos que con ropa decente ocultaban sus crímenes, los distrajeron con amenazas y gritos exagerados, continuando las escenas de devastación. Yo vi allí hombres, que conocería si se me presentasen, dirigirse á cómodas y armarios determinados, hacer pedazos cajones y estuches, y extraer su contenido, dejando á los hombres del pueblo que se entretuviesen luego únicamente en arrojarlos por los balcones. Yo me lanzaba sobre aquellos miserables, los denunciaba á voces; pero los golpes, los puñales y pistolas asestados contra mi pecho me rechazaban, y ya rendido, maltratado, despedazado mi traje, en la mayor exasperación y en un frenesí completo, salí de aquella casa, corriendo apresuradamente al Ministerio de la Guerra» (1).

La gravedad, pues, de los sucesos y la intensidad de los peligros se determinaba por momentos. Dí á Gândara dos compañías, con las cuales partió apresuradamente. Todavía no tenía más Ministros que el

(1) *Manifiesto de D. Joaquin de la Gándara al pueblo español, sobre los sucesos de los dias* 17, 18 *y* 19 *de Julio de* 1854.—Madrid, imprenta de Luis García, 1854.

Duque de Rivas, y éste pendiente de los demás señores que acababan de llegar á Palacio y que en estos momentos se reunían para celebrar la primera conferencia; pero no pude asistir ni á sus comienzos, pues hube de ausentarme del salón en que se reunían, para atender á las urgentísimas órdenes que era preciso transmitir á la guarnición, á la necesidad de comunicarme con el Capitán general y con el Gobernador militar, á fin de que sus disposiciones obedecieran á algún plan, y á saber, en fin, cuál era el número de tropas con que podíamos contar en aquella guarnición, desmembrada días antes por la salida de la división Blaser. Nadie, sobre este punto, podía darme en aquellos críticos momentos noticias más completas que las que yo mismo tenía y recordaba, reducidas á saber que después de la salida de Blaser no habían quedado completos en Madrid, sino el 5.° regimiento de Artillería, el de Ingenieros, el batallón cazadores de Baza y unos 600 guardias civiles del tercio de Madrid. Los regimientos de Granaderos, de infantería de Cuenca, Mallorca, Zaragoza, Extremadura y la Constitución, que con los primeros pertenecían al distrito, conservaban en Madrid un solo batallón respectivamente, después de la salida de Blaser, y todavía de estos batallones, cuya fuerza efectiva en revista no pasaba de 350 hombres, era preciso deducir los destinos todos de la plaza, las guardias, la parada y los enfermos, quedando reducido cada cuerpo á una fuerza disponible de *doscientos cincuenta hombres* el que más, existiendo uno, como el de la Constitución, que no pudo llegar á emplear en los tres días de combate más de 114 soldados. Por añadidura, el 5.° de Artillería, compuesto de 1.000 plazas, tenía en aquellos momentos 300 quintos acabados de ingresar, que ni estaban siquiera uniformados, y el de Ingenieros 150 en igual caso. Por estos datos podrá advertirse que la situación militar era tan desastrosa como la política.

No me arredró, sin embargo; acababa de recibir un parte del Capitán general, en el cual me comunicaba que hallándose en el Ministerio de la Guerra había ordenado se le incorporase la fuerza disponible de la Constitución y un batallón de Mallorca, fuerte de 233 hombres, y que sabedor allí de que el pueblo estaba incendiando los muebles y efectos de los Sres. Sartorius y Esteban Collantes, en la calle del Prado, envió al lugar de la ocurrencia á la compañía de granaderos de Mallorca, la cual había encontrado las hogueras próximas á apagarse y obstruídas las calles por el paisanaje, que había recibido con atronadores vivas á los soldados. Esto no obstante, envié un oficial al Capitán general para que protegiese la casa de D. José de Salamanca, con alguna parte de sus fuerzas, y muy luego comuniqué otra orden á la Dirección de Infantería, para que salieran de allí 50 hombres de la

compañía de Escribientes y Ordenanzas con igual objeto. Esta orden no se cumplió; ignoro todavía por qué motivo.

Entretanto, fuertes grupos de paisanos, con teas encendidas, acercábanse al palacio de la Reina Madre, situado en la calle de las Rejas, y empezaban á arrojar piedras á la galería de cristales de la fachada principal y á proferir gritos repetidos de «*¡muera María Cristina!*» El capitán de Artillería que mandaba aquella guardia—y cuyo nombre desearía recordar para honrar con él estas páginas, porque se condujo en esta circunstancia de la manera más entendida y valerosa—había retirado sus centinelas exteriores, colocando su fuerza, compuesta de 30 artilleros y dos oficiales, de modo que pudiesen descubrir todos los frentes del edificio. Pero acercóse un grupo á la esquina de la calle de la Bola, cogió la garita, la prendió fuego y la arrojó luego sobre la puerta del palacio que daba á la plazuela de los Ministerios. Salió entonces el capitán por ella, frío é impasible, é increpando á los paisanos, les dirigió palabras tan enérgicas y oportunas, que logró, no sólo hacerse respetar por ellos, sino que los mismos incendiarios separasen la garita invadida ya por las llamas. Mientras tanto, otros pelotones de paisanaje se presentaban por la parte opuesta del palacio, prendían fuego á las garitas restantes y las arrojaban contra los puertas de las calles de la Bola y de la Encarnación. Entonces el bizarro jefe de la guardia, dejando ésta á las órdenes del teniente, dió la vuelta al edificio, á través de la multitud, y aun pudo conseguir que ésta se calmara y que separasen las garitas, aun cuando no que las llevaran arrastrando y formaran con todas ellas una hoguera en el centro de la ya citada plazuela de los Ministerios, cuyos resplandores ví yo desde la puerta de Palacio, enviando entonces 90 artilleros al paso ligero, con orden de que se dividiesen en la plazuela de la Encarnación y marcharan á despejar á viva fuerza esta calle y las de la Bola y de las Rejas, y muy luego otras dos compañías. Estas últimas entraron por el frente del ministerio de Marina, y allí hicieron una descarga que bastó para despejar toda la plaza, aun cuando no para evitar que un nuevo grupo de paisanos, muy numeroso, que bajaba por la calle de Torija, rompiera con un mazo de hierro una ventana de la fachada principal del palacio, y se introdujese en algunas habitaciones, arrojando á la calle varios muebles é incendiando los cortinajes, que, por fortuna, pudieron apagar pronto los soldados.

Regresaban ya á Palacio estas dos últimas compañías, cuando otros oficiales me comunicaron que en la Plaza Mayor se reunían multitud de paisanos armados, procedentes de los barrios bajos, y que establecían centinelas en sus principales avenidas, siendo allí donde se hallaba establecida la *Junta revolucionaria*, expulsada momentos antes de la

Casa de la Villa. Presentóseme también en estos momentos el valeroso general D. Francisco Mata y Alós, y entregándole una de aquellas compañías de Baza, le ordené que marchase con ella por la calle Mayor, que se hiciera cargo del mando de las otras dos del mismo cuerpo, que deberían encontrarse en la plaza de la Villa y en el Gobierno civil, y que con esta fuerza ocupara la plaza de aquel nombre, rompiendo el fuego si á las intimaciones oportunas no se retiraba el pueblo. Salió, en efecto, el general Mata; recogió las dos compañías; siguió su marcha, llegando á la calle de Ciudad Rodrigo, y en este punto le dieron el «*¿quién vive?*» algunos hombres armados, gritándole que se detuviera. El General, á su vez, mandóles retirar, anunciándoles que de otro modo rompería el fuego, y como aquello no se verificara, sino que, por el contrario, los paisanos le hicieran una descarga, de la cual resultaron dos cazadores muertos y uno herido, mandó atacar y ocupó la Plaza á la carrera, despejándola en seguida completamente. Tal fué la situación creada en Madrid en menos de tres horas. ¡Los agitadores y jefes de las turbas aprovechaban bien las circunstancias! La lucha entablada desde las nueve de la noche, hora en que todo Madrid sabía la retirada del Conde de San Luis, no podía justificarse siquiera por la odiosidad justa ó injusta que inspirase aquel Ministerio ya caído. Es verdad que á esa misma hora podría ignorarse, por la masa de la población, que en aquellos momentos se estaba organizando un Gobierno en el que iban á tener representación todos los partidos que reconocían el Trono de D.ª Isabel II; pero aun así, ¿cómo explicar las inauditas agresiones cometidas por las turbas contra la propiedad; los incendios en las casas de San Luis, Collantes, Domenech, Vistahermosa, Quinto, Salamanca y en el Palacio de la Reina Madre? ¿Cómo justificar la agresión á tiros contra las tropas que, en obediencia de sus más sagrados y perentorios deberes, iban á impedir que se consumasen no ya venganzas políticas, desórdenes ni excesos, sino delitos comunes, incendios, robos y saqueos? No he de atribuir, sin embargo, al partido progresista la iniciativa en aquellos desmanes, ni su responsabilidad primera. Pero ¿qué hacían sus jefes, sus representantes y sus corifeos? ¿Por qué no ejercían su influjo sobre las masas para contenerlas ó para explicarlas, cuando menos, que debían esperar á que la crisis se resolviera y á que fuese conocida la significación y el programa del nuevo Gabinete? ¿Cómo no impidieron que las hostilidades se rompieran por el pueblo, no ya contra el gabinete San Luis, que no existía, ni contra el ministerio Córdova, que no se había formado, sino contra las leyes que amparan en la sociedad el derecho común?

Ya se ha visto, más arriba, cómo llegó Gándara á demandarme auxilio, y cómo trató de impedir, al frente de algunas tropas del ejército, que

varios atentados se consumaran; pero en cambio, otros hombres políticos de mucha importancia é influencia se dedicaron entre las masas populares, desde las cinco de la tarde, á repartir proclamas, á leerlas en voz alta en los corrillos de la Puerta del Sol y en las esquinas, y á remitirlas á la Plaza de Toros, donde se lidiaba aquella tarde una corrida. Estos mismos individuos fueron los que llegaron á la Casa de la Villa, los que se constituyeron en junta permanente, los que dieron orden para que se echasen las campanas á vuelo en todas las parroquias á fin de levantar en masa á la población, los que arengaron, los que redactaron manifiestos, ejecutando, en fin, todo lo que se refiere en el «*Parte oficial del alzamiento de Madrid en los tres días de Julio de* 1854», etc., elevado el 2 de Agosto al Presidente del Consejo de Ministros, Duque de la Victoria, é impreso al año siguiente en el periódico *La Nación* (*Eco de la revolución de Julio*) en su número correspondiente al 19 de este mes, y siguientes.

Al fragor, pues, de las descargas y al resplandor de los incendios reunióse el futuro Consejo de Ministros á deliberar, aun cuando interrumpido á cada instante por los partes que se recibían y por las órdenes que era forzoso dictar con la más indeclinable premura. ¡Noche espantosa aquella, la más atroz y angustiosa de mi vida! La actitud de los Ministros todos, sin excepción ninguna, fué serena y firme, patriótica y esforzada. Indicaron los progresistas que mis antecedentes moderados podrían dar margen á que en el país no se recibiera con entera confianza el Gabinete ni su *programa de conciliación*, hallándome yo á su frente; propuse en seguida al Duque de Rivas para presidirlo, y el Duque, sin un momento de vacilación, aceptó de todos nosotros un encargo, que constituía en tales momentos el peligro más inminente y la mayor y más abrumadora responsabilidad que podía aceptar hombre alguno en obsequio de su Reina y de su país. Ríos Rosas, en un magnífico arranque, se levantó y le abrazó, y dirigiéndose á mí luego, y estrechándome fuertemente la mano, juró morir á mi lado si era preciso, defendiendo á la Reina con un fusil en las escaleras de Palacio. Todos los demás, y en la medida cada uno de su temperamento y carácter, dieron iguales muestras de exaltación cívica y patriótica, y á las tres y media de la madrugada juraban sus cargos de Ministros actuando yo todavía como Presidente del Consejo, y jurando después el cargo único de Ministro de la Guerra, presidido ya por el Duque de Rivas.

Desde esta hora y sin descanso, no dejó el Gobierno de tomar las medidas que requería la situación de Madrid y la de provincias, y de dictar disposiciones que iban á determinar su significación política y sus proyectos. Nombróse al Marqués de Perales, tan honrado y patriota como se sabe, Gobernador civil de Madrid, en reemplazo del Conde de

Quinto. Se admitieron las dimisiones del Capitán general D. Juan Lara y del Gobernador militar D. Jenaro de Quesada, y se nombró para este último cargo al general Macrohon, de antecedentes muy liberales y soldado bien reputado y digno, por todos conceptos, de la confianza pública. Por diferentes conductos y personas, ofrecimos el puesto de Ca-



DON ANTONIO DE LOS RÍOS Y ROSAS.

pitán general de Madrid á distintos generales que sucesivamente se negaron á desempeñarlo, por razones que el Gobierno debía respetar; pero mis órdenes á Macrohon fueron terminantes y precisas, previniéndole que mientras no hubiese Capitán general, se encargase del mando de todas las fuerzas que se hallaban en Buena Vista y en la Puerta del Sol; que apurase todos los medios posibles para tranquilizar los ánimos despejando al pueblo; pero que si las tropas eran de nuevo hostilizadas, obrase con todo vigor sobre el centro, y siempre en la dirección de la

línea que ocupábamos, sobre la cual yo operaría por mi parte desde Palacio. Esto en cuanto á las primeras medidas militares, en Madrid, de carácter general. Respecto de las políticas, se convino en seguida, y por acuerdo unánime, que el coronel D. Francisco Garrigó, preso en Vicálvaro, y á quien se formaba causa por el anterior Gabinete, fuera puesto en libertad y ascendido á brigadier, debiendo servir como ejemplo vivo y demostración palpable de las intenciones del Gobierno, encaminadas sólo á desviar el curso de la revolución, ya irresistible, y á evitar los peligros que amenazaban al Trono. Púsose una circular á todos los capitanes generales de los distritos, inspirada en idéntica resolución; dirigiéronse urgentes oficios á los capitanes generales de Burgos y de las Provincias Vascongadas, únicas que no se habían sublevado en aquellos momentos, y á los Comandantes generales de Guadalajara, Segovia, Toledo y Ciudad Real, para que conservando sólo las fuerzas indispensables al mantenimiento de sus puestos militares, emprendieran las restantes el camino de Madrid á marchas forzadas, utilizando donde fuera posible las vías férreas. Comunicóse por extraordinario una Real orden al general Blaser, ordenándole que detuviera su marcha y renunciase á continuar la persecución de los sublevados, disponiendo además que todas sus tropas regresaran á Madrid con la mayor rapidez posible; y últimamente, el Presidente del Consejo de Ministros, Duque de Rivas, dirigió de su puño y letra un oficio al general D. Leopoldo O'Donnell, que escribió sobre la mesa del Consejo, de un tirón, sin levantar la pluma, cuyo texto no creo haya sido publicado hasta ahora. Yo conservo el borrador de este documento, escrito de puño y letra del ilustre Duque. Dice así:

«Al Excmo. Sr. Teniente general D. Leopoldo O'Donnell, en 18 de Julio de 1854.

»Excmo. Sr.: S. M. la Reina, nuestra Señora, por un acto espontáneo de su Real ánimo, se ha servido cambiar de Gabinete, en los términos que expresa la adjunta *Gaceta*, y el Gobierno se ha constituído, en la madrugada de este día, de un modo completo, firme y decidido, para hacer imperar la ley y acudir solícito á las necesidades públicas. Al tomar posesión el nuevo Ministerio y al retirarse los anteriores consejeros de la Corona, las demostraciones hostiles del pueblo contra éstos han alterado naturalmente la tranquilidad de la capital y dado lugar, en la noche anterior, á la represión indispensable de parte de la autoridad, para contener los excesos y demasías de los que, ignorantes de los actos del nuevo Gabinete, ó malavenidos por su índole con el orden y el respeto que se debe á las leyes, han osado, con pretexto de aclamaciones de regocijo, entregarse al robo y al pillaje en algunos puntos de la corte. Calmadas ya, sin embargo, tan peligrosas escenas y

robustecida la acción del Gobierno con la omnímoda confianza de S. M., y con el auxilio eficaz y sincero de las personas más importantes de todos los partidos, que comprenden la misión laudable que se ha propuesto el nuevo Gabinete, sólo le resta manifestar á V. E., por mi

4.

Al Exmo. Sr. Cap.n Gl. D.n Leopoldo
Odonell en 18 de Julio de 1854.

Exmo. Sr.

S. M. la Reyna ntra. Sra. por un
acto espontaneo de su real ánimo se
ha servido cambiar el Gabinete en los tér-
minos que expresa la adjunta Gaceta y
el Gobierno se ha constituido en la ma-
drugada de este dia de un modo com-
pacto firme y decidido para hacer im-
perar la ley y acudir solicito á las
necesidades publicas. Al tomar pose-
cion el nuevo Ministerio y al retirarse
los anteriores consejeros de la Corona las

(Facsimile reducido de este documento).

conducto, que, haciéndose fiel intérprete de los sentimientos tiernos de S. M. en favor de sus pueblos y de sus servidores, espera ansiosa que los valientes y los caballeros que tan bizarra y honrosamente han vertido su sangre por sostener el Trono y las libertades patrias, acudirán ahora presurosos, con su fidelidad y nobleza, á terminar una obra tan grandiosa como con urgencia reclamada por el bien del país, en el concepto de que la Reina espera que V. E., los generales y las

tropas de su mando, se apresurarán con hidalga solicitud á que las fuerzas divididas del ejército español se estrechen pronto en fraternal abrazo; porque si circunstancias tan deplorables como lastimosas ocasionaron, por un momento, sucesos que la memoria de un buen español no pueda recordar sin horror, olvidados aquellos instantes de compromiso y de desgracias, sólo se debe tratar de estrechar más y más la unión sincera y lealtad acrisolada del ejército.—De Real orden lo comunico á V E. para su conocimiento. Dios, etc.»

Con este oficio y otras cartas particulares, inspiradas en las mismas ideas, que al amanecer escribí yo al mismo O'Donnell y á los generales Ros, Serrano y Dulce; con la publicación de la *Gaceta* del 18, en la que aparecieron ya dos decretos, uno restableciendo la ley de Imprenta de 1846, y otro mandando suspender en toda España el anticipo forzoso, anteriormente decretado, á pesar de que la situación en que hallamos las arcas del Tesoro era tan aflictiva que sólo *doce mil reales* se encontraron en ellas cuando nos encargamos del poder; con la resolución de disolver inmediatamente las Cortes y de convocar otras nuevas; con estos acuerdos y estas radicales medidas, tomadas desde las tres y media de la madrugada hasta las primeras horas de la mañana, creímos poder llegar á una transición legal entre la situación anterior, objeto de todos los odios y pasiones, y una situación enteramente nueva de libertad y de esperanzas.

He sabido después, que en el punto mismo que convino Ríos Rosas en formar parte del Ministerio, comisionó al Sr. Cánovas del Castillo para que pasase á Andalucía y diese cuenta á los generales sublevados con quienes habia estado de acuerdo al estallar el movimiento, así de su resolución como de los motivos en que la fundaba, pidiéndoles encarecidamente, en nombre de su amistad personal y política, que abandonando su actitud hostil se pusieran á las órdenes del nuevo Gobierno. Aceptado con gusto el encargo por parte de Cánovas, salió éste al día siguiente en una silla de posta que Ríos Rosas puso á su disposición, atravesando la Plaza de Matute en los momentos más vivos del ataque de Gándara á los sublevados, alcanzó en Carmona á Serrano, y poco rato después á O'Donnell, y desempeñó su comisión, no sin darle cuenta á la par del estado en que á Madrid dejaba. Bien pronto pudo el amigo de Rios Rosas convencerse de que ya desde aquel instante nadie pensaba más, entre los caudillos de Vicálvaro, sino en poner término á aquella situación violenta y contribuir al restablecimiento de la legalidad y la paz. Con tales intenciones hizo O'Donnell que continuase Cánovas su viaje á Sevilla en compañía del antiguo diputado á Cortes D. Manuel Sánchez Silva, á fin de que dieran noticia de lo que pasaba y de la necesidad de la unión de todos al Capitán general del distrito,

D. Félix Alcalá Galiano, que se había mantenido leal al Gobierno caído, y mediante esta inteligencia previa entraron al otro día en aquella ciudad las tropas sublevadas. Allí recibieron aquel día mismo la noticia del llamamiento del Duque de la Victoria, sin que llegase, que yo sepa, á manos del general O'Donnell la antes citada Real Orden del Duque de Rivas.

En el entretanto, por noticias que me comunicó el general Mata, de regreso ya en Palacio, y por diferentes partes y avisos, supe á la madrugada del 18 lo ocurrido, con todos sus detalles, durante las primeras horas de la noche del 17 en los puntos más distantes y diversos de la capital. Además de los incendios, del ataque del palacio de la Reina Cristina, y de la agresión de que fueron objeto nuestras tropas en la Plaza Mayor, el pueblo había ocupado la Casa de Correos y desarmado la guardia del Principal, aun cuando muy luego volvieron á recuperarlo las tropas sin hallar resistencia. Aquel hecho, de todos modos deplorable, fué consecuencia de la mala interpretación que dió el capitán de la guardia á las órdenes que le transmitió el Capitán general. Se recordará bien que yo había recomendado á esta autoridad, antes de que principiara el motín y los incendios, que de ningún modo se hostilizara á la población; que no se hiciera fuego á los grupos del pueblo, y que los cuerpos y las guardias observaran una actitud prudentísima, ante las manifestaciones que se pudieran realizar en las calles, manifestaciones cuyo carácter estaba yo entonces muy lejos de temer fuera el que verdaderamente tuvieron. Yo necesitaba en aquellos momentos guardar una actitud de exquisita prudencia, y aun benévola, con el elemento popular, tanto para justificar las miras conciliadoras del Gabinete que iba á formarse, como para no provocar un movimiento en los instantes aquellos en que verdaderamente estaba casi desarmado el poder, por lo exiguo de sus elementos de fuerza, ante una revolución en las calles.

Pero estas instrucciones que di yo al Capitán general y que éste transmitió á los jefes de los cuerpos, á las guardias y cuarteles, ¿podían significar en ningún caso que se permitiera á las turbas ejecutar cuantos desmanes imaginasen? El pueblo se presentó en la Casa de Correos pidiendo las armas y la libertad de los presos políticos en actitud tumultuaria y hostil; el jefe de la guardia cerró la puerta, y los paisanos, en su vista, comenzaron á prenderla fuego hacinando junto á ella una gran cantidad de madera, procedente de un derribo inmediato; al ver esto, abrió la puerta el capitán, y permitió la entrada de uno solo de los paisanos; volvió á salir éste asegurando que no existían presos ni armas, y como la parte más agitada de los grupos no se diera por satisfecha, adelantáronse algunos; abrióse de nuevo la puerta, y la multitud se pre-

cipitó en el interior dando vivas y abrazos á los soldados, pero despojándolos de sus fusiles con oprobio y vergüenza de sus jefes. ¿Cómo habían de referirse á esto mis primitivas y ya en aquel caso inaplicables disposiciones? La guardia había sido objeto de una agresión; de una tentativa de incendio, y para rechazar ésta, como toda suerte de hostilidades, no eran necesarias órdenes nuevas, porque allí estaban las prescritas por la Ordenanza y por el deber impuesto á toda autoridad militar, de mantener su puesto á toda costa, sin que desaparezca este deber ni se atenúe su responsabilidad por disposiciones eventuales que puedan dictarse en circunstancias diversas de aquellas en que el peligro se presenta.

D. Jenaro de Quesada recobró fácilmente el Principal con tres compañías de la Constitución; habló á los grupos; exhortóles á que se retirasen y despejó la plaza; pero al dirigirse de nuevo, y con sólo dos ordenanzas, hacia el Ministerio de la Guerra, fué objeto de insultos y amenazas, y hasta hubo paisanos que se atrevieron á coger las bridas de su caballo, viéndose entonces obligado á emplear de nuevo la fuerza, aunque sin disparar un solo tiro, para rechazar á los miles de individuos que, armados unos y sin armas otros, por todas las calles afluían. Dos oficiales de Estado Mayor fueron también detenidos y maltratados en la Puerta del Sol, y otro quedó contuso en la calle de Hortaleza, perdiendo su caballo. En el Parque de Artillería presentáronse los insurrectos en gran número, pero á la firmeza del jefe de aquella guardia debióse que no se apoderara el pueblo de más de 5.000 fusiles allí existentes. A todo esto, el Conde de Quinto, activamente buscado por los motores de los disturbios, había tenido que buscar asilo, y todos los agentes de la autoridad en las calles, arrollados y perseguidos, se habían refugiado y escondido en diferentes puntos. Sólo en el cuartel de San Martín bastaron algunos guardias civiles, enérgicos y decididos, para rechazar al pueblo, que también intentó ocupar este edificio; y de tal modo se produjeron estas ocurrencias, que de algunas ni siquiera tuve conocimiento hasta la tarde del 18; muchas de ellas se realizaron antes de que yo jurase, otras en los momentos mismos en que este acto se realizaba, y todas antes de que el Gobierno se hubiera constituído. Yo me encontré, por lo tanto, en una situación como no se ha producido ni creo se produzca otra igual en España; con toda la responsabilidad del poder, y sin ninguno de los medios de que el poder dispone; con la necesidad de contener una revolución que comenzaba simultáneamente en varios puntos de la capital, antes de ser en realidad Gobierno y antes de poder actuar como Ministro; con una serie de excesos, escándalos, crímenes, desórdenes y contratiempos, que se producían en los instantes mismos en que iba legalmente á ser revestido de

la suprema autoridad gubernativa, y en igual situación, en fin, en que se vería un general que al encargarse del mando de un ejército en operaciones, hallara á las tropas sin jefes, sin capitanes, sin órdenes ni disposiciones para el combate, derrotada una parte de ellas, inmovilizadas otras, y con el enemigo encima, alcanzando éxitos parciales en puntos distantes de su vista, de su conocimiento y de su noticia.

A pesar de todo, venciéronse, como se ha visto, los peligros y dificultades de aquella noche funesta. A las cuatro de la mañana del 18 apenas circulaban ya grupos de paisanos por las calles, y la situación era relativamente favorable, tenidas bien en cuenta las circunstancias. En Palacio mantenía yo sobre 840 hombres de diferentes cuerpos. Era aquella mi atención preferente por el sagrado depósito que encerraba; pero lo era también el Parque de Artillería, cuya guardia reforcé, comunicando al jefe las órdenes más precisas para defenderle hasta morir. Las inmediaciones de Palacio quedaron también aseguradas, y la calle Mayor, la plaza de este nombre, el Principal en la Puerta del Sol, Buena Vista y los cuarteles, se mantenían fuertemente guarnecidos (1). Mas si podía considerarme tranquilo en cuanto á la seguridad de los pues-

(1) He aquí todas las fuerzas que ocupaban estos puntos, según los datos oficiales que vinieron después á mi poder y que conservo. En Palacio, una batería de montaña, quedando en San Gil una sección; la artillería del 5.º regimiento, reducida á 120 hombres por la fuerza destacada al palacio de las Rejas y para la mayor seguridad del Parque, 180; el batallón de Extremadura, 250; el de Baza, 309; quintos de Cuenca, 114, formando un total de 843 hombres, que ocupaban además del servicio exterior de Palacio, las Caballerizas, el Teatro Real, avenidas de la calle de Santiago y el altillo que domina al Palacio, cerca del Arco nuevo, por la calle Mayor hasta los Consejos.

En las casas del Gobierno Político y de la Villa, 100 guardias civiles y otros tantos municipales; en la Plaza Mayor, la Guardia civil con fuerza de 200 hombres; en el Principal, el batallón de Granaderos con alguna otra fuerza, hasta completar al pie de 250; el regimiento de Ingenieros, que el día 17 cubría el servicio de Palacio y una parte del de la plaza, y que con el resto de la fuerza disponible había organizado un batallón de tres compañías, fuerte de 450 bayonetas, se retiró de la Puerta del Sol á las once de la noche, pasando á Buena Vista. Este batallón, que debía proteger el cuartel de la brigada de artillería montada, fortificar y defender el Polvorín y cubrir otros puntos que le fueron designados, se retiró á su cuartel del Pósito con la ya escasa fuerza disponible para operar, de 190 hombres; la artillería rodada, de la que una batería estuvo en Buena Vista aquella noche, se reunió en su cuartel del Retiro: en el del Pósito quedaron disponibles, de la Guardia municipal, 100 hombres; el batallón de Mallorca, en su cuartel del Soldado, con 248; en Buena Vista, la Constitución, 140; el batallón de Zaragoza, 150. Estas fuerzas de Buena Vista, que parecen elevarse á la suma de 800 hombres próximamente, se vieron después disminuídas por diferentes destacamentos destinados á cubrir el edificio, por todas partes dominado, y á mantener expeditas las calles inmediatas hasta el cuartel del Soldado. En Guardias de Corps, en donde había un buen depósito de armas de la Guardia civil y de los cuerpos de Caballería que salieron con el general O'Donnell, quedaron 80 hombres del mismo cuerpo, indispensables para cubrir aquel vasto edificio; y la cárcel del Saladero, que contenía un gran número de criminales que, á favor de las ocurrencias de la noche trataron de adquirir su libertad, hubo necesidad de reforzarla con 80 guardias civiles. En total 2.300 hombres.

Para los movimientos y colocación de estas fuerzas pude contar, durante los tres días, con el coronel D. Juan Guillén Buzarán, que actuó á mi lado, como Jefe de Estado Mayor, prestando servicios relevantes á la causa del orden y del Trono.

tos que necesitaba conservar y defender—pues los 2.300 hombres de que se componía en total la fuerza disponible de la guarnición, bastaban para ello—¿dónde encontrar los medios ofensivos necesarios para atacar á los insurrectos, si elegían para hacerse fuertes cualquiera de los barrios extremos de Madrid? Y aun suponiendo que me fuera permitido descubrir por corto tiempo algunos de los puntos en que las escasas tropas se apoyaban, para atacar y vencer la revolución allí donde se presentase y quisiera ofrecernos el combate, ¿cómo ocupar y mantener bajo el dominio del Gobierno, después de nuestra probable victoria, los barrios ó distritos en que ésta se consiguiera? ¿Cómo acudir además á todas partes, si el pueblo se presentaba en armas y se hacía fuerte, y levantaba barricadas en varios puntos á la vez?

Bajo el peso abrumador de estas preocupaciones vi apuntar el alba del día 18. Los primeros rayos del sol fueron también señal de los primeros disparos, cuyos estampidos se escucharon desde Palacio á cortos intervalos, en dirección de la plaza de Santo Domingo. Eran algunos centenares de paisanos que desde este punto querían llegar hasta el palacio de la Reina Madre, y habían roto el fuego contra los centinelas avanzados de esta guardia. Dispuse entonces que saliese una compañía, y tomando posición en el Teatro Real, obrase desde este punto sobre la subida de la plaza de Santo Domingo, y que otras dos del regimiento de Extremadura se dirigieran sobre la misma plaza por diferentes calles. Entablóse allí un combate muy vivo, y estas fuerzas y otras que envié sucesivamente, tuvieron que desalojar á los paisanos casa por casa, ocupando con bastantes pérdidas todas las esquinas y desembocaduras. Este combate fué personalmente dirigido por mi querido amigo el Coronel D. Antonio Arjona, que dió á los soldados nobles ejemplos de bravura y dictó las más acertadas disposiciones.

En estos momentos recibía la noticia de que el Capitán general, enfermo, se retiraba á su casa, y entonces salía, para reemplazar á Quesada, Macrohon, con las instrucciones de que más arriba hice mérito. El Marqués de Perales, ya en Palacio, y aceptando honrosamente el puesto de peligro que el Gobierno le confiaba, se había instalado en el Ayuntamiento desde las primeras horas de la mañana, reconcentrando allí la mayor parte de la Guardia municipal, que puse desde luego á su disposición. Animado del más ardiente deseo de que las hostilidades cesaran, y merced á sus antecedentes liberales, sobradamente conocidos en Madrid, creyó poder hacerse escuchar, empezando por dirigir al pueblo las más patrióticas exhortaciones, mezclándose, solo, entre la multitud; mas estuvo á punto de ser alevosamente asesinado, porque un miserable le asestó una puñalada por la espalda, y habría perecido en aquel instante si otro patriota no hubiese contenido á tiempo y mi-

lagrosamente, el brazo del criminal. Perales hubo, pues, de volver á Palacio sin haber conseguido aquietar los ánimos ni disminuir la exaltación. En este tiempo las hostilidades se reproducían en la plaza de Santo Domingo, hasta el punto de verme otra vez obligado á destacar de Palacio nuevas fuerzas, que después de ahuyentar á los rebeldes, se internaron por las calles de Tudescos y Silva, hasta más allá del callejón del Perro, dejándolo todo por el momento libre de enemigos, y regresando á la forzada situación de Palacio.

Era claro, no obstante, que los insurrectos insistirían en su empeño, y que iban á continuar posesionándose de todos aquellos puntos en que las tropas no permanecieran, librando combates parciales al ser atacados, y escapando después de causar bajas á las tropas desde sus posiciones á cubierto, pero á reserva de volver á ocupar los mismos puntos tan pronto como éstas se retirasen; y como el Gobierno no podía, por falta de tropas, ocupar militarmente Madrid, ni desmembrar por largo tiempo los puntos de sus atenciones defensivas, la situación empeoraba á todas luces, pudiendo llegar á ser desesperada, pues desde las primeras horas del 18, presentábase además para el ejército y para el ministro de la Guerra, el poderoso problema de las subsistencias.


El Marqués de Perales.

No oculté ninguna de estas circunstancias á los Ministros, que permanecían reunidos en un Consejo permanente, suspendido sólo por intervalos. Se discutió, pues, con frialdad la situación, y á propuesta de los tres progresistas, que insistieron mucho en ello, se resolvió aceptar los servicios del coronel Garrigó, ya ascendido á brigadier, el cual se había presentado al Gobierno, ofreciéndose espontáneamente á recorrer solo, y á caballo, todas las calles de Madrid, hablando al pueblo, dándole noticia de las verdaderas intenciones del Gobierno, haciéndo saber que formaban parte de él tres individuos importantes del partido progresista, y conteniendo de este modo la revolución. Aunque con inmenso disgusto y sin esperanza de que esta gestión produjera resultados, accedimos á ello el Duque de Rivas, Mayans, Ríos Rosas y yo, y aun creo que no nos opusimos, por la convicción en que estábamos y la conciencia que teníamos, de la debilidad inmensa de nuestros medios de resistencia. Toda negociación ó parlamento con el paisanaje, á la altura á que habían llegado las cosas, era ya una implí-

cita declaración de impotencia; pero de todos modos así se resolvió, y el nuevo brigadier partió de Palacio con autorización para hacer cesar el fuego de parte nuestra, tan pronto como él se acercara á los puntos en que se combatía. En la Puerta del Sol, donde por orden de Macrohon se permitía la circulación de las gentes, subió Garrigó á uno de los balcones del Ministerio de la Gobernación y arengó á la multitud, escuchando algunas aclamaciones. Animado con esto, montó de nuevo á caballo y dirigióse á la plaza de Santo Domingo, hizo cesar el fuego que mantenían nuestros soldados, siendo obedecido con admirable disciplina, y se mezcló luego con los grupos del pueblo, que le vitorearon repetidas veces; pero no bien les hubo hablado y no bien consideró terminada allí, con éxito, su misión conciliadora, los grupos, de improviso, se arrojaron sobre los primeros puestos de los soldados, consiguiendo desarmar á algunos y provocaron de nuevo el combate, que las tropas volvieron á entablar para no perder las posiciones que habían conquistado dos veces, con su sangre. Volvió Garrigó al Principal; en la Puerta del Sol el pueblo había cesado en sus agresiones contra la tropa, y el general Mata, que con una columna de cuatro compañías, dos piezas y 40 caballos llegaba al derribo de la iglesia del Buen Suceso, regresó al palacio de Buena Vista sin haber hecho demostración alguna ofensiva, y dándose así otra prueba al pueblo, de que la terminación de la lucha dependía enteramente de su voluntad en no hostilizar á los soldados. En la Puerta del Sol volvió Garrigó á arengar á la multitud, y seguido de mucha gente, entró en la Plaza Mayor sobre las tres de la tarde. Bien pronto se llenó ésta de paisanos, en gran parte armados, los cuales, acercándose á la Guardia civil, formaron á su alrededor, y en contacto con ella, una masa compacta que la impedía todo movimiento. Garrigó, demasiado confiado en las pruebas de confianza y entusiasmo que recibia en aquellos intantes, dió la orden de que los guardias civiles se retirasen, y en estos momentos empezaron á cometerse contra ellos los más inauditos atropellos, no sólo desarmando á muchos, sino asesinando á algunos, abofeteando á otros y realizando toda clase de excesos y desmanes. Con esto se rompió de nuevo el fuego en la Plaza Mayor, y se reanudó el combate, quedando terminada, de manera tan infeliz y desastrosa, la misión de aquel jefe, cuyos esfuerzos fueron, sin embargo, muy laudables, muy valerosos y muy dignos.

Yo había nombrado, entre tanto, al general Conde de Yumuri, Capitán General de Madrid, y este jefe había marchado al palacio de Buena Vista. A medida que recibía las noticias del resultado que iba obteniendo la pacificadora misión de Garrigó, crecía en mí, no ya el deseo, sino el ansia, la sed, el furor de castigar tan inauditos atenta-

dos; y así, antes todavía de que se produjeran las escenas desastrosas de la Plaza Mayor, había comunicado mis órdenes para que se organizasen rápidamente dos columnas de ataque, y se tomara sin dilación alguna la más vigorosa ofensiva. La primera columna, compuesta de 140 hombres y dos obuses de montaña, salió sobre las cinco de la tarde por el Arco de Palacio y marchó contra los que asediaban la Casa de Villa; penetró luego por el mercado allí inmediato, lo desalojó de paisanos á viva fuerza, siguió á la Plaza Mayor, sostuvo allí otro combate, y continuando por la calle de Atocha, contestando al fuego que se la dirigía de todas las bocacalles, bajó por Santa Cruz al Principal. La otra pequeña columna, de dos compañías, siguió por la calle del Arenal sin encontrar resistencia, y se unió á la primera.

Al mismo tiempo que estas compañías salían de Palacio, envié al oficial de Estado Mayor D. Angel Beraud, al Capitán general, á fin de que dispusiese que las tropas de su mando tomaran la ofensiva en las diferentes direcciones que lo creyese oportuno, en vista de las noticias que tuviera. En virtud de esta orden, se formaron también en Buena Vista dos columnas. La primera, mandada por el general Mata y Alós, compuesta de 200 hombres de Mallorca, 90 artilleros del 5.º regimiento y una sección de obuses, subió por la calle de las Infantas á la de Fuencarral, sufriendo allí primero, y luego en la calle de la Montera, el fuego de varias casas, que fué contestado por los soldados con serenidad y orden. Los artilleros penetraron por la calle del Desengaño, avanzaron hasta la del Olivo y apagaron el que les dirigieron desde los balcones, no sin experimentar algunas pérdidas; pero ellos y los soldados de Mallorca recorrieron en todas direcciones aquellas calles, despejándolas enteramente, y fueron luego á la Puerta del Sol, donde reunida toda la columna, marchó por la calle Mayor hasta Palacio, no sin recibir todavía los disparos que desde las ventanas, y á cubierto por entre las persianas, se dirigieron con sobrada frecuencia á esta tropa, en su triunfante aunque muy arriesgada marcha. A falta de armas, los paisanos les arrojaban en muchos puntos muebles y piedras, y la operación costó la vida á un valeroso capitán de Mallorca; hubo además un oficial herido, y en la clase de tropa dos muertos y otras 16 bajas.

En estos combates tomó parte activa, distinguiéndose por su bravura, el entonces teniente de Artillería, y hoy general de relevantes prendas y servicios á la patria, D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque. Hallábase de guarnición en Vitoria con su regimiento, y vino con una sección de dos piezas, formando parte de la columna que, al mando de Turón, se trasladó desde Logroño á Guadalajara, después de los sucesos de Vicálvaro, realizando marchas forzadas penosísimas. Turón, con la mayor parte de las fuerzas que le seguían, recibió orden

de incorporarse á Blaser, antes de la caída de San Luis, y Pavía entró en Madrid con una exigua parte de aquellas tropas. Esta fué una circunstancia muy feliz, en medio de tantas otras desdichadas, pues los



DON MANUEL PAVÍA Y RODRÍGUEZ DE ALBURQUERQUE.

dos cañones de Pavía nos sirvieron de utilísimo refuerzo durante los tres días de combate, empleándose también en la Plaza Mayor, donde fueron heridos, al lado del joven Pavía, el capitán de Montaña don Jerónimo Moreno, y el desgraciado teniente del Cuerpo D. Diego de los Ríos, que murió de resultas de las heridas.

La segunda columna organizada en Buena Vista, al mando del coronel D. Joaquín de la Gándara, y compuesta de una compañía de granaderos de la Constitución, fuerte de 60 hombres, tres de Ingenieros con 190 plazas, y una sección de obuses de la 5.ª batería montada, marchó en buen orden de combate por las calles de Cedaceros, Carrera de San Jerónimo, Príncipe y Huertas, á la plaza de Matute. Desde este punto tomó la dirección de la Plaza Mayor por la calle de Atocha; al llegar á la altura de la iglesia de San Sebastián, fué hostilizada por los paisanos, situados en las casas que dan frente á la calle del mismo nombre. Replegada entonces la caballería á la plaza de Matute, los granaderos de la Constitución, sostenidos por dos compañías de Ingenieros, rompieron el fuego, mientras la artillería, apoyada convenientemente, y volviendo á la calle de las Huertas por la citada plaza de Matute, situó dos piezas en la parte más ancha de la plaza del Angel. Roto el fuego de artillería, unas veces contra las casas objeto del principal ataque, otras contra los grupos que desde la calle de Carretas avanzaban, la infantería de la calle de Atocha continuó adelantando, mientras la caballería de la Guardia civil despejaba la plaza de Antón Martín, trabándose inmediatamente un porfiadísimo y sangriento combate, en el que las tropas conquistaron aquellos puntos con bastantes bajas, pero haciéndolas en gran número á los insurrectos. Mucho tendría que escribir todavía para relatar en todos sus detalles las sucesivas operaciones de tan exigua fuerza, que al mando de D. Joaquín de la Gándara realizó verdaderos prodigios, llegando en varios momentos á combatir dentro de las casas y á perseguir á los paisanos hasta sobre los tejados. Pero básteme decir que Gándara, después de otros combates donde lucharon muchos cientos de paisanos, reclutados entre la gente más brava del Lavapiés y barrios inmediatos, consiguió, sobre las nueve de la noche, posesionarse de todo aquel distrito, que ocupó hasta pasadas las dos de la madrugada, á cuya hora hubo de retirarse por el temor de hallarse sin municiones y de quedar aislado, pues sabía bien que, por la absoluta falta de fuerzas, hubiera sido casi imposible socorrerlo. Tuvo un oficial y 18 soldados heridos, y muchos otros recibieron graves contusiones por efecto de los muebles, tejas, piedras y adoquines que desde las casas, tejados y buhardillas les arrojaron.

Ya dije antes que, sobre las cinco de la tarde, envié al oficial de Estado Mayor D. Angel Beraud á comunicar las órdenes de ataque al Capitán general, que se hallaba en Buena Vista. Aquel oficial cumplió su cometido con la mayor inteligencia y valor. Cruzó Madrid primero, salvando mil dificultades y peligros, y al volver á Palacio, acompañado de su ordenanza Nicolás Montes Ramos, del regimiento de caballería de Borbón, fué atacado en la calle Mayor por un grupo de paisanos que

le esperaban en la desembocadura de una calle. Herido de dos balas en la pierna y pie izquierdo, vino á caer con su caballo, muerto de otras cuatro, frente al Gobierno Político, y desde allí, en hombros de su heroico ordenanza, que también perdió su caballo de otros cuatro balazos, llegó á la plaza de Palacio, donde, casi exánime, con la muerte retratada en el semblante y llevando la trémula mano á su tricornio, me dirigió estas palabras, que no he olvidado ni podré jamás olvidar:

—Mi General—me dijo—las órdenes de V. E. se han transmitido.....

Beraud entró en el hospital de sangre y me pidió autorización para solicitar la cruz laureada de San Fernando. Después sanó de sus heridas, pero ignoro si recibió la recompensa tan bravamente ganada, con sujeción estricta á los severos estatutos de la Orden, como ignoro también si leerá algún día estas páginas, desde las cuales le señalo al justo orgullo del ejército.

D. Juan Guillén Buzarán, que corrió también grandes peligros para atravesar Madrid, me trajo la renuncia del general Macrohon, que acepté en el acto, reemplazándole en el Gobierno militar de Madrid con el brigadier D. José Pons, el mismo que en Cataluña había prestado á la causa de la Reina servicios tan distinguidos, y que entonces se me ofreció sin condiciones. Pocas horas después recibía la dimisión del Conde de Yumury, que acepté igualmente, firme en mi resolución de no comprometer de modo alguno al que no quisiera compartir conmigo la responsabilidad de una situación que estuvo condenada á vivir sin autoridades ni funcionarios que la secundasen en momentos tan críticos. Pero Mata le reemplazó, y al partir de nuevo hacia Buena Vista para tomar aquel mando, encarguéle que por el momento, y durante el resto de la noche, se mantuviese en la más estricta defensiva, merced á lo cual pudiera dar á las tropas algún descanso. La fatiga de jefes, oficiales y soldados era extrema después de veintiocho horas seguidas de marchas, combates, exploraciones, patrullas, guardias, etc. Nadie había dormido; la alimentación en ciertos puntos fué escasísima, y los Jefes daban parte de que muchos soldados se quedaban dormidos de pie apoyados contra las casas ó sobre sus fusiles, sin que hubiera forma de impedirlo ni mucho menos de castigarlo, porque he de advertir, y debo recordarlo aquí con satisfacción y entusiasmo, que mientras en toda España se sublevaban las ciudades y se insurreccionaban los cuerpos del ejército, ni un solo acto de indisciplina se produjo en la guarnición de Madrid mientras duraron nuestros poderes, á pesar de los peligros inmensos que corrió y de las sugestiones que le fueron constantemente dirigidas para corromper su lealtad.

Todo el resto de la noche del 18 me ocupé con la mayor actividad en facilitar subsistencias á la guarnición, asunto capitalísimo y difícil,

pero resuelto, al fin, con fortuna, por una serie de medidas que serían largas de enumerar. Las tropas, sin ser hostilizadas más que en pocos puntos, pudieron descansar algunas horas, y al amanecer del 19 me hallaba en posesión completa de una línea de defensa que atravesaba Madrid, desde San Gil y Palacio, hasta el Ministerio de la Guerra por la calle Mayor, Puerta del Sol hasta el Prado. En esta situación esperaba confiado la llegada de las tropas de las provincias inmediatas, algunas de las cuales estarían en Madrid aquella tarde misma ó en las primeras horas de la noche; entre ellas contaba con la columna del brigadier Moltó, que se componía de un regimiento, de alguna caballería, y del batallón cazadores de Chiclana.



Pronto, sin embargo, se reprodujo el combate, sostenido con vigor por los paisanos por el lado de Palacio contra el cuartel de Guardias de Corps, Parque de Artillería, San Martín y nuestras posiciones de la calle Mayor. En la Puerta del Sol las hostilidades no empezaron ni se sostuvieron con menos empeño, desde las ventanas del Ministerio de la Gobernación, la esquina de la calle de Carretas, la casa que forma el vértice del ángulo de la calle Mayor y de la del Arenal, con la Casa de Postas, que, ocupada igualmente por la tropa, completaba la defensa del Principal, que se encontraba cubierto por fuegos bien cruzados. Por la parte de Buena Vista generalizóse también la lucha sobre todos los puntos que acabábamos de ocupar en las primeras horas de la mañana, empeñándose un vivo tiroteo por el lado del cuartel del Soldado. Pero aquella línea estaba perfectamente asegurada, como lo demostró la llegada de un carro de municiones que salió del Ministerio de la Gue-

rra y llegó al cuartel sin dificultad, y Mata cumplió admirablemente con su deber proveyendo primero de raciones de toda especie á sus tropas, ocupando después las bocacalles inmediatas y las avenidas para dominar la calle de Alcalá, el Prado y la Carrera de San Jerónimo. Recuerdo que aquel día los paisanos hacían fuego á las tropas hasta desde lo alto de las torres y campanarios de las iglesias; pero Mata, sin salir del radio que mantenía, dió varias acometidas impidiendo que se construyeran algunas barricadas que empezaban á levantarse en diferentes calles. En la de Atocha, á la altura de San Carlos, se construyó una con carruajes volcados, pero fué inmediatamente destruída por dos piezas que la batieron á cañonazos y á metralla desde el cerrillo de San Blas primero, y luego desde la esquina del Jardín Botánico.

Sobre las doce presentóse á Mata y Alós el general Cañedo, diciéndole que hiciese presente al Gobierno que estaba dispuesto á aceptar la Capitanía general, con que se le brindó el día antes. Pocos momentos después se presentaba él mismo en Palacio con los generales Condes de Alcoy y de Mirasol; y formándose allí una especie de Consejo, convinimos todos en que el éxito de la desesperada resistencia del Gobierno dependería ya sólo de ganar tiempo y de esperar la llegada de cuatro ó seis batallones y de alguna caballería, con cuyas fuerzas tendríamos lo suficiente para ocupar los dos ó tres puntos en que verdaderamente se apoyaba la insurrección. Aquellos generales creían, por lo tanto, que debíamos mantenernos á la defensiva, sostener nuestras líneas y esperar. Tales eran también mis intenciones; yo sabía que ninguno de nuestros puestos sería forzado, y acababa de recibir además noticias, no recuerdo si de Toledo ó Ciudad Real, anunciándome que una columna de tropas llegaría á Madrid al amanecer del 20.

Pero en estos momentos el Gobierno fué llamado por S. M. Su tribulación era inmensa. La Reina lamentaba las desgracias que el combate causaba de una y otra parte; temía por su persona y por el Trono mismo todas las consecuencias de la revolución, si el Gabinete se empeñaba en resistirla, y fundada en estos sentimientos nos significó su deseo de que aquella situación terminara, preguntándonos si otros hombres más afortunados podrían conseguirlo, y pidiéndonos nuestro consejo acerca de la persona que llamaría para formar un nuevo Ministerio que satisficiera á la opinión pública de Madrid.

—Señora—la contestó Ríos Rosas, después de haber hecho una corta pregunta al Duque de Rivas—nosotros respetamos demasiado la preciosa prerrogativa de V. M. y nos abstendremos de menoscabarla en lo más mínimo, con un dictamen que nunca será más acertado que si V. M. lo consulta exclusivamente con su corazón.

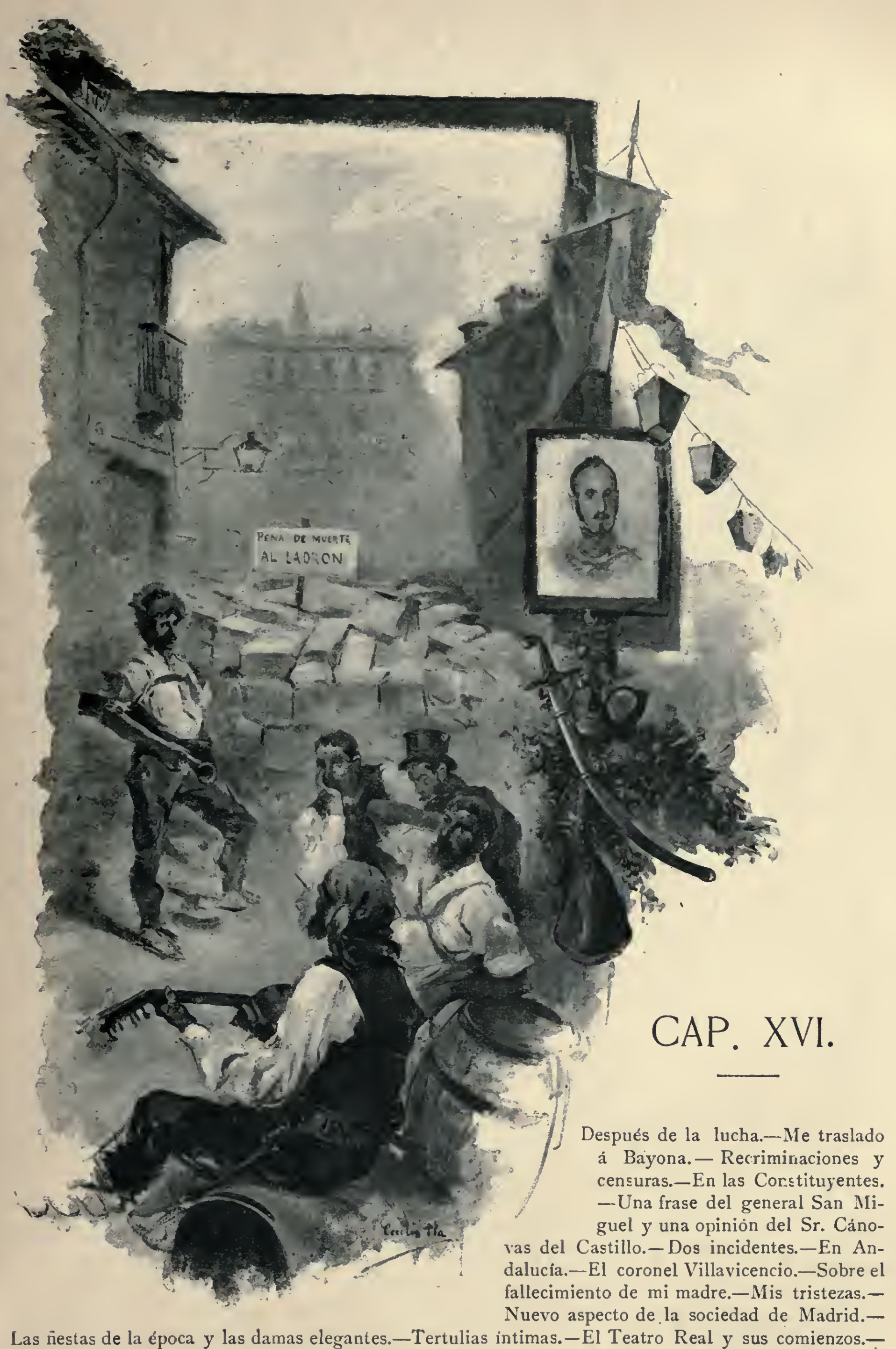
La Reina entonces se dignó señalarnos el nombre del Duque de la

Victoria, y nos mandó que en tanto que éste llegase á la capital, continuáramos al frente de los negocios, ordenándonos al propio tiempo que invitase, en su Real nombre, al Conde de Lucena para venir á la corte. Claro es que al retirarnos con su vénia, no perdimos un solo instante en hacer cesar el fuego, ya casi suspendido en aquellas horas, por parte de los paisanos, á consecuencia de la falta absoluta de municiones en que se hallaban. Publicamos además una *Gaceta extraordinaria*, anunciando la resolución de S. M., y yo ordené que aquella misma tarde se replegasen al ministerio de la Guerra todas las fuerzas que ocupaban los puntos últimamente sostenidos en aquella zona de Madrid, y al Ayuntamiento las situadas en las casas más adelantadas de la calle Mayor. Sólo se conservaron los puestos avanzados de Palacio, con objeto de ponerlo á cubierto, porque estábamos resueltos, en el caso posible de que se intentase exigir otro Gobierno de ideas más avanzadas, á no abandonar aquella situación sino en manos del Duque de la Victoria, haciéndole entrega también de la augusta persona de S. M., que nuestra lealtad nos obligaba á custodiar en aquellos momentos de exaltación inmensa. Júzguese, pues, cuál sería nuestro asombro y nuestra inquietud al saber que el pueblo, en vez de retirarse ó de aquietarse con la noticia del nuevo Ministerio y con la retirada de las tropas, ó de limitarse cuando más á manifestaciones de entusiasmo y alegría, se dedicaba sólo á levantar y construir centenares de barricadas, hasta el extremo de que, en la madrugada del 20, apenas hubo calle en que no aparecieran tres ó cuatro. Estas barricadas se alzaban además en las inmediaciones de Palacio, adelantando hacia este edificio sus obras sucesivas, lo que me obligó primero á rodearlo de todos los cañones disponibles y á reunir al Consejo de Ministros dimisionario, el cual acordó rápidamente, á pesar de mi protesta y en vista de estos inopinados sucesos, presentarse de nuevo á S. M. poniendo á sus pies la dimisión de aquel puesto que transitoriamente conservábamos, aconsejándola que llamase á su lado al general D. Evaristo San Miguel para entregarle el poder ínterin llegaba Espartero, suponiendo que el nombre del general San Miguel sería la mejor garantía que pudiera ofrecerse al pueblo, por haber formado parte del *Comité revolucionario* que se constituyó en la Casa de Villa en las primeras horas de la noche del 17. Tal fué el término de nuestro corto pero terrible mando, y tal el desenlace de aquel fatal é inevitable compromiso, en el que, á falta de otros merecimientos, la historia no podrá negarnos, en su día, el de haber defendido con lealtad acrisolada y con firmeza notoria los altos deberes de nuestro puesto y los patrióticos fines de nuestra conducta.

Una impresión muy viva ha conservado mi corazón como recuerdo de aquellos últimos momentos. Era en la noche del día 20. Las barri-

cadas inmediatas á Palacio estaban iluminadas en señal de regocijo y de victoria. Custodiábanlas los paisanos, cantando y bebiendo, y sus centinelas paseaban gravemente, armados de trabucos. Las músicas populares recorrían la Plaza de Oriente, y grupos de paisanos y de mujeres circulaban con banderas y antorchas lanzando gritos de alegría y entonando á grandes voces los himnos de Riego y de Espartero. Yo contemplaba este espectáculo apoyado en los cristales de uno de los balcones de Palacio, cuando de pronto ví avanzar lentamente, abriéndose paso entre la multitud, un carro que custodiaban algunas fuerzas del ejército, conduciendo no se qué formas vagas que no me fué posible distinguir bien en un principio. Abrí entonces la vidriera; me incliné sobre la fuerte barandilla, y advertí con horror lo que el carro conducía. Era un montón de soldados muertos, trasladados sin duda, desde algún depósito provisional, al del Hospital Militar, allí inmediato. La conmoción que recibí fué profundísima: la idea del total desastre, la ruina de mis esperanzas, la esterilidad absoluta del sacrificio, el presentimiento sombrío de la situación que se preparaba para aquellas instituciones y para aquella Reina, en cuya defensa había consumido mi vida, y la sensación, en fin, clara y perceptible de mi porvenir incierto y tal vez calumniado, vinieron á confundirse, en un instante de angustia, con la piedad que me inspiraban los cadáveres fríos de aquellos hijos del ejército, héroes inocentes, sacrificados al furor de nuestras discordias miserables.... Y entonces, por la vez primera de mi vida, sentí desfallecido el corazón y anublados mis ojos con ardientes lágrimas.





CAP. XVI.

Después de la lucha.—Me traslado á Bayona.— Recriminaciones y censuras.—En las Constituyentes. —Una frase del general San Miguel y una opinión del Sr. Cánovas del Castillo.— Dos incidentes.—En Andalucía.—El coronel Villavicencio.—Sobre el fallecimiento de mi madre.—Mis tristezas.— Nuevo aspecto de la sociedad de Madrid.— Las fiestas de la época y las damas elegantes.—Tertulias íntimas.—El Teatro Real y sus comienzos.— Tamberlick y la Penco.—La política en 1859.—Juicios de D. Claudio Moyano y de D. Pedro Egaña. — Consideraciones sobre la guerra de África. — Correspondencia de Narváez y de González Bravo. —Ofréceme Salamanca un alto puesto en Roma.—Salgo de Madrid. — Los caminos de hierro de los Estados Pontificios. — Recíbeme Su Santidad.— Sus disposiciones.— La sociedad romana.— Mis primeros trabajos.—Mr. Mirés.—Salamanca en el apogeo de su fortuna.—Viajes con Pío IX á través de sus Estados. — Sucesos en Italia. — La campaña de Garibaldi.— Francisco II. — Conducta del Piamonte.—Ofréceme el Rey de Nápoles el mando de su ejército.—Lo declino.— Razones que para ello

tuve.—Una negociación secreta.—Salamanca y el Duque de Morny.—El reino de Italia.—Don José España y Puerta.—Sus noticias y correspondencia.—Un retrato á la pluma de Napoleón III.—El Conde de Cavour, según D. José España.—Mi vida y mis amigos íntimos en Roma.—En el Palacio Farnesio.—La situación del rey Francisco II.—Varias cartas de D. Salvador Bermúdez de Castro.—Con lo que pongo fin á este capítulo.



HASTA el día 30 de Julio duraron en Madrid las barricadas, iluminadas por la noche con farolillos de colores, y guarnecidas durante el día con banderas, ramajes, inscripciones y retratos de los generales Espartero y O'Donnell. Obligóse á la Reina á publicar aquel famoso *Manifiesto* que comenzaba asegurando que «una serie de lamentables equivocaciones había podido separarla de los españoles, etc.», y se fusiló en la calle de Toledo al antiguo jefe de la policía, D. Francisco Chico, cometiéndose algunos otros excesos. En el entretanto O'Donnell, llamado por el Duque de la Victoria, llegó á Madrid; ambos generales aparecieron abrazados en el balcón de la casa de Mathé, situada en la calle de Espoz y Mina; constituyóse después un Gobierno presidido por Espartero, ocupando O'Donnell la cartera de la Guerra y haciéndose cargo de las restantes los Sres. Pacheco, Collado, Alonso, Santa Cruz, Allende Salazar y Luján, y el 2 de Agosto se presenció en Madrid el desfile de siete ú ocho mil paisanos armados, que atravesaron la Puerta del Sol en columna de honor por el frente de Espartero, que se encontraba en el balcón de la Casa de Correos, rodeado de la *Junta Superior Revolucionaria.* La lucha que el ejército sostuvo, la sangre vertida, el ardimiento de las pasiones alimentadas por las proclamas y boletines impresos que se hicieron circular por todas partes desde la noche del 20, y la victoria, en fin, que dió al pueblo el nombramiento del nuevo Presidente del Consejo, hicieron difícil y peligrosa la transición para el ejército, dando lugar á escenas diversas entre éste y el paisanaje, que no me corresponde reseñar aquí por no haber tomado parte alguna en los sucesos posteriores á mi entrega del mando en la tarde del día 20 (1). Tampoco detallaré los acontecimientos que

(1) De ellas podrá dar alguna idea la siguiente carta que me escribió al año siguiente el honrado teniente coronel D. Pío de la Peciña, el mismo que ocupó el Principal desde la tarde del 18 hasta que el general San Miguel se hizo cargo de la autoridad.

«Mi querido y respetado General—me decía:—He leído y tengo en mi poder la *Memoria* publicada por V. E. sobre los sucesos del año pasado, los que tuve ocasión de presenciar muy de cerca. No voy ahora, mi General, á hacer ninguna calificación del escrito, porque la han hecho cual se merece otras personas más entendidas, y generalmente cuantos le han visto, pero sí

se produjeron con motivo de la salida de la reina Cristina de Madrid. A este viaje se opuso el pueblo durante el resto del mes de Julio y todo Agosto, ocupando las puertas de la ciudad con gente armada, registrando minuciosamente cuantos coches, carros y vehículos salían

puedo responder de su mucha exactitud y verdad. Desde aquellas ocurrencias quedé en situación de comandante de reemplazo en virtud de Real orden que se me comunicó en el mes de Agosto, y me dí por muy satisfecho, porque después de algunas dificultades logré poder fijar mi residencia en este punto. El empleo de teniente coronel que se me concedió por la batalla de Vicálvaro no ha sido reconocido, ni tampoco el grado de coronel que obtuve por Real orden de 18 de Julio como toda la guarnición de Madrid, de suerte que, no habiéndome correspondido gracia alguna por el decreto general de recompensas dadas al ejército, he quedado conforme estaba antes de las ocurrencias, y mucho peor. Mi conciencia la tengo muy tranquila; he cumplido con mi deber, y he procurado llenarlo hasta donde han alcanzado mis fuerzas; estoy muy contento de haberme portado así, y si mil veces se ofreciese, haré lo mismo mientras sea militar y no varíen la Ordenanza. Tan pronto como me instalé por orden de V. E. en el Principal la tarde del 18, hice retirar la fuerza de granaderos, quedándome con una compañía, otra de Baza y tres de mi batallón, muy escasas, que sólo componían 109 hombres; no quise encerrarme dentro del edificio porque el enemigo no me daba ningún cuidado; ocupé todas las casas de la Puerta del Sol, incluso la de Cordero y la de Postas, para que no me faltase agua de la fuente que hay frente á dicha casa de Postas, ni comestibles de los varios almacenes que dentro de ese círculo existían, y efectivamente los tuve en abundancia (á pesar de todo lo que han dicho en contrario); colocado de este modo, nadie osaba dejarse ver en la Puerta del Sol, calle de la Montera, Alcalá, Carrera de San Jerónimo, Carretas, Mayor y la del Arenal y del Carmen, hasta el día 19 por la tarde, que recibí orden de V. E. para no hacer fuego: entonces replegué los destacamentos, y después de hacer alguna provisión de agua, pan, vino y queso, me encerré dentro de la Casa de Correos. Llegó el día 20, y con la seguridad de que no se les hostilizaba, cortaron el agua de la fuente y llenaron de barricadas todas las calles de la circunferencia del Principal; más de una vez tuve impulsos de romper el fuego, pero había recibido orden terminante para no hacerlo bajo ningún concepto. En esta situación, y como yo no podía hallarme en todas partes, creció la osadía de los paisanos hasta llegarse á las ventanas bajas y hablar con la tropa, distribuyéndola cigarros, comestibles y proclamas, de suerte que hasta el último soldado se enteró del estado en que se hallaban las cosas: desde entonces la compañía de Baza y la de granaderos se negaron á hacer servicio alguno, y me quedé reducido á las dos compañías del centro de mi batallón y la de cazadores, que contaban 109 hombres en total. Serían las doce del día, cuando después de bien enterado por la *Gaceta extraordinaria* del nombramiento del general Espartero y del general San Miguel, considerando que todo había cambiado y que con mi resistencia nada podía adelantar, dije al coronel Redondo que reuniese ó me permitiese reunir á todos los oficiales para hablarles; así lo hice, y tuve la satisfacción de oir á todos, que, unánimes, prometieron hacer lo que yo quisiese; entonces les dije que mi ánimo era reunir toda la fuerza así que entrase la noche y marcharme á Palacio á reunirme con V. E. Esta idea fué aprobada, y todos quedamos muy conformes y resueltos. Con esta seguridad me subí á la torre del telégrafo, desde donde se veían las calles de Alcalá, Carrera de San Jerónimo y Mayor, con objeto de estudiar el punto por donde mejor pudiera retirarme, y pensé en la de Alcalá por ser más ancha y tener menos barricadas, y en llegando al Prado continuar por la Ronda hasta Palacio. Yo ignoraba que en la iglesia de los Italianos, ni en dicha calle de Alcalá, hubiese habido fuerzas del ejército; nada he sabido hasta que lo he leído en la *Memoria* de V. E. Conmigo nadie se puso en comunicación, ni recibí orden ninguna á pesar de haber enviado diferentes oficiales y cornetas vestidos de paisanos, y entre ellos á un hijo de la Excma. Sra. Duquesa de Gor; ninguno volvió, por ser imposible su regreso al Principal. Cuando bajé de la torre, que serían las dos, me encontré al coronel Redondo, que, muy acalorado, me buscaba para decirme que el capitán de cazadores de mi batallón había seducido á su compañía y oficiado á la Junta que presidía el general San Miguel, diciéndole que toda la fuerza de Correos estaba á su disposición, y la Junta daba las gracias en un oficio que cayó en manos del Sr. de Redondo, y advertía que luego se personarían en el edificio los generales San Miguel é Iriarte. Esta noticia fué para mí la más

á todas horas y en cualquiera dirección que fuese, y levantando nuevas barricadas cuando la supusieron en salvo; la revolución quería exigir graves responsabilidades personales á la Reina madre, y muy luego las Cortes Constituyentes llegaron á nombrar una *Comisión investigadora* á fin de que se buscasen pruebas y datos que demostraran sus culpas.

A S. M. el rey D. Francisco debí durante algún tiempo un asilo en sus propias habitaciones de Palacio, que no ha olvidado ni olvidará nunca mi agradecimiento, y pasadas que fueron las primeras manifestaciones populares y restablecido ya algo el orden público, salí una tarde de Madrid, sin disfraces ni apresuramientos, y llegué á Bayona

triste, pues la compañía de cazadores tenía 60 hombres, y como las de Baza y granaderos estaban en mal sentido, sólo me quedaban 49 hombres de las dos compañías del centro de mi batallón. Sin embargo, formé toda la fuerza, les hablé, y después de llamar al capitán *traidor* y cuanto merecía, le mandé salir del edificio. Al poco rato vino á decirme mi segundo comandante, D. Diego de Orbe, que la compañía de cazadores quería pronunciarse lo mismo que toda la fuerza; entonces conocí el angustioso estado de mi situación y que ya no me quedaba otro remedio. Entraron á las tres de la tarde, poco más ó menos, en la Casa de Correos los generales San Miguel é Iriarte, no sé si por el aviso del capitán ó por qué; el resultado fué que me avisaron cuando estaban dentro. Me dijo el general San Miguel que estaba nombrado Capitán general y Ministro de la Guerra, y que había elegido al general Iriarte para Gobernador; yo le creí sin dificultad porque ya había visto la *Gaceta extraordinaria*. Me manifestó que deseaba que toda la fuerza que yo mandaba se quedase dando el servicio en el mismo edificio, pero que el que gustase de los oficiales irse á Palacio, ellos lo acompañarían; yo, para marcharme sin mi tropa, preferí quedarme. El coronel Redondo, y no recuerdo si algún otro señor oficial, se fueron á Palacio. Sobre las cuatro de la tarde un inmenso pueblo se agrupó en la puerta de Correos dando vivas á San Miguel y queriendo entrar á abrazar á la tropa; yo mandé tomar las ventanas, y tenía al corneta á mi lado para tocar ataque (aunque desconfiaba mucho de que los soldados hubiesen disparado un solo tiro), pero el general San Miguel, que se hallaba presente, me dijo que de ningún modo hiciese tal *disparate;* que se retirasen los soldados de las ventanas, que los reuniese á todos en el patio, en donde formase pabellones, y luego, que saliesen á abrazar sin armas al pueblo. Yo me permití exponerle los inconvenientes de esta medida, pero me manifestó que era necesaria, que así lo mandaba y que tal era la voluntad de S. M.; entonces le supliqué me comunicase la orden por escrito, y se me dió en los términos siguientes: «S. M. la »Reina (q. D. g.) acaba de manifestar al Excmo. Sr. Capitán general de este distrito y Ministro de la Guerra, D. Evaristo San Miguel, que no quiere que por ningún concepto se derrame »una sola gota más de sangre, y que se hagan cuantos esfuerzos sean necesarios para calmar y »tranquilizar los ánimos irritados. En su consecuencia, prevengo á V. S, de orden de S. E., que »toda la fuerza que tiene á sus órdenes forme pabellones en los patios, y salga á la calle sin armas para abrazar al pueblo.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Madrid, á las cuatro de la tarde »del día 20 de Julio de 1855.—El General gobernador, *Martín José de Iriarte*.—Sr. D. Pío de la »Peciña y Mendoza, jefe de la fuerza que guarnece la Casa de Correos.» Excusado me parece decir á V. E. que, invadido el puesto por las turbas, ni el general San Miguel ni nadie pudo contenerlos, y se llevaron todas las armas; este fué el fin, y tal ha sido cuanto pasó dentro de la Casa de Correos, bien triste y desdichado por cierto, pero no me fué posible hacer más de lo que hice. A V. E. en muy grande escala le tocaron sucesos muy difíciles, y por los que acaso no habrá pasado nadie en España; y á los que estuvimos á sus órdenes nos llegaron algunos ramalazos. Pero es preciso sobrellevar las vicisitudes porque pasa nuestro país; por mi parte, á fuer de militar y *buen español*, creo haber cumplido con mi deber, y no temo explanar mi conducta de aquellas circunstancias, muy alto y delante de todo el mundo. Perdone V. E., mi General, que haya sido tan molesto. Deseo que se conserve bueno y mande á su S. S. S. y subordinado Q. B. L. M. de V. E.—*Pío de la Peciña y Mendoza*.—Madrid, 19 de Julio de 1855.»

únicamente acompañado del consecuente hombre público D. José de Zaragoza y de mi antiguo y excelente amigo D. Venancio Silven, en cuya casa pasé los últimos días de mi permanencia en Madrid. En Bayona me instalé y viví hasta mediados de 1855 devorando amarguras, sufriendo acusaciones apasionadas y sirviendo de blanco á muchas injusticias. Censuráronme con toda violencia los amigos del conde de San Luis porque transigí con la revolución y porque llamé al gobierno á los hombres que la personificaban, mientras que los progresistas agotaron en sus periódicos y discursos todo el repertorio de las declamaciones, acusándome de haber ametrallado al pueblo por espacio de tres días consecutivos. En las Cortes Constituyentes convocadas aquel año, se promovió una amplia discusión acerca de las *jornadas de Julio*, en la que los Sres. Ríos Rosas, La Roda y Laserna defendieron vigorosamente nuestros actos, mientras que los progresistas nos dirigieron los cargos más acerbos. En medio de estas tristezas, tuve, no obstante, la satisfacción de que el general San Miguel declarase solemnemente en el Congreso que, «como militar y soldado, no tenía palabras bastantes para elogiarme», y la de que uno de los más autorizados representantes del general O'Donnell alzara su voz para defender al Gabinete que formé, anatematizando rudamente á cuantos no le prestaron en aquellos días angustiosos su cooperación y apoyo. «Pocas palabras diré para explicar los motivos por que yo creí que el Ministerio de Julio debía aceptar el poder en aquellos momentos — decía el Sr. Cánovas del Castillo en la sesión del Congreso del 12 de Diciembre de 1854,— pocas, pero que importan á la rectificación personal que estoy haciendo para explicar, no su conducta, que se sobran ellos para explicarla, sino mi propia conducta. Yo creí que cuando se sabía en Madrid la revolución de Barcelona, que cuando se sabía de antemano la de Valencia y casi de seguro la de Zaragoza, no era necesario derramar sangre en las calles de la capital, ni exigir del pueblo heroico del 2 de Mayo sacrificios como los de este día memorable. Yo creí que los hombres de patriotismo de todos los partidos debían de agruparse en derredor del Trono y apresurarse á tomar el poder para evitar el derramamiento de sangre; y si la sangre se derramó á pesar de todo, diré yo que el Ministerio no pudo evitarlo, y la historia dirá de parte



DON JOSÉ DE ZARAGOZA.

de quién estaba la razón. De mí sé decir que en aquellos momentos críticos me apresuré á prestar mis servicios á aquellos Ministros, y diré más, que todos los que no se presentaron faltaron á su deber para con la patria, y son responsables de la sangre derramada aquellos días en las calles de Madrid.» Gutierrez de la Vega, que no se separó de mi lado en los tres dias de la revolución, fundó inmediatamente un gran periódico titulado *El León Español*, con el solo intento de combatir á Espartero y á O'Donnell, y de defender mi conducta y con ella al partido moderado, ya próximo á estrechar sus filas ante la impensada victoria de los progresistas (1). Por mi parte publiqué en Enero de 1855 un folleto explicando mi conducta militar y política en términos templados y comedidos, y tuve la satisfacción de que los hombres de buena fe vieran claramente, merced á este escrito, los móviles que en aquella ocasión me guiaron, reconociendo mi desinterés y lealtad. Y esto era cuanto deseaba, porque en cuanto á mi tranquilidad íntima, túvela desde el primer día muy completa, por el testimonio de mi conciencia.

Hasta fines de 1855 permanecí ausente de España recorriendo Bélgica, Austria y Alemania y estudiando con gran detenimiento en Berlín el ejército prusiano, cuya organización comencé á admirar mucho desde entonces. El *bienio* progresista terminó como había empezado, es decir, á tiros, tiñéndose en abundante sangre las calles de Madrid durante las terribles jornadas del 14 y 15 de Julio de 1856; y rota la coalición originada en Manzanares por moderados y progresistas, volvieron éstos al ostracismo y á la conspiración, á la par que su jefe, Espartero, á su retiro de Logroño, después de dos años de un poder efímero trabajado por la división iniciada, desde el siguiente día del triunfo, entre sus parciales y los hombres que comenzaron á constituir el partido llamado *Unión liberal*. Sin embargo, D. Leopoldo O'Donnell, su jefe, después de lograda en las calles la victoria de 1856, cayó del poder á los tres meses justos de este suceso, y fué reempla-

(1) Como digo, Gutiérrez de la Vega defendió á nuestras personas ausentes y á nuestro partido en la desgracia, y sostuvo con este diario la más ardiente campaña, continuándola hasta desde la cárcel del Saladero, donde estuvo preso nada menos que cien días, para satisfacer las iras de los progresistas, que no desdeñaban emplear contra la prensa de oposición los mismos procedimientos que tanto censuraban en nosotros. Otras veces sostenía sus opiniones á cuchilladas y pistoletazos, y entre sus lances de aquel tiempo recuerdo mucho los mantenidos por él, en días consecutivos, contra Coello, director de *La Época*, y Mantilla, su redactor principal, no continuando la serie con D. Ignacio Escobar, que era el tercero de los llamados al terreno por el fogoso director de *El León Español*, á causa de haber intervenido los amigos, pues de los dos primeros desafíos resultaron heridos todos los combatientes, llevando Gutiérrez de la Vega la mejor parte en la suerte, si bien todos ganaron la misma parte en la honra. Gutiérrez de la Vega era el prototipo del periodista español de aquellos tiempos, apasionado, valeroso y caballeresco; manteniendo en todos los terrenos sus opiniones, y esforzando el ataque con terrible energía, pero escribiendo siempre «con guante blanco», según una frase que le aplicó la misma *Época*, testigo de mayor excepción en este caso. Narváez le llamaba familiarmente el *zeñor león español*.

zado por Narváez en virtud de un acto espontáneo de la regia prerrogativa.

No me corresponde á mí escribir este período interesante de la historia contemporánea, ni tampoco el que siguió hasta 1859, por no haber tomado parte alguna en los sucesos acaecidos en estos cinco años, ni tener en ellos la más pequeña responsabilidad. He de pasarlos, pues, por alto, á pesar de que su conocimiento y estudio justificarían de una manera concluyente mis planes, mis deseos y mi conducta en los años de 1853 y 54. Ellos demostraron que, para volver en 1856 á la política autoritaria de Narváez, fueron realmente lamentables y estériles los actos rebeldes de los generales *vicalvaristas*, los excesos demagógicos de 1854, los combates en Madrid de este año y los que siguieron después, hasta las barricadas que determinaron la caída definitiva de Espartero, y que, para llegar á constituir un partido medio entre el moderado y el progresista, que al cabo gobernó con gloria algunos años, habría sido suficiente derribar el Ministerio San Luis por los medios legales, ó esperar con alguna mayor paciencia su caída inevitable. Dejo, pues, á otros la misión de rellenar este vacío, y de aportar á él datos íntimos y documentos fidedignos, pues ellos comprobarán la verdad de mis afirmaciones.

Pero si nada he de decir respecto á la historia del país hasta que en 1859 volví á trabajar resueltamente para la reorganización del partido moderado, no puedo, sin embargo, dejar de consignar dos incidentes importantes de mi vida que ocurrieron en estos tiempos, porque uno de ellos, sobre todo, influyó poderosamente en mi vida y quizá también en las direcciones posteriores que dí después á mi conducta. Hallábame yo en la corte de regreso del viaje por el extranjero, y no se habían producido todavía los sucesos que dieron por resultado la separación de O'Donnell y del Duque de la Victoria, cuando un día vinieron á mi casa los generales Dulce y Ros de Olano para instarme á que me uniera á ellos y me confundiera entre sus filas, á fin de dar, en unión suya, la batalla al general Espartero. Neguéme resueltamente á ello, creyendo en primer lugar que aunque mis ideas, muy liberalizadas desde 1852 á 53, pudieran coincidir en algunos puntos esenciales con las de O'Donnell, separábame de él todavía el campo de batalla de Vicálvaro y los sucesos que siguieron, si bien en el terreno puramente militar estaría siempre á disposición de todo gobierno que defendiese el trono de D.ª Isabel II. Esta circunstancia fué, de todos modos, importante en mi vida, pues que, cerrándome las puertas de la unión liberal, me dejaba en mis antiguos campos del moderantismo histórico. El otro incidente fué más grave. Ya en Bayona me había reconciliado con Narváez después de los sucesos de 1854. Recorriendo

un día las *Allées Marines* de aquella hermosa ciudad, halléle también paseando, solo, en dirección contraria á la mía. ¿Cómo no hablarnos? Los dos volvimos á tendernos la mano y por ambos lados se cruzaron mutuas explicaciones. Él me habló mucho y aprobó en todo mi proceder cuando el Ministerio de Julio; expúsele, por mi parte, las razones que determinaron mi conducta para con él desde que fuí relevado de la Capitanía general de Madrid en 1852, y quedamos de nuevo amigos. Seguía, pues, figurando en las filas moderadas, aunque muy apartado de la política, cuando en Octubre de 1856 fué Narváez llamado á los Consejos de la Corona. El primer acto del Ministro de Marina de aquel Gobierno, é interino de la Guerra, general Lersundi, fué venir á manifestarme á mi propia casa que el Consejo de Ministros había resuelto confiarme la Dirección de Infantería, y que el Real decreto iba á llevarse aquella noche á la firma de S. M. Júzguese, pues, cuál sería mi sorpresa cuando al siguiente día, muy temprano, volvió Lersundi, visiblemente sentido, á decirme que S. M. se había negado á firmar el decreto, y que, al sometérselo, había pronunciado estas palabras:

—¡Para Fernando Córdova, no!

Quedé con esto profundamente afectado, y, lo confieso, también hondamente ofendido! ¿En qué podía fundarse aquel acto de Su Majestad? Mi memoria, mi conciencia, nada me acusaba. Verdad es que en la Real cámara, en la tarde aciaga del 18 de Julio de 1854, y en los momentos más angustiosos, cuando llevaba yo veinticuatro horas sin sueño, sin alimento y sin descanso, recuerdo, digo, que la augusta Señora me llamó para preguntarme varias veces seguidas, con insistencia extraordinaria, que cuándo terminaría aquella revolución; y recuerdo también que la dije, con alguna exaltación quizá, aunque sin traspasar los límites del respeto, estas mismas palabras textuales: «Señora, tenga alguna paciencia V. M., que no se ganó Zamora en una hora.» Estos eran, según supe después, los motivos de resentimiento que tenía la Reina contra mí; pero sus consecuencias fueron tanto más sensibles y dolorosas, cuanto que por referirse aquel veto puesto á mi nombre, á un acuerdo tomado en Consejo de Ministros, el acto de la Reina podía dar margen á todo género de suposiciones. No sucedió esto, por fortuna, pues que Narváez y la mayor parte de los Ministros, diéronme muestras muy explícitas de su estimación acto seguido, y guardaron el secreto de un modo tan impenetrable, que soy yo ahora el primero que lo revela. De todos modos, la herida fué profunda; y aun cuando pasados algunos años me creí en el deber de prestar mis leales servicios á la Reina y S. M. me dispensó de nuevo su confianza, no sé yo, en verdad —porque estas impresiones no pueden nunca definirse bien — si el recuerdo de aquella decisión, lastimando tan cruelmente mis sentimien-

tos hacia su Real persona, pudo contribuir, como primera, antigua y hasta inconsciente causa, á que, llegados nuevos días de prueba, no me sintiera yo irremisiblemente impulsado á ponerme en todos casos del lado en que formaron sus incondicionales defensores.

Yo había pedido durante el *Bienio* mi cuartel para Cádiz, en cuya hermosa ciudad pasé una larga temporada rodeado de amigos cariñosos. Hombres de todos los partidos se esmeraron en hacerme agradable la vida, y realicé muchas expediciones al campo, á los pueblos y á las ferias. En Sevilla, el capitán general Alesón, de opiniones progresistas, me obsequió con un banquete, y en Puerto Real, el Puerto y Jerez recibí también señales inequívocas de simpatías. Recuerdo que en Sanlúcar volví á encontrar al coronel Villavicencio, el mismo que me recibió en Cintra cuando fuí á llevar á la servidumbre de D. Carlos en 1830 la orden de salir de Portugal, y el mismo también á quien salvé en Cataluña en 1848 de una muerte cierta canjeándolo con Manzano. Estaba ya enfermo y achacoso, pero me obsequió con una gran cacería seguida de un banquete, en el que delante de todos sus comensales me abrazó llorando. El infante D. Carlos María Isidro acababa de morir en Trieste, y con él morían también todas las ilusiones y entusiasmos de su fiel servidor, Villavicencio, que fué siempre un caballero muy cumplido, de los de antigua raza, y de esa nobleza de corazón de la que van quedando, desgraciadamente, rarísimos ejemplares. Las atenciones de mi casa y familia me hicieron abandonar pronto Andalucía para regresar á la corte, y dejé con pena aquel país hospitalario y generoso, donde también halló mi hermano grandes consuelos, en días de infortunio.

Esperábame en Madrid la más irreparable desgracia con la muerte de mi anciana madre, cuyo recuerdo no puedo nunca evocar sin que todos los sentimientos de mi alma se conmuevan dolorosamente. Desde aquel día sentí que comenzaba el período más triste de mi vida y perdí muchas de mis primeras inclinaciones de la juventud. Dejé de frecuentar el mundo con la asiduidad de los pasados tiempos, sintiendo bien que no volverían á reproducirse jamás, y emprendí repetidos viajes al extranjero, llevando siempre conmigo mis negras melancolías y mis recuerdos.

Así y todo, no me era posible huir completamente de la sociedad, durante mis permanencias en Madrid. Con la vuelta de Narváez al poder y de los moderados, volvió la sociedad madrileña á la animación que siempre coincidía con el predominio de esta política, y aquellos inviernos fueron particularmente alegres para la gente joven. Hubo de nuevo bailes en Palacio, continuaron los de Montijo los domingos, y se abrieron las casas de Fernán-Núñez, de Osma, de Narváez y de Weisweiller

para dar fiestas semanales. Las recepciones de Fernán-Núñez, que se denominaban modestamente *chocolates*, eran, no obstante, magníficos saraos que terminaban al comenzar el día, y en casa de los señores de Osma celebráronse bailes de niños, que se pusieron muy en boga en esta época. Los bailes infantiles eran también muy frecuentes en casa de Weisweiller, y unidas estas fiestas á las de los diplomáticos Conde de Galen y Marqués de Turgot, embajador de Francia, á las de carácter político que celebraban Narváez y Nocedal, á las tertulias literarias del Marqués de Molins y á los bailes sueltos que ofrecían de cuando en cuando los Marqueses de Miraflores, los de Malpica, los Duques de Sotomayor, los Condes de Velle, de Superunda, y de Casa Bayona, se vendrá en conocimiento de la animación que volvió á despertarse en los altos círculos. Las damas de mi tiempo comenzaban también á renovarse, brillando entonces mucho, y obteniendo todos los favores de la moda, la princesa Pía, de la más alta nobleza italiana, madre del actual Duque de Fernán-Núñez y del Barón de Benifayó, la Condesa Armíldez de Toledo, la Villafranca y sus hijas, la Duquesa de Medinaceli, que se presentaba muy joven en Madrid y era reconocida como el más acabado y perfecto tipo de la belleza española, su preciosa hermana la Marquesa de Villaseca, Amalia Vilches, la Baronesa de Ortega, la Condesa Sclafani y algunas otras.



La Condesa del Montijo.
(Reproducción de una antigua litografía.)

Terminado el Carnaval, se acababan las fiestas; los hombres volvían al Casino y á los teatros, manteniéndose únicamente abierta la hospitalaria casa de la Condesa del Montijo, donde se celebraban siempre conciertos, funciones dramáticas y las reuniones no interrumpidas de los domingos. El Marqués de Villavieja, ya unido desde 1854 á Luisa Gor, marquesa viuda de Mondéjar y de Bélgida, dama de peregrina her-

mosura y de un carácter dulce y afabilísimo, franqueaba su casa de la calle de Leganitos á sus más íntimos amigos, y á estas reuniones concurría yo asiduamente, alternando con las de su hermano el noble Conde de Zaldívar, con las de la Condesa de Viamanuel, y con la tertulia de mi compañero el veterano Conde de Puñonrostro.

Algunas veces asistía también al Teatro Real, ora en los palcos de Narváez, de Villavieja ó de Puñonrostro, ora en mi propia butaca. El



LA MARQUESA DE VILLAVIEJA.

(Tomado de un retrato de familia.)

Teatro Real, construído en los tiempos del Conde de San Luis, atrajo pronto á toda la sociedad aristocrática y á todos los amantes de la música. Tomaron abonos permanentes las casas de Medinaceli y de Alba, en los proscenios, y las demás familias ricas, y las mujeres más á la moda poblaron sus palcos y lunetas. El Sr. Urriés, que había tomado en arriendo la explotación del teatro, contrataba buenas compañías, poniendo en escena con marcada preferencia las óperas de Verdi. Era la época de boga para este compositor, y entre sus producciones re-

cuerdo á *Luisa Miller*, *La Traviata*, *Las Vísperas Sicilianas*, y sobre todo *El Trovador*, obra que recorría los teatros de Europa produciendo en todas partes entusiasmo, y en nuestro público un verdadero delirio. No se conocían en Madrid todavía las producciones de Meyerbeer, y sólo se estrenó *Roberto il Diavolo*, entonces, con la Rosina Penco, el tenor Fraschini y el bajo Vialetti. De esta época recuerdo mucho á la Alboni en *La Favorita*, que era su ópera predilecta, y que la permitía



LA DUQUESA DE MEDINACELI.
(De una fotografía de la época.)

lucir su hermosa y apasionada voz, y sus notas graves y tristes. Los buenos tenores eran escasos, y tarea harto difícil para los empresarios hallar artistas de este género que reunieran las indispensables condiciones que el público reclamaba en ellos. Mario, en el apogeo de su fama, cantaba mucho en París y en Londres y era quizá el más agradable de todos, aunque jamás logró obtener los verdaderos sufragios del sexo fuerte, porque en sus ademanes y porte se advertía la mayor afectación, y porque le faltaban los grandes acentos viriles que necesariamente recla-

man las óperas dramáticas. Fraschini tenía una voz poderosa, pero los inteligentes de Madrid reprochábanle su falta de sentimiento· Quedaba, sin embargo, Tamberlick, que era ya indiscutiblemente el primero de todos; mas Tamberlick iba á Londres y luego era constantemente escriturado en San Petersburgo, y por esto no le escuchamos en Madrid sino en 1846 ó 47, al presentarse modestamente en el Teatro del Circo, y luego, desde 1860 en adelante, cuando las empresas se le disputaban á peso de oro. Yo le oí en París en la plenitud de sus extraordinarias facultades; había sido contratado para cantar ocho noches el *Otello*, en el Teatro Italiano, y consiguió ocho inmensas ovaciones consecutivas. «Tamberlick—decía uno de los primeros publicistas de Francia—es el consuelo de la crítica.»

Pero si no poseíamos al gran tenor en estos años, teníamos á la Penco, que alcanzó en Madrid una reputación superior, tal vez, á la de todas las cantantes que habían pisado nuestras tablas. La reina D.ª Isabel demostraba una predilección tal por ella, que rara vez se hacía esperar cuando cantaba, presentándose puntualmente en el palco regio á la hora señalada en los carteles, y Narváez acudía siempre, escuchándola mucho y en silencio, bien desde el palco oficial de los Ministros, bien desde el suyo propio. No brillaba la Penco por la hermosura, pero su aspecto en las tablas era el de una gran señora de porte y de ademanes distinguidísimos. Yo la recuerdo mucho en *El Trovador*, en el *Otello* y principalmente en la *Norma*, en esa gran creación de la tragedia lírica que permitía á la Penco desarrollar los tesoros de sentimiento y de sensibilidad que constituían su privilegiada organización artística. La Penco cantaba con toda su alma: ninguna otra hizo vibrar más profundamente en la mía los sentimientos y los recuerdos; cuando en la *Norma*, en el gran *dúo*, exclamaba:

Yo la vita à ti perdono!

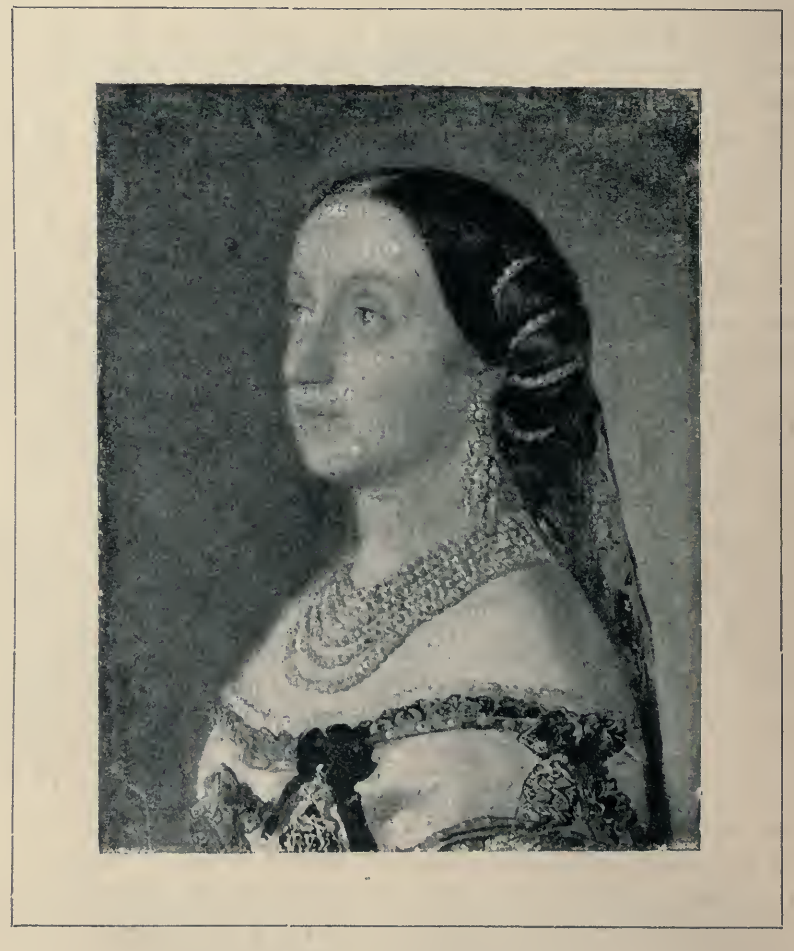
parecía que de su garganta brotaban verdaderos sollozos; y cuando decía luego, á media voz, aquellas frases sublimes

Cual cor tradisti
Cual cor perdisti,

había tanto dolor y tantas lágrimas en su acento, que verdaderamente lograba arrancarlas de un público sensible todavía á las grandes inspiraciones de Bellini.

En estos tiempos volví á ser objeto de reiteradas invitaciones por parte de O'Dónnell para que me afiliase resueltamente á su política y

admitiera algún puesto en su administración; pero siempre me negué á ello, porque en aquella época cada partido tenía los generales que le pertenecían para el desempeño de los altos puestos, y no estaba el servicio separado de la política, como debiera, y como ya empieza á estarlo, en el día, con ventaja evidente para los intereses del ejército. Admitir un puesto entonces habría implicado mi separación de las filas



La Condesa de Puñonrostro.

moderadas, y yo estaba unido con demasiados vínculos á este partido, para poder romperlos sin otra razón pública que aquellas que podían aconsejarme mis intereses privados. La *Unión liberal*, además, no había logrado el supremo y plausible fin que determinó su formación, ni conseguido traer á la vida pública legal á todos los partidos. El progresista continuaba proscrito y separado indefinidamente del mando, y en esta situación, que alejaba toda esperanza de consolidar las institucio-

nes, la lucha por el poder se mantenía sólo entre el partido moderado y la Unión liberal, apuntando ya la idea republicana entre los que pensaban que un régimen sinceramente progresivo vendría á resultar incompatible con el reinado de D.ª Isabel II. Mis antiguas aspiraciones, mis ardientes deseos de otros tiempos, relativos á fundar una legalidad común dentro de la cual vivieran todos los partidos, ejerciendo alternativamente el poder, parecían en 1859 un verdadero sueño, una especie de utopia tan imposible de realizar dentro del partido moderado, como perteneciendo á la Unión liberal. ¿Á qué, pues, exponerme á todas las acusaciones y descréditos que llevan tras de sí los cambios políticos, por muy generoso y patriótico que sea el impulso que los dirija? La revolución amenazaba en aquella época, y á su influjo podía naufragar todo. Yo me consagré en esta época á facilitar la reorganización del partido moderado, harto desunido entonces, y en mi casa se celebraron con este objeto juntas muy importantes á las que asistieron los jefes del partido y sus hombres políticos de mayor representación, tales como San Luis, González Brabo, Viluma, Llorente, Galiano, Castro, Benavides y otros, estrechándose mis relaciones con Narváez, que estaba retirado en París y en hostilidad constante con la situación de O'Donnell. Sostuve al propio tiempo una larga correspondencia con el Duque de Riánsares, del que conservo cartas muy interesantes de esta época, y todo se apercibía en nuestro campo para resistir á un nuevo movimiento de los progresistas, que parecía muy inmediato por sus trabajos en el ejército y por la protección que les dispensaba, ó fingía dispensarles, el emperador Napoleón III después de sus recientes victorias en la guerra de Italia. «¿Y los progresistas españoles?—me preguntaba el honrado y firme D. Claudio Moyano desde París, en carta de fecha 14 de Julio de 1859.—¿Insisten en su felicitación á Napoleón? ¡Quiera Dios que, como españoles, no tengan que arrepentirse después, dado que como progresistas, quedasen satisfechos ahora!» D. Pedro de Egaña por su parte, en el mismo mes, me escribía diciéndome que «ya no se debatía sobre una cuestión de partidos; que la revolución arrastraría consigo todo lo que encontrase por delante, y que la revolución sería un hecho infalible y providencial si la guerra europea continuaba y no agrupábamos nosotros alrededor del Trono, fuertes y compactos, todos los elementos conservadores que encerraba el país.»

Estos eran los temores que abrigábamos los moderados en esta época, cuando se abrió en Octubre de 1859 para el ejército la campaña de África. Si esta guerra pudo censurarse por la escasa preparación con que se hizo; por llevar á ella regimientos incompletos de las dos armas generales, destruyéndose también la unidad de los de Artillería, pues que se sacaron de cada uno dos baterías; si es cierto también que nuestra iniciativa

provocó grandes dificultades diplomáticas y embarazos sumos al Gobierno, no es menos cierto que ella constituye una página gloriosa de la historia patria y del ejército, y que despertó entusiasmos en todas las clases, provocando una magnífica explosión del sentimiento público, en la que todo fué noble, generoso y grande. Para O'Donnell será siempre un título de capacidad indiscutible: no previó quizá todas las



El Duque de Gor.

dificultades, ni los escasos resultados que iban á obtenerse de la lucha; pero una vez empeñado en ella, permaneció constantemente á la altura de su posición; alcanzó grandes victorias, secundado por los generales Zavala, Ros de Olano, Prim, Turón, Echagüe, Makenna, Quesada, Ríos, García, etc., por los brigadieres y coroneles Peralta, Jovellar, Duque de Gor, Guillén Buzarán, Dolz, Correa, O'Ryan, Pasarón, Pieltain, Alaminos, Izquierdo, Mogrovejo, Cervino, Aldanesi, Soria Santa Cruz, Schely, Tassara y otros que lidiaron allí con su ardimiento ordinario; dirigió nuestras armas con acierto, teniéndolas siempre

concentradas; hizo la paz, venciendo siempre, y dominó á un enemigo porfiado, que, aunque inferior en recursos militares, es fanático y valerosísimo.

Sin embargo, los laureles de África no sirvieron al ilustre O'Donnell para imponer la paz entre nuestros partidos, ni para dominar las inmensas dificultades políticas que agitaban al país. Ya en Abril de 1860 ocurrió en San Carlos de la Rápita la loca empresa carlista que pagó con la vida el desventurado D. Jaime Ortega; y al mediar este año era tal la situación pública, la exaltación de los partidos y de las pasiones, que Narváez—con quien yo seguía manteniendo una correspondencia sostenida—me escribía desde París las siguientes proféticas y gravísimas palabras, expresión fiel de lo que sentía y pensaba en aquella época el partido á que pertenecíamos: «El estado presente es malísimo—decía—y los tiempos que vendrán han de ser más agitados y tristes para la Reina y para los que somos sus leales servidores, que los funestos años transcurridos ya; y cuidado que para que sean más turbulentos y lamentables, tendrán que ser, y serán según mi creencia, la última expresión de las calamidades que afligen á las naciones. No se necesita grande perspicacia para vislumbrar ese aflictivo porvenir. Las causas que lo están preparando vienen de antiguo, y como han hecho la mayor parte del camino, y como no vemos que se trate de poner remedio, y esto sea difícil pasado algún tiempo, el remedio será imposible, la tormenta descargará, y la inundación ha de ser extraordinariamente espantosa.» Luego añadía en la misma carta, refiriéndose á las manifestaciones de simpatía que merecimos de S. M. los senadores y diputados del partido que fuimos á Palacio con motivo de los sucesos de San Carlos de la Rápita: «Esas demostraciones que han visto ustedes, son las palabras y apariencias que siempre se han empleado en casos análogos, sin que hayan tenido resultado. Otras veces hemos podido esperar, pero ahora es el caso de decir como Oscar: *Si ahora no abriga la pasión en que me inflamo, ya nunca me amará.* Y en efecto, si S. M. no se apresura á constituir un Gobierno que esté á la altura de las dificilísimas circunstancias del día, pronto, muy pronto se arrepentirá de su ceguedad.» González Brabo era todavía más expresivo en otra carta de la misma época, en que me daba cuenta de sus impresiones. «Hallo—me decía—muy exacerbada la dolencia política. El ejemplo de Italia produce efectos increíbles. La revolución se organiza en todas partes, y á nadie le queda duda de que, destronado el Rey de Nápoles y usurpados los Estados Pontificios por completo, le llegará su vez á esta señora. El Gobierno, dormido é indolente, no se inquieta sino de las intrigas de la Corte, y la Reina, alarmada, no comprende, sin embargo, el peligro que la amenaza. Todo esto ha llegado á un

extremo superlativo durante mi ausencia, y me ha sorprendido el estado de estremecimiento revolucionario en que he encontrado á España. Lo peor del caso es que el ejército empieza á agitarse en el mismo sentido, y vuelvo á decirlo con toda la conciencia de un hombre que conoce á su país: si no se acude pronto, muy pronto, esto se pierde sin remedio.»

Tal era la situación del país en 1860, ó, al menos, tal la veían los hombres del partido moderado. Yo me ausenté de España en esta época, y perdí por algún tiempo de vista el movimiento político. Habíame ofrecido Salamanca un puesto importantísimo en Roma, al frente de la Compañía constructora y concesionaria de los caminos de hierro romanos, y acepté sin vacilación este alto puesto, que en aquellos momentos colmaba mis aspiraciones y me prometía, con un sueldo de más de 24.000 duros anuales, hacer frente á las atenciones de mi familia é ir preparando algún porvenir para mis hijos. Confieso que al salir para Roma, en los últimos días de Mayo, dominábame el temor y sentía la mayor desconfianza. ¿Cómo desempeñar con alguna fortuna una comisión tan distinta de los conocimientos, estudios y ocupaciones de toda mi vida? Salamanca, que me escribía desde París, asegurábame que pondría á mi lado los mejores ingenieros de España, y además que mi misión tendría ante todo un carácter político y diplomático, porque era preciso entenderse con el Gobierno de Su Santidad para todos los asuntos, y procurar restablecer entre la Compañía, de que iba á ser representante, y el Gobierno del Papa, las buenas y cordiales relaciones que en la época de la concesión existieron, y que, por una serie de circunstancias muy diversas, se encontraban amenazadas de un rompimiento total y ruinoso. El concesionario de las líneas romanas era el famoso Mr. Mirés, asociado á otros grandes financieros de París, entre los que recuerdo á Levy, Raynouard, Cochery, conde Simeon, vizconde Daru, Delahante y Cuadra, los cuales habían constituído una Compañía, interesada en la empresa por más de 400 millones de francos. Salamanca no era todavía sino el contratista de las obras.

En el mismo vapor que me conducía á Civita-Vecchia iba el Barón de Pontalva, administrador general de la Compañía, á quien yo iba á sustituir en Roma, y el mismo que debía presentar al siguiente año la terrible acusación que condujo á Mirés á la cárcel y á la ruina. Pronto hicimos conocimiento y hablamos, sacando yo mucho fruto de aquella feliz casualidad, y no ciertamente porque el Barón se apresurase á proporcionarme los medios de cumplir mi cometido, sino porque sus noticias y sus mismas recomendaciones me sirvieron para conocer los grandes escollos que iba á encontrar, y el mejor medio de vencerlos, siguiendo distinto rumbo.

Tuve en Roma el honor de ser recibido por el Santo Padre de la

manera más cordial y cariñosa, en recuerdo sin duda de los leales servicios que le prestaron las tropas españolas en 1849. Como si quisiera honrar en mi persona aquel recuerdo, dispuso que el día de mi primera audiencia me recibieran, formadas en su Cámara, la Guardia Noble y la Palatina, y que se me tributasen iguales honores que á los Embajadores. Esto no obstante, Su Santidad me habló de la Compañía en términos que demostraban mayor benevolencia para mí que para aquellos á quienes yo representaba; enumerándome las informalidades cometidas, el disgusto que le producía la paralización de los trabajos, los pleitos entablados por expropiaciones, la conducta de los empleados, franceses en su mayoría y enemigos todos encubiertos de su Gobierno, y últimamente las razones que le obligarían á declarar la caducidad de la empresa si en el plazo fijado no se terminaban 20 kilómetros en la línea de Nápoles, muy necesarios para las provincias que recorrían. El cardenal Merode, ministro de la Guerra, era de los que más excitaban el ánimo de Su Santidad en este sentido, por ser muy partidario de que la construcción se traspasara á una Compañía belga que hacía al Gobierno pontificio proposiciones ventajosas. Yo rogué al Pontífice que suspendiera toda resolución y todo juicio hasta tanto me hiciese cargo de los negocios, y me atreví á asegurarle que estaba resuelto á renunciar á mi puesto, si en los quince primeros días llegaba á persuadirme de la ineficacia de nuestros medios y recursos para llevar á buen término todos los compromisos y para complacer las justas y naturales exigencias de Su Santidad. Visité en seguida al cardenal Antonelli y á otros muchos magnates de la Corte, á los Ministros y á los individuos principales de la nobleza romana, y fuí también objeto, cerca de todos ellos, de la más afectuosa acogida, recordando la época en que los conocí, cuando arribó á las playas italianas nuestra división expedicionaria. Me dirigieron en consecuencia numerosas invitaciones, y mi propia casa se vió frecuentada durante muchos días por aquella gran sociedad, en la que descollaban los príncipes Colonna, Viano, Hohenlohe y Torlonia, los cardenales Altieri, Martel, Milesi, Yoste, Di Pietro y Belliche, el duque Mássimo y el Arzobispo de Tesalónica, con otros muchos nobles romanos y patricios, que no puedo tener ahora presentes. Con el general La Moricière, que organizaba un ejército para defender los Estados del Papa, con el embajador de Francia, Conde de Montebello, y con el general Conde de Guyón, ayudante de campo del emperador Napoleón III y comandante del cuerpo de ejército francés de ocupación en Roma, establecí también muy íntimas y cordiales relaciones.

No enumeraré los detalles de la reorganización que emprendí en todos los servicios de la Compañía, ni he de hablar del tesón con que

procuré cortar todas las malas prácticas y precedentes establecidos, ni de la actividad que se imprimió en todos los trabajos, empleando, para conseguir algunos resultados inmediatos, algo así como un sistema militar, parecido á la forma con que se manda y se obliga á obedecer en el



El Cardenal Antonelli.

ejército. Pero las consecuencias fueron desde luego muy favorables. Gané en seguida los primeros pleitos, no prestándome á transigir ninguno; se terminaron antes de los tres meses señalados los 20 kilómetros de la línea de Nápoles; continuó la construcción de tres grandes puentes sobre el Tíber, que estaba abandonada, meses hacía, y negocié cerca del Gabinete del Pontífice un grave asunto en el que andaban

en litigio 17 millones de francos, que estuvo á punto de perder el Comité de París. Con esto, con la gran posición que me creó en Roma el favor del Papa y la sociedad militar, aristocrática y clerical, y por otras razones políticas de que hablaré luego, llegué á conquistar en breve la confianza verdaderamente ilimitada de la *Sociedad* francesa. «Acabo de tener una reunión con los administradores—me decía Salamanca en Julio de aquel año y en carta fechada en París—y ha sido V. reconocido como dictador. Haga V. lo que quiera; todo será aprobado.» Mirés, en los mismos días y en las primeras cartas que me dirigió, se expresaba en términos muy parecidos, aunque más calurosos. «La situación era tan grave—decía en 19 de Julio,—que hemos tenido que adoptar una verdadera medida de *salud pública*, creando una dictadura en favor de V. Lo que sucedía era desastroso; ni trabajos, ni estudios, ni nada. Todo eran ataques al crédito y á la consideración de la Compañía y calumnias contra mí. Pero desde su llegada de V., General, todo ha cambiado, y para todo hallará V. facilidades en nosotros, pues advertimos bien claramente que la benevolencia del Gobierno pontificio vuelve á la Sociedad desde que la intervención de usted ha restablecido el orden, la unidad de acción y la confianza.» También Mr. Raynouard me honraba en otra de sus cartas diciéndome «que había hecho más en ocho días que la antigua Administración en tres años». No consignaré otras aprobaciones de igual índole, ni he de extenderme más acerca de un extremo indiferente para el público, si bien encierra suma importancia para el que tuvo por algunos años á su cargo la administración de inmensos capitales, y en una forma *dictatorial*, como se ha visto.

Por su larga correspondencia financiera y política, tuve ocasión de conocer entonces al célebre Mr. Mirés, una de las figuras más curiosas y características de su tiempo y de su país. Mirés, según me escribía Salamanca, era «un judío de mala educación, aunque muy buen hombre en el fondo.» En el mundo de la *haute finance* europea compartía el cetro del dinero con Rothschild, librando contra él rudas y continuas batallas con ejércitos de millones. Las empresas y negocios de Mirés eran gigantescos, cifrándose sus diferencias y balances por cantidades fabulosas: carbones en Marsella; caminos de hierro en Italia, Portugal y España; fundiciones, fábricas, minas y empréstitos en todos los países; tales eran los grandes campos de operaciones de Mirés, que tenía á sus órdenes los dos periódicos más importantes de Francia, *Le Constitutionnel* y *La Presse*. Su palacio en París era muy frecuentado por la nueva aristocracia del Imperio, y los convites para sus cazas, tierras, parques y *chateaux* los más buscados. Napoleón le escuchaba mucho; habíale condecorado con la Legión de Honor, y le

invitaba algunas veces á que le acompañase en sus viajes por los Departamentos de la Francia. Mirés en esta época llegó á la cúspide de la fortuna, casando á su hija con el Príncipe de Polignac, mientras que negociaba con el Gobierno turco un empréstito de 800 millones de francos; pero una acusación presentada á los tribunales por aquel mismo Barón de Pontalva de que hablé antes, derrumbó al coloso con estrépito, siendo encausado, preso y reducido á la miseria en pocos días. La entereza de su carácter y su audacia verdaderamente indomable le salvaron en cuanto al proceso, pues creo que logró una absolución; pero su crédito quedó herido de muerte, y no le fué ya posible restablecerlo.

Las primeras noticias de su ruina, ruina que comprometía gravemente nuestra Sociedad, diómelas Salamanca desde París, en carta del 19 de Enero de 1861. «Después de mil trabajos, he llegado á París, donde me encuentro desde ayer—me decía. —Debe V. saber las voces de quiebra que han corrido sobre Mirés, y á decir verdad, él se encuentra en grandes embarazos por ese maldito empréstito turco en que se ha metido sin concierto ni juicio. A esta hora yo no he formado bien mi opinión, pero es lo cierto que si V. lee mi contrato, verá que él, desde hace un mes, ha debido entregarme 12.500.000 francos, y no me los ha entregado. Espero poder decir á V. por el próximo vapor el verdadero estado de las cosas, y reservando el contenido de esta carta para todo el mundo, debe servir á usted como voz de alerta, para obrar con prudencia.» Al mes siguiente la ruina de Mirés estaba consumada, y Salamanca me escribía esta otra carta. «Los negocios de Mirés—decía—se hacen imposibles. Creo que al fin de sus grandes esfuerzos tendrá que sucumbir. Mi posición con él á mi llegada á París era horrible, no por los negocios romanos, que me tienen sin cuidado, sino por el de Pamplona. Mirés me debía 17 millones de francos, y Mirés no tenía un real para pagarme. Hoy día ya he mejorado y casi asegurado mi posición con él. Se ha conducido como hombre de bien. Me ha dado los valores que ha podido de Pamplona, y con alguna pérdida, estoy asegurado.»

Esta epístola dará idea de la situación que entonces tenía Salamanca,

acreedor de Mirés por tan enorme suma en uno solo de sus negocios. Verdad es que Salamanca se hallaba en su apogeo, y que la suerte no le había vuelto la espalda todavía. Las grandes condiciones de su inteligencia se encontraban en la plenitud, y por ellas, por su trabajo asiduo y por su actividad, estaba en posesión de una fortuna enorme, la mayor de España sin duda, y una de las más considerables en Europa. Entre sus muchas condiciones para los negocios, admirábame la seguridad de su golpe de vista que tenía algo de inspiración, y la abundancia de sus medios, puramente personales, pues no sólo convencía por su elocuencia, sino por su actitud, y hasta creo yo que por su aspecto, que causaba en todos una especie de fascinación. Su existencia era grande y magnífica, pero agitadísima y devoradora, casi nómada. Repasando ahora su correspondencia, he advertido que sólo en el año de 1861 me escribió sucesivamente desde París en Enero y Febrero, en Marzo desde Lisboa, en Abril desde Madrid y París, y en Mayo desde Turín, recorriendo todavía en los siguientes meses del año las ciudades de Berlín, Roma, Nápoles, París, Madrid, Pamplona y Lisboa, sin darse un punto de reposo. Salamanca viajaba espléndidamente en trenes especiales, ocupando pisos enteros en las mejores fondas de Europa, cuando no sus palacios de Madrid, París y Vista Alegre, que alhajaba con suntuosidad, comprando las mejores estatuas, galerías enteras de cuadros, colecciones de libros raros, joyas, caballos, objetos de arte y antigüedades. No recuerdo ninguno de sus viajes á Roma en que no trajera consigo 4 ó 5 millones de francos en oro para atender á sus negocios, gastos y caprichos, y ya veremos más adelante cómo quiso favorecer la causa del Papado en Italia, hallándose dispuesto á prestar á Su Santidad cuanto dinero necesitase, y hasta á organizar un ejército de voluntarios, con fondos que él adelantaría á la Santa Sede. En 18 de Mayo de 1862 manifestábame que había resuelto reconcentrar sus negocios *á muy poco*, limitándose al barrio de Madrid, á los Alduides, á Valladolid, á la línea directa de Portugal y á los caminos romanos, á menos que no intentara—decía—lo del puerto de Pasajes, porque siempre que pasaba por allí le daba vergüenza, por su país, el estado en que el Gobierno tenía aquel magnífico puerto, tan privilegiado por la naturaleza y tan bien situado, pues que á cincuenta leguas por cada lado no había otro de refugio siquiera, en una costa tan temible. «Los negocios van bien—me aseguraba á renglón seguido;—yo he cobrado todo mi crédito de los romanos, y esto me ha permitido poner en la Caja de Depósitos de Madrid 70 millones, para tener al Gobierno en jaque.»

Era claro que disponiendo Salamanca de tales elementos, la quiebra de Mirés no podía influir en la suerte futura de los caminos romanos.

Arruinado Mirés, Salamanca rehizo en pocos días la Sociedad, sustituyéndose á Mirés en todas sus obligaciones y derechos, y las obras continuaron con igual actividad que antes, conservando yo en Roma la misma posición que tenía, si bien logré mayor influencia con el Santo Padre y su Gobierno desde que me fué posible invitar á Su Santidad á varias excursiones en ferrocarril, á través de sus bellas provincias, para que personalmente inspeccionara el estado y el desarrollo de las obras. Para ello tuve que vencer muchas resistencias, porque los enemigos de este género de locomoción—y en los Estados de la Iglesia los había en gran número—influían dentro del Vaticano para retraerle, no faltando quien le dijese que los demagogos franceses, empleados en la línea, procurarían un día precipitar el tren en que viajara. Resuelto, un día, sin embargo, dispuse todo lo conveniente para tan grande acontecimiento, aumenté los guardas, revisté en persona la vía, y ordené que el tren avanzara con lentitud suma, dirigiéndolo el maquinista más antiguo con el jefe de tracción, y uno ó dos ingenieros. Un sistema de señales debía permitirme aumentar, disminuir ó detener la velocidad del tren desde el mismo coche de Su Santidad, según él me lo fuera indicando. De esta suerte conseguí tranquilizarle, y así realizó Pío IX varios viajes á Civita-Vecchia, Valmontone, Castell-Gandolfo y otros puntos, en los que se mostraba satisfechísimo. Dotado de una constitución vigorosa y de un espíritu activo, vivía de ordinario en el quietismo y en las ceremonias, y estas expansiones, que le sacaban por corto tiempo del mundo de la etiqueta y de la sociedad de servidores siempre vigilantes, rejuvenecían á Su Santidad y llegaron á agradarle mucho, advirtiéndose el contento de su alma en sus palabras, en sus exclamaciones, en la libertad de sus movimientos y en todo.

Un día se me ofreció el medio de sorprenderle con una demostración inesperada. Habíase quedado á pasar unos días en Castell-Gandolfo, y yo dormía en mi casa de Roma, cuando Brockman, el primer ingeniero de la línea, vino á decirme, poco después de amanecido, que el Papa había avisado que iría antes de almorzar á visitar el magnífico puente que estábamos acabando en Velletri. El ingeniero dispuso desde luego que se arreglara el camino que debía recorrer y que se construyera un gran templete desde donde pudiera descansar, ver el panorama y examinar las obras. Mandé yo además encender las máquinas, que se condujera al sitio el tren papal, y que se le preparase un almuerzo espléndido. Mientras este tren corría á Velletri, otro se dirigía al puente con reposteros y cocineros trabajando dentro de los vagones; así es que el Santo Padre, al apearse de su coche, quedó verdaderamente sorprendido, porque cuando sólo esperaba ver la monumental obra, se encontraba con un precioso pabellón á su frente, con las

tropas francesas, á las que hice avisar, rindiéndole los honores supremos, con los acordes de las músicas que llenaban el espacio de armonía, y con un rico almuerzo que convidaba á la mesa. El tiempo era además magnífico, y el pueblo acudía de todos lados para saludar á Su Santidad.

—General—me dijo dulcemente—V. me sorprende; yo no esperaba esto.

—Santísimo Padre—contesté yo—es mi oficio; viejo soldado, no debo nunca ser sorprendido en mi puesto.

Hice entonces una señal, y un tren dispuesto al efecto avanzó, atravesando el puente. El Papa apenas comprendía todo aquello; entre su aviso y las horas que tan agradablemente pasaban había mediado poquísimo espacio; pero todo estaba hecho, y bien hecho, y así lo comprendí por la expresión retratada en el semblante de aquel anciano venerable, cuya vida amargaban los sucesos públicos, y cuyo porvenir encerraba tantas tristezas. Monseñor Merode, que amaba al Papa con un cariño entrañable, se me acercó conmovido.—General—exclamaba repetidas veces—muchas gracias; ha hecho V. olvidar al Santo Padre sus angustias por algunas horas. Prolonguemos, si es posible, el encanto.

—Pues tenemos á nuestra disposición—le dije—el tren de Su Santidad, demos un paseo; todo convida á él: el camino, la hora y el tiempo.

Su Santidad aceptó gustoso, y entró en los salones del tren. Marchaba éste al paso de los caballos de un coche, por el trazado más encantador de todas las líneas; los pueblos por donde pasábamos vitoreaban al Pontífice con entusiasmo, y así llegamos á Valmontone. En esta estación se apeó Su Santidad, dió un corto paseo y subió al carruaje que le esperaba. Pero antes quiso darme una prueba de lo mucho que le había satisfecho mi conducta. El camino que recorríamos no estaba abierto á la explotación, ni tenía aprobadas sus obras; los ingenieros del Gobierno, con el Ministro, oponían algunas dificultades, y como llegase esta noticia á sus oídos, mandó poner allí mismo un despacho al cardenal Antonelli, que decía sencillamente: «El Santo Padre ha llegado aquí; el tiempo hermoso, el camino excelente, la salud satisfactoria.» Es claro que monseñor Baldini se apresuró, con sólo esto, á aprobar el camino.

Mi conducta, sin embargo, en cuanto á las relaciones de la Compañía con el Gobierno pontificio, no habría bastado á desarmar á los enemigos que tenía la empresa en el Vaticano, si no se hubiesen producido graves sucesos políticos y militares en la península italiana, ofreciéndonos la ocasión de servir con celo y eficacia los intereses políticos del Santo Padre. A mi llegada á Roma, en Junio de 1860, comenzaban á

desarrollarse en toda Italia las consecuencias de la paz de Villafranca y del tratado de Zurich. Las derrotas de Magenta y de Solferino aniquilaron la influencia de Austria en la Península, y así como después de Magenta, los Ducados de Toscana, Parma y Módena derribaron á sus Gobiernos y Soberanos y proclamaron su unión al Piamonte, así, después de Solferino, alzáronse en armas algunas ciudades pontificias pidiendo su anexión á la nueva Italia y el protectorado de Víctor Manuel. Bolonia pudo lograrlo, pero no Perusa, Ancona, Rávena ni Ferrara, que permanecieron todavía, aunque por corto tiempo, bajo el dominio de Su Santidad. Garibaldi, con un puñado de voluntarios y por su cuenta, aunque secretamente protegido por Víctor Manuel, desembarcaba en Sicilia á mediados de Mayo, y al apoyo de Messina y de Palermo, insurreccionadas contra el rey Francisco II, conseguía destruir el ejército napolitano que se le opuso, cruzar luego el Estrecho y realizar aquella sorprendente campaña, en la que, por la traición de algunos de los generales del Rey, las defecciones que se produjeron en su ejército, y el ardor del pueblo en pro de la nueva causa, pudo Garibaldi atravesar como un triunfador el Reino, posesionarse de Cosenza, ocupar á Éboli y apoderarse el 5 de Septiembre del mismo Nápoles, mientras que Francisco II se retiraba, con las tropas que se le mantuvieron fieles, á las fortalezas de Capua y de Gaeta, dejando en poder del vencedor su capital, sus palacios y las arcas que contenían toda su fortuna privada. Aún recuerdo la estupefacción universal que produjeron estos sucesos, y el pánico profundo que se apoderó de la Corte del Padre Santo ante la inminencia del peligro que tan directamente le amenazaba. Las potencias adoptaron con relación á Italia el principio de la *no-intervención*, y el emperador Napoleón, hábilmente manejado por el Conde de Cavour, dió á entender á Víctor Manuel que no se opondría á que uniese á su Reino las provincias pontificias de la Umbría y las Marcas, ni á que enviase un ejército á Nápoles para establecer un gobierno monárquico, con tal de que no atacara á Roma ni á lo que se llamaba el «Patrimonio de San Pedro», que continuaría garantido por las tropas y el pabellón francés. Con esto no titubeó ya Víctor Manuel en organizar dos cuerpos de ejército sardos, al mando del ministro de la Guerra, Fanti, y de Cialdini, que invadieron inmediatamente los Estados de la Iglesia. Su llegada fué señal del levantamiento de varias ciudades, que enviaron sus delegados á Turín, y de la salida al campo de La Moricière con el ejército del Papa, que sufrió en estos días su grande y sensible derrota de Castell-Fidardo. El futuro Rey de Italia entró entonces personalmente en campaña; llegó á Ancona, tomó el mando de sus tropas, publicó una proclama, y pasó á Nápoles por la línea de los Abruzzos, estableciendo su cuartel Real en

Sessa. Garibaldi, que gobernaba el Reino, entrególe, harto melancólico, el poder, retirándose á su famosa y solitaria isla de Caprera, sin realizar su célebre promesa de seguir la campaña á despecho de todos, hasta conquistar la ciudad de los Papas y proclamar, desde lo alto del Quirinal, la unidad de Italia; mas las operaciones de la guerra continuaron, y perdida pronto la línea del Volturno por los napolitanos, retiráronse detrás del Garegliano, y luego bajo los muros mismos de Gaeta, que Francisco II tuvo que abandonar, con su corona, en Febrero del siguiente año de 1861.

Realizándose estaba todo esto en el mes de Diciembre del año anterior, cuando fuí un día llamado con urgencia por el cardenal Antonelli, escuchando de sus labios, no sin emoción, que el Rey de Nápoles, que ocupaba todavía la línea del Garegliano, me ofrecía por conducto del Cardenal, con la mayor instancia y premura, el mando en jefe de su ejército. Sin vacilar un solo instante lo decliné. Nada habría sido seguramente más halagüeño para mí, que realizar una campaña en aquel territorio, inmortalizado en la historia por nuestras armas, y por los hechos del Capitán que mereció el sobrenombre de Grande, en aquella misma tierra y sobre aquel río que defendían las armas napolitanas. Pero ¿cómo intentarlo á no estar obcecado por la más ciega temeridad? El ejército del rey Francisco, vencido, humillado y perseguido por los voluntarios garibaldinos desde Sicilia, estaba también minado por el soborno y la traición. ¿Qué había de conseguir un general extranjero allí donde fracasaban sus jefes naturales? ¿Cómo evitar que las defecciones continuasen, cuando á tantos otros estímulos se unieran los de la emulación y el despecho de los preteridos por mi nombramiento? ¿Cómo conseguir además la necesaria autorización del Gobierno español, cuando precisamente la política de este Gobierno se armonizaba con la de toda Europa, que asistía arma al brazo, merced á multitud de intereses encontrados y diversos, á la formación de la nueva Italia y á la ruina del poder papal? Así pude hacérselo comprender al cardenal Antonelli, manifestando luego mi sentimiento al mismo Soberano, y exponiéndole las razones por las cuales me veía obligado á declinar el honor insigne que me ofrecía; pero al mismo tiempo, y por conducto del ilustre Conde de Prëz, uno de sus más fieles servidores, le enviaba algunos consejos relativos á la conducta militar que, á mi juicio, debería seguir en momentos tan críticos; consejos que luego no siguió, ignoro si por el dictamen contrario de sus Generales.

Las noticias é informes privados que yo tenía, y los secretos en que estaba, referentes á las tendencias de la política europea, y con especialidad á las del Imperio francés, verdadero árbitro de la suerte de

Italia, me inclinaron además á no echar sobre mis hombros tan inmenso compromiso. Salamanca, gran admirador de Pío IX, había tomado sobre sí la empresa de salvarle, y un día fuí sorprendido por una carta suya, recibiendo otra luego, en la que me incluía una del Duque de Morny, expresando las condiciones que serían precisas para que Francia consintiera en hacer algo por Su Santidad; yo fuí el encargado de seguir esta negociación reservadísima. El Papa en este tiempo, y bajo pretexto de los ferrocarriles, me recibía casi diariamente en su biblioteca sin testigos, ó me invitaba á que le acompañase en sus tristes y solitarios paseos por los jardines del Vaticano.



Véase cuál era la carta de Salamanca á que me refiero, fechada en París el 21 de Octubre de 1860.

«Mi querido General: Deseoso siempre de prestar mis servicios á Su Santidad, me he ocupado desde mi llegada de un arreglo cordial con Francia aprovechando la circunstancia de ser la Emperatriz buena cristiana. Es preciso reconocer que la Francia es el primer poder político del mundo, por las armas y por la diplomacia, y que la Francia no puede querer la unidad italiana como palanca de la revolución de Europa. La buena inteligencia entre Rusia y Francia es indudable, y vale más hacer un arreglo honroso con la paz, que mantener una esperanza en la incierta guerra. Si los piamonteses no atacan el Véneto, ellos dispondrán de la Italia por el principio sentado de la *no-intervención* hasta

llegar á ese caso; si le atacan, los austriacos les darán una buena lección y los franceses mediarán entonces para dar por resultado otra paz de Villafranca. Inglaterra empuja contra el poder, no sólo temporal, sino espiritual del Santo Padre, y los peligros y los ataques á la Santa Sede se acumulan de todos lados. Un convenio solemne y público con Francia acabaría con la revolución italiana; pues bien, este convenio está hecho si el Santo Padre quiere.

»Yo he consultado con el general Narváez, que después de decirme daría mil vidas por Su Santidad, cree sería un gran bien para la Cristiandad la aceptación de las bases contenidas en la adjunta nota. Si Su Santidad cree poder aceptarlas, avíseme V. y en cuatro días estaré en ésa, autorizado en toda forma. Debo decir á V. que antes de escribir esta carta tengo un compromiso en mi poder que me pone en el caso de responder de cuanto llevo dicho y de la realización de lo que se ofrece en la nota.

»Por último, Su Santidad, á mi juicio, debe recibir bajo beneficio de inventario lo que ahora le ofrecen en la nota adjunta, sin renunciar á sus derechos, por lo que legítimamente le corresponde. En esto está mi pensamiento. Vea V., pues, al Papa solo, y escríbame en seguida. Siempre su mejor amigo.—*José de Salamanca.*»

Las bases que me remitía eran las siguientes:

«1.ª El Gobierno francés se compromete á sostener, con las armas, el poder temporal del Papa en el territorio que actualmente posee.

»2.ª El Gobierno francés se compromete á gestionar en un Congreso, ó por la vía diplomática, la restitución del territorio de que Su Santidad ha sido despojado, ó la compensación en Italia por otro igual en número de población y riqueza, sin perjuicio de los legítimos derechos de un tercero.

»3.ª El Papa, por su parte, se compromete á secularizar el gobierno temporal de sus Estados con unas instituciones políticas en analogía con las de Francia.»

Estas tres bases, que me fueron remitidas por Salamanca en escrito autógrafo y firmado de su puño, son del 21 de Octubre, es decir, de la misma fecha de su carta, y debieron ser el resultado de las seguridades, compromisos y gestiones que él realizara cerca de la Emperatriz Eugenia. Sin embargo, por el correo siguiente recibí otra del mismo Salamanca acompañándome copia de una que le había dirigido el Duque de Morny el 24 del mismo mes, es decir, tres días después de haberme escrito la primera, y por ésta se verá que el Duque se mostraba harto más reservado y harto menos explícito en sus ofrecimientos, de lo que Salamanca suponía.

Véase, cuál era la carta de Morny, que traduzco literalmente:

«París, 24 de Octubre de 1860.

»Mi querido Salamanca:

»A su vuelta de Roma me ha dado V. noticia de las audiencias que el Santo Padre le ha concedido, y me ha dicho que lo que le parecía dominaba en el espíritu de Su Santidad, era un profundo sentimiento de desconfianza con respecto al Gobierno francés. El Papa se imagina que está destinado al martirio y que nosotros estamos de acuerdo con los piamonteses para despojarlo y arrojarle de Italia, y V. me asegura además que si el Santo Padre creyera que podía encontrar un apoyo sincero en el Emperador, estaría muy dispuesto á entrar en las vías liberales, y á constituir un gobierno secular, pero á condición expresa de que el Emperador le conservara todos sus Estados, ó al menos lo equivalente en población.

»Después de haber consultado al Emperador, me encuentro en el caso de contestar á V. de una manera categórica. S. M. ha hecho siempre votos por la felicidad del Santo Padre; sus sentimientos católicos no pueden ponerse en duda, y en interés del gobierno del Papa, y no en el suyo, le ha aconsejado que emprenda las reformas. El Emperador se conduele al advertir en el Santo Padre y en las personas que le rodean, algo así como sentimientos hostiles, y tendencias á buscar el apoyo de Austria. Pero si el Papa entrase en las vías liberales, y secularizase su gobierno, el Emperador podría, con más desembarazo, defender sus intereses sin herir las susceptibilidades liberales de Francia. Las exigencias de la política no permitirían, sin embargo, al Emperador seguir este camino, sino dentro de ciertos límites. Deplorando la conducta del Piamonte, no puede violar, en interés del Papado, la política de *no-intervención*, que él mismo ha hecho adoptar en Europa. El único compromiso que tomaría, según las circunstancias, sería el de continuar protegiendo, como hasta ahora, al Santo Padre, conservándole el dominio de San Pedro. Pero si por consecuencia de la intervención europea, llegara á regularizarse la situación de Italia en un Congreso, el Emperador defendería en este Congreso la causa del Santo Padre y procuraría crearle una posición equivalente á la que tenía antes de producirse los últimos sucesos. Reciba V., mi querido Salamanca, la seguridad de mis sentimientos distinguidos y muy afectuosos.—*Morny.*»

Como se ve, entre lo que esta carta decía y las bases que me remitió días antes Salamanca, mediaba verdaderamente un abismo; y por ella, por sus reservas, por sus promesas ambiguas, de las cuales sólo podía deducirse que el Emperador se limitaba á prometer su apoyo en un Congreso futuro, y esto «según las circunstancias», comprendí pronto que la Emperatriz y Salamanca habían interpretado con demasiados

optimismos las frases vagas que quizá hubiera pronunciado Napoleón en alguno de aquellos momentos en que rompía sus interminables silencios y sus taciturnas meditaciones.

La Corte pontificia era demasiado astuta para no advertir todo esto, y el Papa lo suficientemente experimentado para variar de rumbo, comprendiendo, en el fondo, que, á pesar de cuantas concesiones liberales hubiera otorgado, su porvenir estaba resuelto y su poder temporal definitivamente perdido. No obtuvieron, pues, ningún resultado las nobilísimas gestiones de Salamanca, y sólo me sirvieron como antecedente, para tener formado mi juicio, cuando recibí el honroso ofrecimiento de Francisco II de Nápoles. Este Monarca desdichado, sucumbió pronto, como dije, ante el esfuerzo de los soldados de Víctor Manuel, animados por la victoria, y en Febrero hubo de refugiarse en Roma, á pesar de haber defendido con tesón la plaza de Gaeta—en la que dió, por cierto, memorables ejemplos de heroísmo su esposa la reina María Sofía de Baviera,—y á pesar también del apoyo que afectó prestarle Napoleón, enviando en su auxilio una flotilla, no utilizada durante el sitio, sino para librar á Gaeta de los rigores del hambre. Con esto quedó ya para la dinastía de Saboya todo el reino de Nápoles, y el 17 de Mayo de 1861, Víctor Manuel, de regreso en Turín, tomó el título de Rey de Italia, para sí y sus sucesores, quedando reunidos bajo su cetro todos los antiguos Estados, á excepción del Véneto austriaco, de la ciudad pontificia de Roma, y de su inmediato territorio.

Tales y tan grandes modificaciones políticas obligaron á nuestra Compañía á entenderse directamente con el Gobierno italiano, porque parte de los territorios sobre los cuales construíamos las líneas, habían pasado del dominio pontificio al del Rey de Italia. Por ello nombró Salamanca su representante en Turín, á mi queridísimo amigo, hoy Senador del Reino y antiguo Consejero de Estado, D. José España y Puerta, que á sus grandes condiciones personales de integridad y de talento, reunía entonces la circunstancia de ser amigo íntimo del Conde de Cavour. Yo conocía á España desde el año de 1855, época en que se hallaba de encargado de negocios en París por ausencia de D. Salustiano Olózaga, su jefe; pero no intimé con él hasta los días de que voy hablando. Nuestras relaciones se estrecharon mucho entonces, no sólo por la comunidad de los negocios, que tuvimos que tratar, referentes á los caminos, sino por las simpatías mutuas y cariñosas que pronto se cruzaron entre los dos, fundadas, por mi parte, en su mérito indisputable. España, en 1861, había brillado ya en la diplomacia y en la prensa por una vasta ilustración y por una perspicacia y agudeza de ingenio, muchas veces alabadas por su maestro y amigo Olózaga, y habría alcanzado luego los primeros puestos del país, á no haber militado toda

su vida en el partido progresista, circunstancia que le separó del Parlamento y de las regiones oficiales, y á no haber tropezado yo muchos años después con dificultades políticas enteramente insuperables, que me impidieron proponerle, en cierta ocasión, para desempeñar la cartera de Ultramar, como lo tenía resuelto y acordado. España, en 1861, en la intimidad de Poërio, de Cialdini, de Nigra, de Rattazzi, y otros personajes italianos, paseando por las tardes con el Conde de Cavour, bajo los pórticos de Turín, se encontraba en uno de los grandes focos de donde partía el movimiento político de Europa, pudiendo así tenerme al corriente de muchos secretos. Su correspondencia me descifraba, hasta cierto punto, la conducta de Napoleón, que se proponía constituir nuevas nacionalidades y variar la carta política de Europa, á costa de la ruina de Turquía, ganando para sí, á favor de estas inmensas transformaciones, las fronteras del Rhin, objetivo constante y preferente de su encubierta política (1). En 1862, Europa sabía que Francia lo dominaba todo, y que los sucesos seguirían las corrientes que á Napoleón conviniera trazar; así es que Pío IX le temía y le detestaba á la vez—si me fuera permitido atribuir este sentimiento á su corazón bondadosísimo,—haciéndole responsable de todas sus desgracias. Por eso, quizá, le llamaba *el Antecristo*, mientras que de Víctor Manuel decía simplemente que era un *figlio-traviato*. Recuerdo que esta preponderancia del Emperador, y su actitud siempre envuelta y oscura, excitaban en todas partes una curiosidad muy viva, y que participando yo de ella, hube un día



DON JOSÉ ESPAÑA Y PUERTA.

(1) He aquí una de estas importantes cartas de D. José España: «Mi querido General y amigo: Hoy tengo bastantes noticias que comunicarle respecto de lo que se hace, de lo que se piensa y de lo que se desea en las Tullerías. Todas han llegado á mí por conductos que me inspiran la mayor confianza, y puede V. creer que la mayor parte no son del dominio público y quizá no lleguen jamás á serlo hasta que los sucesos se realicen, si llegan á realizarse. A Napoleón e ocupa ahora más que nada la cuestión de Oriente, próxima á estallar. Para resolverla, piensa aislar á Inglaterra; cuenta con la Rusia, á quien secunda en sus trastornos de Grecia, que bien pudieran costar la corona á Othon; halaga al Austria con la candidatura de Maximiliano y con la esperanza de adquisiciones que sean resultado de los despojos del Imperio turco, y por este camino piensa plantear la cuestión del Véneto, que desea resolver antes que la de Roma. También á la Prusia la empuja hacia el Imperio germánico, pero es obstáculo á este Imperio el Rey de Prusia, que puede ser destronado si no se logra que abdique. Su hijo *es considerado como el Víctor Manuel de la Alemania,* * ó al menos así lo piensa y lo dice Metternich. La cesión del Véneto es rechazada tenazmente por Francisco José, pero no es menos cierto que se entablarán negociaciones sobre ella. A estas horas se ha podido hablar algo sobre el particular entre Thouvenel y Metternich. Este decía el año pasado que jamás se haría la cesión; este año dice lo mismo, pero más débilmente.

* Se refería al hoy difunto Emperador Federico III.—(*Nota del Editor*).

de escribir á España, pidiéndole me facilitara todas cuantas noticias tuviera acerca de este poderoso Soberano, no olvidando sobre todo las relativas á su carácter personal y á su vida íntima, pues era interesante conocerle bajo este aspecto, cuando ya se le iba conociendo, en el

Rattazzi ha declarado que se dará dinero cuanto se quiera, ó compensaciones en Turquía. Al mismo tiempo, se considera en París la cuestión de Oriente como mezclada y favorable á Italia, y me consta que Thouvenel decía el otro día á un diplomático italiano las siguientes palabras, que lo explican todo: «*Vos affaires en Orient, vont bien.*» Tal es el plan de campaña hoy, aun cuando puede abortar y modificarse. El Emperador se prepara, desde la paz de Villafranca, á una guerra; pero tratará de aplazarla ó de lograr que otros la provoquen. Quiere favorecer al Austria para sus fines; está descontento con los españoles y los ingleses en Méjico, por que se inclinan á la transacción, y acaba de enviar un telegrama en cifra al almirante Jurien de la Gravière, dándole orden para que no acepte arreglo por ningún concepto, y para que haga la guerra aunque sea solo; y así, si después fracasa la candidatura de Maximiliano, no habrá dejado de probar al Austria su buena voluntad. Respecto de la famosa *cuestión romana*, las personas de la mayor intimidad de Napoleón creen que antes de resolverla se pasará por una guerra, aludiendo al plan arriba indicado. Antes de la invasión de las Marcas tenía el Emperador dada la orden para la retirada de sus tropas, favoreciendo la organización del ejército Lamoricière, que debía custodiar al Papa, pero la necesidad de la campaña de las Marcas imposibilitó este plan.—Si he de decir á V. la verdad, yo creo que Napoleón no quiere, por una parte, la unidad italiana, aunque por otra, desea llegar á ella por muchas razones que serían muy largas de explicar; me afirman que se resolverá antes la cuestión del Véneto que la de Roma, porque son tantos los intereses puestos en juego y tales y de tal magnitud las cuestiones que suscita este peligrosísimo asunto, que todo se irá aplazando hasta que el tiempo y las circunstancias resuelvan fácilmente lo que aparece ahora erizado de dificultades y preñado de amenazas; pero no dude V. que de todos modos el desenlace será por último favorable á los italianos, y que el Santo Padre tendrá que abandonar á Roma, ó permanecer en ella en una situación dificilísima.»

Al mismo tiempo que estas cartas, remitíame España un mapa curiosísimo titulado, *L'Europe en* 1860, sin pie de imprenta, ni más indicación que una cruz á la cabeza, con el famoso lema *In noc signo vincis*, y el siguiente letrero al pie, *London, Edward Stanford*, 6, *Charing Cross.* Constaba á D. José España que este mapa se había impreso y formado bajo la inspiración de Napoleón III, y se refería á él en sus cartas por contener todo el plan de las transformaciones europeas imaginadas, por el que entonces se suponía árbitro de todo, y era indudablemente el soberano que más pesaba en los destinos del mundo. España me decía que este proyecto era el rasgo más característico de la fisonomía moral del Emperador, que seguía soñando en el trono, como había soñado en las primeras y aventuradas circunstancias de su vida.

Según este mapa que tengo ahora á la vista, la reina Victoria de Inglaterra adquiría la isla de Chipre, y el curso del Eufrates; Napoleón III —como era natural—aparecía conservando sus límites de entonces; el Emperador de Rusia adquiría la Galitzia; el Rey de Prusia cedía á Holanda y Bélgica la orilla izquierda del Rhin y adquiría, en cambio, el Hannover, el Meclemburgo, el Brusvick, la Hess Electoral, los principados de Waldeck, los tres de Anhal, los dos de Lippe y parte del Schawarsbourg-Sondershansen; Francisco José de Austria adquiría el Egipto, la Servia y la Bosnia, cediendo la Galitzia á Rusia y el reino Lombardo Veneto al Piamonte; Víctor Manuel, rey de Italia, adquiría este último, con los ducados de Parma y Módena y las Legaciones Pontificias; Pío IX en compensación—y á esto indudablemente se refería Morny en la carta á Salamanca, que he publicado en el texto—adquiría los dos Abruzzos; Leopoldo II, Gran Duque de Toscana, conservaba sus dominios; Fernando II de Nápoles cedía los dos Abruzzos al Papa, la Sicilia al Duque de Parma, y adquiría la Regencia de Túnez; Roberto I, duque de Parma, cedía al reino de Italia sus ducados y adquiría la Sicilia; Oscar I, rey de Suecia y Noruega, adquiría la Dinamarca, hasta el Slewig; Guillermo III de Holanda adquiría la orilla izquierda del Rhin hasta el Roer, y cedía á Bélgica sus posesiones, al Sur de este límite; Leopoldo I, rey de los Belgas, adquiría toda la orilla izquierda del Rhin entre Holanda, Francia y Baviera, salvo el Principado de Holdemburgo-Birkenfeld; Jorge V, rey de Hannover, adquiría la Roumelia y tomaba el título de Rey de Constantinopla; el Gran Duque

mundo, por sus vastas empresas y profundas combinaciones diplomáticas. España me contestó, al poco tiempo, con la carta que seguidamente copio, la cual contiene, á mi juicio, el retrato más completo de cuantos se han publicado de Napoleón III, al menos en nuestra lengua.

«El Emperador—me escribía—se levanta á las siete y media ó las ocho, y permanece en su gabinete de trabajo hasta las once y media, hora en que almuerza, por lo general con la Emperatriz, una chuleta y agua pura. Luego recibe, pasea ó trabaja, según la urgencia de los asuntos, hasta las siete y media de la tarde. En la comida es sumamente sobrio: una copa de Burdeos y ningún otro vino. Después, por breve rato, oye y deja hablar á sus comensales, que nunca son muy numerosos, y se retira para continuar trabajando hasta las doce ó la una de la madrugada. Las malas lenguas aseguran que las habitaciones interiores de Su Majestad Imperial, son frecuentadas, en las altas horas de la noche, por las mujeres más lindas y elegantes de París, pero sobre este punto recordaré sólo la divisa inglesa: *Honni soit qui mal y pense*, y V. creerá lo que mejor le parezca. Su criado Félix le cree de larga vida. No tiene emociones; no tiene sino ligeros padecimientos, reducidos á frecuentes dolores de cabeza, riñones y piernas, que jamás le hacen guardar cama. Bueno con los criados, es además excesivamente generoso. Ninguno de los que viven cerca de él se queja inútilmente de falta de recursos, sin que su bolsillo se abra para los que cree, ó afecta creer, que son sus verdaderos amigos. En esto invierte anualmente grandes sumas de su pingüe lista civil.

»El Emperador, sin embargo, no inspira simpatías entre los que le rodean, por culpa de la reserva y de la frialdad de su temperamento. Su carácter es siempre misterioso, jamás comunicativo y gradualmente más taciturno; desde la paz de Villafranca es un sepulcro. Napoleón no tiene semejante en la historia bajo este punto de vista. En todos los asuntos políticos, es de una inmensa doblez; jamás se sabe lo que piensa; no permite que nadie le interrogue; lo escucha todo. En la vida privada es modesto, dulce de carácter, hombre de bien en todo cuanto no se roza con la política; muy agradecido á los servicios que le prestan y sin ninguna vanidad exterior ó aparente. Conduce él

de Meclemburgo adquiría á cambio de su Ducado, la Bulgaria, la Valaquia y la Moldavia; los Reyes de Babiera y de Wutemberg, el gran Duque de Baden, la República helvética; el Rey de Portugal, el Duque de Nassau y otros pequeños soberanos alemanes, conservaban sus límites; Isabel II, reina de España, adquiría el Imperio de Marruecos, y por último, el Sultán de Turquía cedía todas sus posesiones de Europa y todas sus costas del Mediterráneo, tomando el título de Sultán de Asia. *Le croissant*, dice este curioso mapa, *retourne en Asia après trois siècles d'usurpation et de honte pour la Cretiennetée.*—En suma, una combinación por la cual todas las naciones se engrandecían á costa de Turquía, á fin de abandonar el Rhin, á Bélgica y á Holanda, sobre cuyos territorios se arrogarían pronto las águilas francesas.

mismo su coche en el Bois de Boulogne, y no permite que se moleste á nadie para dejarle paso.

»Ahora, en sus manejos diplomáticos, como antes de llegar al Imperio, en la política é intrigas de su país, es un conspirador incorregible, y este me parece el rasgo más característico de su fisonomía moral. Después de 1859 dispuso que se hicieran armamentos marítimos formidables y secretos; los buques de transportes se construían en lo más recondito de los arsenales, á fin de poder desembarcar doscientos mil hombres en Inglaterra en cuatro horas; fabricábase misteriosamente, en los talleres de toda Francia, paño bastante para vestir á dos millones de soldados, y los primeros cañones rayados que mandó hacer se montaban en la Argelia y se probaban en sus más lejanos y desiertos territorios. Me han referido que en las Tullerías se presentan algunas veces, á altas horas, hombres desconocidos, de aspecto miserable y siniestro, diciendo que desean ver al Emperador; él los recibe enseguida, introduciéndolos su criado Félix. Algunos íntimos temen que un día aparezca asesinado, y á uno de ellos, que demostraba estas inquietudes, parece que le contestaron: «Esos son los individuos que »vinieron á despertarle en Brescia en la madrugada del día en que se »libró la batalla de Solferino.» El Emperador conserva, desde las persecuciones personales de que fué objeto, una repugnancia instintiva por la policía. «*Je comprends*—decía un día á Hirvoix, jefe de su policía secreta—*la necessité de veiller sur ma personne, mais je ne veux pas »vous voir, ni les gendarmes, ni les votres.*»

»Sus planes secretos tienden á destruir las repúblicas americanas, el Imperio turco y el austriaco, y para lograrlo conspira, del mismo modo que conspiró para obtener la Presidencia de la república primero, y para dar luego el golpe de Estado del 2 de Diciembre. En el libro sobre César, que está escribiendo ahora, intenta desarrollar las ideas de que el *cesarismo* es la mejor forma de gobierno para una sociedad democrática; que los límites naturales de Francia son las fronteras del Rhin, y cree que la destrucción del Imperio turco y la revolución en Alemania pueden dárselas. No le inspiran estimación alguna los italianos, y según tengo entendido, el único que conoce todo su pensamiento es el príncipe Napoleón, á quien, si muriera, dejaría como Regente del Imperio, y á quien verdaderamente ama, como lo demostró al significar su profundísimo sentimiento cuando el Príncipe no se batió en duelo con el Duque d'Aumale. Napoleón no abandona fácilmente sus propósitos, pero recela mucho equivocarse; en el fondo de su conciencia supone que está cumpliendo una misión providencial, lo cual hace que no tema jamás por su vida. Esto no obstante, el atentado Orsini le causó una profunda impresión.

»Como ya he dicho á V., su reserva es continua y profunda. Todavía se arrepiente de haber dicho en cierta ocasión á un ministro estas palabras textuales: «*Si je vis, le mot Republique disparaïtra du monde*», y de haber exclamado en voz baja cuando le dieron cuenta de la muerte de Cavour: «*¡Quel malheur!*», sin que en los accidentes varios de la vida social, ni en la confianza de su familia, sea nunca más explícito. Un día, en uno de sus parques, cogió el trineo de la hermosa Mad. X, hija de un personaje de su mayor privanza, y comenzó á empujarla, paseándola sobre la superficie helada del estanque; y como se detuviera un momento, acercósele el personaje en cuestión, que se encontraba allí presente, y le dijo con la mayor audacia: «*Sire, c'est bien de pous-* »*ser ma fille; mais je préférerais que Votre-Magesté poussat mon* »*fils!* (El hijo es un oficial del ejército.)—*¡Celle-la est bonne!*—se limitó á contestar el Emperador, y continuó silenciosamente su paseo. Otra vez, en la tertulia íntima del Soberano, Mocquard, su Secretario, á quien la Emperatriz trataba frecuentemente con alguna frialdad, exclamó en voz alta, de manera que todos le oyeran: «*Un grand éditeur de* »*Paris est venu m'offrir aujourd'hui six-cent-mille francs pour mes* »*Mémoires.*»—«*¿Vraiment?*—exclamó la Emperatriz con viveza;— »*¿Qu'avez vous repondu?*»—«*Que je n'avais pas des Mémoires.....* »*qu'on verrait après ma mort.*» Y el Emperador preguntó lentamente: «—*Six-centmille francs?*—*Oui, Sire.*» Y después de una breve pausa, añadió: «*Elles valent cette somme.*» Por todo esto podrá V. apreciar, mi General, cuál es el carácter del Emperador, hoy árbitro de Europa y de la paz del mundo. Otro día continuaré enviando á V. otros detalles, porque esta carta se va haciendo demasiado larga.»

También me comunicaba España algunas noticias muy curiosas acerca del Conde de Cavour. Él le conoció en París cuando fué á representar al Piamonte en el Congreso Europeo, después de la guerra de Oriente. Cavour y su secretario Nigra uniéronse en grande intimidad con Olózaga y España, y creo que celebraron un tratado consular entre Cerdeña y nuestro país. La admiración que Cavour produjo en toda Europa, durante el Congreso de París, echando allí las bases de la futura unidad de Italia, explotando, á la vez, las simpatías de Inglaterra y Francia en pro de su causa, y el odio de Rusia contra Austria; sus ardientes protestas contra el estado de cosas existente en Nápoles y Roma, y su política de atracción perseverante y profunda para con todos los diplomáticos más eminentes de Europa, impresionaron de tal modo al joven secretario de nuestra Embajada, que no cuidó de disfrazar estos sentimientos entusiastas. «Ahora—me decía España en 1861 desde Turín—continúo en mis buenas relaciones con Cavour, Nigra y además con Rattazzi, que es sin duda, y después de Cavour, el hom-

bre más notable que tiene el Piamonte y tendrá la Italia. Cavour—añadía en otra carta posterior—es el hombre de Estado más asequible y fácil de comprender y de tratar que habrá probablemente existido. En su vida privada es sencillo con distinción y afable siempre. En Turín le adoran sus conciudadanos; el pueblo le llama *Papá Camilo*, y siempre aparece alegre y sonriente. Cuando está satisfecho de sí mismo, se frota las manos con una expresión de alegría en los ojos, que no es posible describir. Siempre que pasea á pie bajo los pórticos, todo el mundo le



El Conde de Cavour.

saluda con expresión de cariño, así los aristócratas como los plebeyos, así los comerciantes como los trabajadores y soldados. Tal es el hombre. El político es más difícil de penetrar, aun cuando el resultado de sus obras se está viendo. ¿No le causa á V. admiración el enmudecimiento de Europa ante los sucesos que se desarrollan? Austria, Alemania, Rusia, todas las naciones y todos los monarcas de derecho divino, se cruzan de brazos y aparecen como impasibles espectadores, no sólo de la ruina de Nápoles, sino del desmoronamiento del poder temporal del Santo Padre. ¿Quién realiza todo esto? ¿Quién maneja los complicados hilos de esta profunda trama, la más hábil y complicada de cuantas se han combinado en el mundo? Créame V., mi que-

rido General, el genio fecundo, audaz y perseverante de este atleta que se llama Cavour, vence ahora y vencerá luego las más arduas dificultades.»

En otras cartas me recordaba España toda la vida del hombre cuya reputación llenaba entonces el mundo y cuya fama debía pasar á la posteridad. Cavour comenzó en los primeros años su carrera como teniente del ejército piamontés; abandonó pronto el ejercicio de las armas; viajó mucho y adquirió temprano, en Inglaterra y Francia, una solidísima instrucción, é ideas políticas muy liberales. Vino luego á Turín, fundó un periódico, fué elegido miembro del Parlamento, y en 1852 ocupó el Ministerio de Obras públicas y luego el de Hacienda. Defendió el libre cambio con apasionamiento, pero sin apoyarlo con discursos dramáticos y retóricos; su oratoria, por el contrario, era la de una conversación familiar. Nombrado después Presidente del Consejo de Ministros, estableció en el Piamonte todas las reformas liberales: la libertad de cultos y de imprenta y la libertad de enseñanza, no pudiendo conseguir la aprobación del matrimonio civil por las dificultades tenaces que opuso Roma. Por su consejo fueron los piamonteses á Crimea; consiguió en el Congreso de París ganar para la causa de la nueva Italia la voluntad de Inglaterra y Francia. Entablando y realizando el casamiento de la princesa Clotilde con el príncipe Napoleón, hizo que el yerno de Víctor Manuel se convirtiese en el más ardiente abogado de sus planes cerca del Emperador de Francia, y con el pensamiento, luego realizado, de solicitar de las ciudades italianas los votos plebiscitarios, halagó de un modo decisivo las ideas y las doctrinas de Napoleón III. «Cuando se realizaba la anexión del reino de Nápoles—me decía España en otra carta—todos los Gobiernos de Europa formularon sus protestas, como V. sabe. Pues bien; escuche V. una anécdota graciosa, de cuya autenticidad le respondo. Como todos los demás plenipotenciarios, fué á ver á Cavour su amigo el Conde Brassier de Saint-Simon, representante del reino de Prusia, y le hizo presente la protesta de su Soberano. Cavour le escuchó en silencio y cuando, hubo terminado la parte oficial de la conferencia, contestó al plenipotenciario:—«Está bien, Sr. Ministro; pero ahora que ha cumplido V. su misión, me va V. á permitir que le dirija un ruego..... Aconseje V. de mi parte al Conde de Bismarck que haga en Alemania lo que yo en Italia y..... no le irá mal.»

Observando el desarrollo de estos grandes sucesos; ocupado por los absorbentes deberes de mi cargo, que me imponían grandes y continuos trabajos; mezclado en la vida de la alta sociedad romana y asistiendo á sus comidas, fiestas, bailes y tertulias; introducido muy pronto en el seno de la aristocracia de Nápoles, refugiada también en Roma á

ejemplo de su desventurado Rey; con la grata obligación de tener abierta mi casa para devolver, de algún modo, tantos obsequios; realizando frecuentes viajes á París, á fin de entenderme con los capitalistas dueños de los caminos, y haciendo algunas excursiones á España, por la necesidad en que estaba de tomar las aguas minerales de Santa Agueda; en esta vida, en fin, de actividad, de negocios y de movimiento, transcurrió para mí aquella inolvidable época comprendida entre los años de 1860 y 1864. En Roma llegamos á formar un círculo

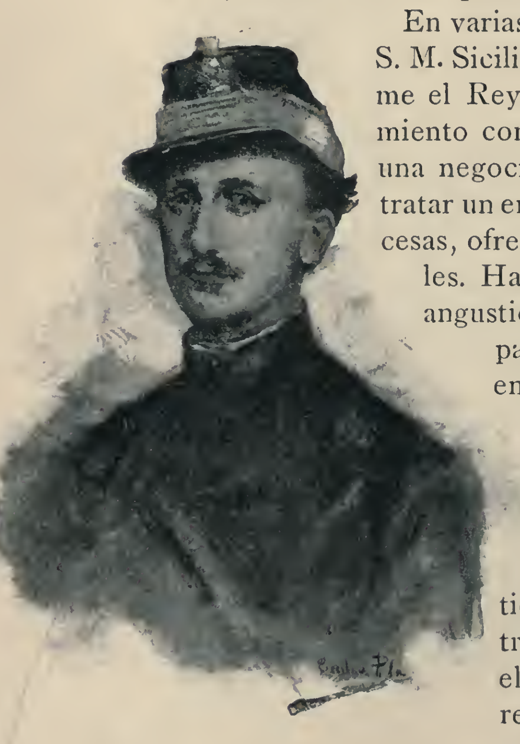


EL COLISEO.
(De un grabado de la época.)

muy íntimo algunos españoles, entre los que recuerdo á D. Salvador Bermúdez de Castro, que siguió en su expatriación al Rey de Nápoles, á D. Fernando de Souza y al Marqués de Arcicollar. Juntos paseábamos por las tardes en las alturas del *Pincio*, bajo las frondosas alamedas de la *Villa Borghese*, ó recorríamos los arrabales y monumentos de la Ciudad Eterna, en cuyas grandiosas magnificencias se encuentra siempre algo nuevo y espléndido que admirar. Comíamos, luego, juntos, los más de los días, y terminábamos las noches ó bien en las casas y palacios de los antiguos patricios, ó en nuestras íntimas tertulias. Uniéronsenos mucho el Duque Massimo, los Condes de Prëz y de Zelonni, napolitanos, y el noble Marqués de La Valette, embaja-

dor de Francia, cuyos grandes banquetes dejaron memoria en Roma.

El Conde de Trapani, tío del Rey, me honró con su predilecta amistad en aquellos tiempos, y con él asistía cada semana á las reuniones familiares del rey Francisco II, residente en el célebre palacio de Farnesio. Este Soberano reunía por las noches en torno suyo á las Princesas de su familia y á muchas apuestas damas, entre las que brillaban por su hermosura la Princesa del Drago, hija de la reina D.ª María Cristina de Borbón, la Princesa Ruffano y la Duquesa Massimo, dama la más hospitalaria y amable de toda Roma.



Francisco II de Nápoles.

En varias conferencias particulares que celebré con S. M. Siciliana y con alguno de sus Ministros, indicóme el Rey su deseo de que yo interpusiera mi valimiento con Salamanca para lograr el buen éxito de una negociación que había emprendido, á fin de contratar un empréstito con algunas casas españolas ó francesas, ofreciendo como garantía sus bienes de Nápoles. Hallábase entonces el Rey en una situación angustiosa, pues, como ya dije, toda su fortuna particular cayó en poder de los garibaldinos en aquellos últimos momentos en que se inició el pánico y la fuga de la Corte. Como era natural, yo me encargué gustosísimo de la comisión con que me honraba el Rey, y en un viaje que realicé á Madrid en Enero ó Febrero de 1863, hice vivas gestiones cerca de Salamanca y aun hablé á nuestros Reyes, esperando que el interés que en ello demostraran sería decisivo para la pronta resolución del asunto. De estos esfuerzos dí conocimiento á Bermúdez de Castro, para que llegaran á noticia del Rey, y sobre ellos escribíame con frecuencia aquel inolvidable amigo, comunicándome noticias, pormenores y reflexiones interesantes. «Me refiere V.—me decía en 23 de Marzo—la afable acogida que ha hallado en SS. MM. la Reina y el Rey, el proyecto de que se ha encargado V. con tan honrosa eficacia. No me sorprende nada de lo que V. me dice; conozco por experiencia todo el interés que tomarán SS. MM. en la suerte de su desgraciado primo, y sé que en la generosidad de su carácter harán cuanto puedan para aliviar su situación. Ese noble interés hace igualmente honor á su corazón y á su talento. Del árbol, un tiempo tan grande y espléndido, de la casa de Borbón, que cubría bajo su sombra la mitad del mundo, la revolución desgajó las dos ramas de Francia, y ha arrancado luego

la de Parma y la de Nápoles. Aislar más y más á la rama española para destruirla luego, es ahora el objeto que se persigue, y, desgraciadamente, no faltan, entre los hombres que se dicen afectos á la Monarquía, quienes la aconsejan, con la mayor calma del mundo, que abandone completamente al Papa y al Rey de Nápoles, y reconozca la usurpación de sus dominios. Y esto sin necesidad alguna; contra el interés evidente de España; sólo por imitar lo que, por sus miras particulares, han hecho Francia é Inglaterra, Rusia y Prusia.»

Refiriéndose más especialmente á la situación del Rey de Nápoles y á la noble conducta que seguía S. M. Siciliana en la desgracia, me decía Bermúdez de Castro lo siguiente en otra carta de la misma época: «Aun cuando el Rey, por delicadeza, nada me pregunta acerca del asunto que ha tomado V. con tanto empeño, las circunstancias son tales, que le hacen desear mucho conocer si puede realizarse semejante operación. Aseguro á V. que me da lástima y tristeza ver á este joven Soberano, después de haber perdido su trono y abandonado su fortuna, luchando con las dificultades materiales de su posición y obligado á las más penosas economías. Hay una cosa muy noble en sus apuros: y es que no ha consentido en despedir á ninguno de los que le han seguido, y que comparte con todos el pan del destierro. Son tantos, que se arruina; pero ¿quién tendría valor de aconsejarle una conducta menos digna de su nombre y de su rango?»

Aquel empréstito no pudo lograrse entonces. Yo conseguí que una casa de París le ofreciera seis millones de francos con hipoteca de los bienes que poseía el Rey en Roma, llamados *Farnesinos*, y compuestos del palacio de este nombre, de otro magnífico en Caprarola y de la Villa-Madama; pero resultó que estaban éstos vinculados, que no podían venderse sin una bula especial del Papa, y que la Santa Sede no consentía que el palacio Farnesino ni otros edificios monumentales pasasen á manos de extranjeros. Por lo tanto, el Rey no podía ofrecer como garantía sus bienes de Roma, ni otros que los ocupados en Nápoles por los piamonteses, y como todo aquello andaba entonces en complicadísimo litigio, la operación que deseaba S. M. no pudo, por desgracia, realizarse.

En estos primeros meses de 1863 la situación política de España presentaba un aspecto enteramente nuevo. La Unión liberal, después de su largo predominio de los cinco años, caía destrozada por sus disensiones interiores, por la guerra, sin cuartel, de los moderados y por los grandes trabajos revolucionarios que, sin cesar, realizaban, en el país y en el seno del ejército, los progresistas. Todos los síntomas anunciaban la vuelta de Narváez, animado entonces de un gran espíritu liberal y de transacción, con el cual, por mi parte, simpatizaba yo enteramente,

creyendo era esta la única salvación para las instituciones, en vista de lo que en España se preparaba y de lo que ocurría en toda Europa. En mis viajes á Madrid, á Santa Agueda y á París, tuve con el Duque de Valencia largas conferencias, y fundamos grandes planes de gobierno, si por virtud de nuestras gestiones políticas volvíamos á alcanzarlo en breve. Entonces, obedeciendo yo á los deseos y combinaciones de mi partido, y conformándome con sus acuerdos, acepté la Dirección general de Artillería que me fué ofrecida por el general Lersundi, Ministro de la Guerra del Gabinete Arrazola, y presenté mi renuncia, en Marzo de 1864, del cargo financiero que desempeñaba en Roma.

Fué aquella una de las mayores faltas de conducta privada que pude cometer, y de la cual me he arrepentido luego varias veces, porque ninguna posición superior podía ofrecerme la política. Salamanca y los directores de la Sociedad, en París, trataron repetidas veces de disuadirme de mi resolución y hasta me escribieron oficialmente, manifestándome que el Comité de París había acordado dejar vacante un año mi destino, por si en este tiempo quería volver á desempeñarlo; mas yo no lo acepté, obrando contra mis más claros intereses, pero obedeciendo á mi partido, que, al hacer un llamamiento á mi patriotismo, sabía bien que no podía desoirlo.





Don Antonio Benavides.

CAPITULO XVII.

Trabajos políticos. — La juventud moderada. — Otra correspondencia de Narváez. — Su actitud durante el dominio de la Unión liberal. — Los Ministerios Miraflores, Arrazola y Mon. — En la Dirección de Artillería. — La cuestión de *La escala práctica*. — La mejor página de D. Ramón Narváez. — Nuestra subida al poder. — Buenos propósitos. — Don Manuel de Barzanallana. — Situación del ejército. — Política militar del Gobierno. — Don Juan de Zabala y D. Fernando de Cotoner. — Nombramientos y ascensos. — Reformas militares. — Estado social del ejército. — Problemas que entrañaba. — Mis proyectos. — Debates en el Senado. — Las agudezas de Benavides, las frases de Alcalá Galiano y las censuras de Cánovas del Castillo. — Sobre la cuestión de Santo Domingo. — Antecedentes. — Carácter de la guerra. — Nuestras bajas. — Cómo se expresaba D. Domingo Dulce. — Estado de la opinión pública. — La resolución del Gobierno. — El general Gándara. — Sobre el coronel D. Francisco Van-Halen. — La opinión de D. José de la Concha. — El abandono de la Isla. — Cuál era en aquellos años la situación de la isla de Cuba. — Mi dimisión del cargo de Ministro de la Guerra.

Con Benavides, San Luis, González Brabo, Barzanallana, Armero, Llorente y el resto de la plana mayor del moderantismo, se había logrado reorganizar nuestras huestes políticas, siguiendo los trabajos comenzados desde 1859, de que ya dí cuenta. Estábamos preparados para ocupar el poder, y Narváez lo deseaba en secreto, aun-

que su actitud y sus manifestaciones fueron siempre violentísimas, durante los años del predominio de la Unión liberal. Cúpome á mí en aquellos trabajos políticos el encargo especial de ir suavizando las muchas y grandes dificultades que se nos oponían en Palacio, porque la Reina parecía resuelta á sostener á O'Dónnell indefinidamente, y para derrocarlo era preciso buscar el apoyo de la Corte más que otro alguno. El agudo y hábil Posada Herrera, llamado ya el *Gran Elector*, constituía por sí solo, desde el Ministerio de la Gobernación, un obstáculo invencible para que pudiéramos pensar en elecciones ni en triunfos alcanzados en los comicios. Estaba arraigada en España la costumbre de que los Gobiernos trajesen al Congreso mayorías invariablemente adictas, y de que, para cada cambio de política hubiera de ejercerse la regia prerrogativa, adquiriendo así la Corona esas responsabilidades efectivas que son la negación implícita del régimen constitucional, y el mayor escollo con que tropiezan los monarcas en España. Por esta razón fué necesario apelar á otros recursos de que disponíamos, y poner en juego todos nuestros elementos políticos. Todavía y á pesar del prestigio de O'Dónnell, continuaba perteneciéndonos la mayor parte del clero, la grandeza de España, en su casi totalidad, los más allegados servidores de SS. MM., muchas damas aristocráticas, cuyo valimiento cerca de la persona de la Reina era constante, y además toda una nueva generación compuesta de jóvenes brillantísimos, que llegaban á la política deseosos de figurar en el parlamento, y en todas las manifestaciones de la vida pública. Entre estos últimos recuerdo mucho, á D. José Gutiérrez de la Vega, de quien tanto he hablado, que continuaba sus campañas en *El León Español*. En *El Contemporáneo* luchaban D. José Luis Albareda, joven de porvenir, admitido pronto con intimidad en los altos círculos de la corte, D. Juan Valera y D. Ramón de Campoamor, combinándose el esfuerzo de estos escritores ardientes con el de los nuevos diputados que llegaban al partido, ansiosos de prestarle el concurso más entusiasta. De entre ellos recuerdo á D. José Alvarez de Toledo, Conde de Xiquena; al Duque de Baena, á D. Miguel Bañuelos, al Marqués de Casa-Ramos, al Conde de Cumbres Altas, al Duque de Frías, hijo del antiguo é ilustre Prócer; al Conde de Heredia Spínola, casado con la hija primogénita del Conde de Tilly; á mi deudo el Marqués de Bahamonde, orador elocuentísimo; al Marqués de la Torrecilla, á D. Miguel Tenorio, al joven Conde de Toreno, que hacía sus primeras armas en la política; á D. Carlos Marfori, á D. Carlos Fonseca y á otros muchos. Entre la juventud moderada figuraba también mi excelente y querido amigo D. Eugenio Díaz de Zendrera, á quien yo conocía desde los años de 1850 al 54. Él fué de ideas avanzadas en un principio, pero mis consejos y mi amistad lo trajeron á

nuestro campo. Distinguíase Zendrera por el ardiente entusiasmo que el partido moderado llegó á inspirarle, por la solidez y abnegación de su amistad y por las simpatías que su cariñoso trato provocaban. Muy joven entonces, con el gracejo y la vehemencia de su naturaleza andaluza, de figura esbelta y de refinada elegancia, púsose en Madrid muy á la moda. En el Casino atravesaba gruesas sumas con una audacia ciega, ofreciendo siempre la revancha, y entre los círculos de la gente joven eran muy comentados sus galanteos y aventuras. Moderado *enragé*, desde que en realidad comenzó á figurar en la política, empleábase continuamente en hacer la propaganda más eficaz, y luego, como especialidad característica de su temperamento, en allanar dificultades, en evitar rozamientos entre los hombres públicos, sus amigos, y en alentar y sostener constantemente la esperanza de todos. Zendrera comenzó á obtener en esta época una gran influencia, por la predilección que ya le demostraba el General Narváez.

El Leon Español.

Toda esta juventud se movía mucho, hablaba, gestionaba incesantemente, y con el apoyo de los jefes y con los medios que todos nos apresuramos á proporcionarles, llegaron pronto á establecer inteligencias con los altos funcionarios y personajes que más cerca vivían de Palacio, y á obtener la promesa de que muy pronto seríamos llamados al poder. Era claro, además, que una vez agotadas las fuerzas políticas de O'Dónnell, la Reina tendría que llamar á sus consejos al partido moderado, que demostraba en esta época tendencias muy liberales. Además los jefes del partido progresista andaban desunidos; Prim había sido elevado á la grandeza de España, en recompensa de sus triunfos de Africa,

y enviado por O'Donnell como Comandante en Jefe de las tropas que compusieron la expedición de Méjico; Olózaga no se entendía con Espartero; Cortina se retiraba de la política; cundían los trabajos de la revolución, en el seno del ejército, atizados por agentes secundarios, y se hacía por esto más necesaria que nunca la subida al poder de un Gobierno fuerte, resuelto á reprimir todo desorden, con mano enérgica, pero decidido á establecer, merced á una política conciliadora, provechosas inteligencias y concordias. Yo volví á acariciar entonces mis antiguos ensueños, creyendo que el partido moderado podría prestar este inmenso servicio á la patria y al Trono, normalizando, desde el poder, el régimen representativo en España.

Facilité, pues, desde Roma, con muy poderosos resortes, los trabajos que se realizaban; los secundé siempre durante mis cortas permanencias en Madrid, y, muy apoyado por González Brabo, logré que Narváez contuviera un tanto su carácter impetuoso y su impaciencia, y luego que se resolviera á emprender desde el poder, si á él llegábamos en plazo breve, esa política á que aludo, si bien aprovechando nuestra fuerza en la opinión conservadora y nuestros elementos propios, para contener el espíritu y los progresos revolucionarios. Exponiéndole muy extensamente estas ideas, escribíle varias veces desde mi puesto de Roma. Yo estaba persuadido, en presencia de los graves sucesos que se desarrollaban en Europa y especialmente en Italia, que la marcha de las ideas y el influjo de la opinión y de las escuelas liberales no podía ya contrarrestarse por la resistencia de los gobiernos; que estos principios encerraban un concepto más exacto de la justicia y del derecho, y que ellos habían invadido de tal modo la conciencia de los pueblos, que el oponerse á sus corrientes equivalía á provocar ruinas y tempestades. Pero Narváez, en estos años, no podía fijarse mucho en aquella rápida transformación política de la opinión en Europa. Entregado al más negro pesimismo y á una especie de desesperación taciturna y sombría, sólo pensaba desde París en retirarse de la vida pública y en abandonarlo todo, cuando no en adoptar resoluciones extremas. En 14 de Octubre de 1860 me aseguraba «que de España no sabía más que lo que referían los periódicos, y que su ya natural deseo de descansar, y para ello el de permanecer extraño á las cuestiones políticas, se había aumentado con lo que todos los días veíamos, porque nadie se entendía, ni nadie podía ponerse de acuerdo ocho días, por lo cual él había tomado la firme resolución de obscurecerse para siempre», añadiendo en 3 de Noviembre que «las cuestiones políticas eran como las *arpías*, y que no podía un hombre vivir en paz no decidiéndose á meterse en el más oscuro rincón de su casa». Asegurábame, en otra carta, que «ni la experiencia, ni los desengaños, ni la desgracia, ni nada, corregía á la

mayor parte de los hombres; que él estaba aburrido y deseando que no se acordasen de él, pues bastante que hacer tenía con pensar en lo pasado y con quejarse de la buenísima ley y mejor intención con que había procedido obrando como un niño de la Escuela Pía,» y el 30 de Diciembre, desde París, me escribía estas curiosas y expresivas palabras que demuestran bien la profundísima irritación que le dominaba: «Las cosas de España—decía—van como siempre: yo no vislumbro el remedio. ¡Quiera Dios que lo haya! Pero ha de venir tan tarde, que nosotros pasaremos la vida gimiendo y suspirando, y soñando con el Mesías. ¿Usted cree que ha de venir el día en que seamos muchos? Yo tengo el sentimiento de no ver las cosas tan de color de rosa, y me alegraré muchísimo equivocarme. Los que hemos defendido los principios tutelares de la Monarquía y llevado nuestro celo á ser más realistas que los Reyes, hemos *hecho el oso* enteramente, y nos hemos inutilizado desde que los Reyes todos se han encargado de destruir ellos los edificios monárquicos y dar hecha la obra á los revolucionarios. Ahora, el Emperador de Austria está reconstituyendo las antiguas instituciones de los Estados que componen su monarquía, y los liberaliza y arregla á gusto de los que pretenden su emancipación: cuando haya acabado y no le quede más que el nombre de Soberano, le negarán fácilmente la obediencia, y entonces se quejará de la ingratitud y de otras cosas de aquellos á quienes ha hecho las concesiones. Eso mismo sucede en todas partes, y nosotros no tenemos más camino que hacernos revolucionarios también, ó gemir y ladrar á la luna.»

Toda su correspondencia de 1861 hállase inspirada en las mismas ó quizá más violentas ideas, y he necesitado llegar á Noviembre y Diciembre de 1862, para encontrar en sus cartas la esperanza del gobierno y la enumeración de los proyectos políticos que acariciaba, si llegaba á obtenerlo, conformes con mis ideas y con lo que frecuentemente le manifestaba en mis cartas. «Tiene V. razón que le sobra—me escribía en 17 de Diciembre de 1862:—si subimos ahora es preciso pegar, y pegar mucho, á los revolucionarios; pero al mismo tiempo á los hombres serios, aunque sean liberales y todo lo progresistas que quieran, debemos facilitarles los medios de formar uno ó dos partidos que puedan alternar con nosotros; y para eso, crea V. que si llegamos al poder disolviendo las nuevas Cortes y hacemos otras elecciones, las dejaremos libres y veremos qué resulta y qué sale de ellas; esto sin contar con una gran amnistía por delitos políticos, que demostrará cuáles son nuestras intenciones conciliatorias, y además que no los tememos. El ejército es lo único que me preocupa, pues está contaminado hasta el corazón; pero peor estaba en 1843 y se arregló. Sobre este punto vaya V. pensado en los mejores medios para espuglarlo y

echar de él á los tunantes; sin esto nada podríamos fundar ni conseguir.»

Yo recibí esta carta en Roma, cuando ya se veía la inmediata caída de O'Dónnell, y dos meses después, en 16 de Febrero de 1863, recibí otra muy urgente de Gutiérrez de la Vega, en la que me decía lo siguiente: «Hoy escribo á V. contentísimo de parte del *amigo*—el amigo era Narváez—diciéndole que se ponga en camino para Madrid, sin perder ni un instante siquiera, para ocupar su puesto. (Tales son sus palabras: *sin perder ni un instante siquiera.*) Ayer llegó la dimisión de Bustillos y otras de marinos que seguirán viniendo. La Reina se ha resuelto á no firmar la disolución, y la caída del Gobierno y la entrada del *amigo está ya* asegurada de un momento á otro.» Como se me indicaba, púseme á poco en camino y llegué á Madrid. La crisis se produjo, en efecto, y O'Dónnell cayó; pero en vez de llamarse á Narváez, dióse el poder al Marqués de Miraflores, que organizó, el 2 de Marzo, un Gabinete que no fué unionista, moderado ni progresista, y cuyo programa se reducía á gobernar con las Cortes, á manifestar su deseo de que no hubiera en lo sucesivo más que dos partidos, el conservador y el liberal, y á regularizar la situación económica.

El chasco para todos fué, pues, completo; nuestros amigos los hombres que trabajaban en Madrid cerca de las personas influyentes de la Corte, quedaron burlados, y Narváez, humillado, se retiró á Loja. La situación se agravó con esto. En el entierro de Calvo Asensio, ocurrido poco antes, los progresistas habían realizado en Madrid una gran ostentación de fuerzas, y cuando se convocaron las nuevas Cortes, todo aquel partido se retrajo en masa á pesar de las reiteradas declaraciones del Gabinete, que aseguraba, en todos los tonos, su deseo de conciliar los ánimos y de gobernar con imparcialidad y con un sentido profundamente constitucional; y á pesar también de que su Presidente, el ilustre Miraflores, declaraba que no pertenecía á ningún partido y que estaba en la política «sin más compañeros que su honra y su conciencia». Así las cosas, volvíme yo á Roma, y como en el mes de Junio tuviera que regresar á Madrid y tornaran á decirme que la caída de Miraflores era inminente, y asegurada ya la entrada de Narváez, hube de escribirle aconsejándole que regresara para encontrarse cerca de la Reina en aquellos momentos. «Creo que nos están engañando—me contestaba en 1.º de Julio—y para juzgarlo así, me basta ver que se use con nosotros de tanta cautela y misteriosos procedimientos, tanto más extraños cuanto que los que más pierden son los que se conducen así, y ganarían más que nosotros en usar de mejor fe y más lisura. Si á esto añadimos las muchas burlas con que han sido recompensados nuestros servicios y afanes, y la generosidad con que hemos procedido siempre,

habrá más que motivos fundados para nó consentir en que se nos aniquile tan inhumana y torpemente. Así, pues, si el día en que la carta salga de Madrid no hubiera resultado, cual se nos ha hecho creer, yo



El Marqués de Miraflores.

(Copia de un retrato de familia.

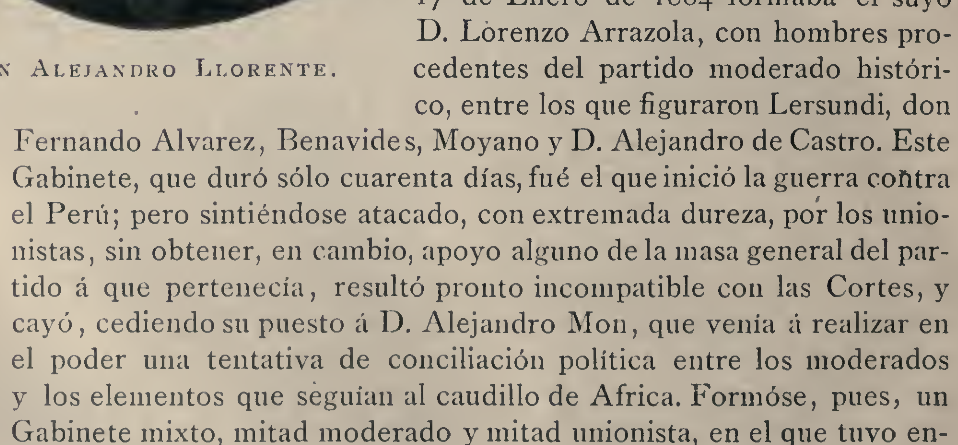
me aparto completamente de toda negociación; y es más, doy mi carrera política por concluída y nunca más me ocuparé de asuntos que perturban el sosiego y acarrean compromisos que nadie agradece. Y lo que es más, yo no iré á Madrid, aun cuando lo deseen VV., si no

soy llamado por una Real orden, y esto aun cuando se desee que vaya antes de la salida de SS. MM. para la Granja. Explique V. bien que para ir he de ser llamado de Real orden, y si no soy llamado (aun cuando sea de Real orden) antes de la salida de SS. MM., que no se cuente conmigo nunca más, pues estoy decididamente resuelto á entregarme á la vida privada. Tengo ya muchos años cargados con muchos millones de desengaños; he sido víctima de mi lealtad y buena fe; tengo perdida la salud y necesidad absoluta de reposo para prolongar algunos días mi existencia, que, por más que haga, será harto trabajosa, como ha sido harto puesta á prueba.»



Don Alejandro Llorente.

Narváez tenía razón en desconfiar, pues que no debía ser llamado en aquellos momentos todavía, y pues que los esfuerzos del partido iban á fracasar dos veces más. Miraflores había reunido las Cortes y presentado en ellas, si no recuerdo mal, un proyecto de ley reformando el Senado en el sentido de crear senadores por derecho hereditario. Le atacaron entonces los moderados y unionistas á la vez; toda la política en Madrid se redujo á dar el grito de *¡Abajo el Ministerio Miraflores!....* el Ministerio cayó por una votación del Senado, y el 17 de Enero de 1864 formaba el suyo D. Lorenzo Arrazola, con hombres procedentes del partido moderado histórico, entre los que figuraron Lersundi, don Fernando Alvarez, Benavides, Moyano y D. Alejandro de Castro. Este Gabinete, que duró sólo cuarenta días, fué el que inició la guerra contra el Perú; pero sintiéndose atacado, con extremada dureza, por los unionistas, sin obtener, en cambio, apoyo alguno de la masa general del partido á que pertenecía, resultó pronto incompatible con las Cortes, y cayó, cediendo su puesto á D. Alejandro Mon, que venía á realizar en el poder una tentativa de conciliación política entre los moderados y los elementos que seguían al caudillo de Africa. Formóse, pues, un Gabinete mixto, mitad moderado y mitad unionista, en el que tuvo en-



trada D. Antonio Cánovas del Castillo, encargándose de la cartera de Gobernación. Este gobierno representaba, según decía el sesudo don Alejandro Llorente—único hombre político quizá, en España, que ha sabido desterrar de sus juicios todo apasionamiento—una tregua provechosa en la lucha de los partidos; pero lo cierto fué que los partdos, allá en sus combinaciones secretas é intereses, se negaron á admitir la tregua, y que, por otra parte, los progresistas, arreciando mucho en sus trabajos revolucionarios, agravaron todos los problemas políticos de aquellos meses. Tuvo entonces lugar el célebre banquete de los Campos Elíseos, en el que Olózaga destituyó á Espartero de la jefatura militar de su partido, confiándola á Prim, y esto aumentó el peligro, pues mientras aquel General se movía poco, desde su retiro de Logroño, éste comenzó á desplegar la mayor actividad y ardor para llevar adelante los trabajos de conspiración y de soborno en las filas del ejército. Sin embargo, preciso es reconocer que el Ministerio Mon-Cánovas hizo lo que pudo, en medio de estas circunstancias y teniendo en cuenta su composición heterogénea; reprimió los trabajos revolucionarios cuanto le fué posible; legalizó la Hacienda; presentó las bases para una ley de empleados, necesidad siempre sentida en nuestro país y nunca satisfecha, y suprimió la previa censura de la prensa.

Entonces ya había yo admitido del general Lersundi, ministro de la Guerra del Gabinete Arrazola, la Dirección general de Artillería, en la que entré el 30 de Enero de 1864, abandonando mi posición de Roma, como dije al terminar el capítulo precedente. Tuvieron en ello un grande empeño mis amigos, y especialmente Narváez, creyendo que mi elevación á uno de los más altos puestos de la milicia fortificaría al partido, no sólo por mi mayor proximidad á Palacio, sino porque estando de antemano acordado que ocupase, en el futuro Gabinete, el Ministerio de la Guerra, sería de todos modos útil, al desarrollo ulterior de nuestros proyectos, obtener facilidades para estudiar el estado en que el ejército se encontraba.

Una sola cuestión importante y grave surgió á los pocos meses de encontrarme desempeñando aquel destino: me refiero á la originada en el Cuerpo por las reformas que propuse al Gobierno á fin de mejorar la situación de los oficiales pertenecientes á la escala práctica, que procedían todos de la clase de tropa y terminaban su carrera en el empleo de capitán, sin que les fuera nunca permitido ascender á jefes. La cuestión era muy antigua, pero se estaba agitando desde hacía cinco ó seis años, ya por reclamaciones de los prácticos, ya por continuos trabajos de la prensa militar y política, ya por medio de agitaciones subterráneas. Los prácticos hacían historia desde el año 1816, y decían que vivían despojados de sus derechos y relegados, como parias, á los em-

pleos inferiores, cuando sus compañeros de las otras armas y de igual procedencia tenían abierto el camino hasta el generalato. Los oficiales facultativos alegaban la imposibilidad de conceder á los prácticos los empleos de jefes, porque estos empleos implicaban destinos de carácter científico, y porque los prácticos carecían de estudios, de exámenes, y por ende de competencia para desempeñarlos. En esta controversia había intervenido ya la pasión, surgiendo entre ambas escalas y procedencias grandes antagonismos, tanto más peligrosos cuanto más ocultos y encubiertos se mantenían. La oficialidad facultativa, joven, instruída, valerosa y de tendencias aristocráticas, trataba con cierto desdén y cierto aire de excesiva protección á los oscuros hijos del pueblo que figuraban en la escala práctica, y éstos, á su vez, pagaban aquellos sentimientos con la aversión y el odio. Desde mi entrada en la Dirección de Artillería, me vi literalmente acosado por las reclamaciones, quejas y denuncias de los prácticos, que me dirigían solicitudes individuales, firmadas unas veces y anónimas otras, y por centenares de artículos de periódicos, procedentes de la Península y Ultramar, que llegaban á mi poder, bajo sobres cerrados, proponiendo proyectos y planes de reorganización ó formulando amenazas. En la oficialidad del Colegio se advertía una actitud intransigente, desdeñosa y altiva, respecto de estas reclamaciones; en suma, todo esto constituía una situación general embarazosa y grave que era preciso abordar con resolución para prevenir mayores males.

Narváez, á quien hablé del asunto, fué del mismo parecer, sabiendo además que los conspiradores progresistas, conociendo la situación moral de los oficiales prácticos y de los sargentos del Cuerpo, la explotaban para sus fines con toda eficacia, hallando un elemento fácil de seducir, con el solo arte de hacer vibrar en sus corazones, antiguos y profundos resentimientos. Por razón, pues, de estos peligros, y por otras de equidad y de justicia que sería inútil exponer al detalle; tomando además consejo de varios oficiales de Secretaría, antiguos y respetables jefes del Cuerpo; con la aprobación de algunos, y con la franca neutralidad, en fin, en que se colocaron otros, dirigí una comunicación al Gobierno en Mayo ó Junio de aquel año, proponiendo al Ministro un proyecto con el que esperaba resolver el temeroso problema.

Proponía la creación de siete plazas de comandante para la escala práctica, y el aumento en la misma de seis capitanes, rebajando, en cambio, las de subtenientes prácticos. Los destinos que obtendrían los nuevos comandantes serían los de fiscales y encargados de las cajas y almacenes, en los cinco batallones fijos que entonces existían, quedando así más desembarazados los comandantes facultativos, para atender á sus ocupaciones científicas. Los dos comandantes restantes, hasta los

siete, irían á las plazas de Melilla y Santoña, para responder, como inmediatos encargados, del material de guerra y de su entretenimiento, bajo las órdenes de los Jefes facultativos, que eran de las clases de teniente coronel y coronel. En cuanto á los seis capitanes que se aumentaban, éstos tendrían el mando administrativo de las cinco compañías de maestranza y de la de obreros de Trubia. De esta suerte, sin lesionar ninguno de los grandes y respetables derechos de la oficialidad facultativa, y sin perjuicio del servicio ni de los trabajos del Cuerpo—pues que los nuevos comandantes y capitanes no tendrían ningún cometido técnico—quedaba satisfecha y tranquila la escala práctica, resolvíase la cuestión, y se restablecía la justicia, que es, sin duda, el principio en que se basa la Ordenanza y el en que se funda el buen gobierno de los ejércitos (1).

El general Marchessi, que había sustituído á Lersundi en el Ministerio de la Guerra, cuando se retiró Arrazola, acogió con tal entusiasmo mi propuesta, que aceptando sus principales bases, fué más allá de lo que yo pedía, y en la Real orden que dictó al poco tiempo, aprobando el aumento de plantillas, preveníase además, en su base quinta: «que en lo sucesivo todos los capitanes de las secciones de tropa en Ultramar pertenecerían á la escala práctica, tanto en las Antillas como en Filipinas, quedando sólo en los departamentos los capitanes facultativos, que servirían en la Plana mayor, y evitándose así que tenientes que apenas contaban un año en este empleo, después de su salida del Colegio, fueran de capitanes á Ultramar á encargarse del mando de las baterías, para lo cual se necesitaba más experiencia en el servicio.» Tales eran los términos de esta base de la Real orden. Contra ella debía yo representar, y representé, estimulado por el deber en que estaba de amparar los derechos del Cuerpo de Artillería y el porvenir de los oficiales, oponiéndome, en varias y sucesivas comunicaciones, á aquella resolución del Gobierno (2).

(1) En esta comunicación de que hablo, decía al Ministro de la Guerra lo siguiente:

«Por sus trascendentales consecuencias, sería aventurado tocar las bases constitutivas que han dado á la Artillería su magnífico espíritu, su gran crédito y su conveniente unidad. El cuerpo de oficiales facultativos debe mantenerse con la procedencia exclusiva del Colegio, con su educación científica y con su escala especial, que empieza en el número con que asciende cada alumno, al concluir sus estudios, y termina en el alto puesto á que ha llegado por su antigüedad y sus constantes servicios el benemérito y digno teniente General que está á la cabeza de la corporación facultativa»..... Y luego añadía: «Pero la barrera de hierro que impide á los oficiales prácticos llegar á mayores empleos en el ejército, rebaja en ellos la consideración, amengua su espíritu hasta el abatimiento y los constituye en una situación desairada y humillante, que se hace más patente y penosa en presencia de los derechos que á mayores ascensos tienen los de igual procedencia en otras armas é institutos del ejército. Es, pues, necesario buscar en las combinaciones de la organización los medios de dar al empleo de capitán en estas clases alguna salida al de comandante, sin que afecte ni se oponga al sistema de ascensos de los oficiales facultativos, ni altere la plantilla de éstos en los puestos fijados para cada empleo.»

(2) En uno de estos oficios decía al Ministro lo que textualmente copio á continuación:

Esta conducta, que no era sino el resultado de mis propias convicciones, valióme plácemes entusiastas de muchos jefes, entre los que sólo citaré uno, el del entonces comandante del Cuerpo, D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque, el cual, en carta del 29 de Julio, me aseguraba «que veía con inmensa satisfacción que yo tenía ideas muy artilleras».

En esto mediaba ya el mes de Julio; tuve que ausentarme de la corte para revistar el Colegio de Segovia, la fábrica de Trubia y para tomar mis indispensables baños de Santa Águeda, y salí de Madrid sin dar gran importancia á las noticias que me comunicaron en aquellos dias, referentes á la agitación que se había iniciado entre muchos oficiales del Cuerpo, á consecuencia de mi propuesta al Gobierno referente al aumento de plantilla en la escala práctica, y á la Real orden que había ya recaído. Pero júzguese cuál sería mi sorpresa y mi disgusto, cuando supe que los oficiales del distrito de Cataluña se habían reunido en junta, suscribiendo no sé qué documento, y comprometiéndose á presentar sus solicitudes de retiro ó de licencias absolutas si aquella Real orden se cumplía. Lo más extraño era que no figuraba yo como el más expuesto á las iras de los descontentos, ni tampoco el Ministro de la Guerra, sino los jefes que me rodeaban en la Dirección, de quienes los

Respecto de la Real disposición, por la cual el mando de las compañías del Cuerpo, en las provincias de Ultramar, deberá adjudicarse precisamente á capitanes de la escala práctica, ha de permitirme V. E. algunas respetuosas observaciones. En una época como ésta; cuando se encuentra en estado de guerra la isla de Santo Domingo, y cuando los ejércitos de Cuba y Puerto Rico puede decirse que forman uno mismo, y todo él se encuentra en situación activa, estos destinos constituyen el blanco de la legítima ambición de una oficialidad que es la esperanza del Cuerpo y de la patria. La clase de tenientes facultativos se verá privada, no de ascensos, que apenas tienen ventaja alguna material en un cuerpo de escala cerrada como el de Artillería, sino de lo que es más grave y de lo que ha de afectar más al honor y á la honrada ambición de una clase que, por lo mismo que es joven, siente latir con más fuerza en sus pechos los estímulos del entusiasmo; se verá privada de combatir contra los enemigos de la patria y de aplicar en el campo el fruto de sus estudios y desvelos. Los frecuentes casos de sucesión accidental de mando que ocurren en la Península, y que desempeñan los tenientes á completa satisfacción de sus jefes, acreditan sus aptitudes para el mando de las compañías, y me parece improbable que resultando aquéllos elegidos, con sujeción á lo que previenen los reglamentos, pueda ocurrir el caso de que alguno carezca de las condiciones necesarias para el mando de batería. Así se les ha visto desempeñarlo en todas las ocasiones en que el servicio lo ha requerido, siendo fácil citar nombres de jefes que ganaron su reputación con el mando interino de las baterías en la guerra. Y si de estas altas consideraciones, que son de sentimiento, me fuera permitido pasar á otras de un carácter no menos importante, no podré dispensarme, Excelentísimo Señor, de señalar á la respetable autoridad de V. E. las que corresponden á las necesidades del servicio. Hoy que la artillería, por efecto de los adelantos de la ciencia, adquiere tan inmensa importancia; cuando sus aplicaciones se multiplican y dificultan, ¿podrá ser conveniente confiar todo el servicio de la Artillería en campaña á oficiales que, aunque dignos de consideración, no tienen todo el saber ni toda la inteligencia necesaria para servirla en la guerra? Estos dignos oficiales tienen, sin duda, la práctica del servicio, pero carecen de instrucción científica, y ésta es cada vez más necesaria, desde que el material y las condiciones de la artillería varían por años y se encuentran en camino de nuevos adelantos y transformaciones», etc.

oficiales descontentos suponían que yo había sido aconsejado, ó por lo menos que no estaban resueltos, como ellos, á protestar y á oponerse, hasta el último esfuerzo, á la creación de las nuevas plazas de comandantes prácticos. «La agitación de los oficiales por la cuestión de los prácticos continúa aún—me decía el ilustrado coronel D. Luis de Agar, jefe de la Secretaría, en carta fechada en Madrid el 3 de Septiembre.—Se ha recibido en ésta, por la Comisión que se nombró por la oficialidad al principio, una comunicación violentísima, según me han dicho, contra el brigadier Reyero, el de la misma clase Bassols, el comandante Alonso, el coronel Garrido y yo, y algún otro que no recuerdo, proponiendo se nos expulse del Cuerpo por no habernos adherido á no sé qué documento que los demás firmaron y del que á mí no me había hablado nadie cuando se firmó. No creo que esta proposición sea apoyada en Madrid ni en los demás distritos fuera del de Barcelona, donde se ha redactado; y de todos modos, llevar á cabo esa determinación por semejante causa sería imposible, prescindiendo de los medios oficiales que pudieran oponerse á ello y á los que demasiado comprenderá V. que no intento apelar en esta carta. Sin embargo de esto, personificándose más en mí la animadversión de los oficiales, ó la desconfianza, ó lo que fuere, sería lo más prudente separarme de la Secretaría, reemplazándome por otro que tuviera simpatías generales y que proporcionase á V. el olvido de asunto tan enojoso, con mayores ventajas para proponer el despacho de los que se presenten.» El día 6 me decía también, sobre lo mismo, el coronel Agar: «Aunque lo siento, tengo tal ansiedad por saber lo que dispone V. de mí para sacarme de esta posición violentísima, y mi deseo para que el Cuerpo no permanezca en esta situación irregular, que no veo el momento de recibir la contestación á mi anterior.» Yo resolví la suya, prometiéndole que accedería á sus vehementísimos deseos para cuando estuviera de regreso en Madrid, y el Ministro de la Guerra zanjó la cuestión del Cuerpo, revocando su anterior Real orden, dando satisfacción cumplida á los oficiales facultativos, y dejando en situación igual á la que anteriormente tenían á los de la escala práctica. Pero ni aun así se calmó la corporación, pues que el mismo Agar me decía en 14 de Septiembre que «cada vez veía la agitación de la oficialidad más relacionada con su salida y con la persona que yo eligiese para reemplazarle, pues tenía desde el principio demasiada intensidad para ser despreciada, no creyendo prudente combatirla con medidas de rigor, si bien tampoco sería digno demostrar debilidad ante ella y deferir á todas sus exigencias», añadiendo á los dos días, y en otra carta, estas palabras, relacionadas con la resolución que yo le manifesté de presentar, en vista de todo ello, la dimisión de mi cargo. «Sobre este punto—decía—creo deberme per-

mitir una ligerísima indicación por la parte que V. tiene en la desagradable cuestión producida. Ni personalmente ha alcanzado nunca á usted, ni en la actualidad tiene ya tales proporciones, pues solamente les preocupan las mayores ó menores muestras de compañerismo que hemos dado algunos individuos del Cuerpo, á quienes ellos juzgan á su manera, y bajo la presión de excitaciones que, como ya he indicado á V., empiezan á ser comprendidas muy generalmente. Creo no deber omitir hacer á V. esta aclaración, y sí añadir, al mismo tiempo, que las condiciones del Cuerpo sólo exigen un poco de severidad, que es bien fácil de conciliar con las mejores formas de comunicación y con las demás consideraciones que se aprecian mucho entre nosotros. No había sido más explícito sobre esto, visto que V. lo ha comprendido así desde luego, y ahora lo soy porque deseo no pueda dudarse de que no es mi ánimo escudarme exagerando las no disculpables tendencias que se han observado estos días entre los oficiales del Cuerpo.»

La rapidez con que se produjeron estos sucesos; la misma sorpresa que me causó aquella inexplicable algarada, que en el fondo iba también dirigida contra mí, pues que yo era el principal autor de la reforma, y á pesar de que, sin excitaciones de nadie y antes de que la agitación se produjese, había ya demostrado, en ocasión recientísima, que sabía defender los verdaderos intereses y derechos de la oficialidad facultativa; y últimamente, mi inmediata subida al Ministerio de la Guerra, para el que fuí nombrado el 16 de Septiembre, es decir, en los momentos mismos en que me dirigía el coronel Agar la última carta que he transcrito, impidieron entonces que yo presentara mi dimisión del cargo de Director general de Artillería, como única protesta que me era dable oponer á la última medida del Gobierno, revocando sus propias decisiones, ante la actitud adoptada por una parte de la oficialidad del Cuerpo contra una reforma que en nada la perjudicaba, como corporación ni individualmente, que restablecía la justicia á favor de una clase desheredada y humilde, y que alejaba además todo motivo de antagonismo entre aquellos que servían bajo los mismos gloriosos estandartes. Al retirarme hubiéralo hecho con pena, porque, aparte de este asunto, debo declarar que mientras estuve al frente del Cuerpo sólo encontré ocasiones de apreciar sus grandes cualidades, el constante celo de todos sus individuos por el servicio, y el elevado nivel científico que colocaba ya á nuestra artillería á la altura de las mejores en Europa. Mas repito que fué muy de lamentar, así la actitud de indisciplina en que, sin causa alguna justificada, se colocaron sus oficiales en el asunto de la escala práctica, como la resolución del Gobierno ante un movimiento que tenía todos los caracteres de la intimidación. Los trabajos revolucionarios que inmediatamente conta-

minaron sus regimientos, los sucesos de la infausta noche de San Gil, y otros acontecimientos posteriores, de que no he de ocuparme en este libro, vinieron pronto á demostrar que de aquellas lejanas causas pudieron luego derivarse, más ó menos directamente, tristes consecuencias para la patria.

De aquel año de 1864, en sus primeros meses, conservo una impresión muy viva que jamás se ha borrado de mi memoria y que deseo consignar. Narváez, en Febrero ó Mayo, había regresado de Loja para establecerse en Madrid por algún tiempo y estar á la mira de los asuntos públicos, cuando ocurrió la última crisis que dió entrada en la Presidencia del Consejo á D. Alejandro Mon. Traía Narváez en su compañía á su hija única, preciosa niña de quince ó diez y seis años, á la que adoraba con pasión absorbente y exclusiva; mas no bien se hubo instalado en su casa de la plazuela de la Villa, cayó la niña presa de una rápida enfermedad y murió, recién llevada á Aranjuez, donde se la condujo en los comienzos de su dolencia con la esperanza de salvarla. La aflicción de Narváez fué tan aguda y la desesperación de su ánimo tan vehemente, que en vano procuraría yo expresarla ahora en toda su dolorosa intensidad. Su primo D. Carlos Marfori, también pariente y amigo íntimo mío; D. Eugenio Zendrera, que tenía por Narváez una especie de culto religioso, y yo mismo, acompañamos al General constantemente en aquellos días amargos, y cuando á principios de Mayo regresó á su casa de Loja, para hallarse más cerca del cadáver de su hija, que hizo conducir á esta ciudad, escribióme la siguiente carta, que parece un poema, y que jamás he podido leer sin emoción.

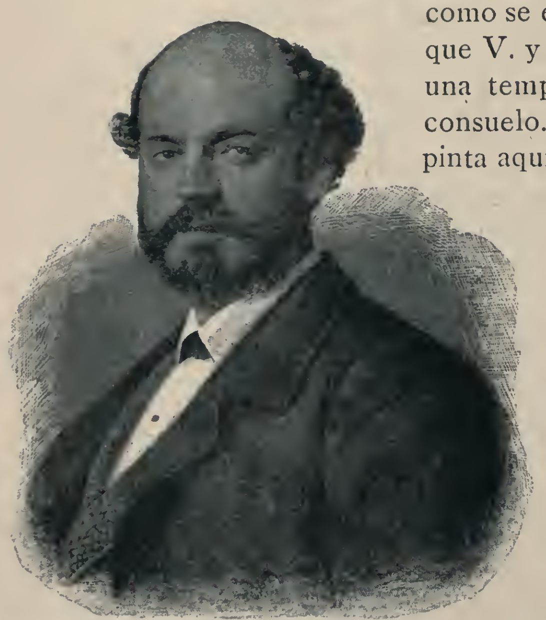
Dice así:

«Loja, 15 de Mayo de 1864.

»Mi muy querido Fernando: Hice mi viaje con felicidad, si se atiende á que no ha ocurrido percance alguno en él; pero he sufrido demasiado, como continúo sufriendo desde que he llegado á ésta. Recorrer el camino que un mes antes, con la voluntad de Dios, habia recorrido la malograda niña, en mi compañía, y que hacía muy poco que lo habían recorrido sus restos; acercarme á Loja, cuya vista sólo agolpó á mi imaginación una inmensidad de recuerdos, tan tristes como queridos; pasar por donde está depositada; entrar en esta casa que dejó por última vez; en este jardín en donde todavía creo, en mi delirio, que la veo jugar, que me llama, que va á venir á buscarme, como hacía otras veces... es demasiado sufrir. Usted lo comprenderá. Pero no hay remedio; en Loja, en Madrid, en todas partes, tiene que sucederme lo mismo. Mis tristes recuerdos no están en el camino, ni en la casa, ni en el jardín; van siempre conmigo, porque están en mi corazón; ¡irán siempre conmigo mientras viva! Dios me dará conformidad, como se la da á

todo el que se la pide para sobrellevar las desgracias que envía. Pero es indispensable. ¡tengo mucho que sufrir, mucho que llorar! Adiós: sabe V. cuánto le quiere su invariable amigo, *Ramón M. Narváez.*»

En el mes de Julio seguía afligidísimo en Loja, desde donde me escribía el día 6 diciéndome: «Aquí estuvo el incomparable amigo Zendrera, tomándose la molestia de venir desde Sevilla pasando un calor tan molesto. En los dos días en que estuvo aquí, siempre fué V. el objeto de nuestras conversaciones. Zendrera es un amigo como, por desgracia, hay pocos ya en el mundo, y yo le quiero tanto, que sus pruebas de amistad me resarcen de tantas deslealtades é ingratitudes como se experimentan cada día. Mucho me alegraría que V. y él se pusieran de acuerdo y viniesen á pasar una temporada conmigo, pues esto me serviría de consuelo.» Zendrera era, en efecto, el hombre que pinta aquí Narváez, y su amistad de entonces con el Duque de Valencia y con otros jefes principalísimos del partido, y la predilección con que era ya distinguido por la Reina, hiciéronle tomar una iniciativa muy importante en todo el desarrollo de la política, si bien su modestia y su resuelto empeño de no aceptar jamás otra posición oficial que la de simple diputado, hicieron que su participación en los asuntos públicos, que fué algunas veces decisiva, haya permanecido siempre ignorada.



DON EUGENIO DÍAZ DE ZENDRERA.

En Santa Agueda me encontraba yo, según he dicho, cuando fuimos llamados al gobierno. «La situación es muy grave—escribíame el Duque de Valencia algunos días antes desde Loja—pues una vez minado como lo está el ejército, no se cuál va á ser el escudo que defienda tantos y tan altos intereses, que desde hace largo tiempo vienen comprometidos.» Ni este concepto del estado del país, ni su situación de ánimo interior después de la muerte de su hija, impidiéronle acudir al llamamiento de la Reina, cuando, vencido Mon, determinó S. M. la entrada en el poder de un ministerio genuinamente moderado. Este ministerio se formó con hombres públicos que casi todos habían ocupado en distintas épocas la Presidencia del Consejo. De ella se encargó nuevamente Narváez, y de las carteras de Estado, Gracia y Justicia, Hacienda, Marina, Gobernación, Fomento y Ultramar, los Sres. Llorente, Arrazola, Barzanallana, Armero, González Brabo, Alcalá Galiano y

Seijas Lozano, respectivamente, ocupando yo el Ministerio de la Guerra.

Nuestros primeros acuerdos respecto de la política en general, fueron importantes y respondieron á tendencias muy amplias. Propusímonos apartar de nuestro camino todo espíritu exclusivo de partido, para procurar organizarlos y fortalecerlos todos, vigorizando así los organismos constitucionales, á fin de que las parcialidades más extremas pudieran acudir á las luchas de la política con manifestaciones legales. Así creíamos reintegrar al sistema representativo su acción propia, y á la Corona el uso libérrimo de su prerrogativa, permitiéndola que, en los días de los conflictos, pudiera inspirarse en las manifestaciones verdaderas de la opinión. González Brabo aparecía como el más liberal de todos; mostrábase partidario de aplicar á la imprenta el Código penal común, porque decía, con su maravillosa elocuencia, que la imprenta era para un gobierno «el compendio de todas las cuestiones políticas y la fibra más viva y sensible de los organismos constitucionales». Se acordó dar á los periódicos la mayor libertad y latitud; respetar el domicilio privado; no encausar ni perseguir á nadie de una manera arbitraria, y dejar libres los comicios en las inmediatas elecciones, para lo cual González Brabo se comprometió—realizándolo luego puntualmente—á nombrar buen número de alcaldes progresistas. Acusáronnos, sin embargo y desde el primer día, de pretender cohibir la libertad del pensamiento y de la enseñanza, y á esto dió ocasión una Real orden que dictó Alcalá Galiano, poniendo á cubierto á la familia reinante de las predicaciones de D. Emilio Castelar, joven y elocuentísimo profesor de la Universidad de Madrid, que dirigía desde su cátedra rudos ataques á la Monarquía. Para hacer frente á la penuria del Tesoro, Barzanallana anunció que se proponía presentar á las nuevas Cortes un proyecto de ley sobre anticipo nacional reintegrable de 600 millones. Yo no había conocido mucho á Barzanallana en épocas anteriores, pero entonces vi comprobada su creciente fama como hombre de sólidos principios y de profundos conocimientos en materias de economía política. Recuerdo que en los Consejos de Ministros causaba verdaderamente nuestro asombro por su vastísima ilustración, por la claridad de su entendimiento y por una memoria prodigiosa, que le permitía citar, en apoyo de sus opiniones y acuerdos, las estadísticas más diversas y minuciosas de todas las naciones cultas. En cuanto á empleados, se acordó también no renovar sino los de Gobernación, teniendo en cuenta su carácter puramente político.

Lo más grave de todo era la situación del ejército. Conspirábase activamente y con fruto. La famosa minoría progresista del Congreso cooperaba á mantener viva la fe de sus parciales, y mientras los

diputados pronunciaban arrebatados discursos, sus adeptos emprendían vastos trabajos en las filas. Prim, á su regreso de Méjico, co-



DON MANUEL G. BARZANALLANA.

menzó á conspirar sin disimulo, y en esta tarea era muy secundado por D. Domingo Moriones, por el comandante Gaminde, por Milans del Bosch, por Lagunero y por el incansable D. Ricardo Muñiz. Don Manuel Becerra, Escalante, el poeta Carlos Rubio, Sagasta y muchos

otros patriotas, ejercían inmensa influencia en el pueblo, y el resultado de estos trabajos se había ya dado á conocer bajo el Ministerio Mon, por un conato de pronunciamiento, de cuyos resultados fueron detenidos en Madrid un teniente y cuatro sargentos del regimiento de Saboya. Aquel Gobierno relevó algunos cuerpos y envió luego á diferentes y lejanos puntos de España al mismo Prim, á Contreras y á otros militares progresistas, en una situación que tenía todos los caracteres del destierro. Yo entendí desde luego que era preciso armonizar la política militar del Gobierno con la política amplia que resultaba de nuestras declaraciones políticas, y así, no fué difícil convencer á Narváez de la conveniencia de tender á nuestros adversarios el ramo de oliva, antes de adoptar ninguna medida de rigor. En su consecuencia, levanté los destierros de Prim, de Contreras y de algunos otros, que pudieron regresar al seno de sus familias; y como, al mismo tiempo, varios generales unionistas me presentaran sus dimisiones, yo les supliqué que continuaran en sus puestos. Con estos acuerdos y con el anuncio y publicación de las reformas que me prometía acometer para mejorar la situación del ejército, esperé contener por algún tiempo aquel espíritu revolucionario de que se hallaba verdadera y generalmente poseído. Recuerdo que los generales Cotoner y Zabala insistieron en las renuncias que hicieron de los cargos de Capitán general de Cataluña el primero, y de Director de Caballería el segundo. Fundábala Zabala en altas razones de delicadeza que el Gobierno debía apreciar (1), y don

(1) He aquí la carta que me escribió el ilustre Zabala, carta que no sólo demuestra sus caballerescos sentimientos, sino que corrobora lo que ya llevo dicho acerca del carácter liberal que dimos á toda nuestra política:

«Mi siempre querido Fernando: Te dije anoche que hoy te contestaría definitivamente respecto á mi dimisión, y como me duele sostener una negativa de que, en mi concepto, no puedo prescindir, como haya de hacerlo delante de un amigo, tan querido para mí, me decido á verificarlo por escrito, como menos embarazoso para este cariñoso afecto.

»Ya te lo indiqué ayer: los sucesos me han creado una posición política á que leal y decentemente no puedo faltar, y que me impone deberes irremisibles. Me sería doloroso que por un error ó apreciaciones exageradas, creyeses que, al cumplir estos deberes, era menos cariñoso, menos deferente de lo que en realidad lo soy para contigo; pero toda vez que aquella sea la verdad de las cosas, ¿cómo obrar de distinta manera si aspiro á no desmerecer de la estimación pública, ni de la de mis amigos, entre los cuales descuellas en puesto tan preferente? Si me condujese con menos esmero, ¿podría estar seguro de que tu mismo buen concepto no se disminuiría, ni de que en un caso dado podría servir grandes intereses con provecho de los principios que son comunes á todos los gobiernos y á todos los hombres honrados? Nada hay para mí más sensible que ofrecer dificultades al Gobierno de que formas parte, ni nada pudiera serme más agradable que servir al lado del compañero de mi juventud, cuyos lazos de cariñosa amistad no han podido relajar ni los años ni las mil peripecias de la política contemporánea, que ha separado en ocasiones varias á hermanos y padres. Tengo, sin embargo, la confianza de que me conoces lo suficiente para no dudar de la lealtad de mi proceder, ni de que en mi ánimo no puede entrar el deseo de perjudicar la política liberal que os proponéis seguir. Mi conducta es privativamente mía, y no podrá ni deberá servir de guía á los hombres con quienes estoy unido. Tú sabes que procedo del partido progresista, que por diferencias radicales me encontré en una

Fernando Cotoner en motivos de salud; pero este querido amigo mío me envió, sin embargo, antes de retirarse, un luminoso informe del estado en que se encontraba Cataluña, cuya mucha extensión hace imposible que yo lo reproduzca en estas páginas. Mandé en su reemplazo á Mayalde y destiné á Villalonga á la Capitanía general de Valencia, por pase del veterano general Lara al gobierno de Filipinas. Los generales Orozco y Serrano Bedoya insistieron también en retirarse de las capitanías generales de Castilla la Vieja y de las Provincias Vascongadas,

modificación que estaba entonces, como lo está hoy, en la conciencia pública, y que no vine solo; vine en unión de personas respetables é inmaculadas que, al disculpar aquel paso, no autorizan otra evolución que pudiera, mi querido Fernando, hacerme daño hasta en tu mismo cariñoso concepto, puesto que lo haría en el mío, y tú tienes tan buena conciencia como yo.

»No es esta la historia de otros hombres que militan en la Unión liberal; muchos proceden de las filas moderadas; han servido á las órdenes del hombre de gran significación que os preside, y caben dentro de una situación templada sin faltar á la lealtad de sus compromisos. Discurro así, y me consuela esa verdad, puesto que de ella surge la convicción de que mi conducta no autoriza la de otros, ni encabezo un sistema de oposición que pueda perturbar la política expansiva que pretendéis seguir: yo mismo no quiero dar á mi salida los aires de oposición al Gabinete que preside el Duque de Valencia, cumplo con un deber irremisible en mi concepto, y me propongo, con la lealtad que me conoces, estar á vuestro lado á la primera sombra y al primer llamamiento del Gobierno; porque también entonces, despojado de mi posición de hombre político, no tengo otros deberes que cumplir que los del militar honrado, cuya espada y cuyo corazón se consagran al orden y á la defensa de las leyes y del Trono.

»Tú sabes que no soy hombre para la prensa ni para la tribuna, únicos medios de oposición que reconozco y acepto; todo lo más que pudiera hacer es depositar en la urna una bola negra cuando se trate de cuestiones puramente políticas, en las cuales cada entidad deba conservar su significación: pues bien; tal es mi convicción hoy, y tan decidido me encuentro á no servir de obstáculo al Gobierno, que aun esa bola la excusaré siempre que ella pueda debilitar el prestigio y la fuerza de que necesitáis para realizar el importante servicio que estáis llamados á prestar, si por desgracia alza su frente la revolución. Sin que pueda atribuirse á hipocresía, que tanto dista de mi carácter, te aseguro que me serviría de verdadera satisfacción el estar donde tú estás y continuar nuestra jamás alterada amistad con hechos que te asegurasen más de la mía. No entiendo que pueda aquélla enfriarse ni tú creerás ésta menos sincera, porque, antecedentes que debo respetar y respeto, me obliguen á dejar un puesto que es eminentemente político.

»En el momento actual no se trata ya de presentar mi dimisión. Este es un hecho consumado y conocido. Cuando la hice tuve en cuenta las razones que te dejo indicadas, y las demás que en nuestra entrevista te expliqué. El advenimiento del Duque de Valencia no podía tener para mí más que la significación de una política que no era un misterio para nadie, como tampoco lo es el general Narváez; me era imposible adivinar hasta dónde las circunstancias conducirían al Duque para plantear una política que tiene novedad en él, y juzgando en virtud de otros antecedentes y dejándome llevar de mi susceptibilidad, tan exagerada como quieras, la hice. ¿Hay motivos en lo que hasta ahora habéis dejado comprender para dejar mi dimisión? ¿Son menores mis anteriores compromisos? No: los hay para que, puesto á cubierto de toda acusación de inconsecuencia, me retire á mis tiendas y vea desde ellas, con templanza, una política liberal que, á pesar de estas buenas condiciones, necesita sus hombres en los primeros puestos, en aquellos que dan energía y carácter á las situaciones. Hubiera sido presunción extremada de mi parte imaginar que para la dirección de un arma importantísima mereciese yo la completa confianza del Gobierno y pretendiese tener mejor derecho que sus amigos íntimos, identificados por espacio de muchos años con las personas que forman el Gabinete.

»Esto es racional, mi querido Fernando, y creo no equivocarme al calificarlo así; y puesto que sabes que no soy un enemigo tuyo, respeta, te lo suplico, hasta los defectos de carácter que me encuentres, y que nunca fueron un obstáculo para que me hayas querido, ni lo serán para que siempre te quiera tu consecuente amigo, *Juan de Zabala.*»

y para reemplazarles fueron á estos puntos San Román y Garrigó, respectivamente; pero continuaron mandando los restantes distritos, sin alteración alguna, los generales Gasset, Turón, Zapatero, Manzano, Acedo Rico, Serrano del Castillo, Bassols y Riquelme, pasando á la Dirección de Infantería Lersundi, por creerse Ros de Olano demasiado ligado todavía, por sus compromisos políticos, con el partido que acaudillaba O'Dónnell. En una inmediata combinación de ascensos que siguió á la formación del Gabinete, promoví á tenientes generales, proponiéndolos á S. M., á D. Antonio Falcón, á D. Rafael Mayalde y al Conde de Puñonrostro, y poco después ascendían á mariscales de campo los brigadieres Pavía y Lacy, Sánchez Osorio, Gaertner, Manso de Zúñiga y el Marqués de Villavieja, sin que el Gobierno tuviera luego ni nunca que reprocharse, por motivo alguno, estas merecidas recompensas. «Las medidas para guardar la más estricta justicia en los ascensos—me decía poco después D. Fernando de Contoner en carta de 2 de Octubre,—te las elogia todo el mundo, sean ó no militares, y el sistema de conciliación, que tan bien cuadra á tu carácter, está hoy en la conciencia de todos, como la mejor política que pueda adoptarse.» El general Dulce, que mandaba en Cuba, fué también confirmado en su destino, á pesar de sus opiniones declaradamente unionistas, y al Marqués del Duero le fué ofrecida la Presidencia del Senado, que aceptó gustoso.

En cuanto á reformas militares, tenía yo muchas dispuestas, y otras en estudio. El organismo del ejército necesitaba profundas modificaciones, maduramente estudiadas, pero perseguidas con energía y la mayor unidad posible de criterio, por todos los partidos, á fin de que esta gran institución pública respondiera á su objeto. Eran además necesarias muchas otras disposiciones, encaminadas al mejoramiento y alivio de todas las clases militares, abriendo más anchos horizontes y esperanzas. Creía yo que de este único modo podría separarse al ejército del camino emprendido, porque de la armonía que debe existir entre las necesidades primeras del Estado, y las individuales y secundarias de las clases, se deriva siempre la satisfacción íntima de éstas y nace el mejor servicio; el ejército debe, en primer término, responder á las conveniencias del país, y atender luego, pero siempre como objetivo secundario, á los privados intereses de los que lo componen. El mecanismo de una buena organización militar será, pues, tanto más perfecto cuanto menos incompatibles resulten ambas necesidades.

Yo había advertido, á mi regreso de Italia, la especie de desprestigio ó desconsideración en que insensiblemente iba cayendo el ejército, dentro de la sociedad española. Esto era resultado de muchas y complejas causas, largas de enumerar, pero se determinaba y advertía

cada día, en muchos casos y ejemplos. Aquel antiguo respeto y consideración de que éramos constantemente objeto los antiguos oficiales, por parte de todas las clases ajenas á la milicia, había desaparecido enteramente. Un oficial comenzaba á ser tenido en poco, y en los distintos actos de su vida particular iba quedando reducido á muy estrechos círculos. Como resultado de estas circunstancias sensibles, nuestras clases militares iban paulatinamente separándose de todas las exterioridades brillantes que han sido siempre el privilegio de los ejércitos. Aquella orden que yo di en 1845 autorizando á todos para que vistieran de paisano, en la guarnición de Madrid, á fin de que pudieran incorporarse á los cuarteles, sin peligro, en los días de jarana, se aprovechaba ya para no usar el uniforme sino en los actos del servicio, y terminados éstos, apresurábanse todos á trocar sus honrosos uniformes por la niveladora levita, cuando no por la prosaica y democrática *cazadora*. Era ya raro el oficial que se presentaba con sus distintivos propios en los altos círculos de la buena sociedad, y ésta había perdido también la costumbre de admitir en su seno á los que no ostentaban otros títulos de nobleza ó de posición que la espada que ceñían. Los oficiales no acudían á los teatros con la frecuencia que solíamos nosotros los del tiempo viejo, y si algunos asistían á ellos, veíaseles por las altas galerías, rara vez en los asientos de preferencia. La gran mayoría de nuestros oficiales pasaba la vida entera en el café, donde se oscurecían privada y colectivamente, oscureciendo al ejército mientras que la nobleza española desertaba de nuestras filas; los jóvenes de posición y de riqueza dedicábanse á otras carreras, ó á ninguna, malogrando sus mejores años en fútiles costumbres, y de todo ello iba resultando ese círculo vicioso, en el que ya está encerrado, por gran desgracia, el ejército, no siendo considerado como debiera, á la cabeza de la sociedad, y no pudiendo conquistar de nuevo ese su antiguo puesto, por haberse nutrido principalmente con los hijos de la clase media, demasiado pobres para elevarse por su fortuna á ese nivel, y privados además de las grandes y aristocráticas relaciones que suplen á la riqueza. Al predominio del ejército iba, pues, sustituyéndose la supremacía del abogado, del escritor ó periodista, y de ese que ahora se llama genéricamente *hombre político;* y esto era de lamentar, en primer término, para los intereses de la Corona, porque un ejército oscuro, pobre, sin rango en la sociedad, sin ningún prestigio aristocrático, sin nada que le preste ostentación y brillo, se colocará siempre, por impulsos propios é irresistibles, más cerca de la democracia que del Trono; y los tronos, en los tiempos á que llegábamos, necesitaban contar, más que con otro alguno, con el apoyo incondicional y entusiasta del ejército.

Para remediar esto, si aun era posible remediarlo en el año 1864, pensaba yo apelar á varios recursos que habrían podido ser muy eficaces; entre ellos figuraban las medidas que podría y debería tomar la Corte para devolver el perdido brillo al elemento armado, otorgándole prerrogativas dentro de Palacio; honrando con invitaciones á sus fiestas y á sus comidas, así al general como al cadete; encaminando por esta senda á la nobleza, que casi siempre sigue fielmente los ejemplos y las direcciones de los reyes; dando un carácter muy militar á la alta servidumbre; estableciendo en las manifestaciones generales de la vida social las antiguas preeminencias y fueros del ejército—siquiera no tuvieran éstos un carácter político—imitando los ejemplos de las naciones militares más aristocráticas, donde los oficiales obtienen rebajas de precios en todas las fiestas y diversiones públicas; obligando á todas nuestras jerarquías y clases á que usaran constantemente el uniforme; elegantizando éstos sin separarse de la sencillez; elevando en fin el nivel social del ejército, y últimamente, restableciendo la Guardia Real, para estimular el espíritu de los oficiales, que verían en el pase á estos cuerpos de preferencia un estímulo y una recompensa de sus buenos servicios y aptitudes. Este proyecto lo tenía escrito y bien meditado; la Guardia se compondría de dos regimientos de granaderos, cuatro batallones de cazadores, dos regimientos de coraceros, uno de lanceros y uno de húsares, una brigada de artillería ligera, un batallón de artillería á pie y otro de zapadores. La Guardia Real daría la mitad del servicio de Palacio, con el ejército, y todos los oficiales, alternando, serían diariamente admitidos en la mesa de S. M. (1).

(1) En Europa era aquella una época de transición y de vacilaciones en cuanto á las bases primeras en que se asienta la organización de los ejércitos, es decir, en cuanto al método de reclutamiento y al sistema de reservas. El procedimiento prusiano tenía grandes impugnadores, y no estaba aún sancionado por la victoria, mientras que las últimas guerras de Crimea é Italia parecían haber demostrado la superioridad de los ejércitos numerosos, permaneciendo constantemente sobre las armas, reclutados por la conscripción, y compuestos de soldados viejos y veteranos. No había necesidad por el momento de abordar tan vastos problemas en España, y creía yo que era preciso para ello esperar á que se resolvieran en definitiva todas las dudas, en vista de los resultados y enseñanzas que ofrecieran las futuras guerras en Europa. Pero creía también que en nuestro ejército podía y debía hacerse mucho con los mismos elementos que teníamos disponibles. Era preciso, desde luego, contar con unidades fuertes de combate, organizando brigadas y divisiones á las órdenes de brigadieres y mariscales de campo, y sacando á los primeros del mando de los regimientos. Debíase examinar la situación que ocupaba en la Península toda la fuerza armada, para establecerla de tal suerte, que fuera fácil y rápida una concentración sobre la capital, plazas fuertes y puntos estratégicos, y aumentar además el número de soldados en las filas y el de combatientes activos, sin gravamen del presupuesto. A este fin, más importante de lo que á primera vista pudiera creerse, dicté órdenes severas para que inmediatamente cesaran los abusos que se cometían, sacando á los soldados de sus funciones propias para convertirlos en asistentes, ordenanzas y destinos, y con esto y con la supresión de los tambores, aumenté en pocos días el contingente efectivo de combatientes, que el Estado de todos modos pagaba, en más de 6.000 hombres.

En estos trabajos, puramente preparatorios, en los que fuí activamente secundado por el teniente coronel D. Julián García Reboredo y por el comandante D. Eustaquio Alonso, antiguos y queridos amigos y ayudantes míos, me alcanzaron las elecciones y la reunión de las Cortes, que se abrieron el 22 de Diciembre, comenzando po-

Emprendí, al poco tiempo de mi subida al gobierno, algunas negociaciones para la venta de los muchos edificios militares que poseía el Estado en Madrid y en otras capitales, cuyo valor, por estar enclavados dentro de los modernos ensanches, había aumentado mucho, proponiendo el empleo de estos capitales en la construcción de grandes cuarteles con buenas condiciones higiénicas, y de un establecimiento penitenciario, exclusivamente militar, donde fueran á purgar sus faltas los condenados por delitos que no revistieran carácter infamante. La reorganización burocrática del Ministerio de la Guerra y de todas sus dependencias, el arreglo y disminución de sus plantillas y de las de todos los centros militares en España, debería proporcionar á la vez la más pronta y fácil tramitación de los negocios, y economías muy considerables y necesarias para invertirlas en material de todas clases. Al mismo tiempo proponíame presentar un proyecto de ley á las Cortes, regularizando el servicio del Estado Mayor general. Los mandos militares de elevada clase, mientras existiera un gran sobrante de Generales de cuartel, se servirían por tres años, y todos tendrían derecho á alternar en las colocaciones mientras conservaran la aptitud física necesaria y mereciesen la confianza del Gobierno.

Para la Infantería tenía dispuestas algunas reformas que creía esenciales, y serían largas de enumerar aquí, así como para el arma de Caballería, que necesitaba aumento orgánico y grandes mejoras en sus cuarteles y cuadras. La Artillería era también insuficiente y muy necesario fundir todo el material viejo é inútil para construir piezas modernas, en número proporcional á nuestro contingente de guerra, arbitrando, para estos gastos, fondos de todos los cuerpos del ejército, y otros que había disponibles en Cuba; era además preciso resolver en este cuerpo la cuestión de la *escala práctica*. Las economías que, por todos conceptos, pudieran introducirse en el presupuesto, serían empleadas en completar y mejorar el sistema defensivo de España, fortificando la frontera desde San Sebastián á Figueras y los puertos y plazas más importantes. De todos estos planes algo se realizó, y todo lo restante lo conservo en mi poder, y lo conservarán quizá los archivos de la Guerra, sintetizado en proyectos de ley y en Reales decretos publicados ó no. Esto en cuanto á las medidas de carácter general y de conveniencia pública.

Para mejorar la situación particular de las clases todas del ejército, presenté á las Cortes una ley rebajando á treinta y cinco años de servicios el tiempo para obtener el máximum de retiro. Con esto se daría, y se dió desde luego, algún movimiento á las escalas, enteramente paralizadas entonces, y esperé que se extinguirían las clases de reemplazo, á cuyo fin tenía también el proyecto, después realizado, de organizar la Guardia rural, en cuyo instituto esperaba que ingresaría una quinta parte, cuando menos, del contingente que pesaba sobre las escalas activas. Proponíame además presentar á las Cortes un proyecto de ley sobre ascensos y recompensas, que formulé años antes, desempeñando el cargo de Consejero Real, y no recuerdo si fué entonces cuando publiqué el decreto suprimiendo los segundos comandantes; pero empecé á estudiar los medios de que el primer tercio de la escala de capitanes disfrutara de mayor sueldo, logrando desde luego introducir un aumento de 100 reales mensuales en la paga de los subalternos. Determiné además suprimir el descuento de música y todo otro gasto que mermase sus insuficientes haberes, é implantar un proyecto ya formulado, para asegurar la suerte de los hijos de los jefes, oficiales y clases de tropa que quedaran huérfanos, procurando que ingresaran en el ejército, recibiendo del mismo alimentos y educación. Las hijas huérfanas de los militares serían asimismo recogidas en un establecimiento *ad hoc*, donde recibirían una educación decorosa, proveyendo luego á su colocación y dotándolas modestamente. Para realizar esto era necesario el concurso pecuniario mutuo de todo el ejército, y el breve tiempo que permanecí formando parte de aquel Gobierno no me permitió solicitarlo; si bien no iré al sepulcro sin haber realizado este pensamiento, circunscrito al arma de Infantería, porque algunos años después encontré ya medios hábiles y rápidos para fundar su *Colegio de Huérfanos*, que disfruta hoy de vida próspera, merced al concurso de todos los que componen nuestra gran familia, y á la actividad y celo de los sucesivos Directores generales del arma.

cos días después en el Senado el debate político á que dió origen la contestación al discurso de la Corona. Cerca de un mes duró aquella discusión, tan solemne, porfiada é insistente, como no recuerdo otra alguna en mi larga vida pública. Por parte de la Unión liberal nos atacaron el general O'Dónnell, D. Manuel Bermúdez de Castro, que era, por cierto, un terrible adversario, de claro talento y de hábil persuasiva; el Duque de la Torre, el Marqués de Valderrazo y Ros de Olano; hablaron además, bajo diferentes puntos de vista, el Marqués de Molins, el de Novaliches, y los generales Marchessi y Rivero; corriendo á cargo de los Ministros la defensa del Gobierno, y siendo en ella secundados por el Marqués de Miraflores—que explicó la reciente política de su último Ministerio—por el de la Habana y por algún otro senador. El Gobierno fué atacado *por liberal* á juicio de reaccionarios, y *por moderado* en opinión de unionistas, y D. Cirilo Alvarez, único senador progresista que se sentaba en aquellos escaños, declaró solemnemente que como su partido no podría gobernar con aquella Cámara, sólo podían ellos apelar á un golpe de Estado que la disolviera, ó á la revolución, «porque el nudo que no se desata—decía—se corta.» «Mi partido—añadió—no ha sido el hijo pródigo, sino el hijo abandonado.» La crisis provocada por la salida de Llorente, que abandonó el poder por una disidencia de criterio relativa á la mayor ó menor necesidad de modificar la ley de Imprenta, dió tema también á que se nos dirigieran multitud de censuras y á que los oradores se creyeran en la necesidad de recordar toda la historia consti-

Procuré aliviar la precaria suerte de las clases de sargentos del ejército, disponiendo que éstos recibieran de los diferentes fondos de los cuerpos todas las prendas de vestuario, y que percibieran, en consecuencia, sus sueldos líquidos. Para contar siempre con veteranos en las filas, proyecté, y no recuerdo si se ordenó entonces, que se restablecieran los antiguos reenganches y premios de constancia; revisé el decreto que se refería á ventajas en el retiro de los inválidos; nombré una comisión que estudiara los medios de establecer centros de enseñanza para los sargentos que desearan ascender á oficiales; formulé un proyecto, que por desgracia no pude llevar á término, para que todos los soldados é individuos de tropa que perdieran la vista en el servicio tuvieran el derecho de ser mantenidos por el Estado el resto de su vida, y, últimamente, conseguí del ilustre Barzanallana un crédito, aumentando en dos cuartos el haber diario del soldado, que permitió mejorar su alimentación, poniendo carne en los ranchos algunos días de la semana. «Doy á V. la enhorabuena—me decía el general Fernández San Román, en 3 de Noviembre, desde Valladolid—porque el Consejo haya aprobado todos sus beneficiosos y grandes proyectos en favor del ejército. El aumento del *prest* del soldado, del que ya hablan los periódicos, será de mucho resultado, y si V. tiene la felicidad de sacar adelante su proyecto magno de retiros, habrá V. hecho una verdadera revolución en el porvenir de los oficiales. El de edificaciones militares tiene una importancia suma, y le bendecirán las tropas y los generales. Es una lástima cómo están las primeras, y poco decoroso cómo se ve á los segundos. A voz en cuello, y á pesar *de las diversas procedencias*, dicen todos que los moderados son los que han hecho siempre más por ellos. ¡Ay! ¡si no fueran nunca ingratos ni olvidadizos! Siento no poderle ayudar con mis débiles medios en el Parlamento; pero si estoy condenado á encerrarme otra vez en mi casa y á consumir mis últimos años, como he consumido los primeros, en holocausto á mi deber y á la lealtad á mi partido, allí y siempre me tendrá á su disposición.»

tucional de España desde las Cortes de Cádiz, y además la de las disidencias del partido moderado desde su formación, perdiéndose de este modo un tiempo preciosísimo. En reemplazo de Llorente, ocupó la cartera de Estado Benavides, gran refuerzo en aquel debate, porque Benavides era el sarcasmo hecho orador; tenía en su elocuencia el dogma de la burla, y esmaltó los debates con frases ingeniosísimas. Creo fuera entonces cuando dijo á O'Dónnell que la Unión liberal hubiera podido constituir, á lo sumo, «un buen Ayuntamiento». A él se unían, como paladines incansables, González Brabo y el inimitable Alcalá Galiano, que no iba en zaga á Benavides en cuanto á destreza para manejar la ironía, y que escogió también á la Unión liberal como blanco de sus más acerados dardos. Él fué quien tuvo la donosa ocurrencia de llamar á este partido, en pleno Senado, *La familia feliz*, comparándolo á una jaula donde cierto domador, que conoció en la feria de su pueblo, allá en sus años mozos, había encerrado ovejas, lobos, perros, gatos, gallinas, zorras y toda suerte de animales antitéticos, que vivían juntos en la más cordial amistad, bajo la égida protectora de un letrero que decía: «*La familia feliz*». Un día abandonábamos juntos el salón de sesiones, después de haber él pronunciado un largo y magnífico discurso, y recuerdo que tropezamos en la puerta con unos cuantos senadores que iban frotándose las manos, con la mayor alegría:

—¡Esto sí que es discusión!—decían—¡Esto sí que es agradable!

—¡De esto sí que sacará provecho el país!—hubo de contestarles Alcalá Galiano.

En el Congreso, presidido por mi grande amigo D. Alejandro Castro, se repitió á principios de Febrero el mismo espectáculo, terminando á fines del mes, merced al recurso de sesiones dobles. Aparisi y Guijarro nos acusó de entregar las instituciones á la revolución por virtud de nuestras tendencias liberales, y González Brabo tuvo que defenderse de los cargos que le dirigió aquel hombre público, presentándolo como un demagogo. Hablaron, además, Nocedal con muy parecida tendencia, y como representantes de la Unión liberal los señores Posada Herrera, Cánovas del Castillo, D. Manuel Silvela, Alonso Martínez, y D. Pedro Salaverría—que atacó mucho á Barzanallana—terciando además en los debates, ya como amigos del Gobierno, ya como adversarios, muchos diputados pertenecientes á la nueva generación política, entre los que recuerdo á Campoamor, á D. José Luis Albareda, á D. Juan Valera y al Marqués de la Vega de Armijo. Don José López Domínguez, hoy distinguido general y entonces simple capitán de Artillería, y D. Francisco Romero Robledo, tan joven, que en el Congreso todo el mundo se creía autorizado para llamarle *el pollo*,

promovían frecuentes debates en la primera hora, consagrada á las interpelaciones; el último demostraba gran elocuencia y mucho desparpajo, y no dejaba materialmente vivir á González Brabo, á fuerza de diarias preguntas y de continuas acometidas. De aquella discusión conservo muy presente el discurso que pronunció D. Antonio Cánovas, que era ya considerado en España como uno de los primeros oradores parlamentarios. Defendió vigorosamente la política del Ministerio Mon, y anatematizó con rudeza los ataques de que suponía



Don Alejandro Castro.

objeto á la Unión liberal por parte del Gobierno, diciéndonos «que el odio no había tenido Musa en lo antiguo, y que si nosotros la habíamos hallado, era preciso convenir en que no había sabido inspirarnos nada grande ni nada nuevo todavía». González Brabo no se quedó corto en la réplica, como podrán suponerlo mis lectores.

De intento he dejado para el final de este capítulo el negocio más importante y el problema más grande que tuvo que resolver aquel Gobierno. Me refiero al abandono de la isla de Santo Domingo. La historia de la cuestión puedo hacerla en bien pocos renglones. En 1861, y durante el Ministerio O'Dónnell, los dominicanos, que habían

recobrado su independencia, sacudiendo el yugo de sus vecinos los de Haiti—bajo cuya dominación cayeron al separarse de España en 1821, —solicitaron del Gobierno de la Reina la anexión á la antigua madre patria, suscribiendo actas y declaraciones, y pidiendo impacientemente que se les reincorporase á la nación, pues el estado de anarquía en que vivían era constante, habían agotado las fuentes de su riqueza, y estaban de nuevo amenazados por la república de Haiti. El Gobierno de O'Dónnell aconsejó á S. M. la anexión, fundado en los sentimientos de humanidad y de honra patria que debían impulsarnos á tender la mano á unos infortunados que, después de su extravíos, demostraban tanto amor á la antigua metrópoli. La Reina aprobó el pensamiento, y por un decreto se declaró reincorporada á España la República de Santo Domingo.

Pronto se advirtió, sin embargo, que en las peticiones de los dominicanos había faltado la unanimidad, cuando no la buena fe, pues comenzaron en seguida á publicar protestas, y acudieron después á la insurrección, cundiendo ésta de tal suerte que, al cumplirse el año, la isla de Santo Domingo presentaba el espectáculo de un pueblo entero en armas, pretendiendo rechazar por la violencia á los que habían llegado á protegerlo en virtud de sus reiteradas súplicas y llamamientos. El conflicto habría terminado pronto, retirando inmediatamente España su ocupación; mas por desgracia no lo decretaron así nuestros Gobiernos, bien por el empeño de proteger y de salvar á algunos naturales, que con sus bandos se habían decidido resueltamente á combatir á nuestro lado, bien por una, á mi entender, equivocada aunque respetable idea de dignidad nacional.

Enviáronse, pues, refuerzos y generales, emprendiendo resueltamente la guerra con el apoyo de unos 3.000 dominicanos y de cerca de 400 oficiales y jefes negros y mulatos, que combatían contra sus compatriotas los insurrectos. El general D. José de la Concha, ministro de la Guerra de la situación Miraflores, llegó á enviar el año 1863 más de 16.000 hombres, nombrando Capitán general al general Rivero; el general Lersundi, que le sucedió en el Ministerio, envió otros 5.000, y Marchessi, mi antecesor, cerca de 4.000 en sucesivos embarques y alistamientos, y esto sin contar con las fuerzas que salieron de Cuba y Puerto Rico para sostener la campaña. El ejército resultaba victorioso en todos cuantos choques y acciones libraba al enemigo, y de esto fueron buena prueba la toma de Monte-Cristi, la operación de Gándara sobre Puerto-Plata, y muchas otras acciones en que ni por un solo momento resultaba indecisa la victoria. Pero los triunfos no bastaban para sostener el país bajo la dominación de nuestras armas; era precisa una ocupación general y permanente de la Isla, y esto no po-

día intentarlo España sin exponerse á la ruina. Necesitábamos realizar la conquista paulatina y metódica de un territorio de 4.000 leguas cuadradas, desierto y cubierto de bosques malsanos é inhospitalarios. Las bajas producidas en los cuerpos, por las enfermedades endémicas y por las epidemias que se declararon, alcanzaron pronto cifras aterradoras y jamás conocidas en ejército alguno. Las columnas marchaban bajo un sol abrasador; dormían al *vivac* sobre terrenos pantanosos; faltábalas con frecuencia el agua potable; atravesaban ríos y lagunas casi á nado, sin puentes ni medios de transporte; eran devoradas por plagas de mosquitos; sufrían sin abrigo lluvias torrenciales, y el enemigo, oculto entre los bosques vírgenes y cubierto por aquella naturaleza inextricable y mortal, apenas si de vez en cuando se presentaba en emboscadas y sorpresas, limitándose al ataque de los convoyes y á interceptar las comunicaciones. «Allí no se pierde sangre, sino vida», decía un día en el Senado Alcalá Galiano, resumiendo de admirable modo el carácter de la guerra dominicana. El regimiento de infantería de Nápoles, por ejemplo, que salió de Cuba en Septiembre de 1863, completándose en Santo Domingo hasta alcanzar la fuerza de 1.400 hombres, tuvo en siete meses un total de 871 bajas definitivas, de las cuales fueron 601 por fallecidos, 186 por inútiles, y el resto de 84 por cumplidos, y de la fuerza restante de 529 hombres, aparecían más de la mitad enfermos en los campamentos ó embarcados, con destino á los hospitales de Cuba. Los restantes cuerpos ofrecían un espectáculo semejante, y las partidas de 100 hombres que recorrían el territorio desaparecían á veces, muriendo 95 de las fiebres. Aquello era, pues, una verdadera desolación, sin interés alguno nacional ni de utilidad positiva para el país que tales sacrificios realizaba. Además, desde el principio de la guerra hasta el mes de Septiembre de 1864, fecha de nuestra entrada en el Gobierno, las cajas de Cuba habían abonado la enorme suma de 280 millones de reales para sostener la guerra de Santo Domingo. «Hasta Marzo, y aun Abril, podré seguir, con los recursos que hoy tengo, haciendo frente á las necesidades del ejército—me decía el general Dulce, desde la Habana, en carta particular de fecha 15 de Enero de 1865;—más adelante no podré atenderlas, á menos de que el Tesoro público venga en auxilio de estas cajas. Hoy no hay más novedad, que yo sepa al menos, que las muchas enfermedades de siempre, lo cual produce un aumento de consideración de enfermos en los hospitales de esta Isla, y de consiguiente en los gastos: hoy existen 6.000 enfermos próximamente, y en este instante me dan parte de que acaban de llegar á este puerto, procedentes de Samaná, Puerto Plata y Monte-Cristi, 270. El batallón de la Habana ha estado en el primer punto dos meses, y en ellos ha quedado en cuadro; lo ha rele-

vado otro de España, y de seguro, en igual período, ó antes, estará también inútil; y todo, ¿para qué y por qué? para nada más que consumir los rendimientos de esta Isla, y lo más triste aún, para la pérdida de hombres sin provecho ni utilidad conocida. Sobre este asunto, tan poco agradable por cierto, no quiero discurrir ya; en mis informes habrá usted visto cuanto expongo á la consideración del Gobierno.»

¿Era necesario, era útil, era patriótico el mantenimiento de nuestra soberanía en Santo Domingo, y por ende la continuación de aquella guerra? ¿Convenía á los intereses de España abandonarla? ¿Era contrario este abandono al honor de nuestra bandera? Tal era el problema planteado hacía algunos años, desde el comienzo de la insurrección, problema que el Gobierno del Duque de Valencia debía resolver inspirándose en el más acendrado patriotismo. Mucha parte de la opinión general vacilaba entre los dos términos, coincidiendo, no obstante, la mayoría en el resultado final, que debía ser de todos modos el abandono. Pero unos, como Cánovas del Castillo—disintiendo en esto de su partido—querían que el triunfo se alcanzase primero, y que se abandonara después, y otros, como el Gobierno, entendían que debía abandonarse, sin más dilaciones ni tentativas, creyendo que el empeño de este triunfo, aun suponiendo que fuera posible conseguirlo, resultaba verdaderamente pueril si después no habíamos de conseguir otros frutos que los del amor propio sosegado, y más cuando el ejército no había sufrido ninguna derrota que satisfacer, ni el honor de las armas ningún agravio que vengar. Nuestros verdaderos enemigos allí eran el terreno, los bosques, el aire, el sol, los miasmas y las lagunas con sus fétidas podredumbres y sus terribles fiebres; estos elementos nos derrotaban y aniquilaban. ¿Debíamos continuar contra ellos aquella lucha terrible? ¿Podríamos jamás vencerlos? Y todo, ¿para qué? ¿Para abandonarlos en seguida? Más lógica parecía la opinión de la masa del partido de la Unión liberal, que, defendiendo todavía la anexión, pedían que la guerra continuara, pero que continuara para domar y sojuzgar aquellos antiguos dominios de la Monarquía española. Mas para esto era necesario alistar un ejército de 30.000 hombres, sobre el que ya había en Santo Domingo, irlo reemplazando, cada dos meses, para cubrir las enormes é inevitables bajas, y últimamente, aprontar 12 millones de duros que, según el mismo general Dulce me escribía en el mes de Enero, serían necesarios para el intento de acabar la guerra, «pues estas cajas—añadía—se hallan tan exhaustas, que no es posible contar con ellas sino para poder hacer frente á las obligaciones ordinarias. Las operaciones realizadas han servido para cubrir los extraordinarios; pero á medida que se hace uso del crédito, éste decrece, y el quebranto es mayor».

En vista, pues, de todos estos motivos y de los infinitos datos y noticias de todo género que obraban en poder del Gobierno, teniendo en cuenta las razones que pudieran llamarse de honor y decoro nacional, adelantándose hasta la suposición halagüeña de un triunfo logrado á costa de inmensos sacrificios, pesando altas consideraciones de política interior y extranjera, y haciendo el doloroso cálculo de las vidas que se perdían y habrían de perderse, y de los tesoros consumidos en una lucha enteramente estéril, el Gobierno, por un acuerdo unánime, acordó presentar á las Cortes un proyecto de ley derogando el Real decreto de 1861, por el que se declaraba reincorporado á la Monarquía el territorio de la República dominicana.

El momento era además propicio. El hábil general D. José de la Gándara, que representaba allí la autoridad del Gobierno, había admitido algunos tratos y cursado á España una respetuosa exposición que varios jefes rebeldes dirigían á la Reina, solicitando entrar en negociaciones para ajustar una paz honrosa. Esto abría el camino y cubría muchas susceptibilidades y reparos, y tanto el Gobierno como el dictamen de la comisión parlamentaria que nombró el Congreso á la presentación del proyecto de ley, consignáronlo así para exponer la cuestión con todas sus circunstancias á las Cortes, y dejar luego al voto de la representación nacional la definitiva resolución de tan grave asunto.

Los estrechos límites á que ya debo reducirme para la terminación de este libro no me permiten tratar la cuestión de Santo Domingo con toda la extensión que merece, ni utilizar los muchos documentos que obran en mi poder, para justificar más todavía la iniciativa y resolución que tomó el Gobierno. Del general Dulce, capitán general de Cuba, conservo una interesante y larga correspondencia que no puedo extractar siquiera, en la que, á presencia de los antecedentes é inmediatas noticias que reunía, por su alto cargo, manifestábase oficial y privadamente como el más constante partidario del abandono. Otra colección de cartas, no menos valiosa, podría publicar del general Gándara, en la que, después de luminosos y largos informes acerca de todas las circunstancias y peripecias de la lucha que personalmente dirigía, y coincidiendo en esto con la opinión de Cánovas, aconsejaba que debíamos seguirla hasta conseguir el triunfo, y abandonar luego la Isla, en atención á nuestro prestigio en América. Gándara, además, dábame muchos detalles acerca de la conducta heroica de los cuerpos, de la constancia, virtudes y resignación del ejército, y de los méritos sobresalientes de sus jefes y oficiales, detalles que sinceramente siento no poder reproducir, pues sólo esta correspondencia ocuparía varios capítulos. Mas no me es posible resistir al deseo de copiar un párrafo de su carta de fecha 8 de Febrero, en el que me hablaba de un heroico

soldado, del coronel de ingenieros D. Francisco Van-Halen, en esta forma: «Este jefe—decía Gándara—vino á la campaña á buscar una muerte honrosa que abreviara algunos meses su existencia, amenazada irrevocablemente por una tisis aguda en tercer grado y un asma crónica inveterada. Su existencia es un milagro que sólo puede realizar una fuerza de voluntad admirable y una energía extraordinaria. En los campamentos vive muriéndose; en las marchas apenas puede sostenerse á caballo; á los buques hay que llevarlo en camilla, y en las navegaciones que hacen necesarias las comisiones que desempeña, va constantemente en la cama. No ha sido posible hacerle dejar el ejército; quiere morir en él, y yo utilizo, en beneficio de la patria, la vida que le queda, el claro talento que tiene, y la buena voluntad y energía de que está dotado.»

Es claro que la cuestión de Santo Domingo, que afectaba tantos intereses nacionales y políticos, había de preocupar hondamente á la opinión pública y de promover apasionados debates en las Cámaras. Aun antes de que el Gobierno presentara el proyecto de ley de abandono, y siendo, como lo era, conocida nuestra opinión, fué este uno de los puntos más importantes sobre que giró la discusión política, en el Senado, de que hablé antes, y de la que siguió en el Congreso. Yo recuerdo mucho el discurso que pronunció sobre este asunto mi amigo el Marqués de la Habana, invirtiendo en él dos sesiones enteras, y aportando al debate todos los datos y consideraciones que pudieran ilustrarle: es éste, sin duda, el discurso más importante que se pronunció acerca de la guerra dominicana y el más notable de cuantos he escuchado á D. José de la Concha. Este general, que aportó muchos elementos á la lucha, como Ministro de la Guerra; que fué el que más hizo para procurar una rápida pacificación, en los momentos en que la guerra comenzaba á generalizarse; el que por sus largos mandos en América estaba en condiciones de conocer profundamente aquellas cuestiones complicadísimas, opinaba también como el Gobierno, y declaraba altamente en el Senado «que allí no había una cuestión de honor para la nación española, sino una inmensa desgracia para el país, que consumía sus tesoros, y un inmenso infortunio para aquellos soldados, que, en vez de morir defendiendo á la patria con el fusil en la mano, perecían en un mísero hospital.»

La cuestión tuvo al cabo el desenlace de todos conocido, aprobando las Cortes el proyecto del Gobierno, y retirándose, poco después, las fuerzas de ocupación, al amparo de un riguroso bloqueo. «Cuando lleguen las tropas—me decía Dulce á fines de Marzo, suponiendo ya que comenzarían pronto los embarques en Santo Domingo—deseo enviar á la Península á todos los jefes y oficiales que hayan cumplido, y

reorganizar después este ejército con lo mejor que quede. En cuanto á los negros y mulatos que se acojan á la bandera, como su presencia aquí sería un peligro, pienso despacharlos para Cádiz ó Canarias, sin dejarles siquiera saltar en tierra, por más que esto parezca cruel. Pero es preciso hacerlo en aras del bien público; negros con entorchados y galones producirían aquí un escarnio y un desprestigio.»

Esto se explica por la inmensa prosperidad de que disfrutaba en aquellos años la isla de Cuba, y por la creencia, muy generalizada entonces, de que su riqueza era resultado exclusivo del mantenimiento de la esclavitud. Á este respecto, uno de mis amigos, allí residente, me decía lo que va á leerse en una de sus cartas fechada en la Habana á principios de 1865: «Contrastando con la pobreza, desgobierno, turbación y desquiciamiento en que la Península ha caído, se encuentra este país próspero, rico, tranquilo y esperanzado. Han transcurrido los días de Pascuas y de Reyes, en que blancos y negros han comido, bebido, trincado y despilfarrado de lo lindo, sin que haya ocurrido ni un papirotazo. En los campos, lo mismo que en las poblaciones, se disfruta de la más completa seguridad, y tanto, que apenas se cometen delitos. Los hacendados están en sus faenas para la recolección del azúcar, cuya cosecha es grandísima; los comerciantes, combinando especulaciones para la compra y venta de frutos; los navieros, alistando los buques que han de conducirlos á todas las partes del mundo; los banqueros, descontando á $4\frac{1}{2}$ y 5 por 100; los establecimientos de crédito, repartiendo á sus accionistas dividendos semestrales de 5, 6 y más por 100; los mercaderes, vendiendo toda clase de ropas, efectos y los miles de útiles y artículos que necesita la vida; los artesanos, trabajando en sus oficios, y las gentes de faena, encontrando de sobra donde trabajar. Hasta el tabaco, que andaba despreciado, ha tomado vuelo, y de él se hacen embarques para el extranjero á regulares precios, con fundada esperanza de mejoría. El Tesoro es el único que cada día está más pobre y entrampado por efecto de las deudas contraídas para los gastos de Méjico y Santo Domingo; pero en todas las demás cajas el dinero anda de sobra.

»Oscurece sólo el cuadro en lo venidero esa fatalísima manía reformadora que se ha apoderado de nuestros gobernantes, á pesar de que, por lo general, no conocen este país ni sus necesidades y deseos. Para los reformadores nada significa el admirable hecho de que en cuarenta años se haya convertido este antiguo presidio en uno de los países más ricos del globo. Un sistema de gobierno que tales resultados produce, no debe ser tan malo como suponen los innovadores. En vez de eso se hace aprecio de las teorías y alharacas de los charlatanes empíricos, y se les escucha para facilitarles el camino de

sus aspiraciones, que no son otras que las de independencia. Este es el objeto de los farsantes que tanto ruido meten y que encuentran en ésa tontos ó pícaros que les escuchan y aceptan sus quejas. No sé si es posible mantener la esclavitud, si bien creo que se puede ir tirando con ella; pero tengo la íntima convicción de que el día que desaparezca, y no siendo posible, como no lo ha sido en ninguna parte de estas tierras tropicales, organizar otra clase de trabajo, la isla de Cuba vendrá á ser *ipso facto* lo que son Haiti, Santo Domingo, Jamaica y las demás Antillas. Para ese día, el Gobierno debe adoptar la heroica resolución de abandonar esto, cuando tenga que hacer el más leve sacrificio para conservarlo. Para una nación que tantas tierras ha perdido, eso será mucho menos malo que empeñarse, por vanidad ó errado cálculo, en mantener una posesión que costará ríos de oro y de sangre.»

Por fortuna para España, no siguieron esta determinación los gobiernos; pero de todos modos será preciso convenir en que mucha parte de las predicciones que contiene esta carta se han realizado al pie de la letra, tal y como algunos años antes, y en plena prosperidad, las anunciaba mi ilustrado corresponsal y amigo.

No me fué dable terminar, desde el Ministerio de la Guerra, la cuestión de Santo Domingo, en la parte que á mi departamento correspondía, ni llegar á implantar todas las reformas en el ejército de que he hablado en páginas anteriores. Desde el mes de Febrero mi salud comenzó á alterarse, y á mediados de Marzo fuí invadido por un violento y visible ataque de herpetismo, cuyas inherentes y agudas molestias me privaron enteramente del sueño. Unido esto á los efectos del inmenso trabajo que me había impuesto en la secretaría, comencé á sentirme muy enfermo, y así por el propio convencimiento, como por el dictamen facultativo que me prescribía cuidados, descanso, el uso de aguas medicinales y un alejamiento temporal de los negocios, y por otras razones de que hablaré en seguida, resolví separarme del Ministerio. En su virtud, presenté mi dimisión el 30 de Marzo de 1865.





DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

CAPITULO XVIII.

Sobre el avoritismo en el ejército. — Cómo se justifica mi dimisión. — Efectos que produjo en el seno del partido.— Ataques de que fuí objeto.— El nuevo Gabinete O'Donnell.— Recrudécese la conspiración.— En el despacho del Ministro de la Guerra.—Ofréceme la Dirección de Infantería.—Razones por las cuales me negué á aceptarla.— Nueva entrevista con O'Donnell.— Soy nombrado Director general de Estado Mayor.—Ataques de los moderados.—Mi actitud.—El 3 de Enero de 1866.—Prim sublevado.— Su retirada á Portugal.—Las veladas de aquella época en el Ministerio de la Guerra.— Sobre D. Antonio Cánovas del Castillo.—La situación política.—Trabajos de los progresistas.— La conspiración por dentro.—Los sargentos de la guarnición de Madrid.—En la casa núm. 3 de la calle de Jesús del Valle.— Lo que hacía D. Domingo Moriones.—Planes abortados.—Actitud de los sargentos de artillería.—Don Manuel Becerra.—Preliminares de la revolución.—Plan de los sublevados.— La madrugada del 22 de Junio.—Un relato interesante.—A la puerta del cuartel de San Gil. — Sobre el capitán D. Baltasar Hidalgo.—Medidas del Gobierno.—La hecatombe de los oficiales de artillería.— Particularidades del combate.—D. Joaquín Jovellar.—Otros heridos ilustres.—Una frase de D. José Gutiérrez de la Vega. —La crisis y la declaración de O'Donnell.—Tristes pronósticos.



o dije en el anterior capítulo que mi situación en el Ministerio, después de los dos primeros meses, hízose muy penosa por razones que voy á recordar someramente. Conocidos son ya cuáles fueron nuestros proyectos de reformar el ejército y de plantear algunas innovaciones que produjeran pronto una verdadera satisfacción en el ánimo de todos sus individuos. No podía, sin embargo, conseguirse esto con sólo reformas escritas; era también preciso desterrar el favoritismo, que ha producido siempre en las filas grandes estragos, y que, de seguir imperando, vendría á hacer ineficaces cuantos esfuerzos se realizaran para mejorar la suerte de todos y para levantar el espíritu de la oficialidad. Me encontré, pues, sumamente embarazado desde los primeros días de nuestra subida al poder, ante un inmenso cúmulo de recomendaciones y de exigencias, formuladas por los personajes de más alta representación en el país, los cuales no sólo pedían variaciones constantes de destinos para la mejor colocación de sus apadrinados, sino también grados, cruces y hasta *empleos redondos*, sin alegar siquiera los motivos ó servicios en que los protegidos pudieran fundar sus pretensiones. ¿Cómo complacer á los hombres políticos y á otras altas personalidades, sin disgustar hondamente á la masa del ejército que veía siempre ascender, desde los últimos puestos de las escalas, á los favorecidos por la protección de algún influyente personaje? «Mi querido amigo y compañero—me decía uno de los Ministros cierto día en carta reservada—perdone V. que insista en mi recomendación á favor de don N. N., por ser cosa que interesa vivamente al resultado de la elección de mi distrito. Si las prescripciones legales del Ministerio de su digno cargo no permiten concederle el empleo de capitán, ruego á V. que *le conceda algo*, por lo que pueda comprender la familia del interesado el buen deseo del candidato, que no es otro que el mío.» Era claro que, accediendo á este género de empeños, no era posible pensar siquiera en la reorganización del ejército. Yo me decidí á oponer una constante resistencia á estas exigencias de imposible satisfacción, y lo realizé tanto como pude; mas comencé á ser objeto de frialdades y apartamientos, que al principio me resultaban inexplicables, pero cuyas causas comprendí pronto, lamentando luego que aquellas demostraciones se convirtieran poco á poco en actos no disfrazados de hostilidad, que llegaron verdaderamente á afectarme mucho. Unido este disgusto, íntimo y secreto, al que me producían las tendencias que ya iba demos-

trando el general Narváez en el Gobierno; á que le veía inclinado á repetir en la política su conducta de siempre, olvidando todos sus propósitos y promesas liberales, y sumándose luego á estas reservadas causas, la principal y más apremiante, ocasionada por el deplorable estado de mi salud, decidí separarme del Ministerio según ya he dado cuenta al terminar el capítulo que antecede. El efecto que esta dimisión produjo en el campo político, fué muy vario. Atribuyéronla los adversarios á disensiones de carácter político habidas en el seno del Gabinete, y sobre este tema, y con apoyo de esta demostración, intentaron probar en sus discursos y periódicos la flaqueza del Gobierno y lo inevitable de su caída. Todo esto era natural y legítimo como arma de partido, y había que esperarlo de todos modos; pero lo que más profundamente me lastimó, fué la actitud del mismo partido moderado con respecto de mí, y los ataques y aun diatribas que me fueron prodigados por parte de mis propios correligionarios y más antiguos amigos, quienes, creyendo que esta crisis podía lastimar la situación, no quisieron ver en ella ni tomar en cuenta las causas, harto sensibles para mí y harto legítimas, que principalmente la motivaron. No bastó que en los primeros días me creyera en el deber de declarar que no me había separado del Gobierno por razones políticas; los ataques y desvíos continuaron durante todo el mes de Abril, y yo, que he tenido siempre malísima disposición para soportarlos con paciencia, adopté á mi vez una actitud retraída, creándome así desde aquel momento una especie de entredicho con mi propio partido, que los sucesos debían ahondar muy en breve, si bien mis relaciones personales con el Duque de Valencia continuaron siendo cordiales.

A los pocos días de mi retirada ocurrió la jarana de estudiantes de la noche de San Daniel. Las consecuencias y peripecias de estos desagradables acontecimientos colocaron ya al Gobierno en una situación violenta para con la opinión, á pesar de la defensa de González Brabo, que pronunció hasta diez y ocho discursos consecutivos en pocos días, quebrantándose también la situación del ministerio en Palacio; y esto quizá, ó las contrariedades que sufrió el Gobierno con motivo de la publicación del *Syllabus*, y el carácter ya demasiado irritable de Narváez, que le impelía á tomar resoluciones extremas ante la menor contrariedad, provocaron su dimisión en Junio del mismo año; dos meses después de mi retirada. La Reina volvió á llamar al general O'Donnell, y éste formó un ministerio en el que entraron Bermúdez de Castro, Calderón Collantes, el general Zabala, Cánovas del Castillo, Posada Herrera y el Marqués de la Vega de Armijo, encargándose del Ministerio de la Guerra el mismo presidente del Consejo.

Todas estas crisis impedían que se siguiera una dirección normal y

continua en la gobernación del Estado, y debilitaban aquellas situaciones, fortaleciendo en cambio la de los comunes adversarios y principalmente la de los progresistas. Ya en los últimos días del Ministerio Narváez, Prim, que continuaba sus trabajos en el ejército, intentó, aunque sin fruto, sublevar algunos cuerpos en Valencia y en Pamplona con ayuda de sus amigos los señores Moriones, Gaminde, Acosta y otros que se movían mucho, y al advenimiento de O'Donnell, y al anunciarse las nuevas elecciones que debía hacer Posada Herrera, volvió el partido revolucionario á acordar el retraimiento, anunciando bien claramente que se proponía combatir á la unión liberal con iguales armas que á los moderados. Reanudáronse, pues, los trabajos de sedición en las filas del ejército, y tomaron éstos tal incremento en el verano, que á mi regreso de los baños, en Octubre, supe, por los muchos militares que vinieron á visitarme á mi casa, que la inmediata tentativa de Prim se consideraba próxima, confirmándome esta noticia el mismo general O'Donnell, á los pocos días, cuando por una lacónica carta escrita de su puño, fuí llamado á celebrar con él una reservada entrevista en su despacho del Ministerio de la Guerra. Era O'Donnell un hombre frío y metódico, y bajo una pequeña carpeta de papel en la que se leía *Orden público*, tenía coleccionadas seis ó siete hojas sueltas con someros y concisos apuntes, todos de su letra. Según me dijo, la revolución, es decir, los progresistas y demócratas tenían minados la mayoría de los cuerpos del ejército para realizar un movimiento muy inmediato y de resultados dudosos. La guarnición de Madrid y la de sus cantones era la más comprometida. En los regimientos de infantería y caballería figuraban muchos jefes y oficiales resueltos á seguir á Prim, y en los de artillería parecía segura la complicidad de todos los sargentos y la de muchos oficiales prácticos que ejercían grande influencia en el soldado.

O'Donnell se pronía separar bastantes jefes y oficiales, y al propio tiempo, sin dar escándalo, sin manifestarse enterado de nada, y por lo tanto sin demostrar temor alguno á la conspiración, iba á disponer paulatinamente muchos relevos en las guarniciones de todos los distritos. Ignoraba si con estos medios le sería posible contener el movimiento; pero para el caso contrario, es decir, por si necesitaba dar pronto una batalla á la revolución, que juzgaba muy decisiva, quería saber si podría contar con mi concurso, y según decía, con el de mis conocimientos y experiencia en el ejército, añadiendo que Ros de Olano no tenía empeño alguno en conservar la Dirección de Infantería, y que desde ella podría yo continuar muchas de las reformas por mí iniciadas, hacía pocos meses, desde aquel puesto que él ocupaba.

Ante consideraciones tales, yo no podía lastimar al general O'Don-

nell oponiéndole una negativa rotunda y seca, ni en realidad manifestarme ofendido porque me hiciese á mí, general moderado, una proposición que podía comprometer mi posición en el partido á que seguía perteneciendo. Mas desde luego decliné sus ofrecimientos, fundándome en esta última consideración, y manifestándole sólo que para el caso de que verdaderamente peligrase el trono de D.ª Isabel II, podría contar con mi concurso en cualquier puesto que se sirviera designarme. Insistió O'Donnell; alegó razones más fundamentales todavía, entre otras, el ejemplo de varios generales unionistas que bajo el Ministerio anterior, de que formé parte, no tuvieron inconveniente en conservar sus puestos, sin darle siquiera conocimiento y sin que él pudiera ni debiera extrañarlo; recordó mi propia conducta rogando á estos mismos generales que no insistieran en las dimisiones presentadas, y últimamente, el proyecto por mí elaborado del Estado Mayor general para separar los mandos militares de la política, facilitando á todos el servicio bajo cualquier Gobierno y sin distinción de opiniones. Todo esto era, en verdad, muy exacto y muy lógico; más yo insistí en mi negativa, y me retiré del despacho de O'Donnell, sin que aquella entrevista diera otro resultado que el de renovar nuestras buenas y antiguas relaciones de amistad.

Así transcurrió todo el resto de Octubre y los meses de Noviembre y Diciembre, hasta que en los últimos días de este mes fuí nuevamente llamado por otra carta igual del Ministro de la Guerra. Volvió aquella noche O'Donnell á instarme de nuevo para que aceptase el puesto anteriormente ofrecido; enseñóme los datos que obraban en su poder, según los cuales el movimiento de Prim debía estallar muy en breve, siendo necesario adoptar grandes y eficaces medidas para estorbarlo; díjome que tenía la mayor desconfianza y desasosiego por las noticias que acumulaba la policía relativas al estado de la guarnición de Madrid, y principalmente sobre los cuerpos que guarnecían el inmediato cantón de Alcalá de Henares, y con objeto de desvanecer de una vez todos mis escrúpulos y vacilaciones, díjome claramente que había llegado el momento por mí indicado, que consideraba en gran peligro el orden público, y que, al manifestarme su deseo de obtener mi concurso, sólo se dirigía al militar, al soldado, no al hombre político, cuyos compromisos respetaba en toda su extensión, dejándome en la más completa libertad de declararlo así donde y como lo tuviera por conveniente. Ante aquella delicada conducta, y en presencia de las circunstancias públicas, no cabía ya en mí una vacilación que habiera podido interpretarse como tibieza en el sentimiento del deber militar; pero declaré á O'Donnell que sólo aceptaría el puesto más modesto que tuviera disponible dentro de la jerarquía de mi empleo, para que jamás pudiera atribuirse aquella

resolución mía á motivos bastardos, ni á estímulos de ambición. Precisamente el general Calonge, también moderado, deseaba retirarse de la Dirección general de Estado Mayor que desempeñaba, y había ofrecido su dimisión fundada en el mal estado de su salud; era una circunstancia propicia que la ocasión ofrecía, y en su virtud admití aquel cargo, honrosísimo de todos modos, pero que resultaba modesto para un general que acababa de desempeñar, hacía ocho meses, la jefatura del ejército. Desde esta Dirección podría, sin embargo, prestar al Gobierno cuantos servicios reclamara de mí, bien en los acuerdos y en las Juntas, bien en el campo y á caballo, con el mando de las tropas que, para repeler un acto de fuerza y sin perjuicio de mi destino, quisiera el Ministro confiarme.

Al dar este paso, sabía bien á todo cuanto me exponía ante la opinión pública, y más ante la del partido moderado; sabía que por las especiales circunstancias que siguieron á mi salida del Gabinete, no se alegaría en mi favor, ni el ejemplo de otros generales moderados que habían servido ó sirvieron después, sin extrañeza de nadie, bajo el mismo Ministerio unionista, ni las razones de sincera buena fe que me guiaban; pero como en otras circunstancias de mi vida, obedecí al llamamiento del Ministro de la Guerra y á la voz del deber, arrostrando con tranquilidad todas sus consecuencias, que no fueron insignificantes ni pequeñas, con relación á todo el porvenir de mi vida pública. El efecto político se produjo tal y como lo había previsto. Desde el día en que se conoció mi nombramiento, la prensa moderada me hizo blanco de sus más acerbas recriminaciones y censuras, y aunque no me hubiera sido difícil justificarme, bien en la prensa misma ó en el Senado, ó acudiendo á Narváez en son de queja, sentí demasiado heridos mis antiguos afectos; vime tratado con una ingratitud é injusticia jamás esperada, ni mucho menos merecida; creí, con demasiado orgullo quizá, que toda justificación rebajaría mi carácter ante mis propios ojos y concepto, y resolví oponer á todas las críticas y murmuraciones un silencio que debió estimarse como demasiado desdeñoso, para que pudiera serme perdonado. Mantuve, sin embargo, mis relaciones de amistad con D. Ramón Narváez, y aunque nuestro antiguo y frecuente trato se interrumpió, ni esto, ni el haber aceptado el puesto con O'Donnell en días de peligro, fué obstáculo para que al volver al poder en Julio de 1866 me ofreciera una última prueba de su cariño, proponiendo mi candidatura á S. M. para el mando superior de Cuba, candidatura que, por cierto, la Reina rehusó sancionar, ignoro todavía por qué motivo.

Los temores de O'Donnell debían justificarse más pronto de lo que él mismo suponía. El día 2 de Enero de 1886 tomaba yo posesión de mi destino al frente del Cuerpo de Estado Mayor, y al día siguiente cundía

por Madrid la grave noticia de que D. Juan Prim, á la cabeza de dos regimientos de caballería, acantonados en Aranjuez y Ocaña, se había sublevado en el inmediato pueblo de Villarejo de Salvanés. El Gobierno, como sucede siempre, fué sorprendido—aun cuando no por el hecho mismo, que esperaba de todos modos—por el momento en que se realizó y por las tropas que acudieron al llamamiento del caudillo revolucionario, porque precisamente los regimientos de Calatrava y Bailén eran los que menos oficiales comprometidos tenían en sus filas, mientras que otras fuerzas de Castilla la Nueva y de las Provincias Vascongadas contaban con gran número de prosélitos revolucionarios, según después se comprobó, con entero conocimiento de todo. El Gobierno cumplió bien con su deber; pidió á las Cámaras, recién abiertas, una suspensión de sesiones; declaró varios distritos en estado de guerra, y destacó fuerzas importantes en persecución de los sublevados, al mando del general D. Juan de Zabala, que abandonó temporalmente la cartera de Marina, recibiendo yo órdenes reservadas del Ministro para el caso de que, por efecto de las vastas ramificaciones del complot, fuera en otro punto secundado el Marqués de los Castillejos. Yo debía ir á Andalucía, mientras que otros generales saldrían, con iguales encargos, al centro, á Cataluña y á las provincias limítrofes de Portugal; porque, según el plan de O'Donnell, los capitanes generales de los distritos no se moverían de sus capitales, á fin de mantener á toda costa el orden en las poblaciones más importantes. Afortunadamente, aquella vasta conspiración fracasó por completo, pues sólo en Avila movióse un batallón de Almansa hacia Zamora, abandonándolo en seguida los jefes sublevados y ganando la frontera los más comprometidos. Prim, en su vista, viéndose aislado, no pensó ya sino en poner á salvo los regimientos, y maniobró en consecuencia, sorteando, con extraordinaria audacia y fortuna, las columnas que marchaban en su persecución bajo las órdenes de los generales Zabala y Echagüe. El 3 de Enero salía Prim de Villarejo y lanzaba su proclama contra la Constitución y la legalidad vigente; el 5, el Marqués del Duero, que regresaba accidentalmente á Madrid, le cerraba en Manzanares el paso de Andalucía, formando una columna, y Prim seguía hasta Daimiel el 8, desde cuyo punto retrocedía á su derecha, por lo más áspero de los montes de Toledo, dirigiéndose hacia Puente del Arzobispo. Recuerdo ahora que el mismo Prim me refirió muchos años después, que al atravesar con la columna sublevada su posesión de *El Castillo*, detúvose allí algunas horas y puso á la disposición de la fuerza sus ganados y bodegas, pudiendo los soldados saciar la sed con los mejores vinos de Jerez y de Burdeos que tenía. Ignorando Zabala su cambio de dirección, bajó también á Puerto Lápiche y Villarta, donde se encontraba el día 8. El 10 llegaba á Malagón,



ITINERARIO DE LA MARCHA DEL GENERAL PRIM Á PORTUGAL EL MES DE ENERO DE 1866.



EL GENERAL PRIM ATRAVESANDO EL GUADIANA.

avanzando por la cuenca del Guadiana, mientras que Echagüe seguía la del Tajo y los sublevados en el centro continuaban hacia Aldea Nueva, pronunciando ya su retirada á Portugal; pero tenían que ganar la margen derecha del Guadiana, y cortaban todos sus puentes. Una vanguardia de tropas fieles, mandada por el comandante Camino, les seguía de cerca, á dos jornadas escasas; mas consiguiendo mantener esta distancia, penetraba Prim el 15 en la provincia de Cáceres, torcía luego hacia su izquierda, formando otro arco de círculo, llegaba á Logrosán, vadeaba el Guadiana cerca de Villanueva de la Serena—donde por cierto tuvo que arrojarse el primero con su caballo al río, porque la tropa había demostrado cierta indecisión al observar la fuerza de la corriente--y por Zalamea, Usagre, Fuente de Cantos, Fregenal de la Sierra y Encinasola entraba en Portugal el día 20, después de una marcha de diez y siete días consecutivos, y de burlar otras columnas que salieron á su encuentro desde Cáceres y Badajoz.

Mientras se producían estos sucesos, todos los generales acudimos al Ministerio de la Guerra, en cuyos vastos salones pasábamos la mayor parte de la noche en espera de las noticias que comunicaba el telégrafo. Yo tuve entonces ocasión de sostener muy gratas y largas conversaciones con el Sr. Cánovas del Castillo, ministro á la sazón de Ultramar, y de apreciar por mí mismo sus vastos conocimientos y sus cualidades eminentes. Cánovas, por la energía de su carácter, por la decisión de su consejo y por sus grandes medios parlamentarios, era uno de los ministros que más fuerza daban á aquel Gobierno. Su inmediato parentesco con mi antiguo y queridísimo amigo D. Serafín Estévanez Calderón, era ya un aliciente que estimulaba mis simpatías por aquel joven que en tan escaso tiempo, y sin otra ayuda que la de sus propios merecimientos, había alcanzado una situación tan elevada; así es que, en las veladas aquellas del Ministerio de la Guerra, buscaba yo con preferencia su conversación y compañía. No me ocultó Cánovas el deseo en que estaba de que yo aceptase la Capitanía general de Filipinas en reemplazo de mi excelente amigo D. Juan de Lara, que, según tengo entendido, había indicado al Gobierno su deseo de retirarse. Estudiaba y meditaba el Ministro planes muy vastos acerca del porvenir de aquel Archipiélago, tan poco aprovechado por España, é ideas y reformas trascendentales que pensaba implantar, creyendo que, merced á ellas, podrían convertirse las Islas Filipinas en un verdadero emporio de riqueza; y recuerdo que, en apoyo de sus intentos, me citaba el notabilísimo ejemplo de la isla de Java, tan inmediata y semejante á aquellas colonias nuestras, cuyos rendimientos servían entonces para cubrir gran parte del presupuesto de gastos de Holanda. Cánovas no creía imposible repetir en la isla de Luzón primero, comenzando por

someterla del todo á nuestro Gobierno, y luego en otras, escogiendo siempre las más fáciles de administrar, lo hecho por los holandeses, con mucho menos poder, en Java, adoptando su sistema en principio y modificándolo sólo en lo que exigiesen las circunstancias locales; pero ante todo necesitaba una autoridad á propósito, y creía haberla encontrado en mí, deseando asociarme á estos grandes trabajos y pensamientos. Hube, sin embargo, de rehusar su ofrecimiento, no sólo por motivos relacionados con mi posición política en aquellos momentos, sino también por no separarme á tan larga distancia ni por tanto tiempo de mi mujer y mis hijos.

Aquella grave intentona de D. Juan Prim terminó con el manifiesto que escribió desde Portugal, declarando que si las circunstancias y la suerte no le habían sido propicias, «tenía herrado su caballo» para volver pronto á la lucha y al campo; fusiláronse en Madrid á dos sargentos de cazadores de Figueras que intentaron sacar en Alcalá sus compañías, y luego á uno de los capitanes de éstas, llamado, si mal no recuerdo, Espinosa, á quien los tribunales probaron una evidente participación en el abortado movimiento; y con esto y con la derrota de algunas pequeñas é insignificantes partidas que salieron al campo, se restableció en España el orden material, si bien comenzó á cundir un inmenso desasosiego en todos los espíritus, más que por el hecho mismo del pronunciamiento, por lo que revelaba acerca de la situación del ejército; situación gravísima y peligrosa, que demandaba los más enérgicos remedios, y cuyas causas no podría yo determinar ahora con toda exactitud, por no saber si atribuirlas á convicciones de un orden puramente político, ó á la situación poco halagüeña, en cuanto al porvenir individual, en que la oficialidad del ejército se encontraba. Díjose entonces que el Gobierno, temeroso de las graves responsabilidades que contraía adoptando una política de pura resistencia, entabló algunos tratos con los jefes del partido progresista, y también que Lersundi se había comprometido á constituir un Gabinete moderado, sin otra misión que la de facilitar la entrada de los progresistas en el poder. No tuve yo noticia ni conocimiento alguno directo de estos hechos, pero me inclino á creer que en realidad no existieron, porque Lersundi—sin considerarse fuera del partido moderado—admitió en este mismo año la Capitania general de Cuba, del Ministerio O'Donnell, y porque los tenaces progresistas reanudaron inmediatamente sus trabajos revolucionarios desde el siguiente día de su fracaso.

Sobre este nuevo período de la conspiración, el más vivo y el más agitado de la época, puedo revelar ahora los muy íntimos y curiosos detalles que me refirió muchos años después uno de los hombres más audaces de cuantos activamente figuran en aquella parte del drama.

La persona á que me refiero llamábase D. José Rivas Chaves, acaudalado comerciante de telas de la calle de la Luna. Era Chaves el tipo del progresista convencido y del patriota liberal áspero, bravo y sincero, llegando á perder en la política toda su fortuna, á comprometer el porvenir de sus hijos, y á provocar dos ó tres sentencias de muerte ejecutivas, á que le condenaron los consejos de guerra, sin que el Gobierno lograra nunca apoderarse de su persona. Miliciano nacional desde 1854, habíase batido en las barricadas de la Plaza de Santo Domingo el año de 1856, y desarmado á consecuencia de aquellos sucesos, no había cesado de conspirar hasta la época de que voy hablando. Su juventud y su entusiasmo *por la idea*, según la locución empleada entonces por el pueblo; su fortuna y el prestigio que con el empleo de su dinero adquiría entre los suyos; su resolución nunca desmentida, y hasta el aspecto varonil y de circunstancias que le prestaba una larga y espesa barba que descendía hasta la mitad de su pecho, convirtieron pronto á Rivas Chaves en un temible jefe de grupo, con influencia decisiva entre los paisanos y patriotas de su distrito y barrio. Chaves escondía las armas en su casa de la calle de la Luna, habilitando cuartos tapiados y las mismas anaquelerías de la tienda; así es que esta, en vez de géneros y piezas de franela ó de percal, contenía principalmente trabucos, escopetas y pistolas, pólvora y balas. Fácil es comprender, por estos antecedentes, la parte que Chaves tomaría en la agitación revolucionaria cuando Prim inició su movimiento de Villarejo. Contábase en Madrid, según ya he dicho, con grandes elementos de su guarnición; así es que tan luego como se hizo pública la sublevación de Villarejo, el comité revolucionario de Madrid, presidido por D. Joaquín Aguirre y compuesto de los señores Becerra, Sagasta, Zorrilla, Ruiz Gómez, Montemar, García Ruiz y don Vicente Rodríguez, comenzó á celebrar diarias reuniones en diferentes puntos, y trató de mover á algunos jefes de cuerpo, oficiales y sargentos, para secundar á su caudillo; á estas fuerzas debieron unirse sobre 400 paisanos, alistados, armados y dirigidos por los jefes de grupo, y todos debieron dar el grito el día 11 de Enero mediante la señal de un cohete que saldría del cuartel del San Mateo á las altas horas de la madrugada. Todo esto fracasó, sin embargo; pero Chaves, después de la entrada de Prim en Portugal, y sin recibir órdenes del comité, entendió que era preciso reunir más elementos militares, y entregóse de lleno y por su propia cuenta á la tarea de seducir sargentos.

Un desbravador, amigo suyo, le presentó á algunos de éstos, pertenecientes á un regimiento de caballería acuartelado en Guardias de Corps. Chaves les citaba en una taberna inmediata al cuartel, y secundado por uno, muy enfermo del pecho y próximo á la muerte, pero

animado por un entusiasmo revolucionario casi salvaje, consiguió pronto reunir á los de aquellos cuerpos, á muchos pertenecientes á los regimientos de infantería, á los de dos batallones de Cazadores, á los artilleros del regimiento montado que estaba en el Retiro y á los de otros dos cuerpos de la misma arma acuartelados en San Gil, que se presentaron espontáneamente. En la conjuración figuraban hasta una docena de oficiales, y especialmente uno del batallón Cazadores de Figueras, que fué designado como el jefe de todos los elementos reunidos en Guardias de Corps. Logrado esto, presentóse una comisión de sargentos al Comité, manifestando que ellos querían sólo entenderse con un jefe militar, y entonces fueron presentados á D. Domingo Moriones, que se encontraba oculto en Madrid y trabajando también por cuenta propia. Moriones y Chaves se entendieron bien y pronto. El primero desplegaba en aquellos tiempos y en esta obra todas las grandes condiciones de su talento y de su audacia; y como fuera necesario un punto de cita seguro para que los sargentos acudieran, Chaves alquiló un piso en la calle de Jesús del Valle, núm. 3, donde una noche antes del toque de retreta fué Moriones dado á conocer á seis ú ocho sargentos que llevaban la representación de todos sus compañeros. Tal fué la base de aquella vasta conspiración, que debía dar por resultado la funesta jornada del 22 de Junio.

Todo el mes de Abril y parte de Mayo siguió Moriones reuniendo á los sargentos, que á veces acudían en tan gran número á la casa, que resultaba temeraria la empresa por las sospechas que podían infundir entre la vecindad. Chaves, para avisarles el día y la hora de la cita, se valía de varios medios ingeniosos; unas veces pasaba por delante de los cuarteles llevando de la mano á un hijo suyo, niño de cinco á seis años, y cuando veía la ocasión propicia, instigaba al niño para que penetrase corriendo por la puerta y cogiera una gorra ú otro objeto cualquiera á los soldados que circulaban dentro; entraba el niño en el cuartel; fingía entonces su padre un gran descontento por aquella travesura, y penetraba también en pos de su hijo para alcanzarle, y en este momento salía el sargento de guardia, ya de antemano prevenido, y Chaves, rápidamente, le indicaba en voz baja la hora y el día de la cita, retirándose después de haber rescatado al niño, no sin excusarse cortesmente con el oficial de guardia, si por acaso salía del cuarto de banderas, ó paseaba cerca. Otras veces acudía á los campos de maniobras, y si el tiempo le faltaba, no solía esperar á que las tropas rompiesen las filas para reunirse á los iniciados en los ventorrillos próximos, sino que se acercaba á los batallones, hasta rozarse con las compañías, como para hacerse bien cargo de las maniobras, y al pasar á su lado algún sargento, desempeñaba su comisión en voz baja ó por señas disimula-

das. La casa de las reuniones estaba bien elegida; no había portero ; el cuarto principal era el de Chaves; en el bajo vivía un comerciante de lienzos, comprometido; en el tercero, dos costureras que trabajaban para la tienda de Chaves, y el último piso era el de un vecino que jamás regresaba á su casa sino á media noche. El inspector del distrito era además amigo y confidente del conspirador.

Los sargentos más impacientes y decididos eran los de artillería, que deseaban realizar pronto el movimiento. Moriones les había ofrecido dos empleos el día del triunfo, y por esto y por el temor de ser descubiertos ó vendidos, no contando con la complicidad de ninguno de sus jefes ni oficiales, querían ellos salir de aquella situación. Esto, sin embargo, no dependía de Chaves, ni de Moriones, ni siquiera de la Junta revolucionaria de Madrid. Era, ante todo, preciso contar con D. Juan Prim, que desde el extranjero manejaba todos los hilos de la conspiración y procuraba combinar todos los elementos para hacerlos coincidir en un día determinado que se suponía decisivo. Pero solían producirse muchas diferencias de criterio en el seno de la misma Junta, la cual tampoco obedecía siempre las órdenes de Prim. Moriones había adoptado una actitud muy independiente, no entendiéndose, en realidad, sino con Chaves y con un oficial llamado Ventura, cuya querida intervenía con el mayor entusiasmo en todos los manejos y le sirvió de auxiliar en muchos casos. El plan general de D. Juan Prim, que luego he conocido, era completo y parecía de resultados seguros. Reducíase á promover la insurrección en las guarniciones de San Sebastián y Valladolid, entrando él por Irún y poniéndose al frente de todo; recoger luego las fuerzas de Vitoria; bajar á Miranda, ofreciendo el mando á Espartero; marchar luego á Zaragoza, y desde este punto á Madrid, donde la Junta secundaría el movimiento con las fuerzas ya comprometidas de esta guarnición.

Otras circunstancias contribuyeron también en estos meses á dar grandes esperanzas á los conspiradores de Madrid. Desde luego dió Prim grandes seguridades á Becerra y á Aguirre—que fueron á verle á París—afirmandoles que todo se realizaría en Mayo, y que para este mes deberían preparar los elementos. Afiliáronse algunos jefes y muchos oficiales más, de los colocados en activo, y D. Joaquín Aguirre ofreció por entonces á la Junta los servicios de su pariente el capitán de artillería D. Baltasar Hidalgo, recién destinado á uno de los cuerpos de San Gil. Era Hidalgo un oficial que hasta aquella fecha no había demostrado opiniones políticas en ningún sentido, conduciéndose con distinción en la guerra de África, y habiendo servido ya en Sevilla, en Barcelona y en las Provincias Vascongadas, mereciendo un buen concepto de sus jefes. Pero bien fuera porque la influencia de Aguirre le sedu-

jese, ó porque le entusiasmara la actitud de Prim y su arrojo poniéndose al frente de los dos regimientos, lo cierto es que un día se presentó á la Junta, ó le presentó Aguirre, después del 3 de Enero, y que ésta aceptó con gran satisfacción sus servicios. En su virtud, Hidalgo solicitó y obtuvo su licencia absoluta, quedando así desligado de sus compromisos militares y libre de las prescripciones de la Ordenanza, adquiriendo el compromiso de sacar las fuerzas de infantería alojadas en la Montaña; pero poco después, y cuando Moriones se ausentó de Madrid, según veremos en seguida, fué designado para mandar á los artilleros de San Gil al iniciarse la sublevación. Hasta aquel instante, Hidalgo ignoró que los sargentos de su Regimiento estuviesen complicados: circunstancia importante que cumple á mi imparcialidad consignar, y cuya exactitud está corroborada por datos y referencias que tengo por muy ciertas.

Dispuesto así todo, y no sé yo si contando para ello con la orden de D. Juan Prim, la Junta señaló el 20 de Mayo para que estallara en Madrid el movimiento. Corrieron, en su consecuencia, las órdenes con la anticipación debida: en la tarde de aquel día, los sargentos se reunieron en la calle de Jesús del Valle, y Chaves, después de convenirlo todo con Moriones, salió, acompañando á los artilleros del Retiro, para concertar con ellos en el sitio de aquellas inmediaciones donde debería él colocarse, á fin de confirmarles el mandato antes de amanecer, mediante la sencilla señal de encender un fósforo. A su regreso, encontró Chaves á Moriones, que le esperaba solo y de pie debajo del caballo de bronce de la Plaza Mayor, y como se acercara para darle conocimiento de que todo estaba dispuesto, apareció un teniente de uno de los regimientos de infantería, y dirigiéndose á Moriones le dijo que su comandante le había designado, como persona de su confianza, para recibir las últimas instrucciones.

—Pues diga V. á su comandante—contestó Moriones—que esta noche es el movimiento, y que á las diez nos veremos.

—¿Á qué cuerpo nos hemos de reunir nosotros con el Regimiento? —preguntó el teniente.

—Su comandante de V. se lo dirá.

Y como el teniente insistiera, Moriones hubo por fin de contestarle con manifiesta impaciencia, aunque con sobrada temeridad:

—¡Déjeme V. en paz, hombre! VV. se unirán á Cazadores de Cataluña.

Retiróse inmediatamente el oficial; Chaves recibió el encargo de ir á San Gil y al Conde-Duque, después del toque de silencio, para saber si ocurría alguna novedad, y como desde el cuartel le aseguraran por señales que no la había, fuese á su casa para reunirse á los paisanos y sa-

car las armas. Estos deberían concentrarse en los cafés de la Luna y de San Antonio y en las tabernas de la Corredera Baja, y en ello se estaba, cuando sobre las diez de la noche se supo que los oficiales se incorporaban apresuradamente á los cuarteles, y que el Gobierno tomaba precauciones. El movimiento tuvo que suspenderse; corrieron nuevas señales en consecuencia, y luego se hizo público que O'Donnell, en las Cortes, había sido avisado de lo que se tramaba, por delación del mismo oficial que acababa de ver á Moriones en la Plaza Mayor. A consecuencia de las indicaciónes de este oficial, los coroneles y primeros jefes recibieron la orden de subir á los dormitorios aquella noche, y de observar si los sargentos estaban vestidos en las camas; pero los hallaron desnudos, y con esto se desvanecieron las sospechas, aun cuando si los hubieran registrado bien, no habría sido difícil hallar, entre la paja de sus jergones, revolvers cargados.

O'Donnell creyó infundada la alarma; pero así y todo, procedió contra el comandante y tres oficiales del Regimiento á que pertenecía el teniente que le dió el aviso, y contra 13 ó 14 sargentos de Cazadores de Cataluña, á quienes descubrió Moriones durante la escena de la noche antes en la Plaza Mayor; determinó además nuevos cambios de guarniciones, y nos comunicó á los Directores de las armas noticia circunstanciada de lo que él sabía, que, como se ve, no era lo bastante para defenderse con éxito de tan vasta y obscura conspiración.

Tal estaban las cosas cuando Moriones, profundamente disgustado y ofendido por desavenencias con la Junta, ó quizá por indicaciones de Prim, resolvió trasladarse á Valencia, llegando en su reemplazo el general Pierrad, y en una nueva reunión que tuvo Chaves con los sargentos, participóles este cambio, que fué mal recibido. Los artilleros declararon, sin embargo, que ellos seguían dispuestos, y que deseaban ser los que iniciasen el movimiento, porque de este modo les sería fácil sorprender á sus oficiales sin lucha, mientras que de ser otro el cuerpo que tomara la iniciativa, tendrían necesariamente que entablarla contra sus jefes, y esto querían evitarlo; añadiendo que estaban resueltos de todos modos á dar el grito sin esperar órdenes de nadie, el día mismo en que, por consecuencia de una nueva delación, fuera preso alguno de ellos. Era menester calmarles, y de esta misión se encargaron D. Manuel Becerra y algunos otros individuos del Comité, asistiendo á la calle de Jesús del Valle, lo que bastó para que por esto y por su activa participación en estos sucesos fuera luego Becerra condenado á muerte en rebeldía por los consejos de guerra, y para que se publicara esta sentencia en la *Gaceta* en unión de las de los Sres. D. Práxedes Mateo Sagasta, D. Carlos Rubio, D. Inocencio Ortiz y Casado, D. Cristino Martos, D. Emilio Castelar, D. Francisco Montemar y D. José Rivas Chaves.

Una nueva tentativa fracasó en Madrid el 19 de Junio por una contraorden de la Junta, que parece obedeció á una telegráfica de Prim, anunciando que él daría el grito, el 23, en las Provincias Vascongadas, y que Madrid no debería contestar sino el 24. En virtud de esto salieron todos los emisarios y algunos agentes á ocupar sus respectivos puestos. Lagunero y Escalante vinieron á Valladolid desde París; Muñiz fué á Zamora y á Salamanca para tomar allí las últimas disposiciones, y D. Manuel Ruiz Zorrilla partió también, con el intento de unirse á



El Marqués de Alcañices.

Prim en Hendaya, ultimandolo todo en Burgos, Miranda y Vitoria, en tanto que el Gobierno, alarmado por nuevas, aunque muy vagas confidencias, enviaba á Burgos al general Caballero de Rodas, disponía más cambios de guarniciones entre Vitoria, Burgos y Valladolid, y el Marqués de Alcañices, gobernador civil de Madrid, redoblaba la vigilancia. Tal estaban las cosas cuando la Junta de Madrid, dominada ya por la impaciencia de los sargentos de artillería, resolvió anticipar el movimiento de la capital, disponiendo que se realizara en la madrugada del 22. Este fué un acuerdo tan funesto para los intereses de la revolución, como feliz para el Gobierno. Á él solo atribuyeron luego, Prim y los emigrados que le seguían, toda la responsabilidad del fracaso.

Las órdenes, sin embargo, corrieron; Chaves en la mañana del 21 recibió la de prevenir á los paisanos, é Hidalgo la de avisar y dar las últimas instrucciones á los sargentos. Seguían ellos reclamando la presencia y los mandatos de un militar de graduación; Moriones se encontraba en Valencia, y á Pierrad, que ya estaba en Madrid, disfrazado, fué imposible hallarle en aquellas últimas horas; pero el plan de la revolución era el siguiente. Según las órdenes de Hidalgo, «los sargentos á la hora mas propicia sorprenderían, desarmarían y dejarían encerrados en los cuerpos de guardias á los jefes y oficiales de cada cuartel y en su pabellón á los que en ellos se encontraran, llevándolo á cabo sin hacer uso de las armas, para evitar en cuanto fuese posible todo derramamiento de sangre.» Los artilleros acuartelados en el Retiro, sacarían una batería amenazando el Prado; otras piezas se emplazarían en un lugar inmediato para batir el cuartel de Ingenieros, y todos deberían esperar allí la llegada de la infantería pronunciada. Mientras tanto un batallón de cazadores, acuartelado en Santa Isabel, iría á situarse en las calles que desembocan en Palacio, con todos los paisanos de aquel distrito. La señal á este cuerpo daríala un sargento escribiente del Ministerio de la Guerra, muy complicado. Al mismo tiempo Chaves iría personalmente á San Gil para repetir iguales señales, comenzando por los de artillería y siguiendo luego á los regimientos de infantería comprometidos que estaban en la Montaña. Las fuerzas de este cuartel ocuparían la plaza de Isabel II y dividirían Madrid en dos zonas hasta el Prado, ocupando la plaza Mayor, mientras que dos baterías de San Gil saldrían sigilosamente, apoderándose de la Puerta del Sol desde los primeros momentos. Los paisanos, de antemano armados y prevenidos, esperarían á sus jefes de grupo, distribuidos en diferentes puntos, y los oficiales conjurados pasarían toda la noche en dos casas de la calle de San Ignacio—que para este solo objeto había alquilado el mismo Chaves días antes—esperando su aviso para tomar el mando de las fuerzas ya insurreccionadas por los sargentos.

Al recuerdo de todas estas circunstancias que Chaves me refería puntualmente y que le recordaban la noche más terrible de su vida, aquel hombre enérgico se animaba de una manera extraordinaria.

—Mi general—me decía—todo se realizó tal y como lo llevo dicho. Apenas clareaba el alba cuando estaba ya situado en la espalda del cuartel de San Gil y cuando á un sargento que esperaba en una de las ventanas le hice la señal, agitándole mi pañuelo, según lo teníamos convenido. Él me contestó agitando por breves instantes una sábana. Pasé luego al cuartel de la Montaña, y allí pude también cumplir mi cometido hablando á uno de los conjurados por una reja. Pero al otro cuerpo no pude acercarme porque me lo im-

pidió un centinela que paseaba sobre uno de los terraplenes que entonces existían en aquellos parajes. Yo, sin embargo, me acerqué á él, y le ofrecí un cigarro, y mientras lo encendía, hice también la señal sacudiendo mi sombrero con el pañuelo, viendo á los pocos instantes, que también me contestaban desde un balcón situado frente á un palomar inmediato. Cumplido, pues, mi compromiso, me fuí, casi corriendo, á la calle de San Ignacio y dije á los oficiales:

—Señores, sin novedad, ya están hechas las señales, y todos los cuerpos esperan á que lleguen VV. á la puerta de sus cuarteles.

Y como los allí reunidos me contestaran que no salían hasta que se iniciara lo de San Gil, decidí dejarlos allí y volver á este cuartel, sentándome en un abrevadero que entonces existía en frente de la puerta que da á la plaza de San Marcial, cerca de la bajada de San Vicente, resuelto á esperar los acontecimientos. Desde donde yo estaba comenzaba á distinguir bien los soldados de la Montaña que, asomados á la ventana, esperaban sin duda la llegada de los oficiales. Á los artilleros de San

Gil veíales vestirse y armarse, asomándose de vez en cuando los sargentos; no había un alma en toda la extensión de la plaza, y el silencio, en aquellas horas matinales era profundo. En esto, vi llegar á D. Manuel Becerra, que acompañado de algunos individuos, bajaba por la calle de Bailén, siguiendo á los pocos instantes por la escalerilla de la calle del Río. Transcurrieron así algunos minutos; pasados éstos, la puerta del cuartel de artillería se entreabrió para que salieran dos soldados presos con un sargento, que no reconocí como de los comprometidos; sin duda los llevaba á las prisiones de San Francisco, porque también tomaron por la calle de Bailén; en seguida resonó el toque de diana, é inmediatamente oí un disparo y luego otros hasta diez ó doce, con pocos intervalos entre sí. La puerta volvió á abrirse; acerquéme á ella con ansiedad y en esto oí una voz que me llamaba—¡Chaves! ¡Chaves! ¿hay fuerza á derecha é izquierda?—Era el capitán Hidalgo, que bajaba por la escalerilla de la calle del Río, vestido de uniforme y con polainas puestas.—Entre V.—le dije,—ya ha habido tiros.—y sin contestarme una palabra, penetró corriendo en el cuartel. Yo también me acerqué, y desde la calle pude ver un sargento muerto, tendido á la puerta del cuarto de oficiales, y casi simultáneamente escuché una descarga que resonó en el inmediato cuartel, ocupado por el regimiento á caballo; pero luego comenzaron á salir una porción de artilleros, formados y conducidos por los sargentos, y yo sin esperar á más, abandoné aquel sitio corriendo, y me fuí á reunir á los paisanos para acudir con ellos al cuartel de San Mateo, que ya creía pronunciado. Al acercarme con más de cien hombres que pude reunir en una hora de tiempo escasa, supe en la calle de Santa Brígida que los oficiales pronunciados no habían ido á sus cuarteles, como se convino, y que los leales, en este tiempo, habían formado las compañías y prendido á los sargentos revolver en mano. En esta calle hallé á un grupo de demócratas, también armado, que acudía, y como á los pocos instantes, y mientras deliberabamos, apareciera una compañía que venía con todos sus oficiales, ocupando el frente de la calle, en dirección de la de Fuencarral, comenzamos desde aquel momento el combate, sin saber ya nada de lo que en el resto de la ciudad aconteció.

Tales fueron los primeros episodios de esta madrugada infausta, narrados con gran vigor de expresión por un testigo presencial, que fué á la vez principal actor en los sucesos. De las circunstancias todas de aquella tentativa sangrienta, de su absurdo desarrollo y de su término, poco me resta que decir, por ser estos sucesos bien conocidos. O'Donnell se había metido en la cama en los momentos en que principiaba la revolución, y fué llamado antes de haberse dormido. Los generales

fuimos inmediatamente avisados. Yo me presenté en la Presidencia del Consejo de Ministros, establecida entonces en la esquina de la Cibeles, acompañado solo por mi criado y antiguo ordenanza, Juan Almazán, que estaba hacía veinte años en mi casa, y á quien era imposible separar de mi lado en estos casos. Encontré á O'Donnell en la puerta esperando al regimiento de Ingenieros acuartelado en el Pósito, que llegó en seguida, y formada pronto una columna, marchamos con ella á pie hacia la Puerta del Sol, ocupándose todas las bocacalles afluentes á la de Alcalá. Á nuestra llegada, el Ministerio de la Gobernación había sido ya atacado; pero su guardia se defendió rechazando á los insurrectos. Por las calles de Preciados y del Carmen se escuchaba un fuego muy nutrido, y el regimiento de Burgos y los cazadores de Cataluña habían cogido cinco piezas y muchos prisioneros. O'Donnell dispuso que yo quedase con el mando de la Puerta del Sol, y él continuó por la del Arenal, acompañado de los generales Echagüe, Quesada y Serrano Bedoya.

Entonces me contaron lo único que se sabía respecto de la sangrienta escena ocurrida en el cuartel de San Gil. Los sargentos bajaron al toque de diana al cuarto de Estandartes, creyendo encontrar dormidos á sus oficiales; pero éstos jugaban tranquilamente al tresillo, y como los sargentos intentaran prenderlos, los oficiales hicieron fuego sobre ellos con sus revolvers, y los sargentos contestaron con sus fusiles, resultando herido mortalmente el capitán D. Eugenio Torreblanca y muerto el oficial de guardia D. Juan Martorell, que hallaron allí, en la defensa de su puesto, un fin glorioso y digno de eterna recordación para el ejército. El comandante D. Joaquín Valcárcel fué muerto á los pocos instantes en el patio por otros sargentos y cabos, y el de igual clase Don José Cadaval, cayó bajo el fuego de una descarga en el del Regimiento á caballo, al procurar hacer entrar en orden á la tropa. Hidalgo, en realidad, no pudo ya evitar nada, en aquellos últimos instantes, pues que, como vimos, llegó al cuartel algunos momentos después de ocurrida la trágica escena; y cuando poco después ocupó con algunas fuerzas sublevadas el inmediato parque de Artillería, hallóse también lejos del lugar en que fué muerto su antiguo coronel D. Federico Puig, que cayó sin vida á la puerta del cuartel, cuando la tropa insurreccionada se encontraba ya en la plaza enganchando los cañones. ¡Terrible y desgraciada fatalidad! Yo creo en conciencia que jamás Hidalgo se habría prestado á compartir la responsabilidad de aquellos hechos, á haber previsto todas sus consecuencias; pero como inexperto y joven, ignoraba sin duda que las revoluciones se parecen á esas profundas minas que se cargan hasta que la pólvora rebosa, sin que luego puedan limitarse sus efectos incalculables!.....

Los sublevados de San Gil sacaron hasta treinta piezas y sobre mil hombres, marchando á tomar la Puerta del Sol y á situarse en la plaza de Santo Domingo, Preciados y Fuencarral, según las órdenes que tenían. Al llegar á estos puntos se hallaron sin jefes revolucionarios, sin oficiales comprometidos, sin dirección alguna, y con sólo algunos grupos de paisanos tan impotentes como ellos para moverse y obrar, produciéndose entre todos al poco rato un inmenso barullo y confusión. Muchos paisanos y los mismos sargentos, con los desventurados soldados que les seguían, tomaron posiciones en algunas casas y levantaron varias barricadas que luego defendieron con valor. Los que permanecieron en San Gil, en número muy considerable, aprestáronse á defenderlo. Los sargentos de Artillería acuartelados en el Retiro, nada hicieron; así es que D. Enrique O'Donnell pudo recoger todas aquellas fuerzas, que marcharon dócilmente á pelear contra los mismos compañeros que algunas horas antes habían fraternizado con ellos y contraído iguales compromisos en la famosa casa de la calle de Jesús del Valle. Las fuerzas de infantería no les secundaron. Esperando sus sargentos á los oficiales comprometidos, que no llegaron á presentarse, encontráronse antes con los leales y con los jefes, que dormían en los cuarteles, y sólo un corto número de soldados y clases de los regimientos de Infantería alojados en la Montaña lograron reunirse á los artilleros de San Gil en este mismo cuartel. El Duque de la Torre, dando un rodeo por las afueras, con la Artillería del Retiro, sacó pues estas mismas fuerzas de Infantería de la Montaña, y con ellas atacó por la espalda á San Gil, tomándolo á viva fuerza. En las calles de Madrid fueron muertos y heridos alguos jefes y oficiales al incorporarse á sus cuarteles, y entre ellos pereció mi excelente y querido amigo el comandante de artillería D. Emilio Escario—cuyas altas prendas tuve ocasión de apreciar durante el tiempo que desempeñó á mi lado un puesto de confianza en la Dirección de Artillería—y el veterano coronel D. José Balanzat, asesinado en la calle de Jacometrezo. Los combates parciales que se trabaron, fueron también muy vivos en algunos puntos. En la plaza de Santo Domingo cayó atravesado de un balazo el valeroso brigadier D. Joaquín Jovellar, que ganó en este día, con su sangre, el entorchado de mariscal de campo. El Capitán General de Madrid, D. Isidro de Hoyos, Marqués de Zornoza, perdió dos caballos en la refriega; fueron también heridos los generales Quesada y Conde de la Cañada; el ayudante de O'Donnell, Marqués de Ahumada, perdió un caballo, distinguiéndose en otros puntos los generales Marqués de Novaliches, Marqués de la Habana, Conde de Cheste, Ros de Olano, Zabala, Barrenechea y Mayalde.

Á Palacio llevó la noticia de la sublevación D. Ramón Narváez,

avisado á los pocos instantes de comenzada. Desde su casa de la plaza de la Villa, salió á pie abrochándose la casaca, y él fué quien reunió las primeras tropas de defensa en torno del alcázar y quien emplazó en la calle de Bailén los dos primeros cañones que rompieron el fuego de metralla contra el cuartel. La Reina y el Rey salieron poco después á los balcones que dan sobre el patio de caballerizas, y presenciaron, con



DON JOAQUÍN JOVELLAR.

los gemelos de teatro, lo que en San Gil ocurría, divisando á los pocos momentos el grupo que se formó en torno de Narváez cuando éste fué alcanzado por una bala de rebote en el hombro derecho. Conducido casi á la fuerza á una de las habitaciones bajas de Palacio, y reconocido por un médido á presencia de la Reina, advirtióse que la herida del General era muy leve, por fortuna.

—Hé aquí una bala—dijo en alta voz Gutiérrez de la Vega, allí presente—que ha dado en el general Narváez y ha matado al general O'Donnell.

Madrid presenció al poco tiempo los sesenta y seis fusilamientos de los sargentos y la caída del Ministerio, acontecimiento que se produjo inmediatamente después de realizadas las ejecuciones. Yo presenté mi dimisión al general Narváez, que la aceptó, después de algunos días de negociaciones, proponiéndome á los tres meses á la Reina para la Capitanía general de Cuba, según ya dije en este mismo capítulo. En mi lugar fué el general Manzano, elegido por S. M.

O'Donnell, profundamente lastimado por el resultado de la crisis, marchó á Francia, asegurando que nunca más volvería á ser ministro de D.ª Isabel II; y al hacerse pública esta grave declaración, los partidos se conmovieron, y el país, desorientado y ansioso, comprendió, con ese instinto profundo que jamás le engaña, que detrás de aquellos grandes sucesos se preparaban otros mayores para días no lejanos.





CAP. XIX.

La reacción. — Aumentan los trabajos revolucionarios.—Estado del país.—Declaraciones en el Congreso.—Disturbios en el Norte. — Muerte del general Manso de Zúñiga. —Actitud de O'Donnell. —Una de sus últimas cartas.—Muerte de aquel caudillo. — Mi situación política. — Un incidente en el Prado.—El Duque de la Torre y D. Domingo Dulce en mi despacho. — Sus noticias.— Declaraciones mías y acuerdos adoptados. — Mi viaje á Sevilla. — En el palacio de San Telmo. — Recibo en Puerto Real la noticia del fallecimiento de Narváez. — Mis sentimientos. — Paralelo entre Narváez y O'Donnell. — El último Ministerio de D.ª Isabel II.—Soy reducido á prisión con otros generales.—Mi destierro en Soria y el estado de la opinión.—Me traslado á Bagnères de Bigorre.—Múltiples avisos.—Cuáles fueron mis decisiones.—Iníciase en Cádiz la revolución.—La acción de Alcolea y la caída del Trono.—Impresiones íntimas y recuerdos.—Consideraciones postreras.—Fin de la obra.

NARVÁEZ, como le acontecía siempre en los momentos de alcanzar el poder, anunció propósitos muy liberales y una política amplia, propia á restañar las últimas y dolorosas heridas y á provocar entre los partidos provechosas conciliaciones. Mas no tardó en variar

de rumbo y en desmentir con hechos estos propósitos. El fusilamiento en Barcelona de dos oficiales, complicados en las últimas insurrecciones, determinó el comienzo de la política de resistencia.

Desde este momento, el Gobierno emprendió una pendiente irresistible y ésta le condujo á la reacción más dura de cuantas se han iniciado en España desde la muerte de Fernando VII. Á los ataques de la prensa contestaron los poderes públicos con decretos y determinaciones que la anulaban por completo, privándola de toda garantía. Como en los últimos tiempos de San Luis, se apeló, para cubrir las necesidades del Tesoro, á una contribución forzosa que hizo recordar el famoso anticipo de 1854. En varias circulares y documentos del Gobierno, proclamóse la ilegalidad absoluta de los partidos democráticos. Un día se dictó en Madrid un bando contra los propaladores de noticias; disolviéronse los ayuntamientos y eorporaciones populares, en toda España, sustituyéndolas con otras de Real orden; y como las oposiciones parlamentarias, en vista de esto, trataran de reunirse para redactar una respetuosa exposición á S. M., protestando de aquellos actos del poder, las autoridades de Madrid lo impidieron por la fuerza; prendieron á varios diputados y entre ellos á Rios-Rosas; y Serrano, que, como Presidente del Senado, fué á palacio para decir de palabra á la Reina cuánto exponía la representación, fué preso en su casa, conducido á las prisiones militares y desde allí al castillo de Alicante, por un piquete de la Guardia civil. Poco después, en la convocatoria de las nuevas Cortes, llegó el Gobierno á declarar que las prácticas establecidas por pasados gobiernos, y algunas leyes dictadas en otras ocasiones, eran contrarias á los organismos internos del país, y que ya era tiempo de que «los españoles fueran gobernados según el espíritu de su historia».

En tanto, los emigrados en Ostende habían ratificado la unión entre progresistas y demócratas, para el fin común de derribar todo lo existente, coincidiendo en la idea de convocar, después del triunfo, una asamblea soberana que decidiera acerca de los futuros destinos del país. Volvióse á la conspiración con más bríos que nunca, cual si los últimos intentos no hubiesen recibido tan ejemplar castigo, y como si la sangre derramada fructificase el terreno en que aparecían nuevos sectarios, y todo fué ya agitación y movimiento en el campo revolucionario, cruzándose las cartas cifradas, aportando recursos y elementos, yendo y viniendo emisarios con los pretextos y disfraces más inesperados, y creciendo las listas de los que, sin abandonar el mando de las tropas, y sin inspirar sospechas al Gobierno, se afiliaban á la conspiración. El silencio de la prensa era suplido por el lenguaje violentísimo de las hojas clandestinas, que no vacilaban en anunciar la inmediata caída de la casa de Borbón, y para demostrar su necesidad absoluta, haciánse circular

todo género de noticias y versiones infamatorias que producían honda impresión en los espíritus, vendiéndose en los cafés y plazas públicas miles de caricaturas soeces y repugnantes, en las que aparecían escarnecidas las más altas personalidades del país y los mayores prestigios. Las discusiones parlamentarias, los debates periodísticos, la vida activa y ardorosa, pero digna, de las luchas políticas legales, era reemplazada por las artes de la calumnia, y por la injuria anónima, sin que tales peligros y amenazas contuvieran al Gobierno en su marcha desatentada y ciega. Antes bien, publicó por decreto una ley de imprenta que hacía su ejercicio enteramente imposible; proclamó la ley de orden público, con la suspensión de garantías y con los estados de sitio, y emprendió los registros domiciliarios y las prisiones por denuncias, produciéndose así, á los pocos meses, todas las consecuencias de estas situaciones extremas, que comenzaron á pesar sobre el país de una manera intolerable. Se estaban reproduciendo con idénticos síntomas y caracteres los episodios que precedieron á la revolución de 1854.

Las Cortes se abrieron en Marzo de 1867 sin discurso de la Corona; Tan sólo se sentaron en el Congreso cuatro diputados unionistas, siendo uno de ellos D. Antonio Cánovas del Castillo, que sostuvo una hermosa lucha parlamentaria con González Brabo, Ministro de la Gobernación. Cánovas dijo al país, bien claro, que el Gobierno tendía á destruir los principios constitucionales por cuya conquista habían derramado tanta sangre las últimas generaciones; y declarando González Brabo que cuando la revolución volviera, volvería rabiosa, sin dar cuartel á las instituciones ni á personalidad alguna, confesó implícitamente que llegaba y la temía. Mas, sin duda para evitarlo, no encontró otro recurso que el de proponer y hacer votar en ambas Cámaras una reforma del Reglamento, por la cual se limitaron los derechos parlamentarios de los diputados y senadores, consiguiéndose de este modo que también enmudeciera la tribuna. El ilustre Conde de San Luis, Moyano y Nocedal, con algunos diputados de la misma mayoría moderada, intentaron oponerse á la conducta del Gobierno; pero todo fué inútil, y sus consecuencias se dieron bien pronto á conocer con las nuevas tentativas de Prim en Valencia y Cataluña, y con la insurrección, en campo abierto, de Contreras, Baldrich, Escoda, Lagunero, Moriones y otros, que en Julio y Agosto levantaron partidas numerosas en aquel Principado y en Aragón, al grito de «abajo lo existente». Moriones libró un combate en Llinás de Marcuello, que costó la vida al bizarro Manso de Zúñiga, y aunque las partidas tuvieron al cabo que retirarse al otro lado de la frontera, no por eso quedó menos demostrada la fuerza de los revolucionarios, el peligro de la situación y la proximidad de sucesos transcendentales.

Yo pasé aquel verano con mi familia en Biarritz, y allí pude ver con

frecuencia al general O'Donnell y á muchos de sus amigos, coincidiendo todos en el juicio que á mucha parte del país merecían los hechos y la marcha del Gobierno. Desde aquel lugar, inmediato á la frontera, seguí con ansiedad las peripecias de la nueva insurrección, y conociendo bien á Narváez, nada me extrañó su clemencia con algunos de los prisioneros después de vencida, como no me extrañaba su política resistente, ni podía hacerme ilusión alguna respecto de la que seguiría en el porvenir. Atacado de tan ruda manera, no sólo en el campo, sino por los medios clandestinos de que hablé antes, Narváez seguiría su carrera hasta dominar al país ó perecer en la lucha, repitiéndose las mismas circunstancias de 1848. Pero ¿triunfaría esta vez, como triunfó entonces? Tales eran, en su expresión más sencilla, los términos del problema, problema cuya resolución inmediata, en pro ó en contra de la revolución, podía apresurar D. Leopoldo O'Donnell, con sólo arrojar, en uno ú otro platillo de la balanza, el peso de su espada. Era, pues, interesantísima la actitud de O'Donnell, como podían ser decisivas sus determinaciones. Manteníase, por esto mismo, en una estudiada reserva, si bien optó desde luego por aconsejar el retraimiento á sus amigos, cuando le fueron conocidas las medidas del Gobierno en contra de la prensa y la tribuna; pero al mismo tiempo negábase á entablar tratos positivos con el partido progresista, que solicitaba su concurso con ardor, recordándole su reciente caída del Gobierno, después de haber arriesgado, el 22 de Junio, su gloria como militar, su popularidad como hombre político, y su vida como soldado.

Sobre esta actitud de O'Donnell, actitud que causaba entonces una preocupación muy honda en la opinión pública, escribíame él mismo desde Biarritz la siguiente importantísima carta de fecha 26 de Octubre de 1867: «No me sorprende—decía—el desaliento é inercia de algunos hombres políticos; parece, en efecto, que una gran parte de los Senadores de la Unión liberal están resueltos á ir al Senado. Preciso es confesar, si tal sucede, después de lo que ha pasado y de haber hecho unos reglamentos que anulan completamente á las minorías y dejan á las oposiciones á la discreción del Gobierno, matando la libertad de la tribuna, que toda idea de dignidad y de decoro esté perdida y que merecemos y somos dignos de que se nos trate así. He visto uno de los oficios á los Grandes de España para que asistan á los besamanos, y no comprendo cómo la grandeza no se ha reunido para protestar de cómo se la trata. La cuestión de Roma va tomando tal carácter, que no extrañaré una catástrofe el día menos pensado. Creo que traerá grandes complicaciones para el Ministerio con Palacio, y que éste exigirá se haga lo que no podrá hacer ningún ministerio, ni ninguno que no esté loco. En Francia se piensa seriamente en liberalizarse para hacer frente

á las complicaciones exteriores; de modo que nosotros vamos á ser el único país de Europa que marche hacia atrás.

»Los progresistas, divididos y desalentados. Prim, debilitado moralmente, después de la última intentona y de su manifiesto. Olózaga, muy contento del fracaso de Prim porque le vuelve la dirección del partido progresista. Quiere y da pasos para entenderse con nosotros,

y con las libertades puestos á ir unidos á los comicios el dia que haya un Ministerio, que aboliendo las leyes excepcionales, deje libertad para luchar en las urnas. Prejuzgar cualquiera otra cuestion es inconveniente y no podemos aceptarlo. El tiempo y los sucesos dirán lo que hay que hacer.
Yo continuaré aquí hasta principios de Noviembre.
Su siempre afectísimo amigo
Leopoldo O'Donnell

pero bajo su punto de vista; yo contesto siempre lo mismo: «La unión de los partidos liberales es una necesidad para hacer frente á la reacción, pero no prejuzgando ninguna cuestión y con la bandera de salvar la libertad; estando dispuestos á ir unidos á los comicios el día que haya un Ministerio que, aboliendo las leyes excepcionales, deje libertad para luchar en las urnas. Prejuzgar cualquiera otra cuestión,

es inconveniente y no podemos aceptarla. El tiempo y los sucesos dirán lo que hay que hacer. Yo continuaré aquí hasta principios de Noviembre. Su siempre afectísimo amigo, *Leopoldo O'Donnell.*»

Resultan, pues, inexactos—en vista del texto de esta carta, escrita diez días antes de que le arrebatase la muerte—las versiones que entonces y después circularon, presentando á O'Donnell como un hombre dispuesto á unirse á los progresistas para realizar con ellos un golpe de fuerza, tal y como se ejecutó antes de cumplirse el año. O'Donnell, el 26 de Octubre de 1867, quería protestar de los actos del Gobierno, separando á sus amigos de los debates parlamentarios; le molestaba saber que algunos de éstos no estaban dispuestos á seguir esa conducta; se avenía á tratar con los progresistas para unir á todos los partidos liberales, á fin de salvar la libertad en España, aquella libertad por la cual habíamos todos combatido; pero la lucha que esperaba no era la de las armas, sino la que se entabla en los comicios, con la fuerza de la opinión y de los votos. Con el fallecimiento del caudillo de África, perdió el ejército un gran soldado, y España uno de sus hombres más ilustres. Su muerte modificó el inmediato curso de los acontecimientos, contribuyendo decisivamente á que los partidos tomaran nuevos derroteros, por cuya razón no creo yo que estuvieran bien inspirados los que, al tener noticia de su fallecimiento, creyeron que se afianzaban, por este solo hecho, las instituciones y la paz pública.

Las relaciones que yo había sostenido con O'Donnell durante aquel verano; el honroso cargo que me fué confiado, después de su muerte, de ser el depositario de los fondos que se recaudaban para elevarle el monumento que guarda hoy sus cenizas, y los votos que emití en el parlamento favorables al Gobierno, en tanto desempeñaba la Dirección Geneneral de Estado Mayor—creyendo que ésta debe ser la conducta de todo militar que depende, por el cargo que desempeña, del Gobierno constituído—acabaron de enajenarme la amistad de los hombres del partido moderado, enfriando á un mismo tiempo el cariño y la confianza de D. Ramón Narváez, con quien sólo mantuve ya, como en otras veces de mi vida, ceremoniosas y frias relaciones. Con algunos de los prohombres moderados hasta dejé de cambiar la palabra y el saludo, y aun recuerdo también que un día de aquel otoño, paseando yo en el Prado con mi siempre consecuente amigo, D. Eugenio Díaz de Zendrera, hubo de cruzar el paseo S. M. la Reina, que venía en un coche descubierto, y como yo la diera frente y me descubriese con toda la respetuosa consideración á que estaba obligado, me pareció advertir que S. M., en el mismo momento, acertó á volver, no sólo la cabeza, sino el cuerpo todo hacia el lado contrario, como para causarme, con intención deliberada, una dolorosa mortificación. Zendrera, á quien participé en el acto la

creencia de haber recibido un desaire, tanto más sensible cuanto más alta era la personalidad augusta que me lo infería y menos acreedor me encontraba á ser objeto de una demostración tan dura, trató de disuadirme de esta idea; pero la verdad es, que ni me pareció muy convencido de sus propias seguridades, ni llegó á convencerme.

En aquellos mismos días cayó muy gravemente enfermo el menor de mis hijos, y desde aquel momento dejé ya de ocuparme de todo cuanto no fuera atender á salvar una existencia para mí tan querida. Sin embargo, una tarde, cuando menos lo esperaba; cuando con más crueles angustias veía apagarse por momentos la vida de mi hijo, estando por esto bien distante de la política, de sus hombres y sus luchas, de los partidos y de todo, vinieron á anunciarme la visita de los generales Serrano y Dulce, que ya el criado había introducido en mi despacho.

—Mi general — me dijo el Duque de la Torre, con el aire, el tono y las maneras francas y rudamente corteses, que le son familiares:— Aquí venimos el amigo D. Domingo y yo, á tener con V. una íntima conversación política, porque las circunstancias que atravesamos son muy graves, y es preciso pensar en el porvenir del país y del ejército.

—Hablemos cuanto V. quiera, mi General—le contesté,—aunque mi opinión no podrá valer mucho, ni fundarse ahora en dato alguno de actualidad, pues que desde hace algún tiempo sólo me ocupa la enfermedad de un hijo mío, que se encuentra al borde del sepulcro.

—Pues es el caso—añadió el Duque, mientras que Dulce mantenía aquel silencio que le era propio, siempre reservado y taciturno—que la política en España va mal, muy mal; que el Gobierno ha entrado en un período de verdadero absolutismo; que en Palacio se entiende que todavía no se ha caminado bastante por este camino de perdición; que el Nuncio y el clero lo dominan todo, y que de esta suerte vamos precipitándonos, sin medio alguno de contener el predominio de los absolutistas, los cuales van á conseguir, en breve, que desaparezcan en España hasta las formas exteriores del Gobierno representativo.

Lo peor, sin embargo, no era esto, según el concepto de Serrano y la opinión de Dulce, que asentía con monosílabos á las afirmaciones del primero. Marcábase en las filas mismas del partido moderado un movimiento de protesta contra los actos del Gobierno, y secundaban este movimiento no sólo los elementos genuinamente políticos, sino también una parte muy numerosa de la nobleza, absteniéndose muchos de sus más significados individuos de frecuentar el Palacio y de concurrir á sus ceremonias. Con esto se creaba en torno del Gobierno y de la Corte un gran vacío, más amenazador y peligroso cuanto más absoluto era el enmudecimiento de la prensa y la soledad de la tribuna. La paz material se había restablecido, pero aquella calma parecía el silencio

que precede en la naturaleza á la lucha de los elementos; era un silencio de muerte. El estado del ejército no podía compararse en aquellos instantes á ninguna de las situaciones por que había pasado esta grande institución pública, en todo el curso de nuestra historia contemporánea. Según las confidencias que recibía el Duque de la Torre, regimientos enteros con sus jefes á la cabeza enviaban á Bruselas sus adhesiones firmadas; en otros se había establecido la lucha sorda y profunda de encontrados intereses y opiniones, con caracteres verdaderamente aterradores. En los cuerpos, los oficiales y jefes se vigilaban entre sí, y todos desconfiaban de sus más íntimos amigos y compañeros; la oficialidad, sobrecargada con un servicio de vigilancia insoportable, no vivía, y ninguno se acostaba en los cuarteles sin esconder el revólver debajo de su almohada. La revolución, en fin, llegaba deprisa, sin que se vislumbrara medio alguno de poder contrarrestar su marcha. Sin embargo, en opinión del Duque de la Torre, todavía podría apelar la Reina á un medio heroico, que quizá salvaría su Corona, provocando una crisis completa por un acto de su propia iniciativa, y llamando á los progresistas al poder, con algunos elementos que militaban en la extrema izquierda de la unión liberal. El paso habría sido salvador; pero ¿cómo aconsejárselo, ni cómo hablarla siquiera? Él lo había ya hecho con toda sinceridad y lisura, en ocasión reciente; pero aquel paso le había costado una prisión y un destierro: ¿podía exponerse á nuevas y más grandes persecuciones, repitiéndolo? No había, pues, ya nada que hacer por ese lado; y como tampoco permitía el patriotismo abandonar el país á todos los azares de las luchas que parecían próximas, era preciso prepararse, unirse, entenderse y acordar la conducta que habríamos de seguir los generales, para que los elementos en disolución, los partidos en desorden y los intereses encontrados, en el desenfreno que sigue á las grandes conmociones políticas, no iniciasen en España un período sangriento de anarquía. Todo aquello me pareció exacto, justo y patriótico, partiendo de las bases y situación en que ya nos constituían los sucesos y el estado del país. Intentar nuevas gestiones en Palacio, haciendo llegar hasta los pies de S. M. reverentes indicaciones, parecía intento inútil, cuando no peligroso, y ocasionado á grandes contratiempos para aquel que lo realizara. Serrano se negaba á ello; Dulce no se ofrecía, y en cuanto á mí, declaro con toda sinceridad que el recuerdo de antiguas y recientes demostraciones me alejó de tomar á mi cargo un compromiso de tal importancia, hallándome por otra parte en unas circunstancias de familia angustiosísimas, que me alejaban de toda resolución que comprometiera mi presencia al lado de mi hijo.

Declaré, sin embargo, á mis dos ilustres visitantes, que hallándome

conforme con todas sus previsiones y creyendo en la necesidad de que todos nos entendiéramos, no podría contarse conmigo para tomar parte activa en un alzamiento en armas contra la Reina. Si la tomé en 1843 contra Espartero, hícelo en la creencia de que al derribar al Regente, derribábamos una usurpación; y si diez años después amenacé á Bravo-Murillo con apelar á la fuerza de las bayonetas para impedir que realizase el golpe de Estado, entendí también que aquel habría sido el cumplimiento de un deber de patriota y de soldado para con las leyes del país amenazadas, y hubiéralo además cumplido, en armonía con las resoluciones de la fracción más importante de mi partido. Las circunstancias en que estábamos en 1867 no eran las mismas. Es verdad que con la tribuna limitada, con la imprenta muda, con los derechos suprimidos, con las garantías individuales suspensas y con la libertad particular á merced de los agentes de policía, aquello no era ya un Gobierno representativo, sino una especie de oligarquía contraria á lo que habían esperado los pueblos al afianzar la Corona de la Reina en siete años de lucha; pero así y todo, yo no podía olvidar mi historia, los compromisos que ella me imponía, ni las convicciones de una vida entera consagrada á la defensa de la disciplina del ejército y de las instituciones constitucionales que D.ª Isabel II representaba, siquiera caminase ya S. M. en sentido contrario á ellas. Sin embargo de esto, creíame como ellos en el deber de mantenernos unidos ante las contingencias futuras, y de acordar la conducta que deberíamos seguir si la revolución llegaba, para salvar los intereses permanentes del país, los cuales, después de todo, son anteriores y superiores á las formas de Gobierno y á las personas é instituciones políticas, transitorias siempre en la vida de los pueblos y en la historia. Debo declarar que estas eran también las ideas mismas de Serrano y Dulce; así es que bajo estas bases nos pusimos pronto de acuerdo, y sin otra discusión ni otras palabras convinimos los tres en aquel día, que si la Reina llegaba á ser destronada, nosotros y los generales que nos siguiesen, con todos nuestros elementos y nuestras fuerzas, procuraríamos que la Corona de España recayera en la Infanta doña Luisa Fernanda, hermana de la Reina y esposa del Infante Duque de Montpensier. Los dos generales tomarían, en consecuencia, las medidas que juzgasen más oportunas para conseguir este objetivo en su día, y yo quedé encargado de comunicar esta resolución á SS. AA., aprovechando para ello el inmediato viaje que había resuelto emprender á Sevilla con toda mi familia, abrigando la esperanza de que mi hijo, desahuciado en Madrid, recobrase la salud á favor de un clima más benigno.

Salí de Madrid el 16 de Enero. Con la licencia recibí un aviso, por el cual se me advertía que habían corrido órdenes á la capital de Andalu-

cía para que se vigilasen todos mis pasos y pudiera el Gobierno darse cuenta del objeto de mi viaje. La enfermedad de mi hijo no la estimó sino como un pretexto, y creyendo ya ver en mí un verdadero conspirador, tomaba precauciones. El 17 llegaba yo á Sevilla, y aquella misma noche, acompañado de mi amigo D. Mauricio López Roberts, celebraba una conferencia con el Duque de Montpensier. En ella me limité á exponer á S. A. todo cuanto ya saben mis lectores, sin alterar en lo más mínimo nuestro convenio, ni las causas que lo provocaron.

—No tratamos de destronar á S. M. la Reina—le dije.—Sería ofender á V. A. y á la Infanta el solo hecho de venir á hablarles de una conspiración encaminada á derribar el Trono. Pero si el Trono queda vacante, por virtud de la pendiente en que caminan los sucesos, nosotros, impulsados por un alto sentimiento de patriotismo, venimos á ofrecer á la hermana de la Reina el esfuerzo de nuestras voluntades para ocuparlo.

—¿Quiénes son los que V. representa?—me preguntó el Infante.

—Represento al Duque de la Torre y al general Dulce, pero detrás del Duque de la Torre, Dulce y yo, hay cincuenta oficiales generales, y todos juntos, después de una revolución triunfante, no iniciada ni aconsejada por nosotros, representaremos á la mayor parte del ejército.

El Duque de Montpensier me escuchó en silencio, guardando las reservas propias y necesarias á su posición altísima y consecuentes al inmenso compromiso moral que le creaba aquella grave proposición, que iba á determinar en él un conflicto entre sus deberes de familia y las obligaciones suyas y de su augusta esposa para con la patria y la dinastía. Rogóme que volviera á la noche siguiente para que en presencia de la Infanta le explicara de nuevo nuestro pensamiento, y llegado que fué este instante, estuve todavía más explícito, no sólo en cuanto á la enumeración de las causas que podían determinar tan grandes sucesos en España, sino en todo lo relacionado con nuestra firme resolución de no conspirar en sentido alguno. No íbamos á trabajar en las filas del ejército, á ganar oficiales, á comprometer coroneles, á seducir generales, á inducir á la indisciplina á las clases inferiores, ni á buscar, en fin, movimientos en las masas del país, cosa que por mi parte no podría nunca realizar. Nosotros sólo obraríamos con resolución y energía cuando el Trono quedara vacante. Sus Altezas nada tendrían que hacer, nada que decir, nada que modificar en su conducta con respeto de la Reina, porque era preciso, que si el caso que preveíamos llegaba, la Infanta subiera al Trono sin tacha, y exenta de toda culpa, como de toda responsabilidad en los sucesos anteriores. Diéronse SS. AA. por enterados; despidiéronme con exquisitas y señaladas muestras de aprecio, y López Roberts salió al siguiente día para Madrid, encargado de comunicar al Duque de la Torre mis satisfacto-

rias impresiones, después de aquella entrevista, harto importante y trascedental para la política española.

Yo no volví al palacio de San Telmo durante el resto de mi permanencia en Sevilla. En Mayo me trasladé á Cádiz, animado ya por la esperanza de salvar á mi hijo, y luego á la sierra de Córdoba donde pasé una parte de la primavera. En ninguno de estos puntos me ocupé ni de cerca ni de lejos de la política activa; no hablé ni visité á nadie; no fuí á los casinos ni á los teatros; no recibí en mi casa á persona alguna política, ni mucho menos á los jefes ni generales de aquellas guarniciones; pero el Gobierno no me olvidaba, y continué activamente vigilado en todas mis excursiones y hasta en mis paseos, por dos agentes de policía cuyos semblantes llegaron á serme conocidos y familiares.

En Abril, antes de mi viaje á la sierra de Córdoba, encontrábame un día en la estación del ferrocarril de Puerto Real con mi mujer y mis hijos, después de un largo paseo por aquellos pintorescos lugares, cuando el jefe de ella vino apresuradamente á mi encuentro tendiéndome *La Correspondencia de España*, recién llegada de Madrid. Por ella tuve la dolorosa é inesperada nueva de la muerte de Narváez. El efecto que esta noticia me produjo, fué muy profundo. Todas las diferencias que acababan de separarnos en los últimos tiempos, borráronse instantáneamente de mi memoria, para no agolparse en ella sino los recuerdos vivísimos de tantos trabajos, de tantas luchas, de tantas esperanzas y vicisitudes compartidas; mi alma sintió la pérdida de aquel hombre que de tal modo había llenado mi vida; representóseme tendido y yerto sobre su lecho mortuorio; pensé que nunca más podría volver á escuchar su voz, á estrechar su mano, ni á compartir los impulsos de su corazón noble y valeroso, y mis ojos le lloraron. Era este además un acontecimiento de inmensa transcendencia en aquellas circunstancias críticas; las nubes se condensaban; O'Donnell había muerto; Narváez le seguía al sepulcro en el espacio de algunos meses, y la desaparición de aquellos dos hombres eminentes, que disponían á su arbitrio de tan grandes elementos de gobierno, dejaba á los partidos entregados á sus propios impulsos y encontradas aspiraciones. ¿Qué reservaría el porvenir á España?

Involuntariamente recordé entonces las condiciones de los dos generales, cuya historia iba á ser la historia misma del país, durante el largo tiempo de su alternado predominio. Recordé á Narváez, dominante, exclusivo, impetuoso, de valor personal inmenso, de firmeza extraordinaria ante las responsabilidades de la política y ante las de sus propios actos, generoso y magnánimo cuando se dejaba llevar de los impulsos de su alma, implacable cuando creía comprometida la suerte del país; y le comparé á O'Donnell, frío de carácter, flemático y reposado, de incontestable firmeza para seguir el camino que se trazaba, sin desmayos ni

arrepentimientos, sin pasiones ni arrebatos, de valor igualmente grande en los combates, de impasibilidad absoluta en todos los trances de la vida y sin otros estímulos que los que le marcaba el dictámen razonado de su cerebro. El uno vencía en Arlabán empujando fogosamente su caballo hasta rebasar las guerrillas, persiguiendo el peligro y retando á la muerte; el otro triunfaba en Lucena, permaneciendo inmóvil bajo un diluvio de balas, comunicando sus órdenes con precisión, y calculando todas las contingencias. Narváez buscaba el gobierno sin admitir rivales, sin reparar en dificultades ni cuidarse de ellas, y cuando no lo obtenía, conminaba con el despecho y la amenaza. O'Donnell esperaba el poder tranquilo, merced á sagaces combinaciones, y cuando perdía la esperanza de obtenerlo, callaba, preparaba sus medios, y en vez de amenazar, hería. La instrucción de Narváez era incompleta, pero su talento clarísimo y su capacidad lo suplían todo, y merced á ella brillaba siempre, así en el mando de las tropas, como en la organización de los ejércitos, como en los consejos de Ministros, como en las discusiones parlamentarias. O'Donnell, con menos facultades naturales, tenía una ilustración superior; no pasaba día sin dar sus mejores horas al estudio, y en punto á ciencia y arte militar estaba á la altura de los mejores generales de Europa. Sus campañas en el Norte y en Africa lo comprueban.

Como jefes de partidos políticos, Narváez, al realizar la grande obra de su vida, preservando al país de los delirios revolucionarios, provocó siempre disidencia y tempestades entre los suyos. O'Donnell, al iniciar la evolución que debía darle una significación propia en la política española, descubrió el don natural de atraerse amigos y simpatías. El mando de Narváez era impetuoso, airado á veces; las suspicacias é impresionabilidad de su carácter llevábanle á desconfiar de sus mejores partidarios y á provocar rupturas que desviaban la dirección de su política y perjudicaban sus propias conveniencias; el de O'Donnell era más suave, y el respeto á los que le seguían no se desmentía jamás. En sus costumbres y aficiones privadas notábanse las mismas diferencias. Narváez creía necesario realzar el prestigio de la autoridad con la ostentación exterior y el brillo. O'Donnell era de temperamento obscuro, y éste se traducía en la modestia de su vida. Complacíase Narváez celebrando en su casa fiestas magníficas; creía inseparable de su condición y de su rango vivir en los palacios, con muebles lujosos, con muchos criados, coches, caballos y el mejor cocinero; O'Donnell no participaba de estas ideas; en su casa había lo necesario á la comodidad de su vida interior; no se cuidaba de su mesa, y bastábale lo que le servía el asistente, como en los años en que militaba de subalterno en la Guardia. Como si realmente personificara la transición política entre

las costumbres del antiguo régimen y las modernas ideas democráticas, alejábase O'Donnell de toda magnificencia; Narváez, por el contrario, hombre apegado al culto de las tradiciones, era suntuoso y espléndido. Aquél parecia iniciar las transformaciones del porvenir; éste recordaba las grandezas de lo pasado. O'Donnell inspiraba más confianza y más amor; Narváez más admiración y más respeto.

La muerte de ambos trocó inmediatamente estas respectivas exterioridades. El partido que seguía á O'Donnell resultó vencedor en la gran lucha entablada, y honró su memoria erigiéndole un monumento que perpetúa el recuerdo del caudillo de África; en la iglesia de las Salesas reposan sus cenizas; allí se congrega cada año brillante representación política, sancionada por los gobiernos y poderes, y allí se le tributan todas las demostraciones y todos los honores. El partido de Narváez, en cambio, desapareció con su muerte; ninguna demostración pública se ha hecho luego para honrar el nombre de aquel heroico soldado al que tanto debió la sociedad española; su tumba permanece allá, solitaria é ignorada, bajo el radiante cielo de Andalucía, sin ningún tributo de la patria, sin ninguna demostración nacional, sin otras lágrimas que las que vierten sobre ella sus amigos particulares y sus deudos. ¡Dichoso yo si en los últimos años de mi vida he logrado satisfacer en este libro mi larga cuenta de gratitud y de amistad!

A Narváez sucedió en el poder D. Luis González Brabo, el cual declaró, al presentarse en las Cámaras con el nuevo Ministerio constituído, que la sombra del Duque de Valencia seguía presidiendo el Gabinete y que su política no sería otra que la política de resistencia á todo trance. ¡Fatídicas palabras que los partidos [illegible] recoger como un guante arrojado á la candente arena! El Conde de San Luis, duramente aleccionado por sus recuerdos, se retiraba de la política previendo la proximidad de la revolución, y publicaba un folleto que se calificó de oración fúnebre entonada á la memoria del partido moderado. En este escrito lamentábase Sartorius de que el Gobierno hubiera llegado al completo falseamiento del régimen constitucional, base de todas nuestras instituciones públicas. Poco después, el periódico *La Iberia* apuntaba la posibilidad de que se pactase una coalición entre los hombres procedentes de la unión liberal, los progresistas emigrados y el partido democrático, para fines comunes; y no habrían transcurrido veinte días, cuando á las altas horas de la madrugada llamaba á las puertas de mi casa un capitán de la Guardia civil, seguido de un oficial subalterno, con la órden extendida para que sin demora alguna me condujera preso á San Francisco. Mi asombro, y mi sorpresa primero, y mi indignación luego, corrieron parejas con el profundo sentimiento de humillación y de vergüenza que sentí al verme

tratado de aquel modo, sin razón alguna que lo justificara. Arrancado del seno de mi casa y de mi familia, conducido en un innoble coche de alquiler por la Guardia civil, rodeado de agentes y encerrado luego en un calabozo que aseguraban las fuertes rejas del edificio, fuí presa, por algunas horas, de la desesperación y aun del furor más vivo que jamás he sentido. El mismo día pude recibir á la infinidad de personas que vinieron á visitarme, tan luego como se hizo pública en Madrid la noticia, y permanecer luego en compañía de los generales Duque de la Torre, Dulce, Serrano Bedoya, Zabala y brigadier Letona, que sufrieron igual suerte que yo en idénticas circunstancias y condiciones. Echagüe fué preso en San Sebastián, y Caballero de Rodas en Zamora.

Juntos salíamos de Madrid, los generales, conducidos á diferentes destierros, y bien asegurados por piquetes de la Guardia civil que acompañaban nuestros trenes como convoyes de malhechores públicos. En las Prisiones rechazamos los vehementes ofrecimientos que nos fueron hechos por varios generales y muchos jefes, y por D. Nicolás María Rivero, que se ofrecieron á venir con las tropas y con el pueblo á ponernos en libertad; pero á pesar de nuestra negativa á provocar un hecho de fuerza, debo declarar que desde aquel día nos consideramos desligados de todo compromiso para con el Gobierno y con el Trono.

En la ciudad de Soria, que me fué designada como destierro, pude medir en toda su extensión el verdadero estado de la opinión pública. En las primeras veinticuatro horas, y por diferentes conductos, la Guardia civil, la fuerza municipal, la policía, el telégrafo, el correo, los empleados del Gobierno político, de la Administración y del Municipio, todo se me ofreció sin condiciones y con una espontaneidad tal que llegó á causarme la más viva sorpresa; á los dos días traíanme las copias de los oficios y telegramas que se cruzaban entre el gobernador civil y el Gobierno referentes á los asuntos que podían interesarme, y poco después organizábase una junta ó comité secreto en la ciudad, con el solo objeto de conducirme, cuando yo lo indicase ó necesitara, á Madrid, á Zaragoza ó á la frontera. En suma, si un destierro puede alguna vez ser grato y satisfactorio, aquel destierro lo fué, porque á todas estas demostraciones se unieron las amistosas del Sr. Luengo, rico propietario del país, que me colmó de atenciones y de obsequios, alojándome en su casa; las de su cuñado, el ingeniero Sr. Núñez de Prado, y últimamente, las para mí inolvidables demostraciones de D. Eugenio Díaz de Zendrera, que hallándose en Francia, y al tener noticia de estos sucesos, abandonó el mismo día su familia y su grata residencia de verano, cercana del mar, y vino á Soria á compartir voluntariamente mi destierro. Pronto, sin embargo, y sin que mediara ninguna gestión de mi

parte, mi querido amigo D. José de Zaragoza pidió al Gobierno que trocara mi destierro de Soria por una especie de extrañamiento en Francia, en iguales condiciones que las impuestas á otros hombres políticos y militares. Zaragoza, á quien sólo escribí después, enviándole la expresión profunda de mi gratitud, sabía bien que la separación de mi hijo, todavía convaleciente, me constituía en una situación penosa. Como resultado, pues, de sus gestiones, recibí un pasaporte, y en los últimos días de Julio llegaba á Bagnères de Bigorre.

En este punto recibí varios avisos y excitaciones que partían de diferentes centros. Jovellar vino á verme, comunicándome las noticias más importantes, según las cuales, la coalición de todos los partidos enemigos del Gobierno se había ya realizado, por cuya consecuencia los generales desterrados no tardarían en ponerse á la cabeza de las tropas, que en diferentes puntos darían el grito revolucionario. En la Armada se contaba con el concurso de varios é importantísimos jefes. Pocos días después apareció en Bigorre D. Dionisio López Roberts, anunciándome que estaba acordado el movimiento de la escuadra en Cádiz, y que un buque mercante, fletado por Ayala, saldría para Canarias, á fin de tomar á su bordo y conducir, también á Cádiz, á los generales desterrados. Roberst traía el encargo de que me aprestase á tomar el mando de las fuerzas sublevadas en Cádiz, para esperar allí á los generales. También creo que vino á visitarme en mi tranquila residencia de Bigorre el Sr. Peñuelas, en nombre de Olózaga, con la misión de que marchase á Zaragoza, el día enunciado, y me hiciese cargo del mando de Aragón, mientras que Prim me enviaba otro emisario encomendándome las provincias Vascongadas, Navarra y Logroño. Ninguno de estos compromisos acepté, manteniendo la integridad de las primeras declaraciones que hice á los generales Serrano y Dulce, el día que vinieron á visitarme en mi casa. Yo seguía resuelto á no sublevarme y á no mandar fuerza alguna del ejército alzado en armas contra la Reina, pues si bien el atropello y el destierro de que había sido objeto, podían en rigor relevarme de toda obligación, justificando que á la violencia contestara con la violencia, y á la razón de la fuerza con la fuerza de las armas, preferí mantenerme dentro de aquellos límites, por razones de diversa índole, exclusivamente íntimas y personales, si bien tuviese ya en aquellos meses la convicción absoluta y sincera de que la revolución era un hecho inevitable y necesario. No tomé, pues, otro compromiso, en contestación á los encargos y ofrecimientos de Prim, que el de penetrar en España por Irún, cuando la revolución se iniciara, y el de procurar que el orden y los intereses permanentes de aquellas provincias no peligrasen, en tanto se desarrollaban los sucesos, y esto fué lo único

que hice, renunciando de buen grado á los lauros y prestigios que pudieran haberme correspondido para con la opinión liberal en España, el día del inmediato y ya asegurado triunfo. Tal fué mi conducta en aquella difícil contingencia; tacháronla los unos de facciosa, y los otros de excesivamente tibia; aquellos de revolucionaria y éstos de moderada; pero es lo cierto que ni me arrepentí entonces ni me arrepiento ahora de haberla mantenido con firmeza, pues respondía de una manera precisa á la suma de todos mis compromisos, á las necesidades de mi situación, y á las exigencias de mis particulares sentimientos.

En los primeros días de Septiembre envié toda mi familia á Burdeos, y yo me establecí en Biarritz en expectación de los sucesos que no se hicieron esperar. El 18, en la bahía de Cádiz, la fragata *Zaragoza* iniciaba la revolución disparando una salva de 21 cañonazos y publicando, con la firma de D. Juan Topete, una proclama dirigida á los gaditanos. Prim, el 19, desembarcaba en aquella ciudad, y suscribía otro documento; el mismo día arribaban los generales de Canarias y se hacía público el manifiesto al país que redactó Ayala y que firmaron el Duque de la Torre, D. Juan Prim, D. Domingo Dulce, D. Francisco Serrano Bedoya, D. Ramón Nouvilas, D. Rafael Primo de Rivera, D. Antonio Caballero de Rodas y D. Juan Topete. Sevilla se pronunció al siguiente día, y los diferentes pueblos y ciudades inmediatas de Andalucía secundaron rápidamente el movimiento. De Sevilla pasó Serrano á Córdoba, y el 28 se libraba la acción del puente de Alcolea, en la que el noble Marqués de Novaliches debía sellar con su propia sangre, á un tiempo mismo, su vieja fama de gran soldado y el triunfo de la revolución. Madrid se pronunció acto seguido; declaróse tumultuariamente la caducidad del Trono, y la Reina, que por dicha ó desgracia se encontraba en San Sebastián, ante el desorden de contradictorios consejos y ante la angustiosa rapidez de los acontecimientos, resolvió acogerse al territorio francés con toda la familia Real, y atravesó la frontera en la tarde del 30 de Setiembre de 1868.

¡Día de eterno recuerdo en los fastos de nuestra historia! En él se derrumbaba el Trono de D.ª Isabel II, y la nación restablecía el imperio de las libertades públicas, necesitando destruir, para lograrlo, las instituciones mismas que las habían defendido y representado! ¡Cuán elocuentes son y cuán duras las lecciones de los pueblos, y cuán efectivas las responsabilidades de los reyes!

Aquel inmenso acontecimiento produjo en mí una impresión profunda, que en vano trataría de ocultar ahora sin desmentir mi sinceridad. La inmediata presencia de la Reina; la distancia política infranqueable que ya me separaba de aquella augusta Señora, que por tanto tiempo había constituído el objeto más puro de mis entusiasmos y de mi

fe; el recuerdo de mi antiguo y profundo afecto por el Rey su Padre; lo irremisible de su caída y lo grande de su infortunio, imprimieron los más varios movimientos en mi alma; prodújose en ella una especie de contradicción dolorosa, algo así como la amargura del que se aleja para siempre de la tierra en que nació y del teatro de su existencia toda.

Con el reinado de D.ª Isabel II, terminaba el largo período que señalará la historia como transición necesaria entre el antiguo régimen y el predominio definitivo de las instituciones modernas. Con él se cerraban fastos memorables; ejemplos insignes de virtudes patrias, de constancias y de energías; épocas de luchas y de sufrimientos; días de conquistas y de victorias para el desarrollo y el progreso de nuestra vida nacional. ¿Qué importa que en el fragor de la borrasca se produjeran, á veces, densas tinieblas? A través de todas las sombras aparecerán siempre las grandes figuras que ilustran é iluminan el reinado de la hija de D. Fernando VII. D.ª María Cristina primero, aquella Reina que se presentaba al país, cubierta por los lutos de su viudez, asiendo de cada mano á sus dos hijas, y formando con ellas un cuadro conmovedor é interesantísimo, á cuya vista latieron con entusiasmo caballeresco tantos corazones esforzados. Se alzarán en torno suyo los caudillos de la gran lucha inmediatamente entablada; Sarsfield, Espoz y Mina, Zarco del Valle, Rodil, Valdés, Fernández de Córdova, Espartero, ayudados por una legión de otros ilustres generales, por una oficialidad ardientísima y por aquella tropa incomparable, que selló con su sangre el culto de la libertad de su patria, dejando en cada piedra de las sierras que cruzaba un testimonio permanente de su valór y de su constancia. Se verá á Zea-Bermúdez y á Martínez de la Rosa, á Toreno y á Mendizábal, á Calatrava y á Argüelles, á Isturiz y á Alcalá Galiano, realizando en el gobierno y en los Parlamentos una especie de epopeya de siete años consecutivos, para que la guerra y la anaquía no destruyeran hasta los fundamentos mismos de la nación. Aparecerán Olózaga, López, y Cortina, con las huestes emprendedoras que dirigían; Narváez, personificando con Mon y con Pidal, con Miraflores y González Brabo los intereses conservadores y el espíritu de resistencia latente en el país; y O'Donnell, en fin, persiguiendo una gran transacción, que no pudo lograr, pero arrastrando en pos de estos ideales á una brillante pléyade política, representada por Ríos Rosas y Salaverría, por Posada Herrera y Cánovas del Castillo. Todos estos hombres, luchando siempre, unas veces en las lides parlamentarias, otras en las combinaciones secretas de la política, otras en el campo y con las armas; separándose entre sí ó refundiéndose; modificando sus procedimientos y rectificando sus ideas, según las necesidades de los tiempos ó los resultados de su experiencia, asentaron las bases sobre

que descansa la sociedad actual española, y constituyeron los tres grandes grupos de soldados, legisladores y gobernantes, que corresponden á los tres períodos de la larga época que abraza este libro; el período de la lucha armada, el más noble y generoso, en el que se afianzó el triunfo de la libertad en nuestra patria; el período de reconstitución política, legislativa y económica, turbulento siempre, pero en el cual echaron hondas raíces las instituciones representativas, cuyos principios todos los partidos invocaron; y el último, en fin, el de la resistencia injustificada, opuesta por los altos poderes, al espíritu liberal, que fué el más corto y amargo, pero también el más fecundo en conclusiones decisivas y en saludables enseñanzas.

¿Cómo, pues, olvidar ni desconocer la grandeza de la época que marca tantos adelantos en el camino de nuestra regeneración, ni cómo escatimar á aquellos hombres la gloria que les corresponde á cambio de sus luchas, de sus esfuerzos y sufrimientos? Todos, sin duda, cometieron errores; en algunos se desarrollaron quizás sentimientos de ambición personal y hasta pasiones y rivalidades más ó menos bastardas; hubo sacudimientos y perturbaciones; la sangre corrió de nuevo; tiñéronse con ella los campos, las calles y los patíbulos; pero instituciones y pueblos, reyes y ciudadanos, clases é individuos, en esta como en todas las épocas de la historia humana ¿quiénes podrían presentarse ante ella reivindicando una inculpabilidad absoluta en los sucesos que hicieron más imperfecta, más laboriosa ó más cruel la obra común de perfección y de progreso?

Por eso creo que al trazar la historia de mi vida, recordando las costumbres de la sociedad política, militar y mundana á que pertenecí, los sucesos que presencié, y aquellos en que tuve una participación directa, no podrán deducirse lógicamente otras conclusiones que estas, sin duda en armonía con la impresión general que espero resulte de la lectura de este libro, á cuyo término he llegado. Todo cuanto pudiera seguir exponiendo referente á mi intervención ulterior en los sucesos públicos, sería ajeno á su carácter general y prematuro aún, porque los trabajos de esta índole, encaminados únicamente á recordar épocas que pasaron, y en las cuales tuvo el que las describe y recuerda una intervención personal, se convierten en libros de recriminaciones y de odios, al abarcar las épocas presentes y los acontecimientos que puedan rozarse todavía con las luchas actuales. En 1868 la Reina caía destronada; con su caída cerrábase aquel gran período, comenzado en las postrimerías del reinado de D. Fernando VII, cuyos sucesos, hechos, agitaciones y turbulencias, cuyas responsabilidades, errores y golrias, habían alimentado mi juventud y constituído mi vida, mi educación y mi carrera; y como unas *Memorias* no pueden tener, en suma, otro

objetivo que el de reconstituir por el recuerdo la vida que pasó, con el postrero día del reinado de D.ª Isabel II, debe coincidir la postrera página de estas MEMORIAS mías.

He terminado, por lo tanto, este largo trabajo, empezado en los últimos días de la vejez y concluído al borde del sepulcro. Antes de comenzarlo, y apremiado por la necesidad imperiosa de defender mi crédito militar y político, emprendí algunos otros relacionados con los últimos tiempos de mi vida pública, á fin de vindicar mi conducta en determinados sucesos, aclarando hechos, puntualizando circunstancias y rechazando acusaciones é injusticias que he soportado con resignación, pero sin renunciar á la esperanza de que se desvanezcan en su día, y de que se purifique el silencio que penosamente he guardado por consideraciones más altas que mi propia tranquilidad, relacionadas con los deberes que jamás podían prescribir para mí, ante los intereses de mi país y las conveniencias del ejército, que fué, durante más de sesenta años, el objeto exclusivo de mi ardiente culto. Ese día llegará, cuando el tiempo y otros acontecimientos y ejemplos hayan calmado los ardores de la pasión y desvanecido grandes errores, alimentados por artificiosas ó equivocadas opiniones é intereses. Mis hijos esperarán ese momento, escogerán esas circunstancias propicias y entregarán al juicio público el fallo definitivo de la conducta que seguí en otras grandes circunstancias en que me ha tocado influir directamente en la suerte de mi país.

Entre tanto, tienen el encargo de publicar este libro tan luego como Dios se sirva llamarme á su seno. El día de su publicación debe seguir de cerca al de mi muerte, porque deseo que los muchos y autorizados testigos que aún viven de los hechos que relato, puedan dar testimonio de mis intenciones y sinceridad. Si alguno pensara que he reducido demasiado el círculo de la crítica y de la censura, y que las opiniones que emito acerca de los hombres y de los sucesos de mi tiempo llevan un sello de extremada benevolencia, yo le contestaría que los sucesos y los hombres no pueden juzgarse con acritud cuando se llega al punto donde concluyen todas las pasiones é intereses mundanos; cuando al considerar á distancia los acontecimientos y los individuos, se advierte que los unos no fueron nunca fatales, ni los otros egoístas y corrompidos en su generalidad; cuando se cree que en estas grandes luchas de la vida es fuerza mirar hacia el pasado sin prevenciones ni rencores, á fin de comprender las deficiencias del presente y de mantener viva la esperanza de un porvenir mejor, y cuando no de otro modo, en fin, podría excusarse este libro al que, arrogándose

el derecho de juzgar á sus contemporáneos, comparece también en persona ante el juicio de residencia que ha de formarle la opinión, con el bagaje, quizá, de muchas culpas y errores; si bien habrá podido redimirlos, inspirando como cree haber inspirado todos los actos de su vida en los dos más elevados sentimientos que pueden impulsar el alma de un caballero y de un soldado. El respeto al honor de su nombre, y el amor santo de la Patria.

No los olviden mis hijos.



FIN DEL TOMO III Y DE LA OBRA.



INDICE SUMARIO DEL TOMO III.

Caps. Págs.

I. En Lisboa.—Las primeras impresiones de la emigración.—Mr. Sandarst, Das-Antas, Saldanha y Terceira.—Una carta de D. Manuel de la Concha.—La conspiración de Costa-Cabral.—El movimiento de Oporto.—Sobre el ejército portugués.—De Lisboa á Southampton y Londres.—En casa de Villiers y de Palmerston.—Los soldados ingleses.—Mi viaje á París.—D. Luis Hurtado de Zaldívar.—Instálome en su casa.—La acogida y los sentimientos de Narváez.—En el *Restaurant des Trois Frères Provençaux* y en la *Maison Dorée*.—La emigración moderada.—Militares y hombres civiles.—La primera sociedad secreta.—Mi reconciliación con D.ª María Cristina en la *Mal-Maison*.—La nueva sociedad militar.—Organízase la conspiración en el ejército.—Mi misión cerca del general O'Donnell.—Sartorius y Zaragoza en París.—El Consejo de los Cinco, el de los Tres y el más pequeño de Narváez.—Mi vida en París y las modas de la época.—Las casas de juego.—Una antigua anécdota de D. Luis de Córdova.—Los cafés de *Very*, *Foy* y *Tortoni*.—En la *Grande Ópera* y en el *Théâtre Italien*.—Nourrit y Levasseur.—Las bailarinas y sus contratos.—Cómo intervenía en ellos monsieur Thiers.—Mi visita á este hombre de Estado.—*La Juive*, *Guillaume Tell* y el tenor Duprez.—Óperas y cantantes nuevos.—Mlle. Rachel.—Las *parisiennes*.—Donde relato un nuevo y extraordinario lance de Narváez.............. 1

II. Lo que pensaban y escribían los generales Concha desde Florencia.—Preséntase en París el coronel D. Juan Prim.—Su misión y sus noticias.—Su primera entrevista con Narváez y su inmediato rompimiento.—La política en Madrid, según una correspondencia de D. Juan Prim.—El Ministerio López y su caída.—Don Francisco Serrano y Domínguez.—Sucesos que siguieron.—Las sesiones del Congreso y la invocación de Olózaga.—La revolución.—Inicia Prim el movimiento en Reus.—Recibo la comisión de entrar por Cataluña.—Mis instrucciones y los deseos de Narváez.—De París á Perpignan.—En Barcelona.—La actitud de Prim con respecto de Narváez.—Un trance apurado.—Cómo me salvó Prim.—Generalízase la revolución.—El campamento del Bruch.—Zurbano en Igualada.—Retírase á Cervera.—Vuelta á Barcelona.—El Ministerio *universal*.—Confírmaseme

Caps. Págs.

el empleo de brigadier y se me otorga el mando de la vanguardia.—Las órdenes de Narváez.—Mi resolución.—En los campos de Grá.—Situación del país.—La de Espartero.—Nuestra marcha sobre Madrid.—Torrejón de Ardoz.—Mi primer rompimiento con Narváez.—Continúo la campaña contra Espartero á las órdenes de Roncali.—Los postreros actos del Regente.—Algunas reflexiones....... 31

III. D. Juan Muñoz y Andrade.—D. Francisco de Paula Figueras.—Confiéreme el general Montes un nuevo mando.—En Algeciras.—Sobre Gibraltar.—D. Manuel Lorenzo.—La conspiración iniciada.—Cómo la contuve.—Mi regreso á Madrid.—Preséntome á Narváez.—La política y los Ministerios Olózaga y González Bravo.—Una frase de Olózaga en el Congreso.—Otra carta de Prim.—Pone Narváez á mis órdenes una nueva brigada.—Mi marcha á Cartagena.—Recibo en el camino un Real decreto ascendiéndome á General.—El presente de Narváez.—Bloqueo de Cartagena.—Mis primeras operaciones.—La llegada de D. Fernando Cotoner y de Roncali.—Comiénzase el asedio.—La acción que sostuve en el arrabal de San Antonio.—El bombardeo.—Protesta de los cónsules, y preliminares de la rendición.—Me apodero de los castillos Atalaya y Galeras.—Nuestra entrada en la plaza.—Sobre Andrés Castro.—Otra vez en Madrid............ 65

IV. Situación general.—El primer Ministerio Narváez.—Soy nombrado Gobernador militar de Madrid.—Los males del ejército.—Mis opiniones y esfuerzos.—Sistema que emprendí.—Un conspirador de la época.—El *complot* Rengifo y los hermanos Asquerino.—La Reina en los cuarteles.—Prisión y proceso de D. Juan Prim.—Clemencia de Narváez.—El fusilamiento de Zurbano y la mejor gloria del general Oribe.—Apruébase el Concordato.—Medidas contra la prensa.—Cómo trataba Narváez á los periodistas.—Nuevas tentativas revolucionarias.—Lo que ocurrió en el cuartel del Pósito y en la calle de Alcalá.—Sobre el casamiento de la Reina.—Otra correspondencia de Narváez.—Cuál era el sistema tributario de D. Alejandro Mon.—El motín de las *tiendas* y el fusilamiento que siguió.—Mi disgusto y dimisión.... 87

V. Otórgase á mi madre el marquesado de Mendigorría.—Cambios ministeriales.—La insurrección de Galicia y la campaña de D. José de la Concha.—Nuevos fusilamientos.—Bodas Reales.—S. M. la Reina en 1846.—Las corridas de toros en la Plaza Mayor.—Los padrinos, los caballeros en plaza y las cuadrillas.—Otros festejos.—Derrota de Istúriz en las Cortes.—El Ministerio Sotomayor y el de Pacheco.—Quiénes eran los *Puritanos*.—Soy nombrado Capitán general de Madrid.—La juventud de la Reina.—En la Real Cámara.—La alta servidumbre de S. M. y la sociedad de Madrid.—Bailes y conciertos.—En casa de Narváez, de Miraflores y de Montijo.—Las muchachas de la época.—Teatros.—El del Circo y la empresa de D. José de Salamanca.—Bailes de espectáculo.—La Guy-Stephan y *Petit-Pas*.—Compañías de ópera.—Ronconi.—El tenor Moriani y la Persiani.—Entusiasmo por la música.—Artistas Reales.—Los comienzos de Tamberlick.—Mi entrada en la Dirección de Infantería.—Trabajos de organización.—Los batallones de cazadores.—Sobre la expedición á Portugal.—Entro á desempeñar la cartera de Guerra.—En el Ministerio.—Nuestro decreto de amnistía.—Sobre Espartero.—La vuelta de Narváez al poder y mi ascenso á Teniente general.—Cómo presidía Narváez los consejos de Ministros.—Revélanos Sartorius una conjuración.—La actitud del Consejo.—Otra resolución airada.—Soy rele-

vado.—Reparación de una injusticia.—Entro de nuevo en la Dirección de Infantería.. 121

VI. Nuevas dificultades políticas.—Las amenazas de los progresistas.—Espíritu conciliador de Narváez.—Cómo empezaba D. Nicolás María Rivero.—La revolución en Europa.—Establécese la dictadura del Dûque de Valencia.—Los mandos y las precauciones militares en Madrid.—Falsas seguridades.—Sorpréndenos el movimiento del 26 de Marzo.—Sus comienzos.—El pánico del Prado y la fuga de la Familia Real.—Me sitúo en la Puerta del Sol.—Las barricadas.—D. Tomás O'Ryan.—Operaciones y combates.—Las compañías de Baza y la muerte del capitán España.—Sobre mis proyectos y reformas en la Dirección de Infantería.—Nuevas alarmas.—El general Fulgosio.—La madrugada del 7 de Mayo.—Lo que aconteció al capitán D. José de Arana.—En la Cibeles y en la Puerta del Sol.—El asesinato de Fulgosio.—Cuáles pueden ser en Madrid los riesgos de un ayudante de campo.—Ataque de la Plaza Mayor.—Un episodio.—Los fusilamientos.—Nuevas sublevaciones.—Lo que Narváez hizo y su decreto sobre los *sospechosos*.—Persecución de Salamanca.—Su fuga y las consecuencias que siguieron.. 155

VII. Ofréceme el Gobierno la capitanía general de Cataluña.—Cómo la acepté.—En Barcelona.—La situación del país y del ejército.—Una delación.—Los comprometidos y las proclamas.—Rápidas disposiciones.—Sorprendo á la *Junta*.—Los procesos y las sentencias.—Segunda *Junta* revolucionaria.—Un diálogo con su presidente.—Logro desbaratar el *complot*.—Estado de la campaña.—Historia de las facciones catalanas.—D. José Pons (Pep del Oli) y el brigadier Feliú.—Tratos y convenios.—Mi marcha á Agramunt.—D. Jenaro de Quesada.—Preséntaseme D. José Pons.—Las condiciones.—Entra Pons en campaña.—Emprendo mi rigreso á Barcelona.—Lo que supe en Cervera.—Cómo fué Manzano derrotado y prisionero.—Mi inmediata dimisión.—Las cartas de Mata y Alós y de Narváez.—Cómo juzgo ahora mi conducta de entonces.—Primeras presentaciones del enemigo.—El canje de Manzano.—Llegada de D. Manuel de la Concha á Cataluña.—La presentación de Pozas.—Mi regreso á Madrid.—Nuevos é inmediatos convenios.—Últimas operaciones.—El fin de la guerra.—Con lo que pongo término á este capítulo.. 181

VIII. Breve ojeada sobre la política europea con relación á Italia.—La situación de sus Estados.—Primeros actos de Pío IX.—Entusiasmo que excitó en toda la Península.—Campaña contra el Austria.—Victorias y reveses.—Sucesos en Roma.—Asesinato de Rossi.—La convocatoria de las Constituyentes y la fuga del Santo Padre.—Determina el Gabinete español interponer su influencia.—Una nota diplomática de Pidal.—Protesta de Gioberti y réplica del Gabinete español.—Negociaciones y conferencias en Gaeta.—Novara.—Carlos Alberto de Saboya.—La intervención armada.—Mazzini y los romanos.—Desembarca en Civita Vecchia una división francesa.—La jornada del 30 de Abril.—El Rey de Nápoles en campaña.—Invasión de los austriacos.—Conflagración en Roma.—Una carta del Príncipe Napoleón, y su política con respecto del Padre Santo.—La negociación de Mr. de Lesseps.—Situación general en Mayo de 1849.. 213

IX. Soy nombrado General en jefe del cuerpo expedicionario á Italia.—La organización de las tropas.—Jefes que las mandaban.—El embarque en Barcelona.—

Caps.		Págs.
	Navegación.—En Gaeta.—Antonelli.—Su Santidad Pío IX.—Su aspecto y sus palabras.—Sobre el infante D. Sebastián Gabriel.—En el palacio del Rey de Nápoles.—Ofréceme S. M. el mando de su ejército.—Proyectos para entrar en campaña.—Nuestra situación militar.—En el campamento.—Revista de Su Santidad.—Bendice el Papa solemnemente á las tropas españolas.—Majestad y recuerdos de aquella escena.—Vacilaciones del Rey de Nápoles.—Su nueva actitud.—Penetro con la división en los Estados de la Iglesia........................	237
X.	En territorio pontificio.—Lo que ocurrió en Terracina.—Rápidos ejemplares.—Examen descriptivo del país.—La política de nuestro Gobierno.—Comienzan los franceses el fuego contra Roma.—Nuestro deber de entonces.—Escribo á Oudinot.—Un parte de D. José G. de Arteche.—Nuevos movimientos de las tropas napolitanas.—Asisto á un consejo de generales presidido por el Rey de Nápoles.—De Terracina á Piperno.—Visita del general prusiano Barón de Willisen.—Organización interior, costumbres y servicio de nuestras tropas.—En los cantones.—D. José Gutiérrez de la Vega.—Nuestra situación y nuestro disgusto..	257
XI.	El sitio de Roma.—Contingente francés.—Posiciones ocupadas por aquel ejército.—Plan de Oudinot.—Observaciones críticas.—Acciones y combates.—El bombardeo y la protesta del Cuerpo consular.—Resigna el Triunvirato sus poderes.—Garibaldi en campaña.—Me decido á ocupar Velletri.—Comunicaciones de Oudinot.—El parte del capitán de Estado Mayor D. Antonio Madera.—Llega á Italia D. Juan de Zavala con los refuerzos.—Planes de Garibaldi.—Sus movimientos y situación.—Mis resoluciones.—Velletri.—Composición de las tropas.—Nombres ilustres de los oficiales que las mandaban.—La primera marcha.—Mi conferencia con Nunciante en Valmontone.—De Palestrina á Castell-Madâma.—La antigua Sabina.—D. Manuel Fernández de Ibarra.—Un campamento improvisado.—Sufren las tropas una terrible tempestad.—Éxito de la operación.—Una carta de Antonelli y otra del Duque de Rivas.—Rieti.—La retirada de Garibaldi.—Disposiciones políticas.—Mi marcha á Terni.—D. José de Reina y Frías..........	279
XII.	Toma diverso rumbo la política francesa.—Envia Oudinot al Papa las llaves de Roma.—La Comisión gubernativa de los Cardenales.—En Terni.—El corneta malagueño del batallón cazadores de Simancas.—Disposiciones estratégicas.—Retirada de Garibaldi, y su salida del territorio y de Italia.—En Narni.—Sucesos en Zagarolo.—Los soldados Francisco Expósito y Cesáreo Orbea.—De Gaeta á Nápoles.—La navegación.—A la vista del Garegliano.—Llegada al golfo.—Los festejos en Nápoles.—En las casas de Bivona y de Sclafani.—Mi llegada á Roma.—Obsequios que me tributa el General francés.—Preséntome á la Comisión gubernativa de Estado.—Vienen á visitarme en corporación los Cardenales que la componian.—La sociedad romana.—Estado de los asuntos públicos.—Dificultades con Francia.—Dispónese el embarque de las tropas.—Vuelta de la expedición á España.—Ultimas consideraciones sobre este episodio......................	309
XIII.	Regreso á España.—Dos decretos en la *Gaceta*.—Frases y disposiciones de Narváez.—La situación del partido moderado y los ímpetus del Presidente del Consejo.—Determina un día prender al Rey y enviarlo al alcázar de Segovia.—Resistencia que opongo.—Otra escena.—En Palacio.—Soy relevado de la Capitanía general de Castilla la Nueva.—La crisis y el Ministerio Bravo Murillo.—Cua	

Caps. Págs.

vez en la Capitanía general.—Paso de nuevo á la Dirección de Infantería.—Mis trabajos, proyectos y reformas.—Nuevas crisis.—El regicida Martín Merino.—Malos augurios.—Sobre la reforma constitucional y el proyecto de golpe de Estado.—Mis ideas políticas y las enseñanzas de los tiempos.—Una entrevista importante.—La dimisión que siguió.—Organízase una oposición militar.—Cómo salvó el partido moderado á las instituciones liberales en España.—Los Ministerios Roncali y Lersundi.—Proyectos para la formación de un gobierno parlamentario.—Sobre Narváez.—Rehuso formar parte del Ministerio San Luis.—Vuelvo á ocupar la Dirección de Infantería.—Cartas de Ros de Olano y de D. Salvador Bermúdez de Castro.—Los primeros pasos de San Luis.—Iníciase la lucha.—Una página de D. Andrés Borrego.—Necesidad de que otros expliquen la conspiración que empezó.—El período de resistencia.—Excitaciones á la insurrección y proclamas clandestinas.—Rechazo las proposiciones de Ros de Olano.—En el despacho del Ministro de la Guerra.—Donde creo hacer justicia á D. Domingo Dulce.—Cómo entendí yo mi deber.—El suceso del Campo de Guardias 327

XIV. Sensación en Madrid.—Las peregrinaciones de O'Donnell.—El Conde de la Cimera.—Actitud de Blaser.—Lo ocurrido en el cuartel de San Francisco.—Medidas previsoras.—S. M. ante las tropas.—La acción de Vicálvaro.—Situación de los partidos y de la prensa.—Consecuencias de una antigua política.—En Palacio.—Mis diálogos con los Reyes.—Sale Blaser á campaña.—El *Manifiesto de Manzanares*.—Desde este punto á Bailén, Jaén y Martos.—La sublevación de Barcelona.—Resigna Sartorius el mando.—Soy llamado por S. M., y recibo el encargo de formar un Gobierno.—Situación en que me constituían estos sucesos.—Cómo acepté el poder.—En la cámara de la Reina 359

XV. Preliminares para la formación del Gabinete.—Sobre el Duque de Rivas y sobre D. Antonio de los Ríos y Rosas.—Participación de los progresistas en el Gobierno.—En Palacio.—Comienza la revolución.—Juro el cargo de Presidente del Consejo.—Las primeras órdenes y los primeros sucesos.—Preséntase una comisión del pueblo.—Noticias de Gándara.—Cómo describió este hombre público el saqueo de casa de Salamanca.—Nuestros elementos de resistencia.—En el palacio de la calle de las Rejas.—El general Mata en la Plaza Mayor.—Breves reflexiones.—Reúnese el futuro Ministerio.—Actitud de los Ministros.—Constitúyese el Gobierno bajo la nueva presidencia del Duque de Rivas.—Disposiciones políticas.—Una misión de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Pormenores.—La jornada del día 18.—Nuevas operaciones.—El Marqués de Perales.—La misión de Garrigó.—Su fracaso y los combates que siguieron.—D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque.—La columna del brigadier Gándara.—D. Ánge Berardi.—Nuevas dimisiones.—La jornada del día 19.—Nuestra situación y nuestras esperanzas.—El acuerdo de S. M. y la contestación de Ríos Rosas.—Una interinidad de doce horas.—La última impresión 377

XVI. Después de la lucha.—Me traslado á Bayona.—Recriminaciones y censuras.—En las Constituyentes.—Una frase del general San Miguel y una opinión del señor Cánovas del Castillo.—Dos incidentes.—En Andalucía.—El coronel Villavicencio.—Sobre el fallecimiento de mi madre.—Mis tristezas.—Nuevo aspecto de la sociedad de Madrid.—Las fiestas de la época y las damas elegantes.—Tertulias íntimas.—El Teatro Real y sus comienzos.—Tamberlick y la Penco.—La polí-

Caps. Págs.

tica en 1859.—Juicios de D. Claudio Moyano y de D. Pedro Egaña.—Consideraciones sobre la guerra de África.—Correspondencia de Narváez y de González Bravo.—Ofréceme Salamanca un alto puesto en Roma.—Salgo de Madrid.—Los caminos de hierro de los Estados Pontificios.—Recíbeme Su Santidad.—Sus disposiciones.—La sociedad romana.—Mis primeros trabajos.—Mr. Mirés.—Salamanca en el apogeo de su fortuna.—Viajes con Pío IX á través de sus Estados.—Sucesos en Italia.—La campaña de Garibaldi.—Francisco II.—Conducta del Piamonte.—Ofréceme el Rey de Nápoles el mando de su ejército.—Lo declino.—Razones que para ello tuve.—Una negociación secreta.—Salamanca y el Duque de Morny.—El reino de Italia.—D. José España y Puerta.—Sus noticias y correspondencia.—Un retrato á la pluma de Napoleón III.—El Conde de Cavour, según D. José España.—Mi vida y mis amigos íntimos en Roma.—En el Palacio Farnesio.—La situación del rey Francisco II.—Varias cartas de D. Salvador Bermúdez de Castro.—Con lo que pongo fin á este capítulo.................. 407

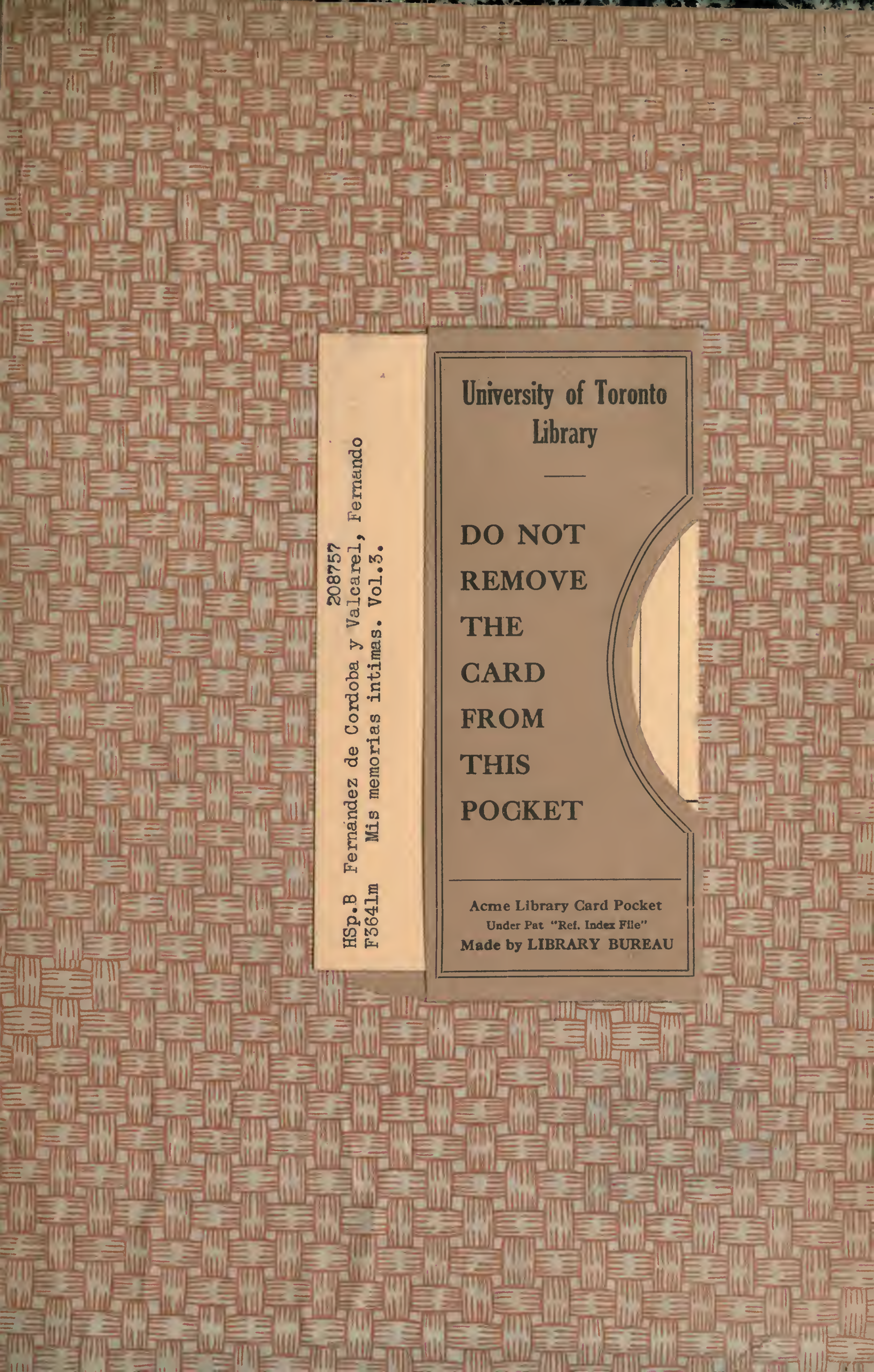
XVII. Trabajos políticos.—La juventud moderada.—Otra correspondencia de Narváez.—Su actitud durante el dominio de la Unión liberal.—Los Ministerios Miraflores, Arrazóla y Mon.—En la Dirección de Artillería.—La cuestión de *La escala práctica*.—La mejor página de D. Ramón Narváez.—Nuestra subida al poder.—Buenos propósitos.—D. Manuel de Barzanallana.—Situación del ejército.—Política militar del Gobierno.—D. Juan de Zavala y D. Fernando de Cotoner.—Nombramientos y ascensos.—Reformas militares.—Estado social del ejército.—Problemas que entrañaba.—Mis proyectos.—Debates en el Senado.—Las agudezas de Benavides, las frases de Alcalá Galiano y las censuras de Cánovas del Castillo.—Sobre la cuestión de Santo Domingo.—Antecedentes.—Carácter de la guerra.—Nuestras bajas.—Cómo se expresaba D. Domingo Dulce.—Estado de la opinión pública.—La resolución del Gobierno.—El general Gándara.—Sobre el coronel D. Francisco Van-Halen.— La opinión de D. José de la Concha.—El abandono de la Isla.—Cuál era en aquellos años la situación de la isla de Cuba.—Mi dimisión del cargo de Ministro de la Guerra................................ 449

XVIII. Sobre el favoritismo en el ejército.—Cómo se justifica mi dimisión.—Efectos que produjo en el seno del partido.—Ataques de que fuí objeto.—El nuevo Gabinete O'Donnell.—Recrudécese la conspiración.—En el despacho del Ministro de la Guerra.—Ofréceme la Dirección de Infantería.—Razones por las cuales me negué á aceptarla.—Nueva entrevista con O'Donnell.—Soy nombrado Director general de Estado Mayor.—Ataques de los moderados.—Mi actitud.—El 3 de Enero de 1866.—Prim sublevado.—Su retirada á Portugal.—Las veladas de aquella época en el Ministerio de la Guerra.—Sobre D. Antonio Cánovas del Castillo.—La situación política.—Trabajos de los progresistas.—La conspiración por dentro.—Los sargentos de la guarnición de Madrid.—En la casa núm. 3 de la calle de Jesús del Valle.—Lo que hacía D. Domingo Moriones.—Planes abortados.—Actitud de los sargentos de artillería.—D. Manuel Becerra.—Preliminares de la revolución.—Plan de los sublevados.—La madrugada del 22 de Junio.—Un relato interesante.—A la puerta del cuartel de San Gil.—Sobre el capitán D. Baltasar Hidalgo.—Medidas del Gobierno.—La hecatombe de los oficiales de artillería.—Particularidades del combate.—D. Joaquín Jovellar.—Otros heridos ilustres.—Una frase de D. José Gutiérrez de la Vega.—La crisis y la declaración de O'Donnell.—Tristes pronósticos.. 483

Caps. Págs.

XIX. La reacción.—Aumentan los trabajos revolucionarios.—Estado del país.—Declaraciones en el Congreso.—Disturbios en el Norte.—Muerte del general Manso de Zúñiga.—Actitud de O'Donnell.—Una de sus últimas cartas.—Muerte de aquel caudillo.—Mi situación política.—Un incidente en el Prado.—El Duque de la Torre y D. Domingo Dulce en mi despacho.—Sus noticias.—Declaraciones mías y acuerdos adoptados.—Mi viaje á Sevilla.—En el palacio de San Telmo.—Recibo en Puerto Real la noticia del fallecimiento de Narváez.—Mis sentimientos.—Paralelo entre Narváez y O'Donnell.—El último Ministerio de D.ª Isabel II.—Soy reducido á prisión con otros generales.—Mi destierro en Soria y el estado de la opinión.—Me traslado á Bagnères de Bigorre.—Múltiples avisos.—Cuáles fueron mis decisiones.—Iníciase en Cádiz la revolución.—La acción de Alcolea y la caída del Trono.—Impresiones íntimas y recuerdos.—Consideraciones postreras.—Fin de la obra.......... 507





208757
HSp.B Fernández de Cordoba y Valcarel, Fernando
F3641m Mis memorias intimas. Vol.3.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

